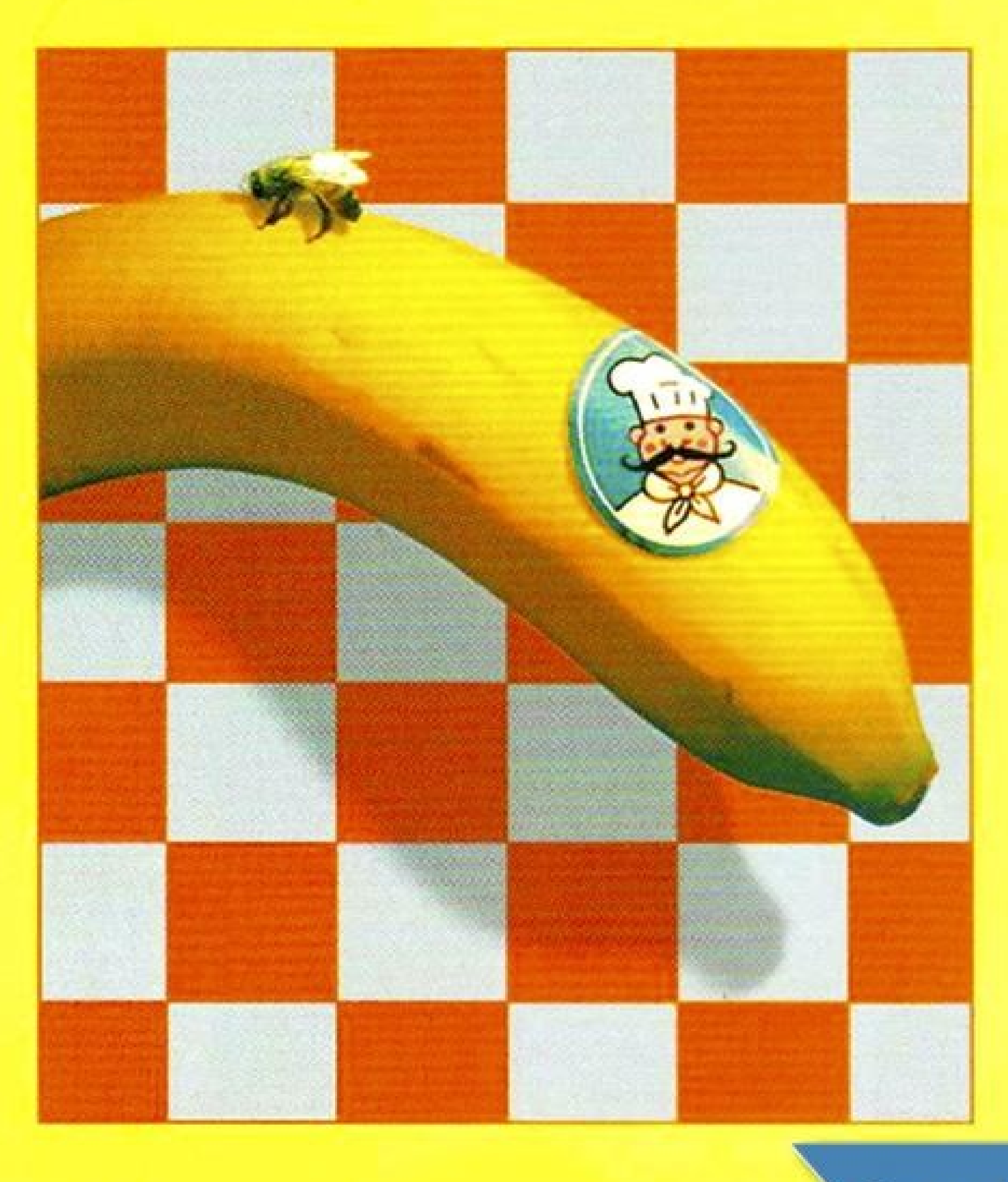
IRVINE WELSH

Secretos de alcoba de los grandes chefs



Danny Skinner es una joven versión contemporánea del Dr. Jekyll y Mr Hyde. Reparte su tiempo libre entre el fútbol, las mujeres, las borracheras monumentales y las grescas apocalípticas por un lado, y la lectura de Rimbaud, Verlaine y Schopenhauer por el otro. Y en su tiempo de asalariado, trabaja en Sanidad y Medio Ambiente y se dedica a inspeccionar restaurantes. Aunque también aquí la dualidad se repite, porque Danny Skinner oficialmente está interesado en la salubridad e higiene de los lugares donde cocinan los grandes chefs, y también los menos grandes, y en recibir algún que otro soborno, pero extraoficialmente pretende averiguar sus más turbios secretos de alcoba: el joven es hijo de madre soltera, una pionera del punk que jamás ha querido abrir la boca, y sospecha que su progenitor puede ser uno de estos divos contemporáneos, uno de los emperadores de esas cocinas que él visita con ojo avizor. Hasta que un día, en medio de este inestable equilibrio laboral y vital, aparece Brian Kibby, un perfecto buen chico un tanto friky, que jamás se emborracha, es aficionado a los trenes eléctricos de juguete, hace higiénicas excursiones a la montaña y asiste a las convenciones de Star Trek. Y Brian se pone a trabajar junto a Danny, que comienza a experimentar un odio inmediato y fulgurante por el recién llegado, tan instantáneo y ardiente como la admiración que Brian siente por él.

Lectulandia

Irvine Welsh

Secretos de alcoba de los grandes chefs

ePub r1.0
Ariblack 31.10.14

Título original: *The Bedroom Secrets of the Master Chefs*
Irvine Welsh, 2006
Traducción: Federico Corriente Basús
Ilustración de Julio Vivas

Editor digital: Ariblack
Maquetador: Castroponce
ePub base r1.2

Para Elizabeth

Preludio
Ella sólo quería bailar, 20 de enero de 1980

«¡Que son los putos Clash!», gritó la muchacha del pelo verde a la cara del portero de mirada despiadada que la había obligado a volver a sentarse a empujones.

«Y esto es una puta sala de cine», le había respondido éste.

En efecto, aquello era el cine Odeon, y el personal de seguridad parecía resuelto a impedir que hubiera bailes de ninguna clase. Sin embargo, en cuanto hubo terminado de tocar el grupo local Joseph K, la principal atracción de la noche apareció en el escenario haciendo fuego a discreción, interpretando «Clash City Rockers» a toda pastilla, y el público se abalanzó de inmediato sobre el escenario. La chica del pelo verde echó un vistazo para ver si el portero andaba cerca, vio que estaba ocupado y se puso en pie de un salto. Los empleados de seguridad trataron de contener la marea durante algún tiempo más, pero tuvieron que capitular a mitad de repertorio, entre «I Fought the Law» «(White Man) in the Hammersmith Palais».

La multitud quedó inmersa en aquel ruido ensordecedor; los que estaban delante del escenario daban botes, extasiados, mientras quienes se encontraban al fondo se subían a bailar sobre los asientos. La chica del pelo verde, que en aquel instante se encontraba en pleno centro de la parte delantera del escenario, parecía saltar más alto que los demás; quizá se tratara sólo de su cabello y de la forma en que incidían en él los rayos estroboscópicos lo que producía el efecto de una espectacular llama verde brotándole de la cabeza. Algunos, unos pocos, lanzaban lapos al grupo y ella les gritaba para que dejasen de hacerlo, pues él —su héroe— acababa de salir de una hepatitis.

Ella había estado en el Odeon en contadas ocasiones, la última para ver *Apocalypse Now*, pero no había sido comparable con aquélla y habría apostado lo que fuera a que ninguna lo había sido. Su amiga Trina estaba a sólo unos pasos; era la única otra chica tan próxima al escenario que prácticamente podía olerlos.

Echando un último trago de la botella de plástico de Irn Bru, que había rellenado con una mezcla de sidra y cerveza, la apuró y la dejó caer sobre el viscoso suelo enmoquetado. El colocón que le produjo, en conjunción con el sulfato de anfetaminas que había tomado antes, le hizo chisporrotear el cerebro. Mientras saltaba, rugía las letras hasta alcanzar un frenesí desafiante, viajando a un lugar en el que casi pudo olvidar lo que él le había dicho aquella tarde, justo después de hacer el amor, cuando se quedó tan callado y distante, su cuerpo delgado y fibroso temblando sobre el colchón.

«¿Qué pasa, Donnie? ¿De qué se trata?», había preguntado ella.

«Se ha ido todo a la mierda», fue la enigmática respuesta.

Ella le dijo que no fuera idiota, que todo era cojonudo, que aquella noche era el concierto de los Clash y que llevaban siglos esperándolo. En ese momento, él se volvió hacia ella con lágrimas en los ojos y una expresión infantil. Fue entonces cuando su primer y único amante le contó que había estado follándose a otra un rato antes; allí mismo, en el colchón que compartían todas las noches, donde acababan de hacer el amor.

No significaba nada; había sido una equivocación, le aseguró él de inmediato, mientras que, a medida que la reacción de ella ponía de relieve las dimensiones de la transgresión, en su interior iba acumulándose el pánico. Era joven y estaba aprendiendo acerca de los límites, y su vocabulario emocional se desplegaba ante él de forma algo más lenta de lo debido. Sólo había querido contárselo, ser franco.

Ella le vio mover los labios un poco, pero apenas escuchó los matices de su explicación mientras se levantaba del colchón y se ponía la ropa. Luego sacó del bolsillo la entrada de él y la despedazó allí mismo, ante sus narices. Después acudió al Southern Bar a reunirse con los demás, como habían quedado, y de ahí fueron al Odeon porque la mejor banda de rock and roll de todos los tiempos tocaba en su ciudad; ella iba a verlos y él no; así, al menos, se haría un poco de justicia.

De repente, un tío más bien alto, de pelo negro y corto, vestido con una chupa de cuero, vaqueros y un jersey de mohair, que estaba bailando el pogo a su lado, le gritó algo al oído mientras el grupo comenzaba a atacar «Complete Control». No logró entender lo que le decía, pero tampoco importaba, porque enseguida empezó a comerle la boca, y resultó agradable sentirle rodeándola con los brazos.

El segundo bis empezó con la poco habitual «Revolution Rock» y terminó con una versión incandescente de «London’s Burning», rebautizada para la ocasión como «Edinburgh’s Burning». Y ella también se estaba derritiendo como consecuencia del speed que llevaba en el cerebro, que seguía palpitando cuando, entre la atmósfera helada, salieron del cine. El chico iba a acudir a una fiesta en Canongate y le preguntó si quería ir. Aceptó.

No le apetecía ir a casa; más aún, le deseaba. Y también deseaba enseñarle a cierta persona que a aquello podía jugar más de uno.

Mientras caminaban entre la fría noche, él hablaba de forma frenética, fascinado al parecer por su melena verde, y le contó que en tiempos aquella parte de la ciudad era conocida con el sobrenombre de La Pequeña Irlanda. Le explicó que los inmigrantes irlandeses se habían establecido allí, y que fue en esas mismas calles donde Burke y Hare asesinaron a pobres e indigentes para abastecer de cadáveres a la facultad de medicina. Ella le escudriñó el rostro; había en éste algo marcadamente duro, pero los ojos eran sensibles, femeninos incluso. Él señaló con el dedo la iglesia de St Mary, y le contó que muchos años antes de que existiera el Celtic de Glasgow, los irlandeses de Edimburgo habían fundado allí el Hibernian Football Club en el salón de actos parroquial. Se animó al señalar un poco más allá y le dijo que en

aquella misma calle nació el hincha más célebre del Hibernian, James Connolly, quien encabezaría la insurrección de Pascua de 1916 en Dublín, la cual culminó en la emancipación de Irlanda del imperialismo británico.

A él le parecía importante que ella supiera que Connolly había sido socialista, y no nacionalista irlandés: «En esta ciudad no sabemos nada acerca de nuestra verdadera identidad», declaró con pasión. «Nos viene todo impuesto».

Sin embargo, ella tenía en mente cosas ajenas a la historia, y aquella noche, él se convertiría en su segundo amante, pese a que al final de la misma éstos acabarían siendo tres.

I. Recetas

1. Secretos de alcoba, 16 de diciembre de 2003

Danny Skinner se levantó el primero, inquieto; le había resultado imposible conciliar el sueño. Aquello le preocupaba, pues después de hacer el amor solía quedarse profundamente dormido. *Hacer el amor*, pensó, sonriendo antes de reconsiderarlo. Follar. Miró a Kay Ballantyne, que dormía plácidamente con su largo y lustroso cabello negro desparramado sobre la almohada; los labios delataban todavía los vestigios de la satisfacción que él le había proporcionado. Una oleada de ternura se abrió paso desde las profundidades de su ser. «Hacer el amor», dijo con ternura, besándole la frente con cuidado, para evitar arañarla con el vello facial de su larga y puntiaguda barbilla.

Envolviéndose en una bata de tartán verde, acarició el escudo bordado en oro. Era el emblema del Hibernian Football Club, con el arpa irlandesa y el año de admisión del equipo en la Asociación Escocesa de Fútbol: «1875». Kay se la había regalado el año pasado para navidades. Aún no llevaban mucho tiempo saliendo juntos, y como regalo le había parecido muy significativo. Sin embargo, ¿qué le había regalado él a ella? Fue incapaz de recordarlo; quizá unos leotardos.

Skinner fue hasta la cocina y sacó una lata de Stella Artois de la nevera. Tras tirar de la anilla, encaminó sus pasos hacia el salón, donde rescató el mando a distancia de la televisión de los pliegues del voluminoso sofá y sintonizó *Secretos de los grandes chefs*. El popular programa se hallaba entonces en su segunda temporada. Lo presentaba un famoso chef, que recorría Gran Bretaña pidiendo a cocineros de cada localidad que pusieran a prueba sus recetas secretas para una partida de famosos y críticos culinarios, que a continuación emitía un veredicto.

No obstante, el veredicto definitivo quedaba en manos del eminente Alan De Fretais. El célebre chef había suscitado cierta controversia últimamente, al publicar un libro titulado *Secretos de alcoba de los grandes chefs*. En las páginas de aquel libro de cocina afrodisíaca, expertos culinarios internacionalmente reconocidos habían presentado cada uno su receta, explicando cómo la habían empleado para que prosperase una seducción o como condimento de un encuentro carnal. No tardó en convertirse en un éxito de ventas y permaneció durante varias semanas en cabeza de las listas de bestsellers.

Aquel día, De Fretais y sus cámaras se encontraban en un gran hotel en Royal Deeside. El chef televisivo era un gigantón de modales grandilocuentes y fanfarrones, y era evidente que el cocinero local, un joven de aspecto concienzudo, se sentía intimidado en su propia cocina.

Mientras sorbía su lata de cerveza, Danny Skinner observaba la mirada nerviosa y

parpadeante y la actitud defensiva del cocinero novato, pensando con orgullo que él le había tomado la medida a aquel tirano, y que en el par de ocasiones en que habían tenido trato, se había mantenido firme. Ahora sólo tenía que esperar y ver qué pasaba con su informe.

«Una cocina ha de estar in-ma-cu-la-da», le regañó De Fretais, subrayando sus palabras con collejitas de broma en la nuca del joven chef.

Skinner observó cómo el joven cocinero le daba la razón, desesperanzado y cohibido ante la ocasión, las cámaras y la mole del obeso chef, que le acosaba y le relegaba al papel de títere infeliz. Ya se guardará de intentar algo semejante conmigo, pensó, llevándose la lata de Stella a los labios. Estaba vacía, pero en la nevera había más.

2. Secretos de cocina

«La cocina de De Fretais es un puto estercolero, eso es lo que es». El joven de complexión pálida se mantenía firme. No es que su atuendo —una mezcla elegantemente combinada de ropa de diseño de marca— insinuase unas pretensiones por encima de su posición social y de su salario: las proclamaba a gritos. Levantando del suelo apenas un metro noventa, a menudo Danny Skinner parecía más grande: su presencia quedaba subrayada por unos penetrantes ojos castaños, y por las cejas negras y pobladas que los dominaban. El ondulado cabello azabache tenía la raya a un lado, lo que le daba un porte de pilluelo, casi de arrogancia, impresión realzada por un rostro angular y el deje de unos finos labios, que sugerían un carácter frívolo hasta en los momentos más lúgubres.

El fornido hombretón que tenía delante rondaba ya el medio siglo. Tenía un rostro rubicundo, angular y con manchas hepáticas, rematado en una melena de cabellos color ámbar, peinados hacia atrás con gomina; en las sienes asomaban ya las canas. Bob Foy no estaba acostumbrado a que lo desafiasen de aquella forma. Enarcó una ceja con gesto de incredulidad. Y no obstante, en aquel movimiento y en la expresión adoptada por aquellos flácidos rasgos, se traslucía una pizca de duda, incluso de leve fascinación, lo que permitió a Danny Skinner continuar: «Me limito a cumplir con mi trabajo. La cocina de ese hombre es una vergüenza», adujo.

Danny Skinner había sido funcionario de Sanidad y Medio Ambiente en el ayuntamiento de Edimburgo durante tres años, y de ahí había pasado a desempeñar un puesto de directivo en formación. Un tiempo muy corto, en opinión de Foy. «Hijo, estamos hablando de Alan De Fretais», resopló su jefe.

La discusión tenía lugar en una espaciosa oficina de planta abierta, dividida por pequeñas mamparas en terminales de trabajo. Por las grandes ventanas de uno de los lados entraba luz, y aunque habían instalado dobles ventanas aún podía oírse el ruido procedente del tráfico del exterior, en la Milla Real de Edimburgo. Los sólidos muros estaban abarrotados de anticuados archivadores, heredados de distintos departamentos de la autoridad local, y una fotocopiadora que daba más trabajo a los del servicio de mantenimiento que a los empleados de la oficina. En un rincón había un fregadero en perenne estado de suciedad, junto a una nevera y una mesa de barniz muy desgastado, sobre la cual reposaban una tetera y una cafetera. Al fondo había una escalera que conducía a la sala de juntas del departamento y el espacio de otra sección, pero en medio había un entresuelo con dos oficinas independientes más pequeñas.

Mientras Foy dejaba caer ruidosamente el informe que tan meticulosamente había preparado sobre la mesa que separaba a ambos, Danny Skinner echó una ojeada a los lúgubres rostros que le rodeaban. Podía ver a los otros dos, a Oswald Aitken y Colin

McGhee, mirando en todas direcciones menos hacia él y hacia Foy. McGhee, un nativo de Glasgow bajito y achaparrado, con pelo castaño y un traje gris demasiado ajustado, simulaba buscar algo entre la montaña de papeles amontonados sobre su mesa. Aitken, alto y de aspecto tísico, pelo ralo de color rubio rojizo y con una cara surcada de arrugas y de expresión casi afligida, miró brevemente a Skinner con expresión de desagrado. En él veía un joven gallito cuyos ojos preocupantemente inquietos delataban que el alma que se ocultaba tras ellos se hallaba en perpetua pugna con una cosa u otra. Los jóvenes de esa clase siempre daban problemas, y Aitken, que ya contaba los días que le faltaban para jubilarse, no quería saber nada de ellos.

Al darse cuenta de que no podía contar con apoyo alguno, Skinner dedujo que quizá había llegado el momento de despejar un poco el ambiente. «No estoy diciendo que hubiera humedad en la cocina, pero en la ratonera no sólo me encontré un salmón, sino que encima el pobre estaba asmático. ¡Estuve a punto de llamar a los de la protectora de animales!».

Aitken hizo un mohín, como si alguien se hubiera tirado un pedo ante sus narices en la iglesia de cuyo consejo rector él era miembro. McGhee ahogó una risotada pero Foy se mantuvo inescrutable. Después dejó de mirar a Skinner y posó la vista en la solapa de su propia chaqueta a cuadros, de la cual retiró un poco de caspa, ligeramente preocupado de que sus hombros pudieran estar cubiertos de ella. Tenía que acordarse de decirle a Amelia que cambiara de champú.

A continuación Foy volvió a mirar directamente a los ojos a Skinner. Éste conocía muy bien aquella mirada inquisitiva, y no sólo por su jefe: era la mirada de quien trata de ver más allá de lo que le dejas ver, que trata de leer en tus entrañas. Skinner la sostuvo con firmeza mientras Foy apartaba la vista para hacerle un gesto con la cabeza a Aitken y McGhee, quienes captaron la indirecta y, muy agradecidos, se marcharon. Acto seguido reanudó el contacto visual con intensidad centuplicada. «¿Es que has estado de pedo o qué?».

Skinner se enfureció, y de forma instintiva sintió que el ataque era la mejor defensa. En su mirada apareció una chispa de ira: «¿Pero tú de qué coño vas?», saltó.

Foy, acostumbrado a que sus empleados le tratasen con deferencia, quedó un tanto desconcertado: «Disculpa, eh, no quería insinuar…», empezó, antes de adoptar un tono más cómplice: «¿Has bebido algo a la hora de comer? Entiéndeme, ¡estamos a viernes por la tarde!».

En su calidad de encargado jefe, el propio Foy solía pasarse los viernes por la tarde de tragos; de hecho, a partir del mediodía aproximadamente, solía estar en paradero desconocido; aquél era uno de los raros viernes en los que se dedicaba a deambular de forma ostentosa, asegurándose de que tanto superiores como subordinados le viesen atareado y sobrio. Por lo tanto, Skinner se sintió lo bastante relajado como para hacer la siguiente revelación: «Dos pintas en el bar durante la comida, eso es todo».

Aclarándose ruidosamente la garganta, Foy adelantó su propuesta: «Espero que no inspeccionaras el local de De Fretais con priva en el aliento, por poca que fuera. Está acostumbrado a detectarla entre su propia plantilla. Y sus cocineros también».

«La inspección tuvo lugar el martes por la mañana, Bob», dijo Skinner antes de recalcar: «Sabes que jamás acudiría a ningún local bebido. Esta tarde sólo tenía que ponerme al día con unos papeles, así que me permití un par de pintas», bostezó Skinner, «y he de reconocer que la segunda fue un error. Con todo, una taza de café lo solucionará enseguida».

Recogiendo de la mesa la delgada carpeta que contenía el informe de Skinner, Foy dijo: «Bueno, ya conoces a De Fretais, es nuestro famoso local y Le Petit Jardin es su buque insignia. Tiene dos estrellas de la guía Michelín, hijo. ¿Cuántos restaurantes de este país pueden presumir de lo mismo?».

Skinner meditó brevemente al respecto antes de decidir que no lo sabía y que le importaba un comino. *Soy inspector de Sanidad, no groupie de un puto cocinero*.

Mordiéndose la lengua, Foy rodeó el escritorio, y estrechó los hombros de Skinner con el brazo. Pese a tener menos estatura que su joven subordinado, era un verdadero morlaco, cuyo cuerpo se deterioraba de forma lenta y a regañadientes, y Skinner notó su fuerza. «Me dejaré caer por allí y charlaré tranquilamente con él para que se ponga un poco las pilas».

Como siempre que se sentía desautorizado y desamparado, Danny Skinner sintió que el labio inferior se le curvaba hacia fuera. Había cumplido con su obligación. Lo que había dicho era cierto. No era ni bobo ni ingenuo, estaba al tanto de la *real politik* de la situación: algunos siempre eran más iguales que otros. Pero le sacaba de quicio que si un inmigrante de Bangladesh tuviese un puesto de currys de madrugada con una cocina tan cochina como la de De Fretais, lo más seguro es que en aquella ciudad no volvería a hacer ni un huevo pasado por agua. «Muy bien», dijo, abatido.

Pero quizá había exagerado un poco. De Fretais no le caía bien, pese a reconocer que tenía algo extrañamente cautivador. Su ejemplar de *Secretos de alcoba de los grandes chefs* había sido una de esas compras de la hora del almuerzo de las que se avergonzaba, y lo tenía escondido en el maletín. Recordó el párrafo inicial del prólogo, que con tanto desagrado había leído:

> Los más sabios de entre nosotros saben desde hace mucho tiempo que las preguntas más simples son con frecuencia las más tendenciosas. Yo intento iniciar mis relaciones con todos los estudiantes de las artes culinarias que entran en mi órbita con la siguiente pregunta: ¿Qué es un gran chef? Las respuestas nunca dejan de ser instructivas y enigmáticas, pues para ayudarme en mi búsqueda de la excelencia culinaria, ésta es la pregunta a la que me veo abocado a responder sin cesar.
>
> Sin duda, el gran chef ha de ser un artesano que se sienta orgulloso de los meticulosos y a menudo rutinarios detalles de su oficio. Desde luego, el gran

> chef también ha de ser un científico: es un alquimista, un hechicero y un artista, pues sus creaciones no están pensadas para remediar los males del cuerpo o de la mente, sino para atender a la tarea, mucho más sublime, de elevar el alma.
>
> Nuestro vehículo para alcanzar dicha meta es, pura y simplemente, la comida, pero este recorrido ha de llevarnos por los senderos de nuestros sentidos humanos. Así pues, a menudo sostengo ante mis desconcertados discípulos, y ahora ante ti, querido lector, que si algo ha de ser un gran chef es —ahora y siempre— un sensualista total y absoluto.

¡No es más que un puto cocinero, y anda que no se lo tienen creído tantos de esos capullos!

¡Y qué decir de la puta guía de comida erótica esta! ¿Ese gordo cabrón? ¡Venga ya! ¡La de años que llevará ese fantasma sin verse la polla si no es con la ayuda de un espejo! Claro que unos yuppies anodinos y asexuados de mierda reaccionarían ante algo así: lo comprarán a millares y convertirán a un gordo cabrón, rico y caprichoso, en alguien todavía más gordo, rico y caprichoso. ¡Y aquí me tenéis a mí, habiendo apoquinado un puto ejemplar!

Mientras observaba el enrojecimiento progresivo de la faz de Skinner, Foy sintió cierto desasosiego y retiró el brazo. «Danny, en esta época del año no podemos hacer olas, así que nada de indiscreciones de barra de bar acerca de lo mal que está la cocina de nuestro amigo De Fretais, ¿vale?».

«Ni que decir tiene», respondió Skinner, tratando de disimular el creciente morbo que le producía pensar que aquella noche en el pub se lo cascaría a todo aquel que quisiera escucharle.

«Así se habla, Danny. Eres un buen inspector y no nos sobran precisamente. Ahora mismo sólo tenemos cinco», dijo Foy, sacudiendo la cabeza con expresión de desagrado, antes de animarse súbitamente: «Eso sí, el chico nuevo, el de Fife, empieza mañana».

«¿Ah, sí?», dijo Skinner, enarcando las cejas de forma inquisitiva e imitando inconscientemente a su jefe.

«Sí…, se llama Brian Kibby. Parece un chaval majo».

«Muy bien…», dijo distraídamente Skinner, mientras sus pensamientos vagaban en torno al fin de semana. Aquella noche echaría unos cuantos tragos; las cuatro pintas de la comida le habían dado mucha sed. Después, hecha la salvedad del partido del sábado, pasaría el resto del fin de semana con Kay.

Todo el mundo tenía su propia opinión acerca de dónde terminaba Edimburgo y empezaba el puerto de Leith. Oficialmente, se decía que en el viejo Boundary Bar de Pilrig, o donde comenzaba el código postal EH6. Sin embargo, cuando Skinner bajaba por el Walk, nunca se sentía del todo en Leith hasta que notaba la grandiosa sensación de la pendiente nivelándose bajo los pies, como si su cuerpo fuera una nave

espacial que aterrizase en su hogar tras un largo viaje por tierras inhóspitas. Por lo general, dicha sensación comenzaba a partir del Balfour Bar.

Por el camino de vuelta a casa, Skinner decidió parar en casa de su madre, que vivía al otro lado de la calle de la peluquería regentada por ella, en un pequeño callejón adoquinado que salía de Junction Street. Allí fue donde se crió, antes de marcharse el verano anterior. Siempre quiso tener su propio espacio, pero ahora que lo tenía, echaba de menos su hogar más de lo que nunca habría imaginado.

Mi vieja ha terminado el turno y apesta a líquido de permanente. Ya había olvidado hasta qué punto el garito entero olía así, cómo lo impregna todo. Aún lleva en el antebrazo el tatuaje casero ese de tinta china que dice BEV; no hace el menor esfuerzo por ocultarlo, pese a trabajar en contacto directo con la clientela en un negocio del sector servicios. Aunque, claro, hay que reconocer que no hablamos de una base de clientes muy exigente: está a un millón de leguas del ganado que frecuentaría, por ejemplo, el restaurante del tocino de De Fretais.

Yo me crié en esa tienda, donde todas las viejas gallinas cluecas que constituían la clientela regular eran mis tías o abuelas suplentes. Me frotaban, como si fuera un ungüento de lujo, contra todas aquellas voluminosas delanteras. Un chavalín sin papá: objeto de lástima, de mimos y hasta de cariño. El viejo y soleado Leith: no hay lugar que ame tanto a sus bastardos como un puerto.

El fuego eléctrico, con su falsa pantalla de carbones, da cierto calor, pero el enorme gato persa azul está tendido en la alfombra delante de él, absorbiendo todo su calor como un cabronazo egoísta, que es lo que es. La repisa de la chimenea suele ser el centro de la habitación, pero ahora ha cedido la preeminencia al abrumador y gigantesco árbol de Navidad que hay en el rincón. En la pared, sobre el fuego, cuelga una copia enmarcada del álbum de los Clash *London Calling*. Garabateado en él con rotulador se lee:

Para Bev, punk n.° 1 de Edimburgo.
Con cariño, Joe S.
20/1/80

Mi vieja presume de ser una estudiosa de la naturaleza humana, pues está convencida de que, gracias a su trabajo, es capaz de leer a las personas como si fueran ejemplares del *Hola*. Cuando entran y le cuentan que quieren que les haga esto o lo otro a sus grasientas, secas o lacias greñas, ella les mira a los ojos y les suelta: «¿Estás segura de que eso es lo que quieres?». Ellas la miran con nerviosismo y enumeran algunas posibilidades hasta que ella asiente con un gesto de aprobación y dice: «Eso». Después acelera, susurrando «Es muy bonito», o «Te va mucho, nena». Y siempre vuelven. Como acostumbra a alardear la vieja, «Las conozco mejor de lo

que se conocen ellas a sí mismas».

Sin embargo, en el trato con su única y bastarda descendencia semejante actitud está de más. Se sienta en la silla mientras yo me desplomo en el sofá, cojo el mando a distancia y pongo el telediario. «Me imagino que el dinero aquel de la indemnización», empieza, entornando la mirada bajo esas grandes gafas, «ya estará todo en manos del sector hostelero, ¿no?».

La vieja se está poniendo fondona. Siempre fue una retacona, pero ahora la cara se le está poniendo cada vez más carnosa. Como siempre le ha gustado vestir de negro, ahora que con los años ha ido engordando, no puede valerse del efecto adelgazante de dicho color. «Esa observación me parece muy injusta», respondo mientras echan el resumen deportivo de la jornada y otro gol de Riordan se estrella en la red, «son muchos los corredores de apuestas que se han llevado su tajada».

Pero me está vacilando. Sabe cuánto me costó dar la primera entrada para el piso. ¡Fueron *quince* de los grandes los que me dieron a cuenta del accidente, no ciento quince!

«¿De modo que lo has despilfarrado todo?», me pregunta, pasándose la mano por su cabellera carmesí.

No pienso entrar en este tema con ella: «Parafrasearé a un gran futbolista: “La mayor parte me lo gasté en bebida, en mujeres y en las carreras. El resto lo despilfarré”».

«Ya, claro», gruñe la vieja, levantándose y apoyando las manos sobre las caderas, imitando sin darse cuenta la pose de Jean Jacques Burnel en el póster de los Stranglers que hay a sus espaldas. «¿Y supongo que te quedarás a cenar?».

Eso no acostumbra a ser el placer gastronómico que ella se imagina. «¿Qué es lo que hay?».

«Salchichas».

Que alguien me sujete. «¿De ternera o de cerdo?».

La vieja se quita las gafas, lo que deja a ambos lados de su nariz unas hendiduras de color vino. Se esfuerza por enfocarme de nuevo, como si acabase de despertarse, y se limpia las gafas sobre la blusa. «¿Te quedas a cenar o no?».

«Vale…, está bien».

«No me tienes que hacer ningún favor, Danny», comenta, antes de soplar sobre las gafas y volver a frotarlas. Vuelve a ponérselas y se va a la cocina, donde abre la nevera.

Yo me levanto y me acerco al área de la cocina, apoyándome sobre la barra de desayunar. «Quizá tendría que haber invertido mi dinero en productos concretos, en algo popular y duradero», digo estirándome y pinchándole con el dedo el tatuaje del brazo, «como la tinta china».

Ella se aparta, y me fulmina con la mirada tras las gafas.

«No empieces con eso, hijo. Y no te pienses que puedes andar sableándome a todas horas. Tienes un buen empleo; puedes pagarte los recibos de la tarjeta por tus

propios medios».

Cada vez que vengo aquí me recuerda lo de los putos recibos. A mi vieja le gusta imaginarse que sigue siendo punk, pero es pequeña empresaria hasta la médula.

3. La vida al aire libre

A medida que la pendiente de la colina se volvía más pronunciada, los helechos iban haciéndose más escasos. Brian Kibby, con un jersey de lana de Aran demasiado grande y un anorak impermeable ondeando bajo el viento, se enjugó un poco el sudor del ceño bajo una gorra de béisbol tan ajustada que le hacía daño. Respiró hondo y sintió cómo el aire fresco de la montaña le limpiaba los pulmones. A medida que la vida inundaba su enjuto cuerpo, se detuvo frente al mirador, volviéndose para contemplar la gran cordillera de Munros y la extensión del valle que serpenteaba bajo él.

Mientras disfrutaba de aquella idea de comunión con el universo, se apoderó de él una sensación de superioridad moral: apuntarse al club de senderismo con Ian Buchan, el único amigo de los tiempos del cole que le quedaba, que seguía siendo su compañero del alma, era lo mejor que había hecho jamás. Se habían conocido por medio de una afición común —los videojuegos— y trataron de convertirse el uno al otro a sus respectivas pasiones. Ian era una de las pocas personas a las que Brian Kibby había permitido poner los pies en su desván, donde se encontraba su muy codiciado ferrocarril a escala, a pesar de que Kibby sabía que a Ian le interesaba en muy escasa medida. Y aunque él mismo apenas toleraba la obsesión de aquél con *Star Trek*, la devoción que sentía por el senderismo era auténtica.

Brian adoraba los fines de semana que pasaba en compañía de aquella pandilla saludable y campechana, que se divertía de lo lindo bajo el rótulo colectivo de los Hyp Hykers. A su convaleciente padre le agradó inmensamente saber que salía más a menudo y que tenía un amigo, pese a que Keith Kibby recelaba un tanto de la naturaleza un tanto exclusiva de la amistad de su hijo con Ian Buchan y más aún de la obsesión de este último con *Star Trek*. Incluso en aquellas desiertas colinas, el estado de su padre rara vez andaba muy lejos de las cavilaciones de Brian Kibby. En aquellos momentos su padre se hallaba muy enfermo y, la noche anterior, cuando había acudido a visitarle al hospital, lo encontró muy débil y delicado.

Brian Kibby lamió la sal que se le había depositado en los labios, y tras el esfuerzo de la caminata por el sendero que bordeaba la colina, se llevó la botella de Evian a la boca. Asomado sobre el valle con cierta inquietud ante la mayor nube de mosquitos que jamás hubiera visto, sintió cómo el agua mineral masajeaba su garganta reseca.

Pletórico y boquiabierto, contemplaba el hondo desfiladero hasta llegar a las oscuras y amplias colinas que tenía frente a él, panorama acompañado por el álbum *Parachutes*, de Coldplay, que sonaba en su iPod. Apagando el aparato y sacándose los auriculares de los oídos, dejó resonar un poco el silencio de la naturaleza, roto únicamente por los leves graznidos de algunas aves que les sobrevolaban. Acto

seguido, el repentino sonido del matorral crujiendo bajo unos pies indicó la presencia de alguien a su lado. Dando por supuesto que sería Ian, dijo sin volverse: «Fíjate en eso, ¿a que da gusto estar vivo?».

«Es precioso», asintió una voz femenina. Kibby sintió que en su pecho brotaban a la vez el pánico y la euforia, en pugna por la supremacía. Al volverse, notó cómo se le encendían las mejillas y se le humedecían los ojos: era Lucy Moore, con aquellos ojos de intenso color azul y esos rizos pajizos, ondeando desafiantes bajo el viento, y le hablaba a él. «Eh…, sí…», logró articular mientras posaba su mirada sobre la vaina escarlata que tenía por boca.

Lucy pareció no reparar en la torpeza y la incomodidad de Kibby. Su mirada, serena pero penetrante, escrutó las cimas de las montañas que atravesaban el valle, espolvoreadas con una capa de nieve, antes de detenerse en la más elevada de todas. «Me encantaría tratar de escalarla», dijo ella, lanzándole una mirada cómplice.

«Nah… eh… con el senderismo tengo de sobra», respondió Kibby de manera poco convincente, lamentándolo inmediatamente al cobrar conciencia de que el vago interés que Lucy había mostrado por él iba disipándose progresivamente. Peor aún, fue reemplazado por un aura de leve desprecio, emoción que parecía suscitar de forma habitual en muchos miembros del sexo opuesto. «Aunque la verdad es que me tienta…», agregó él, en un intento de arreglar las cosas.

«Me encantaría», reiteró Lucy, aventurándose de nuevo, ahora de forma más cauta.

Kibby no supo qué decir y con cierto azoro le soltó: «Sí, sería estupendo, ya lo creo».

A esto le siguió un silencio tan insoportablemente embarazoso que Brian Kibby, que muy a su pesar había conseguido atravesar la adolescencia y los primeros años de su segunda década de vida sin siquiera besar a una chica, habría aceptado sin dudarlo un instante permanecer virgen toda la vida a cambio de verse libre de aquel tormento. Se ruborizó, tenía los ojos —que parpadeaban de forma incontrolable— llenos de lágrimas, de la nariz le manaba un reguero ininterrumpido de mocos y la garganta se le secó de tal forma que tuvo la plena certeza de que, de haber hablado, la voz se le habría quebrado como ramitas secas bajo los pies.

Sólo se salió del *impasse* cuando Lucy le preguntó en un tono de voz cansino: «¿Qué hora es?».

Kibby sentía tal ansia de verse libre de su tormento que, en su premura por responder, se le enganchó la correa del reloj en el elástico del puño del impermeable, y la tela se desgarró ligeramente. «Ca… casi las dos», tartamudeó.

«Supongo que deberíamos regresar al refugio para comer», reflexionó Lucy, mirando a Kibby con expresión perpleja.

«Sí», gorjeó Kibby, quizá en un tono demasiado agudo, «¡si no esos triperos se lo comerán todo!».

Y algo dentro de él se vino abajo al ver la sonrisa ligeramente apesadumbrada que

aquel comentario suscitó en ella. Aquella expresión le resultaba familiar. La había visto en la cara de su hermana, en la de las amigas de ésta y en la de las chicas de la oficina. La veía en los rostros de todas las jóvenes que conocía. Se quitó la gorra de béisbol roja y se la guardó en el bolsillo, dando así un respiro a sus sienes.

Los muros de piedra de la presa eran empinados y solemnes, severos como una hilera de lápidas en un cementerio. Desde la orilla del lago artificial situado enfrente, Danny Skinner echó un vistazo a los árboles marchitos que se estiraban hacia lo alto buscando luz entre la sombra premonitoria arrojada por aquellas grandes piedras. Llevaba todo el día lloviendo. Ahora ya había parado, dejando atrás un cielo cubierto que anunciaba una noche húmeda y fría.

Ya notaba cómo iba asentándose en su pecho un resfriado, agravado por el reguero de mocos farloperos que le bajaba por la garganta sin cesar. Miró a los tres hombres escasamente abrigados que le acompañaban. Observaban con gesto depredador a otros dos varones que estaban pescando en la presa, los cuales iban vestidos de un modo más apropiado para las inclemencias de la estación. Rab McKenzie, un metro noventa y dos y obeso, era su mejor amigo desde los tiempos del colegio, y seguía siendo su más querido compañero de borracheras. A Gareth no lo conocía tan bien; sólo hacía unas semanas que eran amigos, pero antes de llegar a conocerse ya le caía bien por su reputación.

El que le ponía nervioso era Dempsey. Pese a su relativa juventud, los variopintos círculos en los que entraba y salía significaban que Skinner se había topado con unos cuantos tipos duros, e incluso con algún que otro psicópata. Se había fijado, sin embargo, en que cuando alcanzaban cierta etapa de desarrollo, ya sólo nadaban en compañía de otros tiburones. Con todo, había en Dempsey algo característico y arrollador. Su presencia resultaba sin duda muy útil en cierto tipo de confrontaciones callejeras, pero en aquella situación estaba fuera de su elemento. Aunque quizá, meditó Skinner, era él quien estaba fuera de lugar.

Se conocían todos del fútbol, y los campos inundados habían aniquilado el programa de encuentros en todo el país. Pero eso es lo que hacían; se reunían los sábados y se entregaban a un poco de diversión inofensiva; de vez en cuando alguna pelea, pero por lo general sólo gestos de cara a la galería. Con todo, Skinner volvió a preguntarse qué hacía en una presa de West Lothian un sábado de diciembre por la tarde mientras caían chuzos de punta.

Respuesta: cocaína. Un poco antes, en un pub del centro, Dempsey había preparado una raya tras otra mientras los presentes se fueron reduciendo hasta quedar sólo ellos cuatro. Después propuso una pequeña aventurilla campestre. En ese momento no parecía mala idea: una confabulación fanfarrona inducida por las drogas, urdida en un pub del centro calentito. Ya allí, la cosa había pasado de emocionante a dudosa, y por último, había degenerado en aburrimiento puro y duro. Skinner se

moría de ganas de estar en casa con Kay.

Le había contado que, a falta de fútbol, se iba de pesca con algunos de los chicos. Era improbable pero de hecho era casi verdad. Sin embargo, sabía que ya debería estar con ella, de modo que se puso ansioso. Recordó, esperanzado, que ella le había mencionado algo acerca de unos ensayos de danza. A veces éstos se prolongaban. Pero seguía inquieto, aunque quizá no tanto como los dos pescadores.

«Está bien llena de lucios esta presa», explicó Skinner a ambos muchachos, en un esfuerzo por distender un poco las cosas. «En tiempos, no había más que percas. De manera que echaron un par de lucios, en plan lucio-lago, lago-lucio», siguió diciendo, sin esperar reacción pero percibiendo la sonrisa retorcida de Dempsey, «y los muy hijos de puta dejaron las reservas de perca en la nada. Las diezmaron». Se volvió hacia sus amigos. «¡Las percas empezaron a escasear de tal manera que los lugareños lanzaban al agua los palos de madera de las jaulas de periquitos sólo para que pareciera que había más!» [1] Y, al oler el miedo en aumento de los dos pescadores, Skinner empezó a esbozar involuntariamente una deslumbrante sonrisa fúnebre. Se dio cuenta de que habían captado la crudeza de su aviesa reacción, y por un instante se sintió despreciable.

Y el insípido sol poniente se vio cubierto por otra oleada de renegadas nubes negras, proyectando una sombra asesina sobre el lago, lo que hizo temblar visiblemente a uno de los pescadores, el pelirrojo. McKenzie, sintiéndose llamado a reaccionar, volcó de una patada la caja de aparejos de pesca y el cebo. Los gusanos se retorcieron sobre el lodo. «Qué torpe soy, ¿no?».

Skinner apretó los dientes y le lanzó a Gareth una mirada cómplice que decía: qué típico de McKenzie dejarnos a la altura del betún con una gracia tan sosa y acompañada de forma tan grosera.

«¿Sois de la parte límite del condado o qué, chavales?», preguntó Dempsey. «No sois de ninguna cuadrilla, ¿verdad?», preguntó a los desconcertados muchachos antes de señalar con el dedo y levantarle la voz a uno de ellos: «¡Tú! ¡Capullo pelirrojo! ¡Te he preguntado que de qué puto equipo sois!».

«No me gusta el fútbol…», empezó el muchacho.

Dempsey pareció darle vueltas a aquella declaración durante un par de segundos, asintiendo con la cabeza, paladeándola del mismo modo en que un pijo habría paladeado un vino de categoría.

«Los lucios son muy hijos de puta», dijo Skinner riéndose. «Son tiburones de agua dulce. Lo son por naturaleza».

«¿Conoces a Dixie, de Bathgate?», le preguntó bruscamente Dempsey al muchacho pelirrojo; parecía no oír a Skinner, quien estaba pendiente del incremento de la tensión.

El muchacho pelirrojo sacudió la cabeza, y el otro asintió con gesto afirmativo; ambos evitaron escrupulosamente mirarse. «Sólo de oídas».

«Si le ves por ahí le dices que Dempsey le estuvo buscando», dijo éste,

subrayando su propio nombre y con cierto gesto de desilusión al ver que los chicos no reaccionaban en absoluto ante aquella revelación.

Exasperado, Skinner pateó de refilón una piedra y observó cómo ésta hacía cabrillas durante un segundo sobre la superficie del lago antes de que éste la engullera con un ruido sordo. Habían tomado un par de cervezas y algo de perica y les habían engatusado para ir a West Lothian para una oscura *vendetta* que Dempsey tenía planeada contra un viejo conocido desde hacía años, probablemente por algo que ninguno de los dos recordaba ya. No encontraron ni rastro del tipo y empezaron a deambular sin rumbo. Aquel mezquino numerito de acoso e intimidación era resultado de la frustración de no haber logrado ningún resultado en esa dirección. Sin embargo, había algo más; también se trataba de la vieja guardia frente a la nueva generación, decidió Skinner, de un pulso entre McKenzie y Dempsey, en medio del cual se vieron cogidos aquellos dos pobres chavales. «Perdonen ustedes las molestias, muchachos, y buena suerte con la pesca», canturreó alegremente mientras le hacía un gesto con la cabeza a Gareth y ambos se marchaban. McKenzie y Dempsey se entretuvieron, lo cual no auguraba nada bueno.

Gareth hizo una mueca: «Esos dos tendrían que irse de vacaciones a un *bed & breakfast* y darse a los placeres griegos hasta que se les pasen las ganas».

A Skinner Gareth le caía bien, pero optó por sonreír y reservarse la opinión. «La gente tiene derecho a pescar sin que la molesten. Es un derecho humano elemental», fue su inane comentario.

Oyeron gritos y chillidos, pero siguieron caminando de forma resuelta, encaminándose con rapidez hacia el coche. Algunos instantes después, vieron por el espejo retrovisor a McKenzie y a Dempsey aproximándose hacia ellos. «Les hemos metido bien», anunció entre jadeos un aturullado Dempsey mientras subían a los asientos de atrás. Llevaba un ojo hinchado y magullado. McKenzie lucía una sonrisa de depredador.

«¿Llevaban móvil?», preguntó Gareth en tono irritado. «Porque si es así, la puta poli estará encima cagando leches».

«A lo mejor aquí no hay señal», dijo Dempsey con cierta timidez, «por lo de los muros de la presa y tal».

Gareth arrancó el coche y aceleró mientras subían por la pista hasta llegar a la carretera principal rumbo a Kincardine Bridge. «Iremos por la ruta turística. Vosotros dos, cabrones, cogéis el tren desde Stirling», dijo, indicando con un gesto de la cabeza a Dempsey y McKenzie. Skinner se preguntó si habría ofendido a Dempsey al sentarse en el asiento de delante. Era inevitable que así fuera, sobre todo teniendo en cuenta que detrás, al estar sentado al lado del voluminoso Rab McKenzie, estaría apretujado.

«¡Capullo paranoico!», protestó Dempsey.

«Vete a tomar por saco, Demps; yo no he venido a este estercolero a ver cómo te dabas de bolsazos con civiles inocentes», replicó Gareth.

«Ya, pero…», empezó Dempsey.

«Ni peros ni peras. Pensé que ibas detrás de Andy Dickson y fui lo bastante estúpido como para ayudarte a emprender esta boba caza del hombre porque iba hasta las cejas de coca y, en cualquier caso, a ese retrasado no le tengo ningún cariño. Pero¿acaso alguno de esos chavales era Andy Dickson? ¿No? Ya me parecía a mí».

«Se estaban sobrando que te cagas», le espetó Dempsey.

«Estaban pescando», le rebatió Gareth.

Por el retrovisor, Skinner vio los ojos coléricos de Dempsey clavados en la nuca de Gareth, pero el conductor no parecía consciente de ello. Entretanto, McKenzie relataba con entusiasmo la paliza que habían propinado a los dos chavales. Al darse cuenta del rumbo que tomaba aquello, uno de ellos había ido a por todas y asestó el primer golpe, sacudiéndole un buen derechazo en el ojo a Dempsey. «El capullo pelirrojo», se explayó McKenzie con cierta alegría malévola. Luego siguió explicando cómo tumbó al amigo de éste de un solo puñetazo y observó, entretenido, cómo un Dempsey fuera de sí, casi paralítico de furor y de frustración, se imponía poco a poco a su agresor y después lo reventaba a coces.

Dempsey, sentado en el asiento trasero del coche, iba más tenso que un muelle comprimido, forzado a escuchar el relato de McKenzie. Como no fuera matando al pescador, sabía que poco podía hacer para borrar de la memoria de McKenzie el recuerdo de ese primer golpe que asestado por sorpresa por el pelirrojo, pese a que el chico acabó pagando caro su coraje y su dignidad. Pero la historia de cómo aquel amodorrado capullo pelirrojo le había metido una en la presa circularía. La espectacularidad de aquel golpe se magnificaría cada vez más, mientras que la represalia de Dempsey se volvería cada vez más insignificante e intrascendente. La radiante sonrisa de McKenzie daba fe de que la anécdota acabaría tergiversada y sacada totalmente de contexto.

En el coche, Gareth, posiblemente consciente de la humillación de Dempsey e inquieto por las repercusiones, acabó por ceder y llevó a todo el mundo de vuelta a la ciudad en coche. A medida que las casas de las zonas residenciales daban paso a los bloques de apartamentos de las áreas deprimidas del casco urbano, Skinner pensaba que lo que debía hacer era volver con Kay en ese mismo momento, pero McKenzie propuso ir a tomar una pinta. Bueno, a lo mejor tomaba sólo una antes de volver a casa.

4. Skegness

Los atolondrados ojos de Joyce Kibby sólo se habían apartado de la sartén de huevos revueltos durante lo que a su confusa conciencia se le antojaron uno o dos segundos, para echar un vistazo, distraída, al retrato. Ahí estaba, posado inocuamente en la balda ornamental de la cocina de estilo Tudor que su marido había construido con sus propias manos.

Era una foto en la que aparecían ella, Keith y los niños en Skegness. Debía correr el año 1989 y había llovido durante la mayor parte de la quincena. La había tomado el encargado del Crazy Golf. Barry, así se llamaba. La mayoría de las personas que visitaban el domicilio de los Kibby la habría considerado una foto de familia más, sobre todo teniendo en cuenta que la casa estaba plagada de ellas. Para Joyce, sin embargo, poseía una cualidad mágica, trascendental.

Para ella era la única foto que captaba la esencia de todos ellos: Keith, con su alegría ganada a pulso; Caroline, con aquella jovialidad pugnaz y provocadora que evidenciaba ya de niña y que jamás la había abandonado. Y luego estaba la felicidad de Brian, siempre con un matiz de precariedad, como si exhibirla de forma demasiado ostentosa pudiese precipitar la aparición de fuerzas oscuras prestas a destruirla. En resumen, estimó con desasosiego, era igualito que ella.

Un olor a quemado le hizo arrugar la nariz. «Pestes», musitó Joyce, sacando la sartén del anillo ardiente de la cocina eléctrica y rascando los huevos con la cuchara de madera para asegurarse de que no quedasen pegados al fondo. Aquellas pastillas que el doctor Craigmyre le había recetado para ayudarla a lidiar con el estado de Keith la estaban volviendo lenta, la embotaban.

¿Dónde estará Caroline?

Mujer delgada, ya muy pasados los cuarenta, con una nariz prominente, ojos grandes y una mirada inquieta, Joyce Kibby atravesó rápidamente las baldosas de pizarra. Asomando la cabeza de la cocina al pasillo gritó escaleras arriba: «¡Caroline! ¡Venga!».

Arriba, en su habitación, Caroline Kibby se apoyó sobre un codo, se incorporó lentamente y se apartó del rostro sus cabellos rubios. Desde la pared de enfrente, una sonriente imagen gigante de Robbie Williams le daba los buenos días. Aquella fotografía concreta siempre le había parecido dulce y extrañamente conmovedora. Hoy, sin embargo, a Robbie no parecía favorecerle en absoluto; quizá hasta le diera un aspecto un poco simplón. Balanceando las piernas y sacándolas de la cama, dispuso de un segundo para notar la piel de gallina que las cubría antes de que resonase de nuevo la voz chillona de Joyce: «¡Caroliiinne!».

«Ya va, ya va», protestó ésta, lanzando un murmullo de exasperación ante el gran póster.

Caroline se puso en pie; durante los pocos pasos que le costó descolgar la bata azul del gancho de la puerta y envolverse en ella, notó el frío que hacía. De forma instintiva, se la ciñó al cuerpo al salir al pasillo, desde donde pudo comprobar que su hermano ya estaba listo; había dejado la puerta del cuarto de baño abierta para que se disipara el vapor de la ducha. En el espejo se veía una chorreante estrella de David. Brian ya iba vestido con el traje azul marino que su padre había insistido en que se comprara para el nuevo empleo. Le quedaba bien; el corte le imprimía una delgadez más elegante que dolorosa, impresión esta última que era la que solía ofrecer habitualmente. Le daba mejor aspecto, pensó; desde luego, Brian había nacido para llevar traje. «Muy elegante», dijo Caroline con una sonrisa.

Brian sonrió de oreja a oreja, exhibiendo sus grandes y blancos dientes. Mi hermano tiene unos dientes bonitos, pensó ella.

Para él, aquél era un gran día. Se trataba de un puesto de funcionario en un cuerpo de inspectores más grande que el de Fife, y varios niveles más arriba en la escala salarial. Por añadidura, no había que tener en cuenta unos gastos de transporte del mismo calibre. No obstante, en cierto modo constituía un gran paso en lo referente a responsabilidades, y de un modo que asomaba quizá en la fatiga de su mirada, a Caroline le parecía que acusaba un poco la presión. No obstante, en aquellos momentos todos ellos padecían mucho estrés. «¿Nervioso?», preguntó.

«Nah», respondió Brian, antes de admitir, «bueno, quizá un poquitín».

«¡Caroline!». La voz de Joyce, aguda y nasal, volvió a ascender desde abajo. «¡Se te va a enfriar el desayuno!».

Caroline se inclinó sobre el pasamano de la escalera. «¡Vale! ¡Ya te oigo! ¡Bajo enseguida!», rezongó; Brian Kibby se fijó en la tirantez de los tendones del cuello de su hermana.

Joyce interrumpió abruptamente los característicos ruidos de preparación del desayuno; un silencio vacilante se elevó de la cocina como vapor caliente. Era como si un francotirador emboscado acabase de volarle la cabeza a un compañero que tuviese al lado.

Brian Kibby miró a su hermana con gesto consternado, pero Caroline se limitó a devolverle el mohín y encogerse de hombros.

«Venga, Caz…», suplicó él.

«A veces me pone de los nervios».

«Creo que es por lo de papá», dijo Brian, agregando a continuación: «Es muy estresante».

Había algo condescendiente y excluyente en el tono de voz de su hermano que le dolió. «Lo es para todos nosotros», replicó con brío.

A Brian le desconcertó un poco el tono de voz de Caroline. Había dado pocas muestras declaradas de que le hubiese afectado la enfermedad de su padre. Pero por supuesto que así tenía que ser; al fin y al cabo, era su favorita, pensó, un tanto melancólico. Con su acostumbrada indulgencia, Kibby lo atribuyó a la juventud de su

hermana, decidiendo que ése era su modo de ser. «Y creo que está nerviosa por mí porque es mi primer día de trabajo y esas cosas…», continuó, implorando de nuevo: «Intenta no sacarla de sus casillas, Caz…».

Caroline se encogió de hombros con gesto indiferente y los hermanos Kibby bajaron las escaleras que conducían a la cocina. Brian enarcó las cejas al ver la gran bandeja de huevos revueltos, tomate asado y champiñones que había sobre la mesa. A su madre le preocupaba que estuviera tan delgado, pero era capaz de comer lo que fuera y no engordar; lo consideraba un destino metabólico compartido por ambos. «Luego te alegrarás», le aseguró Joyce de forma preventiva mientras se sentaba. «No sabes cómo será la comida del comedor municipal ese. Siempre dijiste que el de Kircaldy no estaba muy allá», rumió en voz alta, volviéndose hacia Caroline, que colocó un huevo sobre una tostada mientras dejaba a un lado una loncha de beicon.

Joyce torció el gesto, cosa que Caroline captó de inmediato.

«Ya te he dicho que no como carne», dijo Caroline. «¿Por qué me la sirves cuando sabes que no me la como?».

«No es más que una loncha», respondió Joyce con gesto suplicante.

«Disculpa, pero ¿es que no has *oído* lo que he dicho?», preguntó Caroline a su madre, mirándola directamente a la cara. «¿Qué crees que significa la frase “no como carne”?».

«La carne es necesaria. Sólo es una loncha». Joyce entornó los ojos y miró a Brian, que estaba ocupado untando de mantequilla una tostada.

«Yo. No. Como. Carne.», afirmó Caroline por tercera vez, ahora cambiando de tono, casi riéndose de su madre.

«Apenas es nada», dijo ésta, irritada. «Todavía estás creciendo».

«De todas las maneras equivocadas, si por ti fuera».

«Eres anoréxica, ése es tu problema», declaró Joyce. «He leído acerca de esa estúpida obsesión con el peso que tenéis las jóvenes de hoy y…».

«¡No puedes llamarme así!», exclamó Caroline, roja de ira. «¡Es como tachar a alguien de enfermo mental!».

Joyce miró con gesto atribulado a su hija. ¿Qué sabría aquella niña escuchimizada y respondona de enfermedades? «Ahí tienes a tu padre, luchando por su vida en el hospital, con goteros por todas partes; seguro que daría cualquier cosa por poder comer algo sólido…».

Caroline ensartó el trozo de beicon con el tenedor enseñándoselo a su madre. «¡Entonces llévaselo a él!», exclamó, poniéndose en pie de golpe y subiendo en tromba las escaleras hasta su habitación.

Joyce prorrumpió en hipidos pequeños y entrecortados. «Esa pequeña…, ¡ay!…». De pronto se detuvo, como si acabara de recordar que Brian estaba presente. «Lo siento, hijo, y encima en tu primer día en el nuevo empleo. Hay veces que ya no reconozco a esa chica», dijo levantando la vista hacia el techo. «Jamás se atrevería a hablar de esa manera si tu padre…».

«No te preocupes. Subiré y hablaré con ella. También está alterada, mamá. Por lo de papá. Simplemente es su forma de manifestarlo», discurrió Brian.

Joyce respiró hondo. «No, hijo, termina de desayunar. Llegarás tarde y es tu primer día de trabajo. No es justo; no, no es justo», dijo ella sacudiendo la cabeza y dejándole desconcertado, preguntándose a qué injusticia se refería exactamente.

Brian Kibby estaba ansioso por hacer eso mismo y salir de casa. Aunque iba un poco sobrado de tiempo, engulló la comida y se colocó la gorra de béisbol roja en la cabeza. El ímpetu y la emoción le hicieron recorrer Featherhall Road hasta llegar a St John's Road con gran rapidez; allí vio cómo se aproximaba un autobús número 12. Corriendo hasta la parada para cogerlo, tuvo la suerte de encontrar asiento y se asomó por un cristal empañado a la ciudad, fría y empapada. Avanzaron muy lentamente hasta pasar el zoo, parando luego en Western Corner, Roseburn, Haymarket y Princes Street, antes de que él bajara en la estación de Waverley y subiese por Cockburn Street hasta llegar a la Milla Real. Se quitó la gorra de béisbol roja con el logotipo futbolero, ya que no hacía juego con el traje, y la guardó en su bolsa.

Su apresurada salida de casa le había hecho entrar en calor, pero al desembarcar del autobús, el húmedo frío matutino había empezado a insinuarse. Al notar cómo la llovizna y la neblina del Mar del Norte le saturaban paulatinamente la ropa, se le ocurrió que a veces salir a la intemperie en Escocia era como meterse en una sauna fría. Para matar un poco de tiempo recorrió un trecho de la Milla Real. En la papelería compró un ejemplar del *Game Informer* de aquel mes y lo guardó en la bolsa. Luego se metió por una bocacalle, sintiendo el palpito de la emoción en el estómago, al ver una de sus tiendas favoritas, con su pintoresco rótulo:

A. T. Wilson Hobbies y Pasatiempos

Brian se acordaba de cómo su padre disfrutaba tomándole el pelo por sus frecuentes compras en aquella tienda. «¿Conque todavía vamos a la tienda de juguetes, hijo? ¿No crees que ya vas siendo un poco mayor para esas cosas?». Keith Kibby se reía, pero con frecuencia se adivinaba en su humor un matiz burlón y desdeñoso que avergonzaba a su hijo y le hacía mostrarse más circunspecto en lo referente a sus adquisiciones.

La maqueta del ferrocarril en miniatura que ocupaba el desván de los Kibby era impresionante, aunque como Brian tenía pocas amistades, no eran muchas las personas que habían tenido el privilegio de verla. En su condición de maquinista, Keith Kibby había pensado en un principio que su hijo simplemente compartía su fascinación por las locomotoras, y le desilusionó descubrir que aquella pasión se limitaba exclusivamente a las locomotoras en miniatura. No obstante, en un bienintencionado intento de alentarle en aquella dirección, su padre, entusiasta del bricolaje, recubrió de parquet el desván, colocó una escalera de mano de aluminio y hasta puso la instalación de luz.

Brian Kibby había heredado de su padre la habilidad para la carpintería. El taller de Keith estuvo al otro lado del desván hasta que enfermó demasiado como para subir las escaleras con tanta frecuencia y empleó el cobertizo del jardín en su lugar. Por consiguiente, toda la planta quedó consagrada al complejo ferroviario y urbano de Brian, si se exceptuaban unos cuantos armarios viejos en los que había almacenados algunos juguetes y libros de la infancia, y un montón de estanterías que albergaban sus revistas de reseñas de videojuegos.

Era algo muy inusitado que alguien más subiese allí arriba, y el desván se convirtió en el refugio de Brian, un lugar de retiro cuando le acosaban en el colegio o cuando tenía cosas —o chicas— en las que pensar. Fueron pasando tardes de masturbación solitaria y culpable a medida que su febril imaginación evocaba imágenes de chicas del vecindario o el colegio, desnudas o ligeras de ropa, a las que casi era demasiado tímido para mirar, ya no digamos dirigir la palabra.

No obstante, su pasión abrumadora era el ferrocarril en miniatura. También se avergonzaba de ella; se encontraba tan lejos de las cosas con las que disfrutaban otros chicos, o al menos profesaban disfrutar, que el placer que le proporcionaba era tan deliciosamente clandestino como sus sesiones masturbatorias. De resultas, se volvió más circunspecto y retraído ante sus coetáneos; sólo se sentía libre cuando se encontraba en su desván, donde era amo y señor del entorno por él creado.

Las bromas en familia de Keith acerca de su «expulsión» del desván disimulaban ansiedades de mucho mayor calado, y no sólo relativas a su salud en declive. Le preocupaba que pudiera haber encerrado psicológicamente a su hijo en aquel espacio; al alentar aquella afición había suministrado a aquel muchacho tan tímido un medio de sepultarse en vida.

Cuando Brian alcanzó la edad en la que Keith le consideraba demasiado mayor como para que les acompañase durante las vacaciones familiares, el padre preguntó al hijo adonde pensaba ir.

«A Hamburgo», le dijo Brian con entusiasmo.

Keith se sintió preocupado por la sordidez de la industria del sexo de la Reeperbahn, pero enseguida se dio cuenta, con cierto alivio, de que aquello no era sino un rito iniciático por el que hacía tiempo que tendría que haber pasado su hijo, al rememorar sus propias aventuras adolescentes en el barrio chino de Amsterdam. Sin embargo, algo chirrió en su interior cuando el muchacho añadió: «¡Tienen el mayor ferrocarril en miniatura del mundo!».

Sabía, sin embargo, que había sido él quien había iniciado la obsesión. Había ayudado a su hijo a construir grandes colinas de cartón piedra, alrededor y por debajo de las cuales circulaban los trenes, y le había ayudado también a realizar construcciones minuciosas. El edificio de la estación y el del hotel, inspirados en los de St Paneras, en Londres, eran el orgullo de Brian. Formó parte de un trabajo de carpintería en el colegio, donde sobrevivió a varios intentos de sabotaje por parte de Andy McGrillen, un perdonavidas que había puesto especial empeño en acosarle. En

cuanto logró llevarlas a casa, sanas y salvas, sin embargo, no hubo forma de detener a Brian Kibby, pues todo creció a partir de aquellas estructuras amorosamente labradas por él.

Ahora Kibbytown, como a menudo la denominaba, también albergaba un estadio de fútbol construido alrededor de un campo de Subbuteo. Junto al mismo pasaba la vía férrea, recordándole al observador Brockville o Starks Park. Su proyecto más reciente era la construcción de una ambiciosa y nueva tribuna que formaría un puente sobre la vía, tomando como modelo el estadio de Lansdowne Road, en Dublín. Incluso dejó de lado su aversión a los deportes, asistiendo a varios partidos en Tynecastle y Murrayfield para fijarse en el diseño de los estadios.

Cuando comenzaba una nueva fase de construcción, Keith siempre se encontraba ansioso. Le preocupaba que su hijo apisonase sus colinas de cartón piedra, por las que parecía desmesuradamente preocupado, pero Brian siempre edificaba alrededor de ellas. Y vaya si el chico edificaba: bloques de pisos, torres, bungalows, cualquier cosa que se le ocurriera a medida que su ciudad se extendía por el desván, reflejo del desarrollo de la parte oeste de Edimburgo en la que creció.

Ahora, bajo la lluvia matutina, en la calle y asomado al escaparate de Wilson's Hobbies, Kibby se quedó pasmado al instante. No podía creer lo que veía, ¡pero allí estaba! La elegante locomotora de color granate y negro resplandecía mientras leía con impaciencia y anticipación lo que estaba grabado en la placa del lateral: CITY OF NOTTINGHAM. Era una R2383 BR Princess Class *City of Nottingham*. Había estado agotada debido a la demanda, convirtiéndose en algo excepcional de la noche a la mañana.

¿Cuánto tiempo llevo detrás de una de ellas?

Mientras miraba el reloj se le aceleró el pulso. La tienda abriría a las nueve en punto, dentro de apenas cinco minutos, pero él tenía que presentarse ante un tal señor Foy a las 9.15. Costaba ciento cinco libras, y si la dejaba allí, se la llevarían antes de que pudiese regresar a la hora de comer. Brian Kibby atravesó a toda prisa la calle para llegar al cajero y retiró su dinero, temblando de emoción y temor en todo momento, no fuese que algún otro entusiasta de los ferrocarriles en miniatura entrase a hurtadillas y le birlase el codiciado artefacto.

Mientras regresaba a toda velocidad a la tienda, Kibby vio a Arthur, el viejo propietario, llegar cojeando hasta la entrada y meter las llaves en la cerradura para abrir. Entró tambaleándose tras él, incapaz de contener su emoción, tuvo que detenerse abruptamente, pues de pronto el anciano se agachó para recoger el correo matutino. En lo que a Kibby se le antojó una eternidad, reunió toda la correspondencia y dijo después con discernimiento: «Ah, hola, Brian, hijo, creo que sé lo que buscas».

Echando un rápido vistazo al reloj, a Kibby le preocupaba ahora llegar tarde. No podía hacer algo así; no podía causar tan mala impresión en su primer día de trabajo. Era importante empezar con buen pie. Su padre siempre había hecho hincapié en la

puntualidad hasta el punto de convertirla en una de las obsesiones de Brian Kibby. Cosas de maquinistas, concluyó.

El viejo Arthur pareció un poco molesto al ver que el muchacho se marchaba inmediatamente después de adquirir la locomotora, sin quedarse a charlar como tenía por costumbre. La gente joven siempre andaba con prisas, pensó con cierta desilusión, pues durante mucho tiempo había considerado que Brian Kibby estaba hecho de otra pasta.

Kibby cruzó la calle a la carrera con la caja bajo el brazo. No, no podía llegar tarde, se repitió sin cesar a sí mismo una y otra vez en un mantra nervioso. Aquella noche acudiría al hospital y tenía que ser capaz de mirar a su padre a los ojos y contarle que todo había ido bien en su primer día. El reloj del Tron le dijo que disponía de un poco de tiempo, y comenzó a relajarse y a recobrar el aliento.

Delante de las cámaras municipales se estaban realizando unas obras importantes. Siempre estaban levantando los adoquines de la Milla Real, reflexionó Kibby. Entonces reconoció a uno de los operarios. Era Andy McGrillen, su antiguo verdugo del colegio, ataviado con una chaqueta guateada sin mangas mientras manejaba un gran martillo neumático cuyo temblor ponía de manifiesto la tensión de los poderosos músculos de sus brazos. Kibby contempló sus propios y enclenques bíceps, y recordó lo ridículo que quedó que su padre le dijera: «Si alguien se mete contigo en el colegio, dales con esto», mostrando su propio puño lleno de cicatrices a modo de ejemplo.

Brian Kibby agarró con más fuerza la caja que llevaba.

Cuando McGrillen levantó la vista y le reconoció con lentitud, Kibby notó que en su interior se desencadenaba el acostumbrado relámpago de temor engendrado por la presencia de su viejo antagonista. No obstante, al contemplar a McGrillen, pareció dar paso a otra emoción, menos definible. El desprecio seguía presente en la mirada de su viejo torturador, pero esta vez, vestido con ropa de obrero, se veía frente a un Kibby trajeado, y alguna parte burguesa reprimida de su alma se sintió disminuida. Y Kibby se dio cuenta de ello; se dio cuenta de que McGrillen se veía levantando calles durante el resto de su vida, mientras él, Brian Kibby, en traje y corbata, se convertía en un hombre de provecho, ¡un inspector municipal!

Kibby no pudo reprimir una sonrisita de suficiencia, pues, después de todas las humillaciones de patio de colegio y de años atravesando la calle a la altura de la pastelería o la tienda de *fish and chips*, acababa de obtener cierto grado de venganza, de justicia. Aquella pequeña sonrisa de autosatisfacción, ¡menudo clavo en el corazón del pobre McGrillen!, pensó mientras atravesaba el patio delantero casi brincando de alegría, dejando de mirarle de forma instantánea y avanzando de un modo estudiadamente distraído, serio y formal, ¡como si McGrillen fuera alguien al que pensaba que conocía pero reparando de inmediato en su error!

Ya en el interior del impresionante vestíbulo, Kibby subió por una escalinata revestida con paneles de caoba hasta llegar a un grupo de ascensores. Al meterse en

uno de ellos, vio a un tipo trajeado, de su misma edad o quizá un poco mayor. Kibby pensó que tenía una pinta guay, pues el traje parecía caro. Y el tipo hizo un gesto con la cabeza y le sonrió, ¡a él, a Brian Kibby! ¿Y por qué no? Ahora era alguien, un funcionario municipal, no sólo un currante sin cualificar como McGrillen.

¡A alguien como Andrew McGrillen un tío como ése no le daría ni los buenos días!

Entonces se dio cuenta de que el chico iba con una chica; pues bien, Kibby sintió cómo se le aceleraban las hormonas, y antes de empezar a hablar con el chico, ella también le dedicó una sonrisa. ¡Vaya!, pensó Kibby, admirado ante los cabellos castaño claros, los inquietos y grandes ojos marrones y los voluptuosos labios de la chica. Qué preciosidad, dijo para sus adentros, atónito, presa de una especie de subidón extático tan fuerte que por unos instantes casi se olvidó de la caja que llevaba bajo el brazo.

Al llegar a la siguiente planta subieron al ascensor dos hombres vestidos con mono azul, y acto seguido una profusa y cálida hediondez inundó el compartimento en el que estaban apiñados. Alguien había soltado un pedo. El olor era espantoso, y antes de entornar el rostro en un gesto de asco el tío del traje miró a los ojos primero a Kibby y luego a los muchachos del mono azul. Los obreros se bajaron en la planta siguiente. El joven trajeado exclamó a voz en cuello: «¡Vaya tufarada!».

Alguna gente sonrió y la chica se rió. «Danny», le reprendió.

«No es coña, Shannon», le oyó decir Kibby. «No hay derecho. Hay servicios en todas las plantas».

Shannon, pensó Kibby, demasiado excitado y aturullado para volverse y fijarse si iban a la misma planta que él. No, pensó, aquélla era su gran oportunidad. Ellos no le conocían; no iba a ser el chico tímido del colegio o el silencioso aprendiz de la oficina que preparaba el té para los viejos gruñones, como en su último empleo. Aquí iba a acceder a la mayoría de edad, iba a derrochar confianza en sí mismo, se iba a mostrar sociable y sería respetado. Acto seguido, tomó aire y se volvió para mirar al tal Danny y a la tal Shannon. «Disculpad…, ¿sabéis dónde está la sección de Sanidad y Medio Ambiente? Tengo una cita con el señor Robert Foy».

«Tú debes ser Brian», dijo la chica llamada Shannon sonriéndole, cosa que también hizo, como notó Kibby con gratitud, el chico llamado Danny.

«Síguenos», dijo éste.

¡Apenas he traspasado el umbral y ya he hecho migas con una gente estupenda!

5. Indemnización

El implacable martilleo del despertador arrojó a Danny Skinner de un infierno a otro. Su mano salió disparada, activando de un manotazo el botón de «apagado», pero durante un rato el ruido continuó palpitando en su cerebro. Los sueños atormentados y febriles habían desaparecido, sólo para verse reemplazados por la realidad de una fría e inhóspita mañana laboral de lunes. A medida que las sombras del alba comenzaban a definir los contornos de la habitación, su cabeza, muy cargada, fue despejándose. Una oleada de pánico le atravesó cuando por instinto sacó la pierna al frío para explorar el otro lado de la cama.

No.

Kay no había regresado, no había pasado la noche allí. Solía pasar mucho tiempo en su casa, a decir verdad, la mayor parte de los fines de semana. Quizá había salido a tomar una copa con su amiga Kelly; dos chicas en forma, dos bailarinas, de marcha. A Skinner le atraía la idea. De repente, un olor amargo le llegó a las fosas nasales. En un rincón, vio un charco de vómito. Dio gracias de que estuviese confinado al suelo de madera de pino lavada y de que no hubiese llegado hasta la alfombra oriental en la que aparecían varias posiciones del Kama Sutra, la cual le había costado la mitad de su sueldo mensual en una tienda de antigüedades del Grassmarket.

Skinner encendió la radio y escuchó a un DJ inverosímilmente alegre babear durante un intervalo de tiempo espantosamente largo antes de que una melodía bienvenida y familiar aliviase ligeramente su sufrimiento. Se incorporó de forma paulatina y se fijó en su ropa, desperdigada por el suelo y colgando de la parte inferior de la cama con la desesperación con que un náufrago se aferra a una tabla. Luego contempló morbosamente la botella de cerveza vacía y el cenicero rebosante que yacían junto a la cama. Dichos restos estaban iluminados, como en una abominable composición, por el parco sol matutino que se filtraba por las raídas cortinas. A través de los marcos agrietados y vibrantes de las ventanas soplaba ruidosamente un viento fresco, azotando su pecho desnudo.

Anoche volví a acabar destrozado. El último fin de semana. No me extraña que Kay optase por volver a casa. Eres un puto cretino, Skinner… un puto fantasma, un hijo de perra inútil…, te comportas como un imbécil…

Se paró a pensar en que antes nunca le había importado el frío. Ahora notaba cómo iba socavando su energía vital. Tengo veintitrés años, pensó con nerviosa desesperación, espeso por la resaca. Se llevó la mano a las sienes para frotárselas y así disipar un puntito de neuralgia que quizá anunciase la llegada del explosivo aneurisma que habría de enviarle al otro barrio.

En este sitio hace un frío que te cagas. Frío y además oscuro. Nunca será Australia ni California. No va a mejorar en nada.

A veces pensaba en el padre al que nunca conoció. Le gustaba la idea de que quizá estuviera en algún lugar cálido, quizá en lo que denominan «el Nuevo Mundo». Como si pudiera verlo, se imaginaba a un hombre saludable y moreno, quizá con la cabeza surcada de canas y una familia bronceada, joven y rubia. Y sería aceptado en su seno en un acto de reconciliación que daría sentido a su vida.

¿Puedes echar de menos aquello que nunca tuviste?

El invierno pasado estaba pelado y había intentado quedarse en casa y dejar la bebida. Acabó escuchando a Leonard Cohen, estudiando las obras filosóficas de Schopenhauer y leyendo a diversos poetas escandinavos, en su opinión deprimidos clínicos torturados por largas noches invernales. Sigbjörn Obstfelder, el modernista noruego que escribió a finales del siglo XIX, le gustaba en especial por sus grandiosos versos de decadencia morbosa, el más memorable de los cuales, para Skinner, era éste:

El día se pasa entre risas y canciones.
La muerte siembra durante la noche entera.
La muerte siembra.

A veces pensaba que podía verlo escrito en los rostros de los vejetes de los pubs de Leith: cada pinta y cada chupito aproximando un paso más a la Parca, a la vez que alimentaba delirios de inmortalidad.

¡Ah, cuan dulces delirios!

Y se acordó de que había sacado a su novia al pub casi a la fuerza el domingo por la tarde, cuando lo único que ella quería hacer era quedarse tumbada viendo la televisión con él.

Skinner, sin embargo, sentía la imperiosa necesidad de sacudirse la resaca del viernes y el sábado noche y poco menos que la había sacado a empujones por la puerta, conduciéndola por Leith Walk hasta Robbie’s, donde se encontraban bebiendo varios de sus amigotes. Con todo, Kay, la única mujer en todo el local, permaneció allí sentada, sonriendo y sin quejarse, consentida o ignorada por aquellos hombres extraños y maravillosos que no hacían más que beber sin parar. Era como si algunos de ellos no hubiesen posado jamás sus ojos inyectados en sangre sobre una mujer, mientras que otros habían visto al menos una más de las que hubieran querido volver a ver jamás. A Kay no le preocupaba demasiado; le hacía feliz estar con el chico al que amaba, fuesen a donde fuesen. Ella no podía hacer como ellos, sin embargo. Tenía que controlarse el peso y mantenerse en forma para poder bailar. Solía decir: «Tú no lo entiendes, tengo que mantenerme en forma». Y él le contestaba: «Pero si lo estás, nena».

Pero a medida que caían las copas, Skinner se iba poniendo más bullanguero y más pedante. Discutía con su colega, Gary Traynor, un joven fibroso, de cabellos claros rapados y expresión severa pero traviesa. «Últimamente ésos no tienen una

firm en condiciones. ¿A cuántos podrían reunir?».

Traynor se encogió de hombros con una leve sonrisa de suficiencia y dio un sorbo a su cerveza. Alex Shevlane, una especie de rata de gimnasio con la cabeza afeitada y aspecto de abusar de las pesas, le echó una mirada subrepticia a sus bíceps en el espejo mientras se llevaba la botella de cerveza a los labios: «La última vez que estuvimos allí los muy cabrones ni aparecieron. Una puta pérdida de tiempo», dijo entre dientes.

«Siempre estás con lo mismo», dijo Traynor sonriendo y descargando una palmada en las anchas espaldas de Shevlane. «Déjalo estar. ¿Qué quieres, demandarles por daños y perjuicios? Daños emocionales por arruinarte el fin de semana», se rió, señalando con un gesto de la cabeza a un joven elegantemente vestido y de aspecto huidizo que bebía solo en la barra. «¡Pero si es Dessie Kinghorn!».

Skinner se dio la vuelta y guipó a Des Kinghorn, que le sostuvo la mirada con gesto duro y penetrante. Skinner se levantó y caminó hacia él mientras el rostro de Traynor se dilataba de alegría.

«¿Qué tal, Dessie, colega?».

Kinghorn le miró de arriba abajo, se fijó en la chaqueta Aquascutum y las Nike nuevas, y asintió con la cabeza en un gesto pausado y valorativo. «Bien», dijo con brusquedad. «¿Trapos nuevos?».

Han pasado tres años y el muy capullo sigue mosqueado, pensó Skinner. «Sí…, ¿te apetece tomar una, colega?», le preguntó, señalando la barra.

«Nah, gracias, ya me marchaba», dijo Kinghorn, apurando su cerveza, saludando con la cabeza de manera cortante y dirigiéndose a la salida.

Mientras salía por la puerta a la calle, Traynor le echó una mirada a Skinner, frunciendo los labios y poniendo los ojos en blanco. La sonrisa de Shevlane reflejaba el retrato del tiburón que lucía en su jersey de rayas blancas y negras. Skinner se encogió de hombros y mostró las palmas en un gesto de impotencia. Kay se estaba quedando con toda la escena, tratando de determinar lo que sucedía y por qué aquel tipo había desairado a su novio. «¿Quién era ése, Danny?», preguntó.

«Sólo un viejo amigo, Dessie Kinghorn», dijo él. Al darse cuenta de que su respuesta no satisfacía a nadie en toda la mesa, y a Kay menos que a nadie, se vio obligado a contarles un cuento. «¿Recuerdas que te conté que el verano antes de que nos conociéramos me atropello un coche? ¿Pierna rota, brazo roto, dos costillas y una fractura de cráneo?».

«Sí…», asintió ella. Nunca le gustaba pensar en lesiones de ese calibre. No sólo tratándose de él sino en general. Se avecinaba una audición importante para ella. ¿Quién podría recuperarse de lesiones semejantes y volver a bailar de nuevo? ¿Cuánto tiempo llevaría? Incluso ahora, a veces imaginaba que su novio caminaba de forma un poco desigual; quizá fuera una secuela del accidente.

«Bueno, pues reclamé una indemnización por las lesiones. Dessie trabaja en

seguros y él me la preparó; me pasó los formularios y todo eso, y me puso en contacto con un fotógrafo».

Kay asintió con la cabeza. «¿Para que sacara fotos de las lesiones?».

«Sí. Le estaba muy agradecido, y le dije que le invitaría a unas cuantas rondas. Bueno, pues me dieron quince de los grandes, cosa que me alegró, pero no nos engañemos, estuve seis meses sin trabajar, inmovilizado y toda la pesca», apeló Skinner. «Fui a darle quinientas libras cuando llegó el dinero de la indemnización. A ver, que apreciaba lo que había hecho, pero todo el mundo iba detrás insistiendo en que reclamase una indemnización, sólo que lo hice a través de la compañía de seguros para la que trabajaba Dessie. A mi modo de ver le di un poco de trabajo y le ofrecí una bonita mordida. El cabrón no quiso aceptarla. "Olvídalo", me soltó. Se mosqueó y está así conmigo desde entonces». Skinner daba tragos a su pinta como si estuviese tragándose su amargura. «El puto imbécil iba por ahí haciendo correr la voz de que a él le correspondía la mitad». Skinner buscó apoyo primero en Traynor, después en Shevlane, luego en Kay y, por último, en algunos de los demás. «Se lo dije en McPherson's. "Si quieres la mitad, te daré la mitad…, siempre y cuando me dejes romperte la pierna, los brazos, las costillas y el cráneo con un bate de béisbol. Porque son ésas las únicas circunstancias bajo las que tendrías derecho a la mitad". Después de eso el muy cabrón se puso todo paraca; pensó que le estaba amenazando», dijo Skinner, con ojos desorbitados de indignación. «Amenazar yo a ese cabrón. Anda ya. Sólo intentaba aclararle las cosas, joder».

Kay asintió con gesto prudente. «Es horrible cuando los amigos se pelean por dinero».

Traynor le guiñó un ojo a Kay y le dio una palmada en la espalda a Skinner. «El amor y el dinero son las únicas cosas por las que vale la pena pelearse entre amigos, ¿no, chicos?», declaró entre risas estentóreas.

Dos hombres sentados en la mesa de al lado con un chiquillo que llevaba puesta una camiseta verde con el logo de Carlsberg les miraron. Los hombres bebían chupitos de whisky y pintas y el chaval bebía Coca-Cola. Skinner les echó una mirada larga y fría y apartaron la vista.

El azúcar se convierte en alcohol.

A Kay no se le escapó la fealdad de su mirada, captó los indicios. Aquel tío de la barra le había puesto de mal café. Le cuchicheó al oído en tono sugestivo: «Vámonos a casa a tumbarnos un rato en la bañera juntos».

«¿Quién coño crees que soy? ¡Sólo *bebo* como un pez! ¡Tumbarnos en la bañera juntos, dice!», profirió Skinner, atrayendo la atención de los presentes, pero en lugar de que la salida quedara ingeniosa, jocosa y coqueta como pretendía, la máscara del alcohol la distorsionó, convirtiéndola en una brusca reprimenda, interpretada por Kay como un alarde ante sus amiguetes para demostrar quién llevaba los pantalones. Kay sintió la humillación como una puñalada en las entrañas y se puso en pie. «Danny…», dijo suplicante, por última vez.

Skinner, sacudido de su indolencia aletargada de borrachín, se sintió impelido a añadir, en tono conciliatorio: «Tú adelántate, yo bajaré en cuanto me acabe ésta», y agitó su vaso medio lleno de cerveza.

Kay dio media vuelta, salió del bar y echó a caminar por Leith Walk. Estaba perdiendo el tiempo. Podría haber ido al estudio, trabajado en la barra y haberse preparado mental y físicamente para la audición.

«Hay que ver cómo son las tías», dijo Skinner a sus amigos. Un par de ellos asintieron con la cabeza de manera cómplice. La mayoría se limitó a sonreír débilmente. Procedían casi todos de la juventud local interesada por el recrudecimiento en boga de la violencia futbolística. La mayoría estaban impresionados con los relatos de Skinner y de Rab McKenzie acerca de sus experiencias con los muchachos de la vieja escuela de los CCS[2]. Estaban tan deseosos de escuchar el relato de su excursión por West Lothian con las instituciones del graderío Dempsey y Gareth como Skinner estaba de narrarlo sin que Kay estuviera presente. También tenía ganas de hacerse con la peli porno que Traynor le había conseguido, *La resurrección de Nuestro Señor*, y esconderla para que ella no la viese.

Su intención era regresar a casa después de aquella pinta, pero Rab McKenzie apareció por la puerta, se contaron más historias y cayeron más copas. No, la bebida nunca hacía preguntas.

Hasta la mañana siguiente.

A la mañana siguiente, cuando no vio a Kay por ningún lado.

Skinner se levantó despacio, se duchó y se vistió. Tenía ironía que fuese un hombre ordenado y muy exigente que pasaba horas aseando compulsivamente tanto su piso como su persona, sólo para arrasarlos ambos de forma casi total con una regularidad que a mucha gente se le antojaba sencillamente incomprensible. Contempló el desorden en el que se hallaba el piso y maldijo, entre náuseas y aborreciéndose a sí mismo, la visible quemadura de colilla que había en el sofá. Tendría que darle la vuelta al cojín, pero no, del otro lado había una peor, donde a alguien se le había caído una chinita de hachís incandescente.

¡Una puta quemadura de colilla en tu sofá! ¡Motivo de sobra para dejar de fumar para siempre jamás. Motivo de sobra para prohibir a cualquier coleguita débil y apestoso que oliese siquiera a tabaco que se acercase lo más mínimo a tu puta casa!

El mando a distancia estaba cubierto de pegajosas manchas de cerveza. Estaba atascado y costó tiempo y esfuerzo apretarlo y menearlo hasta que funcionó. El animador apareció en pantalla, presentando el programa matinal. Volviendo a echar un vistazo al despertador, Skinner luchó por ponerse la ropa y afrontar el día. Al anudarse la corbata azul y mirarse en el espejo, su confianza para capear la semana que se avecinaba fue creciendo paulatinamente.

Parezco un puto villano de opereta. Si me dejara bigote parecería Pierre

Nodoyuna.

Danny Skinner sabía que si bien era relativamente joven en su departamento, su afilada lengua era respetada y temida, incluso por algunos de sus mayores y superiores, que le habían visto hacer uso de ella sin piedad en varias ocasiones. Más aún, hacía bien su trabajo: era popular, inteligente y muy querido. Y no obstante, comenzaba a percibir una creciente desaprobación por parte de algunos colegas situados más arriba en el escalafón en relación con su afición a la bebida y su actitud a menudo displicente e irreverente.

Pero gran parte de ellos eran unos hijos de puta corruptos como Foy.

Cogió el autobús número 16 y se bajó en el este de la ciudad. En Cockburn Street se encontró con su compañera de trabajo favorita, Shannon McDowall, entrando en las Chambers por la puerta de atrás; ambos cogieron el ascensor que conducía a la quinta planta. Era la única persona del trabajo con la que Skinner realmente hablaba, más allá de trivialidades, y a menudo coqueteaban de modo superficial. Le asombraba el aspecto tan repipi que tenía Shannon con aquella larga falda de color marrón, blusa amarilla y rebeca marrón claro y el pelo recogido en un moño. Lo único que delataba a la vivaracha chica marchosa de los fines de semana era la sonrisa autosatisfecha que lucía. «¿Qué tal, Dan? ¿Buen finde?».

«Debe de haberlo sido, Shan, debe de haberlo sido, pues no recuerdo nada en absoluto», dijo Skinner. «¿Y tú qué?».

«Kevin y yo estuvimos en el Joy. Fue una noche alucinante», dijo Shannon con una sonrisa lujuriosa.

«Me alegro por ti. ¿Alguna indiscreción reseñable?».

Shannon bajó la voz hasta un tono casi inaudible y miró a su alrededor, apartándose el cabello del rostro: «Sólo una pastillita, pero me mantuvo despierta toda la noche».

A una sola pastilla que le den, pensó Skinner, pero después, echando una fugaz mirada de soslayo, que le dieran también a Shannon. Aunque él jamás le pondría los cuernos a Kay y, además, Shannon tenía novio, Kevin, aquel tipo creído del peinado raro. No, él jamás engañaría a Kay, pero sería estupendo echarle un polvo de muerte a Shannon sólo para tocarle los huevos a ese capullo de Kevin, pensó Skinner antes de experimentar un acceso de vergüenza.

Shannon es estupenda, es una amiga. No se puede pensar en las amigas en esos términos. Es el alcohol: deja en la mente una mácula de sordidez y suciedad. Si lo mezclas con cocaína en grandes cantidades durante prolongados períodos de tiempo lo más probable es que encamines tus pasos hacia el pabellón de los pederastas. Joder, tengo que…

Recordó aquella vez que él y Kay estaban en un club del West End y se encontraron con Shannon y Kevin. Tendría que haber sido un agradable encuentro

entre parejas, pero por algún motivo él y Kevin no llegaron nunca a congeniar, y tampoco, era evidente, Shannon y Kay. No se trató de algo tan marcado como para generar una aversión instantánea por parte de ninguna de las dos, pues en la superficie las cosas fueron bastante amables, pero la antipatía mutua saltaba a la vista.

Chicas diferentes, pensó Skinner. Kay era la más joven de su familia; tenía dos hermanos mucho mayores. La princesita mimada. Cuando Shannon era adolescente y aún iba al colegio, su madre murió de forma súbita, y su padre se vino abajo de resultas. En la práctica eso significó que tuvo que ser ella quien criase a su hermano y a su hermana pequeños. Skinner se fijó en el perfil de su rostro redondeado, captando la concentración y la fuerza que desprendía su mirada. Ella le pilló admirándola y le lanzó una sonrisa encantadora, como un sol que aparece detrás de una nube.

En la primera planta un tío flacucho con un traje azul de C&A subió nerviosamente al ascensor. Había algo en la torpeza del muchacho que hizo que a Skinner le inspirase lástima y le sonrió antes de fijarse en que Shannon había hecho lo propio.

Skinner tenía las tripas revueltas por la cerveza y el curry que había ingerido durante el fin de semana y se le escapó una ventosidad silenciosa, viscosa, de esas que hacen saltar las lágrimas, tan dolorosamente supurante como el último adiós de un amante, justo cuando el ascensor se detenía en la planta siguiente, donde subieron dos hombres enfundados en monos. Todos sufrieron en silencio. Cuando los operarios se bajaron, en la planta siguiente, Skinner se abalanzó sobre la ocasión exclamando: «¡Vaya tufarada!», mirando fijamente a los currantes recién apeados. Sabía que en materia de pedos, todo el mundo se convertía en un rancio y arcaico juez del Tribunal Supremo: siempre se sospechaba de los varones antes que de las mujeres, y siempre se culparía a los varones en ropa de trabajo antes que a los que iban trajeados. Ésas eran las reglas.

Danny Skinner y Shannon McDowall se dirigían a la oficina cuando el tío flaco del traje les detuvo y les pidió indicaciones. Era un muchacho verdaderamente escuálido, pensó Skinner, todo piel y huesos. Por delante parecía que lo hubiese atropellado una apisonadora, mientras que visto de perfil, su cuerpo presentaba la delgadez de una cerilla y acababa en una cabeza un poco más grande de la cuenta. No obstante, tenía cara de buena persona, con pecas y cabello castaño claro.

«Síguenos», dijo Skinner, antes de presentarse él y después a Shannon.

Acompañaron al chico nuevo, Brian Kibby, hasta la oficina de planta abierta. Foy aún no había llegado, así que le sirvieron un café y le presentaron a todo el mundo. «No vamos a enseñártelo todo hasta que Bob llegue, Brian», le explicó Shannon, «porque habrá preparado su propio programa de inducción laboral. ¿Qué tal el fin de semana?».

Brian Kibby empezó a relatar su finde con entusiasmo. Al cabo de poco, Skinner desconectó, al acusar el impacto de la resaca. Se fijó en el ejemplar de *Game Informer* que el tío nuevo había sacado de su bolsa y lo cogió. No era muy aficionado

a los videojuegos, pero su amigo Gary Traynor los tenía a patadas, y a menudo le presionaba para que echara unas partidas con él. Vio la reseña de uno que Traynor había mencionado recientemente, *Midnight Club 3: Dub Edition*. «¿Has jugado alguna vez a éste?», le preguntó a Kibby.

«¡Es buenísimo!», exclamó Kibby con voz chillona. «No creo que haya jugado nunca a un juego que diese una impresión de velocidad como la que da éste. Y no se trata sólo de la carrera; se hace mucho hincapié en el *tuning*, así que te pasas un montón de tiempo en el garaje poniendo la maquinaria a punto».

«Fuaa», exclamó Skinner, «para mí sería un trabajo ideal, ¡yo siempre tengo la maquinaria a punto!».

Kibby se ruborizó hasta la raíz del pelo. «No es…, no…».

Shannon le interrumpió: «Danny sólo estaba bromeando, Brian. Es el gracioso oficial de la oficina», le informó ella con una sonrisa.

Brian retomó el hilo de su elogio del juego. La creciente falta de interés de Skinner dio paso a un ligero desprecio cuando Kibby, avergonzado, tuvo que abrir la caja que contenía el tren en miniatura, después de que Shannon insistiera en que les explicase lo que había dentro. También llevaba en la bolsa una gorra del Manchester United, se fijó McGhee. «¿Así que eres forofo del Man U, Brian?», le preguntó a Kibby.

«No, el fútbol no me gusta, pero el Manchester United sí porque es el club más importante del mundo, así que seguirles es casi ineludible», chilló Kibby con entusiasmo, recordando unas vacaciones en familia en Skegness, en el transcurso de las cuales su padre y él vieron la final de la Copa de Europa de 1999 en el hotel. Fue allí donde compró aquella gorra que, desde que Keith cayó enfermo, había adquirido valor sentimental.

Santo cielo, pensó Skinner, que hable Shannon con él. Se excusó y se dejó caer en la silla de su escritorio, junto a la ventana.

Este lugar está lleno de incordiantes cabezas cuadradas que no hacen más que ponerte la olla como un bombo con sus chorradas acerca de la casa, el hogar y el golf. Pronto llegará ese vejestorio meapilas de Aitken…

… y ahora el nuevo también nos ha salido cuadriculado que te cagas…

Skinner se sintió chafado; se daba cuenta de que, secretamente, lo que quería era un cómplice de su afición a la bebida. Se volvió y le echó un vistazo a Kibby.

Incorruptiblemente cuadriculado que te cagas. Con esa puta voz de pito…

Aquellos grandes ojos de camello irradiaban entusiasmo, pero de forma fugaz Skinner también creyó captar en ellos un cálculo taimado, el cual ofrecía quizá un rastro que conducía a una parte menos sana de la personalidad del tal Kibby.

Cuando Aitken, y tras él Des Moir, un tipo de mediana edad en estado de perpetua animación, hicieron su aparición, mojados por la llovizna, prepararon sus cafés y le estrecharon la mano a Kibby, Skinner tuvo la impresión de que él era el único capaz de ver la veta artera del novato.

No le quitaré el ojo de encima a ese cabrón.

Una lluvia de granizo hizo que traquetearan con urgencia las grandes ventanas; éstas, pese a sus dimensiones, sólo parecían dejar pasar luz suficiente en determinados intervalos del día. Ello se debía a la proximidad de edificios más altos del otro lado de la Milla Real, estrecha vía pública que discurría del castillo al palacio, otrora sede de poderes soberanos pero que en la actualidad era esencialmente un gran museo de planta abierta.

Skinner se levantó para mirar a los peatones que, abajo, corrían para ponerse a cubierto. Un hombre empapado, con el traje gris ya negro por la parte de la espalda y los hombros, y la cara roja a cuenta del bombardeo de granizo, correteó hasta llegar a una arcada próxima, mirando al exterior con impotente beligerancia frente al asalto de los elementos. Sólo cuando reunió el valor para precipitarse a la carrera por el patio delantero y empezó a vérsele el rostro con claridad Skinner lo reconoció como Bob Foy.

Complacido por la incomodidad de su jefe, Skinner se arrellanó en la silla. En consonancia con su lugar en el escalafón, ésta carecía de apoyabrazos. Sobre el escritorio había una jarra de cerveza envuelta en cuero con el emblema en blanco y negro del Notts County F. C, en el que guardaba los bolígrafos y los lápices. Cuando la luz del fluorescente del techo rebotó desde el papel que estaba sobre la mesa y penetró en su cabeza, deseó ardientemente que estuviese llena de cerveza fresquita.

Sólo una puta pinta para arrancar. Es todo lo que pido.

Pensó en echarle pelotas hasta la hora de comer, cuando quizá a Dougie Winchester le acuciase idéntica necesidad. Winchester, encerrado en su buhardilla, un pequeño despacho convertido en armario para trastos al final de una vieja escalera, era el atribulado beodo municipal para el que se había encontrado un pseudopuesto.

Un árbol caído, a la espera de que algún cabrón lo bastante despiadado como para levantar el hacha lo convierta en leña. Y no tardará mucho en aparecer, eso no lo dudes, coleguita.

Como si la viese, se imaginó la cara lívida de Winchester: ahora ya casi sin cuello, con ojos mortecinos y hundidos y un pelo cada vez más escaso, peinado sobre la calva, exhibición de vanidad tan ridícula que sólo podría ocurrírsele a un cabrón clínicamente deprimido. Skinner recordó una conversación particularmente lúgubre que tuvo con él en un pub un viernes después del trabajo. «Por supuesto, a medida que uno se hace mayor, el sexo se vuelve menos importante», aseguró Winchester. Skinner le miró, vestido con aquel traje reluciente, y pensó que estaba enunciando una obviedad. «Sí, claro, la idea del sexo te sigue gustando, pero se convierte en algo a lo que se le da muchas vueltas sin llegar a nada. Demasiado incómodo y sudoroso, Danny, hijo mío. Una buena paja o una mamada hecha por una putita que esté bien buena, hombre, claro, eso es la gloria. Pero todo ese rollo de satisfacer a la mujer es mucho curro. Demasiado agobio. Mi segunda mujer nunca tenía suficiente. Tantas marcas de roce en el nabo, el escroto y la cara interior de los muslos, ¿para qué?».

Danny Skinner se estremeció en su dura silla de oficinista, quedándose frío al tratar de pensar en el número de veces que Kay y él habían hecho el amor a lo largo del fin de semana. Sólo una: un polvo violentamente sudoroso y desprovisto de toda sensualidad para curar la resaca, el sábado por la mañana. No, también hubo un polvo alcoholizado el sábado por la noche que apenas recordaba.

Tendría que estar follando con un atleta, no con un puto bolinga…

Irguiéndose, Skinner vio aparecer a Foy y en el rostro malhumorado de éste asomó una sonrisa paternal y amistosa al reparar en la presencia de Kibby. Guiñó un ojo, se frotó las manos para hacerlas entrar en calor y acompañó al chico nuevo arriba, al entresuelo y a su despacho.

¡Otro puto clon, otro pelotillero adulador para lamerle el culo a Foy y bailarle el agua a cabrones como el sesomierda obeso de De Fretais!

6. Little France

Anoche nevó. Algunos de los camiones quitanieves están ahí fuera pero no parece que hagan falta, pues la nieve ya se ha convertido toda en fango. Cuando hace esta clase de tiempo uno siempre piensa en lo duro que debe de ser trabajar en una granja. Se hace uno una idea con el videojuego *Harvest Moon*. Una enorme e interminable panzada de trabajar tras la cual, antes de que uno se dé cuenta, amanece de nuevo y hay que levantarse y volver a hacerlo todo otra vez. Me molesta cuando sacan granjeros en televisión siempre de brazos cruzados, holgazaneando o bebiendo en pubs rurales. Una vez le dije a papá, «esa gente no tiene tiempo para eso», y estuvo de acuerdo. Esa clase de vida acabaría con la mayor parte de la gente. Los de ciudad, como nosotros, que nos pasamos la vida en oficinas, no sabemos lo afortunados que somos.

No, no me gustaría tener que estar a la intemperie con este tiempo. Vamos en el coche de papá; conduzco yo. Vamos camino del hospital nuevo en Little France, tomando la circunvalación. Llevamos todo el viaje muy callados. Mamá se está poniendo nerviosa; dice algo acerca de la nieve que hay sobre las colinas de Pentlands, pero Caroline, sentada en la parte de atrás, se limita a seguir leyendo su libro.

«¿Crees que volverá a nevar?», pregunta mamá, insistiendo. «Para mí que esas nubes son de nieve». Acto seguido se vuelve hacia mí y me dice: «Perdona, hijo, no debería distraerte mientras conduces. Caroline, un poquito de conversación por tu parte no estaría de más».

Caroline exhala bruscamente y deja el libro sobre su regazo. «Tengo que leer este libro, mamá. Es para el curso. ¿O sería mejor mandar la universidad a paseo sólo por no haber cumplido con las lecturas requeridas?».

«No…», dice enseguida mi madre. Está arrepentida y se nota, porque sabe lo mucho que significa para mi padre que a Caroline le vaya bien en la uni.

Las navidades tendrían que ser una buena época del año; antes siempre lo eran. Pero ahora ya no.

Tengo que tener mucho cuidado a la hora de casarme. No es una decisión que pueda tomarse a la ligera. En estos momentos he reducido el número de candidatas a cinco:

Ann
Karen
Muffy
Elli
Celia

Ann es dulce y fidedigna, pero Karen me gusta porque es muy amable. Muffy también me gusta, pero no sé. ¡Creo que es la clase de chica a la que papá calificaría de «dudosa»! Elli también es majísima, y aunque no quisiera descartar a Celia, creo que va a tener que desaparecer de la lista.

Nos metemos en el parking; mamá y yo compartimos el paraguas, pues ahora llueve con fuerza. Caroline también podría compartirlo si quisiera, pero se limita a ponerse la capucha de la sudadera roja que lleva y rodearse el cuerpo con los brazos, atravesando rápidamente el asfaltado para cobijarse debajo del baldaquino que hay sobre la puerta de la entrada.

Cuando llegamos al pabellón me siento nervioso al acercarme a la cama de mi padre. Al verle noto que se desencadena en mi interior una fuerza terrible que parece surgir del suelo de linóleo y atravesar las suelas de cuero de mis zapatos. Por un momento creo estar a punto de perder el conocimiento. Respiro hondo, pero apenas tengo ánimos para fijar la mirada sobre su rostro, fatigado y demacrado. Algo me pesa por dentro. He de reconocer algo que hasta ahora no he podido aceptar: mi padre decae con rapidez. No es más que un montón de piel y de huesos; y me doy cuenta de que todos hemos estado fingiendo —yo, mamá e incluso Caz, cada uno a su manera — que todo va a salir bien.

El declive de mi padre me impresiona tanto que me lleva un par de segundos fijarme en el tipo que está de pie junto a la cama; nunca le había visto antes. Es un hombre corpulento y de aspecto bastante tosco, aunque papá dice que no hay que fiarse nunca de las apariencias, lo cual es cierto. Él no se presenta y papá tampoco lo hace; no nos estrecha la mano, se limita a saludar con una leve inclinación de la cabeza y luego largarse enseguida. Creo que le daba vergüenza robar tiempo a la familia, pero no deja de ser amable que haya venido.

«¿Quién era ese tío, papá?», pregunta Caroline. Veo la cara de preocupación de mi madre, porque es obvio que ella tampoco sabe quién es.

«Sólo un viejo amigo», dice mi padre, casi sin aliento.

«Será alguien de los ferrocarriles», arrulla mi madre. «¿Era alguien de los ferrocarriles, Keith?».

«Los ferrocarriles…», dice papá, pero como ausente, pensando en otra cosa.

«¿Ves? Era alguien de los ferrocarriles», dice mamá, más apaciguada ahora.

«¿Cómo se llamaba?», pregunta Caroline, frunciendo el ceño.

Papá intenta hablar; parece muy incómodo, pero mamá interviene. Le coge de la mano y le dice a Caz: «No fatigues a tu padre, Caroline», antes de volverse hacia papá y preguntarle: «¿Estás cansado?».

Aquello no cuadraba, porque mi padre no tiene demasiados amigos; siempre fue muy hogareño. Pero sí, no deja de ser amable por su parte venir.

Cuando hablo sé que me esfuerzo por hacer que papá vea que todo está en orden, como si buscara convencerle de que yo estoy bien… antes de que no nos volvamos a

ver, por así decirlo. Pero no estoy bien, eso lo sé. El trabajo va bien y son todos nuy majos, bueno, al menos la mayoría, aunque no me gustaría caerle antipático a Bob Foy.

Con el que no me llevo tan bien es con el tal Danny Skinner. Es curioso, porque el primer día estuvo amable conmigo, me sonrió en el ascensor y me presentó a todo el mundo. Pero desde entonces se ha comportado de un modo muy raro, un poco sarcástico. Probablemente se deba a que me llevo bien con Shannon, y tengo la corazonada de que a él, le gusta. He oído que tiene novia, pero hay mucho tipejo por ahí suelto al que eso no le importa, utilizan a las chicas y ya está.

En la prensa se lee acerca de tipos como David Beckham. Hay chicas que andan diciendo que se lió con ellas mientras su nujer estuvo embarazada. A mí en tiempos David Beckham me caía bien, así que espero que no sea cierto y que esas chicas no sean más que unas sacacuartos.

Me pregunto si le gusto a Shannon. Probablemente no; me saca dos años y medio, aunque en realidad eso no significa nada. ¡Sé que le caigo bien!

Miro a Caroline. En su mirada se percibe una tensión terrible. Sé que la situación es horrible en estos momentos, pero debería esforzarse por sonreír, aunque sólo fuera por papá, o incluso por mamá. Me preocupa que pueda andar con malas compañías. Le fue muy bien en la uni de Edimburgo, pero el otro día la vi bajando por la calle con Angela Henderson, la que ahora trabaja en la pastelería. La tal Angela es exactamente el tipo de chica que haría falsas alegaciones acerca de alguien como David Beckham si pudiera sacar tajada de ello. No permitiré que alguien de esa calaña rebaje a Caroline.

Papá respira con dificultad, de forma entrecortada; está hablando de los ferrocarriles. Parece trastornado y confundido. Probablemente serán todas esas drogas que le administran, pero a mamá parece perturbarle muchísimo. Despotrica un poco, y veo mucha agitación en su mirada, como si quisiera dejar algo muy sentado.

Me indica que me acerque a él y me coge la mano con una fuerza que uno no creería posible en alguien tan enfermo. «No cometas los mismos errores que yo, hijo…».

Mi madre oye aquello, empieza a sollozar y dice: «Nunca cometiste ningún error, Keith. ¡Ninguno!». Después se vuelve hacia Caroline y yo y fuerza una sonrisa un tanto desconcertante. «¿Qué errores? ¡Vaya bobada!».

Mi padre, sin embargo, no me suelta de la mano. «Sé sincero, hijo…», resuella mientras me mira, «sé consecuente…».

«De acuerdo, papá», le digo, y permanezco sentado a su lado hasta que me afloja la mano y se desliza hacia la inconsciencia. Aparece una enfermera pidiéndonos que le dejemos descansar un ratito. No quiero. Quiero quedarme aquí. Siento que si me marcho nunca más volveré a verle.

Pero ella insiste; dice que estará más cómodo y que necesita descansar. Supongo que ellos sabrán lo que más conviene.

Durante el viaje de vuelta estamos más callados que nunca. Al llegar a casa, subo las escaleras y cojo el gancho para abrir la trampilla del desván y bajo la escalera de mano metálica. A medida que fui haciéndome mayor me di cuenta de que a papá le dolía que yo siguiese subiendo aquí con tanta frecuencia. Oía el chasquido del aluminio de la escalera cada vez que la sacaba, así como los chirridos que hacía ésta al subir los peldaños. Sé que le molestaba, aunque rara vez me dijera algo. A veces una mera sacudida de su cabeza me hacía sentir tremendamente insignificante. Como me sentía en la calle y en el colegio. Pero allí arriba estaba fuera del alcance de todos ellos, de McGrillen y todos ésos, que se metían conmigo por no ser como ellos. No siempre sabía qué decir, no me interesaba el fútbol ni los grupos de música que les gustaban a ellos, ni los raves y las drogas; también se metían conmigo por ser tímido con las chicas. Y ellas podían llegar a ser aún más horribles: Susan Halcrow, Dionne Mclnnes, la tal Angela Henderson… todas ésas. Veo venir a esa clase de putas asquerosas a un kilómetro de distancia. Casi me muero cuando vi a Caroline con aquella sucia zorra de la Henderson. Sé que en realidad la chica no tiene la culpa, sino la familia en la que se ha criado.

Pero mi hermana es mejor que todo eso.

No obstante, aquí arriba, en la ciudad que construí con mi padre, en mi sitio, estaba a salvo. A salvo hasta de la desaprobación de mi padre, pues llegó a estar tan débil que era incapaz de trepar por la escalera. Éste fue siempre mi lugar, mi universo, y siento que ahora lo necesito más que nunca.

7. Estas Navidades

Los días habían ido abreviándose hasta quedar reducidos a estrechas tiras de luz, exprimidas sin misericordia por la turbia oscuridad. Rara vez nevaba, pero la poca escarcha que llegaba a formarse relucía durante horas y antes de que el aguijón del frío desapareciese del aire, caía la noche.

Era el día de la comida navideña en la oficina y Brian Kibby estaba más animado. Su padre había pasado una noche relativamente apacible y parecía más alegre y espabilado que durante la visita anterior. Se disculpó por su comportamiento de la noche pasada con un aire de satisfacción, y dijo que tenía la mejor esposa e hijos que un hombre hubiera podido desear jamás.

Aquello le devolvió hasta cierto punto el optimismo a Brian. Quizá su padre se pusiera bien y recobrara fuerzas. Quizá estuviese siendo demasiado morboso. Y él tendría que mostrarse fuerte a su vez, y esforzarse más con gente como Danny Skinner, que le miraba con una expresión de hostilidad apenas velada, como si lo supiera todo acerca de él.

No me conoce. No sabe nada de mí. Le demostraré quién soy yo. ¡Soy tan enrollado como el que más! Sé de música. Escucho cosas.

De modo que Brian Kibby, esperanzado, entró en la oficina con gesto arrogante y aire juguetón, girando sus estrechas caderas al llegar a la altura del escritorio de Shannon McDowall, saludándola con un gesto de la cabeza al pasar. Ella le respondió con una sonrisa benévola. Durante todo ese tiempo, Kibby iba improvisando sonoros efectos percusivos con el aire que hacía pasar entre sus apretados labios. Danny Skinner se encontraba junto a la ventana, observando su entrada. Un percusionista oral: prueba concluyente de mediocridad, pensó, con un desprecio aplastante y feroz.

Kibby notó la mirada de Skinner sobre él. Se volvió y le despachó una débil sonrisa, correspondida con una lacónica inclinación de cabeza. «¿Qué habré hecho?», se preguntó Brian Kibby con ansiedad. Y Danny Skinner se preguntaba algo muy semejante, pues sus reacciones cada vez más hostiles ante el chico nuevo le asombraban tanto como a éste.

¿Por qué detestaré tanto a Kibby? Supongo que porque es un niño de mamá pelotillero que lamerá los culos que hagan falta con tal de subir.

Culo… qué gran palabra. Mucho mejor que posaderas. Las posaderas suenan más a algo para sentarse, en tanto que un culo tiene connotaciones indudablemente eróticas. Los yanquis tenían clase, de eso no hay duda. Algún día tengo que ir a América [3].

El culo de Kay… prieto que te cagas, pero al mismo tiempo terso. Uno no puede decir de verdad que ha vivido hasta que no ha recorrido con las manos un par de nalgas desnudas como ésas…

Tuvo una inmediata erección resacosa, que pugnaba con la tela de los calzoncillos y los pantalones. Incómodo, Skinner tomó un poco de aire, pero después vio a Foy dirigirse a su despacho, pensó en las navidades, y la erección (para alivio suyo) desapareció tan rápido como había aparecido.

Cuando llegaron en una flota de taxis al restaurante Ciro's, en el South Side, Bob Foy se arrogó de inmediato el derecho a escoger el vino con el que iban a acompañar la comida. Pese a que se oyeron algunos murmullos en voz baja, en general, por deferencia, la plantilla parecía dispuesta a consentirle aquel capricho. Entre ésta corría el chiste de que Foy era el hombre idóneo para el puesto, pues no cabía duda de que conocía las cartas de vinos como la palma de su mano. Según se decía, eran varios los restauradores de la ciudad que presuntamente se beneficiaban de su laxitud selectiva a la hora de aplicar la normativa sanitaria, y que éstos a su vez no se hacían los remolones a la hora de mostrarle su gratitud.

Foy se arrellanó en su asiento y estudió la carta. Movía la boca con el irascible mohín de los emperadores romanos de las películas de Hollywood cuando, al presidir los Juegos del Coliseo, aún no habían decidido si lo que estaban presenciando era de su agrado o no. «Creo que un par de botellas de Cabernet Sauvignon», decidió por fin con aire satisfecho. «Este particular tinto californiano suele ser de fiar».

Aitken expresó su aprobación con una lenta y atormentada inclinación de cabeza, y McGhee hizo lo propio con el entusiasmo de un cachorro. Nadie más se movió. Siguió un silencio ensordecedor roto sólo por una única voz discrepante, la de Danny Skinner: «No estoy de acuerdo», dijo con firmeza, mientras sacudía lentamente la cabeza.

Un mutismo sepulcral se apoderó de la mesa mientras el rostro de Bob Foy enrojecía de ira y de vergüenza lenta pero inexorablemente, hasta tal punto que casi se asfixió de furor al contemplar a aquel joven advenedizo.

Lleva en mi sección unos cinco puñeteros minutos. ¡Es la primera comida laboral a la que el muy cabrito se digna asistir siquiera! ¿Quién cojones se habrá creído que es?

Recobrando la compostura, Bob Foy se esforzó por lucir una sonrisa paternal y amistosa. «Se trata de una pequeña tradición…», vacilando brevemente antes de optar por dirigirse a Skinner por su nombre de pila, «Danny, que en la comida navideña sea el cabeza de sección quien elige el vino», explicó, exhibiendo una hilera de dientes con funda mientras se alisaba con naturalidad una de las mangas de su chaqueta de *tweed*, sacudiéndose una inexistente miga de pan.

Aquella «tradición» había sido inventada e impuesta exclusivamente por Foy, pero cuando escudriñó todos los rostros presentes en la mesa, nadie le contradijo.

Salvo Danny Skinner. Lejos de sentirse intimidado, Skinner se encontraba en su salsa. «Me parece muy bien, Bob», dijo, imitando el mismo estilo presuntuoso que

acababa de emplear Foy, «pero ésta es una velada social que no guarda relación alguna con la jerarquía en el trabajo. Corrígeme si me equivoco, pero todos hemos abonado la misma cantidad para costear la comida, de lo que se deduce que todos tendríamos que gozar de idénticos derechos. No tengo inconveniente alguno en someterme a tu magisterio en materia de vinos, pero es que yo no tomo tinto. No me gusta. Sólo bebo blanco. Es así de sencillo». Danny Skinner hizo una breve pausa, y vio que Foy estaba al borde de la apoplejía. Acto seguido, se volvió hacia el resto de los comensales y añadió con una fría sonrisa: «¡Y ni de coña voy a pagar para que otros tomen tinto mientras yo me quedo sin beber nada!».

A medida que en torno a la mesa las cejas fueron enarcándose de forma involuntariamente concertada y la gente tomaba aire con muda diplomacia, Bob Foy sintió pánico. Era la primera vez que alguien le plantaba cara de semejante forma. Skinner, además, poseía cierta reputación como imitador, y Foy acababa de vislumbrar un retrato poco halagüeño de sí mismo en la irreverente parodia de aquel joven. Dando un puñetazo sobre la mesa, elevó estridentemente el tono de voz. «De acuerdo. Entonces votemos», propuso con voz cada vez más chillona: «¿Quiénes están en desacuerdo con la opción del Cabernet Sauvignon?».

Nadie se movió.

McGhee asentía con gesto adusto, en el enjuto rostro de Aitken apareció una mueca de asco y Des Moir se dedicó a examinar su sorpresita navideña. Shannon miraba detenidamente a otro grupo de comensales, al parecer del parlamento escocés, que acababan de entrar y que estaban tomando asiento en una mesa próxima. Skinner levantó la vista hacia el techo, en un gesto de escarnio ante la cobarde aquiescencia de sus colegas. Foy entrecerró un ojo y, pagado de sí mismo, se dispuso a tomar la palabra.

Antes de que lo hiciera, una voz de pito dijo: «Yo estoy de acuerdo con Danny. Todos hemos pagado», expuso Brian Kibby, casi con un hilillo de voz y con los ojos llorosos. «No sé…, me parece que es lo justo».

«A mí el blanco me parece muy bien», adujo con voz cantarína Shannon McDowall, incorporándose al coro. «¿Por qué no pedimos un par de botellas de blanco y un par de tinto y vemos qué tal?», sugirió, mirando a Bob Foy.

Foy no les hizo el menor caso ni a ella ni a Skinner. Volviéndose con verdadera saña hacia Kibby, golpeó de nuevo la mesa con la mano y se levantó de golpe. «Haced lo que os dé la puta gana», dijo con un tono intermedio entre el canturreo y el gruñido, con una sonrisa no por deslumbrante y abierta menos incongruente. Acto seguido se marchó a los lavabos, donde arrancó el dispensador de toallas de papel de la pared.

¡EL PUTO CABRÓN DE SKINNER Y EL HIJO DE PUTA LAMECULOS DE KIBBY!

Bob Foy cogió una toalla de papel del montón que había en el suelo, la humedeció y se la puso en la nuca. Cuando se reunió de nuevo con el inquieto grupo de comensales, se habría dicho que ni siquiera vio las botellas de vino blanco que

había sobre la mesa.

Kibby quedó atónito ante la violencia apenas contenida de Foy.

¿Qué he hecho? Bob Foy… Pensé que era un buen tipo. Voy a tener que ganarme de nuevo sus simpatías…

Foy no estaba nada contento con Skinner, circunstancia que aquel desplante había hecho muy poco por aliviar. Cuando se reunía con su propio jefe, John Cooper, y también cuando estaba en compañía de los miembros electos del comité del ayuntamiento, a menudo se sentía inclinado a desacreditar a aquel joven motejándolo de botarate. A partir de ahora redoblaría dichos esfuerzos.

> En tanto que miembro impenitente del club de los sensualistas, hace largo tiempo que creo que el único placer capaz de rivalizar con el placer amatorio es el de la buena mesa. Los ruedos gemelos del auténtico sensualista han de ser, por extensión, el dormitorio y la cocina, y éste ha de esforzarse por alcanzar la maestría en ambos entornos. Al fin y al cabo, tanto las artes culinarias como las amatorias exigen el cultivo de la paciencia, el sentido de la oportunidad y cierto conocimiento instintivo del terreno que se pisa.

Danny Skinner arrojó lejos de sí el ejemplar de *Secretos de alcoba de los grandes chefs*, de Alan De Fretais. Opinaba que era una de las mayores colecciones de sandeces y de chorradas imaginables, pero lo cierto era que muchas de las recetas tenían buena pinta. Decidió probar algunas, pues tenía ganas de empezar a comer de una forma más saludable.

Ahora estaba en la cocina, tratando de prepararle a Kay un desayuno a base de fritanga. Muy pronto —mientras rascaba los huevos quemados del fondo de la sartén, rompiendo por descuido una de las yemas— hubo de lamentar que sus desayunos estuvieran diseñados más para resacas que para seducciones. Mientras los arrojaba sobre unos platos fríos en los que la grasa desprendida por las salchichas, la morcilla, el beicon y el tomate se coagulaba hasta adquirir la consistencia de una cera, notaba cómo se le obstruían los poros con la grasa animal en suspensión que saturaba el ambiente. Kay seguía en la cama, profundamente dormida, lidiando con una resaca mucho más discreta que la suya de un modo que nunca estaría a su alcance. Él era incapaz de dormirlas; no hacía sino retorcerse, sudar y no dejar de moverse hasta que no le quedaba otro remedio que levantarse.

Hacía una jornada de Nochebuena cruda pero sorprendentemente soleada; al día siguiente tenían previsto ir a celebrar la comida del día de Navidad en casa de la madre de Danny. A su madre le caía bien Kay, pero a Skinner las navidades siempre se le habían hecho cuesta arriba.

Aquel día, sin embargo, los Hibs se enfrentaban a los Rangers en el estadio de Easter Road. Sin duda habría algo de follón y, de no haberlo, resolvió ser él quien lo armase. Los ruidos que salían del dormitorio y del cuarto de baño le anunciaron que

Kay se había levantado. No quedó impresionada por el desayuno que le había preparado; se instaló en un taburete de la larga y estrecha cocina de Skinner y comenzó a extender mantequilla sobre una tostada fría, preguntándose por qué él era incapaz de hacerlo mientras aún estaban calientes. Era como masticar cristales rotos. «No puedo comer esta mierda, Danny. Soy bailarina», dijo con una mueca. «No puedes vivir a base de morcilla, salchichas y beicon y esperar que te den un papel en *Cats*».

Skinner se encogió de hombros mientras extendía un poco de mantequilla sobre su propia tostada. «Menuda mierda los rollos esos de Andrew Lloyd Webber».

«Es mi trabajo», dijo ella entre dientes, mientras le miraba de forma harto significativa con aquellos ojos penetrantes y claros. Se había despertado de mal humor y no le hacía mucha gracia que él fuera a ir al fútbol. «Estamos en Navidad, Danny. Ve al partido si quieres, pero no vuelvas borracho si pretendes que mañana vaya contigo a casa de tu madre».

«¡Es Nochebuena, por Dios, Kay! ¡Tengo derecho a tomarme una puta copa en navidades!», dijo Skinner con voz entrecortada, suplicante y escandalizado, con los nervios a flor de piel por la resaca.

Levantando la vista con calma de la encimera, Kay hizo un esfuerzo simbólico y untó en la yema la esquina de la tostada. «Ahí está el problema, que crees que tienes derecho a tomarte una copa todos los días».

«Pues, hala, entonces ya puedes irte a casa de tu madre», saltó Skinner.

«Muy bien», dijo Kay, levantándose con rapidez y poniéndole en evidencia al acudir al dormitorio y meter sus cosas en la mochila. Skinner notó que algo se le agolpaba en el pecho, pero se lo tragó como si de un trozo de morcilla se tratase, y sólo sintió la necesidad de salir detrás de ella cuando cerró de un portazo la puerta principal. Apaciguó aquel impulso yendo a buscar una Stella helada a la nevera, aunque cogió el móvil y llamó, pero le salió el contestador. Se fijó en el desayuno que ella no se había comido, y lo tiró a la basura.

Skinner decidió llamarla más tarde, en cuanto ella se hubiese calmado y se diera cuenta de que estaba comportándose como una vacaburra picajosa. En vez de hacer eso, fue hasta la nevera y sacó otra lata de Stella Artois. Después cogió el móvil una vez más y marcó el número de Rab McKenzie.

«Roberto, ¿dónde hemos quedado, jefe?».

El partido iba a ser televisado, lo cual, sumado al ambiente festivo general, conspiró para reducir la presencia del elemento hooliganesco por ambas partes. La cuadrilla efectuó una batida por los tugurios de Tollcross en busca de seguidores de los Rangers que hubiesen venido a pasar el día echándole el ojo a las *strippers*, pero lo único que encontraron fueron unos borrachines de rostros fláccidos que canturreaban canciones sectarias y versiones de un viejo tema de Tina Turner. Después de zurrar con muy poco entusiasmo y por puro aburrimiento a unos cuantos fanáticos de paisano, pusieron de nuevo rumbo a Leith para ver el partido, pero al

cabo de veinte minutos, Skinner, McKenzie y algunos otros se marcharon, irritados y aburridos, y regresaron al pub que habían elegido como la base de operaciones previa y posterior al partido.

En el bar, sin darse cuenta de lo que hacía, Skinner se sorprendió a sí mismo fumando un cigarrillo. Se suponía que tenía que haberlo dejado la semana anterior, pero antes de darse cuenta de lo que sucedía había encendido un B&H y le había dado dos caladas. «Capullo», maldijo, haciendo rechinar los dientes mientras en el pecho se acumulaba el áspero asco que sentía por sí mismo.

Las cervezas fueron cayendo una tras otra con una facilidad pasmosa y Skinner se sintió feliz de poder aguantar el ritmo de McKenzie. Más tarde, Gary Traynor y su adlátere más reciente, un tipo de constitución fuerte llamado Andy McGrillen —al que Skinner recordaba, con vaga hostilidad, de un encuentro de carácter negativo que tuvo lugar en su adolescencia—, sugirieron ir a un bar del centro. Skinner tenía intención de telefonear a Kay, pero por el camino hicieron efecto el alcohol y la cocaína, distorsionando su sentido del tiempo y comprimiendo las horas en bloques de quince minutos. «¿Quién es el mejor personaje de dibujos animados de todos los tiempos?», le preguntó Traynor a Skinner, pasándose la mano por su cráneo rapado.

Skinner lo pensó durante un segundo. Como no se le ocurrió nadie, se encogió de hombros.

«A mí me gustaba aquel patito tan mono que salía en *Tom y Jerry*», dijo McKenzie.

Skinner le echó una mirada a Traynor; ambos estaban totalmente atónitos de que el grandullón pudiera ser tan sentimental. McGrillen, que se sentía intimidado por McKenzie, mantuvo un silencio estudiado. A fin de evitar que se le escapase una sonrisita, Traynor presentó una propuesta: «Nah, un carajo, tiene que ser *Sawtooth*, el de los *Autos Locos*».

«¿*Sawtooth*? ¿Y ése quién coño es? No recuerdo haberle visto en *Autos Locos*», declaró McKenzie con expresión dubitativa.

«Eso es porque es poco conocido», explicó Traynor. «Es el compañero de Rufus Ruffcut, ¿te acuerdas? El del coche de madera con las ruedas en forma de sierra circular. Todo dios se acuerda de Pierre Nodoyuna y de Patán, de Penélope Glamour, de Pedro Bello, del profesor Locovich y de Matthew y sus Pandilleros, pero siempre se olvidan de Rufus Ruffcut y de Sawtooth».

«¡Ah, sí! Rufus Ruffcut era el leñador y Sawtooth era la ardilla que iba con él en el carro. Ahora caigo», dijo McKenzie.

«Que no, hombre, que Sawtooth no era una ardilla, joder», le dijo Traynor a la vez que sacudía la cabeza. «Era un puto castor. ¡Díselo tú, Skinner!».

«El mejor felpudo de castor americano nunca visto hasta que apareció Pamela Anderson», se rió Skinner.

Luego, mientras salían del bar, Skinner vio a McGrillen darle a un tío un empujón, lo que desembocó en una ráfaga de golpes entre ambos. McKenzie y

Traynor se lanzaron a ayudarle, pero algo indujo a Skinner a mantenerse al margen y quedarse viendo cómo sus tres colegas se enfrentaban a cinco tíos. No es que necesitasen mucha ayuda, pero Skinner no estaba dispuesto a ofrecérsela; no a McGrillen, en cualquier caso.

Después se inventó una sarta de mentiras harto inverosímiles, a saber, que estaba pegándose con otro tío en la puerta, pero por la silenciosa desilusión mostrada por sus amigos se dio cuenta de que éstos sabían tan bien como él que se había rajado. Ese instante de temor, de vacilación, podía costarle a uno la credibilidad, pensó, con desprecio por sí mismo. Pero ¿por qué? Se trataba de algo más que el hecho de que la bronca la hubiese instigado McGrillen, que no le caía bien y al que no consideraba uno de ellos.

Por un instante, lo único que podía ver era a Kay, mi madre, mi empleo, mis navidades y toda mi puta vida: todo ello yéndose al traste. Dejé que me obsesionaran todos esos elementos de la vida real de los que intentamos alejarnos riñendo. Qué cojones estoy…

Cuando llegó a casa, no vio ni rastro de Kay. Skinner permaneció levantado bebiendo la mayor parte de la noche, antes de dormir malamente en el sofá. Un viaje al retrete le ayudó a orientarse, y acabó en la cama. Al despertarse completamente vestido unos quince minutos más tarde, destrozado y deshecho, trató de llamar a Kay al móvil pero volvió a saltar el contestador. Le envió un mensaje de texto, preguntándose si lo habría deletreado correctamente:

K, llámame. Danny. Besos.

Se duchó, se vistió, salió a Duke Street, y de ahí a Junction Street. «Feliz Navidad, hijo», le dijo al pasar una anciana achaparrada de cabellos blancos. La reconoció, era la señora Carruthers, que vivía en la escalera de su madre.

Aunque se sentía como un cadáver hecho al microondas, Skinner logró soltarle un cortés y elegante: «Lo mismo digo, guapa».

Al llegar al bloque de pisos donde vivía su madre, se encontró con Busby, el viejo empleado de seguros al que detestaba de todo corazón, quien salía justo en ese momento.

¡Ese tipejo de andares patizambos y sonrisa asquerosa, saliendo de la escalera de mi madre! Hay seis pisos en la planta donde vive mi madre, pero yo sé cuál ha ido a visitar Busby. ¿Qué querrá a estas horas ese pesado de mierda…?

Skinner detestaba a Busby por motivos que era incapaz de expresar. Al pensar en ello, sentado en el acogedor living/cocina de su madre, comenzó a reírse para sus adentros cuando ella sacó dos platos repletos de pavo y guarnición y los colocó sobre una mesa plegable empotrada en un hueco en la pared que había decorado especialmente para la ocasión.

Era obvio que iba bien mamada, puesto que también había puesto cubiertos para

Kay. Danny Skinner se fijó en sus manos hinchadas, en sus dedos, colorados como salchichas crudas, mientras depositaba enérgicamente los platos sobre la mesa. Hasta que cumplió los cuarenta, Beverly Skinner jamás había sido una mujer corpulenta; a partir de ahí se fue hinchando hasta llegar a la obesidad. Ella le echaba la culpa a una histerectomía prematura, en tanto que Skinner culpaba a las pizzas y las cenas precocinadas que consumía. Su madre siempre decía que cocinar para uno solo no tenía ningún sentido.

Beverly se había tomado muchas molestias para preparar aquella comida, y además se había puesto un vestido nuevo, a pesar de que éste, según se fijó Skinner, era negro, como todos los demás. Su disgusto por la incomparecencia de Kay flotaba en el ambiente; sabía quién era el culpable, dijese lo que dijese.

Regresó al horno para apagarlo, señalando con el dedo al gato que estaba tumbado delante del fuego eléctrico. «No dejes que Cous-Cous se suba al sofá, está mudando el pelo».

En cuanto ella se hubo metido en el área de la cocina, el gato persa de color azul se levantó y se estiró, arqueando el cuerpo. Acto seguido se subió al sofá de un salto, al lado de Skinner. Caminó sobre las piernas de éste y luego dio la vuelta y repitió la maniobra. Éste sacó un mechero del bolsillo y le chamuscó la piel de la barriga, que crepitó y despidió un olor desagradable. El gato huyó y se refugió en un rincón. Skinner se puso en pie y derribó una vela encendida sobre la mesa de centro, derramando la cera.

Beverly se asomó desde el área de la cocina, con un plato lleno de coles de Bruselas en las manos. Arrugó la nariz ante el olor a pelo quemado. «¿Qué ha sido eso?».

«El gato», dijo Skinner señalando la mesa de centro. «El muy gilipollas ha tirado la vela».

«Ay, Cous-Cous, no…», regañó al animal mientras dejaba las coles sobre la mesa.

Madre e hijo se embarcaron en el rebuscado ritual de abrir una sorpresa cada uno y colocarse gorritos de papel en la cabeza. La frívola vacuidad de aquel gesto parecía ridiculizarlos a ambos, pues el día ya había sido un chasco tanto para el uno como para la otra. Skinner deglutió cautelosamente durante toda la cena, tratando de concentrarse en la película de James Bond que echaban por la tele, a la vez que se iba preparando para el inevitable e inminente asalto verbal. Cuando éste llegó, comenzó de forma discreta: «Apestas a bebida otra vez. No me extraña que esa chica haya salido corriendo», comentó Beverly como quien no quiere la cosa, enarcando las cejas mientras se servía otra copa de Chardonnay.

«No ha salido corriendo», protestó Skinner, repasando la mentira ya ensayada. «Ya te lo he dicho, su madre no se encuentra bien, así que ha ido a casa de su familia a ayudar a preparar la cena. Además, no puede ponerse morada durante las vacaciones de Navidad, tiene una audición importante para el día de Año Nuevo. *Les Miserables*. Y la bebida que has olido es de anoche. Sólo me he tomado una pinta

antes de venir aquí, eso es todo. ¡Estamos en Navidad! ¡Llevo trabajando todo el año!».

Pero Beverly se limitó a fulminarle con la mirada: «A ti te importa un pepino la época del año que sea, para ti no es más que otro fin de semana perdido», saltó ella.

Skinner no dijo palabra pero intuyó que su madre tenía ganas de bronca y que no se quedaría satisfecha hasta que lo lograra.

«Tu…, pobre chavala…, ¡no la culpo por no querer pasar las navidades con un crápula!».

En el pecho de Skinner se encendió una ardiente chispa de ira: «Será un rasgo de familia», le espetó con una sonrisa malévola.

Su madre le sostuvo la mirada con una expresión belicosa de cosecha propia, tan fría que hizo que Skinner desease no haber respondido de aquella forma. La resaca; le ponía a uno nervioso. Odiaba acudir a casa de su madre con resaca. No se podía lidiar con la gente que no estaba en el mismo estado; constituían una raza hostil de depredadores demoníacos que querían arrancarte el alma. Olían la debilidad que emanabas, lo diferente y lo sucio que eras. Y su madre era un adversario formidable en cualquier momento.

«¿Y eso qué quiere decir exactamente?», le preguntó Beverly. Sus palabras le fueron taladrando lentamente.

Pese a que en ese instante pensaba que lo más prudente habría sido dar marcha atrás, de forma inexplicable, Skinner se sorprendió a sí mismo diciendo: «Mi padre. No tardó mucho en darse el piro, ¿verdad?».

El rostro de Beverly, que ardía de indignación, enrojeció, contrastando con el papel crepé verde que le cubría la coronilla. Era como si tratase de respirar de modo uniforme, pero dicha acción parecía absorber todo el oxígeno que había en aquella pequeña estancia.

«¡Joder! ¡Cuántas veces te he dicho que no menciones nunca…!».

«¡Tengo derecho a saberlo, joder!», saltó Skinner. «¡Tú al menos sabes quién es Kay!».

Beverly miró a su hijo con una expresión que Skinner sentía que no podía ser más que de aborrecimiento. Cuando por fin habló, fue entre dientes: «¿Quieres saber quién fue tu padre? ¿De verdad?».

Danny Skinner miró a su madre. Ésta había ladeado la cabeza. Se dio cuenta de que después de todos aquellos años, quienquiera que fuese su padre, el odio en estado puro que ella sentía por él —absoluto, abyecto— jamás había remitido ni por un segundo. Peor aún, aquella mirada le decía que también él podía acabar siendo igual de detestado si insistía más de la cuenta. Sintió deseos de decirle: vale, olvidémoslo, tengamos la fiesta en paz, pero no pudo pronunciar una sola palabra.

«Yo», dijo Beverly señalándose vigorosamente a sí misma. «Tu padre soy yo, y tu madre también. Yo ponía la comida sobre la mesa y la preparaba. Te llevaba al fútbol en el colegio y pateaba un balón contigo en el patio. Te tejí la bufanda y te llevé a los

partidos. Iba al colegio cuando se metían contigo. Puse en marcha un negocio para poder vestirte y darte de comer. Lavé y corté el pelo de todas las sarnosas cabezas de Leith para que tú pudieras seguir estudiando y sacarte los diplomas necesarios para conseguir un empleo decente. Te llevaba de vacaciones a España todos los años. ¡Pagué la fianza para sacarte de aquella puñetera comisaría de la High Street cuando participaste en aquellos estúpidos follones y además pagué la multa! ¡Yo! ¡Lo hice yo! ¡Yo y nadie más!».

Skinner tuvo que esforzarse por mantener la boca cerrada. Pero era cierto. Miró a aquella mujer dura, amargada, cariñosa y maravillosa, que había consagrado su vida entera a su bienestar. Pensó en la forma en que se había criado, con ella y sus amigas Trina y Val, sus tías punkis sustitutas, que le cuidaban y nunca le hablaban en un tono condescendiente, valorando su opinión y tratándole como un adulto aún cuando no era más que un niño. Lo único malo era cuando trataban de inculcarle la música que les gustaba a ellas. Los grupos de los que no paraban de hablar, los Rezillos, los Skids y los Old Boys. Pero aquello era pecata minuta, porque el meollo del asunto era que su madre se aseguró de que tuviera oportunidades no sólo igual de buenas sino mejores que las de los chavales con padre y madre que le rodeaban. Bajó la vista, vio la comida que Beverly le había preparado, cerró el pico y comió.

8. Festividades

Dougie Winchester me brindó un buen consejo durante mis primeras vacaciones como empleado del ayuntamiento. Me dijo que si uno era bebedor la peor época para irse de vacaciones era entre Navidad y Año Nuevo, porque de todas formas son días de cogorza colectiva y nadie sensato da un puto palo al agua. Sólo quedan los bolingas; la mayoría de la gente a la que le va el rollo familiar —que suelen ser jefes o cretinos que desaprueban la priva en el lugar de trabajo— se queda en casa, de modo que hay carta blanca para ponerse hasta el culo.

El rollo que hay hace pensar en el último día de cole, en ese presentimiento de que va a suceder algo asombroso. En aquel entonces, por alguna razón, siempre nos pasábamos el tiempo merodeando por la tienda de mi madre; yo, McKenzie, Kinghorn y Traynor, esperando sin más. Por supuesto, rara era la vez que sucedía algo digno de nota, pero la sensación de expectativa era deliciosa.

Cuando llego tambaleándome a eso de las diez y media, cocido que te cagas tras unas navidades de mierda, no me vendría mal que sucediera algo maravilloso. Me ciega el resplandor de la nieve y llevo la boca como el fondo de la jaula de un periquito. Shannon ha ido a alguna reunión pero va a ir al sarao del Departamento de la Vivienda a la hora de comer, aunque creo que necesitaré atizarme un par de birras antes de ir a ver cómo pinta aquello. Sólo pienso en privar, privar y privar. Me pregunto si Winchester andará por aquí o si Rab McKenzie estará trabajando en el centro. El único problema es que ese pequeño hijo de puta pelotillero de Kibby está aquí, trabajando como una hormiguita. ¿Qué coño hará aquí? ¡Delatar a todo hijo de vecino a Baxter o Foy, fijo!

No han encendido los fluorescentes grandes, afortunadamente, y Kibby ofrece una excelente estampa dickensiana, sentado allí solo, trabajando a la luz de la lámpara. Repentinamente inspirado, cojo una carpeta de papel manila de mi mesa y me dirijo hacia él. Al aproximarme, me sorprende ver que Kibby parece jodido; es como si estuviera a punto de romper a llorar en cualquier momento. Tomo asiento en la silla vacía que hay delante de la suya. «¿Todo bien, Brian?».

«Sí…», dice con recelo, tensándose mientras se atusa el pelo por los lados.

Entorno los ojos ante la áspera luz que emite la lámpara de su escritorio. «¿No estás de fiesta esta semana?».

«No, mi padre no se encuentra bien de salud y voy a tener que aplazar las vacaciones», dice, arrugando la nariz, supongo que a causa del aliento a cerveza rancia que desprendo.

«Mal rollo, jefe», farfullo, recostándome y pensando en la suerte que tiene el muy cabrito de tener padre, antes de adoptar unos ademanes más serios: «Escucha, Bri, la semana que viene voy a estar un par de días de fiesta, y he oído que algunos de mis

informes de seguimiento te va a tocar hacerlos a ti».

Kibby asiente con la cabeza, en un gesto de aquiescencia meditabunda, y yo le pongo la carpeta delante.

«Se me ocurrió que podríamos echarles un vistazo rápido. Mis apuntes a mano son infames», le digo, doblando la muñeca y disparando una telaraña imaginaria hacia el techo. Como Kibby pone cara de no haber captado, le amplío los detalles: «Tengo una letra bastante pachucha».

«Guay», dice Kibby, de un modo que hace que me sienta como si acabara de arañar una pizarra con las uñas, mientras él se arrellana en la silla. Ojalá supiera por qué este puto mamoncete me incordia tanto.

«Es todo bastante sencillo», le explico, cogiendo la carpeta y colocándosela delante.

La abre, y echa un vistazo de roedor a los contenidos. Este pequeño retrasado todavía tiene pecas. «¿Qué me dices de éste?», pregunta, señalando Le Petit Jardin con el dedo.

«De Fretais. Esa cocina es una puta pocilga», le explico.

El cabroncete me mira con ojos perspicaces y cautelosos. Si aparece por ahí, ese gordo maricón de De Fretais probablemente tratará de petar su escuálido culito blanco. Será él quien pase una inspección: una inspección culera. Dudo que esta nenaza-lameculos tenga pelotas para plantarle cara a De Fretais, aunque sí da la impresión de ser un cabrito perversamente meticuloso. «Pero es… famoso, vaya», dice Kibby, mirándome con cara de agobio.

«Lo sé, Bri, pero hay que llamar a las cosas por su nombre. Somos unos profesionales y estamos aquí para servir al público, no a un cocinero pagado de sí mismo. En cualquier caso, sigue yendo a parar a la mesa de Foy y la última palabra acerca del procedimiento a adoptar la tiene él».

«Pero si escribo algo demasiado crítico en el informe, ahí se queda, por escrito…», gimotea Kibby como un cordero lechal. Joder, seguro que De Fretais lo saltea y lo sirve con salsa de menta.

«Por eso lo mejor es ser franco. Si algún pobre cabrón agarra una intoxicación alimentaria —lo cual es muy probable dado el estado de ese garito— y presenta una demanda —y no olvidemos que vivimos en una era de litigios— entonces los poderes establecidos querrán echar una mirada al informe del funcionario responsable. Si tu informe no está en sintonía con el mío, o bien uno de los dos es un embustero —y mi informe lo ha refrendado Aitken— o en el plazo de tres meses De Fretais ha gastado el gordo de la lotería en su cocina».

Puedo ver girar los engranajes de la cabeza de Kibby; con una lentitud exasperante, eso sí, pero girando al fin y al cabo.

«Ya te digo, Bri, casi me cago de miedo cuando eché un vistazo dentro de una enorme y asquerosa olla sopera. Casi esperaba que saliera el monstruo de la Laguna Negra. Cojo por banda a un cocinero y le suelto: “¿Y eso qué es?”. El tío me dice:

“Ah, sopa de alubias”. Yo le contesto: “Ya sé que fue sopa en otro tiempo, so capullo, ¿pero ahora qué cojones es?”».

Kibby esboza una débil sonrisa a lo largo de su careto atormentado por la duda. Este cretino no capta ni siquiera el humor más ínfimo. Me levanto de la silla, y me golpeo el trasero con la carpeta. «Ponlo a salvo, Bri, ponlo a salvo», le digo antes de arrojar la carpeta sobre su mesa con un guiño, en plan colega.

Hay algo en él… Ahora me sorprendo sintiendo lástima por él, pues el pobre cabrito parece completamente perdido. Veo un ejemplar de *Game Informer* sobre su mesa. Lo cojo y lo hojeo. «¿Qué opinas de *Psychonauts*?», le pregunto. «Se supone que es bastante ingenioso. Ya sabes, no es el rollete gilipollas de siempre acerca de frustrar los planes de células terroristas y rescatar bellas princesas».

«A ése no he jugado», dice Kibby con recelo, antes de mostrarse un poco menos reservado. «Pero mi amigo Ian lo tiene. En la reseña le dan una puntuación de 8,75», dice con entusiasmo.

«Ah…, vale», respondo con cierta desazón. «Escucha…, voy a acercarme a la fiestecilla del Departamento de la Vivienda para echar un trago. Van a ir Shannon y Des Moir. ¿Te apetece venir?».

«No, voy a tratar de acabar algunas de estas inspecciones», gimotea.

Cabroncete presuntuoso. Estarán encantados de verle por los restaurantes en esta época del año.

Mientras regreso a mi escritorio para telefonear a McKenzie, me pregunta: «¿De verdad crees que debería… con De Fretais…?».

«Lo mejor es ser francos», le digo con una sonrisa de oreja a oreja, dejándome caer en la silla y levantando el auricular. «Ya sabes lo que dicen, sé fiel a ti mismo».

Mientras bajaba por la Milla Real el cielo cubierto formaba una oscura bóveda sobre las casas de piedra que tenía a ambos lados, y en los oídos de Brian Kibby resonaban los comentarios de Danny Skinner, dejando una impresión más duradera de lo que su perpetrador habría imaginado jamás.

Danny tiene razón…, no importa que sea uno de los mejores restaurantes del país ni que sea uno de sus cocineros más célebres ¡las reglas son las mismas para todos!

Todavía era por la mañana cuando llegó a Le Petit Jardín, donde estaban preparándose para la hora de la comida. Una nutrida partida de tipos trajeados se había congregado en el exterior, a medida que iba clareando el cielo oscuro.

Kibby se dio cuenta de que era un restaurante de la gama superior al ver que hacía gala de la confianza suficiente como para hacer pocas concesiones a la temporada navideña. Sólo un modesto árbol navideño colocado en un rincón delataba la época del año. Al penetrar en el interior, sobriamente iluminado y decorado con madera de caoba y magnolio, Kibby se relajó un tanto, notando cómo sus pies se hundían en la mullida alfombra marrón. El comedor estaba absolutamente inmaculado, por lo que

consideró completamente inconcebible que la cocina pudiera estar en tan mal estado como había afirmado Skinner. Su período de iniciación con Foy alrededor de algunos de los restaurantes de la ciudad había confirmado lo que aprendió como inspector novato en Fife: si el comedor está excepcionalmente cuidado, la cocina suele estar llevada de acuerdo con los más altos requisitos de higiene.

Pero para toda regla había siempre una excepción.

Kibby le mostró su pase de inspector a un *maître* indiferente, quien hizo un mohín a la vez que le indicaba las puertas giratorias. Al atravesarlas, se le cayó el alma a los pies: se había preparado para el golpe de calor, pero no por ello dejó de encogerse físicamente. Lo primero que vio fue al propio De Fretais, apoyado ociosamente sobre una encimera. Los aromas de diversos alimentos en proceso de fritura, asado y horneado entraban y salían danzando de sus fosas nasales; su cerebro andaba a la rebatiña con los datos sensoriales, esforzándose por identificar la miríada de fragancias. El enorme cocinero observaba a una muchacha vestida con un mono, de rodillas, que estaba descargando cosas de una pila de cajas colocadas en una carretilla y colocándolas en el estante inferior.

Kibby le oía charlar con aquella voz retumbante que conocía de la televisión, y captó la presunción y la altivez que desprendían los ojos oscuros y la boca fina del maestro cocinero. Durante una fracción de segundo, percibió una familiaridad que no acababa de ubicar en la postura que había adoptado, los chistes, las palabrotas…

Brian Kibby se aproximó al obeso cocinero con un intenso aire de temor. Aquella cocina no tenía buen aspecto. A De Fretais le entusiasmó aún menos aquella intrusión y dispensó a Kibby una somera mirada de arriba abajo. «Ah, conque eres el chico nuevo del ayuntamiento. ¿Qué tal está mi viejo amigo Bob Foy?».

«Muy bien…», dijo Kibby con un hililllo de voz, volviendo a pensar tanto en la ira de Foy como en las palabras de Skinner. Pero la cocina estaba sucia y una cocina sucia era una cocina peligrosa. Regla número uno. Aquello no lo podía obviar.

Y lo cierto es que estaba muy sucia. Quizá no tanto como había dado a entender el informe de Skinner, pero había partes del suelo y algunas superficies que no sólo necesitaban una limpieza a fondo sino una reforma. Por si fuera poco, había cajas y latas de provisiones amontonadas bloqueando los accesos, las salidas de incendios estaban abiertas con cuñas y buena parte de la plantilla parecía un tanto desaliñada en lo tocante a su aspecto. El mismo De Fretais parecía sudoroso y despeinado, como si acabara de salir de la cama o hubiese venido directamente del pub.

Imagino que será cosa de la temporada navideña…, ¡pero no deja de ser un restaurante!

De Fretais era tan enorme y obeso como delgado y frágil era Kibby. Se acercó al joven hasta el punto de hacerse incómodo, haciendo valer su amedrentadora mole. «¿Del ayuntamiento, eh? Creo recordar a una inspectora de cocina bastante atractiva…, perdón, quise decir funcionaria de Sanidad y Medio Ambiente», se corrigió burlonamente el gordinflón. Kibby captó el aliento perfumado de éste

cuando se fijó en los pelos negros que le asomaban de las fosas nasales. Hacía mucho calor; el cogote le ardía como si estuviera en una playa tropical. «¿Cómo se llamaba…?». De Fretais lo meditó. «Sharon…, no, Shannon. Eso es, Shannon. ¿Sigue allí la encantadora Shannon?».

«Sí», dijo Kibby, enronqueciendo de incomodidad.

«Ya no la envían aquí…, lástima. Una verdadera lástima. ¿Sale con alguien? A menudo me lo pregunto».

«No sé…», mintió Kibby, desorientado ya por la sórdida proximidad de aquel sujeto. Para Kibby, el cocinero tenía un cuerpo en forma de lágrima, como el de los payasos, y aunque intentaba mostrarse superficialmente jocoso, sólo lograba transmitir una imagen de engreimiento y malévola grandilocuencia. Sabía que Shannon tenía novio pero no tenía intención de contarle sus asuntos a nadie, y mucho menos a De Fretais.

«De todas formas, sigue con lo tuyo, aquí estamos a tu servicio», dijo con brío el maestro cocinero, «pero quizá debería decir nuestro servicio», agregó, echando una mirada a dos pinches de cocina que estaban de pie junto a un carrito, «¡PORQUE ESO ES LO QUE PARECE ESTE PUTO RETRETE! ¡CABALLEROS! ¡HAGAN EL FAVOR!».

Los dos hombres se apresuraron a ponerse en marcha mientras Kibby, repasando diligentemente su lista, tomaba nota de los cubos de basura repletos, y de las cajas de comestibles y de productos hortofrutícolas que se amontonaban en los pasillos. En la cocina hacía ahora un calor tremendo, debilitante, achicharrante, que salía de los hornos a raudales. No importaba cuántas veces lo experimentara uno, siempre le recordaba forzosamente que nada prepara a un visitante para la temperatura y el ajetreo de la atareada cocina de un restaurante. Era ese calor extremo el que hacía de trabajar en una cocina uno de los trabajos más duros que hay. Y los cuerpos, anónimos y enfundados en sus monos, desplazándose por todas partes como hormigas, gritándose instrucciones unos a otros. Los primeros pedidos ya habían llegado, pues la gran partida de fuera, procedente del vecino parlamento escocés, ya había tomado asiento para comer.

De repente Kibby sintió que unos robustos dedos le aferraban con una familiaridad casi espantosa. De Fretais había agarrado por la cintura con ambas manos al joven funcionario. Empezó a arrastrarle por rincones y pasillos en una alocada y violenta danza, mientras los cocineros reunían sus platos y los camareros pasaban para tomar nota, llevándole de un lado a otro del local con una vehemencia brutal, todo ello bajo un endeble velo de benevolencia.

Y mientras duró aquel hostigamiento, Brian Kibby trató de permanecer atento a los indicios y se esforzó por cumplir con su obligación.

Sé fiel a ti mismo.

9. Año Nuevo

Durante la fiesta del Departamento de la Vivienda cometí una estupidez. Era el típico fiestorro de oficina: una gran planta abierta dedicada a los alquileres, los subsidios a la vivienda y demás, montones de priva circulando, gente poco acostumbrada a beber vomitando, parejas desapareciendo en los armarios para entregarse a furtivos instantes de lujuria carnal de los que no tardarían en arrepentirse…

Estaba hablando con Shannon; me sentía un poco llorón y ella también; yo menté a Kay, y ella a Kevin. Entonces una chavala borracha nos colocó un ramito de muérdago sobre la cabeza. Un piquito se convirtió en un morreo que duró toda la noche, al aferrarnos el uno al otro como dos monitos huérfanos cuyos universos se estuviesen derrumbando a su alrededor. El mío lo estaba haciendo, desde luego, y ella parecía estar en el mismo barco.

Al día siguiente me acerqué a Samuel's, en el centro comercial St James, donde compré un anillo de compromiso con diamantes. Me costó casi cuatrocientas libras. Llevé a Kay al partido del Derby de Año Nuevo en Tynecastle, y vimos las campanadas en casa de su madre. No bebí demasiado: en esa casa no ha lugar. Está llena de fotos de Kay por todas partes; de niña, vestida de bailarina de ballet, de adolescente, haciendo el cancán en una producción aficionada de *Ellos y ellas*, su primer empleo de verdad en una especie de compañía de teatro experimental. De todos los mimos y zalamerías de tíos, tías y abuelas, y del modo en que ella se los tomaba —como algo que le había tocado en suerte en esta vida sin tener que sudar demasiado— pude deducir lo mucho que debieron odiarla en secreto las chicas de su colegio. Con su cuerpo esbelto y tonificado, su cabello reluciente y sus perfectos dientes blancos, sus sonrisas ilimitadas y entusiastas, el dinamismo de su actitud; todas esas cosas que yo veneraba por el simple hecho de que me las entregaba a mí. Me casaré con ella encantado.

Pero no le di el anillo. Había tomado la decisión de que cuando me arrodillara ante ella, sólo estaríamos ella y yo, a solas, y que me encontraría en estado de perfecta y absoluta sobriedad.

Ahora toca volver a los de siempre. Nada de ir cogiendo poco a poco el ritmo habitual después de la temporada de vacaciones; para algunos de los cabrones de esta oficina es como si las navidades y el Año Nuevo no hubieran tenido lugar. Oí a ese viejo gilipollas de Aitken perorar acerca de lo mucho que detesta el período vacacional, y lo estupendo que es volver a lo de siempre.

Lo de siempre.

Foy había colocado mi informe en la segunda lista de inspecciones, a la expectativa de que Aitken o algún otro de sus lameculos se encargase de las labores

de encubrimiento. Acogerse a aquel procedimiento, una fase dos, significaba que no sería preciso comunicárselo al siguiente peldaño en el escalafón, a saber, al triste cabrón de Cooper, escaleras arriba.

Ahora el tocino de Foy emerge de su despacho, loco de furia; no sólo va a hacer pedazos a ese taimado mamoncete de Kibby, sino que lo va a hacer delante de todo el mundo, a modo de escarmiento. Y eso no es más que la buena noticia. ¡La noticia pistonuda es que yo estoy en primera fila!

Arroja el informe sobre la mesa de Kibby, y ese gesto, antes incluso de que abra siquiera la boca, hace perder totalmente los papeles a ese triste capullín. Entonces Foy gruñe: «¿Qué cojones es esta mierda? ¿Eres consciente de que esto es una fase dos y de que trasciende de esta oficina?», le pregunta entre dientes mientras indica el techo con el pulgar.

«Pero es que su cocina estaba realmente sucia», le suelta ese cabrito atontolinado de Kibby, y es increíble ver a Foy casi al borde de un infarto, ver a ese viejo saco de escoria preguntarse cómo va a cuadrar ésta con el tocino de De Fretais. ¡Adiós a los descuentos en Le Petit Jardin, adiós al servicio obsequioso y las mejores mesas!

«Ésta no es la cocina de una freiduría barata en Kirkaldy, niñato imberbe», ruge Foy con un desprecio capaz de arrancar la piel a tiras, mientras Kibby se encoge físicamente, hundiéndose dentro del cuello de la camisa. En boca de Foy la expresión «niñato imberbe» resulta más hiriente que cualquier insulto que yo haya oído pronunciar jamás. «¡Es la cocina de Alan De Fretais!», truena Foy mientras Kibby se levanta, tratando de recobrar algo de poder, pero temblando *in situ*, con la cara enrojecida y los ojos llorosos. Foy se acerca más a él, con ojos de halcón. ¿Hace falta decir quién es la gallina? El gordo cabrón está disfrutando a tope. Baja la voz y le pregunta, casi susurrando: «¿Tienes televisor en casa?».

Me siento marciano que te cagas. Foy es un maltratador, un hijo de puta arrogante y autoritario, y se está pasando un montón. ¿Por qué estaré disfrutando tanto con esto?

«¿Ves alguna vez el mentado aparato?», truena. Casi puedo ver los laureles sobre sus orejas.

«Eh… yo… sí».

Foy baja la voz: «¿Has visto alguna vez *Secretos de los grandes chefs* en Scottish Televisión, después del telediario?».

«Sí…».

«Entonces te sonará el señor De Fretais, de Le Petit Jardin, el presentador del programa», dice Foy en un tono sosegado.

«Sí…».

«En ese caso, sabrás que es un hombre importante», dice Foy en un tono más pausado, teatral y diplomático, sosegando a Kibby, que empieza a imitar el gesto de asentimiento de Foy, antes de gritarle a voz en cuello y en las narices: «¡Y QUE NO CONVIENE TOCARLE LOS HUEVOS!».

Kibby retrocede físicamente y se encoge aún más, y estoy seguro de que su culo blanco tiembla más que la medusa amaestrada de Elvis, pero luego se repone un poco y carraspea a guisa de patético desafío: «Pero… pero… pero… usted dijo… usted dijo…». Y he de reconocer que aquí sucede algo muy raro. Estoy furioso, pero no con Foy por acosar a Kibby, sino con éste por permitírselo.

Interiormente, le exhorto con todas mis fuerzas: *plántale cara, Kibby, ¿es que no tienes huevos, joder? Defiéndete, tonto del culo. Venga, Brian…*

«¡Qué!», se burla Foy. «¿Qué es lo que dije?». Noto un dolor placentero mientras se me convulsionan los costados, porque me doy cuenta de que odio a este capullo de Kibby y quiero que sufra. Le odio, de verdad. Foy es un bufón, un chiste de mal gusto, pero Kibby…, hay algo retorcido en este capullín. Estúpido y lamentable, vale, pero es como si albergara en alguna parte una malicia encubierta que lo compensara. Y ahora me doy cuenta de que quiero ver a este puto insecto arrastrarse ante Foy, que me gusta la idea y me pone la piel de gallina…

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO.

Ni siquiera sé lo que están diciendo ahora, porque sólo les veo las caras. La cabeza de teleñeco bobo de Kibby, con los ojos abiertos de espanto, y el careto carmesí de Foy, que parece una china de hachís al rojo vivo a punto de disolverse en su cuerpo, atravesando y derritiendo el torso, enfundado en *tweed* de Marks & Sparks…

Puto cretino. ¿Será mamón?

La diversión sólo termina cuando el cabrón de Cooper, ese pez gordo, entra en la oficina, y su presencia obra como señal para que Foy recobre la compostura. Un aturullado Kibby se marcha al retrete, sin duda para llorar a moco tendido como una nena. Me tienta salir tras él para ver chillar a esa maricona como el pelele calzonazos que es, pero no, me tranquilizaré un poco y me tomaré un café. No logro explicarme la rabia que me inspira, el impulso de precipitar y saborear su aniquilamiento, y una parte de mí se avergüenza horriblemente de lo patético que resulta todo ello, del placer en estado crudo, ardiente e ilícito que me inspira el odio que siento por él.

10. Sexo y muerte

La resaca de Año Nuevo en Edimburgo trajo consigo un cielo urbano negruzco y lleno de humo, el cual pendía sobre la cabeza de sus habitantes como una carga de ladrillos retenida de forma precaria por una red de aspecto muy endeble. Los ciudadanos levantaban con frecuencia la vista, ansiosos, esperando que vertiese sobre ellos su contenido. Y, no obstante, la mayoría de los muchachos y muchachas del «burgo» seguía yendo afanosamente de aquí para allá: habían procesado sus resacas y aún no habían quebrado sus promesas; disfrutaban de la ola de optimismo que acarrea siempre un año nuevo.

Una excepción era la representada por un Danny Skinner de cabeza espesa y boca seca, quien se encontraba redactando un informe lo suficientemente cerca de un optimista Brian Kibby, ya repuesto de su humillación a manos de Foy, para poder oírle. Kibby le estaba narrando a Shannon McDowall sus más recientes aventuras. «Este fin de semana —dijo Kibby con su acostumbrado y agudo sonido nasal, casi afeminado— fuimos a Glenshee», explicó mientras Shannon asentía con gesto indulgente, sorbiendo café solo en su taza de los Pet Shop Boys.

Un alma menos candida habría sospechado quizá que Shannon se aburría y que se limitaba a seguirle la corriente, pero el hecho de estar coladito por ella anulaba un tanto el radar de Kibby. Shannon, los videojuegos —*Harvest Moon* sobre todo—, el ferrocarril en miniatura y los Hyp Hykers se habían convertido en las principales fuentes de alivio de su atormentada existencia, ensombrecida por la enfermedad de su padre y las tensiones familiares. Shannon y una Hyp Hyker en concreto. «… y estuvimos un montón de gente. Yo, Kenny, el que lleva el club, un tío muy divertido pero bastante loco», se rió Brian Kibby, «y Gerald, que se esfuerza mucho por seguir el ritmo de los demás», dicho lo cual hizo una mueca con gesto un tanto indulgente, «pero al que llamamos tortuguita, y también está Lucy…». Kibby estaba a punto de explayarse acerca del principal objeto de su deseo cuando fue interrumpido de forma muy seca.

«Oye, Brian, a esas excursiones campestres que haces», procedió Skinner con el estilo de un fiscal, como le había enseñado el ejemplo de Foy, «¿no acudirá por casualidad alguna fémina follable?».

La única intención de Skinner había sido suscitar el sonrojo de Kibby, y éste no le defraudó. Shannon entornó los ojos y chasqueó la lengua, ocupándose de nuevo con sus papeleos.

«Van algunas chicas, sí», empezó a decir Brian Kibby de forma vacilante, mirando al mismo tiempo a Shannon, que le hacía caso omiso mientras inclinaba la cabeza sobre sus papeles.

«Seguro que se darán de bofetadas por ir», le interrumpió Skinner.

Kibby tartamudeó, sintiendo que ya había traicionado a Lucy de una forma imprecisa pero profunda. «Eh…, yo no…, no pienses que…».

Skinner adoptó una mueca de severidad. Desde la perspectiva de Kibby, su rostro parecía haber adquirido un tono sobrenatural. «Seguro que tiene que haber más de una que esté buenísima, ¿a que sí?».

Shannon McDowall miró primero a Kibby y luego a Skinner. La mirada era de desdén. Skinner la captó e hizo un gesto de apelación.

«Hay algunas chavalas majas, sí», dijo Brian Kibby, con bastante firmeza. De resultas, al instante y durante unos segundos preciosos, creyó haber recobrado la autoridad moral.

Skinner adoptó una expresión de glacial seriedad: «¿Te has tirado a alguna?».

Brian Kibby volvió la cara con gesto asqueado, pero Skinner se percató de que el intento de aparentar madurez era una cortina de humo para encubrir su humillación virginal. Shannon McDowall chasqueó la lengua, sacudió la cabeza, se levantó y fue hacia la hilera de archivadores. Colin McGhee sonrió y enarcó las cejas, ofreciéndole de forma tácita a Skinner el público que necesitaba después de que Shannon se marchara.

«¿A qué viene tanta timidez, Bri?», dijo Skinner con total naturalidad. «Se trata de una pregunta sencilla: ¿te has tirado a alguna de las tías del club de senderismo ese en el que estás?».

«¡A ti qué te importa!», le espetó Kibby, largándose en dirección a los servicios y pasando por delante de Shannon, que volvió a tomar asiento delante de su escritorio.

Skinner se volvió hacia Shannon McDowall: «¡Parece que he puesto el dedo en la llaga!».

«No seas tan horrible, Danny», dijo Shannon. Brian Kibby era un poco plasta, pero era buena gente, sólo que un poco inocentón.

Skinner le guiñó el ojo de forma sugerente, lo que suscitó en Shannon una incipiente punzada de deseo de la que se arrepintió. Aquel morreo alcoholizado en la fiesta del Departamento de la Vivienda había sido una de esas cosas que pasan, una tontería que ninguno de los dos había vuelto a mencionar, pero que no obstante recordaba cada vez que él la miraba de una determinada manera. Skinner también lo sentía así, y era algo que le avergonzaba. Qué estúpido había sido. Quería a Kay, pese a que las cosas entre ambos seguían bastante tensas a raíz de su comportamiento durante las navidades. Kibby, no obstante, no tenía a nadie, reflexionó Skinner con una mezcla de conmiseración y malévolo regocijo. «No hay estigma alguno en ser virgen a los veintiún años. Para la mayoría de la gente», sostuvo presuntuosamente.

El acoso al que Skinner sometía a Brian Kibby en la oficina era más que despiadado, aunque su artífice lo presentaba hábilmente como una simple sucesión de alegres tomaduras de pelo basadas en una amistad genuina, si bien descaradamente

condescendiente, antes que en una malicia verdadera. Sin embargo, en la universidad popular local, durante las horas de formación que tenían asignadas para sacarse la titulación de inspectores medioambientales, dio rienda suelta a su malevolencia. Rodeado por muchos de sus pares, el extravagante Danny Skinner se mostró implacable: interrumpía, insultaba y humillaba a un Brian Kibby cohibido y negado para el trato social siempre que podía. La cosa llegó a tal extremo que en determinados lugares —en particular el comedor universitario durante las pausas para comer y tomar café— Kibby tenía literalmente miedo a abrir la boca, no fuera a atraer sobre sí la atención de Skinner. Los demás estudiantes se convirtieron o bien en cómplices entusiastas o en títeres involuntarios, pero la mayoría se contentaba con contemporizar antes que enfrentarse a la áspera lengua de Danny Skinner.

Aquella lengua, sin embargo, también tenía un lado efusivo, que Kibby envidiaba casi tanto como detestaba su faceta más brutal. Skinner rara vez ahorraba a las trabajadoras del ayuntamiento —o, con mayor frecuencia aún, a las estudiantes Universitarias— sus atenciones verbales. A menudo parecía que Danny Skinner fuera incapaz de dejar que una muchacha pasase a su lado sin prodigarle una sonrisa, un guiño o un comentario.

La aversión que Skinner experimentaba hacia Brian Kibby, tan profunda que con frecuencia le había horrorizado y consternado, fue creciendo sin cesar durante los pocos meses transcurridos desde que se conocieron. Había llegado a un punto en el que dio por sentado que se había desarrollado hasta un umbral insuperable. Pero un solo incidente llevaría aquella animadversión a cotas aún más elevadas.

El anillo de compromiso destinado a Kay Ballantine llevaba tiempo quemándole a Danny Skinner en los bolsillos. Era un sábado frío y un vendaval cortante barría la ciudad desde el Mar del Norte, pese a que ésta, con todo, estuviese animada por el bullicio de los compradores, que habían salido a aprovechar las rebajas de enero.

«¿Por qué no damos un paseíto por los jardines?», le sugirió Skinner a su novia. Mientras descendían por las escaleras situadas junto al reloj de flores, ahora desprovisto de ellas por ser invierno, el latido de un bajo retumbó en el aire. Al parecer, algo se cocía en el quiosco de música Ross. Escucharon cómo una voz temblorosa adquiría volumen paulatinamente y vieron a algunos grupos de gente recién aseada, y vestida con ropa vaquera, de lo que dedujeron que tocaba alguna banda de gospel rock.

«Vamos a ver», sugirió Kay.

«No, sentémonos aquí un rato», dijo Skinner, indicando un banco vacío.

«Hace demasiado frío para quedarnos aquí sentados, Danny», protestó Kay, pataleando y sacándose de los ojos unos mechones de cabello alborotados por el viento.

«Sólo será un minuto, hay algo que tengo que decirte», le rogó él.

Intrigada, Kay le siguió, y se sentaron en el banco. Skinner la miró con ojos tristes. «Me he comportado como un imbécil, como un gilipollas total. Durante las

navidades…».

«Mira, ya hemos pasado por esto, no quiero volver a hablar de ello», dijo Kay, sacudiendo la cabeza. «Olvidémoslo. Es sábado y…».

«Cielo, por favor, escúchame un segundo», insistió él mientras sacaba una cajita del bolsillo. «Te quiero, Kay. Quiero estar contigo para siempre».

Ella emitió un gritito de asombro cuando él la abrió y captó el destello del anillo de diamantes.

Skinner se levantó del banco y se arrodilló ante ella. «Kay, quiero casarme contigo. ¿Querrás casarte tú conmigo?».

Kay Ballantine estaba atónita. Había llegado a creer que él estaba aburrido de ella y quería poner fin a la relación, y que ése era el motivo de tanta bebida. «Danny…, no sé qué decir…».

Skinner la miró, nervioso. Por fortuna, aquélla era una de las respuestas que había tenido en cuenta en el transcurso de sus miles de ensayos. «Con un sí me valdría».

«¡Sí! ¡Claro que sí!», gritó Kay de alegría, inclinándose para besarle en la boca mientras él le colocaba el anillo en el dedo.

Brian Kibby, que había salido a dar una vuelta por Princes Street con Ian Buchan, iba luciendo su gorra de béisbol favorita. Una violenta ráfaga de viento se la arrancó súbitamente de la cabeza, tranportándola más allá de la verja y al interior de los jardines. «¡Mi gorra!», exclamó Kibby, que salió en pos de ella, atravesando varias cancelas hasta llegar a una cuesta adoquinada.

Al principio no la vio, pero luego se dio cuenta de que había ido a parar bajo uno de los bancos situados al pie de la colina, donde estaba sentada, sola, una muchacha ataviada con una chaqueta blanca. Brian Kibby se aproximó lentamente por detrás y se agachó para recoger la gorra. Al hacerlo, se llevó la sorpresa de encontrarse mirando fijamente, para incredulidad de ambos, entre las tablas del banco, directamente a los ojos de un genuflexo Danny Skinner.

Al toparse prácticamente de narices el uno con el otro, los dos se quedaron pasmados. Transcurrió un gélido instante de suplicio antes de que Kibby hablase. «Eh, hola, Danny», dijo en voz baja. «El viento se me ha llevado la gorra», explicó insulsamente mientras Kay se volvía. Kibby trató de no fijarse en que Skinner estaba arrodillado delante de una muchacha de una belleza asombrosa. Esta lucía un gorro peludo con orejeras y una chaqueta de cuero blanco con flecos de piel. Su naricita, como la de un elfo, temblaba de frío y sus ojos se abrieron, como para compensar el entornamiento de los de Danny Skinner, quien, ridículamente, fingió no ver a Brian Kibby. El juego terminó cuando Kay le empujó suavemente y señaló a su colega, quien ya se había puesto de pie, con la gorra de la discordia apretada contra el pecho.

«Ah, hola, Brian…», dijo Skinner con el mínimo de urbanidad posible.

Kay se levantó y juntó las yemas de los dedos, lo que obligó a Skinner a ponerse

en pie. Inclinando a un lado la cabeza, Kay le dedicó una sonrisa entusiasta y alentadora, antes de volverse de nuevo hacia Kibby, quien quedó maravillado ante aquella deslumbrante sonrisa y aquel lustroso cabello negro, que ondeó brevemente al viento antes de caerle en cascada sobre los hombros al quitarse el gorro y las orejeras.

Pese a sentir que las palabras se le atascaban en la garganta, Skinner logró carraspear: «Eh, éste es Brian. Trabaja conmigo en el ayuntamiento». Tras lo cual, se apresuró a añadir: «Ésta es Kay».

Kay le sonrió de oreja a oreja; Kibby estuvo a punto de desmayarse.

Es preciosa, está con Skinner, y probablemente estén enamorados. No hay justicia en el mundo…, una chica como ella, saliendo con alguien de esa calaña…, tiene unos dientes tan blancos, una piel tan suave, un cabello tan hermoso…

«Hola, Brian», dijo Kay, saludando con un gesto de la cabeza a su amigo Ian, que acababa de aparecer a su lado. Acto seguido, codeó ligeramente a Skinner, que a Kibby se le antojó casi mareado de asco y de tensión, antes de proferir: «¡No puedo remediarlo, Danny, tengo que contárselo al mundo entero!».

Skinner apretó los dientes, pero Kay no se dio cuenta. Extendió la mano para mostrarle el anillo a Kibby: el anillo de diamantes con el que hacía apenas unos segundos le había obsequiado Danny en aquel exquisito instante de intimidad que para él acababa de quedar completamente arruinado.

¡Él! ¡Este puto feto lameculos con patas es la primera persona en enterarse de lo nuestro, el primero en enterarse de mi puto compromiso matrimonial! Me ha pillado de rodillas, joder…, y el capullo que le acompaña…

«¡Acabamos de prometernos!», canturreó Kay, mientras la música gospel alcanzaba nuevas cotas de intensidad.

Skinner echó una despectiva mirada de soslayo al amigo de Brian Kibby. Lo único que vio fue un par de orejas prominentes y una nuez saliente.

¡Otro puto teleñeco!

Al ser testigo de la furia silenciosa de Danny Skinner, Brian Kibby se dio cuenta de que se había inmiscuido inadvertidamente en un momento muy hermoso, de una calidad que nunca había experimentado en persona, pero que había presenciado con envidia en los enamorados que le rodeaban, y la mirada glacial y psicótica de Skinner le hizo presentir, de modo inapelable, que pagaría cara aquella transgresión. «Enhorabuena», dijo Kibby tan afectuosamente como pudo, tratando al mismo tiempo de congraciarse con Kay y de implorar una clemencia solapadamente a su enemigo. Ian hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, sonriendo torpemente, a la vez que Skinner decía algo así como «Grrrr», casi asfixiado de rabia contenida.

Es el primer cabrón en enterarse…

¡Lo más hermoso e importante que me sucede en la vida, y el primero en enterarse es él!

Kibby.

Y mientras se marchaban se estremeció, puesto en evidencia por la buena

voluntad de Kay, por su sentimiento de comunión con el universo, mientras ella miraba el brillante que llevaba en el dedo y decía: «Parece un chico majo».

Skinner se fijó en Kibby, mientras su compañero de trabajo subía por el sendero adoquinado que conducía a Princes Street con la gorra en las manos, aferrado temerosamente a ella entre el viento.

Te mato, cabrón.

Skinner no dijo palabra. Cuando ella, ensanchando los ojos, le indujo a que hablase, le espetó con desenfrenada repugnancia: «Sí, no es mal tipo». Y en los ojos de Kay vio que ella había notado algo en él; algo feo de lo que no había tenido constancia hasta ese momento, ni siquiera en sus momentos más egoístas y alcoholizados, y que la presencia de Kibby le había hecho exteriorizar. Tratando de recobrar el control de sus emociones y de la situación, sugirió que fueran a Rose Street a echar un trago para celebrar su compromiso.

Una copa dio paso a varias, para Kay más que de sobra; era evidente, sin embargo, que Skinner no estaba por la labor de moverse. Ahora le tocaba a Kay tratar de recuperar el dominio de una parte de su vida, y comenzó a hablar de sus planes de futuro, de dónde vivirían y demás, y muy pronto estuvo decorando su hogar imaginario.

Aunque trató de sobrellevarlo con afabilidad, Skinner se irritó, como por lo general era el caso, cuando ella empezó a hablar de tener niños. Para él representaban la esclavitud suprema, el final de su vida social. Pero existía una preocupación más honda; antes de plantearse siquiera llegar a serlo él mismo, deseaba desesperadamente conocer a su propio padre. Empezaron a discutir, y Kay estuvo a punto de romper a llorar al ver que su día especial iba a quedar anegado por un mar de cerveza y Jack Daniels. «¿Por qué tienes que beber de esa forma?», le suplicó. «Tu madre no es así. Tu padre tam…, bueno, no sé. ¿Lo era?».

Skinner sintió que algo frío cerraba sus fauces sobre él, como si un gran insecto estuviese aplastándole el torso entre sus mandíbulas. Simplemente no lo sabía. «No», dijo, profundamente avergonzado de ignorar aquel dato, «por lo visto era abstemio, no bebía ni gota», se atrevió a decir, inventándoselo de cabo a rabo. Ahora su rabia había cambiado de rumbo, dirigiéndose contra su madre. Hijo sin padre de una hija única, Beverly y él sólo se tenían el uno al otro, y no obstante, su madre se negaba a contarle nada acerca de sus orígenes. Tenía todas las cartas en la mano, y cada vez que le había insistido, ella se había mantenido en sus trece.

Joder. ¿Es demasiado pedir? ¿Acaso es un puto violador, un pederasta o algo por el estilo? ¿Qué cojones le ha hecho?

«Pues entonces», argumentó Kay, mirando el vaso de Skinner.

Beverly le había contado que su propio padre, a quien Skinner sólo conoció cuando era muy pequeño, antes de que muriera de una apoplejía, había sido bastante aficionado a la bebida. «Mi abuelo era alcohólico», dijo a la defensiva, «la cosa se limitó a saltarse una generación».

Kay se quedó boquiabierta y sin resuello: «¡Dios mío, no puedo creerlo, te estás jactando!».

«Me gustaría poder conocer a mi padre», dijo de repente Skinner con gran tristeza. Sus palabras le asombraron a él tanto como a Kay. Dejando aparte a su madre, jamás le había dicho aquello a nadie antes.

Ella le apretó la mano y, apartándose el pelo de la cara, se arrimó más a él. «¿Alguna vez te dijo tu madre quién era?».

«Solía decirme en broma que era Joe Strummer, de los Clash», dijo Skinner riéndose de forma lastimera. «Tiene un elepé autografiado por él, es su bien más preciado. Me acuerdo de que en el colegio me zurraban por decirle a todo el mundo que mi padre era uno de los Clash», dijo, sonriendo al evocar aquel recuerdo doloroso. «Luego me dijo que era Billy Idol, Jean Jacques Burnel, Dave Vanian…, cualquier punk que hubiese tocado alguna vez en Edimburgo o Glasgow. La cosa llegó a tal punto que solía hojear todas las revistas musicales viejas para ver si encontraba alguna semejanza. Pero eso fue cuando era joven, y ella sólo me estaba tomando el pelo. De niño llegué a obsesionarme tanto que empecé a fijarme en cualquier tipo mayor que me sonriera por la calle, preguntándome si sería él. Es un milagro que no acabara secuestrándome algún pederasta», dijo con tristeza. «Ahora se niega en redondo a hablar de él». Skinner alzó su vaso y echó un gran trago. Kay se fijó en el movimiento ascendente y descendente del cartílago de su tiroides al ingerir el alcohol. «Cada pocos años yo se lo vuelvo a preguntar, ella se sale de sus casillas y tenemos otra gran bronca».

Kay volvió a apartarse el pelo de la cara con gesto nervioso, echó un vistazo a su copa y decidió que no iba a terminarla.

«Tiene que tenerle un asco tremendo».

«Pero no se puede odiar a alguien de esa forma, es irracional…». Skinner se detuvo en seco, pues la imagen del rostro de Kibby, como grabada a fuego, apareció en su cabeza, con aquellos ojos virginales de camello. «Quiero decir, después de transcurrido tanto tiempo», farfulló, incómodo.

Es cierto, odio a Kibby. Soy igualito que ella ¿Por qué él? ¿Qué es lo que me ha hecho?

Ojalá Kibby desapareciera, saliera de mi puta vida, regresara a Fife o algo por el estilo.

Las paredes estaban pintadas de color amarillo chillón. De los ventanales colgaban unas cortinas de color azul celeste. Pero la sobria decoración de la pequeña habitación era incapaz de disminuir la preponderancia de la cama de hospital. En la pared que presidía la cama había una televisión apoyada en una repisa con brazo extensible. El único elemento adicional de mobiliario era un armario con ruedas, dos sillas y una pequeña pila del lado de la pared que estaba al pie de la cama.

Keith Kibby, postrado en la cama, cada vez más débil, sentía que la vida se le escapaba de forma lenta y constante, como el aire de un neumático pinchado. El gotero vertía gota a gota la solución salina dentro de su brazo atrofiado, y cada una de éstas era para él como el tictac casi silencioso de un reloj; fuera, los árboles eran unos palos pelados y secos. *Como su brazo,* pensó, aunque a diferencia de éste, la primavera volvería a insuflarles vida. El último verano había sido bueno, recordó Keith entre la bruma desorientadora de la medicación, y después, como necesitado de confirmación, resolló para sí mismo: «Un buen verano…». Pero aquello no hizo sino precipitar un fogonazo descarnado y amargo de lucidez, y giró la cabeza hacia el techo mientras lanzaba una acusación: «Y sólo me han permitido ver a cuarenta y nueve de esos hijos de puta…».

Francesca Ryan, una de las enfermeras de guardia, entró en la habitación de Keith para tomarle el pulso y comprobar su presión sanguínea. Mientras ella ponía manos a la obra y enrollaba el velero alrededor de su raquítico brazo, Keith escrutó el vello facial que tenía bajo el labio. Una pequeña chispa se avivó en su interior, y pensó que si se lo depilara aquella chica no tendría mal aspecto.

Electrólisis. Eso y unos kilos menos. Entonces sería una buena moza.

Ryan apenas podía aguardar el momento de alejarse de Keith Kibby. No era su enfermedad lo que le causaba aprensión; estaba acostumbrada a la inminencia de la muerte. Tenía algo, desprendía un tufillo de ansiedad que la trastocaba. Prefería al viejo Davie Rodgers, el de al lado, pese a que éste le tomara el pelo por ser natural de Limerick, en Irlanda. «¡Si quieren evitar una masacre no dejen entrar a esta chica en el quirófano! ¡Hay mucho cuchillo suelto por ahí!»[4].

El viejo Davie sería un plasta, pero con él, pensaba ella, lo que se veía era lo que había. Cuando le daba la espalda a Keith Kibby sentía que éste la miraba.

Así que Francesca se sintió complacida cuando se presentaron la mujer, el hijo y la hija del señor Kibby. Parecían una familia muy unida, que le quería de veras y que estaba absolutamente destrozada por su enfermedad. Ella no le consideraba digno de amor en lo más mínimo, pero en fin, el mundo es muy raro.

Observó a la hija adolescente besar a su padre en la frente. Francesca había oído que era estudiante de primer año en la Universidad de Edimburgo, y que cursaba la carrera de Lengua y Literatura Inglesas. A veces asistía a fiestas organizadas por el sindicato de estudiantes; se fijó en ella para ver si ubicaba a la chica de los Kibby, pero su cara, convencionalmente bonita, no le sonaba de nada. Caroline vio a la enfermera mirándola y le dedicó una sonrisa un tanto tensa. Ligeramente aturullada, la enfermera Ryan se marchó del pabellón.

Caroline había estado sopesando la posibilidad de asistir a una velada en Teviot Row, un baile organizado por una de las sociedades, donde iba a pinchar un conocido DJ local. Pero al percatarse del rostro agotado de su padre le entraron ganas de llorar. Sólo al ver que las lágrimas se acumulaban en los ojos de su madre se sintió investida, de un modo furioso y perverso, de la fuerza necesaria para reprimir las

suyas.

No soy como ella. Permaneceré incólume.

Notó que su hermano guardaba silencio, pero ahuecando una mejilla, tic nervioso que le resultaba familiar. Entonces comenzó a decirle unas palabras a su padre, algo así como: «Cuando salgas de aquí, iremos a…».

Pero Brian Kibby nunca llegó a terminar la frase, ya que en ese mismo instante su padre fue presa de un tremendo ataque. Los Kibby solicitaron a voz en grito la presencia del personal médico, el cual respondió sin demora, sobre todo Francesca Ryan en particular, aunque no pudieron hacer nada: Keith Kibby se precipitó en convulsiones ahí mismo, ante las narices de todos ellos. En su agonía, pugnó desesperadamente por aferrarse a la vida, estremeciéndose en la cama con una fuerza casi sobrenatural, con la mirada perdida, mientras, sumidos en el tormento, los Kibby rezaban silenciosamente para que se dejase ir y abandonase este mundo en paz. Para Caroline, aquel desenlace violento y paranormal exacerbó el incalificable horror de la muerte de su padre. Había dado por supuesto que se extinguiría de la misma forma que los potenciómetros que él mismo instaló en el hogar familiar: menguando de forma lenta y casi imperceptible hasta sumirse en la oscuridad. Mientras se sacudía, sin embargo, casi podía ver la vida, como si se tratara de una fuerza ajena que impregnase la carne subyacente, desgarrando su endeble prisión para liberarse.

El tiempo pareció detenerse, y los segundos convertirse en horas, cuando Keith murió, rodeado por los brazos de todos. Brian, en particular, pareció abrazar aquella huesuda carcasa de un modo que hacía pensar que trataba de llenar cualquier grieta por la cual pudiera escapar la esencia de su padre. Cuando todo hubo terminado, fue como si Keith hubiese arrancado algo de vida a todos los Kibby presentes y se la hubiese llevado con él. Transcurrió un prolongado silencio antes de que Brian Kibby, el joven flaco de largas pestañas bovinas, abrazara a su madre y a su hermana.

Caroline olió primero el sudor de su madre, fétido e inmundo —curiosamente semejante al que despedía el cadáver de su padre—, y después la loción de afeitar que desprendía el rostro de su hermano, dulce y mordaz. Al cabo de un rato fue Brian quien habló, mientras Caroline levantaba la vista y veía rodar las lágrimas sobre la pelusilla de sus pómulos: «Ahora ya está en paz».

Joyce le miró, primero con una especie de pasmado desconcierto bovino, y luego con gesto severo e implorante. «Paz», volvió a decir Brian, estrechando a su madre con más fuerza.

«Paz», repitió Joyce, abrumada por la pérdida de conciencia que induce el dolor.

«Paz», confirmó Brian una vez más, mirando a Caroline. Ella asintió y se preguntó si acudiría o no al baile de aquella noche; después oyó a su madre recitando, con voz apagada pero con un deje extraña e inquietantemente desafiante:

> El Señor es mi pastor, nada me falta;
> en verdes pastos me hace reposar

donde brota agua fresca.

Al oír a su hermano sumarse a ella con «mi alma resucitará…», Caroline supo que aquella noche no iba a quedarse en casa con ellos. No lo soportaría.

11. Funerales

En tiempos el viejo borrachín se manejaba bien con los puños. Llevo siglos viéndole por ahí y de vez en cuando incluso propinando unas palizas de muerte a otros bolingas que se pusieron más respondones de la cuenta. Sí, durante un tiempo llegó a ser muy peligroso, cuando se encontraba en ese último arranque de fuerza menopáusica y airada, justo antes de que el debilitamiento físico y mental inducido por la vejez empezase a hacer mella en él. Entonces un tipo más joven con el que se puso chulo le sacudió la del pulpo; ahora el capullo luce como un brillo amarillento y deshecho en la mirada. Supongo que podría ser la paz de espíritu, pero lo más probable es que se trate de un hígado hecho polvo. Sammy, estoy seguro de que le llaman así.

Ahora se ve reducido a babearle estupideces en el oído al viejo Busby; siempre están aquí juntos, en este antro cutre de Duke Street. Sólo que hoy Busby no ha venido; estará echándose un casquete con la vieja, supongo…

El vejestorio está solo; chaquetón de trabajo, unas manos como palas, cicatrices por todos lados y la mente embotada por el alcohol. Aun así, no conviene acercarse demasiado, porque lo último que pierde un viejo boxeador es la pegada. ¡Peor aún, probablemente sea lo penúltimo, después de la campana que suena en sus chaladas cabecitas en los momentos más inoportunos!

Pienso en mi viejo, en cómo me lo he imaginado siempre: moreno, con mandíbula cuadrada y una espesa mata de pelo, flanqueado por su esposa, bien conservada e impecablemente arreglada, en un área residencial de Nueva Gales del Sur o California, y me doy cuenta de que, con casi toda certeza, me he estado engañando. Es mucho más probable que sea uno de los borrachines fracasados que hay en este bar. Sin duda es por eso que la vieja le odia tanto; seguro que se lo topa a diario, haciendo eses por Junction Street hasta llegar al pie del Walk; a lo mejor hasta intenta sablearle unas libras. Quizá sólo intenta ahorrarme una desilusión tremenda, y mi padre es un hombre que, una vez que le quitas la bebida y los cigarrillos, no es más que un cero a la izquierda.

Hablan de prohibir el tabaco en los pubs. Como prohiban fumar en este puto garito, ya puedes pegarle fuego al salir, porque si no lo haces tú ten claro que lo hará el dueño para cobrar el seguro, ya que ni dios volverá a poner los pies aquí. Lo que define a este lugar, más que el whisky o la cerveza, es el tabaco, de las paredes manchadas de nicotina a la tos tuberculosa, áspera y bronca, de los parroquianos. No es que en este momento haya muchos, sólo dos viejos capullos desdentados y renqueantes que juegan al dominó en un rincón, y el viejo boxeador y yo en la barra.

«¿Qué tal?», me gruñe. Sí, se llama Sammy.

Paz, hermano. «No me va mal, campeón. ¿Y tú?».

La vieja esperanza blanca se encoge de hombros con un gesto que hay-que-ver, mientras yo pienso: «Vaya, ¿así de mal, eh?». Pero le invito a una pinta. Hay que ayudar a los ancianos, coño. Olvidémonos de los problemas con la tarjeta de crédito, un asalariado tiene que cumplir con ciertas obligaciones. Acepta, pero con la mínima elegancia posible. Luego me mira fijamente, mientras intenta enfocar. «Bev Skinner, la peluquera. Tú eres su chico, ¿no?».

«Sí».

«Los Skinner…, ya me acuerdo… Tennant Street, hace ya mucho… Jimmy Skinner…, ése sería tu abuelo… de parte de madre… ¿Tu padre era cocinero, no?».

Me estremezco interiormente y miro al vejestorio a los ojos. «¿Qué?».

Ahora me mira con prevención, consciente de haber dicho algo que no debía. Ya he oído esta mierda otras veces. Recuerdo que mi antigua vecina, la señora Bryson, antes de volverse totalmente majareta, solía decirme que mi viejo era cocinero. Lo achaqué a la demencia. Se lo pregunté tanto a Trina como a Val, pero la vieja les había hecho jurar silencio y negaron saber nada. Aunque el vejete este tiene algo que decir. «Tu viejo. ¿No era cocinero?», repite con cautela.

«¿Lo conociste?».

Algún recuerdo le pasa por la cabeza mientras los ojos se van concertando como los símbolos de una máquina tragaperras. Pero ahora mismo no le toca repartir el gordo, porque el amigo Sammy se pone furtivo perdido, de eso no hay duda. «Puede que estuviera pensando en otra persona».

«¿En quién pensabas, entonces?», le pregunto en tono desafiante.

El viejo capullo enarca las cejas y veo reaparecer al matón al que había dado por desaparecido hacía tiempo. «En alguien que no conoces».

Veo venir cómo puede acabar esto, así que apuro mi copa. Ni de coña voy a partirme la boca con un puretón en un cagadero como éste. Ganes, pierdas o empates, el único resultado real sería la humillación de haber sido lo bastante bobo como para tomar parte. «Vale, pues nos vemos», le digo al viejales, y noto que sus ojos no se despegan de mi nuca hasta que salgo por la puerta y me meto bajo la lluvia al pie de Leith Walk.

Me detengo en un par de bares, echándome al coleto seis pintas de Guinness y tres Jack Daniels dobles a toda velocidad, cuya carga alcohólica me golpea con una contundencia espantosa. Cuando llego al piso me encuentro a Kay llorando, diciendo no sé qué acerca de bailar, de su carrera, de sus ambiciones, de que si no las respeto y no significan nada para mí, dicho lo cual se marcha. Todo ello como un rumor sordo y como si estuviera en un accidente de automóvil; quiero hablar pero ella me mira sin verme y yo todo lo veo a través de una bruma alcohólica. No estamos ni remotamente unidos el uno al otro, ni siquiera en el momento en que damos tumbos a dúo entre las ruinas de nuestras respectivas vidas.

Ella sólo quería bailar…

No noté su presencia, pero su ausencia la noté que te cagas. No puedo quedarme

aquí solo; salgo y voy calle abajo, pasando delante del antro de Duke Street y asomándome a echar un vistazo, donde ahora veo al grandullón bamboleándose entre una brisa inexistente, ahora Busby está ahí, acurrucado sobre la barra, con semblante de amarga desaprobación.

Me dan ganas de entrar ahí y…

Tira por esa puta calle…

Y no recuerdo haber ido caminando hasta casa de mi madre, ni que ella me abriera la puerta y yo entrase. Lo único que recuerdo es haberle dicho: «¿Conque cocinero, eh…? Mi padre era un puto cocinero…, un puto cocinero…».

Y mientras nos gritamos el uno al otro, recuerdo haberle repetido: «¡Cocinero, cocinero, cocinero…!».

Entonces vi algo en su mirada; no era ira sino algo áspero y burlón que hace que me detenga mientras ella me dice: «Sí, hijo mío, sí. Y ahora dime: ¿cuántas comidas llegó a prepararte?».

Me marcho, furioso y decidido a no volver a hablarle a esa vieja puta malvada y testaruda nunca más hasta que me diga la puta verdad…

Luego, cuando llego a casa y subo las escaleras hasta el piso, lo veo en la repisa de la chimenea, y me quedo helado de espanto.

El anillo. El anillo que le regalé a Kay.

No estoy preparado para esto. ¿Se puede estar preparado alguna vez para algo así?

Mi padre, mi pobre papi. Jamás le hizo daño a nadie; qué bueno era. ¿Por qué tuvo que pasarle esto? ¿Por qué? Pero ahora de lo que se trata es de la intensidad y magnitud pura y simple del dolor de mamá: me resulta tan desgarrador como la muerte de mi padre. No estaba preparado para nada, simplemente me ha caído todo encima y no he sabido sobrellevarlo. No sé qué hacer; Caz ni siquiera quiere hablar. No suelta prenda.

Mientras aguardamos el momento de entrar en la capilla, cae una llovizna pausada. Miro a mi alrededor y veo que no hay casi nadie. Mi padre fue un hombre de familia y su familia era muy reducida. No tenía parientes ancianos vivos, de manera que, salvo nosotros y algunos feligreses de la iglesia, sólo están presentes unos cuantos vecinos y antiguos compañeros de trabajo de British Rail.

Resulta muy triste; me indigna que un hombre bueno pueda morir así y ser llorado por tan poca gente, cuando en el sepelio de alguien de la catadura de esos bocazas que salen en televisión, tipo De Fretais por ejemplo, habría miles de personas llorando a moco tendido y diciendo lo grande que era. Claro que se trataría de lágrimas de cocodrilo, no de un dolor auténtico como éste, sufrimiento horrible y silencioso, parálisis desgarradora.

Los viejos amigos ferroviarios de papá dicen todos lo mismo. Que fue un hombre

sobrio y decente, dotado de calor humano y afabilidad, pero muy reservado. Los hombres que trabajaron en la garita de señales de la vieja intersección de Thornton, en Fife, me hablan de una faceta de mi padre que yo desconocía, de un hombre que mataba los ratos libres leyendo y escribiendo, rellenando cuadernos con sus garabatos. Al margen de su familia, se diría que ésa fue su gran pasión. Cuando se hizo maquinista, parece que papá halló su verdadera vocación. Sentado a solas en primera línea, conduciendo el tren por la ruta de West Highland.

Uno de los mandamases de alto rango de British Rail, un tal señor Garriock, se acerca y nos dice a mamá y a mí: «Ya no quedan hombres como Keith. Podéis estar todos muy orgullosos». Parece genuinamente conmovido.

La ceremonia es muy agradable. Dije que no lloraría pero no logro evitarlo cuando el señor Godfrey, el sacerdote, habla de mi padre, al que había llegado a conocer bien a través de las actividades de la parroquia, de lo buena persona que era y de las cosas que hacía por los jubilados de la misma.

Aguardo en la puerta de la iglesia para estrechar la mano a los dolientes. Ian me da la mano pero no viene a la recepción. Me mira de forma bastante rara pero supongo que el dolor es lo que tiene, los demás no saben por dónde cogerte. Este viento cortante e intenso me está entumeciendo la cabeza, como cuando se tiene un dolor de muelas provocado por comer demasiados helados, y me siento aliviado cuando nos metemos en el coche y vamos a la recepción en el hotel de Ferry Road.

El ágape no está muy concurrido; las previsiones de mamá acerca de la cantidad de whisky, jerez, salchichas envueltas en hojaldre, bocadillos de huevo duro y berros, té y pasteles que iban a hacer falta resultan ser, *a posteriori*, un poco optimistas. Con todo, dijo que podía llevar cualquier cosa que sobrase al club parroquial de los jubilados. Uno de nuestros vecinos, Phil Stewart, levanta su vaso de whisky y brinda: «Por los amigos ausentes».

Algunos de los ferroviarios se suman con entusiasmo; mamá sonríe nerviosamente, dejando a un lado su taza de té y cogiendo un vaso de whisky que no tiene intención alguna de beberse. Papá lo habría comprendido; él no era bebedor.

Yo levanto mi vaso de zumo de naranja. Si hubiera hecho tal cosa en otra ocasión es probable que los ferroviarios hubiesen manifestado su desaprobación, pero lo más seguro es que esten pensando: «De tal palo, tal astilla». Me estremezco de vergüenza cuando veo a Caroline coger un vaso de whisky y echárselo de golpe al coleto, antes de coger otro inmediatamente.

Pero qué demonios está…

Ya tenía el estómago revuelto y eso no hace más que empeorar las cosas. Me voy a los servicios y me siento en una de las tazas. Estoy estreñido y me entran retortijones. Evacuar me supone un esfuerzo terrible. Ken Radden, del club de los Hyp Hykers, siempre dice que hacer de vientre es importante para la salud.

Pienso en los dos otros polluelos que salieron anoche del cascarón en *Harvest Moon*. Es estupendo que haya un videojuego constructivo, en lugar de andar siempre

disparando y destruyendo a todas horas. La gente de Rockstar North, aquí y en Dundee, que fabrican juegos como *Grand Theft Auto*, tiene mucho talento pero fabrican unos juegos muy destructivos. Y *Game Informer* le otorgó un 10. ¿Por qué tienen que malgastar de esa forma su talento? ¿Cómo pueden vivir consigo mismos? Si yo tuviera los conocimientos para ello, diseñaría juegos como *Harvest Moon*. Sólo los japoneses podrían haber inventado algo así; allí son distintos. Me encantaría visitar Japón algún día. Algunas de las chicas son guapísimas y dicen que son muy agradables, muy limpias y que son buenas esposas. Y se supone que les gustan los occidentales.

¡Ése es mi problema, encontrar esposa! Ahora ya he descartado a Celia, pero todavía quedan Ann, Muffy, Karen y Elli.

Muffy…

Desde el interior de la cabina oigo entrar a dos hombres que empiezan a orinar en la letrina. Su pis resuena sobre el acero inoxidable.

«Dura batalla la del amigo».

«Sí. Una pena ver a la familia tan afectada».

«La rubita esa es la hija de Keith».

«Ya, vaya muñequita».

«Y cómo le atizaba a los chupitos».

«¡Ahora mismo le atizaba yo con una cosa que yo me sé!».

«¡Eh, tú, compórtate! ¡Recuerda dónde estás!».

«Sólo era un decir…».

«¡Que te conozco, Romeo! ¡Métete con alguien de tu edad!».

Las asquerosas carcajadas de ese par de hombres odiosos me producen escalofríos. Me quedo sentado en la taza, atenazado por una sensación de cólera, náuseas e impotencia. ¡No es posible que hombres semejantes fueran amigos de mi padre! Pero hay tantos como ellos, y están en todas partes. Escoria de los bajos fondos, como McGrillen, el del colegio. Sucios cerdos como Danny Skinner, y encima sale con esa preciosidad de chica. Y a Shannon también le gusta, se nota. ¡Alguien dijo que hasta se estuvieron dando el lote durante la fiesta de Navidad, pero eso es una chorrada y nada más! ¿Cómo podrían…, cómo podrían ser tan tontas las chicas…? Si supieran cómo soy de verdad, querrían estar conmigo…, lo sé…

12. EL Archangel Tavern

Un trémulo Danny Skinner miró la pinta de cerveza que había delante de él. Tenía el poder de anular aquel tormento. Pero no, se resistiría, se lo debía a Kay. Demostraría que era más fuerte que ella levantándose y saliendo por la puerta del pub.

Ahora mismo.

Así que Skinner se puso en pie y salió del bar con decisión. Los coches y autobuses avanzaban despacio por Junction Street, tocando la bocina y haciendo rugir los motores, mientras cochecitos y sillitas conducidos por robóticas madres atiborradas de Prozac amenazaban con seccionarle el talón de Aquiles. Notaba las miradas penetrantes que le lanzaban tipos de aspecto pendenciero desde las tiendas de apuestas, bares y paradas de autobús. Las mujeres de edad avanzada —brujas que se dirigían al bingo— parecían lanzarle maleficios con su desaprobación al pasar a su lado.

Putos zumbaos…, paso de esto…, pero de qué manera…

El pánico le sacudió en pleno pecho como un rayo. Se detuvo en seco. Seguro que la pinta seguiría en su sitio.

La pinta de néctar dorado. En el pub, con el asiento todavía caliente y amoldado a mis nalgas.

Cuando salió del bar por segunda vez, el mundo era un sitio mejor. Las asperezas habían desaparecido. Leith ya no estaba abarrotado de psicópatas crueles y embrutecidos que le odiaban. Habían desaparecido, dando paso a una simpática comunidad de tipos dichosos, la sal de la tierra.

Ahora sí estoy en condiciones de ver a Kay, de explicarle lo que ha fallado, de seducirla, incluso. Es bueno que vaya a venir aquí y que podamos hablar, sí. La resarciré. Le compraré algo de vino tinto, le encanta el tinto. Red, red wine…

Skinner se metió en la tienda de licores Threshers y, pensando en Bob Foy, compró la botella de Pinot Noir más cara que tenían.

Tenía algún tiempo que matar antes de que llegara Kay. Se puso a ver otra de aquellas interminables e insulsas masacres de indefensos que se producían cuando se disputaba un partido de la primera división escocesa entre los millonarios de los bandos patrocinados por la cerveza Carling, cuyos cofres estaban inflados por años de explotación del sectarismo religioso, y sus indigentes adversarios plebeyos.

La etiqueta de la botella parece interesante. Con cuerpo. Aromático. Rico. Afrutado. Tiene buena pinta, desde luego, a pesar de que yo no sea amante del tinto. Seguro que una copa no me hará daño; un traguito nada más, para darle a mi paladar la oportunidad de saborearlo. Y entonces, cuando llegue ella, la recibiré con esa gran sonrisa Danny Skinner y un fino y cortés «Ah, la encantadora señorita

Ballantyne, mi hermosa prometida. Me honraría que compartieras esta copa de vino conmigo, querida».

Kay me lanzará esa mirada suya que dice: «Eres un granuja incorregible y adorable, ¿cómo negarme?». Pues sí, y a lo mejor hasta reconoce que ha sido un poco triste y aguafiestas. Al fin y al cabo, sólo se vive una vez.

Pero cuando Kay entró en el piso vio al instante que desprendía una distancia y una determinación que jamás había visto con anterioridad. Y en aquel momento sintió que se clavaba y se retorcía en sus entrañas un cuchillo; antes de que ella abriera siquiera la boca supo que todo había terminado.

Y como si le hubiesen hecho una señal en ese mismo momentó, pronunció las palabras «Hemos acabado, Danny» con un aire de irrevocabilidad descarnado e intransigente.

Skinner quedó aplastado por aquellas palabras. Deseó que no fuera así, pero así fue. Sintió morir dentro de sí algo real, algo esencial; sintió cómo abandonaba su cuerpo una energía fértil, profunda y vital, un componente cardinal del yo. Afligido, se preguntó si alguna vez lo recuperaría, o si la vida consistía en eso: en una constante erosión seguida por grandes desprendimientos ocasionales. Sin duda, era demasiado joven para sentirse así. Su grito de angustia fue tan profundo, perturbador y primario, que le conmocionó tanto como a Kay. «¿Quééé?…».

Kay tuvo que movilizar hasta la última fibra de su ser y de su determinación recién descubierta para no abalanzarse sobre él y abrazarle del modo en que la gente está programada para hacer cuando ve sufrir tanto a un ser querido.

Skinner siempre había pensado que en una situación como aquélla él jamás suplicaría. Y se equivocó, porque lo estaba perdiendo todo. Se le escapaba la vida, le abandonaba. «Por favor, cariño…, por favor, Kay. Podemos solucionarlo».

«¿Qué es lo que hay que solucionar?», preguntó Kay, que seguía con el gesto imperturbable y los nervios cauterizados por todas las desilusiones que él le había deparado sin cesar. «Eres un alcohólico y además te encanta. En tu vida sólo hay espacio para un amor, Danny. Yo no significo nada para ti; sólo soy una chica mona que queda bien colgada de tu brazo», declaró, mordiéndose ansiosamente el labio inferior. «No te importo yo, ni mi carrera, ni mis necesidades. A mí no me gusta beber, Danny. No me dice nada. Ni siquiera creo que te siga gustando follar conmigo, porque lo único que te apetece es beber. Eres un alcohólico».

Escuchar aquellas palabras de labios de ella le produjo una tremenda impresión. ¿Era un alcohólico? ¿Eso qué era? ¿Alguien que siempre está bebiendo? ¿Que es incapaz de decir no a una copa? ¿Que bebe a escondidas? ¿Alguien que ya está pensando en la copa siguiente antes de haber terminado la que tiene delante?

«Pero… yo…, yo te necesito, Kay…», dijo, pero no supo decirle para qué. No podía decir «Te necesito para ayudarme a superar esta enfermedad», porque sentía que era un joven que bebía mucho más de la cuenta pero que no iba a hacerlo siempre. No se sentía como un enfermo, sólo vacío e incompleto.

«Tú a mí no me necesitas. Lo único que necesitas es eso de ahí», dijo ella, indicando con un gesto de la cabeza la copa y la botella de vino vacía.

Skinner ni siquiera se había dado cuenta de que la botella estaba vacía. Sólo había pretendido tomar una copita de aquel tinto aromático y con cuerpo…

… ¿tenía cuerpo? ¿Era aromático?

Enfermo.

¿Cómo he podido permitir que llegáramos a esto?

Kay le dejó, solo, en el piso. Él ya no se sentía capaz de tratar de impedirle que le dejara. Ni siquiera oyó cerrarse la puerta principal a sus espaldas; era como si ya fuera un fantasma para él.

A lo mejor cambia de opinión y vuelve. A lo mejor no.

Skinner reprimió las lágrimas. Le abrumaba el sentimiento de autocompasión; se sintió pequeño, infantil y acosado. Quería a su mamá; no a la Beverly de ahora, sino a un ideal más joven y más abstracto al que pudiera someterse y por el que pudiera ser mimado. Pero también ella había abandonado su vida, hasta que regresara y aceptara las condiciones de ella, interpretando el papel del hijo consciente de sus obligaciones.

La vacaburra testaruda jamás dará su brazo a torcer…

Pero la quería.

También quería una copa, pero no podía salir del piso en aquel estado de ánimo. Ya había oído historias de alcohólicos otras veces: relatos de traiciones, de injusticias perpetuadas por una madre, un padre, un amante o un amigo. En esencia, el cuento venía a ser siempre el mismo: un amargo himno a la pérdida del amor, la camaradería o el dinero. Y luego estaban los planes, los proyectos utópicos para el radiante futuro que habría de iniciarse, por supuesto, después de la siguiente copa.

El día transcurre entre risas y canciones…

Al cabo de un tiempo, el bolinga no era más que un enorme vaso de whisky parlante, que contaba las mismas tristes historias una y otra vez. El alcohol sólo tenía una voz. No importaba quién fuera el poseído, lo único que les permitía hacer era añadir su propio tono distintivo antes de que incluso éste quedara subsumido en un gruñido abstracto de borrachín. Y ese vaso no tenía que responsabilizarse de nada, sólo permanecer sentado y esperar que lo rellenasen.

Me estoy convirtiendo en uno de ellos. Soy uno de ellos. Tengo que hacer algo, tengo que actuar…

Recuerdo cuando nos enrollamos, al principio; joder, qué sensual era; yo absorbía su fragancia, le besaba los ojos, los oídos, por todas partes, totalmente absorto en estar con ella.

Ya, claro.

Otras veces la echaba a un lado y me apartaba de ella gruñendo, pues la bebida me había vuelto sórdido, torpe y atolondrado; tenía necesidad de dormirla hasta que se me pasara y nunca conseguía sobar lo suficiente.

¿Qué soy? ¿Un bebedor social? Sí, pero también algo más. ¿Un borrachín?

Desde luego, cuando no estoy bebiendo en compañía o pensando en beber. Un puto alcohólico. Ajá, eso es.

Soy un bolinga. Ya no suelo estar sobrio tanto como antes; ese estado está cada vez más comprimido entre los otros dos estados principales: borracho y resacoso. Tener resaca no es estar sobrio. Tener resaca es un infierno.

En la angustiada mente de Skinner, éste hacía balance de su vida y elaboraba algunas proposiciones básicas que llevaban algún tiempo corroyéndole y animándole a actuar. En primer lugar, jamás había conocido a su padre. Su madre se negaba a hablar de él. Sólo disponía de la limitada pero persistente información, respaldada ahora por una extraña intuición, de que quizá su padre había sido cocinero.

¿Se puede echar en falta lo que nunca se ha tenido?

Sí. Sí se puede. Les veía con sus padres en el fútbol. Sus padres, grandes y orgullosos. Tensos, serios, Ross Kinghorn con el joven Dessie. «¿Cuántos vas a marcar hoy, hijo? ¿Cuántos?». Bobby Traynor con el desdentado de Gary; siempre bromeando, como su hijo. Mi vieja lo hizo lo mejor que pudo, ahí de pie, a su lado, junto al terreno de juego, fumando un cigarrillo tras otro, simulando interesarse por el juego. Pero faltaba algo. Hasta Rab sabía dónde estaba su viejo, aunque por lo general fuera en la Prisión de Su Majestad de Saughton.

Al faltarle su padre, Skinner llega a la conclusión de que le falta información esencial acerca de sí mismo. ¿De quién desciende? ¿Cuál es su herencia genética y cultural? ¿Está el alcoholismo cruelmente inscrito en su ADN? ¿Estará simplemente deprimido ante la falta del vínculo filial? ¿Se solucionará todo si conoce a su padre?

Si encontrara a mi viejo, el puto cocinero, entonces podría comprobar si es un borracho y saber si ése es el legado que me dejó.

Que le den por culo a mi madre, ¡yo mismo le encontraré! Ya le enseñaré…, ¡les enseñaré a todos!

La vieja fue camarera durante un tiempo, hace años, según me dijo. ¿Cómo demonios se llamaba el sitio donde trabajó?…

Aquello golpeó a Skinner suavemente, como una gran ola que parecía surgir de sus entrañas. Echó un vistazo al libro de tapas duras satinadas que tenía sobre la mesa de centro: *Secretos de alcoba de los grandes chefs,* de Alan De Fretais. Lo cogió y leyó un pasaje mientras el pulso le latía de forma acelerada.

> Gregory William Tomlin no sólo es uno de mis cocineros favoritos; en honor a la verdad, debo añadir que tambien es uno de mis mejores amigos. La primera vez que conocí a Greg fue en 1978, en el legendario e infame Archangel Tavern de Edimburgo, por asombroso que parezca. Así pues, ¿cómo fue a parar a semejante garito un maestro cocinero estadounidense, pionero de la revolución culinaria californiana?
>
> El Archangel Tavern sigue siendo un conocido abrevadero y restaurante de Edimburgo. En aquel entonces, el cocinero jefe era el legendario *bon vivant*

> Sandy Cunningham Blyth. El viejo Sandy sentía debilidad por los cocineros jóvenes y apasionados. Además de emplear a un servidor de ustedes, se hizo cargo de un joven mochilero norteamericano que estaba «recorriendo Europa» y que, de camino a Francia en la era álgida del punk rock, se quedó tirado en Edimburgo, falto de peculio.
>
> Greg y yo teníamos en común la misma filosofía vital y nos aficionamos a compartir cintas, copas, amantes y, muy de vez en cuando, ¡hasta recetas!

Mientras depositaba el libro sobre la mesa, Skinner sintió cómo sus poros liberaban sudor sin parar a cada latido de su corazón.

Greg Tomlin. Sandy Cunningham-Blyth. Alan de los Putos Huevos De Fretais.

El Archangel Tavern.

Dougie Winchester estaba sentado delante de su ordenador con una expresión afligida que dio paso súbitamente a otra de neutralidad cuando Skinner asomó la cabeza por la puerta. A veces la puerta de su despacho estaba cerrada con llave; cuando se le preguntaba al respecto, Winchester, con la cara colorada de vergüenza, farfullaba que era la única forma de disponer de la tranquilidad necesaria para concentrarse en los importantes proyectos que tenía entre manos.

El cargo de Winchester era agente de Proyectos Especiales (Medio Ambiente) a pesar de que en la actualidad el departamento no se ocupaba de proyecto especial alguno. De acuerdo con la práctica consuetudinaria de los ayuntamientos, sencillamente se inventaron uno, ya que despedirle habría resultado demasiado oneroso. Había logrado sacarles un contrato de cinco años en un departamento anterior y ahora sólo quedaban dieciocho meses para que expirase. Winchester había hecho la ronda de los departamentos, un hombre al que se le había agotado el tiempo e indiferente a su trabajo, por decirlo de algún modo.

Dougie Winchester y Danny Skinner hacían una extraña pareja, uno se hallaba presuntamente en los inicios de su trayectoria laboral, mientras el otro, pese a estar sólo en la mitad de la cuarentena, probablemente no volvería a encontrar empleo cuando abandonase el ayuntamiento. Estaban, como en una ocasión había dicho Winchester, «emparentados por la bebida». A Skinner se le ocurrió que debió de haber una época en la que empleaba dicha frase con intención más irónica que puramente descriptiva.

Ahora bien, aparte de la de compañero de cogorzas, Winchester tenía otras utilidades, y Skinner quería sacar provecho de sus conocimientos acerca de la ciudad. El hombre maduro quedó sorprendido cuando Skinner le propuso tomar una pinta a la hora de comer en el Archangel. Aunque no se trataba de uno de los locales que frecuentasen con regularidad, pues era un renombrado restaurante de Edimburgo, Winchester había sido asiduo de aquel local muchos años atrás.

El Archangel estaba junto a la estación de Waverley, ubicado en una entrada lateral, y era, por consiguiente, más popular entre los usuarios de trenes de cercanías que entre los turistas. En realidad eran dos locales, no uno. El bar grande, McTaggart's, era un pub espartano, que podía resultar animado y tenía buen ambiente, sobre todo los fines de semana. Al lado —existía también un corredor que comunicaba los dos establecimientos— se encontraba el Archangel propiamente dicho. Tenía una barra más pequeña, que atraía a un público de artistas y bohemios, y un restaurante en la planta superior, que de toda la vida había sido célebre por la calidad de su cocina. Skinner jamás había comido allí pero en una ocasión inspeccionó la cocina, que estaba siempre impecable.

Era el más pequeño de los dos bares el que quería visitar Danny Skinner, para gran consternación de Winchester. «Ahí no pienso entrar», dijo sacudiendo la cabeza, «está lleno de bujarrones. O, al menos, lo estaba entonces».

«Ahora ya no es así, y menos a la hora de comer», repuso Skinner. «Probamos y si resulta que es una mierda nos vamos al de al lado».

Winchester era menos quisquilloso de lo que parecía. Lo único que de verdad le importaba eran las cantidades, pues a la hora de la comida le gustaba meterse cuatro pintas entre pecho y espalda. La primera caía en dos o tres tragos; la segunda y la tercera las bebía a ritmo continuo y disfrutándolas. La cuarta solía recibir idéntico trato que la primera. Por la tarde, la puerta del despacho del agente de Proyectos Especiales (Medio Ambiente) solía estar, por lo general, cerrada.

Los únicos ocupantes del pequeño bar eran un pequeño grupo de amas de casa de Fife con sus bolsas de la compra y un par de jóvenes mochileros, pero el local ya tenía aspecto de estar lleno. El camarero regordete llevaba un viejo polo del equipo de St Johnstone con el logotipo del whisky The Famous Grouse. Era rubio, y llevaba el pelo peinado hacia atrás; era la clase de tipo, pensó Skinner, que habría resultado muy atractivo para las chicas en los tiempos previos a la epidemia de obesidad. Pidió un par de pintas y observó cómo Winchester le daba a la primera el tratamiento de costumbre. «Entonces, ¿éste era uno de tus bares predilectos?», le preguntó a su compañero de tragos.

«Sí», dijo Winchester, «en aquel entonces todo el mundo utilizaba este sitio. Aquí venían todas las putas y los cantantes cómicos. El ambiente era estupendo».

«¿Eso fue durante la era punk?».

Winchester sacudió bruscamente la cabeza; sus facciones se arrugaron hasta dar paso a una mueca de asco. «Odiaba toda aquella mierda. Acabó con la música. Led Zeppelin, los Doors, esos sí que valían», dijo extasiado. «¡El Rey Lagarto!».

En la euforia de Winchester Skinner entrevio una cara hasta entonces oculta de su compañero de trabajo. De forma desconcertante, vislumbró fugazmente un espíritu más joven y más alegre, antes de que el poder de desgaste de los años y el alcohol rematasen su obra. «¿Recuerdas a un grupo de Edimburgo de aquella época llamado los Old Boys?», preguntó a Winchester. «A mi madre le gustaban. Creo que andaba

por ahí con ellos».

«No…», dijo Winchester sacudiendo la cabeza. «A mí no me iba toda aquella mierda. El punk no era más que ruido», reiteró.

Perdiendo interés en su compañero de trabajo y volviéndose hacia el camarero, Skinner comentó: «He oído que aquí hacéis buen papeo».

«Comida casera de toda la vida», asintió éste.

«Ya», dijo Skinner con una inclinación de la cabeza a medida que se entusiasmaba con su tema. «He estado leyendo el libro del tal De Fretais, el cocinero ese que sale en la tele, ¿sabes?».

«Sí, anda que no se lo tiene creído el menda ese», fue el sarcástico comentario del camarero.

Skinner asintió con la cabeza y sonrió. «No hace falta que lo jures. Ha escrito el libro ese de comida erótica, *Secretos de alcoba de los grandes chefs*. Te enseña a llevarte a una tía al catre preparándole comidas».

«Ya me gasto bastante en copas tratando de llevármelas al huerto», se rió el camarero, «a tomar por culo si encima hay que cocinarles».

Skinner soltó una carcajada cómplice. «No sabía que fue aquí donde empezó. Menciona a un antiguo cocinero de este lugar; el tío se lo enseñó todo, por lo visto. Nunca he oído hablar del menda ese pero da la impresión de haber sido todo un figura».

El camarero puso los ojos en blanco al ver que Winchester había apurado su vaso y que Skinner ya había hecho buena mella en el suyo. Les hizo el gesto «¿otras dos?», al que Winchester respondió de forma afirmativa, tras lo cual el barman se volvió hacia Skinner. «Sandy Cunningham-Blyth. Ese viejo cabrón es mi cruz», dijo con gesto hastiado.

Skinner no daba crédito a sus oídos: «¿Sigue trabajando aquí?».

«Ojalá, al menos así se quedaría en la cocina. Es mucho peor: bebe aquí, joder». El camarero sacudió la cabeza. «Si por mí fuera, a ese borrachín incordiante le habría prohibido la entrada hace años, pero a ojos de la gerencia es como si no hubiera roto nunca un plato. "Una de las instituciones del Archangel", lo llama el jefe. Para mí que tendría que estar en una institución», dijo el camarero, «¡pero para putos enfermos mentales!», largándole una parrafadita que Skinner intuyó que había pronunciado en más de una ocasión.

«¿Así que el viejo Sandy sigue siendo parroquiano?».

«Vendrá esta noche, eso seguro, a menos que lo haya atropellado un autobús o algo así. La esperanza es lo último que se pierde», añadió el camarero con gesto inexpresivo, cuando una de las amas de casa de Fife se acercó y le pidió una ronda de gin tónics.

«¿Qué pinta gasta?».

«Tiene un careto que parece que se lo hubieran reventado con explosivos antes de que se lo hubiera cosido una costurera ciega con una tripa a cuestas. Pero no te

preocupes, le oirás antes de verlo», le previno solemnemente el camarero.

Consumidas sus cuatro pintas, Skinner y Winchester regresaron al despacho paseando distraídamente, según el ritual acostumbrado. Winchester siempre hacía un alto en la papelería, dejando que Skinner se adelantase mientras él adquiría un ejemplar del *Evening News*, unos minutos después de lo cual, él le seguía. De ese modo esperaban evitar que los vinculasen como compinches de bebercio.

El grueso del cotilleo actual del departamento, sin embargo, no giraba en torno a la bebida, sino a las pérdidas que habían sufrido Kibby y Skinner. La gente parecía mucho más predispuesta a compadecerse del revés que había padecido el primero que del que aquejaba al segundo, y a Skinner no le pasó desapercibido ese trato preferencial.

Tras la espantada de Kay, Skinner no tardó mucho en embarcarse de lleno en un rollo informal ya a medio fraguar con Shannon McDowall. Shannon también había sufrido un revés sentimental, tras sorprender a su novio, Kevin, follándose a una de sus mejores amigas. La nueva relación entre ambos colegas consistía en salir a tomar una copa después de trabajar, emborracharse un poco y pasarse el resto de la velada comiéndose furiosamente la boca el uno al otro. Aunque nunca pasaba de allí, hubo quien fue testigo, y se convirtió en el tema de abundante cotilleo subido de tono en el lugar de trabajo.

Aquella tarde, después de sus cuatro pintas a la hora del almuerzo con Winchester, Skinner estaba impaciente; tras haber terminado temprano la jornada, Shannon y él se encontraron sentados en el Waterloo Bar. «Qué triste lo del padre de Brian», dijo Shannon, sacudiendo la cabeza. «Lo lleva fatal».

Skinner se sorprendió a sí mismo cuando le gritó en tono hostil: «Al menos ese puto teleñeco llegó a conocer a su padre», le espetó con un veneno que a ella le hizo retroceder un poco. Consciente de su falta de tacto, y a modo de disculpa, Skinner se encogió de hombros ante su *chère amie*. «Lo siento…, es sólo que el mío podría ser cualquiera de los tipos que está en este pub». Miró a los grupos de bebedores parlanchines que había a su alrededor, todos animados después de finalizar la jornada. «Mi madre nunca habla de él, no quiere soltar prenda acerca de ese cabrón. El pequeño bastardo de Kibby anda por ahí como si fuera la única persona sobre la faz de la tierra que jamás haya sobrellevado algo doloroso y estáis todos en plan: “Aaaay… pooobrecito Briiian…”».

Era consciente de que Shannon estaba calibrando la intensidad de su rivalidad con Kibby, y le pareció que no era una cualidad precisamente atractiva que poner de manifiesto. No obstante, a Shannon también le embargaba otra emoción, más poderosa: la empatía. «Ya sabes que de niña yo perdí a mi madre».

Skinner pensó en su propia madre, y en cómo se sentiría si a ella le sucediera algo. «No puedo ni imaginar lo mal que me sentiría». Sacudió la cabeza y acto seguido pensó en Kibby. ¿Cómo imaginar lo que estaría pasando el pobre cabrito?

«A mí me sentó fatal, fue una mierda que te cagas, hablando claro», dijo Shannon

sin alterar su tono. «Mi padre no pudo soportarlo. Le dio una crisis de nervios», explicó antes de dar una larga calada a su cigarrillo. Mientras se fijaba en cómo se consumía éste, a Skinner le apeteció fumarse otro, pero reprimió el impulso. «Tuve que cuidar de mi hermano y de mi hermana pequeños. Por tanto, la universidad quedó excluida; tenía que buscar un empleo. En este sitio pagaban razonablemente bien, y te daban días libres para sacarte el título de inspector medioambiental. No puedo decir que inspeccionar putas cocinas fuera mi vocación, pero supongo que es un trabajo importante, y le he sacado todo lo que da de sí. Por eso me da tanta lástima Brian en estos momentos. Sé lo que significa perder a alguien así».

«Perdona…, yo también lamento lo de Brian», dijo Skinner y, cosa extraña, echó en falta que Kibby estuviese allí con ellos, para consolarle y abrazarle, impulso que le horrorizó. «Lo que pasa es que aún no me he sobrepuesto a lo de Kay», añadió de forma apresurada, vacilando al darse cuenta de que, de forma accidental y por omisión, acababa de aludir a una relación que ambos se habían resistido categóricamente a definir. «No tiene nada que ver contigo, eres estupenda, es sólo que…».

Se cogieron de las manos y entrelazaron los dedos. A menudo Skinner había tenido ocasión de pensar que a veces un morreo podía ser más íntimo que un polvo. Ahora estaba comprobando que había circunstancias en las que el mero hecho de cogerse de la mano podía ser indicio de una comunión aún más profunda. Se fijó en los anillos que lucía Shannon; a continuación contempló los grandes ojos castaños de ésta y, al ver la tristeza que albergaban, sintió que en su interior algo tendía hacia ella.

«Te agradezco que lo intentes, Danny, pero no hace falta. Los dos estamos despechados y ayudándonos el uno al otro, echando unas risas y recuperando la autoestima. De momento dejémoslo ahí y si tiene que pasar algo más, pues que pase. ¿Vale?».

«Muy bien», respondió Skinner, quizá con un pelín de entusiasmo más del debido, lo que quedó confirmado por la tensa sonrisa que atenazó los labios fruncidos de Shannon. Tenía que reconocer que en una parte de su alma seguía esperando una llamada telefónica de Kay, aunque el realista que llevaba dentro sabía que jamás se produciría. «Cierto, las relaciones de rebote siempre son peliagudas. Mantengamos la relación en estado de baja intensidad», dijo y, a continuación, consciente de un *impasse* un tanto doloroso, preguntó: «Tú llevabas ya bastante tiempo con Kevin, ¿no?».

«Tres años».

«Entonces le echarás de menos», dijo él, pensando en Kay.

«Pues sí, pero las cosas llevaban algún tiempo sin funcionar, y ambos lo sabíamos. No podíamos salvar la relación, pero no fuimos capaces de ponerle fin. En cierto modo, fue un alivio. Supongo que durante los últimos meses que estuvimos juntos ya sentía que le había perdido. Si te soy sincera, echo más de menos a Ruth». Entornó los ojos y puso mala cara antes de añadir: «Esa zorra débil, retorcida,

traidora y hecha polvo era mi mejor amiga».

Perdió a dos de un solo golpe. De un solo polvo. Yo perdí a Kay. La quería, pero no supe quererla como está mandado. No seré capaz de amar a nadie hasta que sea una persona completa. No me sentiré completo hasta que me conozca a mí mismo, y no me conoceré a mí mismo hasta que conozca a mi viejo. Tengo que encontrar a ese puto chef, y no me importa cómo sea ese cabronazo, preferiría que fuera él antes que De Fr…

Se sonrieron mutuamente y Skinner sugirió que se trasladasen al Archangel Tavern.

«Pero en el sitio ese del final del Walk sirven cócteles a mitad de precio durante la hora feliz», insistió Shannon. Desde que había cortado con Kevin ella también buscaba alguna forma de sumirse regularmente en la inconsciencia, siendo ése un atractivo tan importante como cualquier otro a la hora de frecuentar a Skinner.

«Espera a que conozcas este sitio, Shan; el ambiente es cojonudo y hay cada personaje increíble», dijo Skinner con gran entusiasmo, alborozado ante la perspectiva de entablar relaciones con cierto cocinero ya entrado en años.

«Vale, pues veamos qué tal», dijo ella con un entusiasmo que a él le resultó conmovedor, y que deseó que Kay hubiese compartido. Ahora bien, caviló lúgubremente, es posible que al principio fuera así.

Bajaron las escaleras de la estación de tren y atravesaron el paso elevado mientras Skinner se preguntaba si debía cogerla de la mano o pasarle el brazo alrededor. No, quedaría raro que andasen así por ahí, trabajando los dos en la misma oficina. La intimidad del pub se evaporó al contacto con el frío aire nocturno, como en uno de aquellos musicales de Hollywood en el que el héroe y la heroína ejecutaban un complicado numerito de variedades antes de acabar el uno en brazos del otro, sólo para separarse nerviosamente en cuanto finaliza la música.

Mientras atravesaban la pasarela y descendían para llegar a Market Street, Danny Skinner pensaba, con creciente expectativa, en Sandy Cunningham-Blyth. Abrió las puertas de cristal esmerilado del bar e hizo pasar a Shannon.

Un vejestorio borrachín. De tal palo, tal astilla.

Pese a que jamás le había visto, Skinner reconoció de inmediato a Cunningham-Blyth. Ello, dedujo, nada tenía que ver con cualquier posible indicio de parentesco, ni siquiera con la descripción proporcionada por el camarero, por precisa que ésta hubiera sido. En el pequeño y abarrotado salón estaba sentado, solo, un tipo entrado en años, y los únicos asientos libres que había en todo el local eran los que estaban situados junto a él. Farfullaba para sus adentros, mientras los parroquianos situados a ambos lados de la zona de exclusión le daban la espalda y adoptaban poses que ponían de manifiesto lo deliberado de su empeño en rehuirle.

Haciéndole un gesto con la cabeza al camarero con el que antes había hablado —el cual había cambiado su polo por una camisa a cuadros— Skinner pidió una pinta de cerveza y un vodka con Coca-Cola para él.

«Yo tomaré un whisky con soda», dijo Shannon, indicando el anaquel de las bebidas. «Un Teacher's me vendrá que ni pintado».

«Más vale que te andes con ojo, arrasa la próstata que no veas».

«Yo no *tengo* próstata, Danny».

«Lo que yo decía», dijo Skinner, sonriendo alegremente mientras se acercaban a los asientos libres.

Sandy Cunningham-Blyth dedicó una gran sonrisa a los recién llegados, al modo de un anfitrión de una mansión campestre que diera la bienvenida a unos huéspedes a los que aguardaba con impaciencia. Era un hombre achaparrado, cheposo, barbudo y de hombros anchos, de cabello plateado que escaseaba en la parte superior que le descendía por la espalda en lacias y grasientas hebras agrupadas en una coleta inverosímil. Los pocos dientes que le quedaban estaban amarillentos y apestaba a alcohol y tabaco rancios. Vestía una camisa arrugada, una chaqueta de leñador a cuadros y unos pantalones de pana beige sucios con las perneras enfundadas en unas botas viejas; era un hombre cuya propia comodidad parecía diseñada para impedir toda posibilidad de conservar ese estado en los demás. Ante todo —y ahí el camarero la había clavado, pensó Skinner— aquel hombre tenía una complexión que delataba toda una vida de entrega al libertinaje. Mientras Shannon tomaba asiento, la miró de arriba abajo y, a modo de saludo desvergonzadamente lascivo, le dijo: «Arrímate a mí, rica hembra». Por toda respuesta ella se volvió despectivamente, fingiendo no haberle oído, mientras Skinner se reía, nervioso y entretenido al mismo tiempo.

«¿Y tú te llamas…?», persistió Sandy, tocándole suavemente el hombro mientras ella le lanzaba a Skinner una mirada fugaz que decía «sentémonos en otra parte» antes de volverse de nuevo hacia su autoproclamado anfitrión.

«Shannon», dijo ella con cortés laconismo, mientras Skinner daba la vuelta a su silla para hacer un corro, obligándola así a girarse.

«El majestuoso río de la vieja Erin», le dijo en tono soñador un extasiado Cunningham-Blyth, mientras un hilillo de baba le caía sobre la barba, antes de lanzarse a recitar: «*No more he will hear the seagull's cry, ower the bubbling Shannon tide*[5]… ¿Tu familia es originaria de la Isla Esmeralda?».

«No, el nombre se lo inspiró Del Shannon. Mi padre era un gran fan suyo y tocaba en un grupo de rockabilly», le explicó ella con manifiesto placer.

A Sandy Cunningham-Blyth aquella noticia pareció bajarle los humos, y dejó caer hacia delante sus voluminosos hombros. Acto seguido se le iluminó el rostro y dijo: «En tal caso, ¿dónde vives, mi pequeña fugitiva?».

«En Meadowbank», contestó Shannon, que comenzaba a tenerle cierta simpatía a aquel tipo. A fin de cuentas, no era más que un viejo e inofensivo borrachín.

Durante todo ese tiempo, Skinner no había dejado de escudriñar a Sandy Cunningham-Blyth.

Está decrépito, pero probablemente no habrá cumplido los sesenta. Lo bastante joven como para haberse cepillado a mi madre y haberle hecho un bombo hace

veinticuatro años. Bolinga confirmado y en plena forma. ¡Si este tío es mi viejo espero haber heredado su constitución!

«Me llamo Danny», dijo Skinner, tendiéndole la mano y notando la fuerza de su presa, sin saber si atribuirla a la bebida o al hombre. «Éste es un pub muy especial, ¿no?», le preguntó, mirando a su alrededor.

«Antes sí lo era», dijo Cunningham-Blyth en tono rasposo y bronco. «Era un lugar donde la gente con ansias de vivir, comía, bebía y departía acerca de las cosas importantes de la vida», continuó, mirando con gesto de reproche a la clientela actual. «Ahora no es más que un abrevadero más».

«¿Llevas mucho tiempo viniendo aquí?», preguntó Skinner.

«Así es», dijo con orgullo Sandy Cunningham-Blyth, y los ojos se le desorbitaron desmesuradamente antes de agregar: «Incluso hubo veces en que trabajé aquí».

«¿Detrás de la barra?».

«No, Dios me libre», se rió el viejo chef.

«¿En el restaurante?».

«Caliente, caliente», dijo Cunningham-Blyth coquetamente.

«Pareces un tipo con una vena creativa…, un tío con estilo…, apuesto a que eras… ¡chef!».

Cunningham-Blyth estaba encandilado. «En efecto, mi astuto y joven amigo», dijo, y ahora le tocaba a Skinner sentirse conmovido por las lisonjas del hombre maduro. Cunningham-Blyth interpretó su sonrisa como luz verde para contar su historia: «No tenía formación de ninguna clase. Simplemente me ha encantado cocinar desde siempre, así como recibir e invitar en casa. En un principio, emprendí una carrera como abogado y acudía al otro *bar*»[6], dijo el viejo chef agitando la mano con ademán desdeñoso en la dirección de los juzgados de la High Street. «Y lo detestaba de todo corazón. Concluí que Edimburgo no necesitaba un puto abogado mediocre más, ¡pero que desde luego que no le vendría mal un chef decente, puñeta!».

«Es curioso, mi madre trabajó aquí de camarera hacia finales de los setenta», dijo Skinner como quien no quiere la cosa, y fijándose en que Shannon conversaba ahora con otra pareja sentada junto a ella.

«¡Haber empezado por ahí! Ésa fue una de las mejores épocas de este sitio. ¿Cómo se llamaba?».

«Beverly. Beverly Skinner».

Sandy Cunningham-Blyth frunció el ceño, tratando de rememorar, pero parecía genuinamente incapaz de recordar a Beverly. Sacudió la cabeza y suspiró. «Fueron tantas las que pasaron por aquí en determinado momento».

«Llevaba el pelo verde, lo cual era bastante insólito en aquella época. Era una especie de punk. Bueno, qué digo una especie, era punk».

«¡Ah, sí! Una muchacha encantadora por lo que recuerdo», canturreó el viejo chef, «¡aunque imagino que difícilmente se la podrá seguir calificando de

muchacha!».

«La verdad es que no», asintió Skinner, mientras Sandy Cunningham-Blyth aprovechaba la ocasión para reanudar los relatos sobre la era dorada del restaurante. Se trataba de generalidades, pero Skinner se contentó con ir de tranqui y establecer una relación con el exchef mientras iban cayendo una copa detrás de otra.

Después Cunningham-Blyth empezó a desfallecer. Tras un lapso en el que perdió y recobró la conciencia varias veces, al llegar la hora de la última ronda, había perdido por completo el conocimiento. Shannon se volvió hacia Skinner: «Me voy a casa. Sola», se apresuró a añadir, consciente de que siempre tenía que hacer una declaración semejante a fin de rechazar las proposiciones de éste a aquellas horas de la noche.

«De acuerdo, muy bien», dijo Skinner. «Yo voy a meter al abuelo este en un taxi».

Shannon sintió cierta desilusión por no tener que repeler el ardor de Skinner, aunque su generosidad para con el viejo borrachín aumentó su prestigio a ojos de ella.

Skinner había conseguido desperezar a Cunningham-Blyth, poniendo en escena una farsa improvisada que tenía por objeto conducirle hasta el otro lado de la calle y meterle en la estación y dentro de un taxi antes de que volviera a quedarse como un tronco. Fue una pantomima en el transcurso de la cual el primer actor persuadía, camelaba, suplicaba y amenazaba por turnos. Antes de sumirse del todo en un coma etílico, el antiguo chef había logrado proferir el número de una dirección en Dublin Street. Lo más arduo fue sacarle del taxi y subir con él las escaleras. A esto le siguió una desesperante búsqueda por los bolsillos del veterano chef en busca de sus llaves, pero Skinner porfió tenazmente. Las escaleras fueron una pesadilla; Cunningham-Blyth era corpulento, y además desplazaba su peso de modo que un instante parecía controlar más o menos, y luego volvía a caer en la embriaguez total. En cierto momento Skinner temió que ambos acabarían rodando por aquellas empinadas escaleras o, peor aún, cayendo por el hueco.

Después de la dura prueba que supuso entrar con él en el piso y depositarlo en una de las camas, Skinner decidió explorar la vivienda de Cunningham-Blyth. Era espaciosa, con un gran salón bien amueblado y una impresionante cocina americana. No obstante, no se utilizaba dicha estancia con frecuencia; las latas abiertas, las cajas de comida para llevar tiradas aquí y allá y las latas de cerveza vacía daban fe de que las juergas de Sandy ya no eran tan espléndidas como antes.

Este piso está de un guarro que te cagas.

Skinner se disponía a marcharse cuando oyó unos ruidos y dio media vuelta para investigar. Escuchó un ruido de arcadas y vio a Cunningham-Blyth potando en el retrete del final del pasillo, con los pantalones a la altura de los tobillos. «¿Te encuentras bien, colega?».

«Sí…», dijo Cunningham-Blyth, volviéndose lentamente y despatarrándose, con la espalda apoyada contra el enchufe. Skinner no pudo creer aquello de lo que estaba

siendo testigo. El viejo chef se la estaba meneando como una marioneta, y no acababan allí las semejanzas, pues carecía de genitales: donde deberían haber colgado éstos, sólo había un feo tejido cicatrizado de color rojo y amarillo. Tras un examen más detenido, Skinner creyó poder distinguir una bolsa, la cual podía o no contener algo, pero desde luego pene no había. De aquella informe e inflamada carne salía un tubo que daba a una bolsa de plástico, ligada al talle por un cinturón. La bolsa se fue llenando lentamente de líquido amarillo bajo la atenta mirada de Skinner.

A través de la neblina de su embriaguez, el veterano chef captó el horror de Skinner, y captó de inmediato su origen. Pinchando la bolsa con el dedo, se rió. «La de veces que he tenido que vaciar esta mierda esta noche… con todo, al menos me he acordado de hacerlo. A veces se me olvida y entonces revienta. No hace mucho, se produjo un incidente de lo más desagradable…».

Skinner estaba horrorizado. «¿Qué fue lo que te pasó?».

Cunningham-Blyth, como devuelto a la sobriedad por su vergüenza, se subió los pantalones y posó precariamente su trasero al borde de la taza. Durante un segundo o dos se hizo el silencio. «En los años sesenta, cuando era joven, me interesé por la política, sobre todo por la cuestión nacional. Me preguntaba cómo podía ser que la mayor parte de Irlanda fuera libre mientras Escocia seguía sometida a la corona inglesa. Miraba a mi alrededor, y veía el New Town, con sus calles bautizadas en honor de la *realeza* inglesa por culpa de ese pelota de Scott, mientras que un gran hijo de Edimburgo y dirigente socialista como James Connolly merecía poco más que una placa sobre un muro bajo un oscuro puente… Eh, ¿de verdad quieres saberlo?».

Skinner asintió, animándole a proseguir.

«Siempre se me dieron bien las recetas, no importaba de qué clase fueran… Como gesto simbólico, me propuse preparar una bomba de fabricación casera y dinamitar uno de los monumentos emblemáticos del imperialismo británico que afean esta ciudad. Le tenía el ojo echado a la estatua del duque de Wellington, en el sector oriental. De modo que fabriqué una bomba de tubo. Por desgracia, sujeté el artefacto entre las piernas mientras lo llenaba de explosivo. Estalló prematuramente. Perdí el pene y uno de los testículos», dijo, ahora en tono casi alegre, pensó Skinner. «Lo más probable es que al duque de Hierro no le hubiera causado ni un rasguño». Cunningham-Blyth sacudió la cabeza y sonrió con gesto resignado. «Tenía dieciocho años y sólo había tenido trato carnal con una mujer, una fornida moza, maestra de una escuela de primaria de Aberfeldy. Era fea como un demonio, pero no pasa un día sin que la recuerde y la bendiga, y te aseguro que siento una erección fantasma, dura y gruesa como las porras de los bobbys de antes. Cuida de tu pajarito, hijo», sentenció el viejo chef con gesto compungido, «es el mejor amigo que tendrás jamás. Y que nadie te diga otra cosa».

Skinner permaneció allí cortado durante unos segundos, y después efectuó una escueta reverencia ante Sandy Cunningham-Blyth antes de abandonar su morada. Mientras serpenteaba por las calles adoquinadas del New Town rumbo a las negras y

aceitosas aguas del estuario del río Forth, la cabeza le daba vueltas.

Vaya si estoy averiguando los secretos de alcoba de los grandes chefs, pero no los que me interesan.

13. Primavera

La primavera se instaló con cautela sobre Edimburgo, más insegura de su permanencia que nunca. Los ciudadanos de dicha villa, aun conscientes de lo voluble de su munificencia, disfrutaron de su llegada con optimismo. A este respecto la plantilla del Departamento de Sanidad y Medio Ambiente no constituía ninguna excepción. Se esperaba el anuncio de alguna noticia positiva en relación con el presupuesto asignado al departamento, y los empleados se habían reunido en la sala de conferencias, donde John Cooper les dijo que por primera vez en cinco años éste iba a aumentar en términos reales. Eso implicaba una reorganización, lo cual suponía a su vez que la corporación requeriría otro puesto de jefe de sección. Alguien estaba, pues, pendiente de ascenso.

Aunque en los círculos municipales se decía a menudo en broma que Cooper era capaz de hacer que un ascenso sentara igual que un despido, la noticia fue recibida con alborozo por la mayoría de los presentes. Skinner miró a Bob Foy y vio temblar uno de sus músculos faciales. Se preguntó si alguien más lo habría visto. Miró a Aitken, impasible y a punto de jubilarse, y luego a McGhee, que había hecho pública su intención de regresar a su Glasgow nativo. Después se fijó en Kibby, con expresión seria y concentrada. Últimamente había estado trabajando duro para congraciarse con Foy, y Skinner tenía que reconocer que con cierto éxito. Sus propias perspectivas de ascenso eran más difíciles de evaluar. Su desproporcionado consumo de alcohol no había aminorado, aunque sin duda se había estabilizado gracias a su relación con Shannon.

Así pues, una de las primeras noches auténticamente templadas del año, la plantilla del departamento en pleno acabó en el Café Royal. Bob Foy, en su calidad de jefe de sección, había propuesto ir a tomar una pinta después del trabajo para celebrar la buena nueva. Pinta que, por supuesto, dio paso a varias más, y entre el esplendor de los paneles de roble y las baldosas de mármol, el personal no tardó en embriagarse alegremente. La única excepción notable era Brian Kibby. Fiel a su costumbre, optó por ceñirse al agua de soda con lima durante la mayor parte de la noche.

Skinner notó que su cinismo iba aumentando en conjunción con las unidades de alcohol almacenadas en su organismo. A medida que escudriñaba los rostros de sus colegas —luminosos, sonrientes, optimistas— sus reflexiones se volvieron aciagas. Todo el mundo mostraba interés y entusiasmo, sobre todo Brian Kibby, pensó Danny Skinner.

Desde luego, Kibby pone interés. Si hay una palabra que sea sinónimo de su nombre, es ésa. Lo dijeron todos los veteranos: «Ese chico pone mucho interés, sí, señor».

Y Skinner sintió que Kibby, con tanto interés, acabaría por perfilarse como su rival más próximo para el nuevo puesto.

Skinner hizo lo que por lo general intentaba hacer en circunstancias semejantes: tratar de avergonzar a Brian Kibby para inducirle a tomarse una copa: «Agua de soda y lima… ¡Mmm, excelso!», le espetó a Brian en tono amanerado delante de Shannon, por quien Kibby seguía estando coladito aunque no fuera correspondido. Tras largo rato consumiendo refrescos, Kibby cedió por fin al hostigamiento de Skinner y bebió dos pintas de cerveza con gaseosa. Ello no le ahorró las burlas de su colega, pero con una pinta llena en la mano, no sentía que diera tanto el cante.

Piérdete, Skinner.

Para librarse del acoso, Brian Kibby se acercó a la gramola y seleccionó algunos temas. Esperaba impresionar a Shannon, porque sabía, por los correos que aparecían en la página oficial del grupo, que a muchas chicas les gustaba Coldplay.

Hay una chica realmente preciosa que escribe allí, a juzgar por su avatar, pero a lo mejor está demasiado pagada de sí misma, por eso de colocar su foto allí tal cual. Pero no es tan guapa como Lucy ni como Shannon.

Kibby le echó una fugaz mirada de consternación a Shannon McDowall, quien se estaba riendo con algún chiste verde que había contado Skinner, cuando empezó a sonar la música.

«¿Quién ha sido el puto teleñeco que ha puesto esa mierda?», bramó Skinner, haciendo una mueca y echando una mirada a su alrededor. Cuando vio ruborizarse a Kibby, puso los ojos en blanco en un gesto de ladina exasperación y se volvió hacia Dougie Winchester, que estaba en la barra, pidiéndole a gritos que sacara otra ronda.

«A mí no me parecen tan malos», opinó Dougie Winchester.

«¿Qué clase de música te gusta a ti?», le preguntó Kibby a Shannon.

«Me gusta de todo, Brian. Mi grupo favorito probablemente es New Order. ¿Te gustan?».

«Eh…, la verdad es que no los conozco. ¿Qué te parecen los Coldplay?», inquirió él, esperanzado.

«No están mal…», dijo ella haciendo una mueca, «pero hacen como… música ambiental. Ya sabes, esa que ponen en los ascensores y los supermercados. Es un pelín sosa», dejó caer distraídamente mientras Skinner le pasaba una copa.

Con eso querrá decir que yo también le parezco soso… que no molesto pero que no pinto nada…, a diferencia de Skinner…

Con la noche debidamente amargada, Brian Kibby apuró su consumición, se excusó y se marchó. Al llegar a casa, bebió dos pintas de agua, y luego se tomó una malta calentita en compañía de su madre.

Al acostarse tenía un nudo en el estómago, la cabeza le daba vueltas y no pudo conciliar el sueño. No podía pensar más que en el puesto de jefe de sección y en la persona que sería su principal rival a la hora de obtenerlo.

Danny Skinner.

Al principio nos llevamos bien, pero parece que Danny se ve a sí mismo como el niño mimado de la oficina. Claro, cuando me conformaba con quedarme a la sombra y aguantarle las gracias no había ningún problema, pero no le gusta nada que se reconozcan mis méritos. No, no le gusta un pelo. Y Skinner se pasa con las tomaduras de pelo tanto en el trabajo como en la universidad, intentando acosarme y convertirme en el blanco de sus bromas de mal gusto. Todo el mundo sabe que bebe mucho más de la cuenta. Y pensar que Shannon llegó a enrollarse con él. Debe estar loca. Antes pensaba que era una chica lista, pero lo cierto es que, como tantas otras, es estúpida y fácil de camelar.

Danny Skinner, aunque muy consciente de la amenaza que representaba Kibby, poco podía hacer al respecto. Una noche, a mitad de la semana, en un pub de la High Street, aceptaba con tono de cansina resignación y sensación de derrota la siguiente pinta que le ofrecía Rab McKenzie.

Debería negarme.

La presentación era al día siguiente; versaba en torno al nuevo conjunto de procedimientos y estaba considerada por mucha gente del departamento como el comienzo de las primeras entrevistas oficiosas, ya que un día más tarde Brian Kibby se sometería a otra similar. Sí, pensó, era el momento de poner punto final, marcharse a casa, y dormir bien para estar en plena forma. Y, sin embargo, desde que Kay había desaparecido de su vida, dormir bien era algo que sucedía con escasa frecuencia. Dormir en una cama vacía resultaba duro. Shannon y él sólo habían dormido juntos en dos ocasiones, y en ambas, tras un encuentro nada memorable, mecánico y alcohólico, ella se había marchado a casa en taxi.

No sólo no había señal alguna de Kay, sino que también seguía sin haber el menor indicio de Beverly. Pasó por delante de la peluquería un día, y vio fugazmente el cuerpo bajo y fornido y la cabeza escarlata de su madre mientras acomodaba a una mujer bajo el secador. Pero no, que esperase. La próxima vez que hablase con ella sería para comprobar su reacción ante dos palabras muy sencillas: el nombre de su padre.

Pensó de nuevo en aquel libro, *Secretos de alcoba de los grandes chefs*.

De Fretais y Tomlin, el americano, eran los únicos otros cocineros del Archangel mencionados. Cunningham-Blyth está descartado sin lugar a dudas. Espero que no sea ese gordo cabrón de De Fre…

Nah. Ni de coña.

Mientras miraba su vaso medio lleno con ánimo más bien fúnebre, Skinner se proyectó en el día siguiente. Se veía a sí mismo, tembloroso y falto de firmeza, encogido y sudoroso bajo los fluorescentes, acobardado interiormente ante Cooper y Foy. *No soy mejor que Kibby*, bufó para sus adentros mientras miraba a McKenzie, en la barra, consiguiendo otra ronda.

Otra puta pinta.

Sabía que su cerebro febril y acelerado amplificaría y distorsionaría cada indagación fortuita, descodificándola y convirtiéndola en un severo interrogatorio destinado a destaparle como el enfermo ficticio, alcohólico e inepto por el que ellos le tenían.

El problema y, paradójicamente, también la solución para aquellos remordimientos de conciencia frente al horror del día siguiente, era seguir bebiendo. Con unas cuantas pintas de más la conciencia del mal en ciernes le abandonaría. Luego irían tambaleándose hasta un club o volverían a su casa, a la de McKenzie o a la de alguien que se cruzasen por el camino con un lote de bebidas adquiridas a toda prisa. Todos sus temores quedarían arrumbados hasta que a la mañana siguiente regresasen con intereses, cuando el despertador le arrancase de brazos de la inconsciencia.

Y ahí estaría Kibby, que habría venido antes de la hora para estar presente en la reunión del equipo haciendo buenas migas con sus padrinos; fresco, lleno de entusiasmo y, por encima de todo, con mucho interés.

Se volvió hacia McKenzie, fijándose con gran tristeza en el vaso lleno que su amigo colocaba junto a él en ese momento. «¿Vale la pena, Rab?».

«No importa que valga o no la pena, lo que importa es lo que hagas», fue la réplica de McKenzie, tan estoica e implacable como siempre. Rab McKenzie y la vulnerabilidad pegaban menos entre sí que los gerbos con las croquetas de pescado. Así pues, McKenzie y Skinner bebieron con el entusiasmo habitual hasta que Danny Skinner experimentó la deliciosa liberación que suponía ingresar en la zona «me-importa-un-carajo». Sí, el trabajo se encontraba ahora a sólo unas horas de distancia, pero podrían ser años luz. ¿Qué importaba? Él, Danny Skinner, les daba mil vueltas a todos esos mediocres gilipollas. Ya le enseñaría él a ese pequeño hijo de puta lameculos de Kibby. Su presentación estaba lista, o como si lo estuviera, ¡y pensaba dejarlos a todos flipados!

Se embarcaron en una singladura de pub en pub, una travesía obsesiva hecha de camaradería etílica entre amigos y de antagonismo desdeñoso hacia sus enemigos. Después, tras un viaje confuso e interminable, una sudorosa incursión por tierras desconocidas y estados de ánimo febril, alcanzó la ansiada meta de la nada y de la inconsciencia. Era ésta la condición que a menudo hacía que Skinner se preguntase, cuando comenzaba a salir como podía de sus garras y pasaba a un estado de somnolencia menos accidentado, ¿será así la muerte, como nuestro sueño etílico?

El viejo Perce ya lo proclamó de forma majestuosa:

> *How Wonderful is Death,*
> *Death, and his brother Sleep!*[7]

En ese momento sonó el despertador, martilleándole la cabeza tanto por fuera como por dentro, y mientras se despertaba con ambos calcetines puestos, boqueando

para llenarse los pulmones de aire que tenía que pasar por una garganta que parecía repasada por un soplete, Skinner sintió un acceso de alivio al darse cuenta poco a poco, mientras su aturullado cerebro ordenaba todos los objetos que tenía a su alrededor, de que al menos estaba en su propia cama.

Entonces vio su mejor traje azul marino de Armani arrugado en el suelo, tanto los pantalones como la chaqueta. Se levantó de un salto, con demasiada brusquedad, y le entraron náuseas, de manera que, con toda urgencia, se precipitó hacia el cuarto de baño. La fina alfombra situada entre sus pies y el suelo de madera de pino resbaló bajo éstos, pero de hecho le ayudó a llegar hasta el gran teléfono blanco, ante el que cayó de rodillas. Una sucesión de arcadas convulsivas y extenuantes, que parecían empeñadas en arrancarle el alma, dieron paso paulatinamente a secos espasmos.

Tirando de la cadena para verter el cruel recordatorio de los excesos de la noche pasada al sistema de alcantarillado de la ciudad, trató de recobrar la compostura. Sentado frente a las baldosas azules de la pared y descubriendo en el patrón establecido por éstas una complejidad más nueva y más íntima, trató de controlar su respiración. Después se puso en pie, tambaleándose como un ternero recién nacido, y abrió la pequeña ventana de cristal esmerilado que daba al hueco de la escalera. ¿Qué había pasado la noche anterior?, fue la pregunta que se hizo a sí mismo ante el espejo del cuarto de baño, asomándose a sus ojos, rojos y surcados por las lágrimas.

NO.

Aquella palabra le reverberó dentro de la cabeza, de la que, al examinarla, casi esperaba ver asomando un hacha.

NO NO NO.

A veces decimos no cuando sólo querríamos que fuera no.

McKenzie. Una cerveza rápida después de trabajar. Luego la excursión de pub en pub. Después nos topamos con Gary Traynor. Le di las gracias por la copia del vídeo porno de temática religiosa La resurrección de Nuestro Señor. *Dijo que me tenía preparado otro y que se pasaría por casa para dejármelo. Me lo empezó a contar y estuvimos riéndonos…, ¿cómo se llamaba?… ¡Moisés y el follaje ardiente! Eso es. Hasta ahí todo bien. Luego la chavala. Parecía maja. ¿Que si quedé como un capullo? Nooo… Bueno, vale, sí, hostias, pero jamás volveré a verla. Pero no…*

AY. NO…

… entonces, NO, NO, NO, por ahí no paso. QUE POR AHÍ NO PASO, COÑO…

NO.

NO.

Cooper.

Ayer estaba en aquel pub de la Milla Real. Después del pleno del ayuntamiento.

NO.

Iba acompañado por dos concejales, Bairdy Fulton.

NO.

Me acerqué a ellos, les abordé…

NO.

Les canté al oído.

NO.

Yo…

NO NO NO…

… ¡le planté un beso en toda la cara a Cooper! ¡En los morros! Un gesto despectivo y burlón que decía: «Me llamo Danny Skinner y no siento el menor respeto por los gilipollas como tú, por tu cargo, ni por tu puto ayuntamiento de mierda».

Cooper. No habría podido quedar peor ni sacudiéndole un puñetazo.

NO.

Ay, joder, Dios mío por favor, no.

Ahora Cooper lo sabía: en aquel instante de locura, todos los rumores escasamente halagüeños aireados acerca de Skinner quedaron maravillosamente confirmados. Todos los pequeños cotilleos que jamás había cuchicheado aquella maruja chismosa y corrompida de Foy a oídos del jefe quedaron espectacularmente confirmados en esos fugaces momentos de delirio. Ahora Danny Skinner era conocido entre los miembros oficiales y funcionarios veteranos del ayuntamiento como un balarrasa, un alcohólico; un joven débil y frívolo al que no se le podía confiar un cargo de responsabilidad sin que acabara defraudando. Sí, le había demostrado a Cooper que, en efecto, todas aquellas conjeturas insidiosas se sustentaban en la realidad. Había saboteado su carrera profesional, su vida. Los estudios, la universidad, la escuela. La gratificación diferida —y nadie odiaba diferir las gratificaciones más que Danny Skinner—, todo ello había sido en vano.

NO.

Skinner se aferró desesperadamente a esperanzas. De que quizá Cooper también estuviera bolinga y que quizá no se acordaría de nada.

NO.

A veces decimos «no», cuando lo que deseamos es que sea «sí».

Pero no.

Cooper rara vez bebía y nunca lo hacía en exceso.

Más aún que Foy, era el modelo de conducta de aquel hijo de puta pelotillero de Kibby.

John Cooper recordaría todos y cada uno de los detalles de su encuentro con Skinner con la precisión de un forense. Quedaría cuidadosamente registrado, en algún diario o incluso en la ficha personal de Skinner. Porque ahora acabarían con él. Le marginarían. Le consignarían al limbo donde, en el mejor de los casos, serviría como ejemplo penoso a los recién llegados al departamento acerca de cómo *no* encauzar una carrera. Pensó en Dougie Winchester y en tantos otros como él, en los tíos que acababan etiquetados como borrachos de oficina; en cómo, una vez pasada ya la juventud y con ella la gallarda cordialidad propia de su condición, quedaban

reducidos a figuras desgarbadas y vergonzosas, objeto de menosprecio y de ridículo. Acorralados en puestos sin porvenir y mal remunerados, trabajando con diligencia, pero sin expectativa alguna, salvo la de escuchar el tic-tac del reloj y la llegada de la siguiente copa.

Seré un puto paria.

Skinner tenía los nervios crispados y su seso pasado de revoluciones daba volteretas en su cabeza. El único rayo de esperanza residía en el arrepentimiento.

Eso les encantaba. ¿Por qué no ir a ver a Cooper y jugar esa carta?

Repasó mentalmente el guión, como si de un drama radiofónico se tratara:

SKINNER: Lo siento mucho, John… sé que tengo un problema. De hecho hace ya algún tiempo que resultaba evidente, pero lo de anoche me hizo darme cuenta de la gravedad de la situación. Cuando se falta al respeto, cuando se ofende, mejor dicho, a alguien a quien uno admira y respeta en el plano profesional…, vaya que, en definitiva, he decidido buscar ayuda. Esta mañana me he puesto en contacto con AA y el martes voy a asistir a mi primera reunión.

COOPER: Lamento oírte decir que crees que tienes un problema, Danny, pero tampoco le des excesiva importancia a lo de anoche. No fue más que una broma, lo único que pasa es que estabas un poco desmejorado. No hay nada de malo en ello. Todos nos pasamos de rosca alguna vez. En realidad fue bastante divertido, nos reímos mucho. ¡Eres un tipo de cuidado, Danny!

No.

Su propio papel lo tenía muy claro; al fin y al cabo, se trataba de un juego, y en la actualidad las artimañas y los subterfugios se tenían por herramientas profesionales legítimas, pero la respuesta no resultaba convincente. ¿Tendría Cooper las tablas o las ganas de interpretar el papel magnánimo y jocoso?

Era improbable.

Cooper guardaba una distancia más bien fría con los subalternos, y la verdad era que, aunque no supiera con certeza cómo reaccionaría, Skinner no podía imaginarlo prescindiendo de la máscara.

La cosa transcurriría más bien de esta guisa:

COOPER: Fue algo bochornoso para todos. Me alegro de que reconozcas que tienes un problema. Me pondré en contacto con el departamento de personal y te proporcionaremos toda la asistencia posible. Ha sido valiente por tu parte dar la cara, etcétera, etcétera.

No.

A veces uno dice no porque lo que quiere decir es no.

Porque dijera lo que dijera Cooper, Skinner sabía que él jamás podría adoptar un papel tan servil.

Sería una mentira; sería suscribir y reafirmar todas las insulsas idioteces del Estado-nodriza de las que presume este hipócrita país de mierda. La vana y egotista insinceridad del reproche dirigido contra uno mismo. Culpándonos a nosotros mismos, despojamos a los demás del derecho a hacer lo mismo.

En tanto que muchacho de formación católica, Skinner recordó que era la confesión lo que daba la absolución, no el cura. Lo recordaba con mayor claridad que cualquiera de los curas con los que se topaba, cosa que a éstos les incomodaba mucho.

Skinner se miró en el espejo del cuarto de baño, mientras pronunciaba un discurso apasionado ante un público constituido por él mismo. «El nuevo fascismo ya está aquí. Y no se trata de *skinheads* desfilando por zonas urbanas deprimidas al grito de “¡Sieg Heil!”, no; lo están urdiendo en los café-bares y restaurantes de Islington y Notting Hill».

La idea de que cada zumo de tomate consumido en el transcurso de una noche de marcha sea acogida con benévolas y aprobadoras sonrisas, en tanto que todo bandazo beodo para llegar hasta la barra suscite miradas de falsa y torva lástima o desdeñosos comentarios del tipo ya-te-decía-yo, me da un asco que te cagas.

En el dormitorio examinó la chaqueta de su traje. Llevaba vómito en las solapas, el cual se insinuaba en la fina trama de las delicadas fibras de Armani, deformándolas. No podría limpiarlo con una esponja. Lo único que podía restituirlo a sus días de pasado esplendor y gloria (con suerte) sería un lavado en seco. Tendría que ponerse otro. Pero el único terno extra que poseía era una triste excusa de traje, fea, barata y burda. No, tendría que ceñirse a la mezcla de chaqueta y pantalón. Ante el espejo, se escudriñó de cerca el rostro. Estaba hecho un asco: uno de los lados estaba recorrido por una serie de puntos secos ensangrentados, como si se hubiera arañado contra una pared.

La presentación. Tenía que echarle un vistazo a la presentación.

NO NO NO.

Su maletín. Había desaparecido. ¿Dónde lo habría dejado? ¿En cuál de los pubs? El Pivo, el Black Bull, el Abbotsford, el Guildford, el Café Royal, el Waterloo…, acto seguido, los locales fueron difuminándose y pasando a segundo plano, reemplazados por rostros situados en primer plano: Rab McKenzie, Gary Traynor…, Coop…, joder, no, corramos un tupido velo… la chica del pelo rubio pajizo y el enorme hueco entre los dientes, esa que fue volviéndose cada vez más hermosa a medida que pasaba la noche. En el bolsillo, montones de calderilla, monedas de una libra a puñados. Muy pocos billetes, pero treinta y siete libras en monedas.

Pero su viejo maletín de cuero…, la presentación. Había desaparecido. Alguno de

los camareros de los pubs lo habría guardado tras la barra. Seguro. La mayoría no abría hasta las once, cuando a él le tocaba salir a la palestra. Tendría que llamar para decir que estaba enfermo. Quizá podría llegar tarde, pensó, repasando mentalmente un mustio archivo lleno de pueriles excusas destinadas a suspender el cumplimiento de la sentencia.

Después llamó por teléfono a Rab McKenzie, simulando la máxima naturalidad. «Roberto, tío, ¿qué tal?».

McKenzie caló tan a fondo lo que se ocultaba detrás de aquella afectada campechanía, que para el caso podría haber estado en la misma habitación. «Hay que ver cómo ibas anoche, so maricona. Mira que tratar de seguirme el ritmo con la absenta. Más vale que la dejes estar, macho».

Claro, esos sueños enloquecidos, febriles, alucinógenos. La absenta.

El pánico estrujó a Skinner en su puño de hierro y lo sacudió como si fuera un muñeco de trapo. «Rab, ¿has visto mi maletín, el que llevaba anoche?».

«Ah, pues no sabría qué decirte», dijo McKenzie frunciendo la boca y empleando un tono provocador que expuso a Skinner al miedo y a la euforia a un mismo tiempo.

«¿Te lo quedaste tú?».

«Puede», dijo McKenzie con la mayor frescura; era evidente que estaba disfrutando.

«Entonces, ¿anoche estuve en tu casa?».

«Así es».

«Dámelo, lo necesito, Rab».

«Bueno, ya sabes dónde estaré dentro de media hora», declaró McKenzie en tono desafiante.

«De acuerdo…», dijo Skinner, colgando el auricular.

De pronto se apoderó de él una noción perversa: la idea de que, si se daban ciertas condiciones, podía llegar a salir airoso de aquella situación.

Skinner se quitó los calcetines y se metió, tambaleante, en la ducha. Sí, todavía podía salvarse toda aquella situación, pero requería el despliegue de una voluntad sobrenatural que sólo podía engendrar la desesperación en estado puro.

Al restregarse para quitarse la capa de mugre de la noche anterior, notó que su cuerpo se ponía en marcha, procesando y eliminando nuevos residuos tóxicos que iría desprendiendo, y cuyo hedor se encaminaría hasta las napias de Cooper. Desde luego, iba a ser un aroma muy indicado para que su jefe lo paladease mientras recordaba la humillación de la noche anterior y meditaba con amargura fría y sistemática acerca de la mejor forma de vengarse de Daniel Skinner.

McKenzie, electricista de la construcción, no entraba a trabajar hasta la tarde, de manera que aquel día el sitio donde estaría a las ocho y media iba a ser el Central Bar al pie de Leith Walk. La presentación era a las once y Skinner tenía que fichar a las diez para cumplir con el plazo límite del horario flexible. Calculó que podría hacerlo con tiempo de sobra. Cuando llegó al Central, lo primero que vio fue a McKenzie

sosteniendo el maletín por el asa y meneándolo. Rab el Grande ya estaba pegándole a la Guinness.

Skinner contempló, con enfermiza envidia, aquella pinta de elixir negro, posada tan tentadoramente delante de McKenzie, sobre aquella barra recién pulida y restaurada. ¡Cómo ansiaba sentir en la mano la tranquilizadora magnitud del vaso, el amargo sabor del líquido en la boca y su vivificante volumen en las entrañas! El Central Bar, con sus acogedores reservados, su hogareño ambiente de esplendor ajado, que evocaba el acaudalado pasado mercantil de la zona, y subrayaba su actual carencia de pretensiones, práctico, funcional y realista. Adoraba aquel lugar, y verse arrancado de su reconfortante seno y enviado colina arriba, hacia la Milla Real de Edimburgo, lugar de artificio, faroles y engaños… Seguro que no pasaba nada por tomarse *una*. Sólo *una* pinta, para quitarle hierro a su sufrimiento. Un clavo saca otro clavo. Claro, mejoraría su rendimiento, ergo era una conducta responsable.

Cuando iba por la segunda pinta de Guinness, Skinner sintió que todas las copas de la noche pasada inundaban su organismo de nuevo. «Rab», dijo arrastrando la voz con una preocupación confusa (pero sólo preocupación, y no pánico, puesto que el alcohol había restablecido la perspectiva), «tengo una presentación y ya voy pedo otra vez…».

Como tan a menudo sucede en el entorno del alcohólico, cuando al protagonista empieza a importarle todo un rábano, es el camarada, hasta ese momento una figura marginal del drama, quien asume el manto de la responsabilidad. Así pues, Rab Mc Kenzie le incrustó una papelina de cocaína en la mano a Danny Skinner. «Para que te pongas las pilas», anunció con una sonrisa.

«Gracias, Rab», dijo Skinner con genuina emoción. «Un tirito me dejará como nuevo».

14. Presentación

Fue poco después de la muerte de Keith cuando los encontró, vagando compulsivamente por la casa como si le buscaran a él. Hasta subió al desván, recorriendo con aprensión e inseguridad los peldaños de las chirriantes escaleras metálicas, casi enferma de temor, pues padecía vértigo.

Este factor, unido a la sensación de estar invadiendo el espacio privado de su hijo, fue lo que la incitó a hacer una visita al cobertizo del jardín. Le gustaba estar ahí dentro, y disfrutar del olor a parafina y creosota que asociaba con su marido. Arremetió contra las arañas y sus telas y contra las babosas y sus viscosos rastros, pues aunque aquellas criaturas le producían aprensión, no se podía permitir que profanasen el lugar de retiro de Keith. Con un aprecio cada vez mayor por la tranquilidad que allí se respiraba, Joyce no tardó en percibir lo que a él le aportaba pasarse horas encerrado allí dentro con un libro. A veces ella se llevaba una tetera y encendía la estufa de gasóleo, lo que daba a aquel lugar un calor acogedor e íntimo con el que la calefacción central de la casa no podía rivalizar.

Fue en el cobertizo donde se topó con los diarios; una gran pila de cuadernos metidos en un viejo cajón bajo una mesa de trabajo cubierta de manchas de café dejadas por el perímetro de su taza. Eran un placer prohibido; los guardó para sí misma, y se sintió como la codiciosa acaparadora de un tesoro destinado a ser compartido.

Desde que los encontró, Joyce los había leído muchas veces, pero cada vez que los abría estaba ebria de expectación. Y siempre se quedaba como paralizada al leer sus palabras, sopesando y reinterpretando incluso las más inocuas hasta que la cabeza le daba vueltas y perdía el hilo de la narración. Los diarios, que arrancaban en 1981 y finalizaban en 1998, estaban escritos con un trazo delgado y vacilante que apenas parecía el de Keith. Le resultaba difícil descifrar la letra e incluso compró una lupa para ayudarse, pese a sentir remordimientos por aquella conducta tan indiscreta. Y no obstante, más allá de las triviales observaciones cotidianas, aquellas páginas estaban impregnadas de un amor intensísimo que reafirmó a Joyce en sus convicciones y, en última instancia, nunca dejó de proporcionarle otra cosa que un gran consuelo.

A menudo se pasaba horas enfrascada en ellos. En aquella ocasión en particular, chasqueó la lengua en un gesto de desaprobación cuando se fijó en el viejo y oxidado reloj-despertador del cobertizo; dejó los diarios en su sitio y regresó a casa. Ya arriba, estaba cargando la ropa sucia en la cesta, cuando sus fosas nasales captaron cierto olor, por lo que miró al trasluz un par de bragas. Frunciendo el morro en un gesto de amargo desagrado, volvió a echarlas al cesto, sin mirarlas de nuevo al meterlas en la lavadora.

Había sido un buen fin de semana para Brian Kibby. Afanándose con tenacidad y entrega en su exposición del martes, le complació ver cómo iba tomando forma lo que él consideraba una presentación ingeniosa y bien argumentada. Además, había ido a Nethy Bridge para una excursión de fin de semana de los Hyp Hikers, en la que se sentó junto a Lucy Moore en el autobús de regreso a la ciudad. Por si fuera poco, tres de sus gallinas de *Harvest Moon* habían puesto huevos. Pero cuando volvió a casa, encontró a su madre llorando, con un conjunto de cuadernos en el regazo.

Kibby tragó con fuerza. De alguna forma, aquellos diarios de cuero negro ofrecían un aspecto fríamente portentoso. «¿Qué pasa, mamá?».

Su madre levantó la vista y le miró con aquellos ojos castaños, rebosantes de fervor evangélico. Desde la muerte de su marido había buscado cobijo atrincherándose a fondo en sus creencias religiosas, redescubriendo la interpretación literalista de la fe de la Iglesia Libre de Escocia que había mamado en su infancia, para consternación del señor Godfrey, su párroco local de la Iglesia escocesa. Su obsesión con las cuestiones espirituales, aunque reducida a los componentes elementales de su fe, se había vuelto al mismo tiempo más ecléctica. Recientemente, estando de compras por el centro, se había embarcado en un intenso debate con unos budistas, y hasta había empezado a verse de forma regular con unos jóvenes misioneros téjanos que estaban de visita. Aquellos jovencitos trajeados de la Nueva Iglesia de los Apóstoles de Cristo, de pelo corto y gafas, se acercaron a su casa con panfletos, que Joyce leyó con entusiasmo. A menudo éstos le proporcionaron consuelo, aunque no tanto como los cuadernos que estaba leyendo. «Quiero que leas esto, Brian. Son los diarios de tu padre. Los encontré en el armario del cobertizo del jardín. Nunca había entrado allí… no me gustaba hacerlo…, siempre fue su espacio. Es que oí una voz, como si él estuviera allí, y sé que parecerá una tontería pero fui…».

Aunque ya se había dado cuenta de que las lágrimas de su madre eran agridulces, Brian Kibby se resistió con ahínco ante semejante idea. «Mamá, no quiero, son las cosas privadas de papá…», dijo, sintiéndose como si estuvieran levantando la tapa del ataúd de su padre.

Joyce, no obstante, insistió, infundida como estaba de una energía y un entusiasmo que él no había percibido en ella desde hacía mucho tiempo. «Léelo, hijo, no pasa nada, ya verás. A partir de ahí», dijo, indicando una anotación y forzando a Brian, con los ojos cada vez más desorbitados, a leerla.

> En tiempos Brian me preocupaba; me inquietaba la posibilidad de que sus aficiones, todo el asunto ese de los ferrocarriles en miniatura, lo aislasen de los demás chavales del colegio, y lo convirtieran en un marginado. Pero preferiría verle enredando con un ferrocarril en miniatura que enredando con algunos de los gamberros y matones con los que andaba yo cuando era más joven. Es

estupendo verle en el club de senderismo este, rodeado de buenos chavales, saliendo por ahí y disfrutando.

Nuestro Brian es un currante. Conseguirá lo que quiere a través del esfuerzo y el trabajo duro.

Caroline ha salido a mí, pero tiene más seso del que yo tuve jamás. Sólo espero que lo aproveche y que le vaya bien en la universidad. Espero que sea capaz de refrenar esa veta licenciosa y arrogante que casi fue mi ruina, porque esa chica es mi orgullo y mi alegría.

Mientras leía, a Brian Kibby se le llenaron los ojos de lágrimas.

«¡Ves, hijo, ves cuánto te quería!», chilló con voz destemplada Joyce, desesperada por que su hijo interpretase las palabras de su difunto marido en el mismo sentido en que lo había hecho ella.

Pero éstas eran más que inequívocas. Era cierto; allí estaba, por escrito. «Sí…, sí…, resulta estupendo leerlo», asintió con voz entrecortada.

«Deberíamos enseñárselo a Caroline», se aventuró a sugerir Joyce.

Una bolita de inquietud se agitaba en el pecho de Brian Kibby. «Mejor no, mamá, ahora mismo no está atravesando un buen momento».

«Pero quizá la consolase…».

«Lo que necesita es centrarse en los estudios, mamá, no perder el tiempo con viejos diarios. Dejémoslo hasta que esté más fuerte y haya aprobado el curso. ¡Así lo habría querido papá!».

Joyce Kibby captó el fervor en la mirada de su hijo y optó por mostrarse deferente. «Sí…, era muy importante para él», admitió.

A Kibby le rechinaron los dientes, paladeando su naciente seguridad en sí mismo. Se iban a enterar, todos, en especial aquel acosador de Skinner, de qué pasta estaba hecho.

Mientras el ascensor subía hacia la sala de conferencias del departamento, a Danny Skinner le palpitaba el corazón a un ritmo enloquecido, como cuando un niño arrastra un palo a lo largo de una extensa reja. La mejor idea, sin embargo, había sido la cocaína; había aportado a su mente cierta claridad y restablecido su confianza en sí mismo.

Lo que pasó con Cooper tuvo lugar fuera del horario de trabajo y no tiene una puta mierda que ver con nada.

Cuando entrase en aquel salón de conferencias, miraría a Cooper directamente a los ojos, y si éste tenía algo que decirle, pues que se lo dijera.

O lo arreglamos siguiendo los cauces oficiales, Cooper, so cabrón, o lo arreglamos en la calle de hombre a hombre. Tú eliges, Cooper. ¿Eh? Perdona, ¿qué has dicho? No he captado del todo lo que decías, so mamón. ¿Adónde quieres llegar,

cabrón? ¿Eh? ¿Nada? Ah, con que ahora no has dicho «nada», ¿verdad? Ya me parecía a mí.

Las puertas del ascensor se abrieron y Danny Skinner echó a andar por el pasillo con la espalda bien tiesa hasta llegar a la sala de conferencias. Al entrar en la misma casi se desconcertó al notar la luz blanca de los fluorescentes rebotando sobre las paredes color crema y penetrando en el interior de su espitosa cabeza. Evocaba esa estancia blanca que precede a la muerte, pensó, pero sin aprensión, pues tenía al polvo blanco de su lado.

Que les den.

La mayor parte de la plantilla se encontraba alrededor del carrito del café, aguardando para llenar sus tazas. A él no le habría venido mal un café, pero llegaba tarde, y el hecho de que muchos no hubiesen tomado asiento todavía dejaba la iniciativa de nuevo en sus manos. De manera que Danny Skinner le lanzó una sonrisa farlopera a Cooper, quien le correspondió con un gesto de asentimiento lento e inexpresivo. Skinner pensó que en una de las pulsaciones del silencio de Cooper habrían cabido las obras completas de Tolstói.

«Hola, familia», dijo con jovialidad Danny Skinner mientras se aproximaba hasta el retroproyector. Lo encendió con un gesto del pulgar, al mismo tiempo que con la otra mano abría el maletín. Tenía las cosas sólo a medio preparar, pero se las arreglaría sobre la marcha sin ningún problema.

Por el rabillo del ojo vio a Foy mirado su reloj.

Cooper se puso en pie. «Sentaos todos, por favor», dijo en tono sociable antes de añadir en tono malhumorado: «Danny, ¿estás preparado?».

«Preparado y listo», anunció éste con una sonrisa, permaneciendo en pie mientras el último de sus colegas tomaba asiento. Oyó una risita y observó a Kibby, que llegó danzando hasta su asiento, como una marioneta manejada por hilos, estremeciéndose de hilaridad como un idiota ante un comentario de Foy.

Están hablando de mí, joder.

Skinner sintió que se le abrían las carnes y que se desangraba como la víctima de un psicópata carnicero. Pese a que le reconcomía la sospecha de que todos los presentes le veían como un fenómeno de feria de la era victoriana, arrancó con autoridad: «Gran parte de la reputación que posee nuestra ciudad como centro turístico de primer orden depende de la calidad de sus restaurantes y cafés, la cual depende a su vez del rigor y de la vigilancia de este departamento y, más en concreto, de la calidad de los equipos de inspección y supervisión…».

Sacó la primera diapositiva, y la colocó en el aparato. Se fijó en las expresiones de espanto grabadas en todos los rostros y se volvió para ver

CCS RULE[8]

en grandes letras verdes sobre la pantalla que tenía a sus espaldas. McKenzie, maldijo

para sus adentros antes de sonreír, retirando rápidamente la diapositiva y cogiendo la que correspondía, en la que aparecía un diagrama de flujo del procedimiento de confección de informes vigente. «Debe haber algún saboteador suelto», dijo con una sonrisa, ante un público que en su mayor parte le correspondió de igual forma. Satisfecho de que la subversión *casual* de su amigo no le hubiese hecho perder los papeles, continuó: «Como se sabe, la calidad de nuestra plantilla es del máximo nivel. No puede decirse lo mismo, sin embargo, de algunos de los anacrónicos procedimientos de trabajo que en la actualidad están en vigor. Los procedimientos de inspección, en particular, requieren una revisión seria. En lo que a mí respecta, no cabe la menor duda. No están a la altura de los requisitos de la sección, ya no digamos de las necesidades más generales del departamento en su conjunto», declaró con gesto solemne, barriendo la habitación con un gesto de la mano para incluir de forma magnánima a los colegas de las otras dos secciones.

Es el momento de pisar el acelerador a fondo.

«Tampoco están, ni mucho menos, a la altura de las exigencias del servicio», espetó Skinner en tono casi amenazador, viendo cómo el rostro de Foy adquiría la misma tonalidad que el Forth Bridge. Era del dominio público que Foy había diseñado dichos procedimientos años atrás, y que se había resistido tenazmente a revisarlos. «El actual sistema de responsabilidad individual de cada inspector por unidades designadas de antemano, sin rotación, durante años y bajo la misma supervisión, deja demasiado margen para que se establezca la clase de relaciones con los hosteleros que incita a mirar para otro lado y fomenta la corrupción a pequeña escala».

Mientras Foy se esforzaba por controlar sus convulsiones y Kibby miraba con mala cara, Skinner puso otra diapositiva y comenzó a desgranar el procedimiento alternativo que proponía, el cual requería verificaciones y rotación de tareas. Ahora bien, hacia el final de la perorata comenzó a sentirse indispuesto, y no tardó en evidenciar una fatiga evidente y a titubear. El volumen de su voz llegó a descender hasta el extremo de que al fondo no podían oírle.

«Por favor, Danny, ¿podrías levantar un poquitín la voz?», le pidió Shannon.

Fijo que ella no trataría de tenderme una trampa, tan cabrona no sería, seguro…

«Disculpa…, eh…, estoy un poco acatarrado», dijo él, lanzándole una mirada gélida antes de dirigirse de nuevo a todos los presentes. «Eh…, me parece que he perdido gas. De todos modos, ése es el procedimiento que propongo. Está en los apuntes que he repartido… ¿Alguna pregunta?», inquirió, arrastrando la voz y arrellanándose en el asiento.

En torno a la mesa se produjo un intercambio de miradas de asombro, pero el silencio duró muy poco. «¿Cuánto viene a costar el nuevo procedimiento?», quiso saber Kibby con su estrepitosa voz de pito, echándose hacia delante en el asiento y enfocando con sus enormes ojos a Skinner.

Un solo golpe limpio a la cara de ese cabrón, joder…, con eso bastaría…

«Aún no lo he puesto en cifras concretas», dijo Skinner con una repugnancia tal que ni siquiera podía mirarle, «pero no preveo ningún incremento de costes significativo».

Skinner se percató de la inanidad de su respuesta al ver las expresiones de semiincredulidad de quienes le rodeaban.

¡Si me hubiese enfrascado con una calculadora esa media hora! Con eso habría bastado para parir una serie de cifras de análisis de coste-beneficio de farol para engañar a todos los capullos presentes en la mesa. Si anoche me hubiera ido a casa…

Foy dejó que uno de sus párpados se cerrase mientras levantaba el otro como una persiana. «¿Ningún incremento de costes significativo? ¿Con un nivel extra de supervisión, controles y verificaciones?». Sacudió la cabeza con una expresión apesadumbrada que casi parecía sincera. «Me temo que aquí estamos en las nubes», objetó mientras sacudía lentamente la cabeza.

Antes de que Skinner pudiera responder, Kibby volvió a la carga. «No creo que nadie pueda sostener en serio eh… que no habría un incremento significativo en los costes. Pero eh… Danny quiere dar a entender que ello se vería compensado por un aumento intangible en los ingresos procedentes del turismo. Con todo, a mí no me da la impresión de que los turistas perciban nuestros restaurantes como hervideros de plagas, pestilencia y enfermedades. Tampoco creo que exista motivo alguno para que eh… pensemos que los miembros de esta plantilla no cumplen con sus obligaciones de una forma profesional y honrada. Si hemos de cambiar un sistema debido a la posibilidad de que este sistema esté, eh, corrompido, eh, entonces, eh, hemos de tener pruebas de que efectivamente es ése el caso. De lo contrario, aparte de eh… desperdiciar tiempo y dinero, también estaríamos eh… minando la moral de la plantilla. Así que, Danny», dijo Kibby con una sonrisa, «¿acaso sabes tú algo que no sepamos los demás?».

Skinner fulminó a Kibby con una mirada de odio reconcentrado en estado puro que no sólo dejó helado a su destinatario sino también al resto de los presentes. Y la mantuvo. Permaneció allí sentado, con calma y frialdad, juzgando a Brian Kibby, asomándose a su alma, viendo lagrimear sus ojos, hasta que éste, ruborizado, se vio forzado a apartar la vista y bajar los ojos para mirar a la mesa. Skinner siguió mirándole fijamente, y habría seguido haciéndolo en silencio y hasta el fin de los tiempos de haber sido preciso, hasta que otro hubiese hablado. Si lo que querían era subir la apuesta y hablar de corrupción y sobornos, él estaba dispuesto. Mentalmente, ya veía a los gusanos reptando para salir de la lata oxidada.

El ambiente estaba volviéndose de lo más incómodo. Entonces intervino Colin McGhee. «Creo que como punto de partida tendríamos que averiguar los costes del nuevo procedimiento. Si existen pruebas palpables de prácticas corruptas de la clase que sea, entonces habrá que examinar las disposiciones actuales a la luz de dichas pruebas. Pero no podemos dar carpetazo a un conjunto de procedimientos rentables

sobre la base exclusiva de rumores y especulaciones caprichosas».

Brian Kibby quiso mostrar su acuerdo asintiendo con la cabeza pero fue incapaz de moverse, pues aún sentía sobre él la mirada rapaz de Skinner. Consciente de que la reunión había derivado hacia aguas embravecidas, Cooper aprovechó el *impasse* para poner fin a la reunión con gesto irascible. Skinner recogió apresuradamente sus papeles. Mientras se dirigía hacia la puerta oyó que Foy le gritaba: «¿Qué aftershave llevas, Danny?».

Skinner se volvió y se encaró con él.

«¿Qué?».

«No, si me gusta», le dijo Foy con una sonrisa de reptil. «Tiene un aroma muy característico, tiene fuerza».

«Pero si no…», empezó Skinner antes de detenerse abruptamente y sonreír. «Disculpa, tengo que hacer una llamada muy importante», declaró, mientras daba bruscamente media vuelta para bajar a la oficina de planta abierta, golpeando con las suelas de los zapatos el insolente dibujo de los escalones de mármol.

Situado ya ante su escritorio, Skinner notó cómo los subidones de la coca se iban ralentizando más y el alcohol abandonaba su torrente sanguíneo, y cómo con ellos se iba filtrando y le abandonaba su propia sensación de omnipotencia. Toda presencia resultaba invasora; toda llamada de teléfono parecía cargada de una amenaza en potencia. Oía retumbar la risa de Foy mientras la voz quejumbrosa de Kibby le arrancaba a tiras carne trémula de la espalda. Un adversario tan raquítico, tan débil y tan lamentable como él parecía haber adquirido de repente poderes inhumanos y demoníacos. En determinado momento, Skinner le miró a los ojos y se asustó al comprobar que no desprendían timidez y miedo, sino rebeldía, astucia y suficiencia.

De modo que Danny Skinner, poco acostumbrado a mostrarse tan poco enérgico, trabajó sin parar, recogiendo el papeleo que había dejado acumularse durante semanas, tratando de restablecer de algún modo el equilibrio, de enmendar sus errores y de volverse irreprochable. Sin embargo, no estaba en condiciones de hacerlo; emprendía una tarea, se cansaba de ella y pasaba a otra antes de quedar sumido en una ciénaga de asfixiante exasperación a medida que en su escritorio iban amontonándose tareas a medio completar.

A medida que, a las cinco, el despacho comenzó a vaciarse, Skinner se relajó un poco y se perdió en sus cavilaciones, sintiéndose al cabo de un rato casi demasiado fatigado para irse a casa. Cuando a las seis sonó el teléfono, descolgó el auricular. Puesto que todos los demás se habían marchado hacía ya rato, tenía que tratarse de la llamada de algún amigo.

«Hoy te has quedado trabajando hasta tarde», le reprochó McKenzie, antes de la pregunta inevitable: «¿Te apetece una pinta rapidita?». Para Skinner fue como si le ofreciesen la salvación.

«Sí…», dijo Skinner, abrumado por una sensación de culpa e inseguridad. Pero así era. No había que darle más vueltas: le apetecía una pinta. Tenía mil motivos para

no hacerlo, para marcharse a casa sin más, pero en comparación con las tres que dictaban que sí lo hiciese parecían nimios: era la hora de cerrar, llevaba treinta y siete libras de calderilla en los bolsillos y estaba temblando y con ganas de tomar una copa.

En el pub, Rab McKenzie ya ocupaba un lugar prominente en la barra; su porte le recordaba a Skinner el del capitán de un barco sobre el puente de la nave. Cuando se volvió hacia un camarero y pidió una pinta de Lowenbrau para Skinner, era como si le ordenase navegar a una velocidad de muchos nudos.

Las bebidas cayeron con rapidez, y mientras pagaba la siguiente ronda, los procesos de autojustiflcación de Skinner avanzaron a toda máquina.

Me da igual cuántos de esos gilipollas que se autojustifican en las columnas de estilo de las revistas y los periódicos digan que has de ser esta clase de hombre o aquélla, o que debes comportarte de un modo responsable con tu esposa, hijos, tu empresa, tu país, tu gobierno, tu dios (táchese lo que no proceda): ni uno solo de ellos sería capaz de convencerme de que Kibby no es un puto mamón ni de que yo no soy un tipo cojonudo. Por mucho que acicalen a este Hombre Responsable para convertirlo en un Nuevo Hombre de Acción u Hombre Renacentista, o un Hombre-que-no-le-ríe-las-gracias-a-nadie, en la vida real siempre es un puto pelma y un soso como Kibby.

La puta verdad es que son todos unos maníacos del control y unos cobistas, y se mueren de ganas de decirte cuál es tu responsabilidad. Y Kibby es muy responsable.

Una poderosa fantasía especulativa reconcomía a Skinner: ¿no sería fantástico que Kibby apechugase con las resacas y los marrones en su lugar? ¿Que él, Danny Skinner, disfrutase de los placeres de la vida de la manera más disipada y temeraria, y al imberbe, pedazo de pan, gilipollas e hijo de mamá de Kibby le tocara pagar el precio?

¡Qué fantástico sería! Kibby. Dios, cómo le aborrezco. Cómo odio y detesto a ese puto pedorrín pueril de mierda. Le odio. ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO.

Sentado ante su cerveza, Skinner sintió cómo aquellas cavilaciones ociosas y semialcoholizadas se convertían, en un *ocken-blink*[9], en una violenta plegaria cuya ferocidad e intensidad le estremeció hasta el tuétano.

ODIO ODIO ODIO QUE TE CAGAS A ESE CABRÓN DE KIBBY. QUE SEA ÉL EL QUE SE QUEDE HECHO POLVO.

Aquel bar de techo bajo dio la impresión de vaciarse de luz, y que ésta penetraba en su cabeza como el agua por un sumidero, como si su hambrienta psique o sus neuronas la sorbiesen con voracidad. Entonces se le apareció el rostro de Kibby: el «buen chaval» abierto y sonriente que en el trabajo caía bien a todo el mundo. Durante una fracción de segundo, vio en él, por contraste, su propia faz de granuja. Y volvió a alterarse de nuevo, regresando al pequeño hijo de puta, astuto, manipulador y pelota que él consideraba como el verdadero Kibby.

A la gente le gusta que le chupen el culo pero no entiende…

Le falló la respiración y vio rostros dando vueltas ante sus ojos: Cooper, Foy…

Joder, me está dando un delírium trémens…

De repente, el bar se quedó un poco a oscuras, y todo se movía, asombrosamente, a cámara lenta. Era incapaz de distinguir a nadie, pues se habían convertido todos en sombras palpitantes y ondulantes; luego vio aparecer la voluminosa silueta de Rab McKenzie, abriéndose paso entre el gentío con la elegancia de un bailarín de ballet, manteniendo en equilibrio las bebidas. Y a Skinner se le encogió el corazón con un espasmo estremecedor, tan violento que por uno o dos segundos pensó que le estaba dando un ataque de convulsiones.

HOSTIA PU…

«Allá vamos, Skinny, muchacho. Tómate eso», tronó McKenzie, depositando las bebidas en la mesa con una semipirueta.

Mientras las luces recuperaban la intensidad y la habitación recobraba una apariencia normal, Skinner sudaba y respiraba con dificultad. Un infarto. Un derrame. Algo estaba sucediendo…, se estaba quedando sin aliento…

JODER, ESTOY…, ESTOY

«Parece que tienes problemas, chaval», se burló McKenzie. «¿Qué pasa? ¿No aguantas el ritmo?».

Danny Skinner se llenó de aire los pulmones mientras McKenzie le sacudía una palmada en la espalda. Skinner se llevó la mano al rostro para indicarle a su amigo que le dejase en paz. McKenzie miró con preocupación a su amigo, sudoroso y con el rostro colorado, pero en ese instante, cuando su ansiedad parecía haber llegado al límite, Skinner notó cómo en su interior se disolvía una barrera y rápidamente volvió a respirar con normalidad. Miró al techo antes de bajar la vista y enfocar a Rab. «¿Sólo me lo ha parecido a mí, o hace un momento se han ido un poco las luces?».

«Una subida de tensión o algo por el estilo. ¿Estás bien?».

«Sí…».

Una subida de tensión.

Skinner miró a McKenzie, Rab el Grande, su mejor amigo, elegido para ser el padrino de su boda, y su mejor *compadre*[10] de borracheras. No importaba cuánto bebiese, nunca podría igualar del todo el ritmo de Rab el Grande. Jamás podría igualar su consumo, su forma pausada y estoica de vaciar una pinta tras otra, las monstruosas rayas de coca que esnifaba, que hacían que Skinner temiese por su corazón, el cual, cada vez que se encerraban en un servicio, se le estremecía en el pecho como el perdigón del pito de un arbitro demasiado solícito.

Pero algo, desquiciado y anómalo, estaba ocurriendo, porque ahora era Skinner quien experimentaba una subida de tensión, una irrupción del delirio de inmortalidad del alcohólico quizá, la creencia de que en realidad nada podía llegar a conmoverle jamás. No obstante, aunque habían sido muchas las veces que se había sentido así, nunca había experimentado aquella sensación de forma tan intensa. Tenía que

cabalgar aquella ola. Apuró el chupito de Jack Daniel’s. «¡Venga, McKenzie, so maricona, a ver quién es el que no aguanta el ritmo!».

II. Cocinando

15. Virus fantasma

Fue la primera vez que dejó a los pollos a la intemperie. Llovió, los postes de la cerca se pudrieron y entraron los perros asilvestrados. Se había quedado sin pollos.

No lograba concentrarse. Sentía mareos; mareos y náuseas. El enorme y colorista póster de *Star Trek: la última frontera*, que le había regalado Ian, en el que aparecía una nave *Enterprise* emergiendo de un agujero negro, resonaba y palpitaba, orquestando el baile de sus nervios destrozados.

Levantándose temblorosamente del escritorio donde tenía el portátil, regresó a la cama tambaleándose, metiéndose debajo del edredón, sudoroso y lleno de náuseas, mientras oía los pasos de su madre subiendo las escaleras.

Joyce Kibby subió fatigosamente los peldaños con una bandeja de té plateada. Parecía pesar demasiado para sus raquíticos brazos, abarrotada como estaba con un gran plato de huevos revueltos, beicon y tomate, y uno más pequeño en el que se amontonaba una formidable pila de tostadas, así como una tetera. La llevó a la habitación de su hijo, y se sobresaltó al ver el aspecto tan poco saludable que éste presentaba aquella mañana.

«Te he traído algo de desayuno, hijo. Dios mío, Brian, no te veo con muy buena cara. Bueno, no importa, ya conoces el dicho: alimentar un resfriado y matar de hambre a una fiebre. ¿O es al revés? De todas formas, daño no te hará», declaró a la vez que depositaba la bandeja al pie de la cama.

Brian Kibby logró esbozar a regañadientes una sonrisa afligida. «Gracias, mamá. Estaré perfectamente», dijo, esforzándose por tranquilizarse a sí mismo. No le apetecía comer. Se sentía fatal, tenía la cabeza a punto de estallar y una sensación como si tuviera las entrañas cubiertas de ampollas y le estuvieran estallando por dentro. Siempre trataba de jugar un mínimo de tres partidas de *Harvest Moon* antes de desayunar. Aquella mañana apenas había logrado jugar dos y ahora todos los pollos habían desaparecido.

¿Cómo he podido ser tan estúpido?

«Será el virus ese que anda suelto por ahí», se aventuró Joyce mientras Brian se incorporaba, ahuecaba las almohadas y se recostaba de nuevo sobre ellas. Incluso ese esfuerzo tan minúsculo le hizo sudar. Tenía la boca seca y en los brazos y piernas sentía nódulos de calambre y fatiga. «Me siento fatal, es como si fuera a explotarme la cabeza».

Pero Brian Kibby también se sentía culpable. Era evidente que durante la presentación de ayer Danny Skinner también se encontraba mal, y todo el mundo lo achacó al alcohol, incluso después de que el propio Skinner dijera que había pillado alguna clase de resfriado o de virus.

Le hice pasar un mal rato cuando se encontraba fatal, no le concedí el beneficio

de la duda. Ahora ya tengo mi castigo, se regañó Kibby a sí mismo.

Skinner me ha pegado el virus.

«Llamaré de tu parte para decir que estás malo, hijo», se ofreció Joyce mientras corría las cortinas.

Presa del pánico, Kibby se incorporó de golpe. «¡No! ¡No puedes! Hoy es el día de mi presentación. ¡Tengo que ir!».

Joyce sacudió la cabeza con frialdad. «Tú no estás para ir a trabajar, hijo. Fíjate cómo estás, sudando y tiritando. Lo comprenderán; tú nunca te coges la baja por enfermedad. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? ¿De qué serviría, Brian? ¿De qué serviría?».

Era cierto, Brian Kibby nunca se había cogido la baja por enfermedad. Y no pensaba hacerlo ahora. Se metió en el cuerpo lo que pudo del desayuno, se dio una ducha moderadamente caliente y se vistió con escaso entusiasmo. Cuando bajó las escaleras y entró en la cocina, se encontró con Caroline, que estaba sentada ante la mesa y guardaba con gesto furtivo sus libros en la bolsa de deportes. «Mamá dijo que te ibas a pasar el día en la cama», comentó.

«No puedo, tengo una pres…». Sus ojos repararon en los movimientos de su hermana. «¿Aún estás con ese trabajo de anoche?».

Ella se apartó de la cara el cabello rubio, que le llegaba hasta los hombros. «Sólo estaba introduciendo unos pequeños cambios», dijo.

«Caroline…», se quejó Brian Kibby, «tendrías que haberlo terminado anoche. ¡Prometiste que lo harías antes de ir a ver a Angela!».

Caroline rascó los bordes de la pegatina Streets de su bolsa de deportes con sus uñas esmaltadas. Levantó la vista para mirarle, enarcando de forma glacial unas cejas finas y depiladas. «¿Que lo prometí, Brian? Yo no le prometí nada a nadie, que yo recuerde». Sacudió la cabeza y reiteró con lentitud: «No recuerdo haberte prometido nada».

«¡Pero se trata de la facultad!», exclamó quejumbrosamente Kibby, sintiéndose con mal cuerpo y preguntándose por qué él pasaba apuros para acudir al trabajo mientras su hermana no hacía más que desperdiciar su tiempo y su talento. «Esa Angela no tiene ambiciones, Caroline. Ten cuidado, no te vaya a arrastrar a su nivel. ¡No sería la primera vez que sucede!».

Caroline y Brian Kibby estaban muy unidos y rara vez discutían. A veces se ponía plasta, pero por lo general su hermana lo toleraba. Cuando saltaba, siempre era contra su madre, jamás contra su hermano. Pero estaba acusando las copas que había tomado la noche anterior en el club nocturno Buster Brown's, y el recién descubierto afán de su hermano por imponerle un régimen de estudios draconiano no le acababa de seducir. «Tú no eres mi padre, Brian. Acuérdate», le dijo en un tono lindante con la advertencia.

Brian Kibby miró a su hermana, notó cómo se le vidriaba la mirada y sintió el dolor compartido por ambos. Ninguno de los dos era propenso a invadir el espacio

personal del otro y el advenimiento de la pubertad poco menos que había destruido cualquier contacto físico entre ellos. Ahora, sin embargo, sentía el impulso de rodearla con un brazo tembloroso y vírico. «Perdona…, no quise decir eso…».

«No, perdóname tú a mí…», resopló violentamente Caroline, «sé que sólo quieres lo mejor para mí…».

«Es sólo porque es lo que él hubiera querido», confesó Brian, reprimiendo sus propias lágrimas y dejando caer los brazos de los hombros de su hermana para que colgaran lánguidamente a los lados, «pero ahora ya eres una mujer, lo que hagas es cosa tuya, no tengo derecho a…». Tragó saliva. «Papá habría estado muy orgulloso de ti, ¿lo sabes?», dijo Brian, con cierta sensación de culpa, al sopesar el testimonio de los diarios que él y Joyce habían decidido ocultarle a Caroline.

Caroline Kibby besó a su hermano en la mejilla. Aún tenía aquella fina capa de pelusa que a ella siempre le había recordado los melocotones. «Él también habría estado orgulloso de ti, porque yo lo estoy. Eres el mejor hermano que nadie podría tener».

«Y tú la mejor hermana», poco menos que gritó Kibby en respuesta, estropeando un tanto el momento a ojos de Caroline con aquella reciprocidad chillona y lacrimógena, aunque logró transformar el impulso de hacer una mueca en el de sonreír.

Desesperados ambos por escapar del torbellino de emociones desconocidas e incómodas que se arremolinaba en torno a ellos desde la muerte de su padre, Brian y Caroline recobraron la compostura y se despidieron de Joyce, quien, tras hacer las camas, había bajado las escaleras. Se marcharon, al trabajo y a la Universidad de Edimburgo respectivamente.

Brian Kibby fue recibido como un héroe por acudir al trabajo, según pudo constatar con amargura Danny Skinner. «Vaya aspecto tan terrible tiene, parece que tenga la gripe», comentó Shannon McDowall. Skinner asintió, sospechando sin poderlo remediar que cuando el día anterior había entrado él, el comentario había sido: «Danny tiene un aspecto terrible, parece que tenga la gripe o algo por el estilo…».

Ese crucial o algo por el estilo. *Y es en esos apartes tan triviales donde se afianzan o se socavan las reputaciones de la vida profesional. Pero para socavar la de Kibby harán falta muchos. Tiene todo el beneficio de la duda de su parte*.

De forma inexplicable, a Danny Skinner le acuciaba la idea de que quizá el tiempo estuviera de la suya. Se sentía sorprendentemente bien, sobre todo teniendo en cuenta la caña que se habían dado la noche anterior. Quizá le pasara lo que a Rab el Grande, meditó, y se estuviera volviendo inmune al alcohol y las drogas.

Estoy listo para lo que me echen, coño. Venga Kibby, chaval, ¡a ver de qué pasta estás hecho!

Los miembros de la plantilla se abrieron paso hasta la sala de conferencias y se acomodaron para escuchar la presentación de Brian Kibby. Mientras recogía sus

cosas, Skinner le dedicó una sonrisa y, arrimándose a él, le cuchicheó al oído: «Ay, la que te espera, cabrón».

Sólo una o dos personas parecieron fijarse en el espasmo de temblor y agitación que recorrió brevemente a Kibby.

¡Hoy no vas a hacer una sola carrera, bobochorra!

Todos estaban ansiosos por ser testigos de la presentación de Kibby. Bob Foy le dio una palmadita de ánimo en la espalda, la cual, notó Skinner con regodeo, casi le da a su destinatario un susto de muerte. Kibby no era un orador seguro de sí mismo, pero lo compensaba con el salvavidas de las transparencias más meticulosas y detalladas, de las que echaba mano cuando las cosas se torcían un poco. O, más bien, así podría haber sido, de no haberles volcado encima una taza de café, empapándolas por completo. Acto seguido, sus intentos por limpiar el desaguisado sólo desembocaron en un desorden mayor. Oswald Aitken acudió en su auxilio, haciéndose cargo de la operación de limpieza e instándole a continuar.

¡Primer strike!

Danny Skinner permaneció sentado, observando con gran regocijo cómo Brian Kibby cavaba su propia tumba.

«Lo siento…, yo…, eh, no me encuentro muy bien…, algún virus o así…».

«Ya», dijo Skinner en voz alta, «últimamente hay muchos circulando por ahí».

«Así es, yo mismo me encuentro bastante enclenque últimamente». Oswald Aitken hizo un esfuerzo solidario por quitarle mordiente a la pulla de Skinner.

Mientras Kibby exponía a trancas y barrancas una presentación de lo más vergonzosa, las preguntas, salvo las procedentes de una instancia muy concreta, fueron poco exigentes. Danny Skinner jugueteaba con Brian Kibby, y sus preguntas, aparentemente inocuas, siempre sondeaban en pos de algún detalle que su adversario, trémulo y vacilante, era incapaz de recordar. La boca de Skinner adoptó una mueca cruel, el mohín de un señorito que se considera mal servido pero que no está dispuesto a causar un bochorno mayor montando un numerito. Por añadidura, hizo circular detalladas notas con cifras que explicaban su omisión de la semana anterior, lo cual sirvió para desautorizar a Kibby incluso antes del comienzo de su presentación.

Bob Foy estaba sentado, echando chispas silenciosamente, pero —y Skinner tomó nota de ello— su ira parecía menos dirigida contra él que contra Kibby, por defender de forma tan inepta su *status quo* y su posición.

Fue Skinner quien, de hecho, cerró la reunión arremetiendo contra la defensa del sistema de informes en vigor efectuada por Kibby, al decir: «Entonces, Brian, lo que en sustancia propones es: cero pelotero. Dejémoslo todo como está», imitando la hastiada melancolía de Foy del día anterior hasta el punto de parodiarle, cosa de la que todos salvo el jefe parecieron darse cuenta. En cierto momento, Shannon, que había sido agasajada con dichas imitaciones en el pub, tuvo que ahogar una risita cuando Skinner hizo *aquello* con los ojos. «Mucha gente podría pensar que hacerles

venir aquí para decirles aquello que podría haber circulado en un correo electrónico no constituye la mejor inversión posible de su tiempo», prosiguió Skinner con una arrogancia que iba en aumento, «y, por extensión, de los recursos municipales, cuyo empleo eficiente tanto dices que te importa», añadió sonriendo con frialdad, sin apartar del rostro de Kibby su sonrisa.

Brian Kibby estaba mudo de asombro. Fue incapaz de replicar. Tenía la cabeza a punto de reventar y se le aflojaron las piernas. Paralizado como un animal por los faros de un coche, miró en torno a los miembros de la tensa plantilla.

¡Segundo strike!

«Si algo no está estropeado, no hace falta arreglar…», empezó en tono débil, hasta que su hililo de voz quedó reducido a un siseo gutural.

Colin McGhee se volvió hacia Skinner con expresión estupefacta, y luego hacia Kibby con idéntica cara de perplejidad, que se fue extendiendo por la mesa como un reguero de pólvora.

«Lo siento, Brian», interrumpió secamente Skinner, «no te oigo. ¿Podrías levantar un poquito la voz?».

«Si algo no está estropeado…», quiso reiterar Kibby con contumacia, pero no pudo acabar la frase, pues sintió cómo le subía algo desde la boca del estómago. Trató de taparse el rostro, y volviéndose, logró que gran parte del vómito fuera a parar a una papelera, pese a que parte del mismo cayó sobre la mesa y salpicó la manga del traje de Cooper.

¡Tres strikes y fuera!

Shannon y Colin McGhee acudieron en ayuda de Kibby; mientras tanto, Foy sacudía la cabeza con gesto cansino.

«Parece que el virus fantasma ataca de nuevo», dijo Skinner con cara de póquer, mientras Kibby potaba humillantes bocanadas de huevos revueltos, beicon y tomate dentro de la papelera, y Cooper se limpiaba la manga de la chaqueta con un pañuelo y una mueca de asco en la cara.

Danny Skinner se levantó y abandonó la sala de conferencias, como consagrado, dejando tras de sí a un afligido Kibby y a sus inquietos y divididos colegas. A despecho de su exaltación y emoción, se afanó por entender la situación.

¿Qué cojones ha pasado ahí dentro?

Se trata, sin duda, de algo puramente casual. Es obvio que Kibby tiene la gripe o algún virus auténtico, mientras que últimamente yo he estado bebiendo tanto que mi tolerancia se ha disparado. Resulta preocupante que te cagas; podría tratarse del último chispazo del alcohólico, de un subidón final de omnipotencia antes del comienzo del aciago declive.

Con todo… ¡Kibby la ha cagado! Ha estado total y absolutamente de los nervios.

¡Presentaba todos los síntomas de alguien que hubiese estado empinando el codo!

Nah…, qué más quisiera yo.

La tarde se le pasó volando, y quedó atónito al comprobar que, al llegar la hora del cierre, tenía el escritorio inmaculado. Completamente maravillado, de camino a casa se detuvo en varios de sus establecimientos hosteleros favoritos de Leith Walk: el Old Salt, el Windsor, Robbie's, el Lorne Bar y el Central.

Aquella noche, en su piso, se quedó levantado pegándole a una botella de Jack Daniels con un litro de Pepsi sin gas, mientras veía *El bueno, el feo y el malo* en Channel 4. Algo, no obstante, le reconcomía a pesar de su satisfacción. Tenía que cerciorarse. Encendió un cigarrillo, y tras vacilar sólo un instante, lo apagó contra su mejilla. Prorrumpió en un feroz alarido de dolor; los ojos se le llenaron de lágrimas. El aborrecimiento que sentía por sí mismo le dolía más que la quemadura.

¿Cómo he podido ser tan estúpido, joder? Probablemente me he hecho una cicatriz para toda la puta vida.

Vio el resto de la película en un estado de honda depresión, tentándose de vez en cuando el feo quemazo que se había hecho en la mejilla.

Finalmente Skinner se fue a la cama, a la espera de uno de esos sueños dolorosos e intermitentes, del tipo que solía tener cuando estaba empapado de alcohol. Pero durmió profundamente, y a la mañana siguiente, al despertarse, se sentía tonificado. Se examinó el rostro en el espejo del cuarto de baño. Algo no cuadraba. Faltaba algo. Sintió desatarse en él tal grado de excitación que tuvo que sentarse en la taza, temeroso de desmayarse, mientras las implicaciones se le agolpaban en la cabeza.

El caso es que dolía una barbaridad. Brian Kibby se estremecía de dolor mientras Joyce aplicaba un poco de antiséptico sobre la fea herida que su hijo tenía en la mejilla. «Desde luego, fea es. Tienes que recordar haber hecho algo. Parece como una quemadura o un bocado…».

Aquel dolor era horrible y repugnante, y le preocupaba que ni siquiera se hubiese dado cuenta de cuándo había tenido lugar. Parecía que se le hubiese inflamado en plena noche. Le despertó el escozor, y encendió la luz, blandiendo un ejemplar enrollado de la revista *Which Computer*, y mirando por todas partes bajo la cama, detrás de las cortinas, en busca de algún exótico intruso con muchas patas. No logró encontrar nada. «Qué más quisiera yo», se quejó desconsoladamente.

«Tienes un aspecto terrible, hijo», dijo Joyce, sacudiendo la cabeza con expresión lúgubre, «estoy segura de que has cogido algo. Deberías ir a ver a un médico».

Brian Kibby tenía que reconocer que no se encontraba nada bien, pero se sentía poco inclinado a dar alas a los aspavientos de su madre, pues sabía por experiencia que eso sólo le hacía sentirse peor. La forma en que ella le mimaba había sido un punto de fricción frecuente entre su padre y ella. Ahora que Keith ya no estaba entre ellos, Brian era el hombre de la casa, y estaba resuelto a comportarse como tal. «Estaré perfectamente, no es más que una picadura de algún insecto que habrá llegado con la primavera. Son cosas que pasan», dijo alegremente, pero sintiéndose

mucho más débil y enfermo de lo que dejaba ver.

Sin embargo, en su vida estaban ocurriendo muchas cosas emocionantes, y sentía que en aquel momento no podía permitirse el lujo de doblegarse ante la enfermedad. El viernes iba a haber una reunión de los Hyp Hykers en el McDonald's de Meadowbank, lugar que se había convertido en uno de sus lugares de encuentro regulares. En ocasiones Kibby disfrutaba del placer prohibido de un Big Mac, pese a saber que al estar lleno de azúcar, sal, grasa y aditivos, aquello no podía ser saludable. Pero lo más emocionante era que Lucy y él habían quedado en ir al polideportivo para disputar un partido de bádminton después de la reunión.

¡Eso sí que dará que hablar en el club!

Tenía mal cuerpo, pero la cabeza ya le daba vueltas con la noción prematura, quizá incluso ridícula, de que ya eran novios con todas las de la ley. A lo mejor después del partido hasta la invitaba al pub Golden Gate a tomar una copa, aunque probablemente él se ciñera al zumo de naranja fresco con gaseosa.

Ian había llamado anoche para recordarle lo de la convención de *Star Trek* a la que pensaban acudir el sábado en Newcastle.

¡Pues sí, este fin de semana pinta movidito!

El peliagudo problema de su matrimonio estaba todavía por resolver. Decidió asesorarse en un chat de Internet de *Harvest Moon*. Como tantos otros jugadores, su favorita era Ann. Tenía que reconocer que había algo en ella que en la versión 64 era mejor que en la BTN, pero además de ser guapa, era fiel y seria.

Una buena esposa. Un buen activo.

Sin embargo, no lograba quitarse a Muffy de la cabeza. Le encantó ver que Jenni Ninja estaba *on-line*. Ella (dio por supuesto que era mujer) era muy sensata, y conocía el juego al dedillo, por lo que acumulaba unas puntuaciones muy altas.

05-03-2004, 7.58
Über-Priest Rey del
Cool

Hola, Jenni, preciosa. Sigo atascado con lo de mi decisión matrimonial. Es muy importante. La cosa está tomando visos de convertirse en una batalla de las supermonas, Ann contra Muffy, aunque Karen y Elli siguen siendo candidatas. ¿Algún consejo?

05-03-2004, 8.06
Jenni Ninja
Una Deidad Divina

Sí. He de reconocer que yo voté por Ann y Muffy. Son mis

favoritas de siempre. Antes me gustaban Karen y Celia pero ya no. Buena suerte con tu decisión, Über-Priest. Espero que todo vaya sobre ruedas.

Me ha respondido inmediatamente. Y lo entendió. ¿Quién será Jenni Ninja? Parece de lo más enrollada y sexy, pero a lo mejor es lesbiana, y quiere casarse con otras chicas y tal. ¡Pero sólo es un juego! A lo mejor debería contestarle y preguntarle dónde vive. Pero eso me parece un poco baboso.

05-03-2004, 8.21
Über-Priest Rey del
Cool

Gracias por tus consejos, Jenni, preciosa. Se trata de una decisión difícil de tomar pero aquí, desde el Palacio del Amor, el Rey del Cool toma nota de la sabiduría de tu verbo.

Sonrío ante mis propias palabras pero noto un calor ardiente en las mejillas. Me siento tentado de esperar y ver si Jenni Ninja contesta, pero tengo que ponerme en marcha y me encuentro fatal. Cierro la ventana del chat, y luego salgo de Harvest Moon *y apago el monitor. En el reflejo veo la fea cicatriz de mi mejilla. La cabeza me da vueltas y tengo náuseas; me siento sucio, sucio por dentro. Aquí hay algo que no cuadra*.

Así pues, Brian Kibby fue a trabajar como un zombi. En la oficina se sintió muy desasosegado. Danny Skinner había llegado antes que él y eso era algo que rara vez, si alguna, había sucedido. Por añadidura, Skinner parecía encantado de verle, lo que hizo que Kibby se sintiera cohibido, pues los ojos de aquél no abandonaban su rostro, donde se encontraba la marca de la picadura. «Eso tiene mala pinta, Bri, ¿qué es?».

«¿A ti qué te importa?», saltó éste, inusitadamente irritable. Era la gripe aquella, que le secaba la boca, hacía que le doliera la cabeza, le envenenaba las tripas y le destrozaba los nervios.

Skinner levantó los brazos en un ademán burlón de rendición. «Perdona, si lo sé, no digo nada», dijo, suscitando un gesto de empatía por parte de Colin McGhee y otro de Shannon, a pesar de que se pasó un pelín al añadir: «¡Esta mañana alguien se ha levantado con el pie izquierdo!».

Brian Kibby salió a efectuar sus inspecciones. De camino a sus lugares de destino, leyó todo lo que pudo acerca del ayuntamiento y de su modo de funcionar, así como viejos papeles del comité e informes sobre iniciativas relativas a la salud pública. Quería estar bien preparado para la prueba.

Tengo que obtener este ascenso.

A la salida de un restaurante italiano, una jovencita que llevaba un chaleco

adornado con el logotipo de la asociación para la investigación del cáncer le sonrió con gesto suplicante. No debía haberse detenido, pero aquella mirada torva le conmovió.

Parece una chica realmente encantadora y una persona muy agradable.

Sheryl Hamilton estaba harta. Se sentía como una prostituta, todo el día abordando a tíos. Los que se detenían eran o repulsivos hombres de negocios o víctimas absolutas, como éste. Ahora hasta pienso como una puta, reflexionó, mientras soltaba de nuevo su perorata. Kibby descubrió, cosa alentadora, que la mayoría de cánceres pueden prevenirse y son tratables, y que constantemente se estaban produciendo grandes avances médicos. Sin embargo, añadió Sheryl con tono grave, para poder seguir realizando tales progresos hacían falta fondos de forma urgente.

Kibby firmó diligentemente por debajo de la línea de puntos, animado por la conciencia de estar haciendo algo solidario y útil. Pensó en preguntarle a la chica si alguna vez le apetecería quedar a tomar un café, pero Sheryl se puso inmediatamente a hablar con otra persona y pasó su oportunidad.

Más adelante empezó a sentirse un poco mejor. Durante el descanso de la tarde, se sentó al lado de Shannon, maravillado por su esmalte de uñas rojo, como si estuviera en un club nocturno en lugar de en la oficina. Estaba leyendo una revista del corazón y Danny Skinner estaba presente, tomándole el pelo.

«No es más que una inofensiva distracción popular, Danny. A ver, que ya sé que no es la clase de publicación que va a lograr que el mundo cambie».

«Ya lo ha hecho. A peor», dijo Skinner, levemente preocupado por parecerse a su madre.

Shannon enrolló la revista y fingió golpear con ella a Skinner antes de arrojarla sobre el escritorio. A éste le puso un poco nervioso aquella muestra pública de intimidad. Se fijó en la raqueta que asomaba de la bolsa de deporte de Kibby. «¿Bádminton, Bri?».

«Sí…», dijo éste con recelo. «¿Tú juegas?».

«Demasiado duro para mí. Esta noche voy a salir por ahí a ponerme ciego», le dijo con una sonrisita de suficiencia.

Como si a mí me importara, pensó Kibby mientras recogía la revista de Shannon.

Kibby se fijó en las gemelas norteamericanas, las Olsen; en la portada de la revista estaban hablando de su próxima película. Consideraban que se trataba del «paso siguiente», opinión compartida, al parecer, por las chicas, el equipo de dirección y el redactor de la revista. A él le parecían unas muchachas muy dulces y muy bonitas.

Esas chicas son preciosas. No puedo decidir cuál de ellas más. Lo cierto es que parecen idénticas.

Skinner se dio cuenta de la atención con la que Kibby leía. «No hay pervertido que no lleve siglos esperando a que lleguen a la pubertad», dijo como quien no quiere

la cosa, lo que hizo que Kibby pasara la página tímidamente. «Es el rollo de las gemelas. Apetece tirarse a las dos sólo por ver si una de ellas resulta ser diferente. ¿No, Bri?».

«Piérdete», saltó Kibby, pese a estar un poco desasosegado.

«Venga», insistió Skinner, fijándose en que ahora parecía haber captado el interés de Shannon, «tienes que sentir cierta curiosidad. Unas gemelas idénticas, criadas en el mismo hogar, que lo han hecho todo de la misma manera e interpretado el mismo papel en la tele…, ¿tendrán inclinaciones sexuales diferentes?».

«No pienso tomar parte en esta conversación», dijo Kibby con aire estirado.

«¿Y tú, Shannon?».

«¿Quién sabe? ¿Tendrá uno de los Bros la polla más grande que el otro?», dijo ella, cogiendo el auricular y llamando a una de sus amigas, ajena al hecho de que aquel comentario de pasada, que Skinner parecía estar sopesando, había dejado helado a Kibby.

Ha conseguido que ella se vuelva tan mala como él. ¡Jamás de los jamases permitiré que se acerque lo más mínimo a Lucy! ¡Es un cabronazo enfermo y malvado!

16. Star Trekking

Brian Kibby permaneció en vela toda la noche, cociéndose en su propio sudor. La fiebre hizo estragos en su cuerpo maltrecho, y su mente torturada estuvo inundada de visiones delirantes, lo que le hizo temer por su estabilidad mental. Era incapaz de ver otra cosa que el rostro cruel y burlón de aquel matón psicótico de Danny Skinner.

¿Por qué me odia tanto?

En el colegio, Brian Kibby era lo bastante sensible, tímido e inseguro como para llamar la atención de muchachos agresivos como Andrew McGrillen, que olfateaban instintivamente el rastro de las presas del patio de recreo. Y, no obstante, ni siquiera en el colegio se había topado con alguien como Skinner, tan implacable, tan resuelto a transitar la senda de un odio controlado y manipulador contra su persona. Al mismo tiempo, sin embargo, su némesis estaba dotado de una inteligencia y de una personalidad que hacían pensar que tendría que estar por encima de semejante conducta. Este aspecto era el que más le perturbaba.

¿Por qué se tomará tantas molestias conmigo?

Llegado el sábado por la mañana, Brian Kibby se encontraba peor que cuando se había levantado el día anterior. Salió a rastras y gimiendo de la cama a su pesar, y se dirigió al centro, donde se encontró con Ian en la estación de Waverley. Éste estaba emocionado y los dos amigos intercambiaron su tradicional choque de palmas; Ian, en broma, sacó su iPod.

«¿Llevas el iPod en posición de "aturdir"?», preguntó Kibby, como era su costumbre, a lo que Ian respondió: «¡No, tío, el iPod está programado para matar! Maroon 5, Coldplay, U2…», dijo con entusiasmo.

«Si añadimos a Keane y a Travis a la lista, ya tenemos la fiesta montada», replicó Kibby con gesto cansino, levantando y meneando su propio aparato. Hasta aquel ritual, habitualmente vigoroso, resultaba ahora agotador, y Kibby se disculpó por el virus, subiendo su cuerpo somnoliento y sudoroso a bordo del tren. Normalmente los viajes en tren le producían gran placer, pero en aquella ocasión se limitó a sentarse, esforzándose por leer el periódico mientras, apretujado y abatido, sudaba profusamente.

Entretanto, Ian hablaba por los codos de la importancia de *Star Trek* como visión idealista y fuente de inspiración de cara al futuro: era un universo en el que no había países en guerra, ni dinero, ni racismo, y donde se respetaban todas las formas de vida. Le encantaban las convenciones y la gente a la que conocía en ellas, sus correligionarios Trekkies.

Kibby escuchó en silencio, con una sonrisa débil y afligida, que puntuaba de vez en cuando asintiendo fatigosamente con la cabeza. Su resentimiento iba en aumento, ya que su amigo parecía ajeno a su malestar. Dos Nurofen le habían ayudado un poco,

pero seguía sintiéndose fatal. Al atravesar un túnel, el tren traqueteó, produciendo un repetitivo «zum» sonoro semejante al de los efectos especiales que simulaban una salva de misiles espaciales. Kibby temblaba, y se sintió contento al bajarse en Newcastle.

Ya en el hotel, Ian conectó sin dilación la consola de la Playstation que había traído consigo al televisor. Su amigo cargó *Brothers in Arms: Road to Hill 30*.

«Éste te va a encantar, Bri, *Game Informer* le dio un ocho y medio…».

Kibby asintió; estaba saliendo del cuarto de baño con un vaso de agua con el que bajó dos paracetamoles más. «Ocho y medio. No está mal», dijo con voz ronca, sentándose en la cama.

«Pues a mí me parece que tendrían que haberle dado un nueve, o quizá hasta un nueve y medio. Se basa en la historia real, sin censurar, de la invasión de Normandía. Ya he llegado al nivel francotirador. ¿Te apetece probarlo?».

«La resolución parece un poco desleída», dijo Kibby, desplomándose de nuevo sobre la cama.

«Vale». Ian se levantó. «Ya veo que quieres ir a lo que hemos venido. ¡Vamos donde la marcha!».

Kibby se incorporó a regañadientes y se afanó por ponerse la chaqueta.

En el National Gene Centre se respiraba un ambiente de intensa emoción. La iluminación era tenue y el formidable sistema de sonido emitía una vibrante música electrónica. De pronto, se encendieron y se apagaron unas luces de láser mientras las estroboscópicas resonaban a una cadencia lenta y la voz del actor William Shatner surcaba el aire:

> El espacio, la última frontera. Éstos son los viajes de la nave estelar *Enterprise*, que continúa su misión de exploración de mundos desconocidos, descubrimiento de nuevas vidas y de nuevas civilizaciones, hasta alcanzar lugares donde ningún hombre ha podido llegar.

«Eso me parece un pelín sexista», dijo Ian mientras se internaban en el salón. «Tendrían que haber puesto la introducción de Patrick Stewart, la que dice “hasta alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar”».

Se rumoreaba que el actor DeForest Kelley, que interpretaba al doctor «Bones» McCoy en la serie original, estaba en el país, y que, de ser cierto, lo más probable es que hiciera acto de presencia. Mientras daban vueltas entre el gentío, inspeccionando los múltiples tenderetes, con sus expositores, sus mercancías y sus sociedades de ciencia ficción, Ian le comentó a Kibby: «Sería estupendo hablar con Bones. Me pregunto qué opinará de verdad de Leonard Nimoy como persona».

Fueron aglomerándose hacia la plataforma situada al fondo del salón para escuchar al presentador, vestido de representante de una especie alienígena conocida como los Borg, que les daba la bienvenida desde el estrado. «Así que disfrutad», les

exhortó, «y no lo olvidéis: ¡toda resistencia será inútil!».

A Kibby le puso nervioso verse inmerso en aquella concurrida multitud, pero se sintió más nervioso aún al notar que algo le rozaba las nalgas.

¡Ha sido una mano!

Se volvió bruscamente y vio a un hombre de mediana edad con cabellos claros y canas incipientes a la altura de las sienes, que lucía un gran bigote tipo Zapata y que le sonreía lujuriosamente. Tenía una tez de un moreno anaranjado y llevaba una camiseta de color tan eléctricamente blanca bajo las luces como sus dientes. Llevaba impresa la palabra TELEPÓRTAME.

Volviéndose de nuevo, Brian Kibby oyó decir a Ian: «¡Al fin y al cabo no es DeForest Kelley, sino Chuck Fanon, que interpretó a un miembro de la tripulación Klingon en uno de los episodios de *Deep Space Nine*!».

¡Otra vez!

El roce inicial había dado paso a un magreo descarado. Algo en su fuero interno restalló como una cinta elástica. Tendría que volverse y soltarle un guantazo a aquel tipo o decirle que se fuera a tomar por ahí. Pero Brian Kibby no le pegaba a nadie, y no juraba ni montaba numeritos en lugares concurridos. Por razones desconocidas hasta para él mismo, siempre soportaba los insultos y humillaciones en silencio. En su lugar, chasqueó débilmente la lengua y se orientó hacia la salida, tras lo cual se encaminó al hotel.

Ian Buchan se dio la vuelta a tiempo para ver cómo Brian Kibby se abría paso entre la multitud, y salía cabizbajo. Estaba a punto de salir tras él cuando vio que a su amigo le seguía aquel tipo sórdido que siempre andaba por las convenciones y que era un notorio pervertido. Vaciló, tratando de descifrar lo que pasaba.

Con la cabeza gacha, atravesando un puente en compañía de un grupo de amigos con el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba para protegerse del viento frío y cortante mientras encendía un cigarrillo, Danny Skinner mantuvo la vista al frente, ansioso por ver aparecer los bloques de viviendas protegidas que habrían de protegerle del asalto del vendaval. Las displicentes nubes, que bullían y se arremolinaban en lo alto, se iban aproximando cual pandilla rival resuelta a infligirles serios daños. De pronto, una bolsa de aire levantada por el viento le arrojó arenilla a la cara. «Joder», escupió al chocar con una muchacha que venía en la dirección contraria: era obesa, estaba amargada y chasqueaba la lengua. Ante él bailaba una bolsa de patatas fritas cuyo revoloteante movimiento amanerado y sus colores chillones parecían burlarse de su situación.

A medida que lagrimeaba e iba expulsando el polvo, la palabra colocada en lo alto de una valla publicitaria, en austeros caracteres negros sobre fondo blanco, fue haciéndose legible: CONTACTO.

«Me alegraré que te cagas cuando estemos dentro del campo», le dijo gimiendo a

McKenzie mientras se aproximaban a los molinetes.

«Ya, y yo», asintió McKenzie, entrechocando las palmas de sus heladas y voluminosas manos.

Skinner dirigió a Gareth una rápida mirada cómplice, que parecía indagar, de forma clandestina, cómo podía esperarse siquiera que un hombre de la envergadura de Rab el Grande atravesase los molinetes. En algún lugar había leído que desde la década de los cincuenta, el molinete británico había aumentado su anchura en una media de unos treinta centímetros. El artículo también decía que seguía siendo insuficiente, pues en la actualidad tenían que entrar más personas no discapacitadas que nunca por las puertas para discapacitados.

Seguía apeteciéndole un pastel.

«Creía que habías dejado el fumeque, Skinny», dijo Gary Traynor indicando el cigarrillo con un gesto de la cabeza.

«No parece que tenga mucho sentido», sonrió Skinner. «Soy de los que opinan que en realidad es bueno para la salud. Para mí que lo que mata de verdad es ser fumador pasivo».

Desde la destartalada grada este, «la sarnosa» o «el establo», como con mayor pertinencia la denominaban sus ocupantes, la grada sur, la de los visitantes, era un caleidoscopio de rostros apenas visibles. Traynor lamentó no haberse puesto las lentillas. A aquella distancia, divisar las caras de los del Aberdeen era imposible. Como sucedía con frecuencia, destacaba un gordo cabrón zumbando a un tipo calvo y pelirrojo próximo. El obeso *casual* del Aberdeen saludó el coro de «gordo cabrón, gordo cabrón» con una obsequiosa reverencia, lo que hizo aullar a los simplones, mirar fijamente y con malevolencia premeditada a los psicópatas, y sonreír con silenciosa gratitud a los chicos espabilados.

De repente el viento cambió de dirección, arrojando una rociada de lluvia al rostro de la multitud. Un minúsculo riff de politono interpretó el comienzo de «The Boys are Back in Town» mientras McKenzie encendía el móvil. Skinner, pese a aparentar despreocupación, sabía que era el proveedor de coca y se dio a sí mismo el gusto de ese «¡sí!» interno que seguía a una victoria psicológica de medio tiempo de ese calibre.

Skinner miró a sus amigos, subsumidos en el interior de una cuadrilla más grande. Aquel día había salido bastante gente. Se sentía preparado para un poco de movida en serio, más que hacía mucho tiempo. Para después del partido se había organizado un encuentro en East London Street, y se suponía que *Is&firms* tenían que trasladarse allí en grupos pequeños.

Mientras los seguidores de los Hibs comenzaban a marcharse diez minutos antes del pitido final, los muchachos del Aberdeen lanzaron un ataque sorpresa. En lugar de cruzar el puente de Bothwell Street, de algún modo lograron llegar a la parte de atrás de la Grada Sur, donde se enfrentaron a los restantes seguidores de los Hibs. La mayor parte de las brigadas de los Hibs había abandonado «la sarnosa» y se dirigían

al punto de encuentro, pero hubo unos cuantos rezagados, entre ellos Skinner, que quedaron sorprendidos de ver a las cuadrillas del Aberdeen embistiendo contra manadas de hinchas aterrorizados mientras se abrían paso en su dirección.

Allá vamos…

Mientras la adrenalina le surcaba el cuerpo, Skinner sintió cómo se le aceleraba el pulso. La policía estaba pura y simplemente ausente cuando las brigadas del Aberdeen se lanzaron hacia delante. La cosa estaba desatada, pensó Skinner con emoción, y con unas multitudes casi del estilo de los años setenta y ochenta. Por todas partes. Una bulla de las de antes, como mandaban los cánones, de esas para las que habían pasado años preparándose, pero que debido a la ritualización de la violencia producto de la vigilancia policial y de los seguratas, rara vez tenía lugar a escala alguna fuera de las páginas de los periódicos. Skinner no sólo no cedió terreno, sino que se lanzó de cabeza hacia los muchachos del Aberdeen lanzando puñetazos por el camino.

Venga ya, follaovejas de mierda…

Al esquivar de un paso lateral a un fornido muchachote rural que lucía una chaqueta Stone Island de color negro, de repente Skinner se encontró intercambiando golpes veloces y entusiastas con un tipo dentudo y con el rostro chupado, de mirada dura y ojos de comadreja, el cual llevaba una Paul & Shark roja. Había decidido permanecer atento y en la guardia de combate correcta, pero su adversario fue el primero en golpear, asestándole un potente derechazo en la nariz que le dejó aturdido y le llenó los ojos de lágrimas, de modo que muy pronto Skinner empezó a lanzar golpes sin ton ni son, moviendo los brazos cual aspas de molino, como un aficionado cualquiera.

Hijo de puta…

Encajando una buena galleta en el ojo y otra en el mentón, Skinner reculó un poco a la vez que se tambaleaba, notando fugazmente la lánguida luz de la sosa farola de sodio sobre el tenebroso fondo del cielo crepuscular. Sólo entonces se dio cuenta de que había ido a parar al suelo. Al reparar en que no le sostenían las piernas, se dio cuenta de que era improbable que pudiera levantarse, por lo que se colocó en posición fetal. Aquello no iba a entrañar su defunción, pues sería otro el que se llevase la paliza. Sí, Kibby iba a sufrir, porque ahora él, Danny Skinner, era invencible. ¡Era inconcebible y demencial, pero suyo era el poder!

¡Hala, Aberdeen, venga, hostias!

Después de que le hubieran clavado un par de recias bota un aguafiestas gritó: «¡Ya vale, tío, ya es suficiente!».

Vete a tomar por culo… estúpido capullo…

Al inundarse el aire con el sonido de las sirenas policiales la lluvia de golpes empezó a remitir y después cesó.

Los Kibby le deben una ronda a algún follaovejas decente, o mejor dicho, a la fuerza pública de Lothian. Con todo, ha sido una tunda de lo más completa…

Durante un rato pensó que lo habían apuñalado. Algunos de los golpes parecían demasiado crudos e incisivos como para haber sido ocasionados exclusivamente por puños o botas, pero cuando los enfermeros le levantaron del pavimento no vio ningún rastro de sangre. Antes de que éstos pudiesen subir su aturdido cuerpo a la parte trasera de la ambulancia, dos policías se lo arrancaron de las manos pese a sus protestas, esposándole y arrojándole al furgón, donde le quitaron una de las manillas y la cerraron de nuevo sobre una barra que corría a lo largo del vehículo. La locura del niki Lacoste, pensó, entre el aturdimiento de la doble visión, sentado en silencio dentro de la tocinera, mientras el efecto anestésico de la adrenalina se disipaba y se daba cuenta de que le dolían los costados y que tenía la cabeza a punto de estallar. A su lado estaba su adversario del Aberdeen. «¿Estás bien?», le preguntó el chico, mirando a un maltrecho Skinner con cara de arrepentimiento y ofreciéndole un cigarrillo.

Su oponente, dolorido y mareado, aceptó de buena gana. «La verdad es que lo habéis hecho muy bien», reconoció éste.

«Tío, vaya paliza te acabas de llevar».

«Ah, ya se sabe, accidentes laborales, colega. En cualquier caso, en Leith nos crían duros de pelar», dijo, sonriendo a través de su terrible y a la vez dulce dolor.

Espero, por el bien de uno que yo me sé, que hagan lo mismo en Featherhall.

Fijándose en la chaqueta del muchacho, Skinner comentó: «Bonitos trapos. ¿Una nueva gama de Paul & Shark?», preguntó, señalándole el pecho.

«Sí, me la pillé en Londres, ¿sabes?», le dijo el nativo de Aberdeen con una sonrisa de oreja a oreja. Skinner trató de sonreír a su vez, pero la cara le dolía demasiado. Sin embargo, el dolor no duraría demasiado, pensó con buen humor.

Vaya, en todo caso no a mí.

Ian Buchan se preocupó al ver que Brian Kibby regresaba temprano al hotel. Reflexionó acerca de por qué Brian se había marchado; quizá tendría que haberse ido con él. Pero ¿a qué venía eso de marcharse con aquel tipo tan extraño? ¿Podría ser… que Brian fuera gay? Seguro que no, siempre había mostrado interes por las chicas, como Lucy por ejemplo, y la chica esa de su trabajo de la que siempre hablaba. Pero quizá… se trataba de un caso de «dime de lo que presumes…».

Al llegar al hotel, Ian no quiso subir a la habitación. Brian era un adulto, lo que hiciera o dejara de hacer era cosa suya. Se detuvo en el malecón de la ribera, se fijó en el refulgir de la luz de luna sobre el Tyne, y en el nuevo bar temático a orillas del río asomando bajo el vidrio y el cromado.

¡Quizá Brian está en la habitación con aquel tío!

Se quedó levantado en el bar hasta altas horas con algunos Trekkies más, hablando de convenciones anteriores. La fiesta prosiguió en una de las habitaciones de hotel, donde Ian se despertó, completamente vestido, junto a un Trekkie al que

apenas conocía de nada.

En una habitación del piso situado directamente encima de él se filtraba una luz tibia a través de las cortinas; estaba amaneciendo. Brian Kibby trató de levantar su dolorida cabeza de la almohada pero su cuerpo gruñía de forma amenazadora ante tal idea. Recordó, aterrorizado, los acontecimientos del día anterior. El tipo raro que le había metido mano. Se había sentido fatal por el acoso y la humillación, y había regresado al hotel sin decirle a Ian una palabra. Y ahora la cama de éste estaba vacía; no había venido a dormir.

¡El tío asqueroso aquel incluso le había seguido, diciéndole cosas repugnantes acerca de mantener relaciones sexuales ellos dos! Se estremeció al recordar las palabras de aquel pervertido: «Quiero petarte el culo. Quiero oírte chillar».

«¡DÉJAME EN PAZ!», le aulló a la cara Brian Kibby, quien rompió a llorar y echó a correr mientras todo aquel que entraba y salía del salón se volvía y miraba, para horror y vergüenza de Brian, al pervertido del mostacho.

Después, Kibby volvió al hotel con los nervios crispados, preguntándose qué le estaba sucediendo. Se hizo un ovillo bajo la manta. En lugar de conciliar un sueño reparador, se quedó ahí, aletargado; se sentía como si hubiera sufrido un accidente de automóvil. Tenía la boca y la garganta completamente secas, como si hubiese tragado tórrida arena candente. Trató de generar algo de saliva pero sólo logró soldarse la lengua al paladar. Ahora se atragantaba con aquel calor áspero y seco, que parecía habérsele incrustado en la garganta y el pecho… Extendió la mano para coger el vaso de agua que había junto a la cama, pero había olvidado llenarlo. Exhausto y dolorido, no era propenso a dejarse acosar de esa forma tan flagrante por sus necesidades, pero una tos convulsiva se apoderó de él, empezaron a llorarle los ojos y se vio forzado a levantarse y acudir tambaleándose hasta el minibar en busca de un poco de agua mineral, mientras experimentaba un insoportable y ardiente dolor en las piernas, la espalda y la cabeza.

Tenía los labios extrañamente entumecidos e hinchados: al sorber el agua, ésta se le escurrió sobre el pecho y el pijama.

Las primeras horas de la madrugada fueron transcurriendo lentamente, al igual que lo había hecho la noche, entre agónicos desvelos. A Kibby le dolían y le picaban los ojos, que tenía hinchados y llenos de légañas fantasmas del insomnio. Se retorció en la cama como una marsopa varada, empapado en sudor.

Al oír que llamaban a la puerta, se levantó dificultosamente, sintiendo como si un desfile de tamborileros tocase una retreta sobre sus piernas, espalda, cabeza y brazos. Al abrir tímidamente la puerta, vio cómo Ian contraía el rostro, horrorizado.

Lejos de que formulasen cargos contra él por sus actividades durante la pelea que tuvo lugar tras el partido con el Aberdeen, Danny Skinner se llevó tal paliza que el sargento de guardia le envió directamente a urgencias, reprendiendo a los agentes que

lo habían arrebatado de manos de los enfermeros. Allí decidieron mantenerle en observación durante una noche. En el pabellón habló con un reportero del *Evening News* que trataba de sonsacar información a los heridos. Era un tipo joven, con una calvicie incipiente y una piel terriblemente picada de viruelas. Viendo sus ademanes serios pero nerviosos, Skinner sintió lástima por él. El reportero colocó una grabadora delante de él y le preguntó «¿Te importa?» con el mismo tono con que podría haber preguntado si le importaba que encendiera un pitillo.

La postura adoptada por Skinner fue decir que mientras abandonaba el campo unos matones del Aberdeen se le habían echado encima. La suerte le había sonreído, pues en el único trozo de metraje de televisión por circuito cerrado concluyente en lo que se refería a su participación en el conflicto, aparecía postrado en el suelo mientras varios individuos le pateaban. Habló largo y tendido mientras el reportero escuchaba, con expresión preocupada pero imparcial.

Aquella misma noche le administraron unos analgésicos que no hicieron absolutamente ningún efecto sobre los terribles dolores que estaba padeciendo. En cierto momento sintió la necesidad de ir al baño, pero se encontraba demasiado dolorido como para moverse. Permaneció quieto hasta sumirse finalmente en un sueño regular. Al despertar por la mañana temprano, saltó de la cama y vació la vejiga, mirándose acto seguido en el espejo.

¡No tengo ni un rasguño!

Disgustado por su pobre rendimiento durante la pelea, adoptó una guardia y practicó boxeo de sombra durante un rato. Luego se vistió y abandonó el pabellón, dándose de alta, avergonzado por la ausencia en su rostro de la más mínima marca. «Antes de que se marche tendrá que verle el médico», le dijo una sorprendida enfermera, mirando las notas y tratando de reconciliar al Skinner que tenía delante con el que habían admitido sus compañeros el día anterior.

Fue a buscar al médico de guardia, pero cuando regresó Skinner había desaparecido.

Al llegar a casa aquel domingo por la mañana, Skinner oyó sonar el teléfono tres veces antes de que saltara el contestador. Llamó al 1471, deseando que fuera Kay preocupada por sus lesiones, pero el número que apareció era el de su madre. Debía de haber leído algo sobre él en el *Mail*. Pensó en llamarla, pero su orgullo se lo impidió, diciéndose que si tanto le importaba, ya volvería a llamar.

«Venga, tortuguita», le dijo Ken Radden a un maltrecho y magullado Brian Kibby, que iba jadeando y resollando a unos pasos de distancia del resto del pelotón por la ruta de West Highland. «Como no lleguemos a ese refugio antes de que anochezca…», le espetó en un tono que no auguraba nada bueno, agregando a continuación: «Tú deberías saberlo mejor que muchos».

Ken jamás le había dicho eso antes. Aquélla era su frasecita privada de chantaje

emocional, utilizada habitualmente para descalificar discretamente a otros que, en opinión de ellos, hacían quedar mal al conjunto del grupo. Peor aún, le había llamado «tortuguita», aquel insulto genérico y condescendiente de los Hyp Hykers para alguien que en realidad no daba la talla.

Ahora Brian Kibby se arrepentía de los hastiados bufidos de exasperación que profería cuando Gerald —siempre Gerald el Gordo— les hacía ir con retraso. Había que ver el interés que ponía en prodigarle en tono superficialmente amigable voces de ánimo entreveradas de censura a Gerald cuando Lucy estaba lo suficientemente cerca como para oírle: «¡Venga, Ged! Tú puedes, colega. ¡Ya queda menos!».

Y Lucy. Lo único que hicieron fue intercambiar chocolatinas. Esta vez la suya había sido una Yorkie y la de ella una Bournville Dark. La veía ahora, a poca distancia, tratando de aguardarle, pero incapaz de remediarlo a medida que él se iba rezagando más. Se quedó mirando su mochila naranja, cada vez más fuera de su alcance. Un joven Hyp Hyker de tez morena llamado Angus Heatherhill, con quien Kibby no había hablado nunca, se colocó a su altura. Heatherhill tenía una mata rebelde de cabellos negros, bajo la cual a veces se divisaban un par de ojos oscuros de mirada acerada.

Kibby se sintió apesadumbrado, lo que engrosó su carga física; su corazón, plúmbeo, pareció hundirse unos centímetros dentro de la cavidad torácica. Las cosas estaban yendo tan terriblemente mal… No podía comprenderlo. Todas las mañanas se despertaba sintiéndose fatal. Y había que ver el estado en que se encontraba ahora…

Y encima Ian no había llamado. Se había comportado de una forma muy extraña durante el viaje de regreso en tren, cuando Kibby se despertó, magullado de mala manera, tras sufrir lo que desde entonces había postulado con trepidación como cualquier cosa, desde una reacción alérgica grave a la estrambótica improbabilidad de que se hubiese caído por unas escaleras en estado de sonambulismo. Su madre, al igual que Ian, no podía creerlo; pensaba que le habían pegado una paliza. ¡Ni siquiera iba a dejarle ir a las excursiones de los Hyp Hykers!

A medida que veía la espalda, cada vez más lejana, de Lucy, y los brazos de Heatherhill gesticulando a su lado como las aspas de un molino, Kibby pensó en sus rasgos delicados y frágiles, tan acentuados por aquella fina montura dorada que en ocasiones llevaba en lugar de las lentillas.

A menudo fantaseaba con ser el novio de Lucy. En aquellas ensoñaciones, unas prosaicas escenas domésticas le producían casi tanta satisfacción y menos remordimientos que las imágenes masturbatorias prefabricadas. En una de sus favoritas, Lucy iba sentada a su lado, viajando en el coche, el viejo Capri de su padre, con Joyce y Caroline montadas detrás.

A mamá le encantaría Lucy, y Caroline y ella se harían grandes amigas, como hermanas, pero por las noches estaríamos Lucy y yo solos en nuestro piso y nos daríamos besos y… ¡pero basta ya!

Espabilado por aquella fantasía semiadolescente, Kibby elevó la vista hacia el

cielo, cada vez más oscuro.

Señor, siento mucho lo de todos esos tocamientos porque sé que está mal. Si me consiguieras una novia la trataría bien y no tendría necesidad alguna de…

A Kibby se le cortó de nuevo la respiración al mirar adelante y ver cómo las espaldas del grupo iban perdiéndose cada vez más en el horizonte. Pero alguien se había detenido. Caminó tambaleándose sobre sus doloridas piernas. ¡Era Lucy! Su rostro casi translúcido pareció abrirse mientras él avanzaba de modo vacilante. Un molde de inquietud —¿o sería lástima otra vez?— pareció cincelar su quebradiza sonrisa mientras Kibby sentía que le fallaban las piernas. A cada paso parecían hacerse más cortas o que se estuviera hundiendo en una ciénaga. Pero la tierra empapada subía con rapidez para encontrarse con él y lo último que vio antes del topetazo fue la boca de Lucy formando una O perfecta.

Estaba en la parada del autobús, esperando que uno de los vehículos granates de la región de Lothian le llevara al otro extremo de Leith Walk, y rebosaba de energía, entreteniendo a los demás parroquianos de la cola con su palique. La prensa dominical había hecho mención de los disturbios en Easter Road, y los periódicos del lunes no hablaban de otra cosa. Ya había salido en el *Daily Record,* donde le describieron como Daniel Skinner, empleado del gobierno local e inocente víctima de la violencia del sábado.

Apareció un 16 y vio bajar del mismo a Mandy, la aprendiza de peluquera de su madre, que le contempló con gesto sorprendido: «¡Danny! ¿Te encuentras bien? Es que… ¡en el periódico decían que habías sufrido heridas graves en la cabeza!».

«Siempre he estado mal de la cabeza», se rió él antes de agregar: «No, en serio, menos mal que sólo fue en la cabeza». Se golpeó el cráneo con los nudillos con bastante contundencia, preguntándose si Kibby lo notaría. «La prensa siempre exagera, no dicen más que chorradas».

Ya en el despacho, Skinner hizo méritos presentándose con un estado de ánimo rebosante de aplomo, sin quejarse de sus lesiones una sola vez y, curiosamente, sin una marca en la cara. Sí que cojeaba ostensiblemente, pero fue Dougie Winchester quien reparó en que, tras unas cuantas pintas a la hora de comer, pareció haberse curado de forma milagrosa.

Brian Kibby, en cambio, no se había presentado, tras telefonear para solicitar la baja por enfermedad, algo extremadamente insólito en él.

Los dedos de Beverly Skinner extendían el suavizante por la cabellera gris y estropajosa de Jessie Thomson. La información de la etiqueta decía algo acerca de «aceites de frutas» y los describía como «nutrientes» y, cosa extraña, parecía que, en efecto, al masajear el cuero cabelludo de la anciana, produjera cierto efecto

rejuvenecedor. Los ojos y la boca de Jessie se iban animando por momentos. «Por supuesto, Geraldine siempre ha sido propensa a los quistes ováricos. Su hermana también los sufría. Martina, ¿te acuerdas? La del chico que murió en aquel accidente de moto, ¿te acuerdas? Qué peligrosas son. Qué pena, y un chaval tan majo además. ¿Cómo se supera algo así? A ver, que mis dos hijos no son unos angelitos precisamente, pero si les pasara algo…».

La clienta iba a la caza de algo, tratando de sonsacar a Beverly sobre el mal trago que acababa de pasar Danny. Debería ir a visitarle. La agresión futbolística llevaba preocupándola todo el fin de semana.

Llevo años cantándole las cuarenta a ese estúpido cabroncete por lo de esas tonterías del fútbol…

Es todo lo que tengo. Mi chiquitín. No era mal chico. Era…

Mandy Stevenson entró como Pedro por su casa, con el pelo pegado al cuero cabelludo y a un lado de la cara, y las hombreras de su abrigo beige oscurecidas por un súbito chaparrón.

«Siento llegar un poco tarde, Bev. He visto a Danny al pie de Leith Walk».

«¿Qué?… Ah, ¿cómo estaba?».

«Justo en ese momento subía al autobús para ir al trabajo», dijo Mandy con una sonrisa. «Tenía muy buen aspecto. Ya conoces a Danny, siempre de broma».

«Vaya que si lo conozco», caviló Beverly. [*Cabroncete egoísta. Joder, mira que preocuparnos por nada*,] pensó, haciendo penetrar más suavizante en los agradecidos rizos de Jessie. «Ya verás como esto te sienta de maravilla, cariño», amenazó, mientras Jessie Thomson se sumía en un abrupto silencio puntuado por una mirada tensa.

Brian Kibby era propenso a la hipocondría desde hacía mucho tiempo. De colegial rara vez andaba lejos de la consulta del médico: un certificado de baja procurado para poder gozar de cierta tregua ante el acoso era un bien preciado. Pero desde entonces, se había vuelto remiso a visitar a su médico y jamás faltaba al trabajo. Cualquier supuesta enfermedad era ahora, por lo general, poco más que un hábito de autocompasión, y acostumbraba a hacer uso de su frase rutinaria «Creo que he debido de coger algo», para recabar algún tipo de atención femenina. Ahora que tenía una dolencia auténtica y sin diagnosticar, le preocupaba la posibilidad de estar perdiendo el juicio.

Sin embargo, aquel lunes por la mañana, las insinuaciones de Joyce, sus magulladuras y terribles dolores, por no hablar de su embarazoso colapso durante la caminata, le obligaron finalmente a realizar una visita al doctor Phillip Craigmyre, el médico de cabecera, en su consulta de Corstorphine. «Escucha, hijo…», empezó su madre con cierto desasosiego, «no te olvides de mudarte de calzoncillos…, acuérdate de que vas a ir al médico».

«¿Qué…?». Kibby se puso rojo como un tomate. «Por supuesto que llevo calzoncillos limpios…, yo siempre…».

«Es que cuando fui a echar tus calzoncillos a la lavadora me encontré… unas manchas de "eso"…», dijo Joyce con nerviosismo, «ya sabes, de esas que a veces puede dejar un chico…».

A Kibby se le encendieron las mejillas y bajó la cabeza de vergüenza. Su madre le había mencionado aquello en otra ocasión, pero había sido hacía muchísimo tiempo, cuando era adolescente.

«Sé que puede resultar difícil, Brian, pero es pecado y puede ser muy debilitador, no digo más. Recuerda», dijo ella mientras levantaba la vista hacia el cielo, «Él lo ve todo».

Kibby estaba a punto de decir algo pero lo pensó mejor. Se sintió más mortificado aún cuando ella insistió en acompañarle, e incluso tuvo que convencerla para que aguardase fuera mientras el médico le sometía a un examen físico a fondo. La confianza que tenía con éste permitió a Kibby reunir el coraje suficiente para plantearle tímidamente la pregunta.

«Doctor, ¿podría esto deberse a que, eh, porque, eh, a veces me… toco?».

Craigmyre, hombre de aspecto rapaz, de cabellos cortos y plateados y aire de gran energía, miró a Kibby con una expresión inequívoca.

«¿Te refieres a la masturbación?».

«Sí…, es que mamá dice que es muy debilitadora y yo…».

Sacudiendo la cabeza, Craigmyre dijo en tono tajante: «Creo que aquí están pasando cosas mucho más relevantes que una vulgar masturbación», antes de tomarle muestras de sangre, orina y heces. Fue tal el disgusto de Kibby que a su cuerpo le costó un rato deshacerse de sus excrementos.

Cuando hubo acabado, el doctor Craigmyre invitó a la preocupada madre de Brian a pasar al interior de la consulta. Describió los síntomas de modo diligente, y a continuación sostuvo sin alterarse: «Desde luego, está claro que aquí ha habido alguna clase de exceso», expuso.

«¿Qué quiere decir?», preguntó Joyce.

«Fíjese en su hijo, señora Kibby, está lleno de contusiones».

«Pero no se ha peleado…, no es de los que se meten en líos», alegó ella.

«Es verdad…, no lo hago», insistió Kibby, rompiendo a llorar.

Craigmyre se mantuvo impasible, quitándose el estetoscopio y depositándolo sobre la mesa. «A decir verdad, todo lo que aquí vemos concuerda con las secuelas que dejaría un fin de semana de libertinaje alcohólico». Sacudió la cabeza. «Estas contusiones son del mismo género que las que se ven cada fin de semana en la unidad de urgencias como resultado de reyertas callejeras en estado de embriaguez», sostuvo mientras Brian Kibby y su madre eran incapaces de creer lo que estaban oyendo. «Y esta marca en la mejilla parece una quemadura de cigarrillo, de la clase que podría infligirse alguien a sí mismo en un momento de depresión alcohólica. Me decías

antes que hace poco perdiste a tu padre…».

«Sí, pero no bebo…», protestó Kibby.

«A pesar de todo, su hijo dice que no bebe y que no ha consumido alcohol durante el fin de semana», expuso Craigmyre casi con sorna, mientras Joyce se quedaba convulsionada. «He de decirle que en caso de que Brian tenga un problema con el alcohol se trata de un asunto muy serio y que ni él ni nadie facilita las cosas ocultándolo».

¡Ahora el muchacho estaba siendo estigmatizado como un alcohólico que se negaba a reconocerlo pese a sus lágrimas insistiendo en que no bebía! ¿Qué clase de médico era aquél?, se preguntó Joyce, hirviendo de indignación. «¡Pero si ni siquiera bebe! ¡Este fin de semana asistió a una convención de *Star Trek*, doctor!», imploró ella, antes de mirar fijamente a su hijo en busca de signos de duplicidad. «¿No es así?».

«¡Sí! ¡Sí! ¡Estuve con Ian! ¡Estuvimos juntos todo el tiempo! ¡Él te dirá que en ningún momento bebí!», chilló Kibby ante tamaña injusticia, mientras se le enrojecía la cara y comenzaba a sudar. «Regresé al hotel yo solo cuando empecé a encontrarme un poco mal…, ¡pero no bebí en ningún momento!».

«A mí me gustaría tener alguna prueba de ello», dijo Craigmyre. Había visto a montones de alcohólicos con anterioridad, algunos de los cuales llegaban a extremos muy enrevesados con tal de minimizar su problema con la bebida.

«Yo se las conseguiré», saltó Joyce. «Gracias», dijo con aire despreciativo mientras se dirigía hacia la puerta. «Vamos, Brian», y Kibby salió lastimeramente tras su madre, resoplando y transpirando por el camino.

Le llevó hasta el final de la semana encontrarse lo bastante bien como para regresar al trabajo, y los moratones y la hinchazón seguían siendo prominentes. Pero cuanto más hablaba de su desconcertante enfermedad, más parecía sumirse en la autocompasión. Al menos se libró de los improperios de Skinner, pues su rival se había tomado dos días de fiesta para preparar la entrevista de la semana entrante.

Kibby se quedó en casa durante la mayor parte del fin de semana, preparando su propia entrevista. Aparte de eso, tenía justo la energía suficiente para subir las escaleras metálicas hasta su bienamado ferrocarril en miniatura, y pasó algún tiempo viendo al *City of Nottingham* recorrer el circuito, imaginando a los pasajeros en el interior del vagón. En su imaginación, se veía a sí mismo y a Lucy viajando en el interior de un lujoso compartimiento. Lucy iba vestida al estilo victoriano, con un ceñido corsé realzándole el escote. En la vida real había determinado de forma subrepticia que sus pechos tiraban más bien a pequeños, pero a efectos de su fantasía Kibby los había dilatado generosamente. Ahora, mientras el tren se dirigía hacia West Highland —no atravesaba Europa, al estilo del *Orient Express*—, Kibby bajaba la cortina y jugueteaba con los encajes del vestido para liberar aquel par de domingas.

Craigmyre parecía pensar que era inofensiva…

«Para, Brian…, no debemos…», jadeó Lucy, tiernamente excitada pese a su

temor.

«Ahora ya no puedo parar, nena, y tampoco creo que tú quieras que lo haga…».

Pero está mal…, esto está mal…, tengo que parar…

Era demasiado tarde. Kibby resollaba sonoramente mientras bombeaba su lefa en el pañuelo y se quedaba tendido sobre el suelo de contrachapado, más consumido aún por sus esfuerzos.

17. Entrevista

Sentado en el sillón de cuero de su despacho del entresuelo, Bob Foy se levantó y fue a echar un vistazo al cronograma Sasco que colgaba de la pared. Se ocupaba de su mantenimiento de forma maniática: se adhería resueltamente a su sistema de claves a base de símbolos de colores, lo que indicaba un cuerpo de inspectores organizado y ordenado. No obstante, como la mayor parte de artefactos del mismo género, tendía más a la representación de deseos piadosos que a la realidad. El semblante de Foy adquirió un cariz lúgubre. Las cosas estaban en el aire, y eso no le gustaba. La entrevista para la plaza vacante del nuevo puesto de jefe de sección no sólo correría a cargo de él y de Cooper, sino también de los miembros electos del Comité de Sanidad y Medio Ambiente, pese a que personalmente Foy fuera de la opinión de que ninguno de los candidatos estaba a la altura.

Y sin embargo…

Danny Skinner se había comportado de un modo muy distinto en los días transcurridos desde el extraordinario percance de Brian Kibby. Se había espabilado, presentándose por las mañanas a primera hora en un estado de excepcional dinamismo. Kibby, por el contrario, su candidato preferido en un principio, se había echado a perder. Con la jubilación de Aitken y el ansiado traslado de McGhee a Glasgow, la cosa quedaba entre Skinner, Kibby y «la chavala», como acostumbraba Foy a referirse a Shannon McDowall.

Shannon fue la primera en ser entrevistada. Proyectaba una imagen culta y erudita. No era consciente, sin embargo, de que Foy y Cooper habían dedicado tiempo a amañar el perfil requerido para desempeñar el puesto para asegurarse de que sus aptitudes no fueran consideradas esenciales y que habían compilado por adelantado una lista de argumentos acerca de los motivos por los que ella no era la persona idónea para el puesto.

Danny Skinner impresionó al comité. Se presentó bien arreglado, y se mostró muy espabilado y vivaz, pero sobre todo deferente, poniendo buen cuidado en no dárselas de sabelotodo. Ante todo, proyectó una imagen diligente, vendiéndose con éxito como prototipo de funcionario veterano de la autoridad local.

Mucho menos impresionante resultó Brian Kibby, cuya entrevista fue una auténtica pesadilla. El jurado inhaló bruscamente, de forma colectiva y sincronizada, cuando vio comparecer aquel rostro maltrecho y magullado. Sudaba y estaba muy alterado; su voz, cuando resultaba audible, era un siseo moribundo. Kibby parecía menos un cero a la izquierda que una sórdida y desesperada ruina humana en plena crisis personal.

Mientras su compañero se sometía a la tortura del interrogatorio, Skinner y Shannon tomaban un café en el despacho.

«Por supuesto que aspiro al puesto, pero si no me lo dan a mí, ojalá te lo den a ti», le decía Skinner. Y era sincero.

«Gracias, Danny; igualmente», le correspondió ella, aunque de forma menos sincera. Ambos sabían que en realidad quien lo merecía era ella.

Tiene más experiencia que todos nosotros juntos. Es competente y cae bien.

Pero cuando poco después de que un destrozado Kibby apareciese y se desplomase en su silla vio a Foy y Cooper entrar en el despacho, pensó, casi con tristeza, qué lástima que sea mujer.

Pasaron unos días antes de que se anunciase la decisión acerca del ascenso. Foy consideró que Le Petit Jardin era el lugar idóneo para la comida de celebración. «Yo no soy sexista, pero sé que algunos de los varones de la sección sí lo son», le dijo a Danny Skinner, «así que estaba protegiendo a Shannon de sus actitudes. Algunos de ellos jamás serían capaces de trabajar a las órdenes de una jefa. No sería justo ponerla a ella en esa tesitura y no estoy dispuesto a sembrar la discordia en la sección. Y en lo que respecta al sector hostelero…, ¿crees que alguien como nuestro amigo el señor De Fretais se tomaría en serio a una mujer?». Bajó la voz y agregó: «Le metería mano bajo la falda y le sacaría las bragas antes de que ella pudiera decir “Ayuntamiento de Edimburgo, Inspección de Sanidad”».

«Umm», dijo Skinner, asintiendo sin comprometerse. Aunque el éxito personal le complacía, resultaba un tanto doloroso por su relación con Shannon. Sus encuentros sexuales se habían vuelto más regulares, siendo ambos conscientes con frecuencia de que era un error. Skinner era el que más había insistido de los dos, sencillamente se sentía tan vigorizado, tan salido a todas horas. Al menos hasta ese momento.

A ella le conmocionó tremendamente que le dieran el puesto a él, pero logró felicitarle con elegancia, lo cual, combinado con su propia sensación de la injusticia cometida, hizo que Skinner se sintiera más bien mezquino.

Foy se arrimó, de lo que Skinner pudo deducir hasta qué punto la esencia de algunos hombres venía definida por su loción para después del afeitado. «Y las chicas, ya sabes, desde luego no son inspectoras por naturaleza. Reaccionan ante cosas diferentes. “¡Uy, qué mantel más bonito tienes ahí!”, o “¡Qué cortinas tan monas!” y todas esas chorradas. ¡Qué más da el estado en que se encuentre la puta cocina!».

Skinner sintió que la sangre se le helaba en las venas cuando de pronto se abrieron las puertas de la cocina y la voluminosa figura de Alan De Fretais —tocado con el delantal de rigor— entró majestuosamente en el comedor y se aproximó a ellos. Despavorido, Skinner se levantó con rapidez y fue derechito hacia los servicios. «El deber me llama», le dijo con una sonrisa a Foy mientras partía apresuradamente.

Mientras se iba, se volvió para echar un rápido vistazo al maestro cocinero departiendo con el funcionario municipal. En el retrete, Skinner echó una larga

meada, mientras pensaba que era una temeridad mantener relaciones con gente de la oficina. Te la follas y encima le robas su futuro profesional, se lamentó, mirándose en el espejo. Después pensó en Kibby, y se preguntó en voz alta: «¿Y a él qué cojones le estoy robando?».

¿Qué siento en realidad? ¿Quién coño soy? ¿Y qué pensaría mi viejo de mi conducta? ¿La censuraría o la alabaría?

De Fretais. Él me daría su aprobación, estoy seguro.

¡Qué espanto!

El viejo Sandy fue su padrino. ¡No es de extrañar que el pobre vejestorio beba como una esponja! Él ya está totalmente descartado, pero De Fretais es un follador, eso es de dominio público. Puede que no sea el viejo esbelto, cachas y moreno que yo me imaginaba, pero es bebedor y ha triunfado.

Al regresar al comedor y tomar asiento, sintió un gran alivio al ver que De Fretais se había marchado, y que lo había sustituido una botella de Cuvée Brut. «Ah, esto es un obsequio que nos ha dejado nuestro buen amigo para que lo disfrutemos», dijo Foy, enarcando una ceja apreciativa.

Skinner no tuvo reparo alguno en paladear aquel elixir mientras recordaba cierto pasaje de *Secretos de alcoba de los grandes chefs*:

> Esto desencadenó una vía de reflexión que me sentí movido a explorar en el transcurso de una comida con mi editor. Estábamos remojando con varias botellas de champán Krug 2000 la noticia de que mi libro *Tras la pista del arte culinario: viaje por la mente de un chef* había superado la cifra de los doscientos mil ejemplares vendidos en el Reino Unido. Mi hipótesis, inducida por el alcohol, era que el sensualista, tanto por predisposición como por deformación profesional, posee ciertos conocimientos y cierto nivel de destreza que transmitir a otros en la materia. La mayoría de los chefs (o maestros de cocina, como yo prefiero denominar a mis pares) son sensualistas por naturaleza. Si nos interesan el amor, el sexo y las relaciones humanas (¿acaso alguno de nosotros puede decir honradamente que no le interesan?), entonces parecía de cajón acudir a mis colegas como fuente privilegiada en este recorrido en pos de la iluminación erótica.

Cuando regresó, el cocinero traía consigo una botella de excelente borgoña. Esto y el efecto del champán mitigaron la repulsión de Skinner. «Bien hecho, señor Skinner», dijo De Fretais en un tono ceremonioso, con una sonrisa forzada y calculadora en los labios.

Skinner se le quedó mirando durante unos segundos. Al sostenerse mutuamente la mirada, se sumergió en un extraño lodazal de emociones, pues la proximidad de aquel corpulento ser le atraía y le horrorizaba al mismo tiempo.

¿Este gordo cabrón, mi padre? ¡No me jodas! ¡Ni de coña!

«Muchas gracias», dijo Skinner, «muy agradecido».

«No hay de qué», repuso De Fretais con altivez. «Bien, señores, he de dejarles. Me marcho a la soleada España».

«¿De vacaciones?», preguntó Foy.

«Lamentablemente, no. A rodar otra serie televisiva. Pero volveré para el día 28, pues voy a celebrar una pequeña fiesta de cumpleaños. ¿Les gustaría asistir?».

Tanto Foy como Skinner asintieron con la cabeza mientras el maestro cocinero se marchaba.

¿Sería De Fretais como yo cuando era más joven, un palillo que se infló de repente al llegar a la madurez? ¡No puedo creerlo!

Quería hacerle preguntas a De Fretais sobre el Archangel, sobre Sandy Cunningham-Blyth, sobre el cocinero americano —Tomlin se llamaba— con el que se había formado, pero sobre todo sobre Beverly. Pero ahora la bebida comenzaba a hacer efecto y, por encima de cualquier otra cosa, quería pasárselo bien. ¿Y por qué no? ¡Estaba en su derecho y el precio lo iba a pagar Kibby!

Esta situación demencial no puede durar eternamente; pronto el orden normal se verá restablecido. Más vale que lo disfrute mientras pueda. ¡Que pague esa ratita viscosa!

Foy se volvió hacia Skinner y, sosteniendo la botella con gesto solemne, comentó con una risita burlona: «Claro, casi no me acordaba. A ti no te gusta el tinto, ¿verdad, Danny?».

Skinner deslizó su copa sobre el blanco mantel de lino. «Quizá haya llegado el momento de ser un poco menos conservador», dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

El siguiente sábado por la mañana, Ken Radden llamó a la puerta de la casa de los Kibby. Acudió a abrir Joyce, sobresaltada y nerviosa cuando miró más allá y vio a un grupo de rostros que la miraban desde un minibús aparcado frente a su hogar.

«Señor Radden…, eh…, Brian acaba de…».

Brian Kibby estaba ahora a su lado. Aún seguía con el rostro hinchado y los ojos inyectados en sangre.

«¿Lo pasaste bien anoche?», preguntó Radden, arrugando la nariz ante el olor de los aromas de comida casera y productos de limpieza que llegaban a la puerta.

«No…, no…, estuve en casa…, me quedé aquí…», protestó Kibby, mientras se le hundía el alma viendo el minibús. «Es una especie de virus, he ido a ver al médico…».

Por supuesto…, la excursión a Glenshee…, ¿cómo se me ha podido olvidar?

«Es cierto, es cierto», dijo Joyce con demasiada premura e insistencia.

«Es una especie de gripe», alegó Kibby en tono suplicante. «Hoy no puedo ir», dijo, fijándose, con una terrible sensación de desaliento, en que el prepotente Angus Heatherhill estaba sentado junto a Lucy.

«Muy bien», comentó secamente Radden, «ya te veremos cuando te encuentres mejor».

Pero en esos momentos parecía que faltaba mucho para que llegara ese «mejor». A lo largo de las siguientes semanas, Brian Kibby soportó pacientemente un montón de visitas a distintos especialistas médicos, e interminables baterías de pruebas. Éstas dieron lugar a toda clase de diagnósticos especulativos, en los que se sugirió con una desesperación cada vez mayor que Kibby padecía presuntos virus, la enfermedad de Crohn, cánceres desconocidos, trastornos metabólicos y víricos aún más sombríos, esquizofrenia, prácticamente cualquier cosa. Lo cierto era que el estamento médico no sabía qué pensar.

Pese a que la salud de Kibby seguía deteriorándose, éste se negó a doblegarse ante aquella misteriosa enfermedad. Se hallaba completamente agotado, pero acudía con regularidad al gimnasio local y trabajaba duro en un intento de adquirir algo de fuerza y resistencia. Y su cuerpo empezó a cambiar; a medida que hacía pesas, la gente notó que su esquelético cuerpo iba ganando peso. En un hombre tan delgado, en un principio pareció motivo de celebración, pero pronto quedó claro que no se trataba de músculo, sino que estaba echando barriga e hinchándose.

Consultó los cuadernos de su padre de forma tan compulsiva como su madre, aunque siempre de un modo muy discreto, advirtiendo en ocasiones a Joyce de que no los dejase a la vista, donde Caroline pudiera verlos. Su hermana había empezado a beber, mostrándose tan taciturna al respecto como él, pese a no probar ni gota. Concluyó que su dolencia le había vuelto egoísta. Comprendía lo que le pasaba a Caroline.

Oyó que la puerta principal hacía ruido; avanzó pesadamente hacia ella para abrir, sólo para ver a dos chiquillos riéndose de él y salir corriendo.

Pequeños ca…

Brian Kibby regresó al goce furtivo de los estimulantes diarios de su padre. Aunque confirmaban el amor que Keith Kibby sentía por su familia, también estaban llenos de apuntes acerca de diversas novelas que había leído, lo que le reveló a Brian una faceta de su padre de la que hasta entonces no había sido consciente. Al parecer, a Keith le habían conmovido de forma especial libros como *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, y *El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*, de Robert Louis Stevenson. Y, sin embargo, Brian, que nunca había sido un gran lector de narrativa, era incapaz de recordar que en casa su padre hubiese leído otra cosa que el periódico. Por algún motivo, la literatura era una pasión que se había esforzado por ocultar.

Brian Kibby intentó buscar solaz en las novelas, pero tenía la cabeza a punto de reventar y no lograba concentrarse. A él se le antojaban áridas y monótonas, y acabó por regresar a los juegos de ordenador. Dejó de ir al gimnasio, pues suponía demasiado desgaste.

Una noche, estaba sentado respirando entrecortadamente en el sillón, viendo *Coronation Street* con su madre. Cada inspiración ruidosa por su parte ponía a prueba

los nervios de ésta. Joyce miró a su hijo con una expresión de fatiga y comprensión.

«Si estuvieras bebiendo me lo dirías, ¿verdad, Brian?».

«Ya te lo he dicho», gimió éste exasperado, «¡yo no bebo! ¡¿Cuándo iba a hacerlo?! Estoy todo el día en el trabajo, estuve en el Royal Hospital para que me hicieran las pruebas…, ¡de dónde voy a sacar tiempo para beber!».

«Perdona, hijo», dijo Joyce, preocupada, pues últimamente había visto a su hija en claro estado de embriaguez en alguna que otra ocasión, «sólo quiero que sepas que puedes confiar en mí…».

«Lo sé, mamá», dijo Kibby agradecido, antes de añadir pensativamente: «¿Sabes los americanos esos que vienen por aquí? ¿Los misioneros?».

«El hermano Clinton y el hermano Alien, de la Nueva Iglesia de los Apóstoles de Cristo, en Texas…», dijo Joyce con una sonrisa. «Les he dicho que jamás me convertirán, pero son un par de muchachos encantadores».

«A ellos no les está permitido beber ni…, eh…, andar con chicas, ¿verdad?».

«No pueden beber alcohol y lo otro está excluido hasta que contraen matrimonio», dijo Joyce con añoranza. Opinaba que el Libro del Moderno Testamento era una sarta de bobadas y sus autores unos herejes y unos falsos profetas, pero el código moral de sus seguidores le había impresionado.

«Son jóvenes…, seguro que, eh, tienen ciertos impulsos».

«No dudo de que así sea», dijo Joyce, «pero para eso está la fe, Brian. Quizá te vendría bien pasar un poco más de tiempo en la iglesia».

No era aquello lo que él habría querido oír.

Poco tiempo después, Kibby estaba sentado en el comedor del ayuntamiento ante una ensalada, enfrentado a un nuevo dilema. Sentía un hambre voraz, en particular de comestibles azucarados y grasientos, pero trató de refrenarse, sintiendo cómo la tripa le sobresalía por encima de la parte superior de sus pantalones. «No puedo creer que esté engordando tanto», rumió desconsolado. Shannon McDowall trataba de confortarle diciéndole que era algo propio de la edad. Kibby miraba, boquiabierto de envidia a un inmaculado Skinner, que se estaba poniendo como el quico. Últimamente su antiguo rival se había venido mostrando más amigable, al menos a la cara. «No es justo, tú nunca pareces engordar, y sin embargo comes como una mula y bebes como un pez».

«Metabolismo acelerado», le informó Skinner con una sonrisa jovial, mientras miraba hacia el mostrador de la cocina. «Creo que me apetece otro trozo de ese pringoso pudín de toffee. ¡Jamás he podido resistirme a él!».

18. Rick`s Bar

Ann lo comprendería…, pero Muffy; ésa tenía algo, pensó Kibby, jadeando mientras arrastraba el icono hasta la tienda de alpistes. Los pollos necesitaban pienso. Sentado ante el portátil con los ojos ardiéndole y picándole, si se sumergía lo suficiente en *Harvest Moon* casi podía llegar a olvidarse de su dolor. Era tan agudo que temía las interrupciones. Además de por motivos prácticos le horrorizaban de forma visceral, pues le gustaba estar solo con Muffy.

De todos modos, tengo que andarme con ojo, mamá está abajo con esos americanos, no es como si estuviera en el desván…

Ahora que había acumulado un buen rebaño de animales y tenía algo de dinero en el banco, tenía que centrarse en el asunto del matrimonio. Pasaba mucho tiempo hablando con Muffy, y en los sitios web dedicados al juego, ésta tenía muchos fervientes admiradores.

12-05-2004, 19.15
HM# i Lover Top
Man

Muffy es la mejor. Es tan guapa y preciosa. En el primer juego me casé con Ann porque estaba loquita por mí, pero no me dejéis empezar a hablar de Muffy…, ¡fuaa, tíos, menuda hembra!

Pero también había voces discrepantes, gente que veía a aquella chica bajo otra luz:

12-05-2004, 19.52
Nijitsu Master
Usuario Registrado

No me gusta Muffy porque es demasiado coqueta. Eso de que le llame a uno «sexy» me parece como un poco ordinario.

El chaval no se entera, sería fantástica…, tan buena…, pero qué tontería…, es sólo un juego. Pero es una muñeca, una hermosa jovencita japonesa…, sería estupendo besarla y follársela, enseñarle cómo folla un muchacho blanco anglosajón…, follarme ese estrecho chochito nipón, ese felpudo peludo… porque en cuanto haya probado una polla blanca nunca más volverá a querer otra cosa…,

no…, no…, basta…, perdóname, Dios mío…, perdóname, Dios…

Mientras Kibby se sumía en palpitaciones extremas, oyó el desgarrador sonido del timbre, lo que casi le dio un susto de muerte. Pero detrás de su miedo también había una hermosa expectativa.

¿Quién puede ser? Seguro que no es Lu…

Joyce fue a abrir. Era Gerald el Gordo, que había telefoneado la semana anterior al hogar de los Kibby, presuntamente como amigo, para ver cómo andaba Brian de salud. A Joyce le pareció un gesto amable que los Hyp Hykers hicieran causa común cuando su hijo se encontraba tan enfermo. Acompañó a Gerald al salón y le presentó a aquellos tejanos trajeados, rapados y dentudos, que movieron la cabeza al unísono para tomar nota de su presencia. Después le acompañó arriba, anunciándole a Brian con entusiasmo: «Ha venido uno de tus amigos del club de senderismo».

Kibby había deseado primero, y temido después, dado su estado, que se tratara de Lucy. En su defecto, Ian le habría valido, pero cuando detrás de Joyce atravesó la puerta Gerald el Gordo, Brian Kibby tuvo que esforzarse por ocultar su desilusión.

El obeso senderista, por su parte, se dejó caer en la silla de mimbre colocada frente a él antes de que pudiera reaccionar. «Hola, Bri», le dijo Gerald en un tono frío y neutro.

Kibby percibió en aquellos ojos bovinos una crueldad reconcentrada y supo que se avecinaba un mal rato. «Hola, Ged…», dijo receloso.

Joyce se había retirado a la cocina, y cuando regresó les trajo sendos vasos de naranjada, del que el hogar de los Kibby andaba últimamente siempre abastecido dado que a los hermanos Alien y Clinton les gustaba. Como remate, venía acompañado de un plato rebosante de Jaffa Cakes y Digestives de chocolate McVitie's. Joyce atravesó el dormitorio de puntillas, como si se tratase de un campo minado, depositando la bandeja al pie de la cama de Kibby. Gerald no le quitó los ojos de encima en ningún momento, e hizo inventario mental del contenido del plato.

«Espero que te recuperes pronto, Bri», dijo Ged, cogiendo un Jaffa Cake. «Te estás perdiendo unos ratos estupendos», comentó, regodeándose indisimuladamente, contándole a continuación que habían estado en una discoteca en Glenshee. Gerald —con cierto júbilo, pensó Kibby— le contó que Angus Heatherhill estuvo morreándose con Lucy en el autobús tanto durante el trayecto de ida como durante el de vuelta. «Parece que esos dos ya son pareja», dejó caer con una tirria maquinadora destinada a aporrear la ya maltrecha psique de Kibby.

Ged… es… tan… gordo…

Y, no obstante, estaba demasiado débil para reaccionar, a medida que se amontonaba la miseria en un plato tan rebosante como el que su madre había llenado de galletas, y que su cuate senderista iba jalándose sin prisa pero sin pausa. Rumiando lo triste e inevitable de todo ello, permaneció sentado delante de Gerald con expresión enfermiza y lánguida.

Gordo…, gordo…, gordo…

«¿Vas a venir a la acampada de Nethy Bridge?», le preguntó Gerald.

«Puede, si para entonces me encuentro bien», fue la iracunda réplica de Kibby.

Eres un gordo y un día te mataré…, empujaré tu obeso cuerpo por el borde de un acantilado y te veré caer como un fardo y reventar sobre las afiladas rocas de abajo… Ay, Dios, no, qué estoy pensando, perdóname Señor, perdóname Ged, no estoy bien…

Y Gerald el Gordo contemplaba a la enfermiza criatura que tenía delante sin dejar de ponerse morado de Jaffa Cakes, mientras el chute de azúcar le sacaba brevemente de la depresión a largo plazo que provocaba una dieta semejante. Disfrutaba revolcándose en el lodo de su malévolo desdén. Saboreaba la venganza, pues aún sentía el resquemor de los años de inequívoca animosidad *light* que le había prodigado Kibby. Lo único que se le pasaba por la cabeza a Gerald el Gordo era que Bri no era ni guay ni inteligente ni buena gente. No: Bri era un fracasado al que le estaban devolviendo la pelota.

Por fin Gerald se marchó, al mismo tiempo, por lo que pudo oír Kibby, que los americanos. Pensó que podría volver a *Harvest Moon*, pero Joyce vino a su habitación y le entregó un panfleto. «De parte del hermano Alien y el hermano Clinton…, dicen que a ellos les ayudó mucho».

Kibby la miró con ojos que trinaban mientras sostenía el folleto con manos temblorosas. El panfleto se titulaba «Cómo superar la masturbación», por el Comité de Vida Cotidiana de la Nueva Iglesia de los Apóstoles de Cristo.

«¿Has estado hablando de mí?… ¿De *mis* masturbaciones con extraños… con unos extraños *americanos*?».

«¡No! ¡Claro que no! ¡No les dije que se trataba de ti! Sólo les dije que tenía un sobrinito que se tocaba mucho. Léelo, hijo», insistió su madre con mirada fervorosa, «está lleno de buenos consejos prácticos».

Kibby dejó el panfleto sobre el escritorio del ordenador. Esperó a que su madre saliera de la habitación antes de cogerlo y empezar a leer:

> Sabemos que nuestros cuerpos son los templos de Dios y que es preciso mantenerlos limpios para que pueda habitarlos el Espíritu Santo. La masturbación es un hábito pecaminoso. Aunque no sea físicamente dañina si no se lleva a extremos, despoja a la persona del espíritu y engendra remordimientos y ansiedad emocional. Es una actividad egocéntrica y reservada, y en modo alguno expresa de forma apropiada el poder de procreación del que ha sido dotado el hombre para cumplir con las metas eternas. Separa a la persona de Dios y frustra la realización del plan divino.
>
> Ten la certeza de que tu problema tiene remedio. Son muchas las personas, tanto hombres como mujeres, que lo han superado, y tú también puedes hacerlo si estás resuelto a que así sea. La determinación es el primer paso. Por ahí se empieza. Tienes que decidir que vas a poner fin a esta práctica; una vez

tomada la decisión el problema queda muy disminuido por sí solo.

Sin embargo, tiene que tratarse de algo más que una esperanza o un deseo, y de algo más que saber que te conviene. Tiene que tratarse una DECISIÓN. Si de veras decides curarte, entonces dispondrás de la fuerza de voluntad necesaria para resistirte a cualquier tendencia que tengas y a cualquier tentación que pueda presentársete. Después de haber tomado esta decisión, deberás observar las siguientes directrices.

Guía para el autocontrol:

1. No tocarse nunca las partes íntimas del cuerpo salvo durante los procesos normales requeridos para cumplir con las necesidades fisiológicas.
2. Evita estar solo o sola cuanto te sea posible. Busca buenas compañías y pasa tu tiempo libre con ellas.
3. Si mantienes relaciones con otras personas que padecen el mismo problema, DEBES ROMPER TU AMISTAD CON ELLAS. No pienses que los dos podréis conseguirlo juntos. Jamás lo haréis. Este problema hay que sacarlo de la mente, donde radica, y eso no se puede conseguir mientras se frecuenta a personas aquejadas por el mismo mal.
4. Al bañarte, no te admires en el espejo ni permanezcas en el aseo durante más de cinco o seis minutos, lo justo para secarte, vestirte Y DESPUÉS SALIR DEL CUARTO DE BAÑO y acudir a una habitación en la que esté presente algún miembro de tu familia.
5. En la cama, vístete de una manera que garantice no poder tocarte con facilidad las partes pudendas.
6. Si estando en la cama la tentación resulta abrumadora, LEVÁNTATE DE LA CAMA, VE A LA COCINA Y PREPÁRATE UN TENTEMPIÉ, aunque estés en plena noche y no tengas hambre. No te preocupes por engordar, el propósito de esta sugerencia es CONSEGUIR QUE PIENSES EN OTRA COSA.
7. Nunca leas material pornográfico o excitante.
8. Llena tu cabeza de reflexiones sanas en todo momento. Lee buenos libros, libros de la Iglesia, las Escrituras, los Sermones de los Hermanos. Acostúmbrate a leer al menos un capítulo diario de las Escrituras.
9. Reza, pero no en relación con este problema, pues eso hará que lo tengas más presente que nunca. Reza pidiendo fe y comprensión pero NUNCA MENCIONES EL PROBLEMA EN CONVERSACIONES CON OTROS, PUES ESO HARÁ QUE LO SIGAS TENIENDO PRESENTE.
10. Haz ejercicio vigoroso.
11. Cuando la tentación sea fuerte, grita ¡BASTA! y recita un pasaje preestablecido de las Sagradas Escrituras o canta un himno que te inspire.

12. Fabrícate un calendario de bolsillo para un mes en una pequeña tarjeta. Llévalo encima, pero sin enseñárselo a nadie. Si tienes una pérdida de control, marca ese día con el color negro. Así se convierte en un potente recordatorio visual de la importancia del autocontrol, al que podrás remitirte si te sientes tentado de añadir otro día negro.
13. Prueba con la terapia por aversión. Piensa en ideas desagradables que anulen lo placentero. Piensa, por ejemplo, en tener que meterte en una bañera llena de gusanos, quizá en comerte varios.
14. A veces, por las noches, ayuda sujetar firmemente en la cama un objeto físico, como una Biblia.
15. En los casos muy graves, para romper el hábito de la masturbación semiinconsciente quizá sea necesario atarse una mano a una de las patas de la cama.
16. Manten una actitud mental positiva. Satanás nunca tira la toalla. Tú tampoco debes. ¡Puedes salir triunfante de este combate!

Las dos chicas, cuyas piernas tostadas por el sol asomaban bajo sus ajustados vestidos de verano, bajaron del taxi mientras las luces de Lothian Road resplandecían débilmente. Mientras descendía de su propio taxi ante las puertas del pub Shakespeare y pagaba al conductor, Skinner vislumbró fugazmente las bragas blancas de una de ellas al bajar del taxi. La miró a los ojos con una sonrisa de granuja y fue recompensado con una media sonrisa.

Joder, esto es chocholandia. Debería salir detrás de este par de polvotes…, nah…, me iré para el Slutland, y luego a lo mejor a Rose Street, para acabar en George Street. Últimamente eso está a tope de tías con ganas de marcha.

Pero aquella noche tenía un compromiso importante con el que quería cumplir.

Rick’s Bar era un abrevadero ubicado en un sótano que había alcanzado celebridad nacional a partir de un artículo aparecido en las revistas del grupo Conde Nast en el que se le calificaba como uno de los lugares más marchosos y más de moda del Reino Unido. En realidad nunca se recuperó de semejante revés, pero seguía gozando de popularidad entre algunos futbolistas locales y las chicas que iban detrás de ellos, así como entre alguna gente del mundillo mediático escocés que se tragaban cualquier propaganda que no hubiesen puesto en circulación ellos.

Aquella noche, Alan De Fretais había alquilado el local para celebrar su cumpleaños invitando a un grupo selecto a tomar unas copas. Danny Skinner, encantado de contarse entre los invitados, era el único representante del ayuntamiento allí presente, pues Bob Foy se había marchado a pasar una semana jugando al golf en el Algarve.

Skinner llevaba algún tiempo pensando en De Fretais y aguardando su regreso de

España.

Compartíamos un detalle decisivo: una antipatía instintiva por Kibby. ¿Podría ser que a fin de cuentas este chef fuera mi viejo?

Skinner sintió que la sangre se le espesaba y que el pulso se le aceleraba cuando De Fretais le vio entrar e inmediatamente le hizo ademán de acercarse. Tiene que ser ese gordo cabrón, pensó con una especie de alegre repugnancia mientras se dirigía hacia el bar donde habían acampado el cocinero festejado y su séquito.

«El señor Daniel Skinner, del ayuntamiento de Edimburgo», anunció histriónicamente el maestro de cocina ante sus boquiabiertos acompañantes. Skinner meneó la cabeza y parpadeó a modo de saludo ante los trajes y vestidos de noche presentes.

«Hola, Alan, gracias por la invitación. He estado leyendo tu libro».

«¿Te gusta?», le preguntó inquisitivamente De Fretais.

«Mucho…, muchísimo…, es curioso, porque me encontré por casualidad con aquel tipo sobre el que escribiste, Sandy. Sigue bebiendo en el Archangel».

«¿De veras?», repuso De Fretais con frialdad, antes de poner de manifiesto sus reparos: «Un chef brillante y todo un personaje. Estaba dotado de un talento asombroso para la cocina. Podría haber llegado muy lejos, pero supongo que te darías cuenta del estado en que se halla». De Fretais echó una mirada de preocupación en torno a la sala. «¿No habrá venido aquí esta noche, verdad?».

«No, no creo».

«Me alegro. Lo cierto es que le debo mucho, y nunca pierde ocasión de recordármelo. Es una pena, pero llega un momento en el que a los alcohólicos hay que excluirlos de tu vida. Siempre pasa lo mismo».

De repente, Skinner se sintió incómodo bajo la mirada escrutadora del maestro cocinero. Se preguntó qué sabría De Fretais acerca de sus costumbres en la materia. *Excluirlos de tu vida*. A él le parecía demasiado fácil.

Reparando en la incomodidad de Skinner, De Fretais se explicó: «Por desgracia, el alcoholismo es el azote del negocio de la hostelería y los cocineros son muy propensos a caer en él».

Skinner indicó con un gesto de la cabeza la copa que sostenía su anfitrión: «Pero a ti no te ha obligado a dejar de beber».

«Durante un tiempo sí», argüyó De Fretais, forzando una sonrisa mezquina. Estaba moreno. Skinner se preguntó si se debía a España o a los rayos UVA. «Tuve problemas con la bebida, y fui abstemio durante años. Luego me di cuenta de que podía beber de forma segura. El problema no estaba en el alcohol», dijo con una sonrisa mientras le daba un sorbo a su copa, «sino en lo obsesión conmigo mismo. El alcohol no es más que la medicina de los que están obsesionados consigo mismos».

«Pero sin duda lo estamos todos», dijo Skinner, cuyo pánico iba en aumento. «Quiero decir, tú aún…, bueno, ¡no eres la clase de persona que carece de autoestima!».

«Ah, pero no tiene nada que ver con el engreimiento», dijo De Fretais sacudiendo la cabeza. «El mayor de los egotistas no tiene por qué verlo todo exclusivamente en relación consigo mismo, en tanto que la persona más modesta, tímida o incluso redomadamente maja puede verlo todo en esos términos», prosiguió a la vez que estudiaba a los ocupantes de la habitación. «Puede que sintamos más lástima por el triste alcohólico que se aborrece a sí mismo que por el pedante que piensa que todo el mundo está fuera de sintonía menos él, pero a grandes rasgos se trata del mismo animal».

Skinner asintió, pensativo, y una vez recobrada la compostura, precisó: «He de reconocer que lo que más me interesó del libro fueron las partes donde se habla de sexo».

Observó cómo De Fretais se reía de buena gana antes de observarle con mayor interés, enarcando las cejas para animarle a continuar.

«¿Sabes?, me gustó todo eso que contabas acerca del Archangel Tavern. Menudo ambientazo debía haber. Anthony Bourdain ha escrito acerca de cómo las actitudes punk influyeron en el desarrollo del arte culinario en Estados Unidos, pero era la primera vez que oía hablar de ello en relación con el Reino Unido. ¿Te acuerdas de Bev Skinner? En aquella época trabajaba allí de camarera. Es mi madre», añadió.

De Fretais sonrió y asintió, pero sin delatarse lo más mínimo. Skinner pensó que si hubo en algún momento un vínculo emocional con su madre, éste se había desvanecido desde hacía ya mucho tiempo. No había indicios ni de animosidad ni de cariño.

«De ese nombre sí me acuerdo. Solía andar por ahí con aquel grupo local, los Old Boys. No eran malos por lo que yo recuerdo, pero nunca lograron recabar la atención que merecían».

«Así es… Wes Pilton, el cantante, no tiene mala voz», mintió Skinner. Los Old Boys eran uno de los grupos con los que su madre solía castigarle de tanto en tanto.

«¿Y qué tal está tu madre?».

«Ah, muy bien. Sigue en sus trece, como si después del punk la música hubiera muerto».

«La verdad es que yo también me harté del punk muy pronto. Era el tipo de movida que te abría los ojos durante seis meses, pero si después de eso no te cansabas, es que eras un poco lelo», dijo, con una expresión repentinamente vacilante, como dándose cuenta de que quizá Bev Skinner siguiera siendo una incondicional del punk. «De todos modos, dale recuerdos de mi parte. Fue una buena época».

«Ella y tú no…, eh…, ella y tú, ¿nunca?…, ya sabes», preguntó Skinner con una sonrisa, tratando de aparentar la máxima inocencia, pese a las pequeñas brasas de ansiedad que ardían en su pecho.

«Pero, señor Skinner, ¿qué es lo que pretende usted insinuar?», inquirió De Fretais, poniendo los ojos en blanco con gesto picarón.

«Bueno…, lo cierto es que por lo que se deduce del libro tienes una reputación que…, y sentí cierta curiosidad», dijo Skinner con una sonrisita de complicidad.

«Con el corazón en la mano, puedo decirte que no», respondió De Fretais. Parecía sincero, y agregó de inmediato, «pero seguro que no fue por no haberlo intentado. A pesar del maquillaje poco favorecedor y la indumentaria chunga, tu madre, por lo que yo recuerdo, estaba muy buena. Pero se desvivía por otro tío. Recuerdo que por algún motivo era un rollo muy clandestino, pero creo que era otro de los chefs, aunque no sé cuál. Quizá mi colega yanqui, Greg Tomlin. Pagado de más, follado de más y en todo lo demás de más», se rió De Fretais, mirando a Skinner mientras le aseguraba: «Pero tu madre era una mujer de un solo hombre. Estaba perdidamente enamorada de aquel tío. Pero tú pareces haber salido un poco más aventurero».

«Hay que probarlo todo al menos una vez, y si te gusta, repites», bromeó Skinner.

«Me reconozco en tus palabras», dijo De Fretais, mirando a su alrededor y bajando la voz. «Algunos vamos a acudir a un pequeño club privado más tarde. Una fiesta *in extremis*, sin restricciones de ninguna clase. ¿Te interesa?».

«¡Cómo no! Avísame cuando estés listo», dijo Skinner con avidez.

Quién coño sabe cómo acabará esto, pero para comerse la mierda ya tengo a Kibby.

Los saprofitos del circuito de gorroneo de la ciudad no tardaron en desempeñar su labor, devorando todo lo que había en el buffet libre. Era evidente que eran muy pocos los que pensaban quedarse a invitar a unas rondas. Pese a que el champán no era de gran calidad, era gratis, y a Skinner acabó por gustarle.

De repente, apareció una señora de mediana edad envuelta en pieles falsas levantando las manos hacia el techo. «¡Alan! Querido, ese libro tuyo es asombroso. ¡Probé la receta de espárragos con el pobre Conrad y resultó mejor que el Viagra! Tenía pensado darte las gracias desde el fondo de mi corazón, pero para mí que desde un poquitín más abajo sería lo suyo».

«Encantado de serte útil, Eilidh», dijo De Fretais con una sonrisa, mientras besaba a aquella mujer en ambas mejillas.

Skinner empezaba a encontrar tediosas las conversaciones, cosa de la que se percató la cofradía de De Fretais, y a lo que respondieron guardando las distancias con él. No obstante, parecían tan irritados como él ante el agotamiento de la bebida gratuita. Pronto De Fretais captó su atención y se dirigieron hacia la salida. Subieron las escaleras hasta llegar a nivel de la calle, donde había dos taxis aguardándoles. Skinner se metió en uno de ellos con De Fretais, otros dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era asiático; era de complexión menuda, pero iba ataviado con una chaqueta de ante de aspecto caro. La mujer, que según los cálculos de Skinner andaba mediada la treintena, iba bien vestida, con un traje a medida que tomó por un Prada.

El maquillaje es un poco exagerado, pero no parece estar muy estropeada para su edad.

Aunque las proporciones no molan nada: cuatro tíos y sólo una tía. ¡Espero que

no me vengan con que nos tenemos que turnar con la vieja esta!

El otro hombre había estado observando a Skinner con interés. Era de cabello oscuro y rasgos demacrados, además de tener unos ojos exageradamente saltones. Sumados a unos labios tensos y finos, le daban un aire de indignación permanente. Mientras el coche surcaba las adoquinadas calles del New Town, De Fretais y él discutían de comida.

«Estoy dispuesto a inclinarme ante tu superior pericia en la materia, Alan, pero cabría imaginar que los franceses…».

«Todo proviene de los griegos y de los romanos», terció De Fretais. «Sigue volviendo a las tres principales tradiciones culinarias: china, romana y griega. Los griegos y romanos inventaron el modo de alimentación occidental, el ritual y el festín, los juegos, la idea de que había que explorar todos y cada uno de los placeres sensuales», dijo, volviéndose de nuevo hacia Skinner, quien se sentía ahora un poco inquieto.

Penetraron en un sótano después de que De Fretais llamara a un timbre y gritara su nombre por el portero automático. Les recibió un hombre alto y moreno, de ojos castaños de expresión dura y cabello corto y ondulado del mismo color con las sienes plateadas. «Alan…, Roger…, veo que habéis traído a unos amigos…», dijo con un susurro de expectación, mirando a Skinner de arriba abajo.

«Graeme…, me alegro de verte», dijo De Fretais con una sonrisa radiante. «A Anwar ya lo conoces».

El asiático le tendió la mano; el hombre llamado Graeme se la estrechó.

«Ésta es Clarissa y éste es Danny».

Graeme estrechó la mano de la mujer y la besó en ambas mejillas antes de estrecharle la mano con firmeza a Skinner. En su mirada había algo cruel y rapaz y Skinner notó la fuerza de su agarre. Pese a ser ya maduro, parecía estar en buenas condiciones físicas. Skinner se sintió inquieto y por algún motivo no dejaba de pensar en Kibby.

De Fretais y Graeme les condujeron a una gran estancia pintada de blanco y escasamente decorada, con techos altísimos, unas cornisas impresionantes, un hogar de mármol y una recargada araña de latón y cristal. Había una larga mesa de roble adornada con algunas bandejas de comida: salmón ahumado, pollo en daditos, arroz, diversas ensaladas, entremeses y demás. Cosa intrigante para Skinner, reparó en las ostras —jamás las había probado— que yacían en un lecho de hielo picado sobre grandes bandejas de plata. Más interesante todavía resultaban las copiosas cantidades de champán, una parte del cual ya chispeaba en copas alargadas. Dejando eso al margen, la única otra cosa que había en la habitación era un colchón grande con una cubierta morada, varios cojines y una *chaise-longue*. «Por desgracia, tendremos que servirnos nosotros mismos», anunció Graeme con voz resonante, y nadie se mostró cohibido en poner manos a la obra. Skinner cogió por vez primera una ostra y De Fretais le instruyó acerca de cómo consumirla, dejando que se deslizase suavemente

por su gaznate. «Es…, creo que me gusta», dijo con cierta vacilación.

«¿No te recuerda algo?», le arrulló De Fretais.

Skinner sonrió lánguidamente antes de pensar en el otro cocinero que De Fretais había mencionado en relación con su madre. «Ese americano que aportó una de las recetas, creo que la del postre de chocolate, ¿qué tal le va la vida?».

«Greg. Sí que le va bien, es cocinero ejecutivo y dueño de una parte de un reputadísimo restaurante en San Francisco. Pero ¡ay!, es otro de los nuestros que ha vendido su alma a la televisión y la publicidad».

Skinner estaba envalentonado ahora por la bebida y deseoso de hacer más preguntas acerca de Greg Tomlin, pero Graeme se aproximó a él con un plato que le ofreció probar. «*L'escargots?*».

«¿Caracoles? No sé», dijo Skinner haciendo una mueca.

«Quizá ya fuera hora de que los probases», replicó éste con frialdad.

Skinner se encogió de hombros y pinchó uno, sumergiéndolo un poco más en la salsa de ajo antes de comérselo. Parecía un champiñón y no sabía demasiado distinto, pensó. Entonces llegó el segundo taxi; en él iban dos tíos y tres mujeres jóvenes que no habían estado en la fiesta. Skinner dio por hecho que serían prostitutas.

«¿Qué opina de la cuestión nacional, señor Skinner?», le preguntó Roger con un acento que a Skinner se le antojó muy poco escocés.

«Creo que los escoceses le hemos sacado bastante partido a la unión», dijo, pensando que en un salón del New Town, sin duda un bastión del sentimiento unionista, se encontraría en territorio seguro. «Siempre estamos llorándole a todo el mundo con que somos la última colonia del Imperio Británico, pero desempeñamos un destacado papel en su gestación, concretamente en el desarrollo del racismo, la esclavitud y el Ku Klux Klan».

«A mí me parece que las cosas son un poquito más complicadas que todo eso», le censuró Clarissa con sorna, volviéndole la espalda.

Graeme, que seguía rondando a su alrededor, le dedicó una tensa sonrisa: «Pues sí, no se trata de un punto de vista que vaya a gozar de mucha aceptación en este ambiente».

De repente Skinner sintió deseos de dirigirle la palabra a una de las chicas para ver si tenía alguna posición al respecto, y trató de captar la atención de la que llevaba una blusa azul ceñida y cuyo brazo desnudo acariciaba uno de los hombres, pero Roger se le arrimó más aún.

«¿Cuántos años tiene usted, señor Skinner?».

«Veinticinco», respondió éste, previendo una actitud condescendiente y suponiendo que quizá un par de años de propina atenuarían un tanto el golpe.

«Humm», reflexionó Roger con cierta reserva.

Clarissa se volvió hacia ambos, dirigiéndose a Roger: «¿Has leído el artículo de Gregor en el último número del *Modern Edina Bulletin*? Creo que desacredita a fondo algunas burdas generalizaciones», y mientras decía esto echó una fugaz mirada

a Skinner, parpadeando de forma breve y deliberada, «realizadas de modo más bien alegre».

«Bueno, pues me doy por enterado», dijo Skinner con una sonrisa jovial, acercándose con gran desenfado a la mesa, donde volvió a llenar su copa de champán. El que paga, manda, pensó con satisfacción.

A instancias de De Fretais, se repantigaron sobre los cojines, donde Graeme comenzó a verter cuidadosamente un líquido transparente y ligeramente azulado en la copa de Skinner. «Ya que no has estado aquí antes, sugiero que pruebes esto para relajarte un poco». Pero Skinner captó el tinte glacial de su mirada.

Vacilando apenas un instante, siguió sorbiendo el champán. No había sufrido decoloración, alteración del aroma o del sabor por el añadido de aquel líquido, y las burbujas seguían chispeando.

Joder, menos mal que tengo a Kibby.

Y, en efecto, le relajó. Notando cómo sus músculos se volvían más pesados, Skinner se alegró cuando Graeme y Roger le ayudaron a quitarse la chaqueta. De repente le sobrevino una leve náusea seguida de una efímera sensación de hambre, antes de perder toda conexión entre la realidad y el pensamiento y notar cómo caía desde los cojines al suelo, consciente sólo en parte de que había sido Roger quien, tirando de él, le había llevado hasta allí.

Siento una sensación de opresión en el pecho, como si se me estuviera congelando el sistema respiratorio. Recuerdo que una vez alguien me dijo que su abuelo estaba en un pulmón de acero. Siento como si tuviese los pulmones de acero. Tendría que estar asustado, sumido en el pánico, pero hay algo muy sosegado en todo esto, la cabeza me dice que el miedo no conduciría a nada: lo que haya de ser será…, pienso que sería una buena forma de morir, de tránsito…

No se resistió —aunque en algún momento tuvo la ilusión de que podría haberlo hecho— cuando le desabrocharon el cinturón y, le bajaron los pantalones y calzoncillos hasta los tobillos. Sintió que le separaban las piernas como si fueran sendos bultos de carne muerta. Tenía la espesa alfombra de pelo largo en la cara, lo que dificultaba aún más el respirar.

Desde su borrosa perspectiva a ras de suelo vio entrar rayos de luz por debajo de la puerta. Luego sintió un gran peso sobre él, seguido de cierto movimiento y una sensación punzante en el ano. Alguien estaba encima de él, dentro de él incluso. Supuso que sería Graeme, pero lo mismo habría podido ser Roger. Oyó a aquel hombre haciendo rechinar los dientes en sus oídos, como si a él mismo lo estuviesen penetrando y se sintiera dolorido, y por lo que sabía Skinner, ése bien podía ser el caso. Luego sintió que le violaba de verdad, a pesar de la droga, con una violencia que le hizo lagrimear; parecía dispuesto a partirle en dos. Escuchó maldiciones que tendrían que haberle producido náuseas: «Sucia puta norbritánica, me estoy follando tu asqueroso ojete anglofilo, chapero descerebrado y analfabeto…». Sin embargo, por efecto de la droga, de algún modo le resultaron tan tiernas como una canción de cuna

materna.

Cuando aquel hombre hubo acabado, otro ocupó su lugar. Apenas pudo discernir vagamente a Anwar dando idéntico trato a otro miembro del grupo. ¿Se trataba de Roger o Graeme o había entrado alguien más en la habitación? De Fretais le había levantado la falda a Clarissa; su nuca subía y bajaba entre las piernas de ésta mientras ella miraba a Skinner con intenso desdén. Las dos chicas que había tomado por prostitutas se acariciaban la una a la otra, incitadas por voces masculinas que parecían entrar y salir de su conciencia como las estaciones de radio sintonizadas en el transcurso de un largo viaje en automóvil.

Entonces se quedó dormido, y cuando recobró la conciencia se encontró solo en la habitación. Se subió los calzoncillos y los pantalones, se puso los zapatos y salió sigilosamente por la puerta. Cada paso que daba era una tortura, pues un dolor abrasador y ardiente le recorría desde el ojete hasta el intestino. Lloró de rabia y de dolor mientras renqueaba hasta su casa, y al llegar allí se metió el dedo en el ano; al extraerlo, vio que estaba ensangrentado.

Se sintió estúpido, violado y utilizado, hasta que pensó en aquella extraña somnolencia. ¿Serviría para curarle? Se quedó tendido en la cama, estremeciéndose en paroxismos temblorosos y desconsolados, hasta que por fin acudió a buscarle y se lo llevó.

Al despertar se sentía como nuevo. Se tocó el ano con el dedo. No había rastro de sangre, ni fresca ni seca. Era como si jamás hubiera sucedido.

Es como si le hubiese sucedido a otro.

Su propia salud nunca había sido particularmente robusta. Mujer nerviosa, con tendencia a las infecciones víricas, su piel casi translúcida presentaba a menudo un tono verdoso. Era propensa a las arcadas ante determinados olores, y los servicios públicos le producían especial aprensión. En efecto, era tal su conducta fatalista, que parecía que Joyce Kibby desarrollase tales enfermedades como muestra de solidaridad, primero con su marido, y luego con su hijo. No importaba lo mucho que se lavase el cabello; éste sólo parecía alternar entre escuálido y graso, o seco y quebradizo.

Sabía que antes de conocerla a ella Keith había sido alcohólico. Había llegado a la iglesia a través de AA, y a través de la iglesia llegó a ella. Cuando la enfermedad se agravó, Joyce dio por supuesto que había sido su cuantioso consumo de alcohol previo lo que había debilitado sus órganos internos, pero en vista de lo que ahora le sucedía a Brian, hubo de reevaluar el deterioro de su marido.

Joyce amaba profundamente a sus hijos, pero sabía que, en ausencia de Keith, éstos no iban a consentir con la misma paciencia su tendencia a alterarse por nimiedades. Era consciente de que a menudo era culpable de contagiarles sus propios temores y luchaba con tenacidad contra su inclinación natural a hacerlo. Joyce veía

sobre todo en Caroline la fortaleza de su difunto marido Keith, y se resistía a socavarla o a amargar a la chica con su propia debilidad. Y, no obstante, últimamente Caroline había llegado a casa fatigada, medio adormilada y oliendo a alcohol en varias ocasiones, y pese a que Joyce lo había notado, no lograba comprenderlo. Se apuntó el tema en la agenda mental con intención de sacarlo en otro momento, pero como en muchas otras ocasiones, aquel apunte se perdió en una neblina de desesperación.

El miedo había delimitado los contornos de su existencia. Criada en Lewis, en el seno de la Iglesia Libre de Escocia, asimiló el temor de Dios en el pleno sentido de la expresión. Su Hacedor era esencialmente iracundo, y si a una le acaecía algo malo, pasaba el tiempo tratando de averiguar qué era lo que había hecho para desagradarle. Dado que no había nadie más a quien poder culpar por el estado de Brian, Joyce asumió sobre sus propios hombros la carga de la culpa. Le preocupaba haberle consentido en exceso, que sus mimos fueran de algún modo responsables de haber debilitado su sistema inmunológico. Aparte de aquel reproche contra sí misma, sus únicas estrategias consistían en escuchar las recomendaciones de los especialistas y rezar.

Aunque seguían sin saber un ápice más acerca del origen y las posibles causas de la enfermedad de Brian Kibby, los médicos se mostraban unánimes al menos en lo que se deducía de la observación de su estado. Dicho sin pelos en la lengua, parecía estar pudriéndose por dentro. El cerebro, la garganta, el pecho, los pulmones, el corazón, los riñones, el hígado, el páncreas, la vejiga y los intestinos, todos sus órganos internos estaban corroyéndose bajo los efectos de un asalto prolongado y feroz, pero la causa exacta seguía siendo igual de fantasmal y abstrusa que antes.

Su relación con el hermano Alien y el hermano Clinton (qué extraño resultaba referirse así a unos hombres tan jóvenes) se había enfriado un poco, y no la visitaban con tanta frecuencia, a pesar de las formidables comilonas que les preparaba y que tanto apreciaban. Quedaron desconcertados cuando ella trató de endilgarles literatura de la Iglesia Libre de Escocia, la cual sostenía que el Libro del Moderno Testamento era una malvada herejía propagada por falsos profetas. Su fervor resultó desconcertante para los jóvenes misioneros, que entendían que ellos habían venido a convertir, no a ser convertidos.

Arriba, en su dormitorio, Brian Kibby se esforzaba por seguir los consejos del panfleto sobre la masturbación. No obstante, mientras jugaba a *Harvest Moon* para no distraerse pensando en Lucy, se topó con Muffy en la aldea y se le quedó la boca seca.

Sólo es un icono…, sólo es una representación…, sólo es un juego…

Joyce no había logrado conciliar el sueño, por lo que había bajado a la cocina para preparar algo de comida. Mientras rumiaba acerca de cuestiones espirituales a la vez que preparaba su sopa de cordero a la escocesa, arriba Brian sufrió un punzante ataque. Sentado ante su ordenador, insomne, había logrado resistirse a los encantos de

Muffy y andaba a mitad de una partida, reparando vallas estropeadas por la lluvia y cosechando trigo, cuando le sobrevino una extraña sensación de aturdimiento. Después, de repente, sintió como si se le venciesen y retorciesen las entrañas; cayó de la silla al suelo, gritando en vano ante un dolor ardiente que se abría paso en el núcleo mismo de su ser.

19. Dos chalados y muchas curvas

Pese a que soplaba un viento del Mar del Norte fresco y enérgico, la mañana era luminosa y cálida. Skinner fue brincando por Leith Walk, asintiendo con gesto jovial al mirar a los ojos a todos aquellos con quienes se cruzaba, se tratase de conocidos o de extraños. Su euforia aumentó cuando llegó a la oficina y vio a Kibby apoyado contra la pared, aparentemente pasando cierto apuro.

¡Tiene el culo totalmente petado!

«Brian, tendríamos que repasar estos informes de inspección tuyos», observó Skinner con una sonrisa jovial, acercando un par de duras sillas de plástico que estaban junto al escritorio de Kibby. «¡Se siente, amigo!».

Arrastrando los pies, Kibby se acercó pero no tomó asiento. Skinner indicó la silla con un gesto de la cabeza. «¿Qué pasa? ¿Problemas con las hemorroides?».

«Nah, yo…, mira…».

«¿No habrás estado haciendo el bujarra o algo por el estilo?».

«Vete al carajo», bufó Kibby entre dientes, marchándose al servicio como buenamente pudo.

Skinner puso los ojos en blanco y recogió una carpeta. Volviéndose con gesto meditabundo hacia Shannon, preguntó: «¿Crees que Brian Kibby es maricón?».

«No, sólo un poco tímido. Deja de ser tan horrible con él, Danny», dijo Shannon. Más aún que Skinner, ella comenzaba a acusar el hastío de una relación que no iba a ninguna parte. Últimamente lo únicio que a él parecía interesarle era el sexo, y por lo que había oído, no sólo con ella.

«Creo que ser virgen en Edimburgo a los veintiún años es de lo más triste que quepa imaginar. Aquí la gente pierde la virginidad antes que en cualquier otra parte del mundo…, salvo San Francisco».

Shannon le miró con expresión dubitativa. «¿Hay pruebas estadísticas de eso?».

«Hay pruebas estadísticas para todo», observó Skinner, escarbando con la uña entre dos dientes para desalojar un trocito de comida. Se da cuenta que ella está necesitada, y sabe que seguramente volverán a follar esa noche. Shannon también lo sabe y le mira de nuevo, desesperando de la inutilidad de todo aquello. La relación de amigos-con-derecho-a-roce iba perdiendo tirón.

El modo en que me está mirando…, se estremeció Shannon, fijándose en él con atención. *Últimamente está muy cambiado*. Quizá no fuera más que el ascenso, pero parecía embriagado de poder. Y tenía que reconocer que, pese a la fealdad de la situación, estaba fascinada. De todas formas, y por atractivo que resultara, estar cerca de él tenía algo perverso.

«¿Qué?», dijo Skinner, encogiéndose de hombros mientras Shannon se levantaba y abandonaba el despacho.

Pero qué raras son a veces las tías.

Aun cuando estaba inmerso en el poder que tenía sobre Kibby, Skinner sentía que de algún modo su vida actual no era sostenible. De una forma siniestra, gran parte de ella parecía depender de su némesis. Aquel extraño maleficio frenaba su avance, impidiendo que cumpliese con lo que empezaba a ver como su destino.

Pensó en vivir en San Francisco, donde nunca hacía demasiado frío y siempre había un clima templado, entre los doce y los veintitrés grados la mayor parte del tiempo. Las palabras de De Fretais en el texto de *Secretos de alcoba de los grandes chefs* le resonaban en los oídos: Greg Tomlin, pagado de más, follado de más y en todo lo demás de más. Y Tomlin vivía en San Francisco. ¿Podía ser que el cocinero estadounidense fuera su padre? Skinner pensó en la afinidad que siempre había sentido por los Estados Unidos. El país de la libertad, donde daba igual qué acento tuviera uno; de todos modos, era de suponer que el mundo entero se identificaría con aquella nación: el cine, la televisión, los restaurantes de comida rápida: uno se criaba con todo eso a su alrededor. Imperialismo cultural. Y, no obstante, no era de extrañar que todo el mundo le odiase cada vez más: era tan estúpido, tan interesado y tan descarado que estaba pidiendo a gritos que lo aborrecieran. Greg Tomlin. ¿Cómo sería? ¿Sería él aquel hombre alto, esbelto, moreno, con una nueva y joven familia, que recibiría con los brazos abiertos a su hijo largo tiempo perdido?

¿Le detestaría? ¿Haríamos buenas migas?

Danny Skinner se marchó brincando alegremente a los lavabos a orinar. Mientras se lavaba las manos, tarareaba alegremente la letra de una canción de R. Kelly:

It's the freakin weekend baby,
I'm gonna have me some fun,
Gimmie some of that toot-toot
Gimmie some of that beep-beep[11].

Sabía quién estaba encerrado en el cubículo del retrete con el cerrojo echado. Brian Kibby estaba sentado en la taza con las nalgas bien distribuidas sobre el asiento, sumido en un silencio aterrorizado, haciendo una mueca provocada por un dolor que le arrasaba en lo más íntimo de su ser. Había estado pensando en formas de evitar tocarse el pene, cuando apareció Skinner y le ayudó de forma inadvertida, pues su canturreo sofocó cualquier meditación de índole sexual.

Ayúdame, Señor, dame fuerzas, por favor…

Skinner sonrió ante la puerta cerrada. Oyó cómo un súbito chaparrón golpeaba la ventana de vidrio esmerilado del exterior y quiso estar en San Francisco.

¡Dios Santo, cómo me gustaría estar en Escocia! Estas fotografías hacen que lo recuerde todo como si fuera ayer. Edimburgo. ¡Vaya una ciudad! Tenía un clima que hacía que no te importara estar encerrado en una cocina o en un bar. No como esta

mierda tan marciana; los vientos de Santa Ana han hecho estragos y la temperatura ha subido por encima de los treinta y siete grados. Aunque en el sur de California lo tienen peor. Me pregunto qué les pasará por la cabeza de los neocristianos de extrema derecha el día que vean arder sus hogares. Quizá que ha llegado el Juicio Final y que ése es su castigo por votar a «Arnie». Con tanto cristiano suelto y tan pocos leones, digo yo que los incendios estarán para eso.

Pero no hace un tiempo como para estar en una cocina. Para nada. Preferiría estar en una playa que en el curro. Todo el día. Todos los días. En cuanto me doy media vuelta, me sale un cocinero renegado con ínfulas de diva que quiere imprimirle su toque personal a mi risotto de marisco. Ahora tengo que estar a primerísima hora en el puñetero local porque el fontanero viene a desatascar uno de los fregaderos.

Vuelvo a echarle un vistazo rápido a la colección de fotos viejas que encontré el otro día —o, mejor dicho, que encontró Paul cuando miraba entre sus cosas— de cuando viví en Escocia. Debió ser en torno al 79 o el 80 quizá. Ella, con aquel peinado grotesco tan pasado para aquella época y esa sonrisa bobalicona. Él, con ese ridículo mono de portero. Y Alan, con el gen de la obesidad a punto de entrar ya entonces en erupción, te lo juro. Ahora se lo tiene muy bien montado: una prueba clarísima de que la mierda flota. Me pregunto qué tal les irá a los demás.

Corren otros tiempos. Las fotos viejas no hacen más que ponerme melancólico. Vuelvo a meterlas en el sobre y lo dejo sobre la mesita de la puerta principal. Bajo las escaleras del porche y salgo a la calle, echándole un vistazo al barrio de Castro. Decido ir caminando al trabajo.

De modo que voy recorriendo Castro, atravesando este curioso gueto en el que se instalaron todos los paletos desmovilizados de la marina al terminar la Segunda Guerra Mundial. En cuanto se aficionaron a los culos, no hubo manera de hacer que volvieran a sus lugares de origen a contraer matrimonio con vacas reproductoras y vivir el resto de sus días sumidos en la frustración sexual de una granja del Medio Oeste. No, este punto de desembarco y desmovilización fue, de hecho, nuestro punto de embarque y movilización. Fue el primer auténtico Boystown[12].

El viejo bar me tienta, pero paso de largo, tomando un atajo para llegar a Fillmore y de ahí a Haight. Soy consciente de que, pese a todo el tiempo transcurrido, esta espléndida y añeja villa, edificada gracias a la fiebre del oro y que vive en la actualidad de los microchips, sigue embelesándome. Incluso hace que me pregunte por qué he entrado en el bar. Hace años, siempre me dejaba caer para tomar una copichuela rápida, aunque sólo fuera por ponerme al día con los cotílleos.

Probablemente se deba a que el Castro de hoy, con sus fontaneros gays, sus lavanderías para gays y sus carnicerías y carpinterías gays, me resulta del todo superfluo: no es más que otra manifestación de la obsesión que tiene esta sociedad por sexualizarlo todo. Hay que ver cuánto hemos cambiado el mundo hetero las reinonas. A peor. Si nos hubiéramos dado cuenta de que arreglar un fregadero no es un acto gay ni hetero, sino asexuado… De lo más asexuado.

Al llegar al restaurante, el joven fontanero lo ejemplifica a la perfección. La forma en que encarna una imagen cultural tan convencionalmente gay resulta tan omniabarcante que me recuerda a uno de los androides de la película *Yo, robot*.

«Ay, señor Tomlin, a saber las cosas que bajarán por este desagüe», me suelta, cubierto de alimentos en descomposición y aguas malolientes.

«Es una cocina», le informo. Y así es. No es una playa, sólo una puta cocina; sucia, maloliente y calurosa del carajo.

Tambaleándose, estornudando, regoldando y pediendo por aquella inmaculada cocina con su bloc, Brian Kibby conseguía superar el martirio de su inspección. Tan absoluta era su inmersión en su propio suplicio que no era consciente de la impresión que él mismo estaba causando. Maurice Le Grand, cocinero ejecutivo en el Bistro Rué St Lazare, se puso furioso al contemplar a la criatura despeinada y hedionda que había venido a inspeccionar *su* restaurante. Aquello tenía que ser una broma. ¿Cómo se atrevían a insultarle de aquella manera?

Le Grand llamó directamente por teléfono a Bob Foy, quien había pedido a Skinner que estuviese presente durante una entrevista de orientación y asesoramiento que iba a celebrar con Kibby al respecto.

Danny Skinner saboreó el instante en que Brian Kibby entró en el despacho, casi arrastrándose, completamente avergonzado. «Siéntate», le ordenó bruscamente Foy, tras lo cual le arrimó un papel que había sobre la mesa. Era una hoja de reclamaciones. A Kibby le tembló la mano al leerla.

«¿Qué significa esto, Brian?».

«Yo… yo…», tartamudeó Kibby.

«Es una hoja de reclamaciones. La ha enviado Le Grand. Dice que eres un desastre. Una vergüenza», especificó Foy enarcando una ceja. «¿Tenemos motivos para estar preocupados, Brian?». Escrutó con desprecio el aspecto demacrado que éste presentaba antes de responder de forma irrevocable a su propia pregunta: «Yo creo que sí».

Kibby estuvo a punto de decir algo, pero su cerebro parecía haberse fundido. Por primera vez, pareció cobrar conocimiento de las manchas que llevaba en la camisa, y de los pantalones de su traje azul, mucho más ceñidos de la cuenta.

Pero ¿qué es lo que me sucede?

«Escucha», dijo Skinner bajando la voz, «¿tienes algún problema?».

«Es esta enfermedad…, yo…».

«¿No hay nada que te esté perturbando, en casa, por ejemplo?».

«¡No! Yo… últimamente no me encuentro bien…, yo…», titubeó Kibby. Skinner y Foy acababan de deshacerse de Winchester, el viejo compañero de copas de Skinner. Podían complicarle la vida. «Lo siento…».

«Vas a tener que ponerte las pilas», dijo Foy con ira queda y contenida. «Estás

dejando en ridículo a esta sección, Brian, y no estamos dispuestos a tolerarlo».

«Yo… yo…».

«¿Me he expresado con claridad?».

En algún lugar de su alma, la conciencia de lo injusto de su situación pareció envalentonar a Kibby, y logró mirar a Foy a los ojos y decir: «Con claridad meridiana».

Estoy defraudando a la gente. Últimamente no he estado desempeñando bien mis obligaciones. Tengo que ser más pulcro. Pero es que me encuentro tan mal…

«Me alegro», dijo Foy con una gélida sonrisa.

Kibby miró a Skinner, el cual, había notado, acababa de echarle una leve mirada de desagrado a Foy.

«Mira, Brian, tómate esto como una charla informal, de carácter extraoficial si te parece».

En los ojos de Brian Kibby brilló una lágrima, y de forma perversa, experimentó una oleada de gratitud que al mismo tiempo le repugnó y le infundió deseos de gritarle a Skinner, a Danny Skinner nada menos, pidiéndole ayuda. «Gracias», logró decir Kibby a duras penas antes de excusarse y dirigirse al refugio en el que se había convertido para él el servicio.

¿Y qué decir de Kibby hoy? Hostia puta, ese chaval es una víctima innata. Nunca se es culpable de ofrecerle a las víctimas aquello que más desesperadamente ansian en esta vida: persecución y, si se es aún más generoso, el martirio. Si no lo haces tú, las Parcas lo harán por ti. Las Parcas rara vez se equivocan. Las excepciones pueden contarse con los dedos de una mano mutilada.

De Fretais y mi madre. Entre los dos podría desentrañar la verdadera historia. Pero me da la impresión de que es Tomlin el que las Parcas me tienen reservado. Toda mi vida he sabido que mi destino estaba en otra parte. Ahora creo que está en California.

¿Qué es lo que me retiene aquí? Con Shannon las cosas están cada vez más marcianas. Lo de anoche se parecía más a una pelea que a un polvo. Estábamos besándonos en el sofá de casa pero de forma rabiosa, desagradable, y me pidió —digamos que me ordenó— que me despelotara. Entonces empezó a chuparme la polla, pero arañándola con los dientes y mordiéndola; me dolía que te cagas y ella lo sabía. La tiré del pelo para apartarla de mi entrepierna en lugar de atraerla hacia ella. Me miró de forma ceñuda y cruel; yo le arranqué la blusa, haciendo saltar dos botones. Supuse que le apetecía hacerlo en plan bruto, así que empecé a magrearle las tetas. Ella jadeó e hizo una mueca. Me mordió el labio inferior hasta que ambos notamos en la boca el sabor metálico de la sangre. Le saqué los vaqueros y las bragas y le hinqué los dedos en el coño a lo bruto. Ella me cogió la polla de forma bastante ruda, clavándome las uñas mientras tiraba arriba y abajo del prepucio con tal fuerza

que noté cómo el pellejo se desgarraba. Casi como maniobra defensiva, la agarré por la muñeca y se la sujeté contra el sofá mientras le clavaba mi polla escocida. Ella me tiró de la nuca, apretándome la frente contra la nariz, frotando y machacándola de mala manera, hasta hacer que me llorasen los ojos; tuve la práctica certeza de que me la iba a romper. La follé tan fuerte y tan implacablemente como pude, pellizcándole cruelmente el pezón, atenazándoselo entre el pulgar y el índice. Después ella me arañó toda la espalda y los costados, apartándome con violencia para escapar de debajo de mí. Me ordenó que me pusiera debajo y se me montó encima, gritando «ESTOY ENCIMA, MUY POR ENCIMA DE TI, SKINNER, SO CABRÓN», y me folló, pero en realidad lo único que hizo fue follarse a sí misma hasta alcanzar un amargo orgasmo. Cuando terminó, se apartó de mí como si fuéramos dos piezas de Velero, obligándome a meneármela para poder correrme. Dejé el sofá perdido de lefa. A ella le cayó un poco sobre el muslo, que se limpió con desprecio, usando el cojín. Y lo peor de todo ello, joder, fue el modo en que actuó como si hubiera sido todo de lo más normal, vistiéndose con calma y marchándose como si tal cosa. ¡Y luego nos vemos en la puta oficina a la mañana siguiente y aquí no ha pasado nada!

Y no dejo de mirar sutilmente a Kibby en busca de las marcas, los mordiscos y los arañazos que sé que encontraré.

Lo de Shannon y yo es de putos locos, ¡pero ya no somos amigos! Cada vez que ella entra en una habitación, no dejo de cantar la canción esa de los Dandy Warhols por lo bajini:

A long time ago we used to be friends
But I haven't thought of you lately at all
If ever a greeting I send to you
Short and sweet is all I intend
A-aah – a-aah – a-aah…[13]

Ahora, mientras estamos sentados en un pútrido superpub de Leith que se llama Grapes, noto que está mosqueada. El sitio está decorado como el bar de un aeropuerto, pero no es un local para gente de altos vuelos: mesas de madera dura, mucho vidrio y cromo. Las sillas y el suelo ya tienen aspecto de estar bien castigados, y el ambiente está cargado y coloreado por una abundante humareda. El piojoso atuendo de moda de la clientela de Junction Street resulta tan delator de lo que hay como los precios, dibujados con tiza sobre pizarras varias, anunciando cerveza de calidad ínfima a una libra con cuarenta y nueve peniques la pinta y Stella a una con noventa. Yo estoy en la barra tomándome una sidra Bulmers y un Jack Daniels mientras Shannon se toma un Bushmills. Para animarla un poco, me apunto al karaoke. Veo que se aproxima a la barra una cara conocida. Que me jodan si no es mi viejo colega Dessie Kinghorn. Le saludo con una leve inclinación de cabeza; él me devuelve el cumplido con una muy somera sacudida de la testa. «¡Dessie!», vocifero. «¿Qué tal?», le pregunto mientras conduzco a Shannon hacia él.

«Voy tirando», me informa; entretanto, Shannon y él toman nota el uno del otro

con cierta incomodidad.

Me vuelvo hacia Shannon: «Te presento a Dessie Kinghorn, un viejo amiguete mío. Shannon es… una colega», suelto con una risotada mientras ella me mira con mala cara. «Supongo que, a su modo, Dessie también es un viejo colega. Representa al ala espabilada y con clase del movimiento», digo, mirándole de arriba abajo y fijándome en sus raídos vaqueros y su apestosa camiseta, que tiene aspecto de haber pasado por lo menos un día de sobra sobre sus espaldas en una infecta y sofocante barriada de favelas de Río de Janeiro. Muy poco nivel, trapísticamente hablando.

«Vete a tomar por culo, Skinner», me bufa.

«No te pongas así, Desmondo, tómate una birra». Me vuelvo hacia la camarera: «¡Una pinta de tu mejor rubia para mi viejo amigo Dessie Kinghorn! Que sea Stella o Carlsberg Export. ¡Sólo lo mejor para Dessie!». Me vuelvo de nuevo hacia mi viejo amigo: «Oye, Des, ¿sigues trabajando en el mundo de los seguros?».

La verdad es que nunca antes me había fijado en lo malévolos que eran esos ojos, pero en este momento sí, pues Kinghorn me mira con total y absoluto aborrecimiento. La boca se le queda abierta en esa imitación bobalicona de las víctimas de un infarto que a veces interpretan los zumbaos justo antes de empezar a repartir leña.

«Me despidieron el año pasado. Pero no quiero que me invites a una copa. ¡De ti no quiero nada!».

«Es curioso, Des, a mí acaban de darme un gran ascenso en el ayuntamiento. ¿No es así, Shannon?». Ella me mira con tan mala cara como Dessie. «Una pasta gansa. Pero ya me conoces, colega, necesito hasta el último penique. Tengo gustos prohibitivos», le digo, acariciando la solapa de mi chaqueta nueva CP Company. «Supongo que es una especie de maldición».

«Vete a tomar por culo. Te lo advierto», me dice Dessie, mientras se le estrechan los ojos. «Porque vas con tu torda, que si no…».

Estoy a punto de cantarle las cuarenta a Dessie por ese comentario más bien sexista cuando el tipo pequeñito que lleva lo del karaoke levanta una tarjeta y grita: «¡Danny Skinner!».

«Tengo que marcharme, pero no te vayas», le digo con una sonrisa, subiéndome de un salto al pequeño escenario y tomando el micrófono de manos del chaval. «Yo soy Danny Skinner», anuncio a voz en cuello, captando la atención de algunos vejetes, gachos jóvenes y chavalas que están en los asientos más próximos, «y esta canción se la dedico a mi viejo compadre Dessie Kinghorn, que últimamente está pasando una mala racha». Le guiño un ojo a Des, quien parece al borde de un ataque mientras yo me lanzo a interpretar «Something Beautiful».

«You can’t manufacture a miracle, the silence waspi-ra-ful that day… a love is getting too cynical…». Me vuelvo hacia Shannon, cuya expresión resulta tan acerba en estos momentos que me lleva una fracción de segundo caer en la cuenta de que realmente es a ella a quien estoy viendo, «*… passion’s just physical these days… but get no sign, love ain’t kind, every night you admit defeat… and cry your self blind…*».

Miro a Dessie y vuelvo la palma de la mano libre hacia arriba mientras canto a grito pelado el estribillo de forma tan amanerada y exageradamente conmovedora como me es posible, «*If you can't wake up in the morning, cause your bed lies vacant at night… if you're lost*», digo señalando a Dessie con el dedo, «*hurt*» y de nuevo, «*tired and lonely can't control it try as you might… may you find that love that won't leave you, may you find at the end of the day, you won't be lost, hurt, tired and lonely, somethin beautiful will come your way…*»[14].

Dessie pierde los papeles y sube al escenario a por mí. Yo no suelto el micro, pero levanto los brazos estilo boxeador para protegerme la cara. Él me asesta un par de buenos golpes, uno de ellos en un lado de la mandíbula, como cuando nuestras sesiones de *sparring* de chavales en el Leith Victoria, pero yo sigo aferrado al micro. «*The DJ said on the ra…*». El tío que lleva el karaoke apaga la máquina y los altavoces enmudecen. Yo suelto el micro, que cae al suelo. Retrocediendo, levanto las manos en alto proclamando mi inocencia mientras Dessie intenta patearme, falla, se siente un capullo, y chilla: «¡Eres una puta escoria, Skinner!», dándose la vuelta acto seguido, apartando al tío del karaoke de malas maneras y saliendo del pub hecho una furia. ¡Menuda diva!

Yo me encojo de hombros a modo de disculpa ante los atónitos bebedores, recojo el micro y se lo devuelvo al chaval, que está totalmente desconcertado. Shannon se acerca y me dice: «Te estás portando como un cabrón insoportable. Me voy a mi casa». Y fiel a su palabra, se larga del garito. ¡Otra *primma donna*! Pues que le den. Regreso a la barra y finiquito las copas, empezando por la pinta que le he pedido a Dessie, y que éste no ha querido.

A long time ago we used to be friends
But I haven't thought of you lately at all
If ever again a greeting I send to you
Short and sweet is all I intend
A-aah – a-aah – a-aah…

Muy pronto empiezo a flirtear con la camarera, absolutamente cien por cien seguro de que luego me la follaré. Lleva un top de color negro y unas mallas también negras. Quizá no sea obesa, pero sin duda padece de sobrepeso; entre los espacios no cubiertos por la ropa de su cuerpo asoman michelines de fría y gelatinosa grasa cervecera. Es asombroso cómo a algunas mujeres les gusta exhibir un poco de tocino y utilizarlo como reclamo sexual; es el rollo pederasta de la gordura infantil. Y, sin embargo, a estas tías nadie las acusa de promover la pedofilia como algo chic; eso se queda para las flacas anoréxicas tipo abandonadas. Está bebiéndose un vaso enorme de Coca-Cola, veintidós azúcares por vaso.

Come on now, sugar
Bring it on, bring it on, yeah
Just remember me when
You're good to go…

Es curioso, pero desearía poder quererla de verdad, aunque sólo fuera por un día. «¿Qué me dices?», le digo con una sonrisa, captando su atención. «¿Alguna vez has hecho el amor?», le pregunto.

Amor…

«Pssí…», contesta mirándome, pero de la misma forma vacía y depredadora en que probablemente la estoy contemplando yo. Lo único que quiere es que le cepillen los bajos y nada más; probablemente su novio estará trabajando en las plataformas petrolíferas, en la cárcel o de pedo por ahí.

Pero la cosa no tiene puta vuelta de hoja. «¿Te apetece volver a hacerlo?», le pregunto.

«Puede», dice ella, y le pregunto a qué hora sale, me tomo otra pinta y espero a que acabe y coja su abrigo. Nos vamos a mi casa.

Y nada más llegar nos ponemos a ello. Yo estoy deseando estar en otro lugar, y con otra persona. Pero a ella se le han puesto las mejillas coloradas; es una de esas tías con las que se pueden reducir los juegos preliminares a la mínima expresión; conque te las folles el tiempo suficiente se corren. Es como tirarse a Leviatán: una puta guerra de todos contra todos, un polvo de desgaste. Por fin llega al orgasmo y yo me corro, y salvo por una pizca de egotismo, la experiencia no me conmueve lo más mínimo.

Ha sido sexo del malo, aunque no tan malo como el de anoche con Shannon. Porque lo que en realidad me apetecía entonces era simplemente hablar con ella o jugar al Scrabble o ver la tele. ¿Por qué? Los dos tenemos más necesidad de amigos que de pareja de folleteo.

Kay…

Nosotros sí que bailábamos, di que sí.

Contemplando a la chica que tengo debajo, sé que jamás podrá ser mi amiga. Sus jadeos al correrse han sonado a risotadas burlonas, tan vacías y carentes de objeto como me siento yo por dentro.

No sólo he olvidado su nombre, ni siquiera recuerdo si he llegado a preguntárselo ni si ella se ha molestado en decírmelo.

Probablemente no.

20. Marcas negras

Habían salido más polluelos del cascarón. Pese a otro ataque nocturno, aquella mañana se levantó temprano y realizó un turno de trabajo en *Harvest Moon*. Kibby se alegraba de haber evitado a todas las chicas, sobre todo a Muffy. Se había dado una panzada tremenda de trabajar, concentrándose en ayudar a los polluelos a salir del cascarón, en plantar y cosechar los cultivos, y en reparar vallas. De eso iba *Harvest Moon* en realidad; no había sido concebido como herramienta de masturbación de mal gusto. Sacó el pequeño calendario del cajón que tenía bajo la mesa. Ayer no hubo ninguna marca negra.

Hacía una mañana luminosa y cruda; Brian Kibby se aventuró a salir, subiendo de forma lenta y concienzuda por Clermiston Hill. Con gran esfuerzo, inhaló profundamente por el maltrecho tabique nasal, pugnando por oxigenarse unos acartonados pulmones. Y, no obstante, el esfuerzo valió la pena, pues el oxígeno fresco e intenso le embriagó. Resultaba doloroso respirar, eso sí, y por algún motivo le dolía terriblemente la mandíbula.

Al llegar a la cima de la colina y detenerse allí por un instante, Kibby experimentó una oleada de triunfo espiritual que trascendió brevemente el dolor de su carne mortal. Mirando a un lado, casi podía divisar el color plateado y fresco de las aguas del estuario, y tras él la costa de Fife. Forzando sus fatigados pulmones para introducir en ellos un poco más de aire, se volvió hacia las colinas de Pentland, todavía espolvoreadas de nieve.

No debo pensar en Shannon, en Lucy o en Muffy. Muffy sólo forma parte de un juego. Soy más fuerte que esos impulsos. Puedo vencerlos. Hoy tampoco habrá marcas negras.

Satisfecho con sus esfuerzos, descendió lentamente hacia Corstorphine, dejando que la inercia le llevara hasta la consulta del médico, situada al pie de la colina.

Con una pinta de Lowenbrau y un Jack Daniel’s con Pepsi delante de él, Skinner pensaba con satisfacción: ¡He llegado al pub antes que Rab McKenzie! Pero sólo por los pelos, pues las puertas del Pivo Bar se abrieron de golpe y el grandullón entró caminando con pesadez. Cosa inusitada en él, Rab el Grande no acudió directamente a la barra, sino a la mesa ocupada por Skinner. «Se ha acabado», le dijo McKenzie con crudeza.

«¿El qué?», preguntó Skinner; el tono de voz frío de McKenzie le inquietó.

¿Acabado? ¿Qué se ha acabado? ¿De qué iba?

«El matasanos. Fui a ver al médico. Por los dolores…», le explicó, frotándose el costado y dándose una palmada en el pecho. Skinner apenas recordaba haber oído

hacía no mucho a McKenzie farfullar algo acerca de unos dolores. «El tío me dijo: “Como vuelvas a beber, la palmas”».

«¿Qué sabrán esos cabrones?», dijo Skinner con sorna, levantando su vaso de Jack y mirando a su amigo en busca de apoyo.

McKenzie sacudió la cabeza. «Nah, se acabó», repitió con la solemne irrevocabilidad de un sacerdote que estuviera administrando los últimos sacramentos. Se miraron el uno al otro brevemente.

Joder, ¿qué es esa mierda que veo en la mirada de McKenzie? ¿Será miedo? ¿Odio?

Entonces Danny Skinner dijo algo que, incluso en el instante en que abandonaba sus labios, le sonó inverosímilmente falto de garra: «Siéntate, quédate a tomarte una Pepsi o algo…».

McKenzie le miró con expresión severa, como si le estuviera vacilando, y en la confusión en la que estaba sumida su existencia actual, Skinner se preguntó si no sería cierto que una parte de sí estaba haciendo eso exactamente. «Ya nos veremos luego», dijo Rab el Grande, dirigiéndose hacia la puerta y dejando a Skinner solo en la mesa.

«Pégame un toque», gritó Skinner a sus espaldas. McKenzie se volvió a medias y gruñó algo antes de reanudar el camino hacia la puerta.

Por supuesto, sabía que McKenzie no volvería a llamarle. ¿Para qué iba a hacerlo? En la actualidad Skinner se estaba distanciando de la dosis de adrenalina de los sábados. Al margen de eso, durante los ocho años que había durado su amistad como adultos, la única vez que no habían tenido una bebida delante había sido cuando había una raya de coca en su lugar o se habían metido una pastilla de las fuertes.

Rab el Grande va a tener que aficionarse al hachís. ¡Un cambio en el estilo de vida donde los haya!

Skinner pensó en las carnes pesadas y pálidas de su amigo, y recorrió con el dedo su propia piel, tersa y sin arrugas, para tranquilizarse. Durante mucho tiempo se había preguntado si su padre era bebedor o no. Era inevitable: a los chefs siempre les gusta echar un trago, como había dicho De Fretais. Desde luego, ése era el caso del viejo cabrón de Sandy, aunque era de suponer que tener las joyas de la corona achicharradas y esparcidas por todo el New Town era motivo de sobra para darse al alpiste. Se preguntó si el americano, Greg Tomlin, bebería o no.

Me imagino por ahí de tragos con mi viejo el chef. ¡Menuda travesía! Una auténtica batalla de pesos pesados. ¡McKenzies abstenerse! Pobre Rab, no tiene la constitución para jugar con los chicos grandes. ¿Quién lo habría imaginado?

Echando un gran trago de su pinta y apurando el doble JB con Pepsi, Skinner se recostó en el asiento y empezó a reírse. Luego se dio cuenta de que no podía parar. Mientras los demás bebedores le observaban con creciente inquietud, él iba zapateando una ruidosa retreta en el suelo de contrachapado del bar, completamente

ajeno al numerito que estaba montando.

21. Muffy

Al romper de golpe la superficie de las aguas turquesas de la piscina, Caroline se apartó del rostro sus cabellos chorreantes. Mientras se llenaba de aire los pulmones, fijándose en el entorno blanco y cavernoso de la piscina cubierta, vio que había cambiado muy poca cosa desde que su padre la traía allí de niña: uno de los muros seguía dominado por el gran marcador electrónico situado sobre las hileras de bancos de plástico naranja destinados a los espectadores. La piscina de saltos adyacente seguía allí.

Por unos instantes incluso se conmovió por la sensación de notar la presencia de su padre. En sus fosas nasales estaba presente un olor fantasma, el agradable olor a anticuado que él desprendía, el aroma que identificaría por siempre jamás con la virilidad. Miró a los demás bañistas que había en las inmediaciones, pero la percepción de la proximidad de su padre se esfumó de su conciencia, como si despertase de un sueño.

Aquél siempre fue el tiempo compartido de ambos, pensó, recordando cómo había aprendido a nadar, con las grandes manos de su padre listas para estabilizar los titubeos de sus progresos. Siempre recordaría lo segura que se sentía en contacto con ellas. Y, no obstante, aquellas manos eran feas; eran casi como garras: de un color amarillo marchito como grabado a fuego y con unos dedos de color rojo iracundo, con las articulaciones rígidas debido a un accidente laboral del que nunca quería hablar.

Recordaba su cabello negro azabache, peinado con la raya al medio para cubrir la evanescente V de las sienes, antes de que desistiera y se cortara el pelo al uno, más funcional, a medida que ésta empezó a encontrarse con la O de la coronilla. Estaba la barba de varios días, semejante a la de aquel vaquero de tira cómica, Dan el Desesperado, que contribuía a su aura de fortaleza siempre presente. Había llenado la casa, decayendo con su enfermedad, y ahora que él había desaparecido, había muerto con él.

En un principio, aquellos recuerdos no le infundieron ninguna fuerza; más bien parecían ahondar más aún la sensación de pérdida. Era como si le hubiesen arrancado la espina dorsal. Para reunir el coraje del que carecía, se había dado copiosamente a la bebida, lo cual no había hecho más que incrementar la sensación de peligro y desorientación, pues en un par de ocasiones había despertado en camas extrañas con personas prácticamente desconocidas, y con bien poco que recordar de tales encuentros.

Al ir cayendo en la cuenta de que lo que necesitaba sólo podía hallarlo dentro de ella misma, no en la carne de un compañero o el contenido de una copa, poco a poco comenzó a sentirse fuerte. *Soy hija de mi padre, todo el mundo lo ha dicho siempre.*

Éste se convirtió en su mantra. ¿Qué es lo que he perdido?, se preguntó. Dejó de beber tanto y volvió a acudir a la Royal Commonwealth Pool.

Ahora volvía a nadar. Le encantaba aquel lugar: el agua, la libertad y la sensación de exuberancia. Parecía aproximarla más a su padre, pues aquello había sido algo exclusivo de ellos dos; ni Brian ni Joyce eran nadadores. Y el cloro del agua de la piscina disolvía las lágrimas que le corrían por las mejillas, y sus sollozos de dolor se fusionaban con jadeos de esfuerzo intenso al atravesar las aguas hasta no poder ya con el dolor de sus brazos y sus piernas.

Y al igual que su cuerpo, su espíritu fue haciéndose más fuerte.

Los chirridos del autobús hacían temblar y estremecerse a Brian Kibby; el rancio olor a cuero viejo, diesel y cuerpos añejos le daba náuseas. Lo que para otros constituía una rutina sencilla y sempiterna, era para él, físicamente endeble, cada vez más gordo y anímicamente atormentado, un infierno espantoso que tenía que atravesar dos veces al día.

De Murrayfield y el estadio de rugby habían llegado ya a Western Corner y al zoo. Al otro lado de Corstorphine estaba su domicilio. Andaba absorto en sus reflexiones y cayó en la cuenta de que, dadas sus discapacidades, no se había concedido tiempo suficiente para situarse junto a la puerta. Moviéndose con lentitud, el joven jadeaba, esforzándose por llegar a la salida.

Para cuando llegó tambaleándose hasta las puertas, éstas se habían cerrado y el autobús volvía a acelerar para continuar el trayecto. Ni siquiera pudo gritar «¡Pare!»; no quiso llamar la atención sobre su destrozado rostro amodorrado y lleno de manchas, con aquellos ojos negros hundidos, el encorvamiento de su espalda o su intensa sudoración y sus resuellos. En la siguiente parada, en Glasgow Road, se sintió desfallecer al pisar el firme, esforzándose por llenarse los pulmones, ásperos, rígidos y atrofiados, para luego atravesar la pendiente descendiente del parque, encorvado y pasando frío, entre la amarga puesta de sol que le acompañaría a casa.

Su madre estaría preparando una sopa, seguro. *Toma un poco de sopa, hijo, te sentará bien*. La fe de Joyce Kibby en los poderes reconstituyentes de su sopa de cordero seguía intacta a pesar de todas las pruebas en sentido contrario. Como los Cientistas Cristianos con sus plegarias sanadoras, Joyce necesitaba conservar la fe en su brebaje. Vigilando la olla en la cocina, cual bruja, alterando de forma sutil los ingredientes, esperaba dar con el equilibrio químico decisivo que restituyese plenamente la salud de su hijo enfermo. Tampoco tenía remilgos en agregar a la mezcla alguna que otra plegaria.

Brian Kibby conocía muy bien las tendencias obsesivas de su madre. Y quién sabe, quizá funcionara, pensó esperanzado, levantando la vista hacia el pálido sol. Entonces, al emerger de repente del refugio que ofrecía el pabellón deportivo, resolló bajo el azote del viento que atravesaba South Gyle Park a toda velocidad. Le hacía

lagrimear y le impedía expulsar el aire de sus estrechos y fatigados pulmones, de tal manera que se vio obligado a caminar de espaldas simplemente para poder respirar. Las ráfagas de viento hacían que restallase el abrigo largo, ciñéndoselo alrededor como unas grandes manos de carnicero al envolver con destreza un trozo de carne en una hoja de papel parafinado.

«Quizá funcione», sollozó en voz alta, en un estado de exasperación a medio camino entre la vana esperanza y la desesperación aterrada mientras el cruel viento le propinaba sopapos. Le pareció que había transcurrido una eternidad antes de que llegara a casa, pero cuando lo hizo, Joyce le hizo sentarse en la vieja silla de Keith, con una bandeja sobre el regazo, ante un cuenco de su humeante caldo.

Se esforzó por acabar la sopa y se quedó dormido en la silla un ratito. Al despertar tuvo la impresión de que había entrado Caroline y, en efecto, su bolsa de deporte estaba en el suelo. Tratando de poner un poco de orden en su cabeza, se volvió hacia Joyce, que estaba viendo los títulos de crédito de *Eastenders*, y le preguntó: «¿Ha estado aquí Caroline?».

«¡Sí, y estuviste hablando con ella, bobo! Creo que acabas de despertar de un profundo sueño».

«¿Estuve…?».

«Sí», sonrió estoicamente Joyce, pues Brian había hablado en sueños, farfullando cosas inquietantes, aunque no fueran más que sandeces. «Pero te sentará bien echar una siestecita. Dijiste que últimamente no has dormido bien».

«¿Caroline está arriba trabajando?».

«No, acaba de salir a casa de una amiga».

«A casa de Angela, seguro».

«No lo sé», dijo Joyce sacudiendo la cabeza. «Estoy a punto de ver un vídeo que saqué para verlo los dos. Es chino o japonés, *Tigre y dragón*. Todo el mundo la pone por las nubes».

Kibby jamás había oído hablar de dicha película, y pensó en lo bien que le había ido últimamente; llevaba varios días sin anotar ninguna marca negra. Entonces las dos protagonistas femeninas de la película empezaron a definirse y muy pronto Kibby sintió que el cerebro se le recalentaba más que un trozo de carne estofándose en una cazuela.

Muffy…

Bajó la vista, y vio cómo la erección asomaba bajo la tela de sus pantalones.

No más marcas negras…, evita estar solo, dice el panfleto…, no puedo subir arriba…

«Es buenísima», murmuró Joyce, pero aunque disfrutaba de la película, la fatiga iba apoderándose de ella y se estaba quedando dormida, como siempre hacía delante de la televisión. No tardó en marcar un ritmo de ruidosos y crispantes ronquidos.

Kibby se fijó en su erección, que le apuntaba a la cara, desafiándole.

Mamá está fuera de combate, esa chavalilla es tan preciosa…, si sólo me

acariciara la punta… Lo estás deseando, ¿a que sí, pequeña zo…?

«¡BASTA!», gritó Kibby, angustiado.

Joyce se puso en pie de un salto, con los ojos desorbitados y el pecho palpitándole. «¿Qué…? ¿Qué pasa, Brian?».

Kibby se puso en pie, respirando con dificultad. «Me voy a la cama», anunció.

«¿No vas a quedarte a ver el final de la película, hijo?».

«Es un asco. Basura», sentenció Kibby con desdén mientras se marchaba.

Joyce sintió que era incapaz de hacer nada a derechas: «Pero si es de kung fu, hijo, sólo la saqué porque era de kung fu…».

«Andar por las paredes de esa manera», gimió Kibby, «¡vaya disparate!», exclamó mientras subía las escaleras.

La cama no le dio tregua alguna. El ordenador parecía estar rogándole que lo encendiera, pese a que sabía quién estaría aguardándole en el ciberespacio. Pero cualquier cosa tenía que ser mejor que estar ahí tumbado, sumido en aquel tormento.

Mufiy…

Tendido boca abajo en la oscuridad, Kibby trató de pensar en rutinarios informes de visitas de inspección, pero cada vez que llegaba a un restaurante, era recibido por una camarera en minifalda que se parecía a Lucy, y que se inclinaba sobre la mesa…

El Señor es mi pastor

… o en un restaurante chino, la chica de la película, que se parecía a Muffy…

… *no desearé…, oficina…, oficina…, Foy…, la oficina de Foy en el entresuelo*…

… pero en el interior de la oficina de Foy estaba Shannon, sentada sobre el escritorio, mirándole a la vez que iba desabrochándose la blusa. «He sido muy negligente, Brian. Me he dejado inspeccionar por Danny sin darte una ocasión a ti…».

«¡Basta!».

Levantó el edredón y se fijó en su erección, tiesa cual palo de tienda de campaña. ¿Por qué parecía tan robusta y tensa cuando el resto de su cuerpo estaba tan débil, fofo y asolado? Respiró hondo varias veces, tratando de recobrar la compostura. Oyó a Joyce al ir a acostarse, y después a Caroline yendo al cuarto de baño antes de meterse en la cama.

Nada de marcas negras…, nada de marcas negras…

Los minutos iban pasando muy lentamente y aun así el sueño no llegaba. Imágenes de muchachas japonesas desnudas perturbaban sin cesar sus pensamientos.

Muff…

Recordó la recomendación del panfleto: prepárate un tentempié, aunque no tengas hambre. Lo único que podía hacer era levantarse y recalentar la sopa de cordero. Aunque tenía el estómago lleno, se esforzó por tragar más. Sin embargo, cuando regresó al dormitorio, el sueño siguió mostrándose tan esquivo como antes. Probó a rezar un poco más, pero el corazón le latía intensamente al darse cuenta de que la polla volvía a ponérsele tiesa.

No debo tocarla…, pero ellas lo desean, Lucy, Shannon…, las japonesas. Quieren que se las follen, pero ¿por qué no quieren que sea yo?…, ¿qué les pasa? Pero aquí dentro, en mi cabeza, puedo obligarles a desearme, aunque está mal, mal que te cagas, es diabólico, Shannon es mi amiga, Lucy es una chica estupenda…, Muffy es un icono informático…, las japonesas son actrices que interpretan un papel…, me pregunto si alguna vez el director…, no…

Apartó el edredón y volvió a levantarse, yendo a buscar una corbata vieja al armario ropero; la empleó para atarse la mano derecha a la pata de pino de la cama. Y luego sacó la mano izquierda de debajo de la ropa de cama y rezó en silencio solicitando fortaleza.

A la mañana siguiente, Brian Kibby estaba sentado ante su escritorio, abatido, frotándose el surco en forma de pulsera que le rodeaba la muñeca. La había ceñido mucho más de lo necesario, cortándole la circulación.

¡Qué estúpido y peligroso!… ¡Podría haberme quedado sin mano!

Danny Skinner apareció por la oficina de planta abierta, saliendo por la puerta que comunicaba las escaleras y el entresuelo. De modo acorde con sus obligaciones, Skinner estaba repasando la lista de turnos para el inminente período de vacaciones estivales. Era incapaz de recordar el número de pintas que había tomado la noche anterior, pero la respiración dificultosa y sudorosa de Kibby, así como su silencio y su encorvamiento, le confirmaron que debieron de ser bastantes. «Dentro de un par de semanas te vas de vacaciones, ¿no, Brian?», preguntó en tono jovial.

«Así es», respondió tímidamente Kibby, esforzándose por evitar que la mandíbula se le contrajera en un espasmo.

«¿Y adónde vas? ¿Algún sitio exótico?».

«Aún no estoy seguro», farfulló Kibby. De hecho, sabía que iba a acudir a otra convención de *Star Trek*, esta vez en Birmingham, pero no quería que sus compañeros de trabajo, sobre todo Skinner, supieran de sus andanzas. Ya era suficientemente hazmerreír, pensó, mientras sostenía la botella de Volvic con mano temblorosa y se la llevaba a unos labios secos y agrietados. Ian no había llamado, y ni siquiera había contestado a los mensajes que le había enviado por el móvil. Hacía siglos que no le veía, desde lo de Newcastle, a decir verdad. Seguro que se lo encontraría en la convención de Birmingham, y ahí podrían retomar las cosas en el punto en que las habían dejado.

Pero aquí y ahora, Brian Kibby se sentía absolutamente fatal. Eso era lo peor de aquella enfermedad, la crueldad de los períodos en que remitía, uno empezaba a sentirse esperanzado, y entonces…

Estaban haciéndole más pruebas en el hospital. Seguían insistiendo en lo mismo: varias enfermedades sin identificar y otras conocidas, trastorno psicosomático depresivo, un virus fantasma. La insinuación de que se negaba a reconocer que era un

alcohólico que no quería salir del armario, por muy velada que estuviera, nunca desapareció completamente del orden del día, pero para él todo eso no eran más que sandeces, porque seguían sin saber por dónde empezar, lo mismo ahora que al principio.

Se había puesto a hacer búsquedas obsesivas por Internet, comprobándolo todo, desde la medicina alternativa y oscuros cultos religiosos hasta la posesión por alienígenas, en un intento por llegar a comprender algo acerca de su estado. Sentado furtivamente ante el escritorio, notando palpitaciones en los oídos y temblores en las manos, oyó cómo la ronca voz de Skinner bramaba, con un fuerte acento cockney, para que le oyera toda la oficina: «I'M ORF TO IBEEFA AGAIN THIS SUMA-AAH EHND OIM AVIN IT LAWWRGGG!!» [15] Y cuando Kibby se volvió, vio que Skinner lo decía mirándole fijamente a él, casi como si se tratara de una amenaza. Salió rápidamente del Internet Explorer y abrió una carpeta de inspecciones.

Aquel día, durante la comida, Kibby realizó una de sus acostumbradas visitas a la Biblioteca Nacional de George IV Bridge. En su intento personal por explicar lo inexplicable, continuó investigando durante las pausas, sumido en una paranoia compulsiva y aberrante.

Mientras escrutaba los periódicos en microfichas, algo le llamó la atención. Se fijó en un artículo acerca de una mujer llamada Mary McClintock, que había vivido con diecisiete gatos en una caravana apestosa de las afueras de Tranent hasta que las autoridades tomaron cartas en el asunto y la metieron en un complejo de viviendas tuteladas. Mary se definía a sí misma como «bruja blanca» y estaba considerada por algunos como experta en hechizos. Kibby no necesitó mayor estímulo y obtuvo un número de contacto por medio de una chica que conocía Shannon y que trabajaba para Scotsman Publications en Holyrood.

Después del trabajo, fue a Tranent, tomando un autobús de la línea Eastern Scottish en la estación de St Andrews. Encontró el complejo de viviendas tuteladas sin gran dificultad. Mary McClintock era mucho más obesa de la cuenta, pero, en aparente contraste con su cuerpo indolente y aspecto general zopenco, tenía unos ojos chispeantes e inquietos. Llevaba lo que a Kibby se le antojaron varias capas de ropa y aún así parecía temblar, pese a que en el complejo hacía tanto calor que él había tenido que quitarse la chaqueta y seguía sudando de un modo muy incómodo.

Mary le hizo tomar asiento y escuchó mientras él le explicaba su afección. «Para mí que te han echado un maleficio», le dijo ella muy en serio.

Kibby casi sintió deseos de resoplar de desprecio ante lo que acababa de oír, pero se contuvo. Al fin y al cabo, ninguna otra cosa se había aproximado siquiera a dar con una explicación válida. «Pero ¿cómo es posible?», inquirió. «¿Cómo?… Es una insensatez…».

«Si tan insensato te parece, entonces no querrás que te diga una palabra más», dijo ella, con la cabeza temblándole imperiosamente.

«Puedo pagar, si es eso lo que quiere», gimió Kibby, desesperado.

Mary le miró con expresión de cierta indignación. «Por supuesto que vas a pagar, y no con dinero precisamente, hijo. A mi edad no me sirve de nada», le explicó mientras aparecía en sus labios una expresión lujuriosa.

De repente Kibby empezó a notar que, en efecto, allí hacía mucho frío. «Qué… esto… yo…».

«Dijiste que antes de enfermar estabas delgado…».

«Sí…».

«Serías todo polla y costillas, me jugaría algo. ¿Estoy en lo cierto?».

«¿Qué…?», dijo Kibby con un grito ahogado de asombro, agarrándose con fuerza a los brazos de la silla.

«¿Tienes una buena polla, hijo? ¿Una polla bien gorda? Porque eso es lo que quiero», le soltó Mary con toda naturalidad. «Después haremos una consulta pormenorizada».

Kibby se levantó y se dirigió hacia la puerta. «Creo que, eh…, es obvio que me he equivocado de lugar. Lo siento», dijo saliendo apresurada y nerviosamente del piso.

Al llegar al vestíbulo oyó cómo la voz de ella le seguía: «¡Además, tú eres de los guarretes, no te creas que no me he dado cuenta!».

Abrió la puerta de salida de un empujón, desesperado por abandonar las anegadas calles de Tranent tan pronto como fuera humanamente posible.

¡Es una chiflada! ¡Seguro que chochea!

Fuera estaba diluviando, y se apretujó bajo una marquesina abarrotada de gente. Poco después se detuvo un autobús, pero él estaba demasiado destrozado y atacado de los nervios para andar de empellones entre cuerpos apretujados para subirse a él. Desalentado, caminó con dificultad bajo el torrente lluvioso y paró un taxi, al que le costó más tiempo del que había supuesto adelantar al autobús, lo que le permitió coger éste y regresar a Edimburgo.

Al llegar a casa, cenó y se quedó sentado, sumido en un silencio espantoso, viendo la televisión mientras Joyce le contaba su jornada. Aquello era terrible. Se sentía abatido, nervioso, con la cabeza como un bombo, la fuente del cual parecía alternar de una sien a otra, y apenas podía respirar. Tenía los nervios más tensos que las cuerdas de un piano. En cuanto se sintiera lo bastante descansado subiría las escaleras para jugar a *Harvest Moon*. Pero era tan peligroso…

Muffy…, tengo tantas ganas de follármela…, no, no, no, pero al menos ella no es real, como Lucy y… y esa horrible vieja bruja de hoy…, no es justo…, por favor, no…

Aunque un poco de tele estaría bien, un poco de tele en un silencio total. Pero ese simple placer…, ¿por qué no puede estarse callada? ¿Por qué no puede dejar de hablar nunca?

Y Joyce seguía hablando; sus palabras le taladraban el cráneo, convirtiéndose en otra fuente de tormento para su fatigada alma.

«… unos cheques-regalo para cedés para el cumpleaños de Caroline. Vi un jersey precioso que le habría sentado de maravilla, pero a ella le gusta comprarse su propia

ropa y puede ser muy suya a la hora de aceptar ponerse algo que le hayas regalado…, ¿a ti qué te parece, Brian?».

«De acuerdo…».

«O a lo mejor unos cheques-regalo para libros mejor que para discos. De todos modos tiene cedés de sobra y los libros le serán mucho más útiles en sus estudios…, a tu padre siempre le gustaron los libros. ¿Qué te parece entonces, Brian, vales para libros o para música? Dime, de verdad, ¿qué te parece?».

«¡Me da igual! ¡Déjame ver la tele en paz, por favor!», vociferó Kibby.

Joyce se quedó chafada, mirándole como si fuera el último cachorrillo de la camada que quedara en el escaparate de la tienda de animales. Al ver la angustiosa mirada de su madre, a Kibby se le cayó el alma a los pies.

El silencioso *impasse* fue roto por un timbrazo desgarrador que a Kibby casi lo mata del susto. Joyce también reaccionó con un respingo. Después, contenta por la interrupción, se puso rápidamente en pie para abrir la puerta. Cuando regresó, la acompañaba un sujeto vestido con sudadera y parka. Era Ian.

Ha venido a hablar de lo de Birmingham.

«Escuchad», les informó Joyce, «yo me voy a dar un salto para ver a Elspeth y a su recién nacido. Os dejaré solos para que os pongáis el día».

«Estupendo», dijo Kibby, lanzándole a su madre una mirada de disculpa por su arrebato anterior. «Y creo que la idea del vale para libros es estupenda, mamá».

«Muy bien, hijo», dijo Joyce, con las mejillas ruborizadas de sentimiento amoroso. El chico se encontraba mal y era verdad que ella hablaba por los codos. Daba igual, Ian estaba allí y le animaría.

Ian y Brian se miraron el uno al otro de forma severa y tensa hasta que oyeron cerrarse la puerta del cuarto de estar, seguida justo después por el portazo de la entrada principal.

«Ian…, yo…», empezó Brian.

Ian le indicó que se detuviera con la mano. «Escucha, Brian, por favor, escucha lo que tengo que decir».

Se mostró tan apremiante y tan grave que Brian Kibby no pudo sino asentir con un gesto de la cabeza.

«El criarse por estos lares, en una ciudad como ésta…, en un país como Escocia…, no resulta fácil para los de nuestra cuerda».

Kibby pensó en sus años de triste aislamiento en el colegio, cuando nadie le hacía caso, le rechazaban o, peor todavía, le ponían en ridículo y se metían con él. Asintió lentamente.

«Complica el admitir según qué cosas acerca de uno mismo. Cuando vi que te marchabas en Newcastle en compañía de aquel tipejo… y luego llegué al hotel a la mañana siguiente y tenías esa pinta de haber recibido una paliza…».

Kibby trató de hablar pero de su garganta reseca no salió palabra alguna.

«… pensé: “¿Por qué tendría que liarse Brian con alguien así, un tiparraco

repugnante que no le respeta y encima le pega?”».

Kibby experimentó un inquietante estremecimiento. Empezaron a castañetearle los dientes. «Pero si yo…, yo…».

«… cuando hay alguien próximo a él que le quiere, que siempre…». Ian se inclinó hacia delante y Kibby palideció. «Así es, Brian, he estado pensando mucho, rompiéndome tanto la cabeza…, te quiero, Brian…, ya está, ya lo he dicho», soltó Ian acto seguido, mirando hacia el techo. «No se ha desplomado el cielo, ni me ha fulminado un rayo. Siempre te he querido. Nunca supe que eras como yo…, siempre estabas hablando de chicas como Lucy… ¡Dios mío, cada vez que mentabas el nombre de esa zorra era como si me clavaran una estaca en el corazón!… ¡Si me lo hubieras podido decir! ¡No había necesidad alguna de una cortina de humo tan rebuscada, de vivir una mentira!».

«¡No! ¡Te equivocas!», chilló Kibby. «Había…».

«No, Brian, ya basta de engaños. ¿No te das cuenta? ¡Durante años la gentuza como McGrillen nos llamó “maricones” o “mariposones” en el colegio sin que hubiéramos hecho nada! ¿Qué pueden hacernos ahora? ¿Qué pueden decir o hacer que no hayan hecho ya? Podemos alquilar un piso entre los dos…».

«¡No!», gritó Kibby.

«¿Crees que me preocupa lo de tu enfermedad? Ya nos las arreglaremos. ¡Cuidaré de ti!», imploró Ian.

«¡Estás loco! ¡No soy gay! ¡No lo soy!».

«¡No es más que la clásica negativa a reconocerlo!», dijo Ian, volviendo las palmas de las manos hacia arriba y sacudiendo la cabeza. Desde la perspectiva de Kibby, la nuez se le movía arriba y abajo, como si un alien estuviera a punto de reventarle la garganta. «Sé que tu madre está metida en todo ese rollo religioso y que algunos aspectos del cristianismo son antigays, pero la Biblia aporta un montón de indicios en sentido contrario…».

Lo único que Kibby pudo hacer fue mirar a los ojos a su emocionado amigo y decirle con voz queda: «Mira, no quiero estar contigo… de ese modo…».

Ian se sentía completamente desinflado, deshecho. Se quedó sentado por un segundo, con el ánimo completamente por los suelos. Después miró a Kibby de arriba abajo y de manera fulminante, mientras le inundaba la amargura del rechazo: «¿De modo que no te gusto? ¿Pero quién coño te crees que eres? ¿Yo no te gusto a ti?». Se puso en pie de un salto y, furioso, señaló el espejo que había sobre la repisa de la chimenea. «Échate un vistazo ahí un rato de éstos, culo gordo. ¡Mira y verás lo que eres! ¡Te estaba haciendo un favor! No hace falta que me acompañes, ya me largo», dijo haciendo un cáustico mohín, antes de dar media vuelta mientras un Kibby atónito y destrozado oía cerrarse de golpe primero una puerta y luego otra.

Shannon se ha recogido el pelo en un moño. Le da un aspecto adusto, aunque no

falto de atractivo. Le pregunto si le apetece tomar una copa después del trabajo. Me dice que tiene un informe de inspección pero que nos veremos en el Café Royal a eso de las cinco y media. He decidido contarle que creo que mi viejo es un cocinero americano que vive en California.

Son casi las seis cuando aparece, y en vez de sentarse a mi lado en el reservado, lo hace en la silla de enfrente. No hace el menor ademán de quitarse la chaqueta.

«¿Qué quieres tomar?», le pregunto con nerviosismo.

«Nada. Me marcho a casa. Sola. Se acabó, Danny», me dice con esa mirada distante, pero intensa y estoica que siempre pone la gente cuando corta. Ya me voy acostumbrando.

Aunque asiento de forma comprensiva, no dejo de notar la rencorosa bilis del rechazo abrasándome el pecho y las entrañas como un licor barato y áspero.

«Esta relación ha agotado su función, al menos para mí, y sospecho que para ti también», dice. «Ha llegado el momento de pasar a otra cosa».

Me abruma una avalancha de emociones. Ella tiene razón, pero es que yo necesito… a alguien ¿Por qué será que las chicas están más hermosas y más deseables que nunca justo en el momento en que te mandan a tomar por culo? Siento que se me humedecen los ojos. «Tienes razón», le digo, colocando mi mano sobre la suya y apretándola ligeramente. «Eres una tía estupenda, y una de las mejores personas que jamás he conocido», le digo con absoluta sinceridad, «es sólo que esto llegó en el momento equivocado para ambos», admito. «Sé que es lo que la gente acostumbra a decir en estas circunstancias sin sentirlo de verdad, pero te aseguro que me gustaría que pudiéramos seguir siendo amigos, y con eso quiero decir amigos de verdad».

«Ni que decir tiene», dice ella, con una expresión de leve desilusión y a la vez un poco llorosa. Se entiende por qué: la psique de quien va a dejarte plantado tiene que acumular fuerzas para ello, repasando todas las frases en la cabeza, de manera que la sola presencia de la otra parte resulta decepcionante por naturaleza, incluso antes de que ésta hable. Se frota los ojos y se levanta, besándome en la mejilla.

«¿No te quedas a tomar algo?», le pregunto en un tono de cierta desesperación, pero es que necesito hablar con alguien del cocinero yanqui este.

«No puedo, Danny», me dice con tristeza, pero sacudiendo la cabeza para subrayar sus palabras. «Te veré mañana en el trabajo. Adiós».

Y atraviesa el bar, haciendo resonar las baldosas de mármol bajo los tacones.

Antes de echar otro trago voy a ir a ver a mi madre. Voy a preguntarle acerca de los chefs con los que trabajó, dejaré caer algunos nombres y veré cómo reacciona. Apuro mi pinta y bajo por el Walk, subiéndome a un 16 cuando ya no me fío de mi capacidad de pasar de largo ante otro garito.

Paro en casa y vuelvo a echarle un vistazo al libro de De Fretais.

Compilar este libro resultó una tarea menos sencilla de lo que habría

cabido suponer. Cuando me puse en contacto con mis compañeros de profesión para pedirles que compartieran conmigo sus técnicas no sólo culinarias, sino de seducción sexual y amorosa, como es natural se produjo cierto revuelo. Mucha gente pensó que se trataba de una tomadura de pelo pura y simple, De Fretais gastando sus acostumbradas y estrambóticas bromas. Hubo espíritus aún más tristes, que llegaron incluso a ofenderse, calificándome de maniático o de sujeto ávido de publicidad, que sólo buscaba vender apoyándose en obscenidades.

No obstante, en mi oficio existen algunos audaces libertinos, y éstos se mostraron más que dispuestos a compartir con nosotros sus secretos. Les doy a todos ellos las gracias desde el fondo de mi corazón. El dormitorio del maestro cocinero ha de ser como su cocina: un ruedo donde se plasman los sueños y donde la exquisitez artística y la iluminación sensual brotan a partir del orden, el movimiento y la inspiración que ponemos de nuestra parte.

Joder, qué pagado de sí mismo está este cabrón. ¡Y dice que no está obsesionado consigo mismo!

Cuando llego a casa de mi madre, me encuentro la puerta abierta. Entro, atravesando el estrecho pasillo, pasando sobre la alfombra india que siempre he admirado. Está en el salón, en la zona de la cocina, y también está ahí Busby, sentado ante la barra de desayuno, su bulbosa nariz y sus mejillas reluciendo con un tono del color del whisky. Desde su regazo, el gato me lanza una mirada desafiante. Su disposición arrogante y hogareña se desmorona ante mi presencia; dobla unos documentos y los mete en un maletín desvencijado. «Hola, hijo», dice de forma ansiosa, servil incluso.

Miro a mi vieja con ojos acusadores; ella se apoya sobre la encimera de la cocina y se me queda mirando: con una expresión socarrona y de fulana, mientras exhala el humo de un cigarrillo. A su lado hay un vaso de whisky. En la radio suena la canción «Rag Doll».

¿Qué cojones pasa aquí? ¿Cuándo fue la última vez que este viejo capullo vendió un seguro?

«Hooombre, forastero», me dice mi madre en un tono totalmente insidioso. Es como si supiera que ha ganado porque yo he acudido aquí a verla, y se cachondea.

Algo hay en su comportamiento que inspira confianza al viejo vendedor de seguros. En la mirada de éste asoma una chispa, y sonríe con picardía mientras se lleva el cigarrillo a los labios. El gato sigue mirándome, juzgándome de forma solemne y férrea. Diríase una conspiración a tres bandas.

«Veo que estás ocupada. Vendré a verte cuando estés un poco más arreglada», digo, sin poder evitar que suene despectivo.

Mientras salgo oigo que mi madre me dice «Hasta luego, forastero…» y a continuación oigo las risas de ambos —la de ella estridente y la de él melodiosa pero

jadeante, como un viejo acordeón— que me acompañan hasta la salida y por las escaleras.

Salgo a la calle y empiezo a caminar por el adoquinado, tomando un atajo para llegar a Water of Leith. Durante un rato tengo la impresión de caminar sin saber adonde voy, hasta que me doy cuenta de que me dirijo por la cuesta de Restalrig Road hacia Canton’s Bar, en Duke Street. Empieza a anochecer y el frío aire nocturno me azota el rostro.

Puta vacaburra. Guarra asquerosa de mierda. Sólo quería hablar con ella y me la encuentro allí con ese canallita…

Hola, hijo.

Pero eso lo dice todo el mundo. Busby siempre me lo ha dicho.

En el pub, pido una pinta antes de darme cuenta de que, por algún motivo, llevan desde ayer sin limpiar este puto bar. El barman me informa de que anoche apuñalaron aquí a alguien, y que la policía lo consideró un intento de asesinato. «Acaban de darnos luz verde para abrir», dice. «No hemos tenido tiempo para limpiar. Por lo de los forenses y todo eso».

Me agobia el rancio residuo del reciente pasado alcohólico y violento de esta taberna. El nauseabundo olor a vómitos se me queda pegado en la nariz junto con la peste a humo de tabaco viejo y a alcohol; hay que ver cómo lo impregna todo. Es evidente que lo cerraron a primera hora del día de hoy: los ceniceros siguen llenos y los vasos de la noche pasada siguen sobre las mesas. Una mujer madura coge una fregona y echa un poco de Shake n’ Vac a la alfombra de cuadros escoceses, que junto a la gramola está negra de sangre. Pienso que debería marcharme pero el camarero ya me está sirviendo, así que busco un rincón y me siento mientras maldigo mi suerte.

Rechazo.

Kay, Shannon, mi vieja, Kinghorn, hasta McKenzie. Parece que el padre ausente fijó la puta pauta. Y vaya si sería el último bofetón en los putos morros si resultara que éste, en lugar de ser el atlético californiano, fuera el asquerosillo de Busby.

Hola, hijo.

Si puedo hacérselo a Kibby, puedo hacérselo a ese canalla. Siempre le he odiado. Ahora concentro mi odio sobre Busby.

BUSBY.

ODIO A ESE CAPULLO GIMOTEANTE Y MANIPULADOR.

TENGO EL PODER DE DESTRUIR A ESE CABRÓN.

ODIO A BUSBY

ODIO A BUSBY

ODIO ODIO ODIO…

ODIO A BUSBY

ODIO A BUSBY

ODIO ODIO ODIO…

Ese rencoroso mantra prosigue hasta que estoy agotado y siento que me va a estallar la cabeza. Entran en el bar un par de vejetes, se quedan con mi intensa mirada al vacío y se hacen un gesto mutuo con la cabeza, mirándome por encima del hombro. «Adivina quién es el chiflado», se ríe uno de ellos.

Pero a pesar de mis esfuerzos, no pasa nada; no tiene lugar ninguna extraña alquimia. Absolutamente nada que se asemeje a la inmensa, vertiginosa y demoledora sensación, seguida por una oleada de energía, que eperimenté cuando le eché el maleficio a Kibby. Ahora sólo me siento estúpido y cohibido, consciente de las miradas que me lanzan desde la barra.

A pesar de todo, soy incapaz de concitar el mismo odio contra Busby. ¿Será porque es él, porque ese desgraciado es mi padre? ¿Será que no puedo matar a los míos?

¿Y qué es lo que tiene entonces la obsesión esta con Kibby? ¿Qué tiene que ver exactamente conmigo?

22. Baleares Brummie[16]

Las sonrisas nacaradas que lucían Mary-Kate y Ashley Olsen sobre la pantalla del multicine iluminaban la oscuridad. Para Brian Kibby aquélla fue una experiencia fascinante que le dio ánimos. *Muévete, esto es Nueva York* era una de las mejores películas que había visto en mucho tiempo. En su opinión era la dirección acertada a seguir por las gemelas. No obstante, le preocupaba que las imágenes de éstas quedasen grabadas a fuego en su cerebro. Aquella noche iba a ser una prueba importante. Habían pasado ya doce días desde la última vez que le había tocado anotar una marca negra. Lo estaba haciendo muy bien.

De camino a casa, se detuvo en una papelería donde hojeó una revista en cuya portada aparecían las gemelas Olsen. Quedó horrorizado al leer que una de ellas luchaba por superar un trastorno alimentario. Al regresar a casa, se sintió impulsado a escribirle a su madre una carta de apoyo.

> Estimada Sra. Olsen:
>
> Me inquietó mucho enterarme de la enfermedad de su hija y espero sinceramente que Mary-Kate se reponga de sus problemas de salud. Me llamo Brian Kibby. Soy un hombre de Edimburgo de veintiún años que recientemente ha contraído una rara y espantosa enfermedad, la cual, por añadidura, los médicos y los especialistas no logran explicar.
>
> He disfrutado mucho con la película *Muévete, esto es Nueva York*, que he visto hoy. Por favor, transmítales a sus hijas mi deseo de que sigan cosechando éxitos. Espero que veamos muy pronto a Ashley y Mary-Kate juntas de nuevo en la gran pantalla.
>
> No me mueve a escribir esta carta ningún motivo ulterior; desde luego, no se trata de una carta mendicante. Sencillamente opino que sus hijas son unas figuras muy ejemplares y quería hacérselo saber.
>
> Atentamente,
>
> Brian Kibby

La envió a la dirección de la revista, esperando que ellos se la hicieran llegar a la señora Olsen.

Kibby había dejado de salir de excursión con los Hyp Hykers, ya que su enfermedad le iba debilitando de forma progresiva. Sin embargo, la fiesta veraniega era un acontecimiento muy señalado en el calendario anual de actividades sociales del grupo. Consciente de la impresión que comenzaba a causar, y a pesar de su creciente endeblez, tomó la decisión de asistir.

Había sido idea de Ken Radden alquilar los salones de los Jardines Zoológicos de Corstophine. «Así juntamos a dos grupos de animales», había bromeado al respecto. A Kibby le resultó atractiva la proximidad del lugar, y caminó despacio por la calle principal, acusando el tormento que le suponía arrastrar su cuerpo dolorido y fatigado tras de sí. Y además estaban sus nervios, aquellos nervios deshechos y hechos cisco, que veían en todo aquel que se cruzaba en su camino una fuerza hostil; hasta las personas más inocuas tenían el efecto de un McGrillen o un Skinner.

Cuando llegó a la fiesta, notó la incomodidad que suscitaba a su alrededor. La paranoia brotó de su interior; se preguntó lo que pensarían de él, y se esforzó mucho por dejar constancia de que no bebía alcohol.

Muy a pesar de sus ostentosos esfuerzos con la Pepsi y el zumo de naranja, la mayoría de los presentes o bien pasaron claramente de él o le dedicaron miradas lastimeras. Aquellos que sí entablaron conversación con él sólo se sintieron cómodos haciéndolo por un breve espacio de tiempo, y se marchaban en cuanto alguien más adecuado con el que hablar se cruzaba en su visual. Les hacía pasar vergüenza, y lo sintió de forma aguda.

Creí que eran mis amigos. Los Hyp Hykers. Aquella pandilla alocada…

Entonces vio a Lucy. Llevaba un vestido de color verde.

Es mejor que Mary-Kate o Ashley…, o tan buena como…

Estaba hermosísima, pero no podía abordarla. No siendo la ruina gordinflona, sudorosa y de ojos enrojecidos en la que parecía haberse convertido en la actualidad. Pero ella cruzó su mirada con la suya, y le miró con expresión de perplejidad; de forma muy paulatina lo fue reconociendo, y se aproximó a él con cautela, preguntándole de forma vacilante: «¿Qué tal estás?».

Era una pregunta…, no está segura de que sea yo. ¡Ni siquiera tiene la certeza de que sea yo!

Brian Kibby forzó una triste sonrisa de afirmación. «Yo…, eh…, creo que me estoy recuperando pero la cosa va despacio», dijo, sorprendido del tono quejumbroso de sus propias mentiras. A continuación añadió, esperanzado: «A lo mejor podemos volver a echar un partido de bádminton cuando esté en condiciones…».

«Sí», dijo Lucy forzando una sonrisa y deseando que la tierra la tragase. Y pensar que había llegado a gustarle, que incluso le había parecido un poco deseable. El rescate llegó de la mano de Angus Heatherhill, quien vino brincando desde la pista de baile y, apartándose el flequillo de los ojos, le preguntó: «Eh, Lucy, ¿te apetece echar un bailecito?».

«Vale, Angus. Discúlpanos, Brian», dijo ella, dejando a Kibby con un zumo de naranja fresco que a él le supo a veneno.

Los observó durante un rato, primero en la pista de baile y luego en el rincón.

No le quita las manos de encima. Y a ella le encanta. ¡Es como si se burlase de mi!

¡Es igual que todas!

Abatido, Kibby se largó de la fiesta y se internó en la noche. Mientras echaba a andar por un sendero adoquinado, hacia la salida del zoo y la calle principal, un ruido estridente laceró sus enmarañados nervios. Sintió que el corazón iba a estallarle. A esto le siguió una cacofonía de enormes y homicidas graznidos procedentes de algún lugar situado a sus espaldas. Los olores llegaron a hacerse abrumadores mientras se apresuraba por el sendero y atravesaba la verja del zoo. Llegó a casa tan rápido como su fatigado cuerpo y un taxi muy lento pudieron llevarle.

A la mañana siguiente, Kibby, enfrentándose con gran esfuerzo a su dolor, se levantó y se subió al tren con destino a Birmingham para asistir a la convención. Había reservado el billete por adelantado; estaba decidido a encararse con Ian, que sin duda estaría allí, y explicarle las cosas. Pero en cuanto llegó, se sintió demasiado indispuesto como para visitar el centro; con excepción de un paseo fatigoso por el canal, permaneció en su habitación de hotel viendo la televisión. Fue inútil. En aquel estado no había forma de enfrentarse a Ian ni a nadie. Al día siguiente tuvo que volver directo a casa. Y aquella noche, mientras gemía de dolor en su cama de Edimburgo, Brian Kibby se fijó en otra cosa. Le habían salido unos extraños granos que no se parecían a nada que hubiera visto con anterioridad.

El doctor Craigmyre, convocado por Joyce Kibby, no podía creer lo que estaba viendo. «¿Birmingham, dices?», preguntó con voz temblorosa a un Kibby tendido en decúbito supino, que emitió un débil gruñido a modo de confirmación. «Es que… ¡a mí eso me parecen picaduras de mosquito!».

¿Picaduras de mosquito?

Y al mirar a Brian Kibby el doctor Craigmyre vio algo extraño. Vio con sus propios ojos cómo afloraba y estallaba un pequeño capilar en la mejilla de su paciente. Kibby lo experimentó como un picor y una pequeña contracción muscular involuntaria.

Al saltar el corcho de la botella de champán, Danny Skinner se llevó el cuello espumeante a los labios, bajando así las dos pastillas de éxtasis que le resecaban la boca y la garganta. Cuando empezó a pasar la botella a su alrededor, la multitud que le rodeaba en la pista de baile soltó un hurra.

Skinner se lo había pasado bien en Ibiza, al menos visto desde fuera. Ahí estaba pasándoselo en grande todas las noches, y de día en la playa también. Parecía que no dormía nunca. Pero en un club llamado Space, al romper el alba, pasó algo que el propio Danny Skinner no lograba comprender. ¿Por qué, a pesar de que Fatboy Slim martilleaba, machacaba y pellizcaba a la multitud de parranderos desquiciados hasta provocar una frenética liberación de los sentidos, pensaba él en frikis con anorak? ¿Y cómo podía ser que, con el MDMA surcándole el organismo, sumido en un mar de

abrazos y sonrisas en el seno de una avalancha de buena voluntad, hedonismo festero y sí, amor en estado puro, se encontrase dando una batida por los canales y barrios pobres de Birmingham? Y sencillamente no había forma de concebir por qué, cuando tenía la mano metida dentro de las bragas de seda y acariciaba la nalga derecha de una chica tan hermosa que quitaba el aliento —de nombre Melanie y natural de Surrey— cuyo ágil cuerpo rodeaba el suyo, restregándose con rítmicos y pausados empujones contra su entrepierna, sus labios ardientes y ávidos apretados contra los suyos, él pensaba en…

No.

Sí.

¡Pensaba en Brian Kibby, y en lo que le estaba sucediendo en ese mismo instante!

Skinner sufrió una convulsión, casi ajeno a la belleza que le rodeaba, mientras asimilaba la cruda verdad: siempre echaba de menos a Kibby cuando llevaban separados más de unos cuantos días; anhelaba la fascinación mórbida y cómplice de poder determinar cómo le iba a su rival.

Pues aunque Kibby sortease lo que él consideraba las indagaciones transparentemente insinceras de Skinner acerca de su estado de salud, su desesperación le llevaba inevitablemente a hacer confidencias, por lo general a Shannon McDowall, con quien Skinner seguía manteniendo buenas, aunque no sexuales, relaciones. Y Skinner la sonsacaba alegremente.

No, Skinner pensaba en Brian, en el impacto de su labor. Se sentía como un artista que no pudiese comprobar los efectos de sus pinceladas sobre el lienzo. ¿Qué efecto le habría hecho a Kibby aquel viaje maratoniano con LSD? ¿Y qué decir de aquellas rayas de cocaína mugrientas y cortadas de mala manera con laxante? ¿O esas alegres mezcolanzas de grano y uva? ¿O las botellas de vodka en el Manumisión, o el caballo que se fumó a bordo de aquel yate? Sin duda, el horrible papel de estaño habría desbaratado los débiles pulmones de su viejo adversario.

Un fin de semana era espera de sobra; tiempo de sobra para saborear y anticipar la aparición ruinosa o la incomparecencia de Kibby en aquellas maravillosas mañanas de lunes, sin duda el mejor momento de la semana para Skinner. Una semana se podía tolerar. ¡Pero dos! Aquello le estaba sacando de sus casillas. Tenía que saber.

A diferencia de casi todos los demás visitantes que vinieron a pasar sus vacaciones a la isla mágica aquel verano, Danny Skinner apenas podía esperar el momento de volver a casa.

23. Alto nivel

Parecía preocupada, angustiada incluso, mientras iba abriéndose paso a través del abarrotado bar. Pero cuando vio a su exprometido hacerle una seña de que se sentase junto a él en el rincón, Kay Ballantyne quedó atónita ante el aspecto tan bueno que éste presentaba. «Y encima acabas de volver de Ibiza», dijo ella, completamente obnubilada, preguntándose si ahora habría otra persona en su vida. Experimentó una sensación de fracaso mientras pensaba: ¿Por qué no pudo hacer lo mismo por mí?

Kay parece agotada, pensó Skinner de forma fría y objetiva. Tenía nuevas y más profundas arrugas alrededor de los ojos. Aquello le hizo pensar en la primera vez que la vio, en la feria de Leith Links. Su lustroso y largo cabello negro, la chaqueta bomber de nylon rojo, pero sobre todo, su centelleante sonrisa, sus dientes blancos y sus preciosos ojos oscuros.

No. No es cierto. Más que nada fue el culo, embutido en aquellos ceñidos vaqueros CK azules mientras ella levantaba la escopeta de aire comprimido y disparaba contra los blancos. El modo en que sus firmes nalgas se amoldaban a aquellos vaqueros al cambiar de pierna el peso. Un culo de bailarina, la chica de la compañía de danza.

Ahora, sentado con ella en el Pivo, casi dos años después de conocerla en aquel recinto ferial, se dio cuenta de que sentía una necesidad desesperada de volver a verle el culo. Tan abrumador era que Skinner se embarcó en un prolongado juego centrado en torno al objetivo de lograr que se quitase su larga chaqueta marrón.

«Quítate la chaqueta, Kay…», sonrió, pero Kay no escuchaba. Hablaba sin parar acerca de cómo las cosas no habían funcionado con Ronnie, de cómo éste se vino abajo cuando perdieron al bebé, y ella también, pero que ahora había vuelto a la carga y recuperado el control de su vida, y tenía un empleo, aunque fuera de camarera.

Control de su vida… ¿Quién cojones es Ronnie? ¿Que había perdido a un bebé…?

«Quítate la chaqueta, aquí dentro hace calor», insistió Skinner, jadeando ahora de forma extraña.

«Estoy bien así», dijo ella, sonriéndole de un modo que a él lo desacreditaba y le humillaba. Le hizo pensar en lo hermosa que seguía siendo. Y aunque le conmovía lo que ella le estaba contando, algo se desataba en su interior.

Por favor, quítate la chaqueta…

Por favor, ve al cuarto de baño…

Para que pueda examinar críticamente tu culo en busca de signos de caída, de colapso, para que pueda evaluar mi mortalidad en relación con tu declive, como hago con todo lo que me rodea…, lo que me evoca las palabras del gran poeta:

The flower in ripen'd bloom unmatch'd
Must fall the earliest prey;
Though by no hand untimely snatch'd,
The leaves must drop away.[17]

En ese momento Kay comenzó a llorar. Apenas se había insinuado una lágrima antes de que se llevara la mano al ojo. Durante unos segundos insufribles, Danny Skinner quiso echar atrás el reloj del tiempo y ser el hombre que le sostuviese la mano, que llevase su propia mano a su cara y enjugase aquel amenazador lagrimón. Pero abrumado por la sensación de pérdida y de náusea, se dio cuenta de que él ya no era ése, que nunca jamás podría volver a serlo. En ese momento Kay se puso bruscamente en pie: «Lo siento…, tengo que irme…, tengo que irme», repitió, dirigiéndose hacia la puerta.

Danny Skinner pensó que habría debido salir tras ella y tratar de consolarla, pero asintió tristemente con la cabeza como respuesta y observó cómo ella se daba la vuelta y se marchaba. Le miró el culo, pero éste seguía cubierto por la chaqueta. Aún podía salir tras ella y de hecho se levantó, pero antes tenía que atravesar el bar, y éste, como siempre, se interpuso en su camino.

Había sido una terrible quincena en la vida de Joyce Kibby.

El chiquillo volvió tan enfermo y tan malo de su viaje a Birmingham… Sólo se quedó una noche. Se ha pasado la mayor parte de las vacaciones tendido en la cama o gimiendo en el sofá. ¡Casi dos semanas! Ahora ya es el momento de que vuelva al trabajo, pero sencillamente no puede.

El chiquillo sencillamente no puede.

La víspera de la presunta vuelta al trabajo de su hijo, Joyce quiso que volviera a examinarle el doctor Craigmyre. Brian apenas podía respirar. Bajo la ropa de cama, sudaba y se retorcía de dolor. «Nada de médicos», jadeó, protestando de forma débil pero decidida.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de su madre: «Voy a tener que volver a llamar, hijo, y decirles que no estás en condiciones de ir a trabajar…».

«No…», dijo Kibby entre dientes y de forma casi inaudible, «estaré perfectamente…».

Los mosquitos…

Joyce sacudió la cabeza: «No seas bobo, Brian», dijo dando media vuelta y dirigiéndose hacia la puerta, indiferente a las súplicas de su hijo. De ninguna manera iba a volver al trabajo arrastrándose, como tantas otras veces había hecho.

Ahora su hijo, abotargado y jadeante, deliraba y murmuraba incoherencias. «Skinner y los mosquitos…, Skinner y los mosquitos…, él los condujo a Birmingham…».

Birmingham…, mosquitos…, Skinner…

… y él sin una marca…

… tengo que casarme…, ponerme con Harvest Moon…, *Ann…, Muffy…, terminar la partida…*

Bajando pesadamente las escaleras, Joyce marcó el número del ayuntamiento, y pidió que la pusieran con Sanidad y Medio Ambiente, donde le informaron con aires de superioridad que en la actualidad el departamento se llamaba Servicio de Consumo y Medio Ambiente. Brian siempre le dijo que llamara a Bob Foy, pero Joyce había terminado por hartarse de la hosca falta de compasión de éste ante el estado de su hijo. Sin embargo, una vez habló con un hombre que había estado sumamente amable y se esforzó por consolarla.

Danny se llamaba, Danny Skinner.

A Brian no le caía bien, y le había hecho jurar a su madre que no le llamaría jamás, pero ésta simplemente era incapaz de afrontar el frío cinismo del tal señor Foy. Le dio a la recepcionista el nombre de Skinner, y ésta le pasó con su extensión.

Sentado ante su escritorio, Danny Skinner estaba leyendo un artículo de la revista de ocio *The List* acerca de un nuevo bar de alto nivel que acababan de abrir en el centro y que, al parecer, no sólo ampliaba las fronteras del servicio y del confort, sino que amenazaba con transformar radicalmente el modo en que percibimos el ocio. Y lo único que uno tenía que hacer para penetrar en aquella nueva dimensión era presentarse allí. Con mucha pasta o una tarjeta de crédito, por supuesto. Él no tenía mucha pasta, sino infinidad de impagos, pero en aquellos tiempos se concedían los créditos como churros, y saldaría las deudas de la Visa con la MasterCard. Desde luego, acudiría allí esta noche, pensando que quizá sirviera para liberarse de las reflexiones cada vez más melancólicas que le asaltaban últimamente.

No podía dejar de pensar en su reciente encuentro con Kay. No paraba de repetírsele en la cabeza una y otra vez. Quizá debería llamarla y asegurarse de que se encontraba bien. Pero ella no era responsabilidad suya, y aquel encuentro casual había sido la primera vez en siglos que se veían. No, uno no puede volver atrás, había que dejarlo estar. Ahora había otras personas en su vida, más próximas que él. Que la ayudaran ellos. Pero ¿y si…? ¿Y si no tuviera a nadie? No. Eso no era más que vanidad por su parte. Kay siempre había sido vivaz, extrovertida y popular. Nunca anduvo escasa de amistades. Kelly, la otra bailarina y ella estaban muy unidas.

Pero ella ya no baila.

Nah.

Trabajo. Despéjate la mente trabajando. A veces hay que hacerlo.

Encendió el monitor, arrastró al escritorio un informe de inspección sobre otro bar-restaurante a punto de abrir en George Street. Luego le distrajo el teléfono; una llamada exterior y un poco temprana para tratarse de una llamada de trabajo real.

Algo le impulsó a levantarse y asomarse desde su despacho del entresuelo, y una sonrisa malvada apareció en sus labios al ver el hueco vacío del escritorio de Brian Kibby. Cogió el auricular: «Daniel Skinner», canturreó.

La voz de Joyce Kibby parecía salvar una atormentada carrera de obstáculos, pasando de los agudos a los graves, de resonante a jadeante: «… estoy desesperada, señor Skinner…, tiene que conservar su empleo, tiene tanto miedo de que lo despidan…, mi hija está en la universidad y Brian le prometió a su padre que Caroline acabaría la universidad…, era una verdadera obsesión para él…».

A oídos de Skinner, aquella voz, aunque irregular, tensa y estridente, sonó como una melodiosa sinfonía de ángeles a coro. Estaba pagándole la carrera a su hermana, pensó Skinner con una extraña sensación de simpatía, pasando con dificultad de una sensación completamente falsa a otra totalmente genuina.

A continuación terció él, con tono tranquilizador pero —pensó— con la necesaria seriedad: «Un momento, señora Kibby. Permítame que le diga que por eso no debe preocuparse. Sé que Brian ha estado de baja mucho tiempo, pero aquí todo el mundo sabe lo de su enfermedad y todos nos acordamos mucho de él y le deseamos suerte. Brian tiene muchos amigos en este departamento».

«Es usted tan amable…», dijo Joyce, casi entre sollozos de gratitud.

«Tenemos que darle un poco de margen, señora Kibby. Ahora lo que quiero que haga es sentarse y poner la tetera al fuego. Yo mismo vendré en persona en cosa de una hora. Por el amor de Dios, dígale a Brian que se tome las cosas con calma. Sé lo orgulloso que es. Y procure tranquilizarse usted también», dijo en un arrebato de empatía.

Por la parte que le tocaba, a oídos de Joyce Kibby la canción que interpretaba Skinner también era música celestial. «Muchísimas gracias, señor Skinner, pero no es preciso, estará usted tan ocupado…».

«No es problema, señora Kibby», le aseguró él. «La veré dentro de un rato. Hasta luego».

«Adiós…».

Skinner colocó de nuevo el auricular sobre la horquilla. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba frotándose vigorosamente las manos hasta que Bob Foy entró en el despacho y exclamó: «¡A alguien le han dado una buena noticia!».

«Anoche conocí a una dama de lo más sexy», dijo Skinner, «y acaba de volver a ponerse en contacto conmigo».

En la mirada de Foy lograron darse cita a la vez la envidia, el desprecio y la admiración.

Ese señor Skinner es un santo, reflexionó Joyce al colgar el teléfono.

Resulta tan alentador comprobar que aún quedan buenas personas en el mundo en estos tiempos tan egoístas y tan inmorales.

Joyce Kibby hizo suyo el consejo de Danny Skinner y se dirigió a la cocina, donde llenó la tetera de agua.

Qué joven tan agradable y amable. ¿Por qué sentirá Brian tanta hostilidad hacia él, sobresaltándose cada vez que se pronuncia su nombre? No lo entiendo. La verdad es que Brian se sintió muy molesto cuando ascendieron al señor Skinner en su lugar, pero ¿por qué seguir guardándole rencor de esa forma tan tonta cuando se ha portado tan bien con él?

¡Voy a visitar a mi viejo amigo Brian Kibby! Han pasado más de dos semanas. Las vacaciones en las Baleares estuvieron de puta madre, sí, pero ignoro las consecuencias de las mismas sobre la salud de Kibby. Saber lo que se ha ganado es una delicia, pero ver de la que te has librado es absolutamente exquisito.

Me quedan por efectuar dos inspecciones *in situ*, pero ahora va a haber que delegarlas. El asunto de personal que hay que atender en el domicilio de los Kibby es mucho más urgente. Resultará extraño ver a un Kibby postrado y vulnerable en su entorno doméstico. Y no cabe duda de que se hallará asolado y vulnerable, pues anoche me eché unos buenos tragos en compañía de Gary Traynor y Alex Shevlane. Además, circuló una buena ración de perico: los tabiques de Kibby tienen que haberse llevado una paliza de impresión.

Da la casualidad de que a Shannon le encanta la idea de salir de la oficina y encargarse ella de las visitas. Lleva el pelo más corto, lo que deja al descubierto su fina nuca. Normalmente no me gustan las mujeres con el pelo corto pero a ella le sienta bastante bien. «Corte de pelo nuevo. ¿Significa eso novio nuevo?».

Mientras recoge la carpeta, me dedica esa sonrisa que dice me-están-follando-bien. «Chissst», me dice.

Más secretos de alcoba.

Menos mal que a uno de los dos le está yendo bien: a mí tampoco me vendría mal que me levantaran un poco los ánimos. Todavía no me he recuperado del impacto de ver a Kay y sus revelaciones acerca de nuevos novios y abortos que me esforcé por no oír; también me desconcierta la suerte de Rab Mc Kenzie, que pura y simplemente ha desaparecido de la faz de la puta tierra. No le he visto el pelo a ese gordo cabrón en el corral de clubs cutres y pubs de mala muerte que conforman nuestro territorio.

Pobre Rab, aquejado de una cirrosis hepática y sin poder volver a beber nunca más. Menuda pesadilla. La ebriedad es lo que tiene: es un estado inmediato, ubicado en el presente. No da para vivir de los recuerdos de la última consumición.

La idea de que Rab esté acabado me resulta extraña que te cagas. Me hace pensar que tenemos aproximadamente la misma altura y edad, aunque no el mismo peso. Kibby medirá cuatro o cinco centímetros menos que yo y será unos dieciocho meses más joven que nosotros. Por lo tanto debe encontrarse en el mismo estado de salud, o aproximándose rápidamente a él. El recurso perecedero que era el cuerpo de Kibby

—su sistema nervioso, hígado, ríñones, páncreas, corazón— debe estar muy devaluado a estas alturas. Al principio la consideración más importante para mí era: ¿y si Kibby muriera? Ahora ha pasado a ser: sin duda, Kibby morirá. Es inevitable. Todo el mundo lo hace, pero gracias a mi conducta tan golfa, es casi seguro que a él se le está acabando el tiempo. Y no puedo —ni pienso— dejar de vivir de esta forma. No hay por qué hacerlo, ya que la cuenta de la salud la paga Kibby. Si lo hiciera, sería sólo por mantener a Kibby con vida, lo cual se me antoja una noción verdaderamente perversa.

Pero…

Pero sería un asesinato. Un asesinato de índole estrafalaria, mística y afortunadamente indemostrable, pero asesinato al fin y al cabo. Y especulando un poco más allá: ¿qué pasará si o cuando Kibby fallezca efectivamente? ¿Qué será de esta maravillosa bendición que me ha tocado en suerte? ¿Seré capaz de transferirle la carga del dolor a otra persona?

¡Quizá en cuanto Kibby casque la maldición podría dar resultado con el cabroncete de Busby!

¿O me convertiré de forma instantánea en una ruina monstruosa, nauseabunda y jadeante, reventando en plena calle mientras un impoluto Kibby, cual Superman, sale del ataúd con uñas y dientes? Ésa, claro está, sería la perspectiva más justa, pero el rollo este me ha desvelado demasiada oscuridad, demasiada fascinación mórbida, como para que crea en la posibilidad de que exista forma alguna de karma.

No.

La perspectiva prosaica y más probable es que simplemente me vea obligado a soportar mi propia carga. Afrontar mi propia mortalidad. Sea, de la ventaja con la que partí no me puedo quejar.

Pero él no debe morir, de ningún modo. Eso no puedo permitirlo. Nunca fue ésa mi intención.

Así pues, cojo una furgoneta del parque móvil del ayuntamiento y salgo zumbando por la carretera principal con dirección a Glasgow. Nunca me he fiado de mí mismo al volante, pese a que me saqué el carné hace años. Ahora está chupado. Me meto en la barriada de viviendas de protección oficial donde residen los Kibby. Está compuesta de bloques con buenos servicios y está en una buena zona. Abundan las casas de una planta y las viviendas son de dos plantas —a veces tres— como máximo. Enseguida localizo el domicilio de los Kibby; tiene una puerta nueva en la que figura el número y una extrañísima placa de madera, casi de estilo gótico, con letras larguiruchas y como en forma de ramas en las que a duras penas se lee KIBBY. La miro durante un segundo y noto que una risotada nerviosa me estremece los hombros.

Me recompongo y llamo al timbre.

Me abre la señora Kibby, o Joyce, como dijo que se llamaba. Es una mujer delgada y larguirucha, con un rostro muy anguloso. Los ojos son iguales a los de él,

grandes y asustadizos. Apenas me da tiempo de tomar nota de aquello que hay que ver, oler y oír en el hogar de los Kibby, pero mi primera impresión es que me encuentro en una especie de antiguo edificio público, como la sala de lectura de una biblioteca especializada o la sala de espera de un dentista. Es la típica vivienda de techo bajo del período de entreguerras, con montones de puertas hechas de paneles de madera, de esas cuya pintura blanca siempre parece amarillear ligeramente, como si fuera de color magnolia cuando uno sabe que no lo es. El papel pintado es de color azul pastel con diseño floral amarillo, de ese que algunos llaman «rústico». En el suelo hay una alfombra de pésimo gusto con un patrón azul y verde, pero bajo los pies parece de una calidad razonable.

La señora Kibby me acompaña hasta la cocina y pone la tetera al fuego, pidiéndome al mismo tiempo que tome asiento.

«¿Qué tal está?», cuchicheo en voz muy baja.

«Claro…», dice la señora Kibby. «Subamos arriba un minuto. Puede que se muestre un poco raro, ya comprenderá, no le gusta que le vean en la cama…».

«No se preocupe», asiento con gesto sereno, ocultando el palpito de mi corazón, que se acelera de expectación. «No querría avergonzarle, de modo que me limitaré a asomar la cabeza por la puerta un momentito».

Arriba, la habitación de Kibby apesta a fetidez y descomposición de un modo con el que nunca antes me he topado. Es artificial y animal a la vez: un aroma mixto de productos químicos rancios y carne putrefacta. Oigo gemir a Kibby en la penumbra cuando su madre le arrulla: «Ha venido a verte el señor Skinner…».

Siento tal incomodidad y emoción que me entran náuseas; me obligo a armarme de valor con pensamientos agresivos, pensando en cómo esa maricona gorda y vaga puede quedarse ahí tumbado en el catre mientras los hombres de verdad se hacen cargo de las putas tareas pendientes.

«No puedo hablar…, márchate por favor», dice Kibby, a medio camino entre un gruñido y un gemido, en el pequeño y oscuro dormitorio, mientras yo escudriño alegremente los pósters de *Star Trek* y la pantalla de la lámpara. En la cama, junto a él, hay un ordenador portátil. ¡Seguro que el muy guarro estaba mirando páginas porno en Internet!

«¡Por favor, hijo, no le hables así al señor Skinner, ha venido a verte!», farfulla su madre disculpándose por él con la mirada.

Si llega a ser un perro le habríamos pegado un puto tiro.

«Vete…», resuella Kibby.

Joyce Kibby empieza a estremecerse de ira y me veo obligado a coger a la pobre mujer de ambas manos temblorosas y sacarla del dormitorio. Pero al atravesar la puerta, me vuelvo y cuchicheo: «Te comprendo, Bri, amigo. Pero si hay cualquier cosa que yo pueda hacer, lo que sea…».

De nuevo sale de la cama un gruñido sordo. Ahora recuerdo dónde he oído antes un sonido semejante. De niño tuve un gato llamado Maxy. A Maxy lo atropello un

coche, y se arrastró, con las dos patas hechas puré, bajo una mata de arbustos del jardín de enfrente. Cuando traté de rescatar al pobre cabrito se enfureció de verdad; aquello ya no era el bufido de un gato, sino un gruñido grave y perruno que me dejó jiñao.

Acompaño a una afligida Joyce Kibby escaleras abajo hasta la cocina, donde la ayudo a sentarse, aunque al instante vuelve a ponerse en pie e insiste en preparar más té. «No lo entiendo, señor Skinner. Con lo majo que era, encima. La enfermedad le ha cambiado; la otra noche hasta me dio una mala contestación. Y su mejor amigo, Ian, salió de aquí con las orejas gachas. El otro día estaba de compras cuando le vi, ¡y ni siquiera se paró para saludar!».

«Puede que forme parte de la índole de su mal», me aventuro a sugerir, «una especie de cambio en los patrones de conducta, una degeneración psicológica que corre pareja con el deterioro físico. En el trabajo la gente ha notado que está mucho más susceptible que antes».

«Cambio en los patrones de conducta», sopesa Joyce Kibby mientras me pone una taza de té delante. «Me parece una descripción muy acertada, señor Skinner».

«¿Los médicos siguen sin obtener ningún resultado?».

«Ese doctor Craigmyre no sabe nada», suelta Joyce Kibby con amargura. «A ver, no es más que un médico de cabecera, pero hemos recurrido a todos los especialistas habidos y por haber…», explica ella, mientras mi atención se dispersa por la acogedora cocina hasta que ella la recobra de golpe dejando caer la noticia bomba: «Han sido todos ustedes muy amables, pero se acabó. No puede seguir así. Vamos a ver a la gente del departamento de personal y solicitar una incapacidad laboral permanente por motivos de salud».

Me siento instantáneamente flojo y con náuseas. Este té lleva una cantidad de leche exagerada. «Pero… es muy joven…, no puede jubilarse…, no puede…».

Joyce Kibby sonríe y sacude la cabeza con tristeza. Ahora me mira directamente a los ojos, y me doy cuenta de que cree que de veras me importa. Como si yo estuviera tan inquieto como lo están ellos…, y el caso es que… que lo estoy, hostias.

«Me temo que no nos queda otra opción», responde ella con tono grave.

«Pero ¿cómo va a arreglárselas?», le pregunto, dándome cuenta de lo agudo y fantasioso de mi tono de voz expectante. Trato de adoptar una actitud más serena. «Quiero decir, antes me comentaba que su hija asiste a la universidad…, por teléfono parecía muy preocupada…».

«Lo siento, me dejé llevar un poco por el pánico, ¿verdad?», admite Joyce Kibby, con una tímida sonrisa.

«¡No!», le respondo yo en un tono vociferante y abyecto.

Pero esta mujer sigue dale que te pego, ajena a mi dolor, disfrutando de la melancólica pero gozosa sensación de liberación de quien acaba de tomar una terrible decisión que no había más remedio que tomar. «La otra noche, nos sentamos todos y lo discutimos racionalmente. Sé que Caroline está en la universidad, pero ha

conseguido un trabajo de camarera por las noches para poder irse a un piso nuevo con otros estudiantes la semana que viene. Tenemos unos pequeños ahorros guardados para pagarle la matrícula. Yo cuidaré de Brian. Esta semana pienso acercarme a los servicios sociales y coger folletos acerca de las prestaciones y subsidios para las personas que cuidan a discapacitados».

Abro la boca y estoy a punto de decir algo, pero no me sale palabra alguna; sencillamente no se me ocurre nada que decir.

«Para serle sincera, me alegro de que se marche de casa. Éste no es lugar para una chica joven», dice Joyce Kibby, sacudiendo con tristeza la cabeza. «Con lo felices que éramos en esta casa en los tiempos en que mi Keith…». Se ahoga de la emoción y se seca los ojos con un pañuelo.

Siento un tremendo impulso, casi un dolor, que me impele ayudar… ¿o será que sólo pretendo hacerme indispensable para poder regodearme con el deterioro de Kibby? Sin embargo, me aproximo a su madre, y me siento en el brazo de su sillón, rodeando sus finos y hundidos hombros con el brazo. «Vamos, vamos, no pasa nada…», murmuro, aunque su postura, esa forma que tiene de estar como doblada para dentro, me irrita. Me entran ganas de apoyarle la rodilla en la espalda y tirar de sus hombros hacia mí. Desprende un extraño olor que hace que me entren dudas acerca de su higiene íntima, de modo que me levanto y me aparto de ella.

«Es usted tan amable, señor Skinner», dice ella entre sollozos, realmente convencida.

Ahora pienso en mi propia madre, en lo mucho que nos hemos distanciado, en cómo la necesidad que tengo de saber algo acerca de mi padre nos está separando. Y no volveré a verla hasta que le haya visto primero a él.

«Lo siento mucho, pero creo que debería ir pensando en regresar a la oficina».

«Pues claro…». Finalmente, Joyce Kibby me suelta la mano. «No sabe lo mucho que significa para mí que haya venido. Se lo agradezco de veras, señor Skinner».

«Llámeme Danny, por favor», le digo con una convicción tan sincera y enorme que me espeluzna.

Así pues, abandono la pequeña vivienda municipal de los Kibby en el distrito Featherhall de Corstorphine, con una sensación de amargura y de inquietud en el que debiera haber sido el momento de saborear mi triunfo; al fin y al cabo, Kibby es historia. Nadie le mirará siquiera: un capullo enfermo y obeso que vive en casa de su madre. Sin haber echado un polvo en la vida, y ahora completamente inempleable. ¡Todo gracias a mí! ¡Toma!

Aun así, me encuentro preocupado y abatido. Todo está cambiando. ¡Kibby no puede hacerme esto! ¿Cómo voy a seguir en contacto, cómo voy a comprobar el efecto de mis poderes sobre él? Yo… no puedo quedarme sin él. He perdido a todos los demás, a mi padre ni siquiera lo tuve nunca. ¡Por algún motivo no puedo perder a Brian Kibby! ¡Seguro que no querrá seguir adelante y mandar su empleo al carajo! ¡Es lo único que le queda! Y él es lo único que me queda a mí…

No, esperemos que se lo piense dos veces, y quizá yo le ayude con unas cuantas noches tranquilas. Van a echar un ciclo de Fellini en la filmoteca, y tengo que ir desgranando la compilación de poemas de Mac Diarmid que compré el año pasado; menuda vergüenza para un escocés no tener por lo menos unos rudimentos al respecto. Lo dejé para otro momento cuando descubrí que su verdadero nombre era otro; los tipos que se cambian de nombre nunca son del todo de fiar. Sí, a lo mejor me consigo unos deuvedés nuevos y le doy un poco de tregua al pobre Brian Kibby.

24. Celebraciones privadas

Llegó el verano, y con él vino y se fue el festival. Como muchos lugareños, Skinner odiaba el comienzo de éste. Los aficionados entusiastas le irritaban, pues siempre se interponían en el camino de los bebedores serios, ocupando plazas en los pubs y obstaculizando el acceso a la barra. Los taxis que habitualmente podía uno parar para que le llevasen rápidamente de un antro de priva a otro pasaban de largo a toda velocidad, repletos de invasores rumbo al siguiente espectáculo. Y, no obstante, siempre se sentía inclinado a lamentar el final del festival, pues tanto gentío se traducía en que no sólo las oportunidades para quedarse bebiendo hasta altas horas sino también las de acabar follando se multiplicaban.

Pero todo aquello él se lo había perdido, sentado a solas con sus deuvedés y la nueva versión de *El planeta de los simios* le había inducido a comprar y visionar la serie original en un estuche triple. Se tragó las tres primeras series de *Los Soprano*, y casi flipa por privación de sueño tras una maratón de fin de semana, y otro sábado intentó ver la primera serie completa de *24* en tiempo real, desmayándose a la decimosexta hora de visionado. Aparte de todo esto, tenía su poesía; le conmovían en especial los versos de épica romántica de Byron y Shelley. Una vez pasado el festival, llegó a la conclusión de que si se aventuraba a salir al exterior, se vería relegado a los viejos bastiones, los enclaves de los bebedores empedernidos, con todas las mezquinas rencillas y peleas que ello entrañaba.

Demasiadas cicatrices potenciales para que las soporte Brian Kibby.

Lo peor de todo era que, inevitablemente, el invierno no tardaría en hacer acto de presencia. Pero Danny Skinner había resuelto quedarse en casa. Estaba comiendo de forma más saludable y, tras haber leído que el hígado era un órgano capaz de regenerarse a sí mismo, empezó a tomar dosis regulares de cardo lechero para ayudarle en el proceso.

Se había mostrado disciplinado; incluso había logrado armar y colocar unos armarios nuevos con puertas correderas en el dormitorio. Pero a medida que fueron acumulándose los días que siguieron a la ausencia de Brian Kibby del trabajo, Skinner quedó desconcertado al no tener noticia alguna acerca de su extraña némesis.

¿Qué le estará sucediendo a aquel cabroncete? A estas alturas tendría que estar plenamente recuperado.

Kibby seguía sin dar señales de vida, a pesar de que Skinner, a excepción de unas míseras latas de cerveza un domingo en que echaron en Setanta el Edinburgh Football Derby, se había abstenido de beber, se había mantenido al margen de los pubs y no tocaba el alcohol y las drogas.

¡Seguro que Kibby volverá enseguida!

Entonces, al final de una tarde terrible, Bob Foy convocó a Skinner a su despacho

y le dijo que ya había confirmación. El departamento de personal había preparado un paquete de incapacidad laboral permanente. ¡Brian Kibby se marchaba!

¡No!

¡Esto no puede estar sucediendo, joder!

¿Cómo coño puede Kibby hacerme esto?

Había llegado a considerar a Kibby su espejo, un mapa de carreteras de su propia mortalidad. No, aquello no podía estar sucediendo. Pero la expresión de regocijo del rostro de Foy hablaba por sí sola. Skinner no pudo decir nada: se limitó a asentir, y regresó a su despacho, donde efectuó una desesperada llamada telefónica a Joyce, suplicándole que Brian volviera a pensarlo.

«Oh…, le agradezco tanto su apoyo, señor Skinner…, digo Danny…, pero la decisión ya está tomada. El solo hecho de tomarla nos ha quitado un enorme peso de encima. En el transcurso de estas dos últimas semanas, desde que ya no piensa en el trabajo, ha estado muchísimo mejor».

No.

NO.

En el departamento, nadie era capaz de comprender por qué Danny Skinner, que le había tomado el pelo y arengado sin parar, estaba tan disgustado por la incapacidad permanente de Kibby. «Aunque no lo demuestre, en el fondo Danny es un tío muy profundo», le explicó Shannon McDowall a otra inspectora novata, Liz Franklin. «Detrás de esa fachada de eterno bromista, le importa mucho la gente».

Y a su extraña manera, así era indudablemente, pues Danny Skinner se sumió en un estado de abatimiento sombrío y lúgubre. Su mundo se venía abajo. Parecía que ya no habría forma alguna de seguir viendo a Brian Kibby.

Tengo que verle.

Entretanto, le voy a enseñar a tocarme los cojones. ¡Ya le daré yo a ese pequeño haragán motivos de queja!

Así pues, Skinner fue al piso de un camello llamado Davie Creedo y le compró a éste dos gramos de cocaína. Creedo también había preparado un par de gramos de crack y le dieron a la pipa durante un rato, con lo que Skinner se quedó largo rato frío. Dado que Skinner era muy buen cliente, Creedo añadió al paquete unas cuantas golosinas de regalo. Muy pronto Danny Skinner se fue de marcha por el centro, echando las redes en varios pubs antes de encontrarse con unos conocidos y largarse a un club nocturno. Después hubo una fiesta particular en Bruntsfield, donde Skinner jamás había visto tanta priva.

Probablemente haya sido todo una coincidencia; me he estado imaginando cosas…

Cogió una botella de absenta y empezó a trasegar como si de agua se tratara, ante las miradas y los jadeos de estupefacción de todos los presentes.

Ann. El mismo nombre parecía sinónimo de fiabilidad, de lealtad. Alguien con quien podía contarse y que nunca, jamás defraudaría. Sí, ella seguía encabezando la clasificación. Muffy era peligrosa.

Brian Kibby permanecía en su habitación, casi siempre pendiente de su portátil, jugando o chateando. Los ataques habían remitido, pero le habían dejado convaleciente, agotado y deprimido. Estaba echado en la cama, apoyado sobre una pila de almohadas, con su iBook al lado. No estaba en condiciones de salir ni de ver a nadie, había desautorizado todas las visitas. Aquello no amilanó ni pizca a Gerald el Gordo; le llamaba al móvil sin parar, narrándole alegremente las presuntas aventuras románticas de Lucy. Llegó a perturbarle tanto que Kibby dejó de contestar, pero entonces empezó con los mensajes de texto, y no pudo resistir la tentación de leerlos. A través de unos ojos enrojecidos, que le ardían como brasas encendidas engastadas en su cráneo, leyó la última nota que Gerald se había deleitado en enviarle:

> Resumen de la excursión a Aviemore: lucy ya no sale con angus, pero ken se enrolló con ella. ¡Qué pillo! Está hecha una guarra de cuidado, se lo monta con cualquiera, yo me morreé con ella en la disco pero no fui más allá, ¡a ver si voy a pillar algo! Ken y yo hemos terminado la guía hyp hykers de las grampians, ya te enviaremos un ejemplar.

Kibby se revolvió, incómodo, contra las almohadas que le mantenían derecho, y borró el mensaje.

¡Esa guía era idea mía! Se suponía que Ken y yo la íbamos a hacer juntos…, y Lucy…, ¡pero si él podría ser su padre! ¡Vaya un putón!

Kibby reanudó apresuradamente la conexión y dio una batida por los sitios web pornográficos hasta encontrar a una chica que se parecía a Lucy, con gafas de montura dorada. Se llamaba Helga, o eso decía con un acento escandinavo que resonaba con un tintineo metálico por los altavoces del portátil. Bajando el volumen y abrumado por la sensación de culpa, Kibby se masturbó con toda la ferocidad que permitía su cuerpo minado por la enfermedad.

Tendría que haberme tirado ese polvete…, lo estaba deseando…, estaban allí todos los demás…, pequeña guarra…, urgh…

Tras el orgasmo pareció abandonarle un poco más de su exigua energía vital. Miró hacia el techo mientras en su interior se abría paso una sensación aciaga y hueca, y dijo con voz apagada: «Lo siento…».

Más marcas negras…, con lo bien que iba…, ¿cómo he podido ser tan débil…?

Volvió a coger la corbata, y vacilando sólo durante unos instantes, se ató con fuerza la mano derecha al pilar de la cama.

Pero aquella noche alguien le castigó de veras por sus pecados. Se despertó

sudando, entre los dolores más clamorosos y tortuosos que había conocido en su vida.

Al ser despertada por aquellos terribles gritos, Joyce Kibby se levantó y se puso rápidamente el batín mientras el corazón le palpitaba con fuerza. Acudió corriendo al dormitorio de su hijo gritando «¡Brian!». Encendió el interruptor de la luz, y la bombilla se fundió tras un breve e insípido fogonazo. «¡Brian!», volvió a gritar.

De la penumbra no salía respuesta alguna, ni siquiera un sonido leve. Cuando de un salto llegó junto a la lámpara de la mesita de noche y la encendió, encontró a su hijo con la tez amarillenta y sin respirar apenas. Por algún motivo, tenía unas de las manos atada al pilar de la cama. «¿Qué ha pasado, hijo, qué haces con la mano así…?».

Dándose cuenta de que éste no se hallaba en condiciones de responder, Joyce bajó corriendo las escaleras y llamó a una ambulancia, tras lo cual regresó disparada al dormitorio. «Aguanta, que ya vienen», rogó, mientras Brian gemía suavemente y rezumaba sudor por todos los poros de su cuerpo. Joyce le desató la mano y la sostuvo, tomando su débil pulso. No tenía forma de determinar cuánto tiempo permaneció sentada con él antes de que llegase la ambulancia y bajasen su sudorosa mole en camilla, atravesando el pequeño jardín delantero hasta llegar a la furgoneta. El aire pareció reanimar ligeramente a Brian Kibby, y éste gimoteó: «Siento que he defraudado a todo el mundo…».

Joyce estrechó el voluminoso cuerpo de su hijo entre sus enclenques brazos. «Vamos, vamos…, no digas bobadas, hijo, te queremos. Siempre te querremos…, sigues siendo mi chiquitín», sollozó ella. Tenía la piel muy amarillenta, y se quejaba de unos dolores terribles en la espalda, como si se la estuviesen abriendo a machetazos.

25. Vísceras

Foy seccionó el hígado salteado con el cuchillo como si fuera mantequilla. Llevándose el tenedor a la boca, dejó que la suculenta carne se disolviera parcialmente en el paladar. El sabor y la consistencia de la misma evocaban la dulzura de la miel. Foy levantó la copa de robusto Cabernet Sauvignon del valle de Napa, llenándose las fosas nasales con su aroma. El jefe de sección municipal vivía para momentos como aquel, para desplegar los sentidos por el puro arte de *vivir el momento*. Para él no tenían precio. Pero por más que se esforzó, Robert Foy no pudo mostrarse indiferente ante la noticia bomba que su amigo, sentado delante de él, acababa de transmitirle.

«Lo digo en serio, Bob», dijo Skinner, echándole un vistazo a su maletín, en el suelo.

Depositando de nuevo la copa sobre la mesa, Foy suspiró y se quitó la máscara de satisfacción. En el vacío así creado se instaló rápidamente una expresión circunspecta, forzando la deriva meridional de sus pesados rasgos. «Danny…, yo me siento igual, un día sí y otro no. Consúltalo con la almohada, al menos».

Fue como si no hubiera dicho nada; Skinner rebuscó en el maletín y sacó un sobre. «Aquí está todo».

Foy enarcó las cejas, hizo una mueca y cogió el sobre de color beige que Skinner había colocado delante de él, abriéndolo y leyendo la carta adjunta. «Dios mío, hablas en serio», concluyó por fin. «Estás dimitiendo de verdad. Supongo que ya le habrás enviado copia a Cooper, ¿no?».

«Esta misma mañana», contestó Skinner, impasible.

«Pero ¿por qué?». Foy no daba crédito. «Hace muy poco que te han ascendido a jefe de sección».

¿Qué podría decirle? Quizá algo del estilo de «Hay billones de personas en este planeta y empiezo a estar un poco harto de encontrarme siempre con las mismas dos o tres docenas de gilipollas». Podría tomárselo como algo personal.

«Por viajar. Por ver un poco de mundo», respondió Skinner con toda naturalidad. «Quiero visitar los Estados Unidos. Es algo que siempre he querido hacer».

Foy se mordió el labio inferior y frunció el ceño, concentrándose. «En fin, eres joven, y ya llevas algún tiempo aquí. Es natural que quieras hacer una escapada. Desplegar las alas y todo eso», dijo, mientras masticaba otro trozo de hígado y sorbía un poco de Cabernet Sauvignon. Como para confirmarse a sí mismo lo que estaba paladeando, leyó la etiqueta de nuevo, reasegurándose de que de veras procedía de las bodegas Joseph Phelps, en su opinión una de las mejores del valle de Napa. «Este vino es excelente», declaró, cogiendo la botella ya medio vacía. «¿Seguro que no puedo tentarte?».

«No, gracias, estoy tratando de ponerme en forma», dijo Skinner, tapando la copa con una mano y llevándose la burbujeante agua mineral San Pellegrino a los labios con la otra. «También he dejado el tabaco».

«Vaya, entonces sí que es una ocasión especial. Vamos», insistió Foy, «¡no te hará ningún daño! Fíjate en el joven Kibby, era abstemio y ahora necesita un hígado nuevo. Para que veas hasta qué punto es una chorrada todo el rollo ese de la salud. Está todo en los genes. Si te ha tocado la china, no hay más cáscaras», dijo, llevándose a la boca otro pedazo de hígado salteado.

Skinner miró a Foy con gesto sombrío, recordando un verso que se sintió movido a recitarle a su amigo: «*El vino pudre el hígado, la fiebre hincha el bazo, la carne congestiona el vientre, el polvo inflama el ojo*».

«¿Qué mierda es ésa?».

«Aleister Crowley. Y no andaba equivocado».

«Sólo se vive una vez», dijo Foy, levantando de nuevo su copa. «Pero, claro, ¡vosotros los papistas creéis que después os espera un sitio mejor!».

«Se llama California». Skinner brindó con el agua mineral, pensando en que tenía que huir de Edimburgo, de todas esas oportunidades para beber. Estaban por todas partes, por doquier; la expectativa de que en cuanto salieras por la puerta de casa, aceptarías la invitación a consumir bebidas alcohólicas. Era algo tan natural como el respirar.

Y él está allí, al otro lado de la ciudad, en Little France, en esa cama de hospital, adonde yo le conduje: luchando por su vida. Ahora he de luchar a su lado. Tengo que estar con él. Es la maldición más cruel de todas; lo que nunca te dicen acerca de tener una némesis es el inextricable vínculo que se establece con ellos. Cómo finalmente acabas teniendo que responsabilizarte de ellos. Un auténtico enemigo acaba pareciéndose a una esposa, un hijo o un pariente de avanzada edad. Determinan toda tu puta vida y nunca te libras de ellos, joder.

Todas aquellas posibilidades de embriagarse: estaban matando a Kibby. Pero estaban en Edimburgo, Escocia, una ciudad fría de la periferia europea donde anochece pronto, llueve mucho y el cielo está nublado gran parte del año, meditó lúgubremente. Nominalmente una capital, aunque las principales decisiones que afectaban a las vidas de sus ciudadanos se tomaban a muchos kilómetros de distancia. En conjunto, unas condiciones perfectas para favorecer tandas continuas de borracheras autodestructivas, pensó Skinner. Sí, tenía que salir de aquella ciudad.

Al llegar a casa se sentó ante la mesa de la cocina. Embargado por la emoción, le escribió una carta a su madre.

> Querida mamá:
>
> Lamento haber estado bebido cuando fui a preguntarte por mi padre. Cuando me acerqué la última vez, tenía intención de disculparme, pero estaba allí Busby, y me dio la impresión de que tú misma habías estado bebiendo y

que no era el momento más indicado. Las cosas están un poco enrarecidas entre nosotros, pero quiero que sepas que te quiero de verdad.

He decidido no preguntarte más por mi padre. Respeto que necesites guardar para ti esa información por motivos que probablemente no entenderé jamás. Pero también es preciso que sepas y admitas que yo necesito averiguarlo. Acabo de hacerme a la idea de que tendrá que ser sin tu ayuda.

Aún no lo sé todo pero voy estrechando el cerco. He hablado con De Fretais, el viejo Sandy, y traté de dar con alguno de los viejos punkis. Ahora me voy a los Estados Unidos a averiguar el paradero de Greg Tomlin.

En caso de que quieras decirme algo, por favor, hazlo antes del próximo jueves, porque ése es el día en que me marcho a los Estados Unidos.

Quiero que sepas que hiciste por mí mucho más que cualquier familia biparental y que con mi deseo de encontrar a mi padre no pretendo faltarte al respeto ni a ti ni a todo lo que has hecho por mí. También quiero que sepas que, sean cuales fueran las circunstancias que rodearon tu relación con mi padre, nada podría disminuir mi amor por ti.

Tu hijo por siempre,

Danny

Metió la carta dentro de un sobre y fue a echarla por la rendija de la puerta, pero como no quiso correr el riesgo de encontrarse con ella en la escalera, fue a la peluquería y la echó al buzón, donde a la mañana siguiente ella la encontraría entre los recibos y los volantes de las tiendas locales de comida para llevar.

Bajó caminando hasta Bernard Street, entre los graznidos y el hurgar de las aves: los restaurantes habían dejado montones de desperdicios de la hora de la comida en la calle y el servicio de recogidas iba con retraso. Cerca de las gaviotas, nerviosas y beligerantes, un cuervo negro azulado y de aspecto grasiento picoteaba un gran trozo de hígado.

Al encontrarse con un café-bar nuevo, entró y se sentó a tomarse un agua de soda con lima, tratando de leer el *Evening News*, pero a la vez absorto en sus propios dramas. Sus crípticas consideraciones se volvieron hacia San Francisco, donde había sol, vida al aire libre, conciencia del cuerpo y salud. Seguro que allí podría hacer cosas buenas, cosas que no estuviesen relacionadas con el alcohol. ¿En qué podía comparársele Edimburgo? Y en San Francisco estaba Greg Tomlin, el maestro cocinero que Danny Skinner empezaba a creer que quizá fuera su padre.

Odio el hospital: a las enfermeras, a los médicos y a los risueños y parlanchines camilleros. Los detesto a todos. No pudieron hacer nada, ninguno de ellos pudo. Mi padre se consumió en vida aquí, en estas nuevas instalaciones de tecnología punta. Este lugar estaba condenado al fracaso antes de abrir siquiera, al igual que nuestro

parlamento, o la fiesta de Hogmanay [18] callejera que nunca tuvo lugar. Se diría que nadie fracasa de forma tan regular o espectacular como nosotros. Es lo único en lo que destacamos.

Ahora es mi hermano quien está aquí y siguen sin poder hacer nada. Todos sus conocimientos y sus cuidados no valen para nada. Porque seamos sinceros: nuestro Brian se encuentra en un estado terrible y nos dicen que le están buscando un hígado. ¿Lo intentan con suficiente empeño? ¿Han mirado lo bastante lejos? ¿Se esforzarían más si tuviéramos dinero? ¿Buscarían con más empeño? Es posible que no lo encuentren, e incluso si lo encuentran el trasplante podría fracasar. Y esta enfermedad, ¿no podría atacar al hígado nuevo de la misma manera en que atacó al anterior?

Mi hermano mayor va a morir. Lo miro, veo su rostro abotargado y amarillento, y oigo el débil hilillo de su voz mientras los párpados se le cierran y parece entrar y salir de esta vida. Por encima de todo, capto ese olor acre, el fétido hedor que asocio con la muerte. Recuerdo su oscura pestilencia supurando de los poros de mi padre. Lo sé, lo noto. Y mi madre, mi pobre madre, está pasando por todo lo que ya pasó con mi padre. Su universo se cae en pedazos a su alrededor.

No hace más que rezar. Al menos aquellos repulsivos chicos americanos han dejado de venir por casa. Pero ella sigue dejándose caer todos los días por esa pequeña iglesia de piedra. El lugar que me aburrió que te cagas todos los domingos de mi infancia, cuando me despertaba con un terror aplastante ante la idea de que fuéramos a ir allí. Ahora incluso ha empezado a acudir a esa Iglesia Libre Presbiteriana de la ciudad, la gente a la que frecuentaba de niña en Lewis.

A veces trato de recordarle las probabilidades que nos han dado los médicos en contra de que Brian sobreviva. No sé por qué; es como si me estuviera preparando para el choque y necesitara saber que ella va conmigo en el coche fuera de control. La fe ciega es algo que ya no soy capaz de aceptar. Nunca pude en realidad. Pero ella prefiere no saberlo, porque es lo único que quiere, lo único que necesita y, probablemente, lo único que tiene. Parece convencida de que la bondad y la virtud intrínsecas de Brian le protegerán.

De modo que les dejo, a ella con sus oraciones y a él con su sueño perturbador. Salgo del pabellón, y me dirijo a la cafetería. No se fijan en que me marcho, aunque quizá sí.

¿Qué hacía ella aquí, en aquel lugar de culto, hablando con aquel desconocido, un hombre que nunca había conocido mujer —al menos oficialmente—, y contándoselo todo? Y cuando ella le soltó toda la historia y le preguntó qué hacer, supo que con tres Ave Marías bastaría y que con ellas tendría fuerzas suficientes para mantener el secreto.

Salió de St Mary’s Star of the Sea, un lugar donde la habían llevado de niña a su

pesar, pero al que siempre regresaba a hurtadillas y con humildad en los momentos de estrés. Mientras bajaba por Constitution Street y Bernard Street hacia Tel Shore, sentándose y observando a los magníficos cisnes blancos que surcaban las negras aguas, Beverly Skinner se preguntó a sí misma qué clase de católica y de madre era.

Pero le había soltado lo suyo al cura. Aquella noche vendría a casa Trina; beberían Carlsberg Special y vodka, fumarían chocolate y pondrían a los Pistols, los Clash, los Stranglers y los Jam hasta que la pobre señora Carruthers aporrease lo que constituía su techo y el suelo de Bev con la escoba, y todo volvería a estar bien.

III. Salida

26. Cirujano

Raymond Boyce, doctor en Medicina y cirujano (Edimburgo), se dirige a un grupo de estudiantes de medicina de último curso en la Universidad de Edimburgo.

Para quien ha hecho del estudio de la medicina su vocación y la obra de su vida, encontrarse con un fenómeno nuevo es una de las cosas más emocionantes que quepa esperar. Sin embargo, también puede ser de las más aterradoras. En el caso de Brian, un joven de Edimburgo al que estoy tratando, se da esta singular circunstancia.

Déjenme recapitular: Brian es un joven que padece una enfermedad degenerativa desconocida que ha afectado a muchos de sus principales órganos, pero sobre todo al hígado. Conocemos la crucial importancia de este órgano. Un hígado sano depura casi el cien por cien de las bacterias y toxinas de nuestro cuerpo. Un hígado sobrecargado y subalimentado está considerado como la causa fundamental de muchas enfermedades; en la actualidad reconocemos que la mayoría de cánceres se derivan de un hígado que funciona mal. Y teniendo en cuenta los productos químicos tóxicos presentes en los alimentos que ingerimos, el agua que bebemos y el aire que respiramos, dados el alcohol, el humo del tabaco y la preponderancia de las drogas administradas con receta, el sistema de desintoxicación del hígado se encuentra más sobrecargado y bajo mayor presión que nunca.

Sabemos que el hígado es el único órgano capaz de regenerarse completamente por sí mismo cuando está dañado. A decir verdad, lo sabemos desde la Antigüedad griega. Prometeo, un personaje de la mitología, fue condenado a ser encadenado a una roca mientras las águilas le devoraban el hígado de día. Durante la noche éste se regeneraba, hasta que llegaba el día y sufría extirpación parcial por parte de dichas aves. Se trata de uno de los primeros indicios que existen acerca de nuestro conocimiento intuitivo de la capacidad de regeneración del hígado. Por lo que sabemos, no fue hasta finales del siglo diecinueve, cuando Canalis emprendió la primera extirpación científica del hígado. Más de un siglo después, aún no disponemos de una explicación precisa acerca del mecanismo exacto que desencadena este proceso de regeneración.

En el caso de Brian, esto tiene una importancia secundaria, puramente teórica. Se da una cicatrización crónica del hígado o cirrosis avanzada. Su hígado se ha deteriorado ahora hasta tal punto que es preciso un trasplante para salvarle la vida.

Sólo en casos de abuso extremo y prolongado del alcohol he presenciado

lesiones hepáticas de tal envergadura. Y ello en un joven que no es bebedor y que apenas ha probado el alcohol. Debo decir que yo me mostré tan cínico como cualquier otra persona respecto de la veracidad de dicho aserto, y en un principio pensé que el muchacho se hallaba en un estado de extrema negación común a muchas personas que padecen el azote del alcoholismo.

Pero he estado realizando un seguimiento controlado de su conducta y estoy en posición de dar fe de su absoluta sobriedad. He seguido siendo, al mismo tiempo, testigo a mi pesar de su triste y misterioso deterioro físico a lo largo de este período. Por lo tanto, también puedo dar fe del terrible coste emocional de esta enfermedad para Brian y su familia. Así pues, hemos descartado casi por completo el abuso de alcohol como fuente de la degeneración de Brian.

Otra causa frecuente de disfunciones hepáticas en la sociedad occidental son las afecciones víricas. La hepatitis vírica, como saben los estudiosos, mata las células del hígado. Sin embargo, no tenemos indicios de cepa alguna en Brian. Por tanto, también esto podemos descartarlo.

Existe una categoría de trastornos denominada enfermedad hepática autoinmune, en la que, hablando en términos generales, los leucocitos, en lugar de atacar a las bacterias y los virus, o además de ello, sufren por algún motivo una confusión biológica y atacan al hígado. En este ámbito se han llevado y se están llevando a cabo todavía muchas más pruebas.

Como siempre es el caso en la medicina o en cualquier disciplina en la que nuestros conocimientos son incompletos, tenemos una categoría «cajón de sastre». Ésta es la designación no específica a la que nos referimos como cirrosis criptogénica. Lamentablemente, a este grupo sólo se le reconoce por sus efectos —deterioro hepático— y existe muy poco en términos de cura que podamos ofrecer a quienes la padecen.

Lo que han demostrado nuestras pruebas es que, sobre todo de noche, el cuerpo de Brian experimenta un gran trauma, como si acumulara fuerzas para sobrellevar una inyección masiva de toxinas. Dichos ataques son fascinantes, si bien muy inquietantes, y nuestra multitud de pruebas en esta área continuará mientras el paciente sea capaz de soportarlas.

No obstante, el deterioro del hígado de Brian nos ha forzado ahora a intervenir quirúrgicamente. El peligro inmediato es muy serio; como he dicho antes, es preciso un trasplante para salvarle la vida. El procedimiento tendrá lugar en cuanto dispongamos de un donante.

Como ya he explicado, los demás órganos de Brian también están padeciendo. Desconocemos por cuánto tiempo podrán seguir funcionando con normalidad sus riñones, y estamos tratando de encontrar para él nuevos órganos de este tipo, y es evidente que recurriremos a la diálisis en caso necesario.

Existe un rayo de esperanza, y es que desde que fue admitido en el hospital su condición se ha estabilizado un tanto. Sólo nos cabe esperar, por el bien de Brian, que éste sea efectivamente el caso.

27. Quirófano

Por primera vez, al encarar su situación, Brian Kibby experimentaba verdadero miedo: crudo y total. Tal era el alcance de su pánico que casi sentía que su esencia fuera a desprenderse de su cuerpo. Al principio había estado demasiado deprimido ante su estado como para asustarse de verdad. Danny Skinner, y la aversión irracional que éste sentía por él, habían obrado como distracción. Ahora estaba solo, sin apenas otra cosa en que pensar más que su suerte inminente, con el cabello de la nuca tan de punta como si de agujas se tratara.

Kibby echó una mirada a los demás hombres que había en el pabellón. No eran como él. Eran viejos, y la mayoría de ellos a todas luces alcohólicos crónicos. Generalmente venían en dos formatos: o tremendamente escuálidos y marchitos, con aspecto de insectos palo, o completamente abotargados, como cetáceos con ictericia. Y él estaba metido allí entre ellos. ¿Por qué le había tocado a él, un joven hasta entonces sano y saludable, que había llevado una existencia intachable, ser víctima de aquella maldición?

¿Por qué? Pues se trata, en efecto, de una maldición. ¡Aquella vieja chiflada tenía razón! Pero ¿quién iba a echarme a mí una maldición? ¿Y por qué?

Sus desesperadas reflexiones fueron interrumpidas cuando se personó el señor Boyce para explicarle la intervención quirúrgica que se proponía realizar. La desesperación en estado puro pudo más que Brian Kibby y aferró el puño de la bata del cirujano con su mano amarillenta mientras suplicaba: «¿Por qué yo, doctor, por qué?».

Raymond Boyce tocó ligeramente el dorso de la mano de Kibby; incluso eso bastó para avergonzar a éste y hacer que le soltase. «Brian, tienes que ser fuerte», dijo con firmeza. «Hazlo por tu madre y tu hermana», agregó Boyce, más irritado de lo que dejaba traslucir por que alguien se dirigiera a él como «doctor». En tanto que cirujano jefe, el tratamiento que le correspondía, estrictamente hablando, era «señor».

«¿Cómo? ¿Cómo quiere que sea fuerte? No he hecho nada», gimió Brian Kibby, sumido en el más abyecto sufrimiento. «Tengo veintiún años y mi vida ya se ha acabado. Soy virgen, doctor, ¡virgen a los veintiuno! Incluso antes de todo esto ya era muy tímido con las chicas…».

Luchando por reprimir un cosquilleo de emoción en sus mejillas, el cirujano sacó pecho y dijo: «En esta vida nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina. ¡No puedes tirar la toalla!».

Mientras Boyce se marchaba, Kibby pensó en Lucy; para ser más concretos, en bajarle los tirantes de aquel vestido verde de encima de los hombros.

Que les den por culo al hermano Clinton, al hermano Alien y a su estúpido panfleto… ¡Me estoy muriendo, joder! No quiero morir virgen…, tendría que

haberme tirado a esa vieja bruja…, pero hay alguien más a la que tendría que haberme tirado…

Y en su febril pero viva imaginación aparecieron Lucy y él, solos, caminando por las colinas, ella luciendo aquel vestido verde, con tacones y una gran mochila que le costaba llevar…

La tos convulsiva y machacona de un viejo borrachín atravesó el aire rancio y reciclado del pabellón.

Cierra el pico, viejo cabrón, cierra el pico y muérete, no estamos más que Lucy y yo en las colinas…

… y ella sudaba por el esfuerzo bajo el sol. Gotas de sudor le perlaban la frente. Heatherhill estaba…

No.

Heatherhill no.

«Vete a tomar por culo, Angus, vete a dar un paseo molón en alguna otra parte», dijo Kibby con arrogancia y con desdén, despachando a Heatherhill, que se marchó enfurruñado cual perro apaleado, desapareciendo tras el horizonte. Se volvió hacia una sudorosa Lucy. «Dos son compañía, ¿no te parece, cacho zorra?».

«Pero, Brian…», empezó a decir ella.

«Aunque según me dicen te va el rollo de la cinta transportadora. A lo mejor cuando haya acabado yo, Heatherhill, Radden y Gerald el Gordo pueden venir y ponerse las botas. Eso es lo que te gustaría, ¿no? ¿Que los chicos hagan fila?».

Lucy se quedó con los ojos y la boca abiertos mientras Kibby llevaba su mano a los tirantes de su vestido, oportunamente situados por fuera de los de la mochila. Los bajó y, al no llevar sostén, sus tetas saltaron hacia él. Kibby las manoseó con aspereza un ratito antes de desplazar su peso y apretarse contra ella, a la vez que colocaba una de sus piernas detrás de ella. La gravedad y la mochila hicieron lo demás, y Lucy cayó de espaldas sobre la hierba mojada. Sus largas piernas se levantaron, lo que no hizo sino contribuir a que se le subiera la falda. No llevaba bragas.

«Y mientras camino, me encanta ir cantando con la mochila a la espalda», canturreó Kibby, sonriendo al desabrocharse la bragueta y…

Ooooohhhh… oooooohhhhhhhh…

Sintió cómo vertía sus pegajosos residuos en el pijama, filtrándose hasta las sábanas del hospital y el colchón.

Que les den por culo a las sábanas de hospital.

28. AA

Un asmático recepcionista de la Europa oriental, moviéndose con pesadez, me acompaña hasta mi habitación. Al abrirse la puerta, se confirman mis sospechas de que todo esto es un gran error y que no aguantaré unos cuantos días por aquí sin bebida ni drogas. La habitación mide tres metros por tres, con una alfombra raída que huele a meados, un lavabo, una cajonera y una cama con un colchón tan fino como una oblea, que chirría sobre los muelles de un somier oxidados por la orina.

Con todo, este hediondo antro infestado de ratas es el hotel más barato que he podido encontrar. Está situado en la calle Seis, justo al lado de Market Street, así que al menos es céntrico, pese a estar ubicado en una zona llena de albergues para vagabundos y tiendas de vino y licores baratos.

Nada más acostarme me quedo frito, sumido en ensoñaciones alucinógenas pero desagradables: montones de mierda, prosaicos sueños de autobuses que se escapan, intentos de encontrar retretes y descifrar los resultados deportivos a partir de periódicos redactados en caracteres jeroglíficos.

Pero al día siguiente me siento más animado y me levanto temprano para salir de este lugar de mala muerte y recorrer las calles de San Francisco. Por aquí hay montones de borrachines, yonquis y desequilibrados, desesperados por establecer contacto visual y arrastrarte a sus dramas existenciales, sin duda con la intención de recaudar una módica suma a cambio de dejarte en paz. *Caelum non animum mutant qui trans mare currunt*. Que le den a ese rollo; bastantes problemas tengo como para encima aparentar interés por la cuestión borrachina.

Me dirijo al distrito de Mission, donde desayuno en una crêperie. Después voy a Castro, y luego a Haight-Ashbury antes de regresar a Lower Haight, donde paro en un pub de estilo británico a tomar unas empanadillas con patatas fritas. De repente, consciente de las necesidades de Kibby, las dejo y me paso a una cafetería a la americana, donde como algo de pollo a la parrilla con ensalada pero sin aliño.

Curioseo en una librería de viejo, donde encuentro un raro ejemplar en folletín de los primeros poemas de Arnulf Overland en inglés. Si estuviera en Edimburgo, me deleitaría con esto; me pasaría montones de veladas moribundas con una botella de whisky leyéndolos, recitándolos una y otra vez hasta lanzarme a la noche, a los clubs, con grandes planes para todo dios. Aquí, sin embargo, al sol de California, los veo como lo que son: unos versos *völkisch* bastante conmovedores, proalemanes en un estilo postratado de Versalles, del tipo «nos robaron». Resulta curioso pensar que el pobre Overland acabó en un campo de concentración nazi. Quizá aquí no tenga demasiado sentido, pero en casa, donde algún que otro depresivo pagará una pasta por ellos, sí lo tendrá. El muy cretino me lo vende por tres dólares: podría haberse sacado un buen dinerito en eBay.

Animado por mi buena fortuna, encuentro un cibercafé-restaurante llamado Click Ass. Es un garito japonés y aunque el escocés que llevo dentro se muere de ganas de hincarle el diente a la tempura debido a sus cualidades de fritanga en abundante aceite, me conformo con el colocón proteínico del sashimi. La chica que sirve, con cabello negro que le llega hasta el cuello y gafas, y un cuerpo largo y esbelto, parece muy tranquila. Los tíos siempre andan hablando sin parar de las curvas de las tías, y la verdad es que las curvas mandan, pero lo que a mí me gusta en una chica son las buenas líneas; una espalda recta, como las de los púgiles aficionados de la vieja escuela. Salir con una japonesa molaría, ¿que no? Le sonrío, y su rostro es tan hermoso como un cuadro aunque, por desgracia, igual de inmóvil.

Cuando compruebo mis correos electrónicos veo que es todo correo basura; desconcertado, me doy cuenta de que apenas hace nada que salí de Edimburgo, aunque con el vuelo y el huso horario parece que hubieran pasado siglos. Busco las reuniones de AA de San Francisco en la web. ¡Hay páginas enteras de ellas y las hay por todas partes, todos los días! Selecciono una de Marina, porque parece un barrio pijo, y me encamino hacia allí. Sencillamente no puedo soportar la perspectiva de oír los relatos de los borrachines de los bajos fondos. Para esa mierda me vuelvo a Junction Street.

Al menos mis andanzas me han permitido hacerme alguna idea acerca de la ciudad y de su gente. Los habitantes de San Francisco parecen dividirse *grosso modo* en tres categorías. Están los ricos (casi siempre blancos) con su tiempo de ocio, sus comidas agradables, sus gimnasios y sus entrenadores personales, por lo general esbeltos y en forma. Luego están los pobres (habitualmente latinos o negros), que tienden a ser gordísimos, pues sólo pueden permitirse comprar alimentos preparados y comida rápida de las cadenas, muy adictivos y repletos de calorías. El tercer grupo es el de los sin techo, en su mayoría negros, pero entre los cuales hay algún que otro blanco y latino (aunque no demasiados), quienes, una vez más, suelen ser muy delgados, porque ni siquiera pueden permitirse la mierda de la que se alimentan los pobres.

La reunión se celebra en lo que parece un viejo edificio público, como si estuviera pensado para ser una biblioteca pero en la que no hay libros. Es una especie de centro cívico. Es más viejo que la mayoría de construcciones de la zona, pero parece bien conservado. Recorro lo que parece una sala de suelo de hormigón, cosa poco habitual en San Fran, pues a cuenta de los terremotos los edificios suelen ser de madera. Está bordeado a ambos lados por plantas metidas en macetas. Tras atravesar dos puertas giratorias llego a una sala con paneles de madera llena de gente con las sillas dispuestas en un semicírculo. Un tipo con aspecto de ser de Oriente Medio, de ojos y cabello oscuros y sin afeitar me hace un gesto con la cabeza, indicándome algunos de los asientos libres. El resto de los presentes apenas toma nota de mi presencia.

El sitio está lleno de tipos evidentemente acaudalados, ejecutivos jóvenes y tal, todos ellos con aspecto de ser bastante WASP[19]. El moderador es el que más pinta

étnica tiene. Tomo asiento entre un gachó trajeado y una chavala más o menos de mi edad. Me fijo en que lleva una camiseta roja y blanca y que no lleva sostén. Lleva estampada la palabra GALVANIZE. Tiene una nariz prominente, que asoma de entre un pelo largo, negro y rizado. Al fijarme más de cerca veo que tiene un aspecto un tanto mediterráneo, latino incluso. El tío es un yuppy anodino: cabello corto, traje azul oscuro, gafas y zapatos negros lustrosos. Me conmocionaría tremendamente si en el transcurso de nuestras existencias él y yo llegásemos a intercambiar una sola palabra significativa.

La gente se levanta y suelta las habituales historias de mala suerte, que me resulta difícil seguir porque tengo los oídos taponados, aunque oigo a la chica esta bufando esporádicamente cosas como «chorradas» o «venga ya» entre dientes. Como soy un chico de Leith criado por una madre punki, ese género de conducta me impresiona desmesuradamente. Durante la pausa del café, veo que está sola así que la abordo: «No parece que esto te impresione demasiado», le digo con una sonrisa.

Ella me mira un momento, se lleva el café a los labios y se encoge de hombros. «Es más barato que la rehabilitación, más no se puede decir, pero hay que tragar con todos los mamoneos fundamentalistas».

«¿Qué quieres decir?».

«El rollo santurrón, pero también la mierda esa de la abstinencia de por vida. Quiero decir, que sí, vale, admito que me salí de madre con la bebida. Pero en algún momento, en cuanto tenga la cosa controlada, volveré a beber. Una sola copa no es una cuestión de vida o muerte».

«Sí que lo es», le digo yo.

«¡Ay, qué asco!», exclama ella, y me fijo en que tiene un rostro un tanto cuadrado pero agradable, y me gustan sus ojos verdes y su boca fina. «¿De verdad tienes tantas ganas de que Jesucristo ande metido hasta ese punto en tu vida?».

Se me aparece una visión de Kibby en la cruz. Después pienso en el vídeo porno de Traynor, *La resurrección de Nuestro Señor*, seguramente porque esta chica se parece un poco a la tía que interpretaba a la amiga de María Magdalena en la escena del trío. Se me escapa una risita involuntaria. «Quiero excluir de mi vida al alcohol», le explico, recomponiéndome.

«Pues tú mira a ver que en el mismo paquete no te metan a Jesús; así funciona la cosa con estos anormales. Sustituyen una dependencia por otra».

Pues sí, en la peli esa sí que le metían en el paquete al pobre cabrón de Jesús. ¡Fue cuando le atravesaban con uno de los clavos de la cruz! ¡Ay, qué dolor! Frunzo los labios y resoplo sólo de pensarlo. «Por ahí sí que no paso», le hago saber.

«Hay que andarse con ojo», me cuenta, lanzando una mirada nerviosa alrededor.

Estoy pensando que en este lugar me hacen falta amistades, y me encajaría muy bien que fueran sobrias y femeninas. «Oye, hablando de dependencias», le digo, agitando el vasito de poliestireno, «este café es una porquería. ¿Te apetece ir a tomar uno a algún sitio en condiciones cuando termine el espectáculo?».

Ella enarca las cejas y me mira de modo desafiante: «¿Pretendes ligar conmigo?».

«Esto…, yo soy escocés. La verdad es que allí no hacemos esas cosas…, quiero decir que, en mi cultura, los miembros del sexo opuesto pueden relacionarse sin necesidad de que se trate de un pretexto para otras cosas», le miento.

Ella sopesa esta gilipollez durante un momento y dice: «Vale, me mola». Sonríe y yo noto una pequeña palpitación en el estómago. ¡De puta madre! «Tienes un acento bastante guapo. Nunca he estado en Escocia», me cuenta.

«Es un país muy hermoso que bien merece una visita», sostengo en un petulante arrebato de orgullo patrio en el instante en que vuelve a empezar la reunión. «Por cierto, yo me llamo Danny».

«Yo, Dorothy», dice ella, mientras tomamos posiciones para presenciar el segundo asalto.

Los relatos siguen siendo igual de inquietantes, pero de vez en cuando Dorothy y yo nos miramos el uno al otro y ponemos caras, por lo general como respuesta a algunos de los comentarios más banales de los asistentes. Sólo soy vagamente consciente de lo que sucede en el resto de la habitación hasta que noto un pequeño estallido en mi oído, seguido por una sensación de calor y humedad, como si sangrara. Cuando me llevo la mano a la fuente noto cómo una porquería caliente se me escurre sobre los dedos. Sumido en el pánico, el corazón me palpita apresuradamente, pues temo que se me estén derritiendo los sesos, pero sólo es cerumen. Me lo limpio subrepticiamente bajo la silla. Disculpándome, voy al lavabo, donde me lavo el oído y ese lado de la cara hasta que desaparece el olor a cera. Echo una meada; tiene el mismo color y consistencia que la cera.

¡Fusión!

Inquieto, regreso. Al menos ahora oigo lo que sucede. Después, tras la oración para pedir serenidad, salimos fuera juntos. Parece que he hecho una nueva amiga, ¡y por mí estupendo!

«¿Tienes coche?», pregunta ella.

«No, llegué aquí ayer. Estoy en un hotel cutre de la calle Seis», le cuento, quizá imprudentemente.

«Dios, más cutre imposible», dice ella, encendiendo un cigarrillo. «El mío está aquí mismo», dice, señalando un elegante descapotable blanco. «Salgamos de este barrio».

Nos subimos al bólido y nos largamos. La nariz ganchuda de Dorothy asoma de perfil entre esa greñuda masa de cabello negro.

Guipo todos los bares estos de la calle Dieciséis mientras nos adentramos en el distrito de Mission. Todos y cada uno de ellos parecen invitar a entrar. Joder, menos mal que a mi lado tengo a una alcohólica en rehabilitación. «En esta ciudad, aparcar es cosa de locos», dice ella con un aire de intensa concentración, introduciéndose en un espacio disponible en cuanto sale otro coche. En la vida había visto a una tía dar marcha atrás de esa forma.

Al salir del coche nos para una gente del Socialist Workers Party que protestan por la guerra en Irak. Ni siquiera sabía que en Estados Unidos hubiera socialistas revolucionarios. «Bush es el eje del mal», aulla dirigiéndose a nosotros una chica menuda y delgada, mientras un tío que está junto a ella me tiende con gesto fervoroso una octavilla.

«A mí Bush me gusta», les suelto, aguardando a que arruguen el gesto con cara de asco antes de rematar la gracia, «al que no soporto es al cabrón ese de la Casa Blanca»[20].

Dorothy sacude la cabeza y me aparta de los desconcertados vendedores de periódicos. «Aquí no puedes decir esas cosas», dice ella mientras bajamos por la calle.

«Sí que puedo. San Francisco es una ciudad muy liberal pero aun así tendrá que haber gente a la que le caiga bien Bush. A ver, que no es mi caso, yo odio a todos los políticos. Son todos unos cabrones».

«No…, has vuelto a emplear esa palabra».

Por lo visto, aquí es más ofensivo emplear esa palabra que comprar una pistola. Decido que ya he cometido suficientes meteduras de pata para un día y que voy a tratar de mantener cerrada mi bocaza.

Entramos en la cafetería. Es oscura y tiene un suelo de madera dura; está provista de una colección de sillones y mesas bajas, lo que le proporciona un aspecto destartalado pero ligeramente decadente. «Bonito lugar», digo yo.

«Sí, Gavin y yo…, mi ex, solíamos venir aquí cuando vivíamos en este barrio».

Me parece captar cierto tufillo a despecho. Sin duda yo desprendo idéntica fragancia. Bueno, con Kay no del todo, porque al menos Shannon y yo nos utilizamos el uno al otro como amortiguadores. A decir verdad, últimamente he reventado unos cuantos amortiguadores. Miro a Dorothy pensando que resulta extrañísimo estar sentado con alguien sin beber más que café. ¡Con una chavala y fuera del horario de curro! Impensable en Edimburgo, al menos en esta etapa de la relación. El aroma del café es agradable y sabe fuerte y amargo.

Luego nos vamos a comer algo a un restaurante mexicano de la calle Valencia llamado Puerto Allegrie. Está muy concurrido y la comida es estupenda. Dorothy me cuenta que se apellida Cominsky y que es polaca por parte de padre y guatemalteca por parte de madre. «¿Y tú qué?».

«Eh, hasta donde yo sé es escocés del montón. Si hay algo más de por medio, probablemente no será nada más exótico que irlandés o inglés. La verdad es que en Escocia no prestamos demasiada atención a los orígenes étnicos. Al menos a los nuestros. A la gente de fuera, como los solicitantes de asilo, solemos hacérselas pasar canutas por ser diferentes».

Pienso en Kibby y en la gente como él. A ellos sí que se las hacemos pasar canutas por ser diferentes, sobre todo cuando somos matones depresivos y alcohólicos que nos odiamos a nosotros mismos. Pero lo decisivo es que también

somos otras cosas. Podemos ser mejores.

Dios, qué raro resulta estar sentado con una chica sin alcohol ni drogas con los que desinhibirse. Dorothy y yo estamos sentados en ángulo, sin una mesa que nos separe. Pero tener la cabeza despejada también sienta bien. ¿Y cuánto hará que no siento ese relámpago de fuego alcohólico rancio en las entrañas, abrasándome desde el gaznate hasta las tripas?

«Te veo meditabundo», dice ella.

«Yo a ti también».

«Te digo lo que estoy pensando si lo haces tú antes».

«Vale», digo, suponiendo que sé por dónde van los tiros. «Estaba pensando que si hubiésemos estado en un bar y nos hubiésemos tomado un par de copas para relajarnos, probablemente habría intentado besarte».

«Qué bonito», dice ella, inclinándose ligeramente hacia mí. No necesito mayores invitaciones y cierro el hueco restante; nos morreamos un rato. Pienso: joder, mira tú qué fácil. ¡La de veces que he tenido que medio embolingarme y apoquinar una media de seis Bacardís para llegar a este punto! Joder, vaya desperdicio. Cuando nos separamos para tomar aire pregunto: «¿Y tú en qué pensabas?».

Ella sonríe; en su mirada flota algo sereno y comedido: «Pensaba que estaría guay que nos diéramos el lote».

Dorothy me lleva, atravesando el Golden Gate Bridge, a un sitio llamado Sausalito. Dejamos el coche en un área de descanso y vemos la puesta de sol. Pronto averiguo que «darse el lote» es un término genérico en el que está incluido morrearse pero que se queda a las puertas de follar, aunque por un minuto pensé que ya estaba allí, pues fue fácil acceder a ambas tetas, estando sin sostén como estaban. De todos modos, no tengo prisa, y estoy contento con un juego más a largo plazo. Un caballero nunca debe tratar de meterla en la primera cita. (Salvo que no tenga intención de que haya una segunda). Seguro que esa regla cultural es universal.

Sólo cuando ella me deja en el hotel tengo la impresión de que mi suerte ha cambiado decididamente para mejor. Mientras una pareja de borrachines da persistentes toquecitos en la ventanilla del coche y una mujer con unas piernas hinchadas como globos empuja un carrito de la compra con todos sus bienes terrenales delante de nosotros, Dorothy se vuelve hacia mí y me dice: «Por Dios, no puedes quedarte aquí».

«Debería tratar de buscar otro sitio mañana, pero es que acusaba un poco el desfase horario y no pensaba con claridad. Pero por esta noche estaré bien», le digo.

«Ni de coña». Dorothy sacude la cabeza y se baja del bordillo mientras uno de los borrachines le grita no sé qué acerca del Vietnam y de las zorras yuppies y ella le muestra a su vez el dedo corazón. «Gilipollas de mierda. Ni que yo le hubiera pedido que fuera a ninguna jodida guerra», dice ella, poniendo mala cara antes de llevarme a su queo en Haight-Ashbury.

El edificio me recuerda al lugar de donde procede la amiga de mi madre, Trina,

esa parte del barrio de Pilton que llaman las casas suecas. Está construido con el mismo ancho de madera y hasta está pintado del mismo color gris en el que estaban pintadas las cuevas esas de Pilton. Queda la hostia de mejor en la soleada California que allá en casa. Afortunadamente, algún cerebrín del ayuntamiento cayó en la cuenta de que pintar de gris todas las moradas de un área de vivienda protegida escocesa quizá no fuera el mejor modo de subirle la moral a los lugareños y creo que ahora están todas acabadas en colores luminosos. Ya en el interior, el queo de Dorothy es asombroso; las habitaciones tienen techos altos y están pintadas con unos tonos atrevidos e intensos, aunque en realidad sólo llego a ver el dormitorio y los impresionantes armarios empotrados provistos de rendijas de ventilación de éste, pues me agarra allí mismo y me echa un polvo de alucinar.

Normalmente después de un buen polvo me quedo sobado enseguida; nunca he sido muy dado a las indagaciones poscoito, pero entre el desfase horario, la emoción y el enorme burrito de pollo que llevo en las tripas, sencillamente no logro conciliar el sueño. No puedo dejar de pensar, mientras veo dormir profundamente a Dorothy, que éste es un triunfo del carajo para un tal Daniel Skinner, natural del puerto de Leith y jefe de sección del ayuntamiento de Edimburgo.

Me asomo a la ventana de su queo en Upper Haight, que da a Castro y a Twin Peaks. Luego me levanto un rato y veo un poco de televisión, quedándome maravillado ante la cantidad de canales que hay, todos ellos rebosantes de mierda pura. Pronto noto el tirón del sueño y vuelvo a meterme en cama con Dorothy. Ella se despereza, yo la beso, y luego se enrosca a mi alrededor. Tengo la impresión de que no le urge nada que me marche a otro lado, y por mi parte debo reconocer que a mí tampoco.

Por la mañana desayunamos, y luego Dorothy se marcha a su empleo en el centro. Lleva un servicio de consultoría de software, Dot Com Solutions[21]. Ya he decidido que ella me gusta un montón. Posee una confianza en sí misma muy americana, y una forma de estar en el mundo atractiva, no es tan picajosa ni sarcástica —o pura y simplemente depresiva— como la de muchas mujeres británicas, pero sin tragar con gilipolleces tampoco. Me gusta ese estilo: polémico pero analítico, en lugar de agresivo. En Gran Bretaña tendemos a faltarle al respeto a la otra persona en cuanto obtenemos la supremacía sobre ella. Joder, somos incapaces de no canturrear que vamos ganando cuando con un poquitín de decencia y de humildad podríamos…

Cabrón.

Espero que Brian Kibby esté cantando cual alondra. Consciente de la diferencia horaria, salgo a la calle y compro una tarjeta telefónica para llamadas internacionales, pensando que utilizar el teléfono de Dorothy sería abusar un poco. Tarda un huevo; hay que marcar como unos novecientos dígitos. Finalmente, consigo hablar con la oficina en Edimburgo y pido que me pasen con la extensión de Shannon.

«Shan, aquí Danny».

«¡Danny! ¿Qué tal por California?».

«Estupendo. Me lo estoy pasando de cine. ¿Qué tal está Brian? ¿Alguna novedad?».

«Por lo que yo sé, en este momento debe estar bajo el bisturí».

Mientras escucho esas palabras, siento que un dolor desgarrador me recorre la espalda. Noto como un desvanecimiento, una sensación de náusea en el estómago, y el auricular que sostengo se me desliza de las manos, cubiertas de sudor. «Shan…, me estoy quedando sin saldo…, te mandaré un correo…, ciao…, ciao…».

Oigo su preocupada despedida mientras me desplomo sobre la acera, con la sensación de que el cuerpo me pesa y la cabeza dándome vueltas. Me quedo gimiendo durante un rato, incapaz de hablar y sin que nadie se detenga para ayudarme. Estoy inmovilizado por completo; lo único que soy capaz de hacer es entornar los ojos bajo el cálido sol californiano que me da en plena cara y tratar de respirar pausadamente.

Cierro los ojos y tengo la impresión de estar sumiéndome en la nada.

Hace tanto frío, y tiemblo en esta bata sobre la camilla mientras me conducen a la antecámara del quirófano. El anestesista me dice que haga una cuenta atrás a partir de diez. Pero se diría que la cosa esta no tiene efecto alguno sobre mí: ¡tiemblo de nerviosismo, incluso durante la medicación previa, la cual se supone que tendría que relajarme! ¡Y no parece él! ¡No parece que el que está detrás de esa mascarilla sea el doctor Boyce!

«Doctor…».

«Tranquilo», me suelta. «Tú cuenta. Diez».

Nueve.

Ocho.

Siete.

Seis.

Cin…

Estoy cerca, en Featherhall; acabo de pasar por el parque, y estoy a punto de subir las escaleras de casa cuando veo que Angela Henderson me está mirando. Tiene aspecto de haber estado llorando. «Creía que éramos amigos», me dice.

No eres buena chica. Eres mala y me han advertido que me mantuviera lejos de las de tu calaña.

Pero a veces parece agradable.

Angela está llorando; se vuelve y se aleja de mí. Me fijo en la cabeza inclinada, la rebeca azul, la falda a cuadros y los leotardos con ese dibujo que repta por la cara exterior del muslo.

Trato de salir tras ella pero oigo una voz y tropiezo y me caigo.

NO ERES NADIE, KIBBY.

No es cierto que no sea nadie…

No es…

No…

Pero caigo a toda prisa en un vacío, entre la nada…, ahora no sé dónde estoy. No es mi casa, es la nada y sigo cayendo…

… de pronto el aire que me rodea parece espesarse hasta adquirir primero una consistencia gaseosa, luego se convierte en humedad y después en líquido, el cual se convierte a su vez en una sustancia con la consistencia del jarabe, que aminora la velocidad de mi descenso; entonces tengo la impresión de haber topado con un suelo de cristal, pero éste empieza a ceder y vuelvo a coger velocidad; cada vez que trato de cerrar los ojos no puedo, no paro de ver objetos y personas, rostros que pasan volando a toda velocidad, y voy a estrellarme contra algo y hacerme añicos como un cristal quebrado…

… y me preparo con todas las fibras de mi ser para el impacto antes de darme cuenta de que algo ralentiza mi caída una vez más…

Experimento una sensación de náusea a mi alrededor, en mi interior…

Me he ido. Sé que es así…

A algún lugar tan lejano que jamás volveré.

Demasiado lejos. Demasiado tarde.

Quiero volver a casa.

Luego oigo una voz. Parece proceder de dentro de mi cabeza pero no es mi voz, no son mis pensamientos. Pienso que no quiero saber nada de esto, que no quiero estar aquí, que quiero a mi mamá, a mi hermana…, a mi padre; quiero que las cosas sean como antes…

Suena como la voz de mi padre.

No se parece a él porque no hay nada a lo que parecerse, pero es él. Me dice que resista y que todo saldrá bien y que Caz y mamá me necesitan.

Resistiré. Aguantaré.

Era uno de los tres grandes crematorios municipales de la ciudad. Como los otros dos, albergaba una capilla, un jardín del recuerdo y un pequeño cementerio. El sol había estado brillando con fuerza pero acababa de ocultarse detrás de una nube; de pronto Beverly Skinner sintió frío. Levantó la vista, tratando de seguir la trayectoria de la nube y esperando que reapareciera el sol.

Depositó el ramo de flores en la tumba, sobre la sencilla lápida que en tantas ocasiones había visitado, siempre en secreto y en solitario. E incluso después de transcurrido todo aquel tiempo, las lágrimas fluían con facilidad. No era natural, no estaba bien; en aquel entonces ella no era más que una niña. Pero él había sido un tío tan estupendo, y fue horrible que las cosas acabaran como lo hicieron. ¿Podría ella haberles ahorrado a todos este dolor de haberle perdonado sin más, ahí mismo? Ojalá ella no se hubiera liado con…

No.

Ahora era demasiado tarde, pensó, bajando la vista para mirar la lápida.

DONALD GEOFFREY ALEXANDER
12 JULIO 1962 - 25 DICIEMBRE 1981

Volvió a levantar la vista hacia las nubes y pensó en su hijo. Dondequiera que estuviese, rogó por que estuviese sano y salvo, y que la perdonase. La nube que ocultaba el sol parecía estar disipándose y dispersándose, pero al mirar al norte se fijó en que en el horizonte asomaban ya otras, más oscuras y más tempestuosas.

Me asomo sobre Potrero Hill y veo aproximarse unas nubes oscuras. Lo más probable es que mientras aquí disfrutamos del sol, allí llueva intensamente. Microclima. Me encanta la luz de este sitio; tiene mucho movimiento; pulula, titila y cae a chorro, ganándose el papel de protagonista principal de los dramas en constante despliegue de la ciudad. Y no es que yo llegue a participar en ellos; con los puñeteros turnos que hago, nunca veo luz suficiente.

Paul siempre dice que echo demasiadas horas, y lo único que puedo hacer es recordarle que soy chef. Los chefs trabajan mientras los demás se divierten. Y ahora él se va y a mí me publican un libro.

Un amante o un libro, una vida o una carrera profesional.

Nunca se plantea uno la vida en esos términos. Parece posible diferir las opciones durante un tiempo pero siempre acaban pudiendo más que tú. Después te das cuenta de que, sin que esa fuera tu intención, ya habías elegido.

Ahora he de dejar mi cocina en manos de Luis, no para ir a Key West con Paul, sino para salir de gira y promocionar el libro. ¡Salid y promocionad a Greg Tomlin! A mí no me interesaba demasiado Greg Tomlin en televisión ni Greg Tomlin en los libros; lo único que siempre quise hacer fue cocinar. Pero ahora eso es lo que hago: presentar y publicar. ¿Por qué no bastará con preparar comida con la que la gente quiera venir a disfrutar, además de llevar mi propia cocina?

Porque algo te sucede cuando estás muy solicitado. Ya no soportas la idea de llegar a dejar de estarlo. De manera que haces lo que quieren que hagas.

Y mi cocina y mi dormitorio se desintegran a mi alrededor, a medida que mi sonrisa se amplía y mi corazón se vacía.

Estoy en una cama mullida. Un lecho hecho de mis propios huesos, que parecen haberse fundido y fusionado con el colchón. Salvo por algo que me cubre la entrepierna me siento desnudo. Kay está sobre mí, de pie, vestida únicamente con aquella minifalda de color gris que siempre me gustó. Se sube la falda; veo que se ha afeitado el vello púbico…, no, depilado a la cera, terso, en plan estrella porno.

«Nunca te lo afeitaste…, ni siquiera cuando te lo pedí», le digo en voz ronca, pero ella se lleva el dedo a los labios y me dice: «Chisst…, secretos…». Después se inclina sobre mí apretando su largo cabello negro y sus pechos firmes y pequeños contra mi rostro como una especie de inundación de sensualidad…, bajo el sol huele a fresco y a calor…

Oigo ruidos y bizqueo un poco antes de abrir los ojos del todo; la luz dorada me ciega.

Me encuentro sobre el pavimento, donde he estado dormitando como un borrachín ahito de priva y agotado por la falta de cabezaditas. Consigo incorporarme a duras penas. Quizá haya sido el desfase horario, quizá el calor. O, cosa más probable, la abstinencia de priva haciéndose sentir por fin, o todo a la vez. Quizá aquí no tenga a Kibby a mano para tragar con toda la mierda; quizá esté fuera de mi radio de acción.

A pesar del calor, tengo frío y tiemblo. Llego tambaleándome hasta la calle principal, donde paro un taxi y vuelvo a casa de Dorothy. Me siento débil durante el resto del día y me quedo tumbado en el sofá, hojeando el *San Francisco Chronicle* y haciendo *zapping* entre unos seiscientos canales de mierda; lo mejor que encuentro es *Changing Rooms*, en BBC America 163. Menos mal que Dorothy vuelve a casa temprano, aunque se va de cabeza hacia el pequeño despacho del fondo. «Tengo que ocuparme de unos asuntillos, cariño», me dice a modo de semidisculpa, como si yo ya fuera la parte integrante de este queo en la que sin duda aspiro a convertirme.

«Tranqui, nena», le digo, guiñándole un ojo con una sonrisa de oreja a oreja, sin dejar traslucir la sensación de náusea que llevo a cuestas. Finalmente me levanto y salgo a la galería para que me dé un poco el aire. Como calculo que podría andar bajo de azúcar en sangre, vuelvo adentro y me sirvo un zumo de naranja, hago un poco de café, tuesto un *bagel*, que me como con un plátano y un poco crema de cacahuete. Después retiro una parte de la crema de cacahuete, pues tiene un elevadísimo contenido en grasa y en estos momentos eso podría no ser beneficioso para nuestro amigo el señor Kibby. De repente, pensando en la cafeína, le llevo el café directamente a Dorothy.

«Eres un cielo, cariño», dice ella, «éste es el combustible que yo necesito», me informa antes de regresar a la pantalla.

Capto la indirecta y me marcho, continúo comiendo y pienso en Brian Kibby, en cómo, incluso aquí, del otro lado del charco, sigo teniendo su destino en mis manos. O quizá no. Quizá el poder dañino del maleficio realmente sea más débil estando aquí, o quizá esté por completo fuera de mi radio de acción. Ojos que no ven, corazón que no siente. Quizá mi futuro esté aquí en San Francisco, con Dot Cominsky.

Estoy sentado ante la mesa de mármol, hojeando el periódico, con la esperanza de que mi lánguido cuerpo recobre algo de vitalidad. Al llegar a la sección de reseñas literarias, veo una fascinante caricatura ¡y no lo puedo creer! Es un hombre tocado con un gorro de cocinero, bajo el cual asoma un oscuro rizo que le atraviesa la frente.

Tiene dos cejas negras, una barbilla en punta y un bigote de pantomima a lo Pierre Nodoyuna.

Podría ser…

Hostia puta.

Me siento vigorizado al instante. Es Greg Tomlin, lo supe antes de mirar el encabezamiento y los subtítulos, que anuncian una página entera dedicada a reseñar su nuevo libro. ¡Este cabrón tiene que ser mi viejo! ¡Lo sé! Al final del artículo dice que mañana por la noche va a realizar una firma de ejemplares en un local del centro. ¡Allí estaré!

29. Van Ness

La librería es un local muy luminoso en forma de L en el interior de un moderno y pequeño centro comercial de Van Ness Avenue, una vía muy ancha y muy transitada con tendencia a los atascos que corta el centro de la ciudad en dos, el frío alfiler clavado en la mariposa. Sentí que tenía que poner las cartas sobre la mesa con Dorothy en lo relativo a la búsqueda de mi padre. A ella le emocionaron y le intrigaron mis revelaciones, y me contó que en una ocasión había cenado en el viejo restaurante de Tomlin. Tenía muchas ganas de venir conmigo, pero pensé que el primer encuentro entre Tomlin y un servidor debía tener lugar sólo entre nosotros dos.

Antes de marcharme hicimos el amor. Le comí el coño, trabajándole el agujero con la lengua, después los labios y luego el clítoris, prolongando las cosas, provocando un poco hasta que sentí que empujaba las caderas contra mi rostro y noté cómo la presión del dorso de su mano contra mi nuca aumentaba de forma exponencial. «Eres un jodido provocador», dijo ella, y creo que yo le dije algo así como «Mmmmmhhh» en respuesta, pero la mantuve en ebullición durante un rato más antes de hacer que se corriera repetidas veces, deleitándome con sus orgasmos como si éstos fuesen una ristra de perlas que estallasen una tras otra. Luego subí arriba y empecé a follarla hasta que ambos alcanzamos un orgasmo viscoso y enloquecido, prolongándolo hasta quedar agotados, yaciendo sobre la cama empapada en sudor. Se quedó flipada: la dejé embobada, farfullando como un borracho en la penumbra, tamizada por los postigos de estilo colonial. Se folla mucho mejor cuando se deja la priva, qué duda cabe. No sólo tiene que ver con poseer unos niveles de energía más altos; puesto que es la única forma de placer que queda, uno quiere que dure lo máximo, lo que significa que la chica tiene que tener montones de orgasmos antes de que te corras tú.

De hecho, yo sigo todavía un poco aturdido cuando me siento entre un público formado por gente mayor vestida como para asistir a una cena formal, apenas unos cincuenta o así. Hay una o dos amas de casa yuppies aburridas perdidas por ahí también. Sigo hojeando el ejemplar del libro de Tomlin que acabo de comprar, preocupado que te cagas por el rollo gay que rezuma.

Mis inquietantes especulaciones quedan truncadas cuando Tomlin aparece entre amables aplausos y se sienta en un gran sillón de cuero, acompañado por otro tío en otro sillón igual situado enfrente del suyo. El tipo se presenta como el gerente de la librería. Mientras escruto ávidamente y de arriba abajo a Tomlin, no puedo evitar sentir cierta desilusión. No basta ya con que sea mariposón, sino que además parece demasiado retaco para ser mi viejo. La foto del autor en la portada es evidentemente ancestral, y también resulta obvio que la caricatura del periódico se basa en ella. En el

cabello negro y rizado del Tomlin actual —además de que empieza a escasear y a tener entradas— ya abundan las canas. Tiene un careto rubicundo iluminado por capilares reventados. O bien es un cocinero histérico y estresado con la presión alta, o es un habitual de la buena vida. En cualquier caso, desde luego no es el papi saludable, guay, moreno y bien conservado que yo imaginé.

Después de una presentación pelotillera por parte del gerente de la tienda, Tomlin se aproxima al atril para leer. Empieza de forma entrecortada y sin mucha confianza, pero no tarda en coger el ritmo, cumpliendo con mucho encanto a medida que se gana la simpatía del público. Habla durante mucho más tiempo de la cuenta para mi gusto, pero al llegar la sesión de ruegos y preguntas, Tomlin ya se ha convertido en el prototipo de reinona afectada e ingeniosa con sobredosis de Oscar Wilde.

En el libro no se habla demasiado de cocina. En buena parte se trata de unas memorias con un contenido sexual personal muy en primer plano; una versión bujarrona de las *Pollas que he conocido* de algún putón de los que salen en la página tres de cualquier periódico sensacionalista británico, sólo que contado con palabras de más de tres sílabas. Evidentemente, a mí lo que más me interesaba era lo que contaba del Archangel, en particular las siguientes líneas:

> Aquel maravilloso antro de caos, cotilleo y perdición se convirtió en —y supongo que sigue siéndolo— mi hogar espiritual. Aprendí a cocinar y muchas otras cosas; mantuve relaciones carnales con el personal de cocina y barra de ambos sexos, de todas las edades y todas las razas.

Supongo que determinada punk de cabellos verdes figuraría entre esa gente. El caso es: ¿encajan las fechas? ¿Dónde estaba él y, más importante, a quién se estaba follando el domingo 20 de enero de 1980, nueve meses antes de que llegara al mundo Daniel Joseph Skinner?

Pese a la naturaleza del libro, las preguntas del público son prosaicas, y se centran en la selección de recetas y las mejores formas de preparar este o aquel plato, sin que nadie muestre particular interés por los detalles biográficos. Tomlin parece un poco decepcionado. ¿Qué espera el muy capullo? No es más que un cocinero; los capullos estos son unos vanidosos y se lo tienen supercreído, pero al fin y al cabo lo único que queremos de ellos es un poco de papeo en condiciones, joder. Lo que nos interesan son sus secretos culinarios, no sus secretos de alcoba, pese a que la única excepción presente en este auditorio sea yo. Gracias al cielo, la cosa se acaba pronto, pues Tomlin tiene un producto que colocar, y a casi cuarenta dólares cada uno, barato no es.

Me lo monto para ponerme al final de la fila (así es como los *Septics* llaman a las colas)[22] y le tiendo mi ejemplar para que me lo firme. Tomlin tiene un aspecto aún más cascado, más viejo y más bajito de cerca. No obstante, me mira con interés y brío al aceptar el libro proferido. Lleva un anillo de oro en el dedo con las iniciales

G. W. T. «¿A quién se lo dedico?», pregunta, con un acento que parece una versión más gay y más pija del alcalde Quimby, el de *Los Simpson*.

«Conque firmes "para Danny", vale», le digo yo.

«Guau», dice él, «acento escocés. Eres de Edimburgo, ¿verdad?».

Mi acento cautiva a la vieja locaza, y, después de aguantarle las obligadas y cutres imitaciones *see-you-Jimmy*[23], decidimos ir a tomar una copa. Me pide que le disculpe un momento mientras se comunica brevemente con el tío que presidía el evento. Yo echo un vistazo a unos cuantos libros durante un rato, hojeando la autobiografía de Jackie Chan. Después el cocinero bujarra se acerca y dice: «¿Listos para esa copa?».

Asiento y le sigo hacia la salida. Él gachó de la silla se despide de nosotros agitando la mano, y otro de los empleados de la tienda, que parece un hurón culeador del máximo calibre, hace otro tanto, dedicándome un mohín contrariado, como si acabara de levantarle a la novia. Tomlin sonríe y saluda a su vez mientras partimos, pero diciendo entre dientes: «¡Vaya un tonto del culo servil está hecho ese hombre!».

Al bajar por la Van Ness Avenue la cabeza me da vueltas. No logro entender cómo este hombre podría ser mi padre y al mismo tiempo no entiendo cómo no podría serlo.

Llevo varios meses con la sensación de que me ronda la muerte, y que el cerco se va estrechando. Temo que me esté volviendo como Moira Ormond y todas las demás chavalas del colegio que iban de rollo gótico a las que tanto detestaba. Leían demasiado a Sylvia Plath, escuchaban demasiado a Nick Cave y llevaban demasiada ropa negra. Eran mis enemigas; me pregunto qué clase de vida llevarán ahora. ¿Se trataba sólo de angustia adolescente o es que ellas ya eran conscientes entonces de aquello de lo que yo me estoy enterando ahora, a saber, de tanta muerte y tanta descomposición? Sin duda algunos chavales sufren la experiencia de la pérdida durante la adolescencia y tiene que afectarles. Ojalá me hubiera tomado yo la molestia de averiguarlo antes de mostrarme tan displicente.

Cuando pienso en Moira, en la extraña belleza de sus ojos luminosos, en la imperturbable determinación con la que hacía caso omiso de los malos tratos que le prodigábamos, siento una terrible ansiedad que me sube desde la boca del estómago, me recorre la columna vertebral y se extiende por mi espalda como un sarpullido tembloroso. Me dan ganas de ponerme en contacto con ella, disculparme y decirle que ahora lo entiendo, aunque lo más probable es que me mirara con cara de no comprender o se riera en mis narices. No me merecería otra cosa.

A la entrada del hospital hay dos camilleros fumando, uno mayor y corpulento, el otro más joven y más delgado. Al ver que me acerco lucen grandes sonrisas, pero se diría que les contagio mi tristeza porque enseguida se les ensombrece el gesto. Soy como una plaga de desesperación. Las desgracias nunca vienen solas, e ir a ver a mi

hermano me da pavor.

Mis zapatos traquetean sobre el suelo de un modo casi indecente, contrastando con el silencio fúnebre del pabellón. Lo primero que me alivia es ver que mi hermano sigue vivo. Y está mejor; la presión de la muerte parece haberse aflojado un poquitín. Ahora, mientras me arrimo a su cama, veo que tiene los ojos abiertos. Al principio pensé que eran los míos que me engañaban, pero no, me mira directamente, observándome de una forma casi astuta, cómplice. Sigue estando conectado a tubos que salen y entran de él, y no puede hablar por la mascarilla que lleva adherida a la cara con cinta, pero me guiña el ojo y su mirada rebosa fuerza, esperanza y una vitalidad que no le había visto en mucho tiempo.

Encuentro su mano bajo la ropa de cama y se la aprieto. Él aprieta a su vez la mía. ¡Sí, aprieta con fuerza! Quizá me esté aferrando a un clavo ardiendo, pero… ¡no es el apretón de manos de alguien que se esté muriendo! Ahora sonrío, sin fijarme en las lágrimas que tengo en los ojos hasta que empiezan a rodarme por las mejillas. Le sonrío de oreja a oreja y, aclarándome la garganta, le digo: «Hola, Bri. Bienvenido a casa».

30. Maricones

No me malinterpretes, yo contra los maricones no tengo nada, ¿me entiendes? Es más, ver montárselo a dos tíos mola tope. No es que me ponga, es que es bonito que te cagas, porque los tíos gays siempre están supercachas, joder.

Danny es delgado, pero tiene un físico atlético, como si fuera al gimnasio. Y se pone todas las cremas estas y se pasa el hilo dental. Y he de reconocer que es bueno en la cama. Sabe usar los dedos y la lengua. «¿Dónde aprendiste todos esos trucos, guapo?».

«En Leith», responde él. «No es más que una gran escuela de sexo al aire libre. Nuestro lema es “persevera”».

«Desde luego tú lo haces, cariño». Dios, qué encanto es. Pero el rollo este de su padre me da rabia. Se trata de una búsqueda sobrevalorada, eso lo tengo muy claro: yo nunca conocí a mi viejo, aunque crecimos en la misma casa. Cuando yo me levantaba para ir al cole él ya estaba trabajando y la mayoría de fines de semana también trabajaba. El muy imbécil se divorció de mi madre cuando yo tenía ocho años. Ahora cuando está en la ciudad por negocios a veces llama y me invita a comer. O lo intenta, mejor dicho: siempre insisto en que paguemos la cuenta a medias, lo cual incomoda al muy mamón. Hablamos de nuestros empleos, de su nueva familia, del menú, y de comida en general. De modo que Danny nunca conoció a su padre. Quizá sea lo mejor. A veces la cosa se queda un poco en algo así como: pero, bueno, ¿qué es lo que hay que conocer?

Así que ahora estamos en el restaurante de Tomlin, el cocinero maricón que se supone que es el viejo de Danny. O no. Tomlin es maricón, vale, aunque en estos tiempos eso no quiera decir nada. Mi ex, Gavin, era un maricón que después se volvió hetero, y luego reinona otra vez. Así que, vale, lo reconozco, últimamente no me siento muy predispuesta en favor de la ambigüedad.

Hablan de un bar en el que trabajaron él y la madre de Danny allá a finales de los setenta. Danny nació en el 80, un par de años después que yo. Las fechas encajan. Pero en lugar de responder a la pregunta del millón («¿Tomaste parte en actividades impropias de maricones el domingo 20 de enero de 1980 en Edimburgo, Escocia?»), al tal Tomlin parece que lo que le pone es echar pestes de todos los tontos del culo con los que ha trabajado jamás.

Escuchar tantas chorradas empieza a resultar cargante. Tomlin es uno de esos tíos a los que se les cae la baba de lo salidos que están y Danny no lo acaba de pillar. Y no lo pilla porque le ciega su propia necesidad, joder. Parece que esté empeñado en creer que este mamón es su viejo. Estoy impaciente e irritada y sé que aquí no pinto nada, pero el champán al que nos ha convidado —y que Danny se ha negado a tomar— se me está subiendo a la cabeza. En cualquier caso, voy a ir al grano. «Entonces, Greg,

la madre de Danny —¿cómo se llama, Danny?— y tú, eh…?».

«Beverly», dice Danny de modo cortante, mientras mira mi copa con expresión de desaprobación, cosa que ahora mismo no necesito para nada. Recuerdo que Gavin solía decirme: «¿Por qué no puedes mantener la boca cerrada cuando bebes?».

Me produjo una enorme satisfacción decirle que el problema no estaba en la bebida ni en lo mucho que abro la boca, sino en la bebida y en lo mucho que él abre el ojete.

«¿Follasteis alguna vez Beverly Skinner y tú?».

Tomlin pone los ojos en blanco y me mira con expresión cansina. Es de esa clase de mariconas secretamente misóginas a las que le encantan las *fag-hags*[24] que le bailan el agua pero que no sabe lidiar con la clase de zorra que le obliga a poner las cartas boca arriba. «Me resulta muy difícil ser categórico», dice con afectación, «fue una época muy loca, el punk era lo más, fue antes del sida y éramos muy jóvenes y muy libres. Privábamos mogollón y celebrábamos fiestas muy salvajes».

Siento que se me enarcan las cejas mientras pienso: ya, tú y casi todos los demás mamones del universo, colega. No es por nada, pero se llama «juventud». Tomlin capta mis vibraciones; parece tope incómodo. Se diría que sus enormes ojos de maricona fueran refugiados procedentes del rostro de otra persona.

«Lo que estoy diciendo», y en este punto se aclara la garganta, «es que en aquella época me acosté con un montón de gente, hombres y mujeres, y que es más que posible que Beverly estuviera entre esas personas». A mí me suena a cuento que te cagas.

«De manera que quizá seas mi padre», dice Danny asintiendo con la cabeza.

«Es más que posible». Tomlin luce la sonrisa televisiva del canalla profesional. Estoy segura de haber visto en una ocasión al tiparraco este en el canal de cocina ese, preparando algún plato de esos tan gays, tipo tempura de macadamias asadas a la hawaiana o alguna mierda por el estilo.

A mí me huele a vacile y me entran ganas de decir: pues vale, mamonazo, entonces vamos a hacernos las pruebas de ADN ahora mismo. Pero no me corresponde a mí hacerlo, es Danny el que tiene que calar a este desgraciado por su cuenta. Pero como parece que tiene muchas ganas de creerle y yo no quiero que a mi chico de la falda a cuadros le hagan daño, voy a estar muy al loro con este hijoputa de Tomlin. «Me acosté con un montón de gente». ¡Chorradas! No seré tan vieja como él, pero a menos que padezcas demencia senil, siempre te acuerdas de la gente con la que has follado. Y este tiparraco no se parece en nada a Danny. En nada.

31. Días de gimnasio

Dot y yo nos lo estamos pasando de puta madre, saliendo por ahí, follando y fumando costo. Pero en estos momentos su trabajo la tiene frustrada y cuando salimos a comer está un poco temperamental. No le gustan ni la mesa ni la decoración del local, y sospecho que la comida tampoco va a dar la talla. «Este sitio es postpuntocom», dice con expresión crispada y malhumorada dentro de este garito yuppie un tanto hortera de Mission.

En efecto, es como si hubieran pasado ya sus días de gloria y hubiesen tirado la toalla. Una mancha de goteras que hay en el techo apenas ha recibido una desganada capa de pintura. Aún no han reemplazado el cristal rajado de la mampara que separa el comedor de la cocina. Le indico a Dorothy dichas imperfecciones. «Vaya asco», dice frunciendo el ceño. «Cuando en un sitio como éste dejan de esforzarse…». Entonces se le ilumina el rostro con una sonrisa casi teatral mientras el camarero se aproxima y poco menos que canta: «… ¡pero la comida es siempre tan, tan buena!».

Dorothy está programada, quizá por experiencias recientes, para expresar su desaprobación, pero está dotada de una especie de mecanismo autorregulador innato. Casi a su pesar, lleva música en el alma y suena con fuerza. «El marisco es una apuesta segura. Prueba la langosta al Martini caliente con salsa de cilantro, naranja y champán».

«¿No hay nada que lleve menos alcohol?», pregunto, pensando en mi amigo del otro lado del charco.

«Santo Dios, sólo es el condimento, y en cualquier caso, el alcohol se evapora al reducir la salsa. No seas tan obsesivo, joder», me reprende, mientras los ojos se le van involuntariamente hacia la botella de tinto aparcada en una mesa adyacente. El camarero hace un montón de aspavientos al servirla y la pareja destinataria le echa mucho teatro a la cosa; son todo grandes sonrisas poscoito y roncos ronroneos de aprecio. Yo me fijo en el rostro de Dorothy, en sus ojos entre verdes y castaños, entusiastas y ansiosos, y pienso que a lo mejor debería subir la apuesta inicial.

Entonces ella me pilla y me echa una mirada ligeramente apremiante, pero el camarero está a nuestro lado y mi momento ya ha pasado. Le entrega la carta de vinos a Dorothy, pero ella vuelve la palma hacia arriba y dice: «No será necesario». Al pobre cabrón se le ponen los ojos saltones, como los de un perro triste cuando le han pegado por algo que no entiende.

Lo irrevocable del gesto hace que me sienta eufórico y totalmente abatido a la vez. Vuelvo a mirar el menú; veo que la ternera tiene buena pinta: un filete glaseado con soja acompañado de una mermelada de berenjenas y pimientos, pero eso significa vino tinto. Malditos seáis, Foy, tú y tu educación. Para mí la carne roja siempre es sinónimo de vino tinto. Si se trata de pollo o pescado, puedo resistir la tentación del

blanco y permanecer fiel al agua mineral con gas, pero tratándose de carne roja…

«No te veo demasiado cómodo, Danny», dice Dorothy poco menos que en tono desafiante.

«Eh, estoy bien».

«En realidad no te apetecía salir, ¿verdad?».

«Yo…», empiezo, pero entonces me quedo en blanco. ¿Qué puedo decir? Lo de mi relación con Kibby y el alcohol no puedo contárselo ni a ella ni a nadie. Pensarían que estoy como una cabra, retorcido, delirante. Puede que así sea. No tiene ningún sentido, y menos aún estando aquí.

«Hay que hacer frente a la tentación. En cualquiera caso tenemos que salir. No vamos a pasarnos toda la vida encerrados en mi piso».

Sonrío mientras lo pienso. ¿Habrá de ser ésa la índole de mi enfermedad, tener que permanecer exiliado en el queli de Dorothy para proteger a Kibby y a su hígado nuevo, situados al otro lado del mundo? ¿Y por qué no quedarme aquí, casarme con Dorothy, conseguir el permiso de residencia y de trabajo, asistir a clases de ciudadanía, jurar lealtad a la bandera, marcharnos quizá a una pequeña localidad de Utah, engancharse a alguna orden religiosa y vivir una existencia libre de priva? Esposa, hijos, coche, casa, jardín. Aíslate del mal que está al acecho, del diablo en la botella, del demonio del alcohol.

«Lo sé, lo sé, hay que hacerlo», asiento. «Eres una tía muy guay, Dorothy», le cuento. A continuación, agrego con emoción: «Me das fuerzas, me haces mejor de lo que soy».

Ella se reclina en el asiento, ligeramente desasosegada: «Qué rarito eres», dice. Y en efecto, lo soy. Me fijo en la pareja de al lado; si les levantase la copa de vino de la mesa y me la echase al coleto sería como descerrajarle un tiro por la espalda a un pobre pringao que vive en Edimburgo, Escocia.

«Lo siento, sé que a veces soy un poco torpe para lo social, pero sólo quería que sup…».

«Quise decir rarito agradable», me aclara con una sonrisa.

Después de la comida nos vamos derechitos a casa y a la cama. El sexo es muy bueno, y no cabe duda de que a Brian no le hará ningún mal el subidón de endorfinas. También es lo más parecido a un polvo que el pobre cabrito haya echado ni vaya a echar en mucho tiempo, al menos de ese lado de su cuerpo. Acostado junto a Dorothy, el fantasma de Kay se aleja de mí, suplantado quizá por un extraño remordimiento por no habérmelo montado mejor con Shannon o, ya puestos, con algunas de las otras chicas que pasaron bastante cruelmente por mis manos allá en casa.

Siempre hay algo, joder. Escocia: receta para el desastre. Cójase una tajada de represión calvinista, espolvoréese con algo de culpa católica, añádasele mucho alcohol y prepárese en un horno frío, oscuro y gris durante trescientos y pico años. Adornar con cuadros chillones y ridículos. Servir acompañado de navajas.

A la mañana siguiente, madrugo mucho y compruebo mi correo electrónico para ver si hay noticias acerca de Kibby. No hay nada, pero Gareth se ha puesto en contacto.

Para: skinnyboy@hotmail.com
De: gar.f-o@virgin.net
Re: Adiós, señor McKenzie

Hola Danny

Espero que te lo estés pasando en grande en la soleada California. Lamento mucho ser el portador de malas nuevas pero he de decirte que Robert McKenzie falleció súbitamente en un accidente ocurrido en Tenerife. Estaba allí de vacaciones en compañía de algunos de los muchachos. Estaban presentes Dempsey, Shevy, Gary T, Johnny Hagen, Bloxo y creo que Eric el Rojo y Peter No Tool.

En estos momentos los detalles relativos a las circunstancias del fallecimiento de Rab el Grande son un tanto borrosos.

Lo lamento. Por lo demás, por aquí las cosas han sido más bien sosas. Hace mucho frío. Llevé a los críos a ver el Hibs vs. Alloa Athletic en la Copa CIS. Los Hibs ganaron 4-0. Estuvo tirado.

Con mis mejores deseos,

Gareth

Rab el Grande…, el muy capullo debió volver a privar con los chavales…, o quizá le curraran los de una *firm* rival estando allí…, nah…, hay que tener una mala suerte del carajo para acabar seriamente lesionado en una reyerta futbolera… Brian Kibby no tuvo suerte…

Puede que le fallara el corazón, pero se suponía que ya estaba en buen estado…

Decido salir a la calle y telefonear a Gary Traynor. Es una llamada con muchas interferencias, pues se la hago al móvil, pero necesito que me dé los detalles.

«Gary, soy Danny. Ya me he enterado de lo de Rab el Grande».

«¡Skinny!», bulle él, emocionado.

«Sí. Cuéntame lo de Rab», le recuerdo.

«Una putada».

«Hostia puta…, ¿cómo fue?».

«Estaba en la sala de fitness del hotel, haciendo pesas en el multigimnasio.

Llevaba dándole sin parar desde que dejó la priva. Bloxo y Shevy estaban con él, ya sabes cómo son los porteros con el rollo de las pesas. En fin, que aparece un puto mosquito y le pica, sufre una reacción alérgica y cae en estado de shock».

«No me jodas…».

«Los chavales guipan al mosquito, que está tan ahito de sangre que apenas puede volar. Como buenos porteros, lo conducen hasta la salida…».

«Traynor, ¿de qué me estás hablando?», me río. Este cabrón no se toma nunca nada en serio.

«¡Sólo es una bromita para poner de relieve lo grande que era el cabrón de mosquito ese! En fin, que llevaron a Rab al hospital, pero murió poco después. Reacción alérgica extrema, una posibilidad entre ocho millones. Pobre Rab. Abatido por un insecto insignificante…».

«Podría haber sido peor», digo yo, tomando relevo mientras ambos decimos al unísono, «¡podría haber sido abatido por un Jambo!»[25].

Siento una punzada de remordimiento, pero estoy seguro de que al grandullón le habría gustado.

«¿Piensas volver para el funeral? Es la semana que viene», pregunta Gary.

No, eso sería demasiada embolingada en potencia como para soportarla y, además, he de averiguar algo más acerca de Greg Tomlin, para ver si de verdad es él. «Ya veré», le digo, «pero puede que me resulte difícil coger un vuelo con tan poco tiempo. ¿Enviarás unas flores de mi parte?».

«No pasa nada, es mucho trecho. Al grandullón le habría gustado que disfrutaras de tus vacaciones».

«Ya…, gracias, Gaz», le digo, dejando que la tarjeta telefónica se agote.

32. Atraco

Por los huecos de las persianas del cuarto de estar de Dorothy entran rayos de luz brillante y dorada a raudales. Me viene a la mente esa gran letra de Oasis: *Nobody ever mentions the weather can make or break your day*[26].

Estoy examinando su nutrida colección de cedés. Dada mi morriña, busco algo con un toque escocés, pero no tiene nada de Primal Scream, Orange Juice, Aztec Camera, Nectarine No. 9, Beta Band, Mull Historical Society, Franz Ferdinand, Proclaimers o los Bay City Rollers…, lo único que encuentro es una grabación con portada tartán. El artista es la estrella «escocesa» de *country and western* «Country» George McDonald y el disco se llama *Savin For Another Raing Day*. Pongo la canción que da título al álbum. El coro es pegadizo:

> *Ain't expectin nuthin no good's ever gonna come my way,*
> *So I'm just savin for another rainy day.*[27]

Le sigue un tema titulado «(You Cernid Get) A Bottle of Whisky (For the Price of That)» y después una versión del «Taxman» de George Harrison tan sincera como acertada. Dorothy aparece enfundada en una bata verde y con el pelo envuelto en una toalla, y me pilla leyendo las notas de la carátula. «Ah, veo que encontraste el álbum de Country George. Lo conseguí en Texas. Es escocés».

«¿Y de qué va?».

«Ah, acababa de salir de la cárcel. Algo que ver con Hacienda, creo», me explica mientras se lima las uñas. «Las muy cabronas no paran de romperse», me informa. «La culpa la tiene el teclado».

Hoy Dorothy trabaja, y yo he quedado con Greg para comer. Me voy arreglando a mi aire y nos vemos en un café de North Beach. Es un sitio muy concurrido, bien iluminado, lleno de madera de pino lavada y cromo: uno de esos garitos abarrotados de yuppies y de estudiantes con portátiles y carpetas, todos ellos trabajando sin parar como hormiguitas. Parece más una puta oficina que una cafetería. Me río yo de todos esos capullos que te dicen en tono de superioridad moral: Yo trabajo en casa. Y una mierda trabajan en casa, están en la puta cara de todo el mundo: en los cafés con el portátil, en la calle y en los trenes gritando por el móvil acerca de pedidos, perfiles de ventas y cuentas consolidadas, forzándonos a todos a enterarnos de todos sus rollos de mierda. Pronto no habrá separación alguna entre trabajo y ocio. En cada cagadero habrá una terminal de ordenador incorporada equipada con webcam, para que uno nunca tenga necesidad de estar *off-line* o ilocalizable.

Greg luce moreno de rayos UVA; él pide un San Pellegrino y yo también. «Tengo la cabeza hecha un lío», le cuento. «Son demasiadas cosas para asimilarlas todas».

«A mí me lo vas a contar», dice con un toque auténticamente gay, en plan locaza ultraescandalosa. Me sorprende pensar que nunca he conocido realmente a un homosexual (aunque quizá el recto de Kibby disienta al respecto) y que ahora es bastante posible que mi viejo lo sea. Pero ¿será del todo cierto? Seguro que cuando era chaval había mogollón de maricones reprimidos por ahí que se dieron cuenta de que Leith no era el territorio más prometedor para el despliegue de su sexualidad y que se dieron el piro para otras metrópolis cuando el nivel de testosterona alcanzó un punto crítico. Todos esos tíos que hablaban un poco amaneradamente y no se mezclaban demasiado con los demás desaparecían luego misteriosamente… «Es extraño que seas gay…».

«Para mí no. Más extraño me resulta a mí que tú seas hetero».

Tendrá jeta el viejo bujarra este. Pero lo pienso por un segundo. «No, lo que quiero decir es que en los libros incides mucho en tu faceta heterosexual. Das la imagen de haber sido un follador de primera, pero ahora me dices que estuviste con el tal Paul durante diez años».

Greg parece incómodo, y me mira con expresión bastante triste, pasándose la mano por una cabellera cada vez menos poblada, como si quisiera sacarse el pelo de los ojos. Supongo que en otro tiempo tendría el suficiente para esos menesteres y que los viejos hábitos no mueren con facilidad. «En un principio quise complacer a mi familia. Mi padre era —y supongo que seguirá siendo— un maniático irlandés del sur de Boston que detestaba ver cocinar a los hombres. En su opinión, eso bastaba por sí sólo para clasificarle a uno como mariquita. De manera que en aquel entonces cultivé una imagen muy macho y muy hetero, pero era todo mentira. Me di cuenta de que estaba destrozándome la vida tratando de complacer a un intolerante al que ni siquiera quería y con el que no tenía nada en común. No me conocí a mí mismo hasta que llegué a San Francisco».

Empiezo a sentirme un poco inquieto. «¿Y qué me cuentas de Escocia? ¿De verdad eras amigo de De Fretais?».

Tomlin sonríe sin alterarse: «Sólo en la medida en que Alan tiene amigos en lugar de rivales favoritos».

Asiento. De Fretais es la clase de persona a la que resulta muy difícil imaginar cayéndole bien a nadie. Al menos sé que con una tripa como ésa el muy cabrón no puede ser mi viejo. No hay posibilidad de elegir, pero entre una reinona escandalosa y un gordo cabrón me quedo con la primera de todas todas. Al menos sé que el día de mañana no voy a volverme gay. Pero la cuestión sigue siendo: ¿se cepilló a mi madre?

«Sabes, llegué a Edimburgo con intención de quedarme a pasar un fin de semana, pero me gustó y encontré trabajo en el Archangel. Es extraño, porque probablemente sea uno de los lugares más inhóspitos para homosexuales del mundo occidental, o lo era en aquel entonces, pero fue allí donde más o menos salí del armario. Solía beber en el Kenilworth y el Laughing Duck».

«Entonces, ¿estabas trabajando en el Archangel en enero de 1980?».

«Uy, sí, desde luego. Me fui para conseguir un empleo en Francia, y después me trasladé a California…», contesta en tono evasivo, antes de pararse en seco. «Danny…, hay algo que debo decirte». Conozco esa puta mirada; se la he visto a Foy cuando era mi jefe, a los profesores en el colegio, a los polis también, pero sobre todo a los camareros cuando llega la hora del cierre y la última ronda. No augura nada bueno. En absoluto. «Nunca estuve con tu madre. Nunca tuve nada con ninguna mujer mientras estaba en Edimburgo».

Me siento como si me hubiesen sacado de debajo de los pies el suelo de contrachapado, las vigas sobre las que reposa y la tierra que hay debajo. Tengo la sensación de que me caigo, de que me hundo. Aparto la mirada y veo el rostro gomoso de un camarero marica, riéndose y soltando pluma. Me vuelvo de nuevo hacia el rostro charro y estúpido de Tomlin. Noto un pitido en los oídos que significa que ya no soy capaz de captar lo siguiente que dice, sólo veo fruncirse esos gomosos labios de maricona. ¿Cómo iba a ser mi padre este capullo? «¿Nunca estuviste con una mujer mientras vivías en Escocia?», le pregunto, con una voz que me suena mortecina.

«No, pero conocí a unas cuantas, y fui muy amigo de una de ellas. De tu madre, Bev».

Mi vieja. Una *fag bag* punk. Cojonudo. La vida está llena de sorpresas.

«En aquel momento ella tenía novio. Se veían al acabar sus respectivos turnos. Creo que trabajaba en hostelería…».

«¿Quién era?», pregunto con virulenta urgencia, sintiendo que se me ulceran las tripas.

«Por lo que recuerdo era un tío muy majo, pero no consigo acordarme de su nombre…».

La ira me tensa. Respiro hondo. «¿Qué pinta tenía?».

«Fue hace mucho tiempo, Danny», dice Tomlin, ahora con cara de preocupación, «lo único que recuerdo es que era un joven de lo más majo…, no recuerdo mucho más…».

«¡Inténtalo!».

«No puedo…, de verdad que no puedo, hace más de veinticinco años. Ya te he llevado al huerto más de la cuenta, no voy a inventarme nada más. Danny…, lamento no poder ser la persona que querrías que fuera…», dice con tono casi suplicante, antes de ocultarse la cara entre las manos. «¿Sabes qué es lo más marciano de todo?».

Yo no digo nada. Lo más marciano de todo eres tú, puto monstruo de mierda.

«Que tenía una foto de tu madre y de su novio en casa, pero Paul… se llevó mis fotos a Atlanta por error cuando cortamos y se marchó…». Me mira con los ojos llenos de lágrimas. «Dios mío, qué pobre suena todo esto».

«No hace falta que lo jures», digo, levantándome. Vaya una triste maricona abuelítica hay que ser, pienso, para tomarme el pelo sólo porque quiere petarme el

culo. Durante unos instantes odio a Tomlin más de lo que jamás haya aborrecido a nadie. Pero sé adonde conduce el odio, así que me limito a asentir con gesto pensativo y marcharme, dejando al chef y su sonrisa boba en la mesa a la espera de dos comidas.

Salgo y echo a caminar rápidamente por la calle; me parece importante no permitir que salga detrás de mí, porque si lo hace me las pagará *in situ*. Salgo disparado colina abajo, por Grant, atravesando Chinatown, viendo cómo las furgonetas descargan sus productos en las tiendas, y a todos los chinos ocuparse de sus asuntos. Apuesto a que la mitad de ellos no ha estado en China jamás, pero seguro que todos saben de dónde vienen. El sol pega fuerte y camino durante siglos; en algún punto, cruzo Market Street y cometo el error de salirme de las vías principales; estamos en pleno día pero no se ve un alma; hay viejos almacenes abandonados por todas partes; bueno, casi abandonados, pues de repente sale un chaval de un portal y se me planta delante. «¡Eh, tú! ¡Dame la puta cartera ya!».

Que me jodan, el chaval lleva una especie de pistola en la mano. Qué digo, de especie nada: *es* una puta pipa. Tiene mi edad, puede que un poco menos, puede que un poco más. Es difícil saberlo. No viste mal pero tiene ampollas y postillas en la boca. Tiene esa mirada de chiflado de ojos saltones propia de los adictos al crack, aunque podría no ser más que la adrenalina. «No llevo cartera, colega», le digo con aire de suficiencia, como si se tratara de una especie de broma privada. Seguro que no es una pipa de verdad, se la ve demasiado pequeña, joder.

Al chaval le desnorta un poco mi acento pero con todo me espeta: «¡Tú dame todo el puto dinero que lleves encima, so imbécil, si no quieres arrepentirte del día que te parió tu madre!».

Pienso en mi madre, en Tomlin y en toda la mierda que he tenido que aguantar. «Tú no conoces a mi madre. Arrepentido ya estoy», digo riéndome. A continuación, desafiante, le suelto: «Dispara. Venga, no te cortes». Aparto los brazos del cuerpo. «Pégame un puto tiro, me da igual. ¡Venga, cabrón! ¿¡A qué esperas!?».

La prueba definitiva.

«Serás hijo de…, serás…», jadea él, mirándome de un modo primario, infrahumano. Su vida está tan en juego como la mía. Si no utiliza el arma sabe que se la quitaré y le enviaré al otro barrio. Sé que lo capta en mi mirada.

Mientras él amartilla la pistola yo me acuerdo de Kibby.

La prueba definitiva.

No, ni hablar…, es demasiada desesperación, demasiada pérdida.

No, no…

«No, por favor…, coge el dinero, por favor, no dispares. No le mates…». Caigo de rodillas. Sollozo sin lágrimas, el aliento se me obstruye en el pecho mientras me arranco los billetes del bolsillo y se los entrego al tío, con la cabeza gacha y mirando fijamente las grietas de la acera.

Aguardo la bala mientras pienso en mi vieja, en Kay, en Dorothy; espero el

momento de oírla incrustarse en mi cerebro; sin duda, con tanta esquirla ósea y tanta materia gris desparramada por todas partes, el daño será excesivo para que la demencial alquimia nocturna del hechizo lo recomponga y lo transfiera al pobre Kibby…, me imagino a Joyce, llegando al hospital y viendo los sesos de Brian desparramados sobre la almohada…

Aguardo…, aguardo…, y entonces siento que me arrancan los billetes de las manos.

«Eres un triste comemierda de lo más grillao…», grita el jovencito, mientras se embolsa el dinero y sale de naja calle abajo, volviéndose para mirarme una sola vez; yo sigo de rodillas. No sabe que estoy rezando, rezando por su alma, por la de Kibby y hasta por la mía. Sí, por la mía. Guárdate de aquel que llora, pues llora sólo por sí mismo. No, no sólo por sí mismo…, es la oración del amor.

AMOR

AMOR

AMOR

AMOR

Insanity laughs under pressure we're breaking why don't we give love one more chance…

Why don't we…[28]

No parece que suceda nada, pero de repente sale el sol de detrás del edificio, desplegando una luz cegadora donde antes sólo había frías sombras. Nervioso y eufórico, me pongo en pie tambaleándome, y camino por Market Street, y luego un poco más, hasta llegar al Click Ass Internet Café.

Para: skinnyboy@hotmail.com
De: shannon4@btclick.com

Danny:

Ante todo, siento lo de tu amigo Rab. Nunca llegué a conocerle bien. Sólo le vi aquella vez en el Café Royal, pero me pareció un hombretón agradable y amistoso.

Me he puesto en contacto con la madre de Brian y por lo visto ha salido del quirófano muy bien. Sigue en la unidad de cuidados intensivos, pero parece que la intervención ha sido un éxito y —toquemos madera— que no hay rechazo del nuevo hígado.

Tengo que contarte que me estoy viendo con alguien, y que ya llevo así un tiempo. Te lo oculté porque es alguien que conoces y me preocupaba que pudiera mosquearte. Se trata de Des, Dessie Kinghorn. ¡Aquella noche del karaoke en el Grapes hiciste de

Cupido sin querer al portarte tan mal y hacer que los dos nos largáramos! Los dos estábamos angustiados y a nuestra bola, solos y en la calle. Empezamos a hablar, fuimos a tomar una copa y las cosas fueron cuajando lentamente a partir de ahí.

No quiero interponerme en ninguna disputa entre tú y Des, eso es asunto vuestro. Pero la cosa se ha salido de madre y ambos deberíais hacer borrón y cuenta nueva. Por curioso que parezca, Des está de acuerdo. Me enseñó unas fotos de cuando ambos erais pequeños y todavía te tiene mucho afecto.

Por supuesto, a él también le afectó mucho lo que pasó con Rab McKenzie.

Sé por tus correos electrónicos lo preocupado que has estado por Brian. De verdad, debajo de la fachada de tipo duro y bromista empedernido hay una persona maravillosa, Danny. Sé que ello tiene que ver con todo lo relativo a tu padre y espero que consigas resolver satisfactoriamente ese tema. Siempre tendrás en mí a una amiga.

Besos

Shannon

¡Santo Dios!…

No queda otra que teclear. Teclear y quedarse boquiabierto, pasándonos toda la vida ante la pantalla: informes de inspección, tele, videoconferencias, descargarse música, mirar el correo electrónico…

Para: shannon4 @ btclick.com
De: skinnyboy@hotmail.com

Shannon:

Me alegro de saber que Brian se recupera. Nunca llegamos a congeniar y es probable que yo fuera demasiado duro con él por culpa de mis propios malos rollos. Rezo por él, de verdad.

Muchísimas gracias por tus amables comentarios acerca de Rab el Grande. Todos echaremos mucho de menos al grandullón.

Tus comentarios acerca de mí son perspicaces y generosos. Valoro muchísimo tu amistad. He de reconocer que me preocupé un poco cuando intimamos más y temí que aquello pudiera afectarnos como amigos. Creo que fui un tanto displicente en aquella época, en la que sentimentalmente ambos estábamos en carne viva. Sólo quiero que sepas que nunca quise faltarte al respeto. Los dos reaccionamos ante lo mismo de forma opuesta, y la tuya fue la correcta.

Me ha sorprendido, aunque no de forma desagradable, enterarme de lo de Des y tú. Ahora soy yo el que debe dar la cara y reconocer que me comporté de forma egoísta respecto del reparto del dinero de la indemnización. Sigo sosteniendo que Des, por su parte, fue muy poco realista, pero eso no anula mi propio egoísmo: sólo yo puedo asumir la responsabilidad por mi propia conducta. De todos modos, ahora no me apetece volver a entrar en todo eso. Transmítele por favor a Des mis sinceras disculpas por mi comportamiento de aquella noche. Es un tío excelente que en tiempos fue muy buen amigo mío, y espero que pueda volver a serlo en el futuro.

Os deseo a ambos lo mejor.
Besos

Dan

¡Dessie me ha robado a mi titi! ¡Cabrón! Me pregunto a cuánto ascenderá eso en su mente de profesional de los seguros. ¿A uno de los grandes? ¿Dos? ¿Estamos en paz? Probablemente, él diría algo como: «Nah, vosotros no erais más que compañeros de cama, de modo que queda tasado en quinientas libras más daños por contingencias de celibato, pero como tengo entendido que al poco rato te cepillaste a la guarra obesa de detrás de la barra, esa cláusula queda sin efecto».

Bueno, en fin, al menos él cuidará de ella mejor que yo. Fui un poco cabrón con Shannon, aunque ella tampoco fuera precisamente la Señorita Dulzura y Luminosidad. Pero me lo montaré mejor con Dorothy, porque aquí estoy libre de la maldición de Kibby, de su maldición contra mí, que precede a la mía contra él. Aquí no hay ni pizca de ese odio irracional y omnipresente que distorsiona mi vida y jode a todo aquel o aquella con quien entro en contacto. Aquí podré hacer cosas buenas y ambos podremos vivir en paz.

Pero primero tengo que poner orden en algunos asuntos. Tengo que estar informado acerca de Kibby y la mierda esta que nos pasa. Y tengo que encontrar a mi

viejo, que desde luego por aquí no anda. Tomlin queda descartado, al igual que el viejo Sandy. Tendré que hacer de tripas corazón y encararme con ese gordo cabrón y viscoso de De Fretais, sacándoselo a hostias si es preciso.

Tengo que regresar a casa antes de poder hacer cualquier otra cosa.

IV. La Cena

33. Otoño

En otoño, Edimburgo se le antojaba un lugar despojado de sus pretensiones, podada y reducida a su esencia. Los turistas festivaleros ya habían desaparecido hacía mucho, y la ciudad tenía escaso atractivo para los que estaban de paso. A medida que se volvía más fría, húmeda y oscura, los vecinos de la villa se movían por sus calles como novatos asustados en un cuadrilátero, anticipando golpes procedentes de todas partes pero sin poder hacer gran cosa al respecto.

Y, no obstante, opinaba que en aquella época del año la ciudad estaba más en paz consigo misma que en ningún otro momento. Una vez liberados de las definiciones exteriores que calificaban a la urbe de «capital artística del mundo» (festival) o «capital europea de la marcha» (Año Nuevo), a sus habitantes se les permitía proseguir con las prosaicas pero asombrosas ocupaciones de la vida cotidiana de una ciudad cualquiera del norte de Europa.

Danny Skinner había regresado a la ciudad más desorientado que nunca. Durante todo el vuelo estuvo pensando en Dorothy, en la traumática y lacrimógena separación que había tenido lugar en el aeropuerto de San Francisco, y cuya intensidad había calado tan hondo en ambos. Su mente daba vueltas a las maravillosas posibilidades y a las crueles incógnitas de una relación romántica a largo plazo y a distancia. Pero su búsqueda no había concluido. Había eliminado de la lista a Greg Tomlin, pero sabía que su madre había tenido alguna especie de relación seria. Aunque le reconfortó saber que quizá fuera fruto de un amor verdadero si bien fugaz, en lugar de producto de un polvo propulsado por sidra y speed, no se sentía capaz de enfrentarse a ella de nuevo, al menos por el momento. A quien quería acorralar era a De Fretais.

Cuando regresó a su frío piso de Leith, encendió la calefacción central, se tomó unos somníferos y se quedó KO. Al día siguiente telefoneó a Bob Foy y descubrió que en aquel momento De Fretais se encontraba de rodaje en Alemania. La siguiente persona a la que telefoneó fue a Joyce Kibby, y seguía acusando el desfase horario cuando acudió a tomar un café con ella al St John's Café de Corstorphine.

Skinner se enteró de que Brian Kibby se recuperaba bien y que el nuevo hígado cumplía debidamente con sus funciones. Mientras escuchaba el cotorreo de Joyce le entraban ganas de decirle: *Toda la culpa de que esté tan jodido la tengo yo, pero ya lo he sanado, he dejado de beber*. Pero, por supuesto, aquello no lo podía hacer. En aquel momento sólo era capaz de pensar: ¿Por qué no puede caerme mejor Joyce Kibby? Sin embargo, cuando ésta exclamó en tono cantarín: «¡Va a volver a casa, señor Skinner, vuelve a casa la semana que viene!», le sorprendió compartir su alegría.

Apretándole la mano a Joyce con emoción, Skinner proclamó a voz en cuello: «¡Qué noticia tan estupenda! Y por favor, se lo ruego por última vez, llámeme

Danny».

Y Joyce Kibby se ruborizó como una colegiala, porque de un modo que ella no acababa de entender, el joven señor Sk…, Danny…, le gustaba mucho.

Regreso de Corstorphine a Leith a bordo del autobús número 12, y me siento radiante de júbilo ante la mejoría en el estado de salud de Brian Kibby. Llega a ser algo tan intenso que opto por bajarme en el West End y recoger un ejemplar del libro de Gillian McKeith, *Eres lo que comes*. Tengo intención de emplearlo como base para confeccionarle a Kibby una dieta sensata por poderes. También adquiero un poco más de cardo lechero en Boots. Más tarde, desde el cibercafé que hay al pie de Leith Walk, le envío un correo a Dorothy detallando algunas propuestas sexuales bastante avanzadas. Esperemos que le ayuden a ir tirando y al menos, si ella acaba echándose atrás, lo tendré por escrito.

Navego despreocupadamente por la Red en busca de noticias acerca de los grupos punk locales que le gustaban a mi madre, llegando a pensar que hasta es posible que los vejestorios punkarras tengan mejor memoria que los cocineros abuelíticos. Encuentro algo acerca de los Old Boys que me interesa:

CONCIERTO DE REUNIÓN DE LOS OLD BOYS

> Los Old Boys fueron un cuarteto punk de Edimburgo que dio conciertos por el circuito local entre 1977 y 1982. La mayoría de grupos punk interpretaban panfletarios himnos de rebelión adolescente a grito pelado, instando a escapar por medios hedonistas de un estado general de corrupción y a cometer actos de depravación nihilista y autolesivos para combatir el aburrimiento de la vida moderna. Los Old Boys, sin embargo, encabezados por su carismático cantante, Wes Pilton (Kenneth Grant), adoptaron una perspectiva muy distinta.
>
> Cantaban canciones muy reaccionarias acerca de la decadencia social, lamentándose por la permisividad, el consumo de drogas, las madres solteras y la irresponsabilidad de la juventud. Ensalzaron las virtudes de la Gran Bretaña de la época de la Segunda Guerra Mundial: audacia heroica frente al enemigo, *esprit de corps* y un imperio sobre el que nunca se ponía el sol. Todo ello era motivo de inquietud, sobre todo porque el grupo interpretaba todos los temas con convicción y de forma deliberadamente inexpresiva, lo que les convirtió en marginados en la propia escena punk, en anatema para la radicalidad autoproclamada de esta. No obstante, algunos disidentes los consideraron como la encarnación del verdadero espíritu del punk: lo bastante osados como para reírse de sí mismos y lo bastante provocadores como para vacilarle a su

propio público. Jugaban a ser todos los pedorros aburridos con los que jamás te topaste en un pub; criticaban tu sentido de la moda. Se vestían como sus abuelos, como esa casta de ancianos orgullosos que los sábados acudía al pub de la esquina con su mejor traje. Wes Pilton lucía un mostacho muy chungo, una gorra de visera y un impermeable con una amapola conmemorativa del Día de los Caídos en el ojal durante todo el año. Entre canciones hablaba sin parar de sus palomas.

Su primer álbum, *The Old Boys*, les granjeó cierto reconocimiento más allá de su ciudad natal, aunque las opiniones estaban divididas acerca del grupo y las motivaciones de éste. ¿Simplemente se burlaban y desautorizaban a las generaciones precedentes de la forma más cruel posible o eran un caballo de Troya reaccionario en la fortaleza del punk?

Los propios Old Boys nunca descubrieron el pastel, aunque varios críticos musicales vieron en el single incendiario y racista «Repatriación obligatoria» la gota que desbordaba el vaso. En respuesta a un conato de motín en la Taberna de Nicky Tam —presuntamente instigado por miembros de la Liga Anti-Nazi—, Wes Pilton soltó su inmortal frase lapidaria: «¿Es que no hay dios en este puto garito que sepa apreciar la ironía?».

Aquello resumía a los Old Boys. Fueron unos adelantados a su tiempo: vaciletas posmodernos en una época más solemne, más seria y más politiquera. Quizá fuese porque nadie los entendía en realidad, por lo que empezaron a parodiarse a sí mismos, con unos resultados cada vez más infructuosos.

Se diría que este sórdido capítulo señaló el comienzo del fin para el grupo. Continuaron, renqueantes, hasta que en 1982 se produjo la inevitable ruptura, cuando Pilton fue internado en el Royal Edinburgh Hospital de Morningside durante un breve período en virtud de la Ley de Salud Mental. Mike Gibson, el guitarrista de la banda, abandonó el grupo para estudiar contabilidad en Napier College. Steve Fotheringham, el bajista, fue el único Old Boy que siguió en el negocio de la música. Ahora trabaja como DJ y productor. Pilton regresó con un elepé en solitario titulado *Craighouse*, una creación conceptual basada en sus experiencias en el psiquiátrico.

Con los baterías, el grupo tuvo esa clase de fortuna que se diría que inspiró más tarde a Spinal Tap, pues los percusionistas de ambos grupos pusieron fin ellos mismos a sus vidas. Donnie Alexander, el batería original, dejó el grupo en abril de 1980, tras un horroroso accidente laboral que le dejó gravemente desfigurado. Unos dieciocho meses más tarde, fue hallado muerto en Newcastle-upon-Tyne, en una habitación amueblada que apestaba a gas. Su sustituto, que llevaba el desafortunado nombre de Martin Tufillo, se suicidó arrojándose desde el Dean Bridge en el verano de 1986. Hincha entusiasta de los Hearts, se rumoreaba que padecía una profunda depresión inducida por los

acontecimientos futbolísticos de aquella temporada.

Más de veinte años después, los Old Boys van a dar un concierto de reunión; Chrissie Fotheringham, la esposa estadounidense de Steve, sustituirá a Tufillo a la batería, de modo que por lo menos no habrá excusa alguna para que la sección rítmica no lleve el compás.

Ahí pone que el concierto es la semana que viene en el Music Box de Victoria Street. Desde luego que iré. También iré a buscar el cedé *Best of…* que acaba de salir.

Salgo a la calle; después de haber vivido en California, opino que en esta ciudad hace un frío que pela y además se hace de noche enseguida. No obstante, me siento bastante contento hasta que llego a Duke Street y veo a esa escoria viscosa deambulando por la calle tan campante.

Busby. ¿Cuál es su perfil? ¿Qué beberá ese pederasta rubicundo?

Export. Whisky. Tú decides.

Me oculto en la entrada de una tienda y le veo meterse en uno de los pubs de abueletes que están luchando por no cerrar frente al gran cagadero Wetherspoons de la esquina, con sus jarras de la hora feliz de cócteles de treinta y ocho peniques o algo por el estilo. Y, no obstante, en cuando los garitos de toda la vida cierren, los precios subirán, y si no, al tiempo.

Busby.

Le veo a través de los ventanales del pub, manchados de grasa allí donde algún borracho estrábico devorador de *fish and chips* las ha sobado con sus cochinas manazas, mientras trataba de mantener el equilibrio y ver si dentro había algún capullo al que poder sablear.

El pequeño Busby, sentado bajo las luces de un pub de mala muerte en Leith con media pinta de cerveza espesa y un chupito de whisky. Una fina película de sudor —¿o será de grasa?— le cubre el rostro. Nariz de fresa. Unos ojillos atareados, despectivos y burlones, que tanto contrastan con la sonrisa de almeja.

El hombre de la aseguradora.

¿Qué es lo que ofrece el hombre de la aseguradora? Nos ofrece un seguro contra la posibilidad de ser nosotros mismos. Lo cual ni es seguro ni es nada.

Le veo sentado con Sammy. El machote: a medida que su vida ha ido deslizándose hacia la disipación alcohólica, ha ido engordando y se le ha puesto cara de desconcierto. Apenas ha notado el paso de los años, la deserción de su esposa, de los niños o de las novias, pero ahora acusa su ausencia y no le queda sino esa muy leal pero también muy traicionera zorra: Su Majestad La Priva.

Peor aún, Busby, esa marujona delgaducha, ya le tiene tomada la medida a la mole esta, a la que probablemente evitó durante gran parte de su vida de juventud. Las cosas cambian, sin embargo; a veces, de una forma tan gradual que uno ni siquiera lo nota, sobre todo los viejos cabrones como éstos. Si tiene paciencia y toma la precaución de congraciarse lo bastante con él, un tipo tan astuto como Busby

siempre mantendrá el ascendiente sobre alguien tan lento como Sammy.

¿Y por qué no? Busby no representa una amenaza, no tiene nada que Sammy desee, aparte de noches robadas con mujeres solteras aburridas o solitarias, como mi madre. Entonces, a medida que el alcoholismo y la confusión de Sammy fueron en aumento, descubriría en Busby un extraño compañero. Deferente en un principio: *Pronto volverás a estar en plena forma, Sammy; no se puede impedir que un tipo válido salga adelante, y tú siempre fuiste uno de los mejores, Sammy…*

Ahora, sin embargo, asoma ya el desprecio. Se aprecia en alguna que otra furtiva mirada desdeñosa, que Sammy no nota porque está demasiado aletargado y embotado por el alcohol. O en la esporádica pulla que atraviesa las capas amortiguadas de su conciencia, porque la aprobación de Busby se ha vuelto fundamental para Sammy, pues es ahora casi el único espectáculo positivo que le queda en esta ciudad.

Y veo en Busby y en Sammy lo jodidas que pueden llegar a estar las cosas cuando uno se hace responsable de otra persona, lo mucho que puede uno llegar a depender de ella. Donde pone Busby y Sammy, léase Skinner y Kibby. O también: todos y cada uno de los cabrones presentes en todos los tugurios de mala muerte de todas las ciudades y pueblos de este país. Todos aquellos que perdieron el tren, que no se tienen sino unos a otros, y a los que no les quedan sino tristes dramas llenos de asco y miedo sobre los que replegarse. Te puedes marcar un baile vacilón con alguien, pero siempre lo acabas pagando caro. Sobre todo cuando la música se acaba y os sumís en un abrazo tan profundo que no sois capaces de deshacerlo.

Aún no he cumplido los veinticuatro años y ya veo que la he cagado del todo. Eso me lo han enseñado mis dos maldiciones gemelas, Kibby y el alcoholismo. ¿Será el alcoholismo producto del bastardismo, o no es más que otra puta excusa? Debatan, debatan.

Pero tengo unas ganas tremendas de entrar ahí e invitar a una copa al viejo Busby y a Sammy, llevar a los vejetes a darse un garbeo por el pasado. Escuchar con entusiasmo, sí, con entusiasmo, babear a Sammy y ver cómo la gomosa boca del viejo Busby se pone aún más fláccida por efecto de la bebida a medida que va escupiendo secretos.

«Pues sí, podrías ser mi hijo perfectamente. Más o menos por aquel entonces me eché un casquete con tu madre. En aquella época era punki, además. ¡Acuérdate de ella, Sammy, menudo par de tetas! ¿No te la llegaste a tirar tú también? A ti siempre te gustaron los Slade, ¿no, Sammy? Noddy Holder. *Cum On Feel The Noize*. ¿Te acuerdas de ésa, Sammy? *Squeeze Me Pleeze Me!*

Permítanme que me ponga en pie y estrelle mi puño contra esa cara, contra esa retorcida boca gomosa que se ha librado a base de labia de mil puñetazos semejantes, y quedarme mirando cómo la dentadura o los últimos dientes salen disparados por todo el bar como balas. Pero no. Porque para eso tendría que tomarme yo mismo una copa, y sé que una nunca es suficiente y que mil son demasiadas.

Estoy salvando a Brian. Sacrificándome a mí mismo para salvarle a él, y no sólo

por temor a la reciprocidad, amenaza bien real por lo demás. Se trata de algo más que del interés particular o del instinto de conservación. Sencillamente no quiero que muera; nunca lo quise. Porque no merece morir. Lo único que hizo fue ser un cabrito irritante y pelotillero. Lo único que quise hacer fue sacudirle una patada en el culo.

Pero el tirón —Dios Santo, qué puto tirón— es mucho más fuerte en la lúgubre Edina que en la soleada California. Una lata de lager. Una puta pinta fresquita nada más. Voy subiendo por el Walk, y paso ahora por delante del Lorne Bar. Después el Alhambra, con la puerta calzada para que no se cierre. En uno de los taburetes está sentado Duncan Stewart; veo el dorso de su cabeza afeitada. Cada bar que dejo atrás contiene una cara: un recuerdo, una historia y el esqueleto de una vida. Más que al alcohol, soy adicto a esa forma de vida, a esa cultura, a esa forma de relación social. Pero no puedo entrar y limitarme a beber agua o gaseosa. No puedo entrar. No puedo quedarme aquí, mientras la mano invisible de la expectación me conduce, me camela, me empuja y me impulsa en la misma dirección o direcciones. He vuelto sobre mis pasos y camino en la dirección por la que vine, bajando de nuevo por la calle. Porque está por todas partes. ¿Adónde va uno desde el pie del Walk? ¿Sube hasta llegar al Central, al Spey, etcétera, etcétera, o por Junction Street hasta Mac's, el Tam O' Shanter, Wilkies, etcétera, etcétera? ¿O quizá a Duke Street donde están el Wetherspoon's o el Marksman, etcétera, etcétera? ¿O tal vez a Constitution Street, al bar de Yogi, aunque ya no sea suyo, o a Homes o a Nobles, etcétera, etcétera?

Está por todas partes.

Una buena pinta. Sí, ahí dentro sirven una buena pinta, hijo. ¡Una pinta que está de muerte! Contiene sirope, sulfítos, pirocarbonato de dietilo, benzoatos, potenciadores de espuma, amiloglucosidasa, betaglucano, alfa-acetolactato, decarboxilasa, estabilizadores, carbonatos. Quizá incluso contenga malta, lúpulo, levadura, agua y trigo. Quizá. Pero yo que tú no apostaría por ello.

Y está en todas putas partes.

Había sido una transformación asombrosa. Estaba incorporado en la cama y ya consumía sólidos. El nuevo hígado funcionaba de forma eficiente y, más importante aún, no había vuelto a haber más ataques nocturnos. Toda la plantilla médica y de enfermeros, hasta el último hombre, rehuían el empleo del término «curación», pero los rápidos progresos de Brian Kibby y los recursos de la Seguridad Social empleados al máximo de su capacidad fueron tales que el cirujano, el señor Boyce, estimaba que volvería a casa antes de que terminara la semana.

Joyce estaba encantada con la noticia, y era incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan feliz. Sus oraciones habían sido atendidas. Su fe, que la muerte de Keith había hecho flaquear, y que la enfermedad de Brian había llevado muy cerca del punto de quiebra, había sobrevivido intacta, renovada incluso. Pero por naturaleza y por circunstancias la preocupación y el desasosiego estaban tan arraigados en su psique que sin ellos se sentía un tanto desprotegida. Brian Kibby, que conocía bien a su madre, vio que, a pesar de su júbilo, sobre el banquete planeaba un fantasma.

«¿Qué pasa, mamá? ¿Hay algún problema?».

Su madre era consciente de que la pregunta de su hijo le había hecho dar un respingo, de modo que todo intento por disimular habría sido vano y temerario. «Hijo…, sé que me pediste que no sacara el tema», empezó ella con cautela, «pero se trata de Danny…, el señor Skinner, de la oficina. Tiene muchas ganas de visitarte».

El rostro de Brian Kibby se crispó de tal forma, hasta convertirse en una grotesca parodia de sí mismo, que Joyce Kibby se arrepintió de inmediato de su revelación. Incorporado rígidamente en la cama, pugnando por contenerse, miró a su madre con gesto inalterable, con una expresión hasta entonces inédita, que la dejó helada hasta el tuétano. «Le odio», dijo, «y no quiero que se me acerque para nada».

«¡Pero Brian!», chilló su madre. «Dan…, el señor Skinner estuvo telefoneando desde América durante todo el tiempo en que estuvo allí. ¡Todos los días le enviaba correos a esa chica tan maja del trabajo preguntando por ti!».

Ahora, por disgustado que estuviese con el modo en que su respuesta la había exasperado, le tocaba a Brian Kibby preocuparse por las reacciones de su madre. «No hablemos de Skinner. Sólo quiero ir a casa y estar solos los tres: tú, yo y Caroline», dijo, sin dejar de pensar en ningún momento: *¿Qué querrá Skinner de mi*?

34. Impresión y asombro

Hace un día crudo y helador, pero al menos brutalmente sincero, desprovisto de esas lluvias frías o esos vientos torturantes que aniquilan el alma. El último resto de débil luz solar se está desvaneciendo y el cielo azufrado se está volviendo de color malva. Los tramos del pavimento congelados crujen bajo mis pies en cuanto doblo la esquina de St John’s Road y bajo por una serpenteante callejuela hasta el queo de los Kibby.

He venido a ver a Joyce, que me ha llamado preocupadísima por el comportamiento de Brian. Dijo que no era necesario, pero yo insistí, pues quería echar un vistazo al bulín de Kibby antes de que vuelva mañana del hospital.

Llamo a la puerta y al abrirse…

Santo Dios de los cojones…

… me llevo una impresión morrocotuda al ver aparecer ante mí a una bellísima chica de unos diecinueve o veinte años.

¡Vaya una preciosidad! Tiene cabellos rubios lacios sujetos a un lado por un broche dorado. Sus grandes ojos de color gris azulado irradian una honda espiritualidad. Sus dientes nacarados me deslumhran y tiene el cutis más suave que yo haya visto jamás.

Hostia puta.

Lleva un top verde con pantalones de camuflaje verdes y negros.

¿Aquí qué coño pasa? Estoy…

Enarca las cejas burlonamente a la espera de una reacción que tarda lo suyo en llegar, pues su sola presencia me ha dejado un tanto fuera de combate.

Serás capullo.

Excitado, no tanto sexual como emocionalmente, me esfuerzo por mantener la calma y sonreír con la mayor discreción.

«Me llamo Danny. Eh, yo… trabajo con Brian en el ayuntamiento», le explico, casi incitado a presentarme como amigo suyo, pero logrando detenerme a tiempo.

«Adelante. Yo me llamo Caroline», dice ella, dándose la vuelta con elegancia y regresando al interior de la casa. Me deja totalmente asombrado que este bellezón sea la hermana de Kibby. La sigo ansiosamente, desesperado por permanecer cerca de su esencia y, por supuesto, para estudiar en detalle sus curvas.

Joyce Kibby, que ya se encuentra en el pasillo con nosotros, interrumpe tan arrebatadora visión. Rebosa tanto nerviosismo e inquietud como aplomo y garbo desprende su hija. «Señor Skinner…», dice.

«Llámeme Danny, por favor», reitero, pensando más en Caroline que en ella. A estas alturas la boba vacaburra esta podría prescindir ya de las formalidades. Pero no obtengo reacción alguna por parte de Caroline, que se mete en el cuarto de estar sin

mayores ceremonias.

«¿Qué tal está Brian?», pregunto a Joyce, dispuesto a seguir a Caroline, cuando su madre me conduce a la cocina. Mientras me siento a regañadientes logro ver fugazmente a la hija a través de la rendija de la puerta abierta. Está más que buena; no recuerdo haber experimentado reacción semejante ante una mujer jamás.

Bueno, quizá ante Justine Taylor en segundo curso. O ante Kay. O Dorothy. Pero incluso ellas eran de algún modo diferentes. Esto es la hostia. No puedo…

Joyce pone a hervir la tetera. Probablemente sea a causa de su hija, pero ahora estoy examinando a la vieja, tratando sin éxito de encontrar en ella una versión más joven y más hermosa de sí misma. No veo sino los rizos espesos y remilgados y esa actitud rígida y espasmódica. «Está mejorando, pero mentalmente parece muy confundido», me cuenta con esa voz chillona que tiene, que hace juego con el pitido de la tetera.

«Ah, pues entonces no está tan bien. ¿Cómo es eso?».

Joyce echa dos cucharadas de té a la tetera, y otra para dar suerte, al estilo de mi vieja. Ahora que lo pienso, ella también debe tener la misma edad que Siouxie Sioux, aunque uno no lo creería ni en un millón de años. Esta mujer probablemente nació vieja, aunque quizá sea sólo el manto de solicitud nerviosa que la envuelve. «Tiene una extraña obsesión con su viejo empleo», me dice. A continuación me echa una mirada bastante avergonzada, y me revela en voz baja y cautelosa, «me da tanta vergüenza… Brian se ha tomado de una forma horrible todo lo que ha intentado hacer usted por él. ¡Es como si no se diera cuenta de que intenta ayudarle! No entiendo por qué está tan en contra de usted cuando ha sido tan bueno con todos nosotros y se ha preocupado tanto por él. No me gusta ni un pelo», dice, sonrojándose y sacudiendo la cabeza mientras deposita la taza frente a mí.

«Joyce, esto ha sido una prueba terrible para Brian. Es lógico que se sienta confundido», le digo en tono conciliador. El té me lo ha puesto en una ridícula tacita de loza en la que no cabe una puta mierda y con un asa tan pequeña que me es casi imposible levantarla.

«Sí», asiente vigorosamente Joyce Kibby, sin dejar de soltar mil disculpas en representación de su hijo. Pero en este momento en lo único que pienso es en su hija. Es preciosa y superguay, es un megapibón que te cagas; todo aquello que no son Brian Kibby y la tonta del culo de su madre.

Caroline Kibby.

Brian Kibby.

¡Y entonces, en un golpe de inspiración deslumbrante, lo veo! ¡Había una forma de poder seguir al tanto de los progresos de Brian Kibby, un motivo legítimo para continuar visitándoles! Equivaldría a matar dos periquitas de un tiro, y además sería una labor realizada de mil amores. También, con toda probabilidad, sería algo que le tocaría a tope las narices a Brian Kibby.

«Le hace quedar como una persona muy mala, señor Skinner, y no lo es, es un

chico estupendo…».

Caroline.

El divino y espléndido prefijo que neutraliza ante mi mente ávida la toxicidad del hasta ahora nauseabundo término «Kibby». Este té no lleva azúcar pero aún me queda por probar un dulce elixir. Si estuviera viéndome con Caroline Kibby, saliendo con ella, podría pasarme por aquí si quisiera, y Brian no podría hacer una mierda al respecto. Podría ocuparme de él, al menos hasta que se pusiera fuerte. Comer de forma saludable, descansar y gozar abundantemente, y observar cómo se pone cada día mejor. ¡Y mientras hiciera todo eso podría llegar a entenderle y descubrir por qué tengo este extraño y terrible poder sobre él!

«… nunca nos dio el menor problema ni a mí ni a mi marido, que en paz descanse…».

Caroline Kibby.

No, no era una palabra en absoluto malsonante. A decir verdad, era bien hermosa: Kibby, Caroline Kibby. Sí, podría vigorizar a Brian antes de regresar a San Francisco…

Dorothy.

De algún modo parece estar ya muy lejos, pero fue algo muy real y muy bueno.

«… y su actitud hacia usted… no logro explicármela…, si supiera siquiera que ha estado aquí…».

«De acuerdo», le digo a Joyce, «cuanto menos se diga, antes se arreglará todo. Brian todavía está muy enfermo, y lo último que quiero hacer es trastornarle. Ahora me marcharé y me mantendré alejado del hospital. Siempre y cuando, claro está, me mantenga usted al tanto de sus progresos».

«Desde luego que sí, señor… Danny. Y gracias de nuevo por ser tan comprensivo». Joyce me mira con ese gesto suyo tan suplicante.

Y por primera vez pienso que quizá haya algún maravilloso designio divino tras esta extraña maldición. Termino mi té y, mientras me despido, me detengo y asomo la cabeza por la puerta del cuarto de estar para soltarle a Caroline un alegre «Hasta luego» y dedicarle una sonrisa.

«Hasta luego», me dice a su vez, volviendo la cabeza desde la mesa ante la que está sentada, al principio un tanto perpleja, pero a continuación me devuelve la sonrisa y pienso para mí: ¡fuá, vaya una chavala tan excepcional!

Salgo de casa de los Kibby en el séptimo cielo, casi ajeno por completo a los arrullos y cloqueos de Joyce. Después, al pensar de nuevo en Dorothy, allá en San Francisco, tengo la impresión de sufrir una caída de trescientos metros a través de mi propio cuerpo. No sé qué coño voy a hacer.

35. The Leaning Tower

Los amigos de Danny Skinner manifestaron gran asombro no sólo por el hecho de que hubiese regresado tan pronto, sino por que se quedase en Edimburgo y siguiera sobrio. Le escribía con frecuencia correos electrónicos a Dorothy, pero hablaba por teléfono con Joyce un día sí y otro no, comprobando los progresos de Brian Kibby. Su otra actividad social principal consistía en tomar algún que otro café con Shannon McDowall. A Shannon la habían ascendido al antiguo puesto de Skinner, pero sólo de forma temporal, lo cual la fastidió, pues tenía que someterse a otra comisión examinadora. Aparte de su vitriolo ante lo que consideraba las prácticas discriminatorias de sus superiores en materia de empleo, sólo parecía tener ganas de hablar de Dessie, tema que tenía un atractivo muy limitado para Skinner. Encontraba inquietante ver a su viejo amigo y rival en el papel de chico nuevo.

Skinner aún no había intentado ir a ver a su madre ni había tenido noticias suyas. Personas con las que se topaba en Leith Walk o Junction Street le contaban que estaba bien, pero él evitaba deliberadamente pasar por delante de la peluquería. Se mantenía obstinadamente fiel a la decisión de que, la próxima vez que la viera, le soltaría ese único nombre para ver cómo reaccionaba.

Algo que sí reanudó fueron sus veladas de los viernes por la noche con Bob Foy; en la actualidad el punto favorito de encuentro era The Leaning Tower, un restaurante italiano del casco viejo, pese a que seguía manteniéndose inquebrantablemente fiel al consumo de agua mineral.

El inmenso placer que a Foy le producía saber que Kibby no volvería a trabajar en el ayuntamiento seguía siendo muy manifiesto. «La peste a sobaquina y a Dios sabe qué más ha desaparecido. Se trata literalmente de una bocanada de aire fresco», dijo con alegría, meneando histriónicamente el menú plastificado.

Skinner no estaba dispuesto a tolerar aquello. «Lo que ha tenido que pasar el pobre cabrón es una puta tragedia. Me alegro de que saliera bien del quirófano, y si se recupera, harías bien en contratarle de nuevo».

Foy frunció los labios y llenó su copa de Chianti hasta arriba. «Por encima de mi cadáver», se burló.

Skinner y Foy terminaron de comer en un ambiente de cierta tensión y después fueron a tomar unas copas (un refresco en el caso del primero). Finalmente Foy se marchó a casa en taxi, desilusionado y todavía un tanto desconcertado ante el conjuro abstemio bajo el que parecía hallarse su viejo compañero de cenas.

Skinner tenía además otra misión. Aunque no bebiese en ellos, seguía habiendo bares en los que echar las redes, sobre todo en el barrio estudiantil.

El Grassmarket estaba a tope. Skinner logró meterse en un café-bar y estaba tomando un refresco cuando de repente se vio abordado por un par de rostros del

pasado, Gary Traynor y el fornido joven al que conocía por el nombre de Andy McGrillen. Estaban claramente resueltos a pasárselo pipa y quedaron sorprendidos y asqueados al fijarse en el combustible elegido por Skinner.

McGrillen…

Recordó la pelea que éste había provocado en Nochebuena, cuando se mantuvo al margen. No le gustaba McGrillen. Ahora su memoria daba vueltas en torno a la confrontación infantil que habían tenido a bordo de un tren a la vuelta de un partido en Dundee. No eran más que unos críos, y aquello había tenido lugar hacía casi diez años, pero nunca había olvidado el incidente. McGrillen, en compañía de algunos colegas, se había puesto chulo con él. Skinner, que en aquella ocasión le había perdido la pista a McKenzie y al resto de sus amigos, iba solo y se vio obligado a agachar las orejas. Había sido una humillación de escasa entidad pero seguía escociéndole, y más ahora que McGrillen andaba por ahí en compañía de Traynor. En cuanto se dio cuenta de que Skinner tenía determinadas relaciones, McGrillen se portó de forma bastante gentil, y hasta trató de entablar cierto grado de amistad con él. Ambos eran conscientes, sin embargo, del peso que podía llegar a tener el pasado y, de forma muy tácita, habían acordado evitar encontrarse, exceptuando aquella ocasión en navidades. Ahora, al ver a McGrillen lanzar una mirada de desaprobación a su vaso, Skinner volvió a experimentar el mismo resquemor que aquella vez.

Una puta gorra de béisbol de Burberry. ¡Pero qué coleguita! ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiuno? ¿Veintidós? ¡Como McKenzie ya no está entre nosotros, se cree que puede cotizarse con nuestra peña!

«Venga, Danny, tómate una puta pinta», le instó Traynor.

«Nah, con un zumo de naranja estoy servido», insistió Skinner.

Traynor pareció captar el mal rollo que McGrillen le daba a Skinner y trató de alegrar el ambiente hablando de la última película porno de temática religiosa que había conseguido. *«A Dios le gusta verlo todo,* la mejor hasta la fecha, tío».

Andy McGrillen se encogió de hombros y tras sonreírle a Traynor se fue a la barra. Dejó que sus modales un tanto bruscos le abriesen paso entre los clientes, algunos de los cuales le reconocieron como un *casual* y posible fuente de problemas. Muy pronto regresó con las copas, depositándolas sobre la mesa.

«Salud, chicos», brindó Skinner. «Me alegro de veros de nuevo», dijo, incluyendo a McGrillen con el grado justo de convicción.

A Skinner le estaba resultando extrañamente reconfortante dar sorbitos a su naranjada. Disfrutaba con la labia de Traynor. Su viejo colega se volvió hacia McGrillen. «Te voy a contar una gran historia de Rab McKenzie; tú te la sabes, Skinny», dijo haciéndole a éste un gesto con la cabeza. «Estábamos nosotros dos con Rab y un par de pijas, la *paki* esa con la que saliste, ¿cómo se llamaba?».

«Vanessa. Y es escoceasiática. Su padre es de Kerala y su madre de Edimburgo», le corrigió Skinner.

«Vale, señor Políticamente Correcto», dice Traynor sacudiéndole a Skinner un

puñetazo amistoso en el brazo. «Así que estábamos en un gran queo pijo en Merchiston, que si gran piscina climatizada, que si el viejo y la vieja de vacaciones, y todos tonteando en pelotas. Era la primera vez que veíamos al grandullón sin ropa y, bueno…, imagínate. Pero las chavalas, la pija grandullona llamada Andrea, y la Sarah esa, tenían ganas de marcha, y todo dios empieza a ponerse retozón. Tú te largaste con Vanessa, ¿eh, Skinner?».

«Sí, pero no pasó nada. Sólo nos morreamos un rato y hablamos; eso es todo».

«¡Que sólo hablaron, dice! Sí, claro».

«Así fue», protestó Skinner. «A ella no le apetecía follar y no me importó. Fue una noche agradable y ella era una tía interesante».

«Vete a la mierda, Skinner», se rió Traynor, dándole un empujoncito en el pecho. «Bueno, pues mientras tú “hablabas”, yo me había lanzado a saco con la Sarah esa, y le estaba dando lo suyo encima de la colchoneta hinchable. Y la pija esa, Andrea, que estaba buena, pero no tenía demasiadas luces», observó Traynor, dándose un golpecito en el cráneo, «se lo estaba montando con el grandullón. El caso es que me acordaba de haberle dicho antes que a las pijas siempre les va la marcha, y que además son unas guarras que te cagas y hacen lo que sea, tío». La sonrisa dentuda de Traynor fue ensanchándose. «Evidentemente, Rab debió tomárselo todo al pie de la letra, porque de pronto oigo decir al grandullón: “Me gustaría metértela por el culo”. Y la pija va y dice», y Traynor frunció los labios, adoptando un acento de salón de té: «“¿Y eso qué entraña exactamente?”».

McGrillen se rió en voz alta y Skinner también, aunque había oído muchas veces aquella historia. Le dio otro sorbo a su naranjada. Algo andaba mal. La olió y volvió a probarla. Le habían echado alcohol.

¡Vodka!

Al alzar la vista, Skinner reparó en el gesto estúpido y burlesco de McGrillen, y paladeó por un instante el cambio de semblante cuando le apuntó con el brazo para estrellarle un sólido derechazo en plena cara. Fue un buen puñetazo; Skinner pivotó y acompañó el golpe con el peso del cuerpo, y McGrillen cayó del taburete al suelo.

Gary Traynor se quedó mirando a un atónito y postrado McGrillen, y después volvió a mirar a Skinner. «Hostia puta, Danny…».

Skinner seguía temblando de rabia. Arrojó el vaso al suelo; por muy poco no alcanzó a McGrillen en el rostro. «¿Pero de qué coño vas, tratando de envenenar a…?». Mirando a su alrededor, se dio cuenta del escándalo que estaba montando y dijo: «Lo siento, tíos», antes de salir escopeteao, frotándose los nudillos doloridos.

Salió a la calle con la euforia del subidón de adrenalina recorriéndole el cuerpo mientras empezaban a asaltarle los remordimientos.

Ha sido una sobrada. McGrillen no estaba al tanto, ¿cómo iba saberlo? Pero ¿por qué hay peña que no entiende que no significa no?

Atravesando rápidamente la calle y metiéndose en otro bar, Skinner se topó con un grupo de chicas parlanchínas a las que conocía vagamente del ayuntamiento. Una

de las amigas de éstas celebraba una despedida de soltera. Dos de ellas estaban muy habladoras pero muy pronto sólo las escuchó a medias, distraído como estaba por una de las camareras.

A Caroline Kibby le quedaba un cuarto de hora aproximadamente para terminar su turno. Desde una de las mesas, vio que le miraba un hombre que le sonaba de algo. Sí, le conocía. Él sonrió y ella le sonrió a su vez. Luego él se acercó y la invitó a tomar una copa cuando terminase.

Es el tío que vino por casa de mamá el otro día, el del ayuntamiento. Ése que pone tan de los nervios a Brian.

Aceptó con mucho gusto.

Acababa de ingerir una copiosa cena italiana en compañía de Bob Foy. No obstante, después de unos cuantos refrescos más, Danny Skinner no tuvo inconveniente en sugerir que Caroline y él fuesen a comer algo a lo que él se sentía inclinado a describir como «un excelente chino de la vieja escuela» llamado el Bamboo Shoots, en Tolcross.

Sentado frente a ella en el restaurante, le seguía resultando difícil creer que Caroline fuese la hermana de Brian Kibby. Mientras ella comía con movimientos pausados, desenvueltos y económicos, había momentos en que le entraban ganas de gritarle: *Joder, con lo preciosa que eres tú, ¿cómo puedes estar emparentada con ese artero memo de Brian*?

Caroline, por su parte, quedó igualmente prendada de Danny Skinner.

Es bastante guapo, de un modo un tanto curioso. Tiene una expresión asustadiza, que le da aspecto de estar más fascinado que perplejo ante el mundo. Debe gastarse un dineral en ropa. Parece ridículo que sea un par de años mayor que Brian. Se diría que es muchos años más joven: está lozano e impecable. Hay algo en él que impone, ¡algo que me hace pensar que no me importaría llegar a conocerle mejor!

Más tarde atravesaron a pie el Meadows, en una noche fresca iluminada por la luz de la luna y las farolas de sodio. No tenían prisa alguna; iban conversando con naturalidad, escuchando atentamente al otro hablar de casi cualquier tema que se les viniese a la cabeza. Caroline notó cómo el cansancio del turno se le pasaba, y sus ojos, doloridos tras una multitud de horas redactando un trabajo de curso ante el ordenador, recobraron su lustre. Temiendo que la velada llegase a su fin, anunció: «Tengo un poco de hachís, si te apetece».

La verdad es que no soy ningún fumeta pero a su hermano le sentaría bien un mai; lo relajaría y quizá le estimulara el apetito.

«¿Vamos a tu casa?», inquirió Skinner, ya que al South Side se podía llegar sin problema caminando, mientras que para ir a Leith había que tomar un taxi.

«Eh, quizá sería mejor ir a la tuya. Acabo de instalarme y aún no tengo demasiada confianza con mis compañeros de piso. Ya me entiendes…», dijo Caroline con cierta

inquietud.

De repente, a Skinner se le clavó en el pecho una estaca de temor. Tendría que haber estado completamente dispuesto a regresar a su nido de amor en Leith con aquella chica, pero por algún motivo experimentaba una inmisericorde sensación de desasosiego.

¿Por qué tengo tantas ganas de andar fisgoneando en su casa y la de su madre, pero me inquieta la idea de dejar que ella vea la mía? ¡Es mucho mejor que el mausoleo ese en el que vivió ella!

Él asintió, pararon un taxi en Forrest Road y pusieron rumbo al puerto.

«¿Llevas mucho tiempo viviendo en Leith?», preguntó Caroline.

«Toda la vida», respondió Skinner, pensando en San Francisco, en Dorothy, y en lo mucho que le apetecía vivir allí. No es que Leith no le gustara; en cierto modo lo adoraba, pero disfrutaba con la idea de vivir en otra parte y tener siempre opción de volver. Quizá se pueda amar un lugar sin querer estar cerca de él todo el tiempo, pensó.

Caroline entró en el vestíbulo de Skinner. Vio que el piso estaba ordenado y muy limpio.

Hostia puta. Este espacio está domesticado. ¿Tendrá contratada una limpiadora?

Teniendo presente la posibilidad de quemazos de hachís en el sofá, Skinner fue a la cocina y volvió con dos grandes ceniceros de pub. Caroline le siguió, fijándose en la suntuosidad del mobiliario. «¿Hace mucho que vives aquí, Danny?».

«Cuatro años».

«Tienes unos muebles muy bonitos», dijo Caroline, evidentemente impresionada, fijándose en el culito prieto enfundado en aquellos pantalones negros. Sintió que la recorría un súbito espasmo vertiginoso.

Mmmm.

«Cierto», dijo Skinner mientras se dirigían al cuarto de estar. «Hace unos años sufrí un accidente de tráfico grave. Me atropello un coche, quedé inconsciente, me rompió el brazo y la pierna y me fracturó el cráneo. Me concedieron una sustanciosa indemnización, así que empleé la mayor parte del dinero en adecentar este sitio», explicó, pensando con cierto remordimiento en su intento de pagar a Dessie Kinghorn con la exigua suma de quinientas libras.

Quizá, uno de los grandes hubiera sido lo más justo. O incluso quince mil. El diez por ciento.

Caroline le pidió que le contase los pormenores del accidente y él se los narró, omitiendo el detalle de que la principal causa del mismo había sido su propia imprudencia, mientras ella liaba el porro al mismo tiempo que inspeccionaba con la vista el salón. Tenía viejas paredes pintadas en oro y estaba dominado por un sofá de cuero negro en forma de L. Frente a éste se encontraba una mesita de centro de cristal. Junto a un hogar de época sobre el cual había un gran espejo de pared se hallaba un televisor de pantalla plana. A ambos lados había un par de armarios

empotrados. Uno de ellos contenía un equipo de música, y sobre él había estanterías llenas de libros y de cedés; el otro contenía vídeos y más libros todavía. Sobre la repisa de la chimenea reposaba una pequeña reproducción a escala de la Estatua de la Libertad.

Dándole una larga calada al porro antes de pasárselo a Skinner, Caroline se levantó del sofá para echar un vistazo a los cedés y a los libros. Skinner ya le había explicado sus gustos en materia de rap y de hip-hop, de manera que en materia de música no hubo sorpresas: Eminem, Dr Dre, NWA, Public Enema. El cd que estaba abierto sobre la mesita de centro le llamó la atención. El grupo se llamaba The Old Boys. Algunos de los temas le sonaron raros: «Repatriación obligatoria», «El día de los caídos», «Un penique cogido del cepillo». «¿Qué tal son?», preguntó mientras meneaba la carátula.

«Una bazofia total», dijo Skinner. «Lo compré el otro día porque mi madre era muy fan del grupo. Era una banda local de punk y creo que ella solía andar por ahí con ellos. Pero no son mi rollo para nada».

Acercándose de nuevo a las estanterías, Caroline se fijó en que —con la salvedad de los copiosos volúmenes de poesía de Byron, Shelley, Verlaine, Rimbaud, Baudelaire y Burns, y otro enorme y con claras muestras de no haber sido leído, obra de McDiarmid— en su mayoría los libros eran novelas estadounidenses, que iban de Salinger y Faulkner hasta Chuck Palahniuk y Bret Easton Ellis. «¿No tienes nada de narrativa escocesa contemporánea?», preguntó ella.

«No me va. Si quiero oír tacos y consumir drogas, no tengo más que salir por la puerta. Pero de ahí a leer al respecto…». Skinner sonrió. Por un instante, aquella larga mandíbula se le antojó a Caroline espeluznante y siniestramente bufa.

Qué sonrisa tan rara…, aquí hay algo que no encaja, pero al carajo, ¿qué es lo peor que podría pasarme? ¿Acabar follando con este tío bueno en un agradable piso de Leith…?

«¿Nos vamos a la cama o qué?», preguntó ella.

Skinner se quedó atónito. Quizá había visto a Caroline como la hija de Joyce o la hermana de Brian y por tanto le resultaba difícil creer que pudiera mostrar una sexualidad tan espontánea. «Sí…».

La tomó de la mano y fueron juntos al dormitorio, demasiado absortos en su creciente turbación mutua para darse cuenta de que se asemejaban más a un par de víctimas de un campo de concentración dirigiéndose a la cámara de gas que a una pareja de amantes.

En el dormitorio de Skinner pendía una gigantesca bandera de los Estados Unidos, sobre la pared que dominaba a la cama. Ésta estaba cubierta por lo que a Caroline le pareció un edredón naranja de muy mal gusto. En conjunto, aquella habitación representaba un extraño lapsus, pues parecía muy diferente al resto de la casa.

Skinner iba desnudándose metódicamente, preguntándose, con una angustia cada

vez mayor, qué le sucedía exactamente. Su erección se había convertido para él en algo afín a su padre: era consciente de ella precisamente en virtud de su ausencia. Caroline echó un vistazo al prado que había en la parte de atrás. «Qué bonito», dijo, ahora muy cohibida. Maldijo interiormente ante aquel comentario débil e insulso, del tipo que quizá habría hecho su madre.

¿Qué coño me estará pasando?

«Si prescindimos de las cagadas de paloma», sonrió Skinner con sensación atribulada, despojándose del pantalón y la camisa antes de deslizarse bajo las sábanas. Por algún motivo, se dejó los calzoncillos puestos, quizá porque ella no había hecho el menor ademán de desvestirse.

«Las hay en todas partes…», dijo Caroline, «salvo en los trópicos. Eso echaría a perder un paraíso tropical, si las tuvieses zureando a tus pies mientras sorbías un cóctel junto a la piscina».

Skinner se rió ante aquel comentario, quizá de modo excesivamente enérgico, pensó ella. Caroline le contempló, incorporado a medias en la cama. Su cuerpo era delgado y musculoso y lo deseaba. No obstante, le resultó curiosamente difícil desnudarse ante él. Y notaba que él estaba flipando tanto como ella. Finalmente, se sacudió los zapatos y se quitó los vaqueros, quedándose sólo con la camiseta antes de meterse bajo las sábanas.

«¿Tienes frío?», preguntó él.

«Sí…, creo que al hachís ese le pasa algo raro. Creo que me he alterado un poco, si quieres que te diga la verdad», explicó ella con una confusa sensación de vergüenza y turbación.

Acusando su propia e inexplicable sensación de extrañeza, Skinner se mostró de acuerdo. «Sí, ya sé lo que quieres decir…, a lo mejor nos estamos apresurando un poco…, me gustas mucho…, hay mucho tiempo para, ya sabes…, ¿te parece que nos abracemos y sigamos charlando?».

«Vale». Caroline sonrió tensamente mientras se arrimaba a él. Él volvió a mirarla; no le recordaba a Kibby en absoluto. Era hermosa, pero ¡joder!, él la tenía tan fláccida como cuando le tocaba hacer un informe de inspección del primer nivel.

Esforzándose por darle un poco de intimidad al ambiente, Skinner apartó el cabello del rostro de Caroline, pero sintió como ésta se ponía tensa, como si el gesto le resultara desagradable y molesto. Optando por regresar al inofensivo tema de las palomas y al mismo tiempo escandalizado por la inanidad del mismo, indicó la ventana y dijo: «En América no dejan que los bichos indeseables pongan sus nidos en edificios públicos y se nos caguen por todas partes desde tan estratégica posición. Allí ponen esas púas tan finas en los alféizares para disuadirlas».

«Aquí también han empezado a hacerlo», dijo Caroline en un tono más soñador, «pero aquí el principal problema seguramente serán las gaviotas…». Le gustaba estar junto a aquel tío; estaba un poco alterada, sólo era eso.

Al notar la punzada del amor a la patria chica, Skinner sintió la extraña

compulsión de embarcarse en una defensa del ave marina. Pero puesto que parecía que comenzaban a relajarse un poco, resistió la tentación.

Caroline pensaba en su grupo favorito, los Streets. En cómo el tío ese de los Streets también se apellidaba Skinner, Mikey Skinner. Tenía una letra en la que decía que donde él se crió a las mujeres se las llamaba periquitas y no zorras. Aquello hacía que la cultura masculina y de clase obrera que a menudo se le había antojado misógina pareciera hermosa. Todo dependía de la clase de periquita de la que se estuviera hablando, claro. De repente, se oyó a sí misma preguntar: «¿Te gustaron las americanas?».

«Son preciosas», admitió Skinner, pensando en Dorothy. ¿Era ella la chica indicada para él? ¿Era ése el motivo de que no fuera capaz de hacerle el amor a Caroline? «Pero la mayoría de las americanas no saben vestir, a diferencia de las europeas. Ni siquiera las más guapas, por algún motivo, saben elegir la ropa».

Caroline hizo una pequeña mueca; aquello probablemente no era lo que ella esperaba oír, pensó él.

Pero Danny Skinner se sentía como si no hubiera estado con una chica desde los quince años. Se notaba torpe y nervioso. Se besaron, y no estuvo mal; después se sumieron en un sueño prolongado y extraño, en un abrazo mutuo, un sueño tan hermoso y pacífico como si los hubiesen drogado con algo más potente que el hachís que habían consumido.

Fue Skinner el primero en despertarse con la luz del amanecer. Al principio se maravilló de la apacible pulcritud de Caroline mientras dormía, pero pronto se sintió acosado por una terrible inquietud, y sintió la compulsión de levantarse y abandonar la cama. Fue a la cocina y comenzó a preparar el desayuno, sacando cereales, yogur, zumo de naranja y té verde. Cuando ella apareció, completamente vestida con su propia ropa, en lugar de haberse puesto una de sus camisetas, Skinner se sintió curiosamente aliviado pese al chasco.

No obstante, a lo largo del desayuno charlaron relajadamente; sólo cuando Caroline estaba a punto de marcharse volvió a hacer acto de presencia cierta pudibundez. Por algún motivo, Skinner sólo pudo darle un casto besito en la mejilla. «¿Querrás que nos volvamos a ver?», preguntó.

«Me gustaría», dijo ella con una sonrisa, preguntándose por qué todo aquello resultaba tan forzado.

¿Tendría algo que ver con Brian y la aversión que experimentaba hacia este tío?

Skinner se sintió tentado de pedirle que fuera mañana mismo, pero necesitaba algún tiempo para pensar las cosas. Tenía la cabeza hecha un lío. «¿Te parece bien el jueves?».

Caroline Kibby estaba tan ansiosa de pedir una moratoria como Danny Skinner. «El jueves me parece perfecto».

Ella puso rumbo a su nuevo hogar en el South Side. Poco después de que se hubiera marchado, Skinner recordó que el jueves tenía previsto ir a ver a los Old

Boys. No quería empezar a liarle la cabeza a Caroline tan pronto, de modo que pensó que podrían ir juntos. Se fijó en que ella se había dejado algo de hachís en la mesita de centro. Lió otro porro y notó cómo le bullía la cabeza. Era fuerte, desde luego.

¡Joder con el avecrem saboteador de Edimburgo! Es tan bueno como cualquier hierba californiana que hubiera tomado con Dorothy. Probablemente alguna mierda hidropónica casera o como lo llamen los fumetas.

Lió otro porro y se puso a darle caladas.

36. Los Old Boys

Cada vez hace más frío, pero hoy el día ha salido más estival. El cielo está resplandeciente. Un estornino, ramita en el pico, va aleteando desde la esquina de la extensión del tejado de al lado hasta el sauce del fondo del patio trasero. Tendré que vigilar a Tarquín, el gato que vive al lado. Ya ha cazado unos cuantos.

Cada vez estoy más fuerte. He empezado a dar pequeños paseos, y ayer subí a la cima de Drum Brae. Hoy me he puesto una camiseta, un forro, unas zapatillas y un pantalón de chándal y he salido al aire libre, echando a andar por Glasgow Road. Paso por la tienda de informática PC World; me pregunto si debo o no actualizar mi versión de *Harvest Moon* y hacerme con la última edición. Me decido en contra, pues ahora que no estoy trabajando no me siento cómodo gastando el dinero en lujos.

En la puerta está una de esas chavalas con tablillas sujetapapeles. Lleva un impermeable con el logotipo de OXFAM. Me dedica una gran sonrisa. «¿Tienes un minuto para Oxfam?».

«No».

«Ningún problema», sonríe ella.

«En efecto, no es ningún problema. Forma parte de la solución», le informo.

Ella enarca las cejas y me dedica una sonrisa más bien tensa. Noto que me arde la nuca al marcharme, pero me alegro de haberme resistido. Siempre quieren algo. Siempre. ¡También he puesto fin a las contribuciones a otras causas!

Tomo el atajo que hay junto a la iglesia, el que lleva a los campos deportivos de Gyle. De acuerdo, cada vez estoy más fuerte, pero nunca volveré a ser el mismo. Es mucho lo que me ha quitado esta enfermedad. Echo de menos mi empleo y a la gente del despacho. Salvo a Skinner, aunque he oído que ya no sigue allí. Se supone que se ha cogido un tiempo de asuntos propios para viajar. Entonces, ¿por qué no se larga a algún sitio?

¡Joder, le dije a mamá que no le dejase acercarse a casa! Como vuelva a venir, no pienso estar allí. ¿De qué va, merodeando alrededor de mi madre y de mí? No tenemos nada en común; nunca lo hemos tenido.

¿Qué querrá?

En Gyle Park están disputando un partido; dos equipos correteando por ahí y pateando un balón de un lado a otro. Cuánto me gustaría sumarme a ellos, a pesar de que nunca me ha gustado el fútbol. Siempre me resultó demasiado brusco, veloz y agresivo. Me gritaban porque era lento e incapaz de conservar el balón. Era un poco nervioso y un poco torpe, nada más. Ahora, sin embargo, me lanzaría de cabeza. Al ataque, como solía decir papá. No me preocuparía por hacerme daño ni por hacérselo a otros. Ahora sé que lo que le hace a uno daño no es hacer las cosas, sino evitar hacerlas.

Me echen lo que me echen en esta vida, sé que el esconderse se acabó.

Para cuando llego a casa se está haciendo de noche. Mamá se dirige a la cocina con un cesto de ropa sucia en brazos, mirándome como si estuviera a punto de decir algo, pero después se lo piensa mejor.

«¿Qué?».

«Nada…, ¿has disfrutado del paseo?».

«Sí…». Subo a mi habitación y abro *Harvest Moon*. Estamos en Año Nuevo y me voy directo a casa de Muffy, sin perder el tiempo con los putos pollos, el ganado o la cosecha; me dedico a cortejarla, a regalarle tartas y flores…, pero ¿qué es lo que recibo a cambio, nena? ¿Qué es lo que recibo de ti?

Quítate el vestido.

Quítate esas braguitas blancas…, sé que las llevas…, eso es…

Dóblate sobre esa valla…

… eso es…

Tengo un pollón, un pollón grande y cochino, y creo que está hecho para un chochito japo bien prieto…

… eso es, puta zorra japo…, toma, nena, toma…, putas zorras con esos enormes labios de muñequita y esos chochitos prietos… y esos ojazos, todas y cada una de vosotras tenéis unos ojazos tan dulces y grandes…, ohhh… ohhh… ohhh… JODER…

Oh.

Me he puesto los muslos perdidos de lefa. ¿Lefa echada a perder, lefa que tendría que haber servido para engendrar hermosos bebés blancos? ¡Y una mierda! Lefa que se tendrían que haber tragado guarras como la puta de Lucy Moore y la cochina zorra de Shannon, que se lió con Skinner…

AHÍ SÍ QUE SE ECHÓ A PERDER.

Estoy jadeando y la cabeza me da vueltas, pero me voy a follar a todas y cada una de las zorras que hay en esta puta granja. Y mañana voy a volver a PC World para comprar *Grand Theft Auto: San Andreas*. No es ninguna casualidad que *Game Informer* le diese una puntuación de diez sobre diez.

Desde detrás del cristal rajado y manchado de suciedad, un cielo severo y amenazador pendía sobre la ciudad en capas magulladas. Skinner consideró que tenía que limpiar aquellas ventanas. Sobre los tejados de los bloques de pisos de enfrente casi podía divisar una hilera de sombreretes de chimenea rotos, sosteniéndose unos a otros como un grupo de borrachines juerguistas rumbo al siguiente bar. Mejor será que me lleve el impermeable, pensó, mientras se disponía a salir a la calle.

Las escaleras de la estación de Waverley, frunció la boca amargamente Skinner, riéndose a continuación de su propia estupidez.

¿Qué clase de pringao de mierda queda con una tía en las escaleras de la

estación de Waverly? Para cuando yo llegue allí, el viento probablemente se la habrá llevado volando hasta Fife. ¡Skinner, eres un tarugo!

Mientras él subía rápidamente Walk arriba, salvando aquella espléndida vía pública con grandes zancadas, trató de acordarse de Caroline, de ver si, cuando conjurase la imagen de perfección que de ella tenía, concordaría con la muchacha que le saludase en carne y hueso desde lo alto de las escaleras. ¿O acaso su mente había estado engañándole?

Cuando la vio allí de pie, acercándose a ella de perfil, se dio cuenta de inmediato, casi con una sensación de decepción, de que no había sido así. Se vio frente a frente con alguien que estaba llegando al cénit de su belleza sin estropearlo al no ser en modo alguno consciente de ello.

Su cabello es blanco-rubio y sedoso, y su cuello es un esbelto tallo blanco del que el pelo desciende hasta convertirse en suave pelusilla. Dos pequeños pendientes de plata con minúsculos encajes de color rubí resplandencen en sus gruesos lóbulos.

Skinner sintió deseos de mordisquearlos despreocupadamente, recordando que había pensado en hacer eso precisamente la noche anterior, cuando estaban en la cama, pero de algún modo se sintió incapaz. Le miró las uñas, tan largas que fantaseó con la idea de que sería capaz de abrir cerraduras con ellas. Era consciente de que la miraba de arriba abajo y se contuvo, estableciendo contacto visual cuando ella se volvió y le vio venir.

Caroline le sonrió, y Skinner se vio a sí mismo como uno de los filetes de atún a la plancha de De Fretais, achicharrados por fuera y ligeramente tiernos por dentro.

La llevó a una coctelería a la americana, como mandan los cánones, no a un cutre tugurio de oficinistas británico, tal como describió burlonamente uno de los que mencionó ella. Notándose de un ánimo cada vez más áspero, Skinner trató de refrenarse. ¿Por qué se comportaba de aquel modo? ¿Sería una forma de poner en orden su fuero interno ante una chica que suscitaba en él pasiones extrañas e indefinibles? Al diablo con Brian Kibby y Gillian McKeith por un rato: pidió un martini con vodka hecho con vermú y hielo picado. No conseguía determinar por qué era incapaz de hacerle el amor a aquella chica tan hermosa que tanto le importaba. ¿Tan difícil era? Se tomó una copa y luego otra. Después cayó otra, sin que en materia de consumiciones y de buen humor Caroline le fuera a la zaga en ningún momento. Fue hasta la máquina, insertó las monedas y sacó un paquete de tabaco.

Trataron de sortear la vorágine emocional que se arremolinaba a su alrededor. Interpretaron roles, jugando unas veces a ser duros, otras a mostrarse displicentes y aún otras a ser agresivamente coquetos. El alcohol fue su punto de apoyo para aquel terrible teatro.

Llegó el cuarto martini; dos aceitunas verdes atravesadas por un palillo coronaban las copas. Él cogió el palillo y se metió una de las aceitunas en la boca. Cuando los ojos de ella se toparon con los suyos, una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo, envalentonándole del todo; estrechó a Caroline y le transfirió la aceituna a la boca,

casi escupiéndola. Ella se apartó por unos instantes, porque aquello no le había sentado como habría debido, como esperaba; más bien había resultado desagradable, asqueroso incluso.

Siento algo muy fuerte por Danny, pero…

Skinner se maldijo interiormente por lo inapropiado de aquel gesto, mientras sentía cómo entre ambos se abría un terrible abismo.

No pierdas la cabeza, Skinner, puto pringao…, joder…, conserva la calma. Venga, ha sido una mala idea, pero no un desastre.

Se conformó con mirarla mientras permanecían sentados en los taburetes. En apariencia, estaban relajados y cómodos el uno con el otro, pero presentían que en cuanto atravesasen una barrera sexual saldrían correteando como roedores con los nervios a flor de piel. La cosa tendría que ir lenta de verdad, concluyó Skinner, juntando con tiento sus palmas con las de ella. «Son casi tan grandes como las mías», dijo él, maravillado ante la fluidez y luminosidad de aquellos ojos.

Me pregunto cómo se le pondrán cuando hagamos el amor, si en el momento clave se le quedarán en blanco tras los párpados, con ese efecto etéreo, sepulcral, pero no por ello menos excitante que exhiben algunas mujeres —y quién sabe si también algunos hombres— cuando alcanzan el orgasmo.

Danny Skinner seguía siendo lo bastante joven para no darse cuenta de que su vanidad podía, en ocasiones, sobrepasar su grado de sofisticación. Había estado sin beber el tiempo suficiente para olvidar que eso era algo que podía pasar muy fácilmente cuando había alcohol de por medio. Y aunque Caroline Kibby fuese una mujer más joven, seguía siendo una mujer, y además una mujer intrínsecamente madura, a la que las circunstancias habían obligado a quemar etapas con rapidez. Y mientras bajaban por Victoria Street, Caroline tuvo la sensación de que entre los dos fallaba algo fundamental.

Había sido idea de Skinner ir a ver a los Old Boys. Entraron en el local tambaleándose, muy borrachos, pero ansiosos por desprenderse de sus inhibiciones por medio de una dosis aún mayor de alcohol y de música. No daba crédito al público: estaba compuesto por montones de antiguos punks, la mayoría de ellos coetáneos de su madre. Algunos seguían vistiendo como lo habían hecho veinticinco años antes, en tanto que otros iban bastante elegantes y parecían integrados.

El espacio era austero, y Skinner y Caroline se ocultaron junto a un pilar al fondo de la casa, cerca de la barra, cuando el grupo hizo su aparición entre frenéticos aplausos.

Es el público el que parece compuesto por viejos. Incluso los tíos chupados que habían conservado sus estúpidos peinados no se daban cuenta de que tenían un aspecto prehistórico y ridículo con sus trapos punkis, de esa forma que los viejos son incapaces de pillar. La vieja decía que ellos también solían reírse de los viejos Teddy Boys, ¡pero aquellos hipócritas cabrones de mierda antisexistas, antirracistas y antiedadistas se reían tanto de su edad como de su vestimenta!

Lo bueno del grupo, sin embargo, es que al menos ellos no han envejecido de forma palpable. Entonces parecían unos vejestorios, y ahora es lo que son. Chrissie Fotheringham da una imagen de conducta tranqui a la batería, con su pañuelo en la cabeza, el sobretodo, los mitones de lana y las gafas de la Seguridad Social, pero tiene una década larga menos que los demás. El cantante, Wes Pilton, es la estrella, y desata al público con «The War Years»:

Days of glory, days of hope
Days without porn and dope
Of discipline by birch and rope
Those were the war years.

Days when we lived without fear
No rampaging yobs on beer
The beat bobby would clip your ear
Back in the war years.[29]

Pilton se acercó desfilando hasta la parte de delante del escenario y se agachó para interpretar con voz suave el estribillo:

Britain stood alone
Fought against the foe
People shed their tears
For those killed in those years.[30]

Se levantó de un salto, de forma muy enérgica, pensó Skinner, antes de volver a una onda punk mordaz y gruñona con la estrofa:

Now our country's breaking down
Lawless thugs in every town
National service would straighten those clowns
Just like the war years.[31]

Después de una reverencia, Pilton dedicó un saludo militar al público. «Mis palomas han muerto», declaró entre los vítores y las carcajadas del público, «pero nosotros seguimos aquí, bueno, la mayoría. Este tema se lo dedicamos a los que ya no están aquí, nuestros antiguos baterías Donnie y Martin». Y guiñó el ojo mientras el grupo se lanzaba a interpretar «A Penny From the Poor Box».

Skinner se acercó a la barra para pedir algunas bebidas más, donde vio bamboleándose a Sandy Cunningham-Blyth, totalmente aturdido por el alcohol. Se fijó en que hasta los punks veteranos de la línea más dura lo rehuían. El curtido chef era el más entrado en años de los presentes, y Skinner le miró a los ojos, pero Cunningham-Blyth ni le reconoció.

Cuando regresó con un par de rones con Coca-Cola en sendos vasos de plástico, encontró a Caroline sudando y con el delineador de ojos corrido. Estaba consternada por la nula melodiosidad del grupo. «No parece que esto sea lo tuyo, Danny», le gritó

al oído.

«No, sólo estoy buscando a mi viejo».

«¿A tu padre? ¿Dónde está?».

«Yo qué cojones sé. Probablemente sobre el escenario», dijo Skinner, y eso fue lo que Caroline creyó haber oído, aunque al recapacitar llegó a la conclusión de que no podía ser. Quizá le hubiese entendido mal, con tanto estruendo y tantas capas de alcohol amortiguándole los sentidos.

37. Primera copa

La enfermedad. Había vuelto.

Llevaba su característico sello, aquel modo particular de hacer que se sintiera vil y sucio por dentro, sensación que se hacía extensiva también al resto del mundo, convirtiéndolo en un lugar repugnante, lleno de gente fría, insensible y desamorada. En su interior se desataban tormentas de miedo que flagelaban su cuerpo con oleadas de alto impacto. Pero esta vez, decidió, no iba a quedarse postrado en su habitación.

Así pues, Brian Kibby arrastró su pesada y temblorosa mole hasta el Centurion Bar de Corstorphine, en St John's Road. Nada más entrar se le vino encima un ambiente viciado y cargado de humo, aún más espeso que la niebla helada que acababa de dejar atrás. Esto, y la charla ruidosa y estentórea, casi le hicieron dar media vuelta, pero el nervioso joven se mantuvo firme mientras los ojos fatigados y calculadores de los bebedores empedernidos reparaban en él, clasificándole a ojo como uno de los suyos.

Pensando en lo justo que andaba de dinero, Kibby se aproximó con inquietud hasta la barra. Durante toda su vida juvenil había tenido un empleo, una escuela o un colegio al que acudir. Ahora no le quedaba nada más que aquello.

Todo ha desaparecido, incluso mamá y ahora… Caroline. ¡Las ha hechizado!

Al llegar a la barra vaciló sólo un instante o dos antes de pedir: «Una pinta de rubia y un whisky doble, por favor».

El camarero no le conocía, pero reconoció la complexión y el porte de un bebedor, y despachó la solicitud con parsimonia.

Sorbió el whisky, y estuvo a punto de darle una arcada al notar el ardor mareante y nauseabundo durante todo el trayecto desde la boca al vientre, pero tragó con fuerza y lo bajó con un poco de cerveza burbujeante, la cual apenas le resultó más agradable. Pero el segundo whisky le sentó mucho mejor, y el tercero ya le supo a néctar. Brian Kibby estaba en órbita. La cabeza le zumbaba y apretó con fuerza el vaso, hasta que le palidecieron los nudillos. Los dolores seguían ahí presentes, los notaba, pero no le dolían, el alcohol amortiguaba su viveza. Casi con horror, se sintió poseído por una ira despiadada. En el pasado aquel joven sereno había padecido ocasionalmente el acoso de tan espantosas emociones, pero nunca se había dejado llevar por ellas. Ahora, sin embargo, lleno de amargo resentimiento, Kibby experimentaba una gozosa sensación de liberación.

Caroline. Saliendo con él.

Su hermana estaba saliendo con Skinner. Aquella horrible imagen no se le iba de la cabeza. Durante muchísimo tiempo, sus cavilaciones habían estado dominadas por su aflicción solitaria; ahora las monopolizaba este nuevo horror, lo que hizo reflexionar malévolamente a Brian Kibby, una vez más, acerca de su rivalidad con

Danny Skinner.

Skinner. Las ha hechizado. La maldición…

Y por obra de la pureza e intensidad alquímicas de sus violentas reflexiones, algo, una verdad profunda y extraña, comenzó a abrirse paso hasta acceder al meollo de su psique.

¡Ha sido Skinner!

¡Él me ha hecho esto!

Sabía que era irracional, pero por extraño que pareciera, tanto más potente, profundo e importante por ello mismo. Sí, se ratificó entusiastamente ante su propia conciencia, había sido Skinner.

SKINNER…

Y quizá, en algún lugar de su fuero interno, Brian Kibby siempre lo había creído así. De algún modo sin especificar, a un nivel puramente emocional e intuitivo, siempre había sospechado que Danny Skinner tenía algo que ver con su terrible castigo. Había observado cómo Skinner le miraba, estudiándole de aquella forma tan desconcertante, con una expresión petulante que aparentaba comprenderlo todo. En cierto momento llegó a pensar que quizá Skinner estuviera envenenándole. Hubo un tiempo en que no comía ni bebía nada con lo que Skinner podría haber estado en contacto o alterado. Pero no había servido de nada: aquello no interrumpió su declive. Y, no obstante, una parte de él seguía estando convencida de que el responsable era Skinner.

¡Había sido Skinner!

Y ahora Caroline está saliendo con él y mi madre está encantada. ¡Está tan contenta que no para de hablar de ello, como una niñata atontada! ¡Y ahora Skinner va a venir a cenar a casa, el miércoles que viene! ¡Está tomando el poder, tratando de entrar a formar parte de la familia!

Sólo el gesto de pedir otra ronda pudo interrumpir las rencorosas cavilaciones de Kibby. «Lo mismo de antes», le dijo al camarero en un tono brusco y airado, arrastrando las palabras.

No reparó lo más mínimo en las cejas enarcadas de éste, y sólo se fijó en que las manos del camarero se acercaban al anaquel de las bebidas. Interiormente, tenía el cráneo consumido por el ardor del whisky y las fantasías de violencia contra Skinner.

Me gustaría ver a ese… hijo de puta… machacado, pateado y pisoteado…

En ese momento, el hilo de sus reflexiones se estrelló tan súbitamente contra una sucesión de barreras psíquicas que Kibby tembló de forma espasmódica con la fuerza de la revelación. Se dio cuenta de que Skinner ya había recibido una paliza, una paliza tremenda, y que había salido en la prensa.

El fútbol. ¡Y después no tenía ni una marca!

En los pisos adyacentes —dientes solitarios e irregulares en el seno de una boca

grande, oscura y cavernosa— seguía habiendo ventanas iluminadas con una luz amarilla sucia. Mientras sus ojos entreabiertos enfocaban lentamente y a tientas entre un repetitivo palpitar que no abandonaba su cabeza, Skinner apenas pudo discernir los variados matices de negrura en torno a los que había aprendido a orientar el rumbo de su vida. Con las manos temblorosas escarbando entre las cenicientas colillas del cenicero de McEwan’s Export situado junto a la cama, desmigajando y quebrando hebras de tabaco sin quemar para liarlas en un papel, meditó sobre aquellas largas horas de oscuridad, que parecían extenderse hasta el infinito.

El alcohol, consideró mientras se llevaba el pitillo a los labios, era el único mecanismo por medio del cual podía evitar que aquella negrura omniabarcante le abrumase. A primeras horas de la mañana, sólo la ebriedad de la noche anterior le permitía seguir durmiendo y evitar levantarse para ir a trabajar, saliendo a la superficie de aquella oscuridad fría, mordaz y sombría. Y las únicas ocasiones en que podía escapar del trabajo antes de que cuajase en torno a él la penumbra incipiente del final de la tarde, era cuando su necesidad de echar un trago le inducía a escabullirse temprano.

¿Qué otra cosa había en aquella ciudad lúgubre y húmeda?, pensó con sarcasmo, notando el rancio humo de tabaco en los pulmones. El clima nivelaba a todos sus habitantes hasta reducirlos al nivel de unos borrachines deprimidos, encorvados y ceñudos, acurrucados bajo un sofocante manto de negrura. ¿Dónde había lugar para una tregua? ¿Dónde había espacio para reírse de forma estentórea y amistosa y —si uno estaba de suerte— para la cálida y acogedora sonrisa de una muchacha bonita? Todo aquello se encontraba bajo un mismo techo, manchado de nicotina y empapado en alcohol. El lugar donde hasta la burla desdeñosa de un adversario te permitía saber al menos que seguías vivo: todo transcurría en el pub.

Hacía mucho tiempo que no había estado en un lugar semejante. Pero Danny Skinner acababa de despertarse con una sensación que no había conocido en siglos: enfermo, exhausto, tembloroso, cansado y desastrado. Percibía físicamente su influencia, degenerativa y corruptora. Debía tratarse de un virus. Pero no, para todo eso contaba con Brian Kibby, ¿no?

Apartó de sí el edredón y dejó que el aire se llevase las pestilentes emanaciones de su cuerpo corrompido por el alcohol. Notó un repentino estremecimiento en la parte inferior de la espalda cuando, como en una vieja película de Hollywood, la imagen de un Brian Kibby postrado por la enfermedad le pasó brevemente por la mente, como el flash de un fotógrafo policial en el lugar del crimen.

No…, no me jodas…

¿Significaría que Brian Kibby había desaparecido por fin…? ¿Que estaba tan muerto como la mañana que hacía en el exterior? ¿Que su cuerpo sobrecargado y su psique torturada habían cedido por fin a la tensión y la vida se le había escapado…?

No… ¡calma!… sin duda Caroline o Joyce habrían telefoneado para contármelo.

Apagando el cigarrillo, Skinner aspiró una bocanada de aire enrarecido y gélido

por una boca llena de un sabor amargo y asqueroso. Puesto que tenía la garganta en carne viva, aquello le produjo una sensación de quemazón, además de provocarle una arcada en el estómago, muy revuelto. Después, al ponérsele el pulso en movimiento, tocando algún resorte, abriendo las glándulas que le anegaron en sudor, de pronto tuvo un violento y aterrador acceso de lucidez.

Kibby. Ese taimado cabroncete está… contraatacando.

En efecto, Danny Skinner tenía resaca. Así pues, ¿acaso los poderes eran de naturaleza recíproca? Se palpó los músculos del brazo, cansados pero todavía fuertes. Se habían desarrollado mucho en los tiempos en que Kibby se machacaba en el gimnasio. Él se había limitado a reírse y quitarle importancia, atribuyéndolo a algo propio de la edad. Pero no, ¡lejos de ser un ejercicio vano, Brian Kibby había estado fortaleciendo a Danny Skinner! ¡Ahora Kibby andaba bebiendo y era él el que lo padecía! Sólo aquello cuadraba perversamente con el estado en que se encontraba, y Skinner hubo de reconocer que aquello decía mucho de la sobriedad mojigata de Kibby. Un hombre de menos valía se habría dado a la bebida mucho tiempo antes.

Recorriendo el Walk a bandazos hasta llegar al centro, Skinner se sentó en el cibercafé de Rose Street, redactando correos, pugnando por hacer caso omiso de los sórdidos demonios que atormentaban su cerebro y su cuerpo, tratando en ocasiones, por medio de su estado, de calibrar cuánto había bebido Kibby.

Fue inútil. Fue incapaz de escribirle a Dorothy. Skinner se encontró en la vieja posición en la que tan a menudo se había encontrado en el trabajo: escurriendo el bulto, eludiendo las tareas por el simple hecho de que su yo nervioso y resacoso carecía de la firmeza mental para concentrarse y lidiar siquiera con las menores interacciones sociales. Pedir cambio para la máquina cuando se le agotó el tiempo de conexión era demasiado agobiante. Y antes había estado haciendo lo que habría hecho en el ayuntamiento: pasarse el día haciendo recortes de prensa, recogiendo tazas de café humeantes y llevándolas de una mesa a otra. Por encima de la sensación general de sordidez, una emoción llegó a predominar sobre las restantes: *si lo que Kibby quiere es guerra, la tendrá*.

Fortalecido por el espíritu combativo, Skinner se marchó del café y atravesó el North Bridge para lanzarse sobre los pubs de la Milla Real. Cuando salió del primero de ellos, ya resultaba difícil distinguir dónde comenzaba la línea del incipiente horizonte nocturno de las casas de vecinos de aspecto medieval perfiladas contra éste que poblaban la calle.

Más tarde, aquella misma noche, al salir de la última taberna, empapado en alcohol, levantó la vista, fijándose en la veleta de la aguja de una iglesia, que dividía la luna en varios fragmentos. Contemplando el cielo, vacío y luminoso, cuyas nubes suministraban un trasfondo gótico tan rico al campanario escalonado, Skinner imaginó que entre los pliegues de éste podían ocultarse fuerzas diabólicas de toda clase y magnitud. A medida que iba descendiendo por la Milla Real desde el castillo hasta el palacio, los taconazos de sus zapatos de cuero reforzados resonaban sobre los

fríos adoquines azulados y el vaho de su aliento se congelaba delante de él. En ocasiones se detenía a la entrada de una calle sin salida para tomarle el pulso vital a la ciudad a la hora del cierre, y se sentía extrañamente reconfortado si espiaba a una pareja echando un polvo en un rincón, a un borrachín vomitando o a unos jovencitos propinándole a un desconocido una paliza sin sentido.

Mientras saboreaba su embriaguez y pensaba en la botella de Johnnie Walker que tenía en casa, la sonrisa de Skinner se fue ampliando hasta rivalizar con el mismo ancho de la calle. Volvía a estar en su terreno.

¡Si Kibby quiere bulla, entonces a ver si el puto memo tiene lo que hay que tener!

Ya estaba deseando que llegase el momento de su inminente visita al domicilio de los Kibby. Cuánto iba a disfrutar de ese pequeño enfrentamiento, pensó, riéndose socarronamente para sus adentros, mientras danzaba entre la sombra proyectada por una luna fría, luminosa y plateada.

Brian Kibby necesitaba una copa. Había estado sentado ante el ordenador en su dormitorio. Pese al dolor que sentía, empapándole en sudor, había logrado enchufar el portátil. Esta vez, sin embargo, no abrió *Harvest Moon* ni ningún otro video-juego. Fue directamente *on-line*, a www.thescotsman.co.uk, encontró la sección del *Evening News* y buscó a Skinner. Y acabó por encontrar lo que buscaba: la vez, unos meses antes, en que llevaron a Daniel Skinner al hospital después del partido Hibs-Aberdeen. Había tomado parte en una reyerta, dijeron, y sufrió «heridas graves». Pero aquel lunes por la mañana, la misma mañana en que Brian Kibby amaneció en Newcastle, después de la convención, con el aspecto y la sensación de haber sido atropellado por un camión, Skinner no presentaba ni un rasguño.

Kibby se estremeció al ojear el artículo.

No puede ser…, es imposible…, pero de algún modo tiene que tratarse de Skinner. ¡De algún modo Skinner está al tanto! ¡Me ha lanzado una puta maldición!

Salió de casa y se encaminó hacia el Centurion Bar. Todos aquellos años y jamás había puesto el pie en aquel lugar. Ahora ya era para él su refugio, como hasta entonces lo había sido el desván.

«¿Curando la resaca, eh?», le dijo con una sonrisa Raymond Galt, mientras le servía a Kibby otro whisky doble.

«Sí», respondió Kibby farfullando bruscamente, de un modo que recordaba a otra persona, con la mente absorta por vez primera en el dilema del bebedor. Ayudaba, aliviaba el dolor aunque sólo fuera por un rato. Sin embargo, cuando toda la vida era dolor, cualquier tregua, por breve que fuera, merecía ser abrazada. Y ahora necesitaba *realmente* una copa; Skinner iba a su casa, a cenar.

Estaba saliendo con Caroline. ¿Se habría acostado ella…?

¡NO!

Kibby apuró el chupito y luego apuró unos cuantos más, antes de salir

tambaleándose del bar y llegar a la calle, donde estuvo a punto de chocar con una mujer que iba paseando a un niño en un carrito. Se disculpó, arrastrando extrañamente las palabras, mientras la mujer le fulminaba con una fugaz mirada de ira y de desprecio. Pero muy pronto volvió a encontrarse en el exclusivo dominio del asco que él mismo sentía por su persona, al dirigirse a casa entre la menguante luz de la tarde, parando en la tienda de vinos y licores para comprar más whisky.

Digo yo que Caroline no se estará acostando con Skinner…

Kibby notó el efecto del whisky en la cabeza y, en un flash-back burlón, oyó mentalmente los comentarios desdeñosos de Skinner, contándole a todos los presentes en el refectorio universitario historias acerca de las «tordas» que se había tirado…

… a la tal Kay, que era un encanto, la trató como una mierda… Shannon… ¿Qué son ellas para él? Sólo son depósitos de semen desechables…, seguro que hasta les pone puntuaciones del uno al diez…

Amargado, Brian Kibby fue bajando resueltamente por la colina, tambaleándose unas veces y haciendo eses otras, hasta llegar a la urbanización donde vivía. A escasa distancia de su hogar se quedó sin aliento y tuvo que pararse a descansar. Se encontraba junto a unos columpios en los que jugaban varios niños supervisados por algunos adultos. Kibby se quedó allí parado, jadeando y mirando al vacío. Uno de los adultos, el único varón presente, un tipo fibroso de unos treinta y pico años, dio un par de pasos hacia él. «¡Tú!», le gritó a Kibby, indicando la calzada con el pulgar, «¡circula!».

«¿Qué?», preguntó Kibby, desconcertado al principio, y luego, al percatarse de lo injusto de la situación, casi desasosegado.

Kibby estaba asustado. Sobreponiéndose a sus dificultades respiratorias, reemprendió la marcha. No era aquel hombre el que le daba miedo —su propia ira era ya demasiado grande—, lo que le asustaba era que le etiquetasen de pervertido, desacreditando así a su madre y hermana entre la gente del barrio.

Quizá sea un pervertido… haciéndome pajas de esa forma, como un animal, como un asqueroso… ¿Cuánto tiempo pasará antes de que empiece a andar por ahí metiéndoles mano a los críos…? No…

Cuando Kibby llegó a casa, allí no había nadie. Lo más probable era que su madre estuviese de compras. Subió arriba como pudo y guardó la botella de whisky debajo de la cama. Bajando de nuevo las escaleras, medio se desplomó, medio tendió su voluminoso cuerpo en el sofá. Al cabo de un rato, escuchó el ruido de una llave girando en la cerradura, sonido que nunca le había molestado antes, pero que ahora era una gran fuente de sufrimiento. Tendría que engrasar la cerradura.

Papá habría…

Kibby se encontraba en el sofá, sudando, respirando con dificultad y poca profundidad, atormentado por no haberse tomado sólo un whisky más y tentado de subir las escaleras y hacer eso mismo; sin embargo, le abrumaban los remordimientos

de conciencia y le preocupaba que Joyce lo oliese de inmediato en su aliento. Y, sin embargo, al abrirse la puerta no pudo evitar que en su rostro apareciera una mueca desafiante y beligerante.

Pero no era Joyce, sino Caroline. Recordó que ésta había dicho que iba a ayudar a su madre con la comida antes de que llegara Skinner. Brian Kibby se sintió más animado. Era la primera vez en siglos que estaba a solas con su hermana. ¡Ahora era el momento de contarle a su hermana cómo era Skinner en realidad, antes de que éste la destruyese, como había hecho con él!

«Caroline», la saludó, casi sin aliento.

Caroline Kibby captó el tufillo a alcohol que desprendía su hermano. Se fijó en sus mejillas, más ásperas, más secas y más coloradas de lo habitual. «¿Te encuentras bien?».

«Sí…, me alegro de verte», respondió Kibby, sorbiéndose la nariz, momentáneamente contrito, hasta que el acicate del alcohol que llevaba en el cerebro dio paso a una sonrisita especulativa. «¿Qué tal por la facultad?», dijo, con sombría exageración, en un intento de afianzar su posición.

Es como si la habitación diera vueltas, pero en realidad no está tan mal…, ¿qué más dará?

«Un poco pesada», le informó Caroline encogiéndose de hombros, reconfortada de forma instantánea al comprobar que las viejas inquietudes de su hermano seguían intactas. Despistada y distraída, se sentó en el gran sillón, hecha un ovillo, cogiendo el mando a distancia y encendiendo la tele. El botón de silencio estaba puesto y el locutor movía los labios con silenciosa sinceridad mientras aparecían secuencias de mujeres y niños de Oriente Medio llorando entre montones de escombros. La siguiente imagen mostraba a un soldado estadounidense armado hasta los dientes. Después pasaba a un George Bush de aspecto distante y estreñido y por último a un Tony Blair de sonrisita estúpida, rodeado por muchos tipos trajeados, en una especie de recepción.

Kibby sintió sublevarse algo en su interior, a pesar de sus carnes deslavazadas y abotargadas, por encima de los metros de espacio embotado que parecían interponerse entre cada célula, cada neurona.

Consiguen que otra gente haga las cosas en su lugar. Tienen el dinero, el poder y viven para satisfacer sus caprichos y su vanidad. Pero no son ellos, ni sus hijos e hijas los que tienen que ir a luchar, a matar, morir o ser heridos para satisfacer ese engreimiento. Son los que no tienen nada, los que no pueden devolver el golpe, los que han nacido dóciles… y puedes ver miles de Harry Potters o Steven Spielbergs o Mary-Kate y Ashleys y Britneys y Grandes Hermanos y Bridget Jones y olvidarte de todo ello aspirando a ser el siguiente jefe de sección del ayuntamiento…, olvidar que no tienes poder, que eres un meteco, un esclavo, esclavo de los hijos de puta asesinos, egotistas, beatos y mojigatos estos y del mundo que han creado, tan egoísta, cobarde y vanidoso como ellos…, como Skinner…, consiguen que otra gente apechugue con

la mierda que engendra su propia y retorcida vanidad…

Entonces la distancia se cerró de pronto y una fuerza restalló y crepitó en los intervalos mientras la cabeza de Kibby traqueteaba.

Ahí tenemos a Caroline, mi hermana, parte integral de esta decadencia perezosa y displicente, echando a perder sus oportunidades, cuando mi padre se pasó la vida dejándose la piel y pasando privaciones para asegurarse de que las tuviera…

«Siempre te gustó la facultad…», protestó él.

Caroline sacudió rápidamente la cabeza y la mata de cabello rubio cayó, se agitó y regresó a su sitio como electrizado. Sólo un par de hebras quedaron fuera de sitio. «Sí que me gusta, pero a veces me pone de los nervios. No hacemos más que currar, currar y currar», dijo ella, encogiéndose de hombros y adoptando una expresión entre especulativa y traviesa: «Es sólo que a veces necesito que me mimen un poquito», adujo con una sonrisa.

«Y ahí es donde entra *él*, ¿no?».

Caroline miró fijamente a su hermano, como nunca antes le había mirado, torciendo el gesto; de forma instantánea, Brian Kibby se vio a sí mismo través de sus ojos. Lo que vio era un monstruo: un fracasado obeso, lamentable y posesivo, que arrastraba tras de sí, cual baba de caracol, una ruina de vida.

Allí fuera, junto al parque, me tomaron por un cochino pederasta.

En ese momento, Kibby sintió cómo sus traicioneros poros vertían otro chorro de sudor helado y tóxico.

Pero Caroline no. Caz no. Hermanita.

Qué unidos habían estado; de un modo silencioso, poco expresivo y sobrio. Y entonces, en ocasiones, un sentimiento asqueante los agobiaba a ambos hasta hacer algún que otro gesto que a ambos mortificaba: qué escocesamente unidos habían estado en tiempos.

Caroline. Hermanita.

Desde el punto de vista de Brian Kibby, lo único que él podía hacer era mirar fijamente a su hermana mientras ella apartaba la vista y se concentraba diligentemente en el televisor. Mientras las tropas norteamericanas se preparaban para asaltar Fallujah de cara a las presidenciales, el telediario desvelaba que habían muerto más de cien mil iraquíes como consecuencia de las actividades de la coalición. Le apetecía hablar de aquello con ella; habitualmente nunca hablaban de política porque él siempre había considerado que era una distracción y que la gente debería sentirse contenta con su suerte en lugar de protestar o de andar siempre tratando de cambiar las cosas. Se había equivocado, sin embargo; quiso decirle que él se había equivocado y que ella tenía razón.

Pero era consciente de que no podía tender un puente, conectar con ella, porque su odio por Skinner tenía vida propia; iba más allá del intelecto y de la razón. Forjaba cada una de sus muecas, modulaba cada una de sus frases; de hecho, determinaba todas las posibles respuestas. Era una entidad a la que era incapaz de enfrentarse. Y

antes de que fuera consciente de ello, aquella fuerza habló por él y a través de él. «Es malvado…, es…», gimoteó sin resuello.

Caroline volvió a escrutar a Brian, y a continuación meneó lentamente la cabeza.

Finalmente ha perdido el juicio.

Como familia hemos pasado muchísimo y ahora ha acabado por pasarnos factura. Cuánto me alegro de no vivir ya en esta casa de locos, en este crisol de miedo y de pérdida; de haber soltado por fin las amarras y navegar yo sola. Dios mío, ¿qué pensará Danny de ellos? ¿Qué pensará de mí? Menos mal que es tan comprensivo, tan capaz de empatizar con el dolor ajeno.

«Estás enfermo, Brian», concluyó Caroline con deliberada indiferencia. «Lo único que Danny ha hecho es intentar ayudarte, tratar de ser tu amigo. Fue Danny el que hizo que te guardasen el empleo durante tanto tiempo, y sólo porque sabía que lo necesitabas. Que nosotros lo necesitábamos», dijo ella, animándose a medida que iba entrando en materia. «¡Porque ésa es la clase de persona que es!».

«¡Qué sabrás tú! ¡No sabes qué clase de persona es!», chilló Brian Kibby, lleno de furia y de terror.

El rostro de Caroline se crispó hasta convertirse en una parodia diabólica de sí mismo. Kibby la había visto de mal humor, desde los mohines que hacía cuando era bebé hasta los berrinches de la adolescencia, pero jamás habría imaginado que su hermosa y serena hermana pudiese llegar a tener un aspecto tan grotesco. «¡No lo soporto, Brian! ¡No soporto esos pueriles celos que tienes de Danny!».

«¡Es que no es como tú crees!», gimió Kibby, levantando la vista hacia el techo, como si buscase una confirmación enviada por el cielo.

Pero no llegó ninguna, y, mientras tanto, Caroline se arrancaba los pellejos. De repente se detuvo. Tenía que dejar de hacer aquello. «Conozco a Danny, Brian. Ya sé que le gusta salir y pasárselo bien. Y es popular. Así que la gente se pone celosa y empieza a inventarse tonterías».

A Brian Kibby se le aceleró el pulso y sus conductos sudoríparos volvieron a chorrear. Al percibir de nuevo el horrible tufo rancio que despedía se estremeció. Skinner volvía a hacérselo, atacándole, debilitándole de algún modo. «Te está utilizando, Caz, sólo te está utilizando…».

Caroline fulminó con la mirada a su hermano: «He tenido un par de relaciones serias, Brian. De esas cosas sé algo. No pretendas darme lecciones al respecto», saltó ella, con aversión manifiesta. No hacía falta que añadiera nada acerca de la evidente inexperiencia de Kibby en materia emocional o carnal; aquello estaba implícito. «Y no se te ocurra montar un numerito esta noche», le advirtió, bajando la voz y frunciendo el ceño. «Si no eres capaz de comportarte decentemente con Danny o conmigo, al menos piensa en mamá».

«Es él el que carece de toda decen…».

«¡Cállate!», bufó Caroline, indicando con la cabeza la puerta mientras la llave de Joyce giraba en la cerradura.

Joyce Kibby depositó dos grandes bolsas de la compra en el vestíbulo y abrió la puerta del cuarto de estar, donde vio a sus dos hijos juntos delante del televisor. Como en los viejos tiempos.

Danny Skinner llegó poco después, con una botella de burdeos de calidad que había comprado en Valvona & Crolla, y unas flores con las que obsequió a Joyce Kibby, quien le dio una bienvenida poco menos que orgásmica.

Era la tercera vez que Skinner visitaba la casa, aunque en las dos primeras ocasiones se trató de visitas breves y aquélla era la primera vez que ponía los pies en el cuarto de estar propiamente dicho. Se empapó de lo que le rodeaba. El mobiliario era viejo pero impoluto, lo que le confirmaba algo que habría podido dar por sentado: que los Kibby no eran proclives a derrochar el dinero en lujos ni propensos a celebrar fiestas desenfrenadas. La habitación estaba dominada por un gran tresillo estampado, un poco grande para el tamaño de ésta, lo que le daba cierta sensación de estrechez.

La impresión predominante, sin embargo, era que aquélla era una casa habitada por fantasmas, el más prominente de los cuales, no obstante, no era el del padre de Kibby. La mayoría de las fotos de éste estaban descoloridas, ya que fueron tomadas en una época en la que las copias eran de escasa calidad. No, se trataba del fantasma del Kibby de antaño. A Skinner los retratos del joven, desgarbado, entusiasta y muy detestado Kibby se le antojaron ubicuos.

¿De veras tuvo alguna vez ese aspecto?

Lanzándole una mirada de soslayo a su adusto y abotargado adversario, que acababa de entrar en la habitación jadeando y mirando al invitado como si el único propósito de su visita fuera aligerar a la familia de su cubertería de plata, volvió a contemplar el retrato. Infundido por una sensación de inquietud, Skinner apenas logró reemplazarla por una débil sonrisa.

Joyce había preparado muy bien la mesa del cuarto de estar, sobre la cual descansaba una botella de vino. A continuación colocó junto a ésta la que había traído Danny. Kibby, cuyo porte alternaba entre agresivo y sombrío, se sobresaltó ante semejante falta de frugalidad, antes de que la perspectiva de echar un trago para aliviar su dolor le animase rápidamente.

«Sé que no deberíamos», dijo Joyce, lanzando una mirada furtiva al retrato de su difunto marido, «pero es lo que a veces dices tú, Brian, un poco de lo que te apetece no te hará ningún mal. Quiero decir, con la cena…».

«Sí». Kibby escupió entre dientes su aval.

«Brindaré por eso», le secundó Skinner.

«Y yo», dijo Kibby de forma lenta y deliberada.

«Brian…», le rogó Joyce.

«Una copita no me hará daño. Tengo un hígado nuevo», dijo, levantándose el jersey para mostrar la gran cicatriz que salía y entraba de sus michelines, y fascinaba a Skinner. «Borrón y cuenta nueva», añadió en tono amenazador.

«¡Brian!». Por un instante a Joyce, horrorizada, se le desorbitaron los ojos, pero le

alivió ver que su hijo bajaba rápidamente el jersey. A pesar de sus espasmos de nerviosismo, logró llenar las copas mientras Caroline contemplaba la escena, evidentemente muy incómoda, y apenas aplacada por la indulgencia con que Skinner le apretaba la mano.

Se sentaron a la mesa. Pese a que la cena —la pasta a la carbonara de Joyce— resultara sosa para el paladar cultivado de Skinner, éste se esforzó por emitir los comentarios positivos de rigor. «Está muy bueno, Joyce. Bri, Caroline, vuestra madre está hecha una excelente cocinera».

«Seguro que la tuya también lo es, Danny», canturreó Joyce en tono complaciente.

Aquí Skinner tuvo que pensarse la respuesta. Sabía que hasta él era mejor cocinero de lo que su madre había sido jamás. Era una simple cuestión de disponibilidad de diferentes ingredientes y de conocimientos más exhaustivos acerca de la comida; una cuestión generacional. «Tiene sus momentos de inspiración», dijo, pensando en Beverly con cierto remordimiento.

La sensación de inquietud que pendía sobre la mesa fue quebrada por el vino, dando paso a una irritación primero nerviosa y luego marcadamente hostil por parte de Kibby.

«No te fue demasiado bien en Estados Unidos, ¿eh, Danny?».

Skinner se negó a entrar al trapo. «Qué va, me encantó, Bri. Tenía previsto volver. Pero…», y se volvió hacia Caroline con una sonrisa, «ya sabes cómo son las cosas».

Aquella respuesta dejó a Kibby hirviendo de indignación silenciosa. Tardó un par de minutos largos en decidirse a atacar de nuevo. Cambiando de táctica, preguntó de forma harto malintencionada: «Oye, Danny, ¿y qué tal le va a Shannon?», alentado de ver que Caroline miraba a Danny con expresión inquisitiva.

«Muy bien…, aunque apenas nos hemos visto». Pensó en Dessie Kinghorn. «Es obvio, yo estaba en Estados Unidos».

«Shannon trabaja o, mejor dicho, trabajaba con nosotros», declaró Kibby con malicia apenas velada.

«Así es», corroboró Joyce de forma tensa. «Hablé con ella por teléfono unas cuantas veces cuando estabas en el hospital. Parece una chica muy agradable».

«Danny y ella estuvieron muy unidos, ¿no es cierto, Danny?».

Skinner miró a Kibby sin inmutarse. «Corrígeme si me equivoco, Brian, pero ¿no pasabais Shannon y tú mucho tiempo juntos? ¿No solíais salir a comer juntos de forma asidua?».

«Sólo en la cantina…, era una compañera…».

«Siempre fuiste de los que las mata callando, Bri», dijo Danny Skinner, guiñándole un ojo casi con afecto, sintiéndose con confianza suficiente para extender su sonrisa a Joyce y Caroline.

Kibby estaba tan frustrado y tan bebido que tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no le diera un soponcio.

Joyce apenas reparó en ello, tan feliz se sentía de ver ocupado de nuevo el puesto vacante en la mesa, durante tanto tiempo vacío. Pensaba que Danny Skinner era encantador, que tenía unos modales muy afables y muy dignos, y que él y Caroline hacían muy buena pareja.

Caroline Kibby se fijó en la masa resollante y sudorosa en la que se había convertido su hermano. Recordó la fuente de vergüenza que había sido para ella a lo largo de los años, siempre que traía a sus amistades del colegio o de la universidad a casa. Al menos antes Brian trataba de mostrarse amigable, aunque fuera de forma inepta, pero la irritación que le producía entonces no era nada comparada con la alteración que su comportamiento le provocaba. En aquellos ácidos comentarios y amargos apartes vio lo mucho que había cambiado su hermano.

A Skinner le resultó difícil dejar de recorrer con la vista la habitación; se sentía como un antropólogo que intentase determinar el tejido social de una tribu desconocida. Y, sin embargo, la proximidad de Brian Kibby le hacía sentirse incómodo. Resultaba desconcertante hallarse tan cerca de aquella masa de carne hedionda y temblorosa, y era él quien se resistía a establecer contacto visual con su viejo enemigo.

No era ésta tarea fácil, dada la omnipresencia de Kibby, sobre todo en aquella repisa de chimenea art déco de los años cincuenta, cubierta con tantos retratos suyos. Pese a que las pesadas cortinas de las ventanas apenas dejaban pasar la luz, como si reconocieran implícitamente que a Kibby se le apreciaba mejor en la penumbra, una de aquellas fotografías destacaba entre las demás y no dejaba de llamar la atención de Skinner. Una vez más, se trataba de un gran retrato del viejo Kibby; la delgadez cadavérica de su complexión contrastaba con unos ojos grandes y brillantes de luminosidad casi incomparable —a decir verdad, idénticos a los de Caroline en la actualidad— y los rasgos finos y delicados de su boca y nariz. El Kibby de la cosecha actual le sorprendió absorto en aquella imagen del pasado y le lanzó una mirada de desdén tan preclara que Skinner se preocupó primero y luego se avergonzó. Sentía punzadas de auténtico remordimiento cuando reflexionaba acerca de lo mal que en otros momentos se lo había hecho pasar a Kibby con su hostigamiento, reconociendo que había infligido considerable dolor incluso sin tener en cuenta el peculiar y devastador maleficio.

Desde luego, lo que tengo delante pertenece a otra puta especie que la del joven de la foto. ¡Es un monstruo de Frankenstein, y además creado de cabo a rabo por mi propio capricho! A veces, sin embargo, percibo la presencia de este otro Kibby, el jovenzano del que fui compañero de trabajo, con el que asistí a cursos y comía en el refectorio. El tío que se ruborizaba y tosía cuando me ponía a ligar con las chavalas de peluquería y secretariado, el infeliz al que mortificaba cuando narraba con toda tranquilidad los detalles explícitos de algún encuentro sexual, cosa que nunca me habría sentido tentado a hacer en la mayoría de compañías, pero que era incapaz de resistirme a hacer al ver el efecto que tenía sobre el pobre Kibby. Y, no obstante,

después me sentía tremendamente grosero, lo cual, a su vez, hacía que detestara a Kibby todavía más. Recuerdo lo que le dije una vez a Rab McKenzie acerca del joven Kibby: que le odio porque saca el matón que llevo dentro, porque despierta un lado de mi personalidad que me repugna y me asquea.

Rab —que su alma intrínsecamente minimalista descanse en paz— me hizo una sugerencia inmediata: «Pues pártele la boca».

Ojalá hubiera seguido el consejo del grandullón. Hice algo mucho peor: le partí el alma.

Skinner decidió dejar de contemplar la evocadora e inquietante fotografía y concentrarse en la realidad. Pese a todos los pequeños sobresaltos que los mordaces comentarios y miradas de Kibby provocaban en él, se trataba de irritaciones pasajeras que no hacían verdadera mella. En cambio, la gratitud de Joyce ante el aprecio que mostraba por la comida, y la sonrisa indulgente de Caroline, por no hablar del vino, estaban ejerciendo sobre él un efecto embriagador.

Tanto era así, que volvió a adoptar aquel estilo tan falso y tan repugnantemente maravilloso, al que se sabía, con tristeza agridulce, incapaz de resistirse. «¿Sabes una cosa, Bri? He oído decir que te echan mucho de menos en la oficina».

Brian Kibby levantó lentamente su gran cabeza de ojos saltones. Tenía la mandíbula desencajada, enmarcada por unos labios fláccidos y gomosos. No obstante, había en su mirada algo incongruente: un dolor resignado y embrutecido, situado mucho más allá de la ira. Skinner lo consideró como la última filtración de rebeldía indignada arrojada por la psique vencida de Kibby, vertida, gota a gota, en el fétido ambiente de la habitación circundante.

Desde luego, Caroline tenía que salir de aquel lugar, pensó Skinner, echándole un vistazo y sintiéndose como un caballero de resplandeciente armadura.

Kibby jadeaba con suavidad. Hasta la luz más tenue era una tortura para sus ojos. La más rutinaria eclosión de sonidos procedente del exterior le sobresaltaba, como un perro cuando le altera un pitido de alta frecuencia. El dulce aroma de las flores recién cortadas con las que Skinner había obsequiado a Joyce le asqueaba, en tanto que sus propios olores corporales le provocaban náuseas. Sumido en la malsana agudeza de sus sentidos, sólo los alimentos más sosos e insípidos le resultaban tolerables. Y allí estaba Danny Skinner, sentado a su mesa, torturándole como un diestro lidiando a un morlaco malherido y tambaleante. Y a cada lance, su propia madre y hermana chillaban «ole», alentando a aquel arrogante fullero. Aquello era demasiado para Brian Kibby. «Sí, claro, ya suponía que a estas alturas a lo mejor habrías encontrado a otro para hacer de blanco de tus gracias», le espetó.

«¡Brian!», exclamó Joyce, frunciendo la boca y mirando a Skinner con gesto compungido.

Pero Danny Skinner no hizo sino echar la cabeza hacia atrás y reírse ante aquella salida de tono. «No le hagas caso, Joyce, sólo es el viejo sentido del humor Brian Kibby que todos conocemos tan bien y que tanto amamos. Ya estamos todos

acostumbrados. ¡Mira que eres cascarrabias!».

Joyce soltó una oleada de risas empalagosas mientras Brian se estremecía de nuevo en aquel asiento duro e incómodo, notando cómo se le clavaba traicioneramente al desparramarse más allá de sus bordes.

Skinner está en mi casa, se folla a mi hermana, come en la mesa de mi madre, y el muy hijo de puta tiene la desfachatez de inventarse una camaradería ficticia que en el mejor de los casos sería un disparate falaz y en el peor un intento flagrante de negar una campaña sistemática de acoso y de abusos… y…

«Pues a mí me parece fuera de lugar, bilioso y repelente», protestó Caroline con desdén y mal humor.

Kibby la miró con el corazón lleno de pesar. Ella era una mujer madura, inteligente, vivaz, en la onda, y él…, bueno, nunca había podido, nunca se le había permitido hacerse hombre.

Pero a lo mejor ahora sí puedo.

Después de cenar, Brian Kibby se excusó, diciendo que estaba fatigado antes de retirarse a su habitación. Sacó de debajo de la cama una botella de whisky y se echó un lingotazo. El dorado elixir le abrasó las entrañas: el sabor era espeso, fuerte y desagradable. Le endurecía. Le volvía áspero, sórdido, arrogante y, quién sabe, quizá tan inmortal e intemporal como esas cualidades mismas.

38. Muso

La noche de la inauguración del bar-restaurante Muso, la más reciente aventura empresarial de Alan De Fretais, los triunfadores, los semitriunfadores y los gorrones sin escrúpulos de la ciudad se dieron cita en su precaria federación habitual. El propio De Fretais había llegado de un humor de perros, que sólo ahora comenzaba a aliviar un chablis excelente. Los albañiles le habían prometido que el local estaría listo para una inauguración triunfal en pleno Festival de Edimburgo, y había convocado a una legión de celebridades visitantes y a la prensa nacional. Ahora ya era bastante más tarde, en plena temporada baja otoñal, y De Fretais tenía que conformarse con los famosillos locales de quiero y no puedo; bullía de indignación, consciente de que sería precisa la esquiva tercera estrella de la guía Michelín para proporcionarle algo remotamente semejante a la cobertura que ansiaba. «Mi propio minipalacio de Holyrood», fue el mordaz comentario que le hizo a un corresponsal de ocio del *Daily Record*, el cual tenía tanta cara de desilusión como él.

Pero la uva afrutada, cuya personalidad característica se la daba el arcilloso terreno local de Kimmeridge, ya estaba ejerciendo su nada desdeñable embrujo sobre De Fretais. Éste no tardó en consolarse observando que había venido bastante gente para tratarse de aquella época del año, en la que muchos de los sibaritas de la ciudad aún andaban recuperándose del desgaste provocado por el festival o preparándose para la inminente pesadilla navideña.

Skinner llegó acompañado por Bob Foy, quien le había comunicado la buena nueva: el maestro cocinero había regresado de su excursión alemana. Habían disfrutado de un cóctel en Rick’s Bar, y por tanto se habían presentado con un respetable retraso de unos veinte minutos, aunque no tan tarde como para perderse la abundante oferta de priva gratuita. Su frágil sistema nervioso le decía que la noche anterior Brian Kibby se había echado al coleto unos cuantos chupitos clandestinos, y tuvo que tomarse una copa en condiciones para suavizar la resaca. Skinner casi había olvidado lo tóxico y debilitador que podía llegar a ser el alcohol. Al menos allí dentro había poca luz, reflexionó, agradecido por la tenue iluminación del local.

Ese cabroncete debe tener un alijo de priva en esa puta pocilga de dormitorio. Le encargaré a Caroline que lo busque… o incluso a Joyce. ¡Le pararé los pies a ese puto cretino! ¡El muy comemierda no sabe lo que hace ni tiene idea de lo peligroso que es!

La zona del bar, decorada de un modo más o menos minimalista, ofrecía un aspecto bastante impresionante. Aunque las paredes estaban pintadas en un azul claro muy poco inspirado, la vieja barra estaba cubierta por una bonita losa de mármol y el anaquel con las bebidas estaba hecho de paneles de roble. Un majestuoso suelo de madera lavada y una serie de focos halógenos empotrados completaban el aspecto del

conjunto.

Skinner echó un vistazo a los presentes y pensó: por ahora, una panda de sosos. No dejaba de mirar a las mujeres, tratando de no pensar en Dorothy, en San Francisco ni en Caroline, mucho más próxima. Sin éxito.

Lo que nos pasa a Caroline y a mí es marciano que te cagas. Sencillamente no conseguimos montárnoslo. Supongo que porque me recuerda a Kibby. En cuanto haya confinado a éste de nuevo a su lecho de enfermo para que no pueda perjudicarme, iré a saco; a su hermana me la cepillo por Escocia. Si la cosa se queda sólo en sexo, entonces vuelvo escopeteao a California. Pero primero necesito ponerme ciego, y este cagadero es un lugar tan bueno como cualquier otro para ponerse a gusto.

De todos modos, no me vendría mal echar un polvo. No hay señal de Graeme ni ninguno de los de esa banda. ¡A lo mejor un encule a pelo y a toda máquina le bajaba un poco los humos a Kibby!

Con los rítmicos sorbos del dipsómano empedernido, despachó rápidamente la primera copa de champán que le ofrecieron. Distraído por los golpecitos en el costado que alguien le estaba dando con el codo, se volvió para ver a Foy indicándole el techo, del que colgaban desde mucha altura una serie de instrumentos musicales. Había una guitarra eléctrica (a Skinner le pareció que podía ser una Les Paul de época), una gran arpa, un saxofón, un contrabajo y una batería, todos colocados a distancias bien medidas entre sí, como para que un grupo de músicos liberados de la gravedad pudiese flotar hasta ellos y empezar a tocar sin mayores preámbulos. Pero lo más impresionante e inverosímil de todo era un piano de cola blanco, suspendido a unos cuatro metros y medio sobre la barra, y sujeto al techo por cuatro cables que iban a parar a un único gancho enorme que, según supuso Skinner, tendría que estar atornillado a una de las vigas del tejado.

Skinner estaba impresionado a su pesar.

De repente una voz llegó a su oído desde tan cerca que podía notar el calor del aliento de su dueño. «Seguro que te estarás preguntando: ¿cómo habrán conseguido subir eso hasta ahí arriba?».

«Desde luego», reconoció ante su anfitrión, el maestro de cocina Alan De Fretais.

De Fretais mudó de semblante, dando paso a una sonrisa lánguida y aduladora. «La respuesta es: con gran esfuerzo». Lo dijo con expresión meditabunda, sacudiendo la cabeza ante su propio ingenio antes de perderse entre la multitud.

Imbécil, pensó Skinner, aunque sin verdadera hostilidad, siguiendo los meandros del deambular del chef. Sólo un mamón, y que además fuera puesto de coca hasta las cejas, podía encontrar graciosa semejante chorrada. Lo cual, en resumidas cuentas, era lo que opinaba de De Fretais. Seguro que un payaso de ese calibre no podía ser su viejo. Se le ocurrió que era así como hablaban entre sí los semidesconocidos en estos ambientes: aparentando profundidad e intimidad sin decir nada en realidad, pero haciéndolo con ese estilo de elevada formalidad perfeccionado por el Bond de

Connery. Y, por encima de todo, manteniendo un estricto control sobre cualquier información por trivial que fuera. Guardando secretos. *Como todos esos putos chefs*, pensó, mientras se desplazaba para circular y charlar con algunos rostros que le sonaban vagamente.

Había determinado con rapidez que aquélla era la clase de movida donde mirar por encima del hombro a los demás, lejos de considerarse de mal tono, era conducta obligada. Resultaba casi prestigioso mostrar lo mucho que uno se aburría en compañía de alguien conocido. La boca tenía que ir echando mano de los *stocks* de respuestas alojados en una región chispeante de la mente mientras los ojos sondeaban a fondo a los demás invitados para hallar interlocutores de más categoría.

La antiestética supervivencia clasista de los más mierdas.

Ahora él hacía lo mismo, pues aún seguía el rumbo de los movimientos de De Fretais. Vio cómo el obeso chef hablaba con Roger y Clarissa, y aprovechó la ocasión para acercarse a ellos a grandes zancadas. «Disculpadnos…», terció, saludando a los demás con un gesto de la cabeza. «Alan, ¿podríamos hablar un momento?».

«Pero si es nuestro joven amigo unionista», declaró con fingido arrobo Clarissa, mientras los ojos y los labios se le estrechaban hasta convertirse en un par de finos tajos que le surcaban el rostro. «¿Qué? ¿Disfrutaste con tu pequeña… "unión" durante nuestro último encuentro?».

«Estoy increíblemente ocupado en este momento, señor Skinner. Me temo que tendrá que esperar», dijo De Fretais, que procedió a largarse hacia la barra con grandes zancadas.

«Es importante, se trata de mi ma…», empezó Skinner.

Pero De Fretais no le oía, y Skinner, airado, estuvo a punto de salir tras él, cuando, en ese mismo instante, se quedó clavado en el sitio y con el corazón en un puño al ver el familiar lustre negro de la cabellera de una joven ataviada con el tradicional uniforme blanco y negro de las camareras, pero cuya falda corta enfundaba un culo que conocía muy bien. Unas medias negras remataban la imagen. Ofreciendo unos tentempiés salados en una bandeja, se volvió de perfil y Skinner captó su radiante sonrisa de anuncio de dentífrico.

Roger hizo un comentario que el bombeo de la sangre en su cabeza le impidió escuchar, pero se dio cuenta de la naturaleza sarcástica del mismo por la risa socarrona de Clarissa.

Skinner se volvió distraídamente hacia ella. «Apuesto a que en tiempos eras guapísima», le espetó, y la implosión del rostro de su interlocutora le confirmó que había puesto la dosis exacta de cara de pena para obtener el efecto deseado. «Claro que de eso ya hace tiempo, ¿eh?», remató. Se alejó de ellos, y salió detrás de la camarera, fijándose en la redondez de sus nalgas dentro de aquella falda ceñida a la vez que algo se removía en su interior.

Kay…, ¿qué coño estará…?

Peor todavía, vio a De Fretais abordarla con una gran sonrisa en el rostro. El

cocinero le rodeó la cintura con las manos. Ella sonrió a regañadientes y trató de zafarse, sin éxito, pues no podía soltar la bandeja que sostenía.

¡Le ha puesto encima sus grasientas manazas de mierda!

No…

Y ella se queda ahí de pie, joder…, ¡dejándose sobar por ese gordo cabrón!

Sentía el vaso en la mano y el ácido biliar desbordándose en su interior. Se imaginó hundiéndolo en el cuello del obeso cocinero como si fuera una daga, y contemplarlo desangrarse en el suelo, con mirada bovina y ausente, mientras pataleaba agonizante. A Skinner le hervía la sangre, pero sus pensamientos seguían siendo serenos y abstractos. Afortunadamente, una de las ideas que se le pasó por la cabeza fue preguntarse cuántos hombres hasta ese momento socialmente integrados habían matado en circunstancias parecidas, lo que bastó para hacerle abandonar apresuradamente el bar.

Fuera, la calle estaba llena de corrillos de gente que iba de una taberna a otra. Mientras se llenaba los pulmones con el frío aire de la noche, se percató de que aún llevaba la copa de champán en la mano. La arrojó al suelo, y la maldición en voz alta que profirió ahogó el sonido del cristal al hacerse añicos. Ajeno a las miradas furtivas de los viandantes, detuvo un taxi que en aquel momento pasaba por ahí.

Cuando Brian Kibby entró arrastrando los pies, ahora ya tan desesperado como para haberse despojado de su acostumbrado disimulo, Mark Pryce, asistente de ventas de Victoria Wine, pensó: *Este tío es el típico bolinga*. Pidió dos botellas de whisky: una de Johnnie Walker etiqueta roja, y otra de The Famous Grouse.

Mark era estudiante de psicología de segundo curso en la universidad. Reflexionaba en profundidad acerca de algunos de los clientes habituales a los que atendía. En una sociedad cuerda habría remitido a muchos de ellos a los servicios sociales y de salud en lugar de venderles alcohol.

A este chaval no le queda demasiado tiempo de vida, consideró Mark, evaluándolo sombríamente, mientras introducía las botellas en una bolsa y se las entregaba a un lánguido y tembloroso Kibby. También se sintió tan extrañamente conmovido por el refrenado pero intenso desconsuelo de aquel cliente en particular, que casi le entraron ganas de decirle algo. Pero al establecer contacto visual con Kibby, no pudo ver nada, sólo un oscuro vacío habitado en otro tiempo por un alma humana.

Pryce aceptó el dinero y registró la venta, tomando nota mentalmente de conseguirse otro empleo a tiempo parcial. *En algún lugar más socialmente gratificante, como McDonalds o Philip Morris*.

Al llegar a casa, ansioso por evitar a su madre y una potencial escenita en relación con su consumo de alcohol, Brian Kibby entró tan silenciosa y clandestinamente como pudo. Afortunadamente, en casa no había nadie. Trató de subir su cuerpo por la

escalera de aluminio para llegar hasta su viejo escondite, pero al cabo de unos pocos pasos se sintió mareado, como si fuera a estallarle la cabeza, y supo que no lo iba a lograr. Descendiendo lentamente, fue a su habitación, donde antes de perder el conocimiento se bebió abyectamente una botella de whisky e hizo buena mella en la segunda.

La mañana llegó entre los graznidos de las gaviotas en la penumbra que poco a poco iba desvaneciéndose sobre Leith. Danny Skinner se encontraba ya con bastante mal cuerpo; sospechaba de Kibby, pero su incomodidad aumentó enormemente cuando sonó el teléfono y Shannon McDowall le transmitió una noticia devastadora. «Bob está en el hospital…».

Aquello despabiló del todo a Skinner. Haciendo frente a una horrible resaca, se acercó a duras penas al hospital. Estuvo a punto de vomitar en el autobús, donde atrajo las miradas de desaprobación de una mujer acompañada de un niño pequeño que lucía la nueva elástica verde de whisky Whyte & Mackay, que había reemplazado a la de Carlsberg.

Al menos cuando sólo era cerveza, el pobre cabrito tenía alguna posibilidad…

Cuando llegó al hospital y subió al pabellón vio el cuerpo postrado de Foy, que yacía inconsciente, conectado a un electrocardiógrafo y con un tubo saliéndole de la nariz. Aquello no pintaba nada bien, pensó.

Amelia, la segunda esposa de Foy, sollozaba a su lado, acompañada por Barry, su hijo adolescente, fruto de su primer matrimonio. «Danny…», lloriqueó, levantándose y abrazándole con fuerza; su olor y su proximidad le recordaron a éste la vez que, algunos meses antes, en el transcurso de una curda monumental, acabó en casa de los Foy.

Tras beber de una forma descomunal, Foy perdió el conocimiento y quedó tendido en el sofá, y Amelia se abalanzó sobre Danny Skinner, poco menos que intentando obligarle a follársela sobre la encimera de la cocina. Skinner la había apartado de un empujón, dejándola al cuidado del cuerpo profundamente dormido de Foy. No habían hablado desde entonces.

Me pregunto si aún tendrá ganas. Seguro que ahora más que nunca. Al menos hay alguien a quien puedo follarme…

Amelia pareció notar algo en él, un cierto deje de cloaca, y se apartó apresuradamente. Lanzándole una inquieta y fugaz mirada de preocupación a Barry, aparentemente deprimido, explicó aturullada: «Le encontré tendido en el jardín. Había salido a rastrillar las hojas. Traté de hacerle seguir una dieta, el médico había dicho que tenía unos niveles de colesterol altísimos… No me hacía caso, Danny», farfulló, «¡no me hacía caso!».

Skinner apretó la mano de Amelia, captó la mirada de Barry por encima de su hombro y le dedicó un lúgubre gesto con la cabeza. Después miró a Bob Foy, allí

tendido, pero ¿dónde estaba? ¿En la cama? No, más bien atrapado en una especie de extraño entresuelo situado entre la vida y la muerte.

Se preguntó si Foy podría oírle, si debería decir algo, si los médicos habrían dicho que era capaz de oír. Skinner pensó en aquel viejo epitafio municipal: *Estaba en su elemento con una carta en francés*.

Desde luego que ha sido una dieta dura para las arterias. Pero claro, Bob nunca dispuso de un Brian Kibby.

Entonces notó un dolor en los riñones. Por lo visto Brian Kibby estaba dándose cuenta de que él disponía de un Danny Skinner.

El muy cabronazo lo sabe. Ya lo creo.

39. Alaska

Se agachó para recoger el correo, con la cabeza zumbándole y el estómago contraído en un espasmo. Una carta del juzgado de distrito le informaba de que los alguaciles iban a solicitar una orden para entrar en su domicilio y confiscar bienes que subastar para sufragar la cuantiosa deuda que había acumulado. No soportaba la idea de que sus prohibitivas posesiones fueran vendidas a un precio tan vil, además de que así no reduciría apenas la deuda.

No es más que una puta demostración de fuerza…

Cosas del destino, se habían puesto en contacto con él para que volviese al ayuntamiento mientras durase la baja por enfermedad de Bob Foy. Lo último que habría querido hacer Danny Skinner era regresar a su empleo, pero le habían puesto la pistola en la cabeza. Resolvió volver y comenzar así a pagar los atrasos, para quitarse de encima a los funcionarios del juzgado. Después lo vendería todo y reanudaría sus vacaciones en California.

Y a lo mejor me quedo allí una temporada larga que te cagas, además.

Había pasado, se dio cuenta con sentimiento de culpa, bastante tiempo desde la última vez que había contestado a un correo electrónico de Dorothy. Ello era debido casi exclusivamente a Caroline y a la fascinación que sentía por ella y por los Kibby. Puesto que no podía hablarle a Dorothy de ellos y no había hecho muchas cosas más, sencillamente no había nada que contarle. Pero ahora sentía una necesidad abrumadora de verla.

Aunque la hermosura de Caroline era perfectamente evidente para él y para el resto del mundo, la encontraba extrañamente asexuada. Ni siquiera se le ponía tiesa al pensar en ella, pero siempre que recordaba la nariz y el pelo de Dorothy, tenía la impresión de que iba a estallarle la polla. La cabeza le retumbaba y le martilleaba. Pensó en Kay, en lo mal que le había sentado que De Fretais la hubiera sobado. ¿Era porque se trataba de ella o porque se trataba de él?

De camino a la oficina el primer día de su vuelta al trabajo, se detuvo en el cibercafé:

Para: dotcom@dotcom.com
De: skinnyboy@hotmail.com
Re: Cosas

Hola Yanqui Locuela

Perdona que haya pasado un tiempo sin ponerme en contacto contigo. No me gustan los cibercafés; los de Edimburgo son

asquerosísimos y guarrindongos comparados con los de Frisco… En Leith no ha pasado nada de nada últimamente. Nada que contar, salvo que sigo sin beber (por eso no hay nada que contar, es triste pero es así). Me he visto obligado a volver temporalmente al trabajo para saldar unas deudas. Por supuesto, os echo mucho de menos a ti y a California. Aquí es todo oscuro, frío y deprimente. Me alegro de saber que sigues pensando en venir a verme. ¡Seguro que se me ocurre algún modo de mantenernos calientes!

A ese respecto, en relación con lo que decías de los polvos, bueno, las pelotas están bastante delicadas pero yo siempre estoy por la labor. Estoy de acuerdo en que en esta fase no deberíamos vernos con otra gente. Dot, para serte sincero, sólo deseo hacerte el amor lentamente, echar hacia atrás esa pelambrera de rizos y cuchichearte al oído «mein liebling Juden Fräulein» o algo por el estilo. Skinner: ¿enfermo mental o cachondo mental? La decisión es tuya.

Con amor
Danny

P. D. Luego te llamo por teléfono.

Posdata bis: Los polacos. ¿Acaso nacieron para sufrir o qué? Rusia por un lado, Alemania por el otro. Eso es como compartir un compartimento de tren con un Jambo y un Huno[32].

Tercera posdata: Los polacos han desempeñado un papel poco reconocido en la historia del fútbol escocés, y además eran célebres por su pulcritud en el vestir: por ejemplo, Félix Staroscik, en el actualmente difunto Third Lanark, y Darius «Jackie» Dziekanowski en esa corporación de la diáspora irlandesa pero de herencia multinacional conocida como el Celtic «de Glasgow».

Recuerdo que la última vez que hicimos el amor casi nos chupamos hasta el aliento el uno al otro.

Desde luego, estoy mejor con Dorothy en California, lejos de todas estas terribles obsesiones que rigen mi vida: el alcohol, la identidad de mi padre y, por encima de todo, los putos Kibby.

Joder que sí.

Volver a poner los pies en la oficina resultó extraño. Sólo habían pasado unas

semanas pero a él le pareció que habían transcurrido épocas enteras. Resultaba cordial y desalentador a un tiempo. Shannon seguía desempeñando temporalmente su antiguo puesto, mientras que él gozaba de la misma categoría que Bob Foy. Cooper se había jubilado un poco antes de lo previsto, y el nuevo jefe de Skinner y de Shannon era un hombre atento y con gafas llamado Gloag, que parecía ecuánime y decente, si bien un poco soso. Se volcó en el trabajo de nuevo, emprendiendo varias tareas el primer día, fundamentalmente ponerse al día con los papeleos. Enseguida se dio cuenta de lo poco que en realidad hacía Foy, al percatarse de que en la práctica había dirigido la sección él solo, responsabilidad que le sería transferida a Shannon.

Tras acabar tarde y tomarse unas cervezas, llegó la hora de quedar con Caroline para una cena italiana en el viejo restaurante favorito de Foy, The Leaning Tower. Compartieron una botella de vino por insistencia de Skinner: un Chardonnay intenso y con mucho cuerpo procedente del condado de Sonoma, en California. Skinner tenía muchas ganas de beber.

Que le den por culo a Gillian McKeith.

Mientras miraba a Caroline, se fijó en la hilera de tres granos rojos en forma de media luna que tenía en la barbilla. Se estaba arrancando los pellejos. Desprendía una aureola de desesperación y necesidad en aumento. Básicamente, pensaba él, quería que se la follase, y él no quería ni podía hacerlo. Y se culpaba a sí misma. Pero, por supuesto, aquello no iba a durar mucho: no tardaría en llegar a la fase «pues que te den». No tenía la autoestima lo suficientemente baja como para seguir así indefinidamente, aun cuando él no tuviera el menor motivo para dudar de la sinceridad de sus emociones cuando ella le decía lo que sentía por él.

Pero ¿la quiero? En cierto modo sí. Pero también está Dorothy, y a ella la quiero como tiene que ser, sin rollos chungos.

«¿Te encuentras bien, Danny? No te veo con muy buen cuerpo».

«Creo que he cogido una especie de gripe o algo por el estilo», dijo éste entre dientes. Entonces Paolo, el propietario, le preguntó por Bob Foy y Skinner se vio obligado a contarles a ambos la historia. Escucharon compasivamente y atribuyeron el comportamiento trastornado de Skinner a la impresión.

La gota de vino blanco del fondo de la copa de Caroline me recuerda los restos de meada de una letrina. Las cosas se están corrompiendo…, no, siempre fueron así. Sólo lo he notado porque la corrupción ha superado un nuevo listón. Ahora me falla la polla. Tengo casi veinticuatro años y no puedo follarme a una chica preciosa que está loca por mí.

¿Será eso, es ésa la respuesta a toda esta puta mierda? ¿Acaso sólo puedo adquirir potencia odiando? No. A Kay no la odiaba, ni a Shannon tampoco, y desde luego no odio a Dorothy.

Y Skinner pensó que sencillamente no podía volver con Caroline sin más, teniendo la cabeza tan alterada con Dorothy, y con lo de Kay y De Fretais. No podía seguir sometiendo a ninguno de los dos a esa titubeante, tensa y perversa psicosis.

Necesitaba poner tierra de por medio, tener espacio para ordenar sus pensamientos, de modo que pidió disculpas y se marchó a casa solo. O por lo menos ésa había sido su intención.

Para entonces las calles de la ciudad estaban muertas. Vio algún que otro grupo de juerguistas, pero se sentía tan desamparado y tan abandonado por su ciudad natal como por el padre al que nunca conoció.

Más solo que un bastardo en el Día del Padre.

Una parte de él quería estar ya de vuelta en el piso, buscando inspiración en sus poemarios; sin embargo, mientras atravesaba la ciudad, una vaga sensación de determinación se apoderó de él a despecho de su hastío. Se encontró recitando unos versos en voz baja:

The Devil went out a walking one day
Being tired of staying in Hell
He dressed himself in his Sunday array
And the reason he was drest so gay
Was to cunningly pry, whether under the sky
The affairs of earth went well.[33]

La naturaleza de aquel impulso permaneció opaca para él hasta que pasó por delante de Muso. En el interior seguía encendida una luz. Sin pensarlo, dio la vuelta hasta llegar a la parte de atrás y empujó la puerta de la cocina. Estaba abierta. Oyó ruidos: jadeos pausados, salpicados de vez en cuando por algún gemido escueto, agudo. Se guió por el sonido, caminando suavemente de puntillas hasta llegar al área del restaurante. Los sonidos procedían del bar.

Es De Fretais. Se está follando a una tía. Está encima de ella, sobre la barra. Alguien yace bajo su sudorosa mole, inmovilizada contra la barra.

Sé quién es. Kay. Se la está follando. Ella tiene la cabeza apartada, echada a un lado, pero esa larga cabellera azabache resulta inconfundible…

Hostia puta, se está follando a mi Kay…

El puto…

Sus movimientos parecían animados por el instinto. Regresó a las sombras y subió unas escaleras que conducían al desván del edificio. Mientras ascendía los peldaños era consciente del fuerte palpitar de su corazón y del esfuerzo de sus pulmones por tomar aire.

El suelo del desván estaba revestido en parte con parquet de contrachapado. Aquel espacio apenas se utilizaba, ni siquiera como almacén, y salvo por una capa de polvo y algunas telarañas estaba casi completamente vacío. La media luna brillaba turbiamente a través de un tragaluz Velux, arrojando su luz sobre una bolsa de herramientas. Sobre la bolsa yacía una linterna de goma; la cogió y la encendió. La luz dejaba ver algunos clavos mal clavados en el suelo y algunas vigas con las que había que tener cuidado. Había un espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared que daba al exterior. Atravesando una viga que dividía el suelo, vio dos grandes

pernos.

Claro, el piano. Está directamente encima de ellos. Ese sucio y asqueroso cabrón… y Kay, mi Kay…

Se movió entre la oscuridad y vio una luz filtrándose desde la rejilla de un conducto de ventilación. Mirando a través de ésta podía verles, o más bien ver a De Fretais, cuya mole asfixiaba obscenamente a su exprometida. Lo único que se veía de ella era la cabeza. Trató de descifrar la expresión del rostro de Kay. ¿Era una expresión de pavor u orgásmica? Habría sido incapaz de decirlo.

Y De Fretais tiene los dedos metidos en su boca… para acallar sus gritos…

El puto bastardo violador…, lo mismo que le hizo a mi madre todos esos años atrás, por eso le odia…

… para acallar sus gemidos de placer…

Esa puta rastrera… no puede resistirse al puto señuelo del baile, a la fama que tanto desea pero que no es tan buena como para almacenarla, de modo que calcula que puede obtenerla por poderes, dejando que se la cepille un monstruo obeso…

Danny Skinner no sabía ya qué pensar. Enfocando la bolsa de herramientas con la antorcha, buscó algo con lo que aflojar los pernos.

Lo que nos sucede a Danny y a mí es de lo más marciano. Lo vi muy depre durante la cena; le habían dado malas noticias acerca de su amigo. A los dos nos preocupa que el mal rollo sexual este se interponga entre nosotros. Es sólo un polvo, pero parece pesar tanto sobre nosotros… Le deseo muchísimo, pienso en él a todas horas, pero cuando estamos en compañía el uno del otro y pienso en el sexo me siento tan… remilgada. Como una virgencita atontada.

A veces parece que Danny lleve el peso del mundo entero sobre los hombros. Cuando nos habló de su amigo a mí y al tío aquel del restaurante italiano, lo hizo tan a regañadientes que fue como intentar sacar agua de una piedra. Debería tratar de compartir sus problemas en vez de guardárselo todo para él.

La velada ha terminado antes de lo previsto, así que decido regresar a casa para buscar unos libros viejos que necesito para la universidad, unos que guardé en el desván de Brian, o aquello que ahora llamamos con ese nombre.

Cuando llego a casa, mamá está sentada viendo la tele. Ha estado llorando; me cuenta que encontró a Brian borracho en su habitación con dos botellas de whisky. Yo le digo que quizá eso haya sido parte del problema durante todo el tiempo, que de algún modo logró ocultárnoslo a nosotros y a los médicos. Argumenta débilmente en sentido contrario, pero me doy cuenta de que también ella está reevaluando las cosas.

La dejo y subo las escaleras para echarle un ojo. Está tumbado en la cama, totalmente vestido, con la boca abierta, respirando de forma débil e irregular. La habitación apesta como nunca. Apenas reconozco a mi hermano en esa cosa que hay en la cama.

Salgo al pasillo, abro la trampilla y bajo la escalera de aluminio. Subo con rapidez. Está todo lleno de polvo y sin recoger, debido a la enfermedad de Brian. Hace siglos que nadie sube aquí. Al encender las luces, veo desplegarse ante mí la gran población a escala. Los trenes, la estación, los bloques de pisos, las construcciones nuevas alrededor de las colinas. Para aquellos a los que les gustan esas cosas resulta impresionante. Incluso para los que no, supongo.

Una vida desaparecida, la otra consumiéndose, y éste es su legado. Las colinas de papá. A él siempre le gustó Edimburgo por sus colinas. Decía que eran las colinas las que mantenían compartimentada la ciudad, las que hacían que nos ocupáramos de nuestros propios asuntos y guardásemos nuestros pequeños secretos. Solía llevarme a subirlas todas: Arthur's Seat, Calton Hill, las Braids, y el zoo de Corstorphine Hill, las Pentlands.

Danny dijo algo similar acerca de San Francisco. Me contó que le encantaba caminar por ahí, subir y bajar sus empinadas colinas, obteniendo así una perspectiva diferente de la ciudad cada vez. Hasta extendió un gran mapa sobre la mesa y me habló de todas ellas: Twin Peaks, Potrero Hill, Bernal Heights, Telegraph Hill, Pacific Heights. Tal y como lo contaba sonaba chulísimo, y hasta dijo que a lo mejor un día íbamos allí juntos.

Pero no podemos hacer el amor. Nos apetece hacerlo pero nos ponemos tensos cuando estamos el uno con el otro. Le amo. Siento verdadera necesidad de estar con él, de estar a su alrededor, muchísimo. Con él me he convertido en la clase de cría lamentable que dije que nunca sería. Quiero follar con él, o eso creo. Pero me pregunto qué quiere él, porque él está tan nervioso conmigo cuando nos ponemos tiernos como yo lo estoy con él. ¿Será esa mujer americana que mencionó? ¿La querrá? ¿Piensa en ella cada vez que estamos a punto de montárnoslo?

Encuentro los libros, apilados cuidadosamente en un rincón, escojo un par y bajo las escaleras. Mamá se ha quedado sobada en la silla, con la boca abierta, como Brian. No tendría ningún sentido despertarla. Salgo a la fría intemperie y aguardo un autobús durante siglos porque cuando cuento las monedas en la mano, sólo hay cuatro de una libra y no puedo permitirme un puñetero taxi.

Apretó con fuerza la llave inglesa mientras hacía girar aquella gran tuerca, notando cómo cedía inmediatamente. Después, sin aflojarla del todo, hizo girar la otra. Sintió un tirón sobre la viga y oyó el sonido del piano al mecerse.

Vuelvo a mirar por la reja del conducto de ventilación, pero desde este ángulo no puedo verles reaccionar, ni a ella ni a ese animal que está encima de ella follándosela.

Pero ¿lo verán ellos, verán mecerse el piano, oirán cómo se aflojan los pernos?

Reanudando sus esfuerzos, Skinner no podía verlos a ellos, pero se vio a sí mismo, iluminado por la exigua luz de la linterna, reflejado de cuerpo entero en el

espejo. Su expresión era diabólica pero serena, como la de una gárgola medieval tallada en piedra que hubiese cobrado vida de repente y estuviera agasajándose lentamente, con la frialdad de un insecto, con la carne de un animal de sangre caliente al que acabase de dar muerte.

Se observó a sí mismo desatornillando los pernos. Sólo hubo un instante de náusea trepidante en el que quiso detenerse, pero éste coincidió con la vana fracción de segundo antes de que notase cómo el peso del piano, con dos chasquidos desgarradores, saltaba de sus soportes.

Fue como si hubiera transcurrido una larga pausa entre el instante en que el instrumento se soltó de su atracadero en el techo y el todopoderoso impacto, al que siguió un horrible gemido animal que, incluso a través del techo del desván, resultó angustiosamente audible para Danny Skinner.

Skinner se quedó de piedra, miró su reflejo culpable en el espejo. Después pensó en Kay y en el amor que habían compartido, mientras la sangre se le helaba en las venas.

PERO ¿QUÉ HE HECHO?

A lo mejor a ella no le he dado, o a ninguno de los dos. Seguro.

Lo habrán oído, habrán visto cómo se aflojaba, se habrán apartado. Ella lo habría visto. Pero…

Pero él tenía la mano metida en su boca, acallando sus gritos, sus gemidos, mientras sus sudorosas carnes estaban encima de ella…, mi padre; no, no es mi padre…, pero sí, tiene tanto sentido como cualquier otra cosa, así es como tiene que ser, así es como tiene que acabar…

Skinner bajó corriendo las escaleras y no se volvió para mirar, no se asomó a verlos a ellos ni al piano. Sin embargo, en ese momento se fijó en una tecla de marfil blanco que había salido disparada por el impacto y que había rebotado dando la vuelta a la esquina. No había ningún sonido; de la habitación no provenía ningún gemido. Por algún motivo, cogió la tecla de piano y se la guardó en el bolsillo. Abrió la puerta trasera del restaurante de una patada y se internó en la oscuridad de la noche. Bajando por la calle apresuradamente, casi se sintió tentado de echar a correr. Evitando el North Bridge, salió disparado por New Street, pasando por delante de la estación de autobuses abandonada hasta llegar a la desierta Calton Road, que discurría junto al terraplén del ferrocarril. Mientras avanzaba, a la espera del coche policial que no apareció jamás, tenía la columna casi rígida de miedo. Ralentizándose hasta caminar con paso enérgico, pasó por delante del nuevo parlamento, por fin inaugurado.

Nuestro parlamento de juguete: es como buscar un padre y que te presenten a un tutor del Departamento de Servicios Sociales.

Cuando se aproximó a Leith evitó el Walk y Easter Road, zigzagueando furtivamente por las bocacalles situadas entre ambas. Había tomado una ruta circular que atravesaba los Links y se encontraba junto al Shore cuando se detuvo un rato para

ver desembocar las serenas aguas de Water of Leith en el Forth. Sintió la tecla en el bolsillo. La sacó y quedó atónito al ver que su mente le había engañado; aquella tecla no era de marfil blanco, sino de ébano negro. La arrojó a Water of Leith, se fue a casa y permaneció en vela, psicótico de agotamiento y ansiedad, preguntándose con gran aflicción qué había hecho exactamente.

Ellie Marlowe llegaba un poco tarde a trabajar, y esperaba que Abercrombie el Zombi —como llamaban a uno de los gerentes, que no parecía dormir jamás— no se hubiera levantado temprano para controlarla. Peor aún, el dueño, el gordinflón que salía en la tele, también era propenso a aparecer en ocasiones, ya que aquel local era su nuevo proyecto empresarial.

Algo andaba mal…, la puerta. No estaba cerrada. Dentro había alguien. Ellie empezó a repasar excusas acerca de autobuses. Con un sueldo de asistenta no podía ir en coche; eso ellos tenían que saberlo, pues a fin de cuentas eran ellos los que la estaban pagando. Dudaba de que Abercrombie o De Fretais hubiesen visto un horario de autobuses en su vida.

Ellie dobló la esquina, llena de inquietud, adentrándose en el bar principal. Mientras un acre olor a orina le asaltaba las fosas nasales, no podía creer lo que veía. Pensó en gritar o en salir corriendo a la calle, la cual seguro que ya estaría empezando a animarse con el bullicio matutino. En lugar de eso, encendió tranquilamente un cigarrillo y después descolgó el auricular y marcó el 999. Cuando la operadora le preguntó qué servicio deseaba, Ellie le pegó una calada a su Embassy Regal, se detuvo durante un segundo para pensárselo, y a continuación dijo: «Creo que lo mejor será que los mandes a todos».

Por su cuello resbalaba lentamente un reguero de sudor, que le puso la carne de gallina y le sumió en temblores. Brian Kibby se incorporó lentamente y al ver el frío brillo de las botellas junto a la cama, supo en el acto que no habrían escapado a la atención de su madre. Acres olores a alcohol y rancios residuos corporales asaltaron su cabeza, y acto seguido, abrumado por una deprimente sensación de ansiedad, la dejó caer entre las manos.

Todo se está cayendo a pedazos. Ha ganado. Nos destruirá a todos.

Su pesado cuerpo hacía mucho ruido al bajar las escaleras; vio a su madre sentada ante la mesa de la cocina junto a una tetera llena, leyendo una novela de Maeve Binchy. Kibby se disculpó de inmediato: «Mamá…, siento haber bebido…, estaba deprimido…, no volveré a…».

Joyce levantó la vista, pero no le miró a los ojos. Con la mirada perdida, dejó caer: «Anoche estuvo aquí Caroline. ¿La viste?».

¿Por qué no podían afrontar las cosas?, clamaba el alma de Brian Kibby. Y, no

obstante, él se había comportado de idéntica manera, postrado en un sopor etílico, demasiado borracho para darse cuenta siquiera de que su hermana estaba en casa. «Mamá, respecto al alcohol, lo siento, no vol…».

«¿Te apetece una taza de té?», inquirió ella, traspasándole con la mirada. «Casi he terminado de leer la nueva novela de Maeve Binchy». Le enseñó la portada. «Creo que es la mejor hasta la fecha. Lástima que no llegaras a ver a Caroline».

Kibby asintió lentamente, y con una sensación de derrota y de resignación avanzó pesadamente hasta el armario, de donde sacó una taza con la leyenda «Hyp Hykers Do It Wetter»[34]. Fue Ken Radden el que encargó aquellas tazas. En su momento Kibby había considerado que se trataba de una simple alusión a la tendencia que tenían a acabar empapados por la lluvia durante sus excursiones en las Highlands. Ahora veía ahí un doble sentido subido de tono y que pasaba de castaño oscuro.

Se sirvió una taza de té templado y lo sorbió, dejando que le separase los labios y disolviera la viscosa película que los cubría.

¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Por qué no pude verlo claro? La mayoría estaban allí sólo por una cuestión sexual. Como Radden y Lucy…, como…

Caroline probablemente se fue para estar con Skinner. Lo más probable es que en este mismo instante estén en la cama.

De repente Kibby experimentó un terrible resentimiento contra su hermana, de índole tan honda que anteriores rivalidades fraternas apenas lo habían insinuado. Ella era idéntica a sus amigas, todas aquellas chicas cuya increíble e irresistible eclosión de juventud y belleza había presenciado. Con su piel cremosa y su mandíbula perfilada, sus duros pechos henchidos y su cintura de avispa, ella y sus amigas eran para él como un insulto ambulante. Su misma presencia las incomodaba y avergonzaba; era como si oliera mal. Y, sin embargo, por cruel que le resultase, comprendía cómo Skinner podía encontrarse tan a sus anchas con ellas, cómo podía satisfacer sin dificultad aquella extática y desconcertante necesidad de apropiarse de aquella belleza, abrirla, penetrarla y poner al desnudo su esencia.

Y Brian Kibby, con una espantosa perspicacia fruto de su terrible declive, vio que no eran eras infinitas las que mediaban entre la diáfana e imperturbable belleza de Caroline y el aspecto decaído y demacrado de su madre. Se trataba de un túnel de una brevedad espantosa, al otro lado del cual uno emergía en una danza confusa, a una velocidad apenas perceptible.

El tiempo vuela, se agota…

Subió a su habitación y encendió el ordenador.

El chat…, ¿estará esa zorrita calentorra en el puto chat ahora?

Sí…, aquí está…, ¿cuántos puntos del uno al diez voy a darle a esta cochina guarra…?

07-11-2004,3.05
Jenni Ninja

Una Deidad Divina

Me he jugado el todo por el todo y he empezado con el juego nuevo. ¡Magnífico! Me ha cambiado la vida. He decidido casarme con Ann.

07-11-2004,3.17
Chico Listo
El Hombre que Sabe

En la nueva edición Ann sale bastante mona, pero yo sigo prefiriendo a Muffy. ¡Es la más sexy!

07-11-2004,3.18
Über-Priest
Rey del Cool

Yo creo que la más sexy eres tú, Jenni, nena. ¿Por dónde paras?

07-11-2004,3.26
Jenni Ninja
Una Deidad Divina

¡Pero Über-Priest, no sabía que te importaba! Vivo en Huddersfield y me gusta nadar y patinar.

07-11-2004,3.29
Über-Priest
Rey del Cool

Deberíamos quedar y salir por ahí algún día. Seguro que estás cañón. No me importa que te vayan también las tías porque a mí me gusta mirar, antes de apuntarme yo, claro. ¿Cómo eres físicamente?

Mientras sostenía su polla erecta, aguardó ansiosamente una respuesta que nunca llegó. Después, tras recibir un mensaje comunicándole que se le prohibía la entrada al chat, la erección se deshizo entre sus sudorosas palmas.

El pronóstico de Ellie Marlowe resultó no ser nada descabellado: en efecto, en el bar y restaurante Muso hicieron falta, además de la ambulancia y la policía, los servicios de los bomberos. El piano había caído casi de lleno sobre el maestro

cocinero y la camarera, aplastándolos contra la barra en plena cópula.

Alan De Fretais murió en el acto a consecuencia del impacto. En un principio se pensó que Kay Ballantyne había corrido idéntica suerte, pero notaron que aún presentaba un ligero pulso. Estaba muy débil pero viva, pues la mayor parte del impacto del piano la había absorbido la considerable mole del cocinero.

Los bomberos utilizaron sierras eléctricas para cortar las patas del instrumento, y luego hicieron falta varios de ellos, fornidos y en buena forma, para sacárselo de encima a De Fretais. Casi hicieron falta otros tantos para arrancar el cadáver del cocinero del cuerpo comatoso de Kay Ballantyne. De la boca de De Fretais chorreaba sangre sobre el rostro de ésta, pues de un mordisco se había amputado la lengua, y ésta pendía de un hilo de carne sobre la mejilla de Kay. Mientras trataban de despegarle el cadáver de ojos obscenamente desorbitados, notaron que Kay recobraba el conocimiento, murmurando de forma delirante. Fue uno de los médicos presentes el que se dio cuenta de que el movimiento del cadáver de De Fretais la estaba excitando, dado que su miembro seguía dentro de ella y probablemente estuviera erecto como resultado del rigor mortis.

Mientras Kay Ballantyne recuperaba la conciencia entre jadeos, un bombero irreverente se volvió hacia uno de sus colegas y comentó: «Hay que reconocer que hasta después de muerto el gordo cabrón de De Fretais fue un follador nato».

40. Persevera

Sentado, miraba por la ventana del dormitorio más allá del patio, hacia los largos y desnudos árboles de cortezas de color gris sucio tiznados de verde por el musgo e iluminados por un rayo semiopaco de luz matinal. Tras ellos se alzaban unos bloques de pisos de cinco plantas, sobre los cuales rebotaba la incipiente luz del sol, haciendo que la piedra rojiza brillase hasta adquirir un tono de terracota mediterránea.

El reloj del campanario, único elemento que le ofrecía un asidero de realidad al que agarrarse, le comunicaba la hora. Por lo demás, Danny Skinner se sentía tan desarraigado como las hojas otoñales que el viento arrastraba de un lado a otro del patio. Había permanecido en vela durante la mayor parte de la noche, esnifando cocaína de una vieja pápela que había encontrado en el mueble de al lado de la cama y escuchando Radio Forth, sintiéndose particularmente ansioso cada vez que emitían un boletín de noticias locales.

Por fin, hacia las nueve de la mañana, Skinner escuchó la noticia acerca de las dos personas que se creía gravemente heridas en un accidente insólito ocurrido en un restaurante. No tenía la menor intención de acudir al puesto de trabajo al que acababa de reincorporarse. Permaneció sentado, consumido por el dolor y el arrepentimiento hasta que bajó al tendero bengalí de la esquina a buscar la edición matinal del *Evening News*. La truculenta muerte de la celebridad televisiva y maestro cocinero Alan De Fretais ocupaba abundante espacio en todos los titulares. Aunque no le sorprendió demasiado, a Skinner le impresionó averiguar que el verdadero nombre del chef era Alan Frazer y que era natural de Gilmerton.

Le he matado. He matado a mi propio padre. Era un cocinero, un follador; hasta nos unía el odio por Kibby. A mi madre no le caía bien, pero claro, tampoco era un tío muy simpático. Es como si lo viera; ella no le detestaba porque él la odiase; lo aborrecía por la tremenda indiferencia que mostró hacia ella y hacia mí. Ella no fue más que otra zorrilla atontada que no tomaba precauciones a la que le hizo un bombo, así que era su problema. Probablemente acabó cepillándosela de la misma manera en que logró cepillarse a Kay…

No reaccionó ante mí como si yo fuera su hijo hacía tanto tiempo perdido. No hubo el menor feeling, aparte de cierta fascinación morbosa por su parte, que quedó satisfecha con verme un par de veces. Sabía quién era yo desde el principio, pero no hubo vibración alguna porque no era más que un capullo egoísta.

… pero…

… pero cuando me ascendieron y fui a su restaurante y trajo el champán, quizá lo hizo porque se sintiera orgulloso de mí…

Sacó un viejo bloc y un bolígrafo, escribiendo el nombre para adquirir práctica:

El periódico informaba de que Kay, cuya identidad no fue revelada hasta algunos números más tarde, se hallaba en estado estacionario. En cuanto la nombraron en Radio Forth, Skinner hizo las indagaciones telefónicas precisas llamando al hospital y declarando que era su prometido. Una enfermera compasiva le dijo que se encontraba bien.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al leer los elogiosos testimonios acerca de los logros y el carácter de su víctima. Sacudiéndose su inercia lacrimógena, Skinner tomó un taxi hasta el hospital, convencido de que había pasado tiempo suficiente para que no estuviera bajo sospecha. En la prensa no se había hecho alusión alguna a un posible juego sucio, pero la policía sabría que los pernos no se desatornillan solos. O quizá sí, él no lo sabía.

Cuando llegó al pabellón casi pasó de largo ante la cama de Kay sin reconocerla. Estaba tan maltrecha que parecía que hubiera sufrido un accidente de automóvil. Tenía el rostro y los ojos hinchados y una venda sobre el tabique nasal.

De Fretais debió arrearle un tarrazo cuando les cayó encima el piano.

Y, no obstante, ella parecía muy contenta, y él experimentó un inmenso alivio al descubrir que se pondría bien. Se dio cuenta, con una fuerza casi escalofriante, de que aún la quería, y que posiblemente la querría siempre. Se trataba de un amor imposible, por supuesto, pero no por ello menos real. Quiso contárselo todo, pero quiso la fortuna que fuera ella la primera en hablar.

«Danny…, me alegro tanto de que estés aquí…».

«Me enteré por Radio Forth. Cuando te nombraron, me asusté tanto que sentí que tenía que venir y asegurarme de que estuvieras bien», jadeó Skinner, aliviado ahora de que hubiera pasado ya el momento de la franqueza total. «¿Qué pasó?».

«Se nos cayó encima un piano…, encima de mí y de Alan. Es…, tuve tanta suerte…». Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Fui tan estúpida, Danny…, estábamos… follando…», farfulló pero finalmente lo soltó: «¿En qué andaría yo pensando?».

«No pasa nada, no pasa nada», susurró Skinner sin resuello, casi mudo de arrepentimiento. Tenía rota la nariz, además de dos costillas, y lo había hecho él. Se lo había hecho a alguien a quien quería.

Fue el odio.

Fue el alcohol…, fueron los cocineros.

No es una maldición sobre Kibby, es una maldición sobre todo el mundo; me consume a mí y a todas las personas con las que me pongo en contacto. Tengo que dejarlo todo, y volver con Dorothy a San Francisco…

Skinner se quedó un rato más hasta que entró la madre de Kay. Era una mujer elegante, bien arreglada, que evidentemente se había cuidado a lo largo de los años.

La clase de mujer que se conserva bien, había pensado siempre. Parecía sorprendida de verle. *Seguro que es porque estoy relativamente sobrio*, reflexionó él con vivo dolor.

Se excusó, pero no estaba en condiciones de volver al trabajo. Encontró un cibercafé y le envió un correo a Dorothy, tras lo cual echó un vistazo a la red en busca de vuelos baratos a San Francisco.

Yo me largo de aquí cagando leches. El rollo este de los Kibby —Brian y Caroline— no mola. Es chungo que te cagas. Acabaré matándolos a todos si no me voy a tomar por culo. Es el hecho de estar aquí; parece que se preste a fomentar obsesiones extrañas y destructivas con los vecinos, y acabas olvidándote de ocuparte de tu propia vida.

No pienso hacerle daño a nadie más.

Reflexionó acerca de la maldición, en cómo lo infectaba todo. Pensó en el viejo cliché «cuidado con lo que deseas» y consideró si podría, una vez logrado, obtener satisfacción.

Mientras hojeaba el *Evening News* un poco antes, Skinner había encontrado un artículo acerca de una bruja blanca, Mary McClintock. Aunque ya estaba jubilada, se decía que era una autoridad en materia de maldiciones. Le llevó mucho tiempo seguirle la pista hasta localizarla en su casa del complejo de viviendas tuteladas de Tranent. La telefoneó y, tras preguntarle ella su edad, accedió a verle.

En el piso de Mary hacía un calor muy desagradable, pero Skinner tomó asiento delante de la obesa anciana. «¿Puede usted ayudarme?», preguntó en tono muy sincero.

«¿Cuál es tu problema?».

Le dijo que creía haberle echado un maleficio a otra persona. Quería saber si ello era posible, cómo pudo haberlo hecho y si era reversible.

«Desde luego, posible es». Mary le miró con gesto astuto. «Puedo ayudarte, pero antes necesito cobrar, hijo. A mi edad el dinero no me sirve de nada». Arrugó los ojos. «Eres muy buen mozo», dijo ásperamente. «¡Una buena polla, hijo, ése es el pago que quiero!».

Skinner la miró y sacudió la cabeza. A continuación, esbozó una sonrisa. «Me está tomando el pelo, ¿verdad?».

«Ahí tienes la puerta», dijo Mary alzando lentamente la mano y señalando detrás de él.

Skinner la miró fijamente con expresión afligida. Frunció los labios y resopló. Entonces pensó en Caroline y en su terrible impotencia cuando estaba con ella. «De acuerdo», dijo.

Mary se sorprendió un tanto antes de levantarse, entusiasmada, y dejar que sus abundantes carnes fueran distribuyéndose sobre su silueta. Renqueando lentamente hasta llegar al dormitorio, indicó a Skinner que la siguiese. Éste vaciló por un instante, y sonrió para sí, completamente abatido, antes de salir tras ella.

El dormitorio, escasamente amueblado, y en el que destacaba una vieja cama de armazón de latón, era frío y húmedo. «Quítate la ropa, pues, veamos la mercancía», le ordenó Mary con lujurioso regocijo.

Mientras Skinner se desvestía, la anciana se quitó el abrigo y empezó a despojarse de una sucesión de rebecas, delantales y camisetas. Tumbada sobre la cama, parecía más pequeña pero aún seguía resultando monstruosa, desparramando estriados michelines por todo el colchón. De los pútridos charcos de sudor y la piel muerta atrapados entre los pliegues de sus carnes se levantaban fétidos aromas. «Creí que la tendrías más grande», dijo Mary con un mohín, mientras Skinner se quitaba los calzoncillos Calvin Klein.

Tendrá jeta el viejo saco de mierda este…

«La próxima vez me traigo un consolador gigante», dijo Skinner con amargura.

Haciéndole caso omiso, Mary se recostó en la cama y apartó los fláccidos surcos de su cuerpo hasta localizarse el sexo. «No tengo ninguna crema lubricante. Tendrás que utilizar saliva. A ver si echas un buen pollo», le ordenó.

Skinner se aproximó a la cama. Los huesudos dedos de Mary mantenían separados los pliegues y entre aquellos muslos sorprendentemente flacos, tan delgados y angulosos que daba la impresión de que el fémur atravesaría aquella piel amarillenta y llena de manchas azuladas, lo vio. Para su sorpresa, el pelo conservaba el tono negro azabache que en tiempos, probablemente muchas décadas antes, debió tener el de la cabeza. Con la piel que rodeaba al pubis enrojecida e irritada, probablemente a causa de una infección, sus genitales se le antojaron como el retoño recién nacido de una forma de vida que aún estaba por concebir.

Con aterradora fascinación, Skinner se preguntó cuántos frustrantes años sin sexo habría soportado aquella mujer, acosada sin piedad por un reloj biológico que se negaba a detenerse. Para confirmarlo, echó un vistazo a su cabeza, tumbada sobre la almohada; ella le miró con expresión coqueta, lo que por un instante le permitió ver a la joven que llevaba dentro, cosa que a sus ojos la hizo aún más grotesca. Hincó las rodillas en el colchón, mientras el tufillo de orina amarilla y materia fecal dorada y viscosa que saturaba las compresas para la incontinencia impregnaba el aire frío.

Olía fatal, pero Skinner se alegró de tener las fosas nasales bloqueadas por la coca. Se sacó flemas del pecho y se sorbió los mocos, fabricando con ellos un acre cóctel antes de escupirlo violentamente contra el pubis. «Trabájalo», le exhortó ella, mientras Skinner extendía la espesa baba verdosa como un cocinero habría glaseado una masa de repostería, explorando lentamente. De golpe, cual muñeco de una caja de sorpresas, apareció un clítoris inverosímilmente distendido, del tamaño aproximado del pene de un niño pequeño, y unos gemidos desconcertantemente ahogados le dijeron a Skinner que estaba dando en el blanco. Al cabo de un rato, ella jadeó: «Métela ahora…, métela…».

Totalmente absorto con aquella macabra pantomima, Skinner ni siquiera había empezado a pensar en su pene, pero lo tenía duro como una piedra, a pesar de haberse

metido medio gramo de coca antes. Sin ser consciente de ello, estaba planteándose una hipótesis ulterior para explicar su alcoholismo: especuló con que estaba dotado de una sexualidad libertina y que tratar de anegarla en alcohol era un modo de prevenir que se diesen de continuo situaciones como aquélla. Frotó un poco de aquella porquería sobre la punta de su miembro, y luego sobre el resto de la polla, y la penetró de forma lenta y aprensiva.

«Hace tanto que probablemente estará obstruido», dijo ella entre jadeos, leyéndole el pensamiento a medida que iba abriéndose camino en su interior.

Hizo falta follarla mucho; puede que su deseo permaneciera intacto, pero si tenía un orgasmo dentro, éste parecía estar enterrado a mucha profundidad.

¡Joder, sólo por esto tendrían que tocarme los números de lotería de mañana además de los resultados de las carreras de caballos de la semana que viene!

Momentos hubo en los que ella parecía al borde del orgasmo pero éste se alejaba, y en los que Skinner, consciente de lo vil de la situación, quiso abandonar. Vio cómo el viejo despertador pasaba de las siete y veinte a las siete y cuarenta. Mientras notaba la sensación como de ventosa de la piel húmeda de Mary sobre el vientre, los muslos y los testículos, en una progresión que pasó de la abrasión del papel de lija al rumor de huesos frágiles, tuvo que recordar la vieja divisa de Leith: Persevera.

Cuando ella se corrió, lo hizo acompañada de un largo y lobuno aullido nocturno, hincándole los dedos, huesudos como ganchos de carnicero, en los prietos tejidos de sus nalgas.

Skinner se retiró sin correrse, bajándose de encima de Mary y de la cama. Recogiendo con cuidado su ropa y sosteniéndola lejos de su cuerpo, acudió al cuarto de baño, sabiendo que si miraba lo que sentía extendido sobre sus genitales, su abdomen y sus muslos, jamás sería capaz de retener los contenidos de su estómago. En un extremo del cuarto de baño había una pequeña ducha con un cordel de alarma para llamar al encargado en caso de emergencia. En el plato de la ducha no había jabón: éste estaba junto al grifo de la bañera. Skinner sospechó que Mary pertenecía a la generación para la que lavarse significaba ponerse a remojo en una bañera llena de los propios residuos de uno todos los domingos. El agua estaba tibia, pero observó los zarcillos de mocos, heces y otras excreciones, que bailaban en círculo alrededor del desagüe antes de desaparecer.

Se secó, se vistió y regresó al cuarto de estar. No había señal alguna de Mary, aunque dio por supuesto que estaría poniéndose de nuevo todas sus capas; temió entonces que la anciana pudiera estar muerta, tan preocupado estaba con sus poderes destructivos. Finalmente, oyó cómo se movía por el pasillo y se sintió aliviado cuando la vio aparecer. Al desplomarse en la silla con una enorme sonrisa, con el semblante mudado de forma tan radical que parecía que le hubiesen hecho un lifting a fondo, dijo: «Bien, vamos al grano. ¿Cuál es el problema?».

A Skinner le costó entrar en materia, consciente de lo ridículo de su relato. No obstante, se encontró, para su sorpresa, que aquello por lo que acababan de pasar le

facilitó las cosas.

Mary escuchó atentamente, sin interrumpirle una sola vez hasta que hubo terminado. Finalizada su historia, Skinner sintió que se quedaba un tanto limpio, liberado por el acto de la revelación.

Mary no tenía duda alguna acerca de la índole del problema. «En alguna gente, hijo, las intenciones…, los deseos si lo prefieres, pueden ser tan poderosos que se convierten en maldiciones, en hechizos. Sí, no cabe duda: has sometido a ese muchacho a un hechizo».

Dado que llevaba muchos meses de convivencia con aquella extraña situación, en lugar de tomarse aquello como si fuera una noción descabellada, Skinner lo asumió como algo consabido. «Pero ¿por qué tengo *yo* ese poder, y por qué sólo sobre Kibby? Porque quise que le pasaran cosas a otras personas, pero sin ningún resultado», explicó, pensando en Busby, mientras se despellejaba sin piedad la cutícula.

Entonces Skinner tuvo la repentina sensación de que el aire se enfriaba, mientras Mary asentía lentamente. Por primera vez fue consciente de que aquella anciana emanaba cierto poder. «O bien tiene algo que ver con la naturaleza de lo que deseaste o con la persona a la que se lo deseaste. ¿Qué significa para ti el maleficio? ¿Qué representa ese chico para ti?».

Skinner sacudió lentamente la cabeza, se levantó y se dispuso a despedirse. «Muchísimas gracias, pero llevo ya cierto tiempo reflexionando sobre estas cuestiones», expuso, rezumando sarcasmo.

Mary giró la cabeza y dijo: «Cuantas más cosas estén pendientes de resolver en tu vida, más fuerte es tu ira y mayor será tu potencial para causar esta clase de daños».

Skinner se detuvo. «Kibby era un…», empezó, antes de interrumpirse, cobrar conciencia de una forma abominable pero opaca, descarnada pero de algún modo imposible de mirar de frente. Tenía la sensación de que en algún lugar de su fuero interno conocía la respuesta, pero que jamás sería capaz de sacarla de las tinieblas y conducirla a los dominios del pensamiento consciente.

Pero… me acuerdo de un tío que solía mirarnos cuando jugábamos al fútbol. En el parque de Inverleith, en los Links. Pero siempre se mantenía a distancia. Un día me dijo: «Buen partido, hijo. Era…».

«Me preocupas», le advirtió Mary, «me preocupa que acabes mal». Entonces ella estiró la mano y le cogió de la muñeca.

A Skinner se le encogió el corazón, atemorizado como estaba por el movimiento tan repentino, los veloces reflejos y la fuerza con que le había agarrado la anciana. No obstante, recobró la compostura, y tiró del brazo, soltando así la presa. «Tú preocúpate del otro», se burló, «el que tendría que preocuparte es él».

«Tengo miedo por ti», le dijo ella.

Skinner volvió a desdeñarla, pero mientras se marchaba no pudo ocultar su aprensión. Quizá fuera a tomar aquella copa que tanto necesitaba.

41. Catástrofe ferroviaria

El whisky le había ayudado, proporcionándole la fuerza y la determinación para embarcarse en la ardua tarea de subir su pesada y maltrecha figura por la escalera de aluminio. Los atrofiados músculos de sus brazos y piernas ardían como carbones encendidos mientras los escalones chirriaban, crujían y gemían bajo su peso. Los pulmones, que pugnaban por inhalar el suficiente oxígeno para mantener aquel esfuerzo, emitían un sonido áspero, mientras el pulso se le disparaba. En cierto momento, tuvo tal sensación de mareo que pensó que iba a resbalar y estrellarse contra el suelo. Entonces, con un último esfuerzo exhaustivo, entró, tembloroso, en su viejo desván. Con la cabeza dándole vueltas por el efecto de la bebida y el esfuerzo de la subida, se sintió como si acabase de atravesar una membrana asfixiante y acceder a otro mundo. Jadeó, luchando por recobrar el aliento y los sentidos mientras tiraba del cordón del interruptor de la luz. Los tubos de neón parpadearon al encenderse, colocándole cara a cara con la vía férrea y la población a escala.

La delicadeza y precisión de la maqueta supusieron para él una burla instantánea. Allí estaba, alojado en la maltrecha y mísera carrocería fofa que era su cuerpo, lleno de rabia contra su obra, tan inmaculada como inútil.

¿Qué es todo esto? Es todo lo que he hecho con mi puta vida. Es lo único de que dispongo para mostrar que jamás pasé por este planeta. ¡Este puto juguete!

No volveré a obtener un empleo.

Nunca tendré novia, nunca encontraré a alguien a quien amar.

Esto es todo lo que tengo. ¡Esto!

¡No me vale!

«¡NO ME VALE!», gritó. Su voz emanaba de un lugar recóndito y torturado de su alma, resonando por el cavernoso desván.

Las colinas que había construido su padre, las casas que había edificado, los raíles que había colocado, los trenes que había comprado, todos ellos le contemplaban en un silencio testarudo y despectivo. «¡NO VALE NADA! ¡NO VALE NADA!». Avanzó cansino sobre el pueblo y empezó a destrozarlo, pateando, estirando y golpeándolo con los puños, con una energía y una fuerza que creyó que no volvería a tener jamás. Brian Kibby hizo añicos los edificios, despedazó las colinas de cartón piedra, arrancó las vías y arrojó las locomotoras al otro lado de la habitación, saqueando la población a escala como una de aquellas bestias enloquecidas de las antiguas películas de terror.

Sin embargo, la adrenalina se desvaneció de modo tan misterioso como había surgido y de pronto se apoderó de él el agotamiento, que lo dejó varado y tendido sobre el suelo, sollozando suavemente entre los escombros. Al poco rato, desplazó la mirada vidriosa al otro lado de la habitación, hacia la brillante locomotora granate y

negra, destrozada y desparramada entre los restos. Vio la placa de color oro y negro con las palabras CITY OF NOTTINGHAM grabadas en el lateral.

El R2383 BR Princess Class *City of Nottingham*. Tenía roto el eje. Lo recogió, sosteniéndolo contra su pecho como si fuera un primogénito recién nacido atropellado fatalmente por un coche que pasaba por ahí. Mientras lloraba lentamente levantó la cabeza y contempló las colinas de su padre, en otro tiempo magníficas, ahora arrasadas y convertidas en basura.

Las colinas que construyó papá…

NO…

¿Qué es lo que he hecho?

Y volvió a bajar las escaleras de aluminio, ahora sin preocuparse de los ruidos discordantes que hacía al pisar presuroso cada escalón, y pensó que ahora ya estaba preparado para morir.

Sería lo mejor para todos.

Pero quizá antes tenga que morir otro.

Era como si tanto Caroline Kibby como Danny Skinner se hubieran dado cuenta de que existía una forma de amor de naturaleza tan empírea que la ventana de la oportunidad para el congreso carnal sólo se abría por un breve espacio de tiempo. Si, por el motivo que fuera, uno no era capaz de atravesarla, volvía a cerrarse para siempre.

El aroma de su cabello. Sus preciosos y profundos ojos castaños. Esa piel tan hermosa…, ¡cómo cambia bajo mi tacto, como si mi proximidad lo corrompiese todo! No puedo estar con ella: de esa forma no.

Y, no obstante, ¿de qué otra forma podía ser?, se preguntó mientras bajaban por Constitution Street con fría formalidad, cogidos del brazo, sumidos en el silencio confuso y derrotado de los amantes condenados al fracaso.

Caroline escarbó en su bolsa de maquillaje, sacó el tubo dorado de lápiz de labios y lo giró. Al emerger aquel fragmento escarlata, Skinner se imaginó su capullo asomando del prepucio de idéntico modo.

Si…

Era la maldición que le había echado a su hermano lo que los estaba jodiendo. Tenía que ser eso. Tenía tantos deseos de contárselo, de decírselo a grito pelado: *Estoy matando a tu hermano, le eché un maleficio. Lo hice porque no aguantaba su mediocridad, su sosería y porque llegaría más lejos que yo en la vida por el hecho puro y simple de no tener demonios que lo retuvieran. No podré tocarte hasta que no ponga fin a la maldición…*

¿Qué podría decir ella ante eso?

Pero ¿quiénes son, esta familia tan extraña y a la vez tan prosaica? La hija universitaria, inteligente y rebosante de vida; el hermano enfermo, excursionista

pringao, y la matriarca chiflada, temerosa de Dios y atormentada por la ansiedad. ¿Quién cojones será esta gente? ¿Cómo coño era el padre?

Skinner pensó en el Kibby ausente, el que parecía haber proyectado tan larga sombra sobre los demás. «Caroline, ¿qué fue lo que le pasó a tu padre?».

Caroline se detuvo abruptamente bajo la farola de sodio de color naranja, y le miró con expresión perpleja, con la misma desconcertante sensación de intrusión que evidenciaba cuando intentaba tocarla, lo que movió a Skinner a matizar el motivo de su pregunta. «No, es que como la enfermedad de Brian empezó poco después de la muerte de tu padre… ¿Le pasó a él algo parecido?».

«Sí. Fue horrible…, fue como si los órganos internos se le pudrieran desde dentro. Fue algo muy extraño, porque, al igual que Brian, no bebía jamás».

Danny Skinner asintió. Después de todo lo que había pasado con Brian Kibby, empezó a acariciar la noción de que quizá no hubiera maleficio alguno, que quizá se tratara sólo de la más asombrosa de las coincidencias. Quizá Kibby padeciera la misma insólita enfermedad degenerativa que había padecido antes su viejo. ¿Quién era él para suponer que tenía el poder de someter a nadie a una maldición? Quizá sólo se tratara de su propia vanidad, retorcida y demencial, distorsionando todo lo que le rodeaba.

No, tenía que alejarse de ellos si no quería acabar matándolos a todos, como probablemente había matado a su propio padre. Sólo que ahora Alan De Fretais parecía estar más vivo que nunca: se informaba de que las ventas de *Secretos de alcoba* habían aumentado de manera espectacular a lo largo de la semana anterior, volviendo a colocar el libro de cocina afrodisíaca en las listas de superventas. Los periódicos *Scotland on Sunday*, el *Herald*, el *Mail on Sunday*, el *Observer* y *The Times* publicaron todos largos artículos sobre el mismo. Stephen Jardine presentó un documental televisivo sobre la vida del «máximo talento culinario escocés». En dicho programa, un graciosillo profesional llegó a sostener que De Fretais nos había enseñado a contemplar la comida de otra forma —de forma holística— y a relacionarnos con ella de un modo completamente cultural y social. Lo bautizaron como el «Padrino de la generación culinaria».

Era un simple cabrón y punto, pensó Skinner, acordándose del viejo chiste:

> *¿Quién dijo que el cocinero era cabrón?*
> *¿Quién dijo que el cabrón era cocinero?*[35]

De repente aparecieron las luces del Shore, al otro lado de Water of Leith. Skinner había insistido en corresponder a los Kibby invitándoles a cenar en su marisquería favorita. Joyce aceptó encantada pero le preocupaba la reacción de Brian. Curiosamente, éste no tuvo nada que objetar, si bien no mostró el menor entusiasmo. «Que lo paséis bien», dijo, aunque en un tono distante y vacuo.

«Pero, Brian…, tú también estás invitado», había chillado Joyce con incredulidad.

«Iré si me siento en condiciones», dijo Kibby, con las ganas de pelea muy

aminoradas tras destrozar —cosa de la que se arrepentía profundamente— el ferrocarril y la población a escala. Pero en el mismo momento en que protestaba, era consciente en lo más profundo de su corazón de que de ningún modo iba a estar ausente, convirtiéndose de ese modo en el objeto unilateral de la propaganda tendenciosa de Skinner. Tenía una sola idea grabada a fuego en su cerebro: *tengo que protegerles de ese hijo de puta*.

Mientras atravesaban los adoquines, Skinner echó un vistazo por un callejón y vio que algo se movía. Era una gaviota, y parecía tener la cabeza y el pecho cubiertos de sangre. Estaba oculta entre las bolsas de desperdicios de los restaurantes. «Fíjate…, pobre cabrona», dijo Skinner.

«No es más que una gaviota», se mofó Caroline.

«No, está cubierta de sangre…, la habrá atacado un gato mientras hurgaba entre las bolsas… Tranquila, compañera», dijo Skinner, agachándose y aproximándose al ave aterrada.

La gaviota graznó, emprendió súbitamente el vuelo y pasó de largo, perdiéndose en las alturas.

«Era salsa de tomate, Danny», le explicó Caroline. «Estaba escarbando, abriendo las bolsas de basura».

«Vale», dijo él, apartando la cara para que ella no viera sus lágrimas, aquellas extrañas lágrimas vertidas por la gaviota solitaria.

Cuando llegaron a Skipper's Bistro, vieron enseguida a Joyce, que aguardaba a la entrada del restaurante, demasiado nerviosa para entrar ella sola.

«Hola, mamá…», dijo Caroline, besándola en la mejilla, tras lo cual Skinner hizo lo propio. «¿Brian no ha venido?».

«No le he visto hoy, ha ido al centro… Dijo que a lo mejor vendría».

«Pues ya estamos listos», dijo Skinner, haciendo un gesto con la cabeza y echando un vistazo por encima del hombro de Joyce. Ella y Caroline se volvieron para ver qué era lo que miraba. De entre la niebla y la noche surgió una figura casi informe, aproximándose lentamente hacia ellos. Parecía menos un ser humano de verdad que un fragmento de la insulsa oscuridad que hubiera cobrado vida.

«¡Aquí está en persona! Así que al final has conseguido llegar», dijo Danny Skinner con una sonrisa cautelosa según iba acercándose Brian Kibby.

«Eso parece», fue la cortante respuesta de Kibby.

Skinner abrió la puerta del restaurante e hizo pasar al interior a Caroline y Joyce. La mantuvo abierta para Kibby, articulando un escueto y excesivamente teatral «Después de ti».

«Tú primero», le soltó Kibby.

«Insisto», dijo Skinner, y su sonrisa alargada desconcertó a Kibby. Hacía frío y estaba desesperado por entrar y calentarse, de modo que entró a trompicones por la puerta con Skinner pisándose los talones.

Después de que una muchacha recogiese sus abrigos, tomaron una copa en el bar;

Kibby sorbía un zumo de tomate bajo la mirada aprobadora de Joyce. «¡Qué tal, Charlie!», exclamó Skinner, saludando con entusiasmo al chef, que había salido de la cocina; ambos intercambiaron las gentilezas de rigor durante unos minutos.

«En tu trabajo debes conocer a muchos chefs, Danny», comentó Joyce, evidentemente impresionada.

«Alguno que otro…, aunque no tantos como quisiera», dijo, envolviendo sus palabras en un manto de tristeza.

Joyce estaba tan emocionada que no captó la nota lúgubre de su tono. Se volvió hacia su hijo, cuyos ojos estaban clavados en el anaquel de las bebidas. «Apuesto a que tú también conocerás a unos cuantos chefs de cuando trabajabas en el ayuntamiento, ¿no, Brian?».

«A mi nivel no», dijo éste con voz queda.

Les acompañaron a una mesa y a instancias de Joyce pidieron una botella de vino. Skinner se mostró reacio en un principio, pero después echó un vistazo a Kibby y dijo: «Últimamente yo ya no bebo tanto como antes, pero quizá una sola copa… ¿Cómo era aquello? Una comida sin vino es como un día sin sol».

Brian Kibby miró con gesto expectante a Joyce, quien torció la cara, por lo que éste prefirió llenar su copa de agua mineral.

Sigue siendo un puto niño de mamá, pensó Skinner despiadadamente. Vio el televisor de la esquina, lleno de imágenes de la ocupación de Irak y propuso un brindis. «*A buon vino non bisogna fasca*».

Ni uno de los Kibby tenía la menor idea de lo que había dicho, pero sonaba muy impresionante, sobre todo a oídos de Joyce. Estaba muy emocionada con la comida; jamás había visto ni probado una lubina como la que le trajeron. Caroline, por recomendación de Skinner, según se fijó Brian Kibby, se sumó a él pidiendo un San Pedro. Por su parte, Kibby optó por el lenguado. El pescado estaba excelente; para Joyce, que rara vez salía de noche, la velada estaba siendo todo un placer. «Este pescado está muy fresco», dijo agradecida. «¿El tuyo está fresco y sabroso, Danny?».

«¿Fresco? Aún no había terminado de oír los últimos ecos de la extremaunción cuando empecé a exprimirle el limón encima», bromeó éste.

Todos se rieron salvo Brian Kibby, aunque Joyce se sintió satisfecha de ver que, pese a mostrarse bastante hosco, no se mostraba abiertamente hostil con Danny. «¿Y tú qué tal cocinas, Danny?», preguntó.

«Me paso la vida emulando a cualquiera que esté en el candelero, Joyce. Pruebo las recetas del libro de cocina de cualquier cocinero televisivo —Rhodes, Ramsay, Harriott, Smith, Nairn, Oliver, Floyd, Lawson, Wbrrall-Thompson— y me esfuerzo fielmente por reproducir sus obras, siempre y cuando lo permitan las exigencias del mercado local, claro…».

«¿Y qué me dices de nuestro viejo amigo De Fretais?», inquirió Kibby, repentinamente desafiante. Skinner sintió que se le aceleraba el pulso. De pronto, se quedó paralizado de temor.

«¡Decías que su cocina era un estercolero! ¿Te acuerdas, Danny?».

Pero qué coño…

«Qué horror», comentó Joyce, «el pobre hombre se encontraba en la cima de su carrera profesional… Y tan buen cocinero, además».

De Fretais…

«Pues a mí me parecía un auténtico asqueroso», dijo Caroline.

Mi viejo…, lo maté…

Joyce frunció los labios ante lo que acababa de decir su hija.

«¡Vaya forma de hablar de los muertos!».

… era un pervertido, un explotador…

«¿Y tú qué piensas, Danny?», insistió Kibby.

Kay. Es una chica tan encantadora. Lo único que quería era bailar. Hacerlo bien. ¿Qué coño tenía eso de malo? Tendría que haberla apoyado. Tendría que…

Skinner pensó en su antigua prometida, tendida en aquella cama de hospital. «Fue algo muy de lamentar», dijo con tristeza; entonces volvió a sentir rabia al evocar la imagen de De Fretais encima de ella. «Yo era muy crítico con el estado de su cocina, eso lo sabemos todos, y tú también, Brian. Por desgracia, nunca obtuvimos el respaldo necesario de las altas esferas. Como sabrás, durante mucho tiempo abogué por cambiar los procedimientos de inspección para que fuera más difícil que los inspectores mantuviesen relaciones poco apropiadas con los De Fretais de este mundo…», observó a Kibby mientras éste se ruborizaba y se avergonzaba, «pero no me apoyaron. Personalmente, sin embargo, he de reconocer que De Fretais era un cocinero del carajo. De modo que sí, no dudaría en añadir su nombre a la lista de gente a la que, sin vergüenza alguna, he tratado de emular en la cocina».

Kibby agachó la cabeza.

Skinner se volvió de nuevo hacia Joyce. «Pero ¡ay!, con poco aplomo. De manera que hago lo que puedo, Joyce, pero no acabo de estar a tu nivel».

Joyce se llevó la mano al pecho e hizo ojitos, como una colegiala: «Qué amable eres, Danny, pero yo no soy nada del…».

«Haces unas sopas muy buenas», saltó su hijo, enfurruñado.

«Para mi gusto tienes demasiada predilección por la carne roja», terció Caroline.

Fijándose en el pescado que Caroline tenía en el plato, Joyce replicó: «¡Menuda vegetariana está hecha la señorita!».

Caroline se revolvió en el asiento.

«La estoy quitando de todas esas bobadas», bromeó Skinner, mientras Caroline protestaba propinándole un ligero golpe con el codo. Ambos se preguntaron con ansiedad cómo era posible que mostrasen la confianza de unos amantes mientras seguían sin poder consumar su amor.

Su vello púbico será tan rubio como el pelo de su cabeza, dulce y delicado; me encantaría mordisquearlo como si fuera un corderito alimentándose de hierba virgen, pero nunca la conoceré en ese sentido, no como conocí la sudorosa masa de

Mary…

«Sí, claro. Cuando las ranas críen pelo», le reprendió Caroline a su vez.

Brian Kibby trató de lanzarle una mirada penetrante a su hermana pero ella ni siquiera le veía.

¡Te tiene dominada, joder!

Joyce se lo estaba pasando bien, y bebía a buen ritmo, poco acostumbrada al vino que Skinner no dejaba de servirle.

«¿Alguna vez vas a la iglesia, Danny?», le preguntó ella con toda seriedad.

«Religiosamente», dijo Skinner, provocando la carcajada de Caroline y una sonrisa compungida de Joyce. Kibby permaneció impasible. «No, he de reconocer que no, Joyce», prosiguió, prescindiendo del tono frívolo, «pero tengo entendido que tú sí asistes con regularidad».

«Desde luego. Me fue de gran consuelo cuando mi Keith…». Reprimió una lágrima de emoción y miró a su hijo. «… y por supuesto, cuando aquí el señorito estaba tan enfermo».

Ante el tono condescendiente de su madre, Kibby sintió cómo irrumpía su preadolescente interior. Apuró el agua mineral y se sirvió una copa de borgoña blanco. «Una sola no me hará daño», le dijo a Joyce mientras ésta hacía un mohín, antes de volverse sardónicamente hacia Skinner y agregar: «Un poco de lo que a uno le apetece, ¿no es eso, Danny?».

Skinner se fijó primero en la cara de Kibby y después en la expresión de desaprobación de su madre, antes de levantar los brazos en un simulacro burlesco de rendición. «¡A mí dejadme al margen de ésta!».

No obstante, hubo varias más al margen de aquélla, y enseguida fue a parar sobre la mesa otra botella.

A medida que bebía, Kibby se iba envalentonando. Miró a Skinner desde el otro lado de la mesa. «La gente critica a la policía hasta que el robo o la paliza se la llevan ellos, ¿no, Danny?».

Skinner se encogió de hombros, preguntándose adonde pretendía llegar Kibby con aquello.

«Lo digo porque me acabo de acordar de aquella vez en que te pegaron una paliza en el fútbol. Supongo que en ese momento te habrías alegrado de que intervinieran».

«Seguro que a alguien le habría venido bien», dejó caer Skinner con una sonrisita de suficiencia.

«¿La policía?», preguntó Joyce, preocupada y ansiosa. «¿Qué pasa con la policía?».

«¿Te suena *Walking on the moon*, el tema de Police?», le preguntó Skinner, guiñándole un ojo. Joyce sonrió. No sabía de qué le hablaba.

Después de que hubiesen caído unas cuantas botellas más de vino, quedó claro que Joyce Kibby se lo estaba pasando pero que muy bien. «Confieso… que me siento un poco mareada», dijo con una risa tonta, aliviada de ver a Brian y Danny

llevándose un poco mejor. Entonces la habitación empezó a dar vueltas y Joyce empezó a atragantarse y enrojecer.

«Santo cielo…».

«Mamá, ¿estás bien?», le preguntó Caroline, sin que le pasara desapercibida la singular pero bienvenida coincidencia de la ebriedad de su madre y la cortesía mutua que se mostraban su novio y su hermano, por forzada que fuera. Pese a sentirse más animada, sintió que el deber la llamaba. «Voy a llevar a mamá a casa», anunció, poniéndose en pie.

«Sí, dejémoslo para otro día», asintió Skinner, haciendo ademán de pedir la cuenta.

Kibby apuró su doble brandy y pidió otro. «La noche es joven», sonrió con gesto vagamente siniestro, con los párpados caídos y ocultos desde la perspectiva de Skinner, pese a que relucían a la luz de las velas. «¿Qué pasa, Danny, colega, no aguantas mi ritmo?».

Sólo Danny Skinner vio algo oscuro y etéreo en aquel aparte, algo que iba más allá de las bromas en estado de semiembriaguez entre dos viejos compañeros de trabajo. *El día se pasa entre risas y canciones*…

«Vosotros dos quedaos a tomar una copa si os apetece», dijo Caroline, tratando de levantar del asiento a su temblorosa y desconcertada madre.

Mientras Skinner reprendía gentilmente a Joyce por haber bebido más de la cuenta, Brian Kibby se volvió hacia Caroline y le tiró del brazo. Ella se preparó para otro de sus ataques contra su galán, pero él se limitó a mirarla con tristeza y gemir en voz baja: «La he roto, hermanita. La vía férrea. He destrozado el ferrocarril de papá. Estaba deprimido, me volví loco. Me siento tan mal…».

Caroline captó el terrible dolor de su mirada. «Ay Brian…, quizá puedas repararlo».

«Hay cosas que no tienen arreglo. Se quedan rotas», se quejó Kibby, abatido, antes de volverse para mirar a los demás comensales y concentrarse en Skinner, que había captado el comentario y le miró fijamente a su vez.

Mientras la camarera se aproximaba con los abrigos, Caroline notó cómo se disparaba la tensión, y se despidió renuente. Sin embargo, Skinner sólo la vio mover los labios, porque ese gesto y aquel comentario supuestamente inofensivo confirmaron su certeza de que, de algún modo, Kibby sabía lo del maleficio.

Lo sabe. Y ahora nos matará a ambos bebiendo.

Durante uno o dos segundos el pánico se apoderó de él, pero Danny Skinner aceptó la invitación a seguir bebiendo, pues sentía que no tenía demasiadas opciones. Se vio sacudido por una vorágine de sensaciones, pero una idea predominaba sobre las demás: se estaban destruyendo el uno al otro, y había que hacérselo ver a Brian Kibby.

De modo y manera que los dos extraños compañeros de borrachera se despidieron de las mujeres y se fueron al pub adyacente. Skinner miró a Kibby. Daba la impresión

de estar preparándose para algo más que una borrachera; se sentó en el taburete de la barra con la fuerza de un gladiador.

Mientras miraba a su adversario la mente de Skinner no paraba de dar vueltas y revueltas. «Bri…, esto es una tontería. Esta forma de beber no es buena para ninguno de los dos. Hazme caso, lo sé muy bien».

«Tú haz lo que te salga de los huevos, Skinner, yo estoy de pedo y me la suda todo», dijo Kibby, llamando la atención de la camarera con un gesto.

«Mira, Bri…», empezó Skinner, pero Kibby ya tenía delante una pinta y un whisky doble, de modo que el instinto de conservación le obligó a hacer otro tanto.

A Kibby no puede quedarle demasiado aguante; otra megaborrachera le pondrá tan enfermo que le dejará postrado en la cama e incapaz de acercarse ni a pubs ni a tiendas de licores, y por consiguiente, incapaz de perjudicarme. Entonces podré convencerle de que está haciendo el primo.

«No serás capaz de aguantar mi ritmo, Brian», dijo Skinner, levantando su copa y agregando en tono escalofriante, «no hay forma de que me ganes».

«Pero anda que no lo voy a intentar, Skinner», le espetó Brian Kibby en respuesta. «¡Y ahora que mi madre y mi hermana se han ido ya no hace falta que estés tan empalagoso!».

Y llevó hasta sus labios agrietados un vaso de absenta que Skinner ni siquiera le había visto pedir.

Venga, Skinner. Hagámoslo. Hagámoslo, joder. Absenta, whisky, cerveza, vodka, ginebra, alcohol de quemar, lo que te dé la puta gana. A ver si hay huevos. ¡A ver si hay huevos, malvado y baboso bastardo mutante de Satanás!

Que Dios me ayude.

Ayúdame, Señor.

Skinner miró a Kibby de arriba abajo. Ni siquiera sonaba como el de antes. *Pero, aun así, que se joda*, pensó, viendo una aparición fantasma del viejo Kibby, la víctima propiciatoria a la que le había tendido la mano de la amistad, pero que, temeroso de la vida, se había escabullido para regresar a su concha de pelele. «Por mí perfecto», dijo. «Ah, y por cierto, sea lo que sea que imagines que te he hecho, te aseguro que es muy poco para lo que te mereces», dijo con sorna mientras daba grandes tragos a su copa.

El caso es que, incluso en el momento de proferir aquellos improperios, se daba cuenta de que, paradójicamente, Kibby ya no le desagradaba.

Ya no es el aplicado, pelotillero e irritante lameculos de antaño. Se muestra cáustico, amargo, vengativo y obsesionado; es exactamente ig…, no…, no…

No…

Que te den, Kibby, yo tengo que coger un avión.

42. El diario

Cuando salimos del taxi y nos metemos de nuevo en casa, dejo a mamá sentada ante el televisor, borracha y mareada. Nunca la había visto en semejante estado. No para de largar acerca de mi padre, contándome lo bueno que era, y de repetirme que Danny es muy buen chico y que Brian y él ya son amigos.

Tengo muchas dudas acerca de esto último, y me sentí muy reacia a dejarlos solos porque allí pasaba algo, pero ellos insistieron y yo tenía que llevar a mi madre a casa como fuera.

Ahora sigue dale que te pego acerca de mi padre; no para de hablar de lo mucho que le quería. Entonces se vuelve hacia mí, y con expresión casi airada, baja la voz y dice: «Por supuesto, tú siempre fuiste su favorita. Siempre dicen que si los padres y las hijas, y las madres y los hijos». Tose, y de repente los ojos se le ensanchan, llenos de fervor fanático. «Pero yo te quiero, Caroline, te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿no?».

«Por supuesto que sí, mamá…».

Se levanta, y acercándose a trompicones, me abraza. Me estrecha con una fuerza sorprendente, y se aferra desesperadamente a mí, sin soltarme. «Mi chiquitina, mi chiquitina bonita», me dice ahogándose entre las lágrimas. Sus convulsiones me estremecen. Yo acaricio sus rizos teñidos, fijándome con taciturna fascinación en las canas que van saliéndole en las raíces de las sienes.

Pero empiezo a sentirme incómoda y le cuchicheo al oído: «Mamá, voy a subir un momento». Dije que iba a comprobar una cosa. Como me mira con cara de perplejidad por un segundo, añado «para Brian», lo cual parece aplacarla y hace que me suelte.

«Brian…», repite en voz baja, antes de empezar a murmurar una oración, o ponerse a recitar un pasaje de las Sagradas Escrituras, mientras salgo de la habitación.

Subo al desván y tiro del quizque, abriendo la trampilla y liberando la escalera de aluminio. La bajo y empiezo a subir. El perno que las sujeta está desgastado, y los peldaños vibran ominosamente bajo mi peso. Me siento aliviada al llegar arriba y pongo los pies en el suelo del desván.

Enciendo las luces y veo que Brian lo ha destrozado de verdad. Es como si la maqueta de la población hubiera sido bombardeada. No sé si podrá ser restaurada; para mí que cualquier cosa que puede construirse puede restaurarse, pero va a ser un trabajo arduo. Dudo que Brian esté en condiciones de hacerlo en estos momentos. Una parte de mí se plantea ofrecerme a ayudarle, pero luego pienso en lo ridículo que resultaría. No sabría ni por dónde empezar.

Contemplo el desbarajuste, mirando las colinas rotas que fabricó papá con todo aquel cartón piedra. Me acuerdo de que le ayudé a prepararlo en un gran barreño de

color naranja que guardábamos debajo del fregadero. De manera que sí que aporté mi granito de arena, en mayor medida de lo que yo misma suponía. Ahora que lo pienso, lo hicimos entre todos. Yo era muy pequeña, pero recuerdo que me emocionó poder echar una mano. ¿En qué momento empecé a censurar todo lo bueno que hubo en nuestra vida? ¿En qué momento empezaron a parecerme un rollo carca y vergonzante todos esos maravillosos recuerdos de convivencia y diversión?

Intento volver a unir las dos partes de una colina rota. Algo se desprende del interior y cae al suelo con un ruido sordo. Pienso que será un soporte de madera de una parte del armazón o algo así, pero en el suelo veo lo que parece un grueso diario. No es un diario, sin embargo: es un cuaderno con renglones, y la letra es de papá. En el interior de la tapa lleva pegada una nota.

> Algún día alguien encontrará este cuaderno. Mi mujer y mis hijos conocerán entonces la verdad con la que yo llevo conviviendo tantos años. Joyce, Caroline, Brian, os pido por favor que creáis dos cosas que voy a deciros. Lo primero es que antes de que entraseis a formar parte de mi vida era una persona muy distinta de la que soy ahora. Lo segundo es que esté donde esté ahora, os quiero más que nunca.
>
> Que Dios os bendiga.

Empiezo a leer el libro. La mano me tiembla de tal forma que tengo que dejarlo en el suelo. Al llegar a determinado pasaje se me hiela la sangre.

> Apenas puedo creer que él no dijera una palabra. Accidente laboral, lo llamaron. Los dos sabíamos que no había sido así, y supongo que ella también.
>
> Fue algo superior a mis fuerzas. Estaba desquiciado por la ira y por el alcohol. Es muy importante para mí dejar constancia escrita de ello.
>
> Me llamo Keith Kibby y soy un alcohólico. No sé cuándo empecé a beber. Siempre lo he hecho. Mis amigos siempre habían bebido. Mi familia siempre bebió. Mi padre era marino mercante y pasaba mucho tiempo embarcado. Ahora entiendo la vida tan estupenda que era para un alcohólico hacerse a la mar. Mientras estás embarcado te puedes desintoxicar; la mar es el único lugar en el que no se te incita a beber. No hay pubs, ni anuncios, ni priva. Pero nadie bebe como un marino y cuando mi padre volvía a casa bebía y bebía. Los recuerdos que tengo de él en estado sobrio son pocos y fugaces.
>
> Fui criado en lo fundamental por mi madre. Tuve un hermano menor que murió siendo un bebé. Un día llegué a casa del colegio y encontré a mi madre llorando en compañía de mi tía Gillian y la cuna vacía. Muerte súbita, dijeron. La gente también decía que después de aquello mi madre y mi padre jamás volvieron a ser los mismos. También decían que papá empezó a beber más que

nunca.

Según iba creciendo, empecé a andar por ahí con algunos de los chicos de la localidad. Durante la adolescencia nos volvimos pendencieros, cosa que suele suceder cuando los chicos forman pandillas. Algunos éramos duros, y otros sólo hacían ver que lo eran. Nos bautizamos como los Tollcross Rebels. Estábamos orgullosos de ser como éramos. Nos zurrábamos con otras pandillas y bebíamos mucho. Yo bebía más que la mayoría.

A los dieciséis años dejé la escuela de Darroch. Cuando fui a ver al tío de la oficina de orientación profesional, me dijo que tomara asiento y me entregó una tarjeta para que la llevase a los ferrocarriles. Me formé como cocinero en British Rail. Fui a Telford College a estudiar en las horas de formación que nos concedía la empresa. Allí asistí al curso de cocina del City and Guilds of London Institute.

Nunca me gustó ser cocinero. No tenía aptitud alguna y me molestaba estar encerrado y sudando en una cocina calurosa. Trabajaba en los trenes que viajaban entre Edimburgo y Londres, en los vagones-restaurante. A mí lo que me habría gustado era ir en cabeza, conduciendo el tren, no encerrado en una cocina angosta calentando comida precocinada para hombres de negocios. Como a tantos chavales de mi colegio, la orientación profesional que me ofrecieron era muy pobre.

Los Tories, con Thatcher a la cabeza, habían llegado al poder y lo estaban clausurando todo. Me volqué en las actividades sindicales y adquirí «conciencia política», como nos gustaba llamarlo entonces. Acudí a mítines, participé en marchas y manifestaciones, y formé parte de piquetes. Leía mucha historia y también acerca del socialismo y las posibilidades de una vida mejor que éste ofrecía a la gente trabajadora.

Pero veía que, en gran parte, aquello eran castillos en el aire. El sistema siempre vencería, siempre podría arrojar migajas suficientes de la mesa del rico para asegurarse de que la gente de a pie se atropellase una a otra para hacerse con ellas. Me desencanté al convencerme de que el mundo nunca llegaría a ser el lugar justo e igualitario que yo quería que fuese. Así que bebí más. Por lo menos, así era como lo veía yo en aquel entonces. Seguramente no era más que una excusa.

Me hacían falta excusas, pues no quería ser como mi padre, que se ponía violento cuando bebía. De joven, cuando él le pegaba a mi madre, le plantaba cara. Nos peleamos, nos peleamos físicamente, borrachos perdidos. Mi padre era un hombre brutal, y supongo que yo también aprendí a serlo para poder plantarle cara. Una vez, después de una pelea, los dos acabamos en urgencias. A veces mi madre le abandonaba, pero siempre acababa volviendo.

En aquel entonces en mi vida no había demasiado amor, pero tenía la música. Al margen de la política, mi gran pasión era ésa, concretamente el

punk rock; cuando apareció me encontré en mi elemento, pues en cierto modo combinaba ambas cosas. Lo hacían jóvenes de a pie como nosotros, que venían del mismo tipo de lugares que nosotros, y no superestrellas ricas y mimadas que vivían en mansiones en Surrey. En aquella época, en Edimburgo había algunos grupos locales estupendos: Valves, los Rezillos, los Sears, los Skids, los Old Boys y Matt Vynil and Decorators.

Es curioso que los medios de comunicación tachasen al punk de violento, porque en aquella época lo que me apartó a mí de la violencia callejera de las pandillas de Edimburgo fueron a los conciertos de música punk. A través del punk me enamoré de una chica que conocí en un concierto de los Clash. Se llamaba Beverly y era una auténtica punk. Tenía el pelo teñido de verde y a menudo llevaba un imperdible en la nariz. Era una chavala de lo más salvaje, aunque también tenía un lado muy tierno. Destacaba por el solo hecho de ser una chica, porque la verdad es que no había demasiadas chicas guapas a las que les gustase el punk. Comparado con ella, supongo que yo no hacía más que aparentar: era punk los viernes y luego me vestía de discoteca para ir a Busters o Annabel's el sábado, a conocer chicas.

Pero en aquellos sitios nunca conocí a ninguna como ella.

A Beverly aquello le sacaba de quicio; siempre me estaba llamando «punk de escaparate». Trabajaba de camarera en el Archangel Tavern, donde se hizo famosa por su pelo verde. Decían que el público que se congregaba allí era bohemio. A mí, sin embargo, no me gustaban; los veía demasiado pijos para mi gusto.

Tampoco es que me importaran. Por primera vez en mi vida, estaba enamorado.

Beverly tenía amistad con algunos de los cocineros. Eran cocineros de restaurante y menospreciaban a las chachas de ferrocarril como yo. El tal De Fretais era uno de ellos, sólo que entonces no se llamaba De Fretais. Iba a mi clase en Telford.

Mi forma de beber siempre fue un problema. Si a eso le añadíamos el genio de Beverly formábamos una mezcla volátil. Ella iba por libre y estaba viéndose con este otro tío a la vez que conmigo. Él también era cocinero, en el Northern Hotel. Yo no le conocía pero me habían hablado de él. Los trabajadores de los hoteles y de los restaurantes tienden a confraternizar a causa de los horarios.

Beverly se quedó embarazada justo después de que ella y yo nos enrollásemos; no quiso decirme si el crío era mío o del otro. Era batería además; tocaba con los Old Boys. Yo no le conocía pero le odiaba. ¿Por qué no? Trabajaba de chef en un sitio mejor que el mío, era un punk auténtico que tocaba en un grupo, y Bev, que a mí me tenía loco, le quería más a él. No fui capaz de asimilarlo.

Una noche, la cosa se salió de madre. Estaba borracho y muy cabreado con la situación, y cometí la mayor estupidez de toda mi vida. Fui a ver al otro tío para intentar zanjar el tema. Fue horrible. Fui a su lugar de trabajo y discutí con él en la cocina. En aquel momento por ahí no había nadie más. No me tomó en serio, me mandó a freír espárragos. Mientras me alejaba, gritándole, me hizo un corte de mangas y me dijo «Anda y que te den por culo, gilipollas» en un tono de lo más despectivo. Cuando lo pienso, hizo bien; un borracho se presenta en tu lugar de trabajo dando voces, ¿de qué otra forma ibas a reaccionar? Pero yo estaba bebido y traumatizado por los celos, y me enfurecí y perdí la cabeza del todo.

El tío me había dado la espalda, y arremetí contra él; le cogí por la nuca y le metí la cabeza en lo que, aturdido por el alcohol, tomé por una olla llena de sopa. No lo era. Resultó ser el aceite de una freidora. Gritó: jamás he oído nada tan espeluznante como ese grito, aunque supongo que yo también grité, porque a mí se me quemaron las manos. La olla volcó y salí corriendo de la cocina sin mirar atrás. Un portero me vio, pero lo aparté de un empujón y murmuré algo acerca de un accidente. Por aquella época ni siquiera conocía su nombre completo. Después descubrí que se llamaba Donnie Alexander. Fui a casa y cuando desperté pensé que quizá habría sido todo un sueño. Pero mis manos abrasadas me decían que no había sido así. Él sufrió terribles quemaduras en el rostro y quedó muy desfigurado. Por algún motivo nunca me delató. Dijo que había sido un accidente. Yo no podía acudir al médico con las manos en ese estado. Sufrí dolores durante semanas; sabe Dios cómo lo pasaría el pobre Donnie.

Él no dijo nada, pero Bev sabía que había sido yo. No hacía falta ser un genio para llegar a esa conclusión. Se negó a verme, incluso en el momento en que se encontraba a punto de dar a luz. Me amenazó con contarle a la policía lo que había hecho si me acercaba siquiera a ella. Y no bromeaba. Beverly era una tía muy testaruda. Yo la quería, pero a quien ella quería de verdad era a Donnie. ¿Cómo reprochárselo? Yo era un borracho y el problema de los borrachos es que siempre llega un momento en el que acabas harto de ellos estaba con él antes de que yo apareciera, sólo que habían reñido de mala manera. A veces pienso que sólo me utilizó para vengarse de él. Yo habría hecho cualquier cosa por ella.

Entonces nació el crío. Un chico. Sé que era hijo mío, lo sé.

Lo peor, sin embargo, fue cuando me enteré de la muerte de Donnie Alexander. Yo le había desfigurado. Se marchó a trabajar a un pequeño hotel de Newcastle. Luego me enteré de que había muerto. Se suicidó en su habitación alquilada. Fue todo culpa mía; para el caso, tanto hubiera dado que le hubiese asesinado.

Es muy importante para mí dejar todo esto por escrito de la manera más

sincera posible.

Acudí a Alcohólicos Anónimos y me reformé; después empecé a acudir a la iglesia. Yo jamás había sido creyente; de hecho, era todo lo contrario, y lo cierto es que sigo siendo escéptico, pero aquello me proporcionó la fuerza para seguir sobrio. Me olvidé de la política, aunque seguí siendo miembro del sindicato. Dejé de ver a todos mis viejos amigos. Hice un curso de reciclaje con British Rail, primero para guardavía, y luego para maquinista. Me encantaba el trabajo, la soledad y sobre todo la belleza de la ruta de las West Highland.

A través de la iglesia conocí a Joyce y con ella construí una nueva vida. Tuvimos dos hijos maravillosos. Con posterioridad, sólo volví a probar el alcohol en contadas ocasiones. En aquellas recaídas reaparecía mi viejo yo: amargado, sarcástico, agresivo y violento. Cuando bebía, me convertía en un psicópata.

Lo del chico de Bev me hizo sufrir terriblemente, pero llegué a la conclusión de que estaría mejor sin mí. Ella abrió una peluquería, y al parecer no le iba mal. Fui a verla a la tienda una vez, algunos años más tarde. Quería saber si podía hacer algo por el chico. Pero Bev me dijo que no quería tener nada que ver conmigo y que no se me ocurriera acercarme a él para nada; le había puesto de nombre Daniel.

Tuve que respetar sus deseos. Sí que le vi jugar al fútbol algunas veces, asegurándome de que ella no me viera. Solía romperme el corazón ver a los otros padres mimar a sus hijos. A lo mejor no era sino una proyección de mi propio dolor, pero a menudo daba la impresión de ser un chiquillo de lo más ensimismado y solitario. Recuerdo que una vez metió un gol durante un partido, una vez que ella no estaba allí; me acerqué a él después y le dije: «Buen partido, hijo». Se me hizo un gran nudo en la garganta cuando su mirada topó con la mía; tuve que reprimir las lágrimas, dar media vuelta y marcharme. Fueron las únicas palabras que jamás le dije, aunque en la cabeza le he dicho miles. Pero al final tuve que dejarlo estar, pues tenía que pensar en Brian y Caroline, y por supuesto en Joyce. Tenía que cuidar de ellos lo mejor que supiera.

Se lo conté todo a Joyce. Creo que fue un error. Dicen que la verdad te hace libre, pero ahora sé que eso no es más que una bobada autocomplaciente. A lo mejor te hace libre a ti, pero puede llegar a hacer estragos entre los que te rodean. A Joyce le hizo tanto daño que sufrió una crisis nerviosa; no creo que desde entonces haya vuelto a ser del todo la que era.

Ahora, supongo, vuelvo a hacer lo mismo: soltar verdades autocomplacientes para sentirme mejor, cuando sé que eso podría hacer daño a las personas que más quiero. Creo que uno tiene que ser lo bastante fuerte como para asimilar las cosas y guardárselas. Pero cuando lo hago, siento

dentro de mí el ansia y la necesidad de salir a beber. Eso no puedo hacerlo, y sólo ponerlo por escrito ayuda. Sólo espero que cuando todos lo leáis, lo hagáis en una etapa de vuestras vidas en que podáis comprenderlo. Lo único que puedo decir es que existen errores por los que uno no deja nunca de pagar. Y aquellos a los que más quiere tampoco.

Brian, Caroline, en estos momentos es muy posible que estéis leyendo esto. Quizá tú también, Danny. Si es así, quiero que sepas que me dolió no tenerte cerca. No ha pasado un solo día de mi vida en el que no pensara en ti. Espero de todo corazón que el hecho de no tenerme cerca no supusiera para ti absolutamente ninguna diferencia.

Joyce, te quiero; jamás, ni en un millón de años, podré disculparme por todo el daño que te he causado. Os quiero a todos y espero que sepáis perdonar mi estupidez y mi debilidad.

Que Dios os bendiga a todos.

43. Leith Calling

Llovían frías cortinas de agua sobre un fondo de nubes oscuras, azotando de forma amenazadora las ventanas del exterior. Caroline entró con sigilo en la habitación, que sólo estaba iluminada por el televisor encendido. Apenas distinguía la silueta de su madre, acurrucada en el sillón.

Sobre la repisa de la chimenea, entre la luz parpadeante, vio de forma intermitente la imagen de su padre de joven. Se aproximó al retrato en blanco y negro y lo examinó como nunca antes había hecho. En efecto, sí que tenía algo distinto; los ojos desprendían una inquietud maníaca en la que hasta ese momento no había reparado, y en la boca había un mohín desaforado. Ahora la fotografía parecía caracterizarle no como el hombre tranquilo sentado en el sillón —religioso, recto y sobrio— sino como un ser movido por grandes y a veces terribles impulsos que se esforzaba a diario por reprimir.

Caroline se sentó en la silla situada junto a su madre, estrechando contra el muslo el cuaderno de aspecto inocuo que contenía aquellas asombrosas confesiones. «Mamá, ¿cómo era papá cuando le conociste?».

Joyce levantó la vista ante aquella distracción de la anestesia que destilaba regularmente el tubo de rayos catódicos. Los efectos euforizantes del alcohol se fueron agotando, lo que la había dejado medio adormilada y desorientada. Con una sensación de culpa lacrimógena, ahora le había dado por pensar que había profanado la memoria de Keith al beber. Y había algo en el tono de voz de su hija, algo amenazador… «No entiendo lo que quieres decir, era el de siempre, era…».

«¡No! ¡Era un alcohólico! ¡Tenía un hijo con otra mujer!». Caroline se puso en pie y depositó el diario en el regazo de su madre.

Con la mirada afligida y los ojos abiertos como platos, Joyce miró el cuaderno y después a su hija, antes de derrumbarse, acongojada, mientras caía al suelo el diario. Su madre se le antojó a Caroline una masa más oscura e informe que nunca. «Nunca la quiso…, ¡me quería a mí!», exclamó Joyce, con un timbre de voz desesperado situado a mitad de camino entre la súplica y la declaración. «Era cristiano…, era un buen hombre…».

El estómago de Caroline, lleno de comida y bebida, se revolvía. Salió al pasillo; en la pared estaba colgado el teléfono y sobre la estantería situada debajo de él estaban la guía telefónica y las páginas amarillas. Encontró el número del negocio de Beverly enseguida, e hizo votos por que Bev Skinner figurase en la guía por calles.

Había bastantes B. Skinner, pero sólo una en el distrito postal de Leith EH6: Skinner, B. F. Marcó el número con cuidado y los nervios a flor de piel. Contestó una voz de mujer. «¿Sí?».

«¿Es usted Beverly Skinner?».

«Sí, soy yo», fue la brusca respuesta. «¿Quién quiere saberlo?».

«¿Es usted la madre de Danny Skinner?», preguntó Caroline. La ira de aquella mujer alimentaba ahora su propia sensación de indignación y le infundía valor.

Al otro lado de la línea se produjo una brusca exhalación. «A ver, ¿qué es lo que ha hecho ahora?».

«Señora Skinner, creo que quizá sea la hermanastra de Danny. Me llamo Caroline, Caroline Kibby. Soy hija de Keith Kibby. Tengo que verla. Tengo que hablar con usted».

A esto le siguió un silencio tan largo y tan estremecedor que Caroline quiso chillar de rabia en protesta. Justamente cuando sospechaba que Beverly Skinner iba a colgar por la impresión recibida, volvió a oír aquella voz, más pugnaz que nunca. «¿Cómo has conseguido este número?».

«Estaba en el listín de teléfonos. Tengo que verla», repitió Caroline.

Se produjo otro silencio, antes de que la voz dijera, en un tono más resignado «Pues si está en el listín, ya sabes dónde vivo».

Caroline Kibby ni siquiera entró a despedirse de su madre. Joyce estaba sentada, totalmente aturdida, con el cuaderno junto a los pies. Al cerrarse de golpe la puerta principal, apenas se estremeció.

Beverly Skinner colgó el auricular y se recostó en el sillón. Cous-Cous, el gato, se le subió de un salto al regazo, y Beverly comenzó a acariciar al animal, que empezó a ronronear de un modo ruidoso, semejante a un ronquido, antes de salivarle encima.

Había aguardado durante largo tiempo la llegada de aquel día, reconcomida interiormente por una extraña sensación de terror. Había supuesto que cuando llegase sería una experiencia extrema: traumática o incluso catártica. Pero lo cierto es que fue un anticlímax total. Estaba desilusionada. Se había propuesto mantener la maligna influencia de Keith Kibby alejada de su Danny durante todo el tiempo posible. Pero Danny se las había arreglado para echar las cosas a perder por su cuenta, sin la ayuda de aquel gilipollas. El alcohol, las peleas…, en fin, ella había hecho todo lo que había podido.

La chica que había llamado por teléfono era la hija del Gilipollas, aquel psicópata violento y borracho. El que había sumergido la cabeza de su precioso Donnie en el aceite de freír. Que le había desfigurado. Aquello acabó con él; abandonó el grupo, abandonó su casa, la abandonó a ella… y lo hallaron muerto. ¡Y ahora la hija del Gilipollas iba a venir a verla, ni más ni menos! A Beverly le chocó que la chica pareciese bien hablada, no como el Gilipollas, pese a que cuando éste estaba sobrio no dejaba de tener su labia. Claro está, por otra parte, que tales ocasiones fueron muy contadas.

Probablemente le había dado una vida infernal a alguna otra mujer. A lo mejor podemos cambiar impresiones. Pero sería tan negativo para Danny si se enterase de

lo de su padre, si descubriera que era…

Beverly oyó detenerse un coche frente a su casa. Inmediatamente, por el ruido sordo del motor, supo que era un taxi. Y también supo quién iba dentro.

Se levantó y abrió la puerta, encontrándose con una joven rubia que subía la escalera y la observaba desde el rellano.

Caroline vio inmediatamente a Danny en Beverly, en los ojos y en la nariz. «¿Es usted la señora Skinner?».

«Sí…, pasa», dijo Beverly. Su primera impresión fue que Caroline era una chica muy guapa. Pero cuando se conocieron, el Gilipollas también era guapo, todo hay que decirlo. Ahora bien, incluso entonces era obvio que la bebida estaba arruinando sus facciones.

«¿De modo que eres hija de Keith Kibby?», preguntó Beverly, incapaz de evitar que aquello sonase desafiante.

«Sí, lo soy», respondió Caroline sin inmutarse.

«¿Qué tal está?», preguntó Beverly, esforzándose por adoptar un tono genuinamente ecuánime. Una vez más, sospechó que había fracasado.

«Muerto», dijo Caroline imperturbable. «Murió justo después de Navidad».

Por motivos que no pudo precisar de inmediato, aquel dato le revolvió a Beverly las entrañas. Al fin y al cabo, había fantaseado durante años —si bien en abstracto— con bailar sobre la tumba de Keith Kibby. Pero en realidad nunca se había llegado a plantear la posibilidad de que pudiera estar muerto de verdad.

Su hija, sin embargo, parecía genuinamente apenada. Y de repente Beverly Skinner se dio cuenta de lo que realmente la había disgustado. Era la idea de que de algún modo aquel hombre tan horrible hubiese logrado redimirse, y que ella se hubiera pasado todos esos años odiando a alguien que, en realidad, había dejado de existir desde mucho tiempo antes.

Y mientras hablaba con aquella joven desconocida, Beverly Skinner vio las pruebas de aquella redención con sus propios ojos, en aquella hermosa jovencita, llena de aplomo y garbo, sentada delante de ella.

Fue su visitante quien acabó por hacer el balance de los hechos: «Es como si hubiera sido dos hombres distintos, señora Skinner, el que conoció usted y el que conocí yo. No bebía jamás, y era un hombre delicado y cariñoso. Pero en su diario leí cosas…, cosas que no podía creer…, conmigo… nunca fue así…».

Caroline había estado a punto de decir «con nosotros», pero algo la retuvo. Brian. ¿Alguna vez habría presenciado algo distinto, otra cara de su padre?

Beverly dejó que calaran en ella aquellas palabras. Rastreó su memoria en busca de otro Keith Kibby, y más o menos lo logró. «La verdad es que al principio lo pasamos muy bien. Nos conocimos en el concierto de los Clash en el Odeon, entre un montón de gente dando botes, totalmente idos de la olla. Choqué con él y le derramé la sidra. Él se rió y me echó un poco encima a mí. Y entonces nos pusimos a morrearnos como locos…».

Beverly se detuvo, dándose cuenta de que sólo de imaginarlo, Caroline se ponía a tragar saliva. La mujer madura, por su parte, se ruborizó por haber exhibido involuntariamente un yo más joven y más descocado.

«Sí, lo pasamos bien…, pero Keith era tan celoso y posesivo…».

Caroline volvió a estremecerse, agudamente consciente de que su padre jamás había dado muestras de semejante pasión por su madre. El suyo había sido un amor sosegado entre un hombre coriáceo, adusto y sobrio, y un ama de casa nerviosa, basado en valores compartidos, como el sentido del deber y la dedicación a la vida familiar. Pero ¿pasión? No…

Entonces Beverly empezó a hablar de cuando iban a nadar juntos, y eso le trajo a Caroline un montón de recuerdos, entre ellos el modo en que a veces su padre la levantaba en alto en la piscina y la miraba, mientras le decía con una intensidad tan feroz que casi la asustaba, como si no fuera él: *Tú llegarás lejos, chiquilla*.

Casi percibía un «o de lo contrario, te vas a enterar» a modo de coletilla fantasma, la idea de que el fracaso no entraba en las opciones posibles. ¿Llegó Brian a notarlo más que ella? ¿Acaso su padre se lo había hecho sentir más a él?

«¿Quién fue el padre de Danny, señora Skinner?».

Beverly se recostó en la silla y miró con fijeza a aquella jovencita. Era una completa desconocida, y se atrevía a formularle tan impertinente pregunta en su propia casa. Como muchas personas de aspecto y conducta externa abiertamente estrafalarias, Beverly Skinner se hallaba en fuga constante ante la parte brutalmente convencional de su alma. Ahora ya no había escapatoria posible. Se sentía ofendida. Enojada no, sólo ofendida.

«¿Fue el hombre de la cara quemada o fue mi padre?».

Ahora sí estaba enojada, de un modo tan abrumador que tuvo que apartar la vista. De no hacerlo, habría acabado atacando a Caroline Kibby a puñetazo limpio. En lugar de eso, se aferró con fuerza a los brazos del sillón.

El hombre de la cara quemada. Es de mi Donnie de quien habla. Acabábamos de volver, habíamos hecho las paces como es debido, cuando esa puta alimaña de Keith Kibby…

«Por favor, señora Skinner. En estos momentos Danny está con mi hermano Brian. No se llevan bien y los dos han estado bebiendo mucho. Me temo que puedan estar pensando en hacerse daño el uno al otro de alguna manera».

Beverly inspiró de forma repentina; al pensar en la ira de Keith Kibby el pánico se desató en su pecho.

Lo que Kibby le hizo a mi Donnie estando borracho…

… y mi Danny. Mi chiquitín. Siempre ha tenido un pronto muy vivo.

Y por lo que respecta al otro, al hijo de Kibby, ¡sabe Dios de qué será capaz!

Beverly cogió el teléfono que estaba sobre la mesa que tenía al lado y llamó a su hijo al móvil. Lo tenía apagado. Dejó un mensaje en el contestador. «Danny, soy mamá. Estoy con Caroline, Caroline Kibby, y tenemos que hablar contigo. Es muy

importante. Llámame cuando recibas este mensaje», dijo, antes de añadir de forma apremiante y con voz entrecortada: «Te quiero, cariño». Se volvió hacia Caroline con cierta ansiedad. «Ve a buscarlos, cielo. Dile a Danny que me llame».

Caroline ya se estaba levantando, pero cuando se puso en pie, se detuvo y miró a Beverly a los ojos. «¿Es mi hermano?».

«¿A ti qué te parece?», saltó Beverly. «¡Corre, ve a buscarlos!».

Caroline no disponía ya de tiempo para distracciones. Abandonó rápidamente la casa, bajando las escaleras a todo correr e internándose en la noche, rumbo al Shore.

Beverly echó un vistazo al álbum *London Calling* que colgaba de la pared, a la firma y a la fecha, recordando con cariño y cierto pesar que en el transcurso de aquella singular velada sus amantes no habían sido uno ni dos, sino tres.

44. Un extraño en el Shore

El ardor del aguardiente le infundió ánimos, y había aprovechado una visita a los servicios para meterse a hurtadillas una gran raya de coca. A Danny Skinner se le había pasado por la cabeza la descabellada idea de compartirla con Brian Kibby, antes de darse cuenta de que habría sido una majadería del quince.

El corazón le palpitaba con la fuerza de los tambores de guerra de una tribu selvática. Pero pese a la intensidad de los subidones la estupidez de aquella situación empezaba a reconcomerle. ¿Qué hacía en aquel sitio con Kibby? ¿Acaso había algo que tuvieran que decirse el uno al otro? Entonces, al regresar a su taburete, Kibby se fijó en el polvo blanco que llevaba pegado a los pelos de la nariz. «¿Has estado consumiendo drogas?».

«Sólo una rayita de coca», dijo Skinner con la mayor tranquilidad. «¿Quieres una?».

«Sí», respondió Kibby, estremeciéndose ante lo brusco de su respuesta. Ansiaba probar el polvo blanco; parecía importante pasar por aquella experiencia. Parecía importante aguantar el ritmo de Skinner.

Skinner se marchó hacia el retrete, indicándole a Kibby que le siguiera. Entraron en un cubículo, cerró la puerta a espaldas de ambos, preparó una gran raya y enrolló un billete de veinte libras. Ambos hombres se hallaban en una proximidad que resultaba incómoda. *Esto es de locos*, pensó Skinner, pesaroso, al ver a Kibby esnifarse la raya; más tarde iban a lamentarlo.

«Fuá…, cojonudo que te cagas…», comentó Kibby, jadeando y con los ojos llorosos, notando cómo el subidón de la cocaína le atravesaba el cuerpo y le ponía la columna rígida. Se sentía fortísimo, como si estuviera hecho de metal.

Aquella reacción no le pasó desapercibida a Skinner. «La gente critica a los criminales… hasta que son ellos los que quieren drogas de primera», sentenció con fingida pomposidad.

Mientras salían del cuarto de baño para regresar a la barra, Brian Kibby tuvo que esforzarse por reprimir una risita.

Skinner sonrió a la joven camarera para captar su atención, a lo que ella correspondió con otra sonrisa. Kibby tomó nota de aquello, lo que le puso furioso. «Se te dan bien, ¿eh?», dijo con amargura, indicando a la chica con un gesto de la cabeza.

Aquello le dio que pensar a Skinner. En el pasado, cuando había salido de marcha con sus colegas, las más de las veces el que ligaba era él. Desde los dieciséis años, había mantenido una actividad sexual más o menos continua, ya fuera con una novia o mediante una sucesión de aventuras intrascendentes. Desde la perspectiva de alguien como Kibby, claro, estaría catalogado como un tío que tenía mucho éxito con

las mujeres.

Pero el verdadero problema son las relaciones, cosa que los putos retrasados sociales como Kibby ni siquiera pillan, de lo obsesionados que están por follar.

Skinner se dio cuenta de que rara vez había pensado en una mujer en términos puramente sexuales. Incluso cuando alguien era objeto de su deseo, invariablemente acababa pensando en su nivel de inteligencia, en sus preferencias musicales, en ropa, películas y libros, en qué clase de amistades tenía, en sus puntos de vista sociales y políticos, y en cómo se ganaban la vida sus padres. Cierto, había tenido muchos rollos de una noche, pero las relaciones superficiales siempre le resultaron insatisfactorias. Miró a Kibby con gesto inquisitivo. «Lo que pasa, sencillamente, es que a mí me interesan las mujeres, Brian».

«A mí también», se apresuró a protestar Kibby.

«Tú crees que sí, pero no es cierto. ¡Pero si hasta lees revistas de ciencia ficción, coño!».

«¡Sí que me interesan! ¡Lo que leo no tiene nada que ver!», se defendió Kibby.

Skinner sacudió la cabeza. «Más allá del tema sexual, tú no sientes curiosidad por las chicas. Sé que te gustaba Shannon, pero nunca le hablaste de ningún tema que a ella le interesara, lo único que hacías era darle la chapa con chorradas tuyas, como los videojuegos y el club de senderismo ese. Estás huyendo, Brian», dijo Skinner, notando ya el subidón de la coca y echando un trago de cerveza, «huyendo y refugiándote en los ferrocarriles a escala y las convenciones de *Star Trek*…».

«Pero si a mí ni siquiera me gusta *Star Trek*». Kibby pensó amargamente en Ian mientras sacudía la cabeza con vehemencia. «Lo que pasa es que soy tímido, siempre lo he sido. ¡Es como una puta enfermedad! Tú no lo entiendes», gritó, «la gente como tú jamás entenderá las humillaciones cotidianas por las que pasa la gente como yo», dijo antes de levantar bruscamente la voz, «¡SÓLO POR SER TÍMIDO, HOSTIAS!».

Algunos parroquianos se volvieron y le miraron con mala cara. Kibby asintió con la cabeza en un gesto de semidisculpa, haciendo rechinar los dientes al mismo tiempo. «No es que temas la humillación, Brian», dijo Skinner, «*la provocas*».

«Lo que pasa es que no tengo suerte con las chicas…».

Skinner asintió, y no pudo evitar que un pensamiento malicioso se le enquistara en la cabeza.

«¿Qué pasa?», exigió saber Kibby, captando aquella sonrisa contemplativa.

«Nada, que se me ha ocurrido que si te cayeras dentro de un barril con The Corrs al completo en pelota picada, seguro que acababa comiéndote la polla el guitarrista», se cachondeó Skinner.

Kibby le fulminó con la mirada, notando cómo volvía a acumulársele la ira en las venas, antes de dar paso a un sentimiento más frío y más cruel. «Entonces cuéntame, ¿cuántos puntos del uno al diez le pondrías a Shannon… comparada con Kay, digamos, la chavala esa con la que te ibas a casar?».

Vio el gesto lívido y mudo de ira de Skinner.

«… ¡o mi puta hermana!», le espetó.

Skinner sintió cómo su propia cólera amenazaba con desbordarse, y se contuvo. Durante un instante miró serenamente a Kibby. «Son mujeres, Brian, no putos videojuegos. Yo que tú me cogía un fajo de billetes y me iba a echar un puto polvo con una prostituta. En cuanto te libres del estigma de la virginidad y te relajes un poco, a lo mejor empiezas a ver a la gente de manera un poco más realista».

Mientras Skinner se giraba hacia la barra, Kibby sintió de nuevo aquellos liberadores impulsos de violencia, que, junto con la droga, le atravesaban como una corriente eléctrica. Cuando uno se desmanda, se preguntó, ¿qué es lo que puede llegar a pasar? Se hallaba en territorio desconocido y estaba encantado. Se moría de ganas de desmandarse.

A este hijo de puta de Skinner le voy a dar lo suyo. Puede que ahora no sea el momento, ¡pero se va a llevar lo suyo!

Igual que McGrillen, el pederasta de Radden y el maricón de mierda de Ian, igual que todos los gilipollas que me han cabreado, se han mostrado condescendientes conmigo o me han rechazado. Y a la guarra de Lucy me la tendría que haber cepillado cuando tuve ocasión. ¡Cómo no me di cuenta de que a la muy putilla se le caía la baba! Y a Shannon lo mismo…, si dejó que se la metiese un tipejo como Skinner, entonces…

Miró a Skinner, que ahora charlaba con la camarera. Era guapa y se estaba riendo por algo que le acababa de decir él. *Y se supone que está con Caroline*, pensó Kibby con rencor homicida.

Mi hermana, coño… Skinner, animal de mierda…

«Como le hagas daño a mi hermana, Skinner…», le bufó Kibby al oído.

Mientras la camarera se marchaba para traerles lo que habían pedido, Skinner se volvió hacia él. «Nunca jamás haría nada que pudiera hacerle daño a Caroline», declaró con una sinceridad y una rotundidad tan enérgicas que Kibby casi se sintió avergonzado.

«Pero si te pones a ligar con otras tías en cuanto sale por la puerta…».

«Sólo estaba hablando con la chavala mientras pedía otra ronda». Skinner meneó la cabeza de un lado a otro. «Tranqui, Kibby, joder», saltó, sonriendo de nuevo al ver que la camarera se aproximaba con las consumiciones.

Justamente cuando estaba pensando en arremeter contra Skinner con toda la violencia de que fuese capaz, Brian Kibby vio de forma fugaz el perfil de su adversario y se quedó pasmado por una extraña sensación, casi como de familiaridad. Escuchó en su cabeza una voz del pasado:

Te aseguro que te corto la polla, joder, porque como se la arrimes a alguna de esas putas guarras se te pudrirá y se te caerá a trozos de todas formas…

Aquella voz deshumanizada, la maligna rotundidad de la afirmación, vertida por una boca envenenada y rencorosa…, era tan fácil imaginarla saliendo de la boca de Skinner… Pero no había salido de ésta.

Se le había quedado grabada a fuego en el cerebro. La vez que su padre le había visto en compañía de Angela Henderson y Dionne Mclnnes. Sólo estaban hablando y riéndose. Su padre apareció por la calle, encorvado y arrastrando los pies, y le lanzó a su hijo aquella terrible mirada, una mirada satánica que le heló el alma. Cuando llegó a casa, vio a su padre furioso, divagando y semibalbuciente. Entonces Keith Kibby cogió del brazo a su hijo con aquellas garras suyas, y no quiso soltarle. Brian captó el alcohol en su aliento, vio la cólera ardiendo en su mirada y sintió cómo Keith Kibby le rociaba de babas mientras le abroncaba por andar por ahí con guarras asquerosas que le podían joder la vida a un chaval pegándole el sida o quedándose embarazadas a posta, y le advertía de que si alguna vez volvía a verle por ahí con semejante escoria le…

No. No se encontraba bien. Él mismo lo dijo.

Al día siguiente, restablecido ya su carácter habitual y exorcizado el terrible demonio que había tomado posesión de él, su padre se le acercó, sobrio y abrumado por terribles remordimientos. «Anoche me comporté como un bobo, Brian…, al ponerme así contigo. No me encontraba bien, hace ya unos días que no me encuentro demasiado bien, hijo. Eres un buen chico y no quiero que cometas los mismos errores que yo…, que comete otra gente. Pero lo siento muchísimo, hijo. Seguimos siendo amigos, ¿no, colega?».

Recordó lo cohibido y arrepentido que se había mostrado su padre, la angustia con la que trató de reconciliarse con él. Mientras veían *Star Trek*, Keith Kibby reconoció ante su hijo que *La nueva generación* era mejor en todos los sentidos que la serie original: era más profunda, tenía argumentos más interesantes y más filosóficos, mejores personajes y unos efectos especiales superiores. Sentado en el sofá, Brian Kibby se encogió de nuevo, muerto de vergüenza, ahora más por su padre que por sí mismo, ansiando una vez más que aquel hombre torturado se callase de una vez.

Su padre había sido débil, y él también, pero ya no quedaba tiempo para la debilidad. «Por los mosquitos en Birmingham», sonrió en un golpe de inspiración repentina, alzando su copa y mirando a Skinner.

Por un instante Skinner se estremeció, fijándose por primera vez en la astuta sonrisa de Kibby con verdadero temor, aunque enseguida levantó su consumición con gesto desafiante. «*Broom-may mos-kay-toes*»[36], dijo en un acento de pega de los West Midlands, agregando acto seguido y de manera cortante, «¡sin olvidar a los frikis ibicencos aficionados a la ciencia ficción!».

Aquello tuvo el efecto deseado: el de detener a Kibby en seco y hacer que contemplase a Skinner con perplejidad y asombro.

Había estado recorriendo Henderson Street en largos sprints intermitentes, cuando apareció ante ella Water of Leith, con la luz de la luna danzando sobre la superficie

de las aguas, mientras sucumbía a la falta de resuello y al peso de la comida y de la bebida que llevaba en las tripas. Se apoyó en una verja y se llenó los pulmones de aire. Dos chicos que pasaban por delante se detuvieron y le dijeron algo, pero Caroline no oía más que ruido blanco mientras daba vueltas y más vueltas al contenido del diario de su padre y las revelaciones de Beverly, o, mejor dicho, a su ausencia.

Su padre: un matón alcoholizado. Le resultaba imposible, mucho más allá de lo imaginable, concebir que una droga pudiera cambiar tanto a alguien. Pero empezaba a recordar ciertas cosas, fragmentos de recuerdos de la infancia largo tiempo reprimidos. Aquella vez que oyó gritos procedentes de abajo y el llanto de su madre. Se alteró y quiso acudir para ver qué pasaba. La detuvo Brian. Entró en su habitación y no la dejó bajar las escaleras. Por la mañana, su madre había estado tensa y su padre taciturno, seguramente resacoso y abrumado por el remordimiento.

Brian. ¿Cuánto había sabido, de cuánto la había protegido? Le temblaban las manos y tenía el estómago tan revuelto que en determinado momento éste amenazó con renunciar a la sabrosa comida que llevaba dentro.

En un estallido de empatía desgarrador, Caroline se dio cuenta de que de niño su hermano debió de presenciar al menos una parte de aquel caos, cosa que a ella le había pasado casi por completo desapercibida.

La tormenta había disipado ya la espesa niebla procedente del mar, pero la lluvia seguía azotándola sin piedad. Sacó el teléfono móvil de un bolsillo de los vaqueros ya empapados, y se encontró con que se le había acabado el crédito.

Agotado… ¡Joder!

Caroline volvió a echar a correr, tenía los pies fríos, húmedos y empapados. Lamentó no haberse puesto unas zapatillas en el momento en que, apretando el paso, resbaló sobre los adoquines mojados y se dislocó el tobillo. Prosiguió el camino, entre lágrimas de dolor y frustración.

En ese momento, un grupo de chicas salía tambaleándose de un restaurante; sus ebrias risotadas resonaban bajo la tormenta. «No volváis», les decía un restaurador trajeado que sujetaba la puerta, mientras la última de ellas salía a trompicones a la calle.

«Oye, ¿y qué tal llevas la polla de chupetones?», bramó una chica de rostro sudoroso y largos cabellos castaños, arropada por una salva de risotadas de sus compañeras.

El hombre sacudió la cabeza y regresó adentro.

Caroline se acercó a las chicas para pedir ayuda. «¿Podéis prestarme un móvil? Es urgente… ¡De verdad que necesito llamar a alguien!».

Una de las chicas, de aspecto nervioso, corpulenta y con un flequillo corto, le pasó el suyo. Caroline lo cogió con ansiedad y marcó el número de Danny. Seguía apagado.

A medida que iban cayendo copas, las ganas de pelea subían y bajaban como la marea. Cuando se miraban a los ojos lo hacían con un asco y una perplejidad que parecían emanar de una mutua desilusión. A decir verdad, a ojos de los espectadores habrían pasado fácilmente por una pareja de amantes que, tras una estúpida riña provocada por el alcohol, se sentían avergonzados y no acababan de encontrar la forma de hacer las paces sin quedar mal. El ansia de beber de ambos hombres también se había esfumado de pronto, como si se hubiesen dado cuenta de que había poco que sacar en limpio intentando envenenarse el uno al otro.

Con un estremecedor acceso de lucidez, Skinner, a pesar de hallarse sumido en un estado de enorme nerviosismo y alteración, cayó en que en aquellos momentos el tipo de relación que mantenía con Kibby era prácticamente idéntica a las que había tenido con todos sus amiguetes borrachines.

Intentábamos envenenarnos unos a otros. Eramos como lemmings, pero en lugar de tirarnos juntos por un acantilado, teníamos un pacto suicida largo y ampuloso, que nos limitamos a intercalar de forma imperceptible en nuestra vida social.

Levantaron la vista hasta el televisor situado sobre la barra, donde vieron el rostro ladino y sonriente del presidente norteamericano, que había sido reelegido, como ya había pronosticado Skinner, pese a que le deseó buena suerte a Dorothy cuando votó por el otro candidato, cuyo nombre ya había olvidado. Tanto Danny Skinner como Brian Kibby, de forma simultánea pero cada cual por su cuenta, se preguntaron dónde se produciría la siguiente guerra. Pero Skinner ya no quería más guerras; estaba cansado. Muy, muy cansado.

De algún modo, mediante la combinación del intenso odio que siento por Kibby con mi acuciante necesidad de seguir llevando una vida de crápula, logré tramar un maleficio psíquico tan poderoso que me permitió transferirle a él la carga de mi desgaste.

Conseguí que otro librase mis batallas en mi lugar.

Miro a Bush mientras las fuerzas de Estados Unidos asaltan Fallujah. Los desesperados, la carne de cañón de lugares desindustrializados como Ohio, con cifras cada vez más altas de paro, son los que le volvieron a votar. De aquí a unos años se convertirán en borrachines tirados, como sus antepasados traicionados, que fueron al Vietnam y ahora pordiosean en los bajos fondos. Su papel en esta vida: poner el culo por los sueños y mangoneos ajenos. Los cadáveres de los niños iraquíes no salen en pantalla en época de elecciones, y en la democracia presuntamente más grande del mundo está verboten *mostrar las hileras de ataúdes cubiertos por «Old Glory», la bandera norteamericana*.

Si tienes poder suficiente puedes salirte con la tuya; si no, te jodes. Vaya un montón de mierda. ¿Para qué?

«Me voy a casa», dijo de repente Skinner, levantándose del taburete. Kibby pensó en una respuesta, pero no le apetecía discutir; no se sentía victorioso. Necesitaba las fuerzas que le quedaban porque iba a hacerle algo a Skinner. No sabía qué; algo para

hacerle pagar e impedir que dañara a su familia. Estaba más allá de la ira; lo único que sentía ya era una fría certidumbre.

Salieron a la calle tambaleándose, ambos muy bebidos, pero guardando todavía las distancias. El tiempo había vuelto a cambiar a peor y fueron acogidos por una tormenta de viento lacerante y lluvia fría y torrencial. La impresión que produjo aquella gélida recepción en el organismo de Kibby pareció inflamarle de nuevo; una sensación de cólera y frustración le recorrió de arriba abajo. Necesitaba saber; no el cómo, que le daba igual, sino el porqué. «¿QUIÉN ERES, SKINNER?», chilló a través de el viento. «¿QUÉ COJONES QUIERES DE MÍ? ¿QUIÉN COÑO ERES?».

Skinner se detuvo de inmediato, y dejó caer los hombros, que había encogido para afrontar la tormenta. «Soy… soy…». No podía responder a la pregunta, que ardía en su cabeza como un ascua, a pesar del aturdimiento del alcohol y el azote del viento arremolinándose a su alrededor.

A Brian Kibby le hervía la sangre.

Esta… cosa…, este hijo de puta ha estado a punto de destruirme y sin duda destruirá a mi familia…

Kibby se abalanzó de repente sobre Skinner y le lanzó un puñetazo. Éste inclinó rápidamente un hombro, a la vez que efectuaba un paso lateral, recordando los movimientos que había aprendido de niño en el Leith Victoria Boxing Club. Frustrado, Kibby atacó de nuevo, sólo para toparse con un directo veloz y contundente en pleno rostro.

«Cálmate ya, Brian, joder», dijo Skinner, en un tono que estaba entre la amenaza y la súplica.

Notando cómo se le hinchaba el labio partido, Kibby retrocedió, asustado. Entonces se apoderó de él otra oleada de cólera, y volvió a arremeter contra Skinner. «¡¡TE ARRANCARÉ LA PUTA CARA, SKINNER!!».

Pero Skinner volvió a cazarle con un directo, deteniéndole en seco su avance y a continuación le estrelló un duro derechazo en la mandíbula que le dejó aturdido. Antes de que Kibby pudiera reaccionar, un contundente golpe al cuerpo le cortó el resuello y lo plegó por la mitad. Vomitó la sabrosa cena y cuanto había bebido sobre la acera en una sucesión de arcadas desgarradoras e ininterrumpidas.

«Ya basta. No quiero hacerte daño», dijo Skinner, dándose cuenta de que realmente era así. Le preocupaba el nuevo hígado de Brian Kibby, la cicatriz.

¡En qué cojones estaba pensando, sacudiéndole al pobre cabrón en el abdomen!

Skinner sintió casi tantas náuseas como Kibby, como si hubiera encajado sus propios golpes. Se aproximó un poco más y apoyó la mano en el hombro de su rival. «Respira hondo, te pondrás bien».

Kibby respiraba con dificultad, como un toro herido que resopla en el ruedo. Mientras la lluvia le humedecía el pelo, Skinner cayó en la cuenta de que tenía la vejiga a punto de reventar. De modo que echó a trotar como pudo y se arrimó, tambaleante, a una gran pared junto a la vieja entrada del muelle, sobre la que se puso

a mear en una prolongada y liberadora expulsión de vaporoso y caliente líquido amarillo.

Apenas se dio cuenta de que a escasos metros había otro hombre haciendo exactamente lo mismo. Era un camionero llamado Tommy Pugh. Había pasado un largo día de viaje transportando un cargamento con destino a Aberdeen desde Rouen, en Francia. Su promedio de velocidad había sido bueno pero ahora estaba agotado. Había aparcado junto a la vieja entrada del muelle y esperaba poder descansar a fondo en la cabina del camión, ahorrándose así una buena parte de sus dietas de *bed &breakfast*.

Jadeando, Kibby levantó la cabeza, y poco a poco, bajo la lluvia, fue viendo claro. Vio el camión, y vio su inmenso depósito de gasolina plateado. Vio a Skinner orinando. Tras acercarse a echar un vistazo, comprobó que, en efecto, la cabina estaba vacía. Asomándose al interior, vio que la puerta estaba abierta y que las llaves estaban puestas. Y sólo unos cuantos metros más allá de Skinner se encontraba el conductor, meando contra la pared.

Era una señal. Tenía que serlo; no podía ser otra cosa. Y Brian Kibby supo en su fuero interno que si no aprovechaba aquella oportunidad en ese instante, las Parcas no iban a ofrecerle otra.

«¿A ti no te conozco de alguna parte?», preguntó la chica de la cara sudorosa mientras Caroline miraba fijamente la pantalla del móvil. Con una sensación de desesperación cada vez mayor, tecleó un mensaje de texto:

DAN, ENCONTRÉ EL DIARIO DE MI PADRE.
TAMBIÉN ES EL TUYO. ERES MI HERMANO MAYOR,
Y TAMBIÉN EL DE BRI. POR FAVOR NO OS HAGÁIS DAÑO.
C. BESOS.

Lo envió mientras la chica de al lado, la nerviosa del flequillo que le había dejado el teléfono, le preguntaba: «¿Conoces a Fiona Caldwell?».

«No…, necesito enviar otro mensaje».

«Ni hablar, devuélveme el teléfono», exigió la chica.

«Déjale mandar el mensaje», dijo otra, que iba un poco más sobria que las demás. «Te llamas Caroline, ¿verdad?». Mientras Caroline asentía con la cabeza, agregó: «Es Caroline Kibby, fue conmigo a Craigmount».

Caroline se dio cuenta de que conocía a aquella chica, Moira Ormond, del colegio. En aquella época era una gótica introvertida, pero ya no. Mientras asentía, con mayor gratitud de la que recordaba haber expresado ante nadie hasta ese momento, Caroline tecleó otro mensaje, éste para su hermano.

Lo más difícil fue subir a pulso su pesado y sudoroso cuerpo hasta la cabina. Una vez más, el alcohol le ayudó, embotando el terrible y mortificante dolor de sus carnes.

Puso rápidamente en marcha el motor del camión y lo condujo hacia su objetivo, que no tenía la menor idea de lo que estaba pasando y seguía orinando contra la pared.

Tommy Pugh oyó el familiar sonido del motor de su camión al arrancar.

¿Pero qué coño…?

Tommy se volvió, aterrado, mientras el camión aceleraba hacia la pared, a escasos metros de él. Se desplazó rápidamente en la dirección opuesta, y su cuerpo bajo y fornido descubrió en ese instante las cualidades atléticas que genera la desesperación en estado puro.

45. Un correo electrónico de los Estados Unidos

Para: skinnyboy @ hotmail.com
De: dotcom@dotcom.com
Re: El amor y esas cosas

De acuerdo, Skinner

Me alegra mucho que vuelvas. ¿Que por qué? En fin, ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Yo también estoy loca por ti. Te echo terriblemente de menos. Ya sé que todo esto podría no ser más que un rollo ciberromántico pero no dejo de ver tu cara, esa prominente barbilla de pista de esquí que recuerda un poco a una media luna de perfil, y esas enormes cejas negras que me hacen pensar que deberías ser uno de los Oasis.

No sé adonde nos llevará esto, Danny mi amor, pero al igual que tú sé que estaríamos locos si no lo intentáramos. Y además siento que es lo correcto y lo que me pide el cuerpo. Soy muy feliz y me muero de ganas de ver de nuevo a mi niño precioso.

Te quiero muchísimo
Dorothy

46. Asado a la parrilla

Caroline se obligó a sí misma a seguir avanzando por las calles adoquinadas del viejo Leith bajo aquella lluvia torrencial. A punto estuvo de volver a resbalar, y ahora el dolor que sentía era muy intenso. Por la calle había muy pocas personas, pues la mayoría se había marchado a casa, y otras seguían instaladas en los ruidosos bares y restaurantes que bordeaban el Shore, en Water of Leith.

¿Dónde estarán Brian y Danny? ¿En cuál de ellos? El restaurante…

Nada más entrar en el bar adyacente al establecimiento en el que habían cenado, a Caroline se le escapó un gritito al oír el estruendo de la explosión y ver el reflejo de la llamarada sobre los negros adoquines de alrededor. Se aproximó cojeando hacia el origen de la detonación, junto a la entrada del viejo muelle.

Beverly Skinner subió el termostato del cuarto de estar. De repente tuvo una sensación de mucho frío. Cogió a Cous-Cous, sintiendo el calor del animal en el regazo. Volvió a echar un vistazo a *London Calling* y recordó aquella fría noche de domingo del año 1980.

Primero Keith Kibby y ella habían acudido a aquella fiesta en Canongate, donde mantuvieron una relación sexual confusa y sin protección en el pasillo. Después él se puso completamente beodo —ciega, obscenamente borracho— y perdió el conocimiento. Ella no quería volver a casa y enfrentarse a Donnie, de modo que deambuló sin rumbo por las sucias calles que conducían a la Milla Real. La zona turística no estaba tan completa como en la actualidad, y pasó por delante de un par de pubs de aspecto inhóspito, y oyó a dos hombres amenazándose mientras desde la puerta de un bloque de pisos una banda salía a la calle. No se volvió para mirar, ni siquiera cuando oyó los gritos y el ruido de cristales rotos. Pasó por delante del pub Worlds End, que unos años antes había sido el último lugar en el que fueron vistas dos chicas antes de que las hallasen estranguladas en una playa próxima, en un caso de doble asesinato que nunca llegó a resolverse.

El trasfondo fue cambiando a medida que empezaban a predominar las tiendas para turistas y el *kitsch* escocés. Al pasar frente al nuevo hotel de estilo escandinavo, apenas pudo dar crédito a sus ojos cuando vio a tres de ellos saliendo de un coche. Fue entonces cuando se acercó a él, y le dijo cuánto había disfrutado con el concierto y lo mucho que le gustaba el grupo. Él se comportó como un caballero y la invitó a tomar una copa. Subieron a su habitación, y él la trató bien, convirtiéndose en su tercer amante de aquella noche. Por la mañana, cuando se separaron, él se dispuso a seguir con la gira y ella a comenzar su turno de día en el restaurante. Ninguno de los dos tuvo motivos para arrepentirse.

Su hijo nació nueve meses después, el 20 de octubre de 1980. De sus tres amantes, el corazón le decía que el primero era el padre, y la cabeza que el segundo. Y a veces —sólo a veces— su alma le insinuaba que quizá fuera el tercero.

Mientras se sacudía el pene con una mano, Danny Skinner sacó el móvil con la otra y lo encendió. Tenía tres llamadas perdidas. Estaba a punto de volver a guardárselo en el bolsillo cuando el aparato soltó un pitido anunciando la entrada de un mensaje de texto. No conocía el número pero de todos modos pulsó y leyó el mensaje.

En ese momento oyó un ruido; volviéndose, vio la expresión maníaca de Brian Kibby, sentado en la cabina del camión, echándosele encima. Sus miradas se encontraron y Brian Kibby vio algo en Skinner, quien se quedó parado con el móvil en alto, encogido de hombros y riéndose. En su mirada y su porte había algo que desarmó en el acto la pulsión homicida de Kibby. Éste pisó a fondo los frenos pero no logró sino hacer derrapar el camión.

El vehículo arrolló a Skinner a gran velocidad, aplastándole contra la pared del viejo muelle. Acto seguido, la parte trasera del camión patinó sobre la superficie aceitosa y el enorme depósito de gasolina golpeó la pared, haciendo brotar varios escapes. Justo antes de que explotara, lo que hizo casi inidentificable el cadáver de Skinner, un hombre desgarbado abandonó la cabina del camión y escapó a toda prisa, antes de que las llamas le envolvieran también a él.

Tommy Pugh, el único testigo ocular presente, lo describió como un hombre gordísimo con grandes ojeras. Se alejó despacio y jadeando de los restos inflamados, y fue visto regresando hacia el Shore por quienes salieron de los bares a investigar el ruido producido por la explosión. Creían que se habría refugiado en uno de los muchos bares de la zona portuaria.

Cuando llegó la policía y rastreó la zona, la única persona de las inmediaciones que bebía sola era un varón alto y delgado, de aspecto muy saludable, por lo menos diez años más joven que la persona a la que describieron huyendo del lugar del crimen o —según valoraron después los forenses de la policía— el irreconocible cadáver abotargado y calcinado hallado en el lugar del incendio.

Aquel hombre solitario estaba muy borracho, pero tenía la mirada vidriosa y no dejaba de mirar la pantalla de su teléfono móvil. Daba la espalda a una muchacha desesperada e inquieta que había oído la explosión y entró en aquel bar, como antes en otros, buscando a un hombre que era él pero que no se le parecía en nada. Lo cierto, eso sí, es que bebía mucho; Brian Kibby bebía como si fuera a morir al día siguiente.

Epílogo

No debería ser necesario consignar obviedades, pero tengo comprobado que en este mundillo a veces hace falta. Éste es un relato de ficción. Por ejemplo: el «ayuntamiento de Edimburgo» del original no existe. Como todo lo demás, es producto de mi imaginación. No tengo motivo alguno para creer que el auténtico ayuntamiento de Edimburgo adopte prácticas de empleo ni que acoja a personajes como los descritos en este libro.

Gracias a los amigos que tengo en las maravillosas ciudades de Edimburgo, Londres, Chicago, San Francisco y Dublín, por concederme el espacio y el sustento requeridos para escribir este libro.

Gracias especiales a Robin Robertson, a Katherine Fry y a Sue Amaradivakara, de Random House.

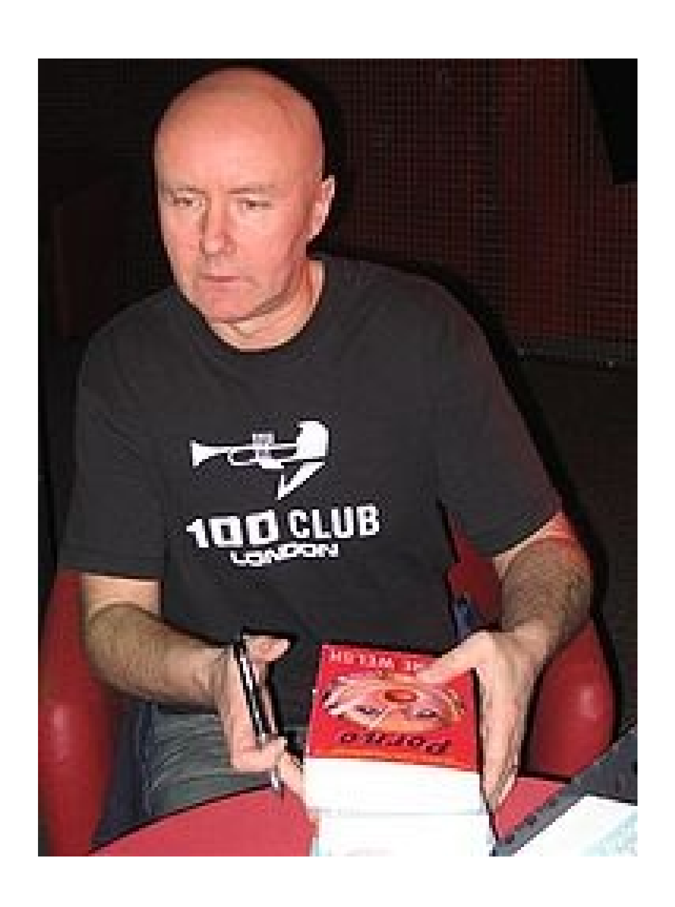
Al empezar a escribir este libro perdí a mi buen amigo Michael Kerr. Ya después de escrito, otros dos grandes amigos, William Orman y James Crawford, fallecieron de forma prematura. Para mucha gente, Edimburgo es ahora un lugar más triste y menos pintoresco. Descansad en paz y pasadlo bien, Mikel, Billy y Big Crawf.

Agradecimientos

«We used to be friends». Letra y música de Grant Nicholas, John Lee, Taka Hirose y Courtney Taylor © Copyright 2003 Chrysalis Music Limited (80%)/Universal Music Publishing limited (20%). Utilizado con autorización de Music sales Limited. Todos los derechos reservados, Copyright internacional asegurado.

«Something Beautiful». Letra y música de Robbie Williams/Guy Chambers. Publicado por BMG Music Publishing Ltd. Utilizado con autorización. Todos los derechos reservados.

«Ignition». Letra y música de Robert Nelly. Pubicado por R Nelly Publishing inc/Zomba Misic Publishers Ltd. Utilizado con autorización. Todos los derechos reservados.



IRVINE WELSH (1958 en Escocia). Creció en el corazón del barrio obrero de Muirhouse, dejó la escuela a los dieciséis años, cambiando multitud de veces de trabajo hasta que emigró a Londres con el movimiento punk. A finales de los ochenta volvió a Escocia, donde trabajó para el Edinburgh District Council a la par que se graduaba en la universidad y se dedicaba a la escritura. Su primera novela, *Trainspotting*, tuvo un éxito extraordinario, así como su adaptación cinematográfica. Fue publicada por Anagrama, al igual que sus títulos posteriores: *Acid House, Éxtasis, Escoria, Cola, Porno, Secretos de alcoba de los grandes chefs* y *Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo*.

Notas

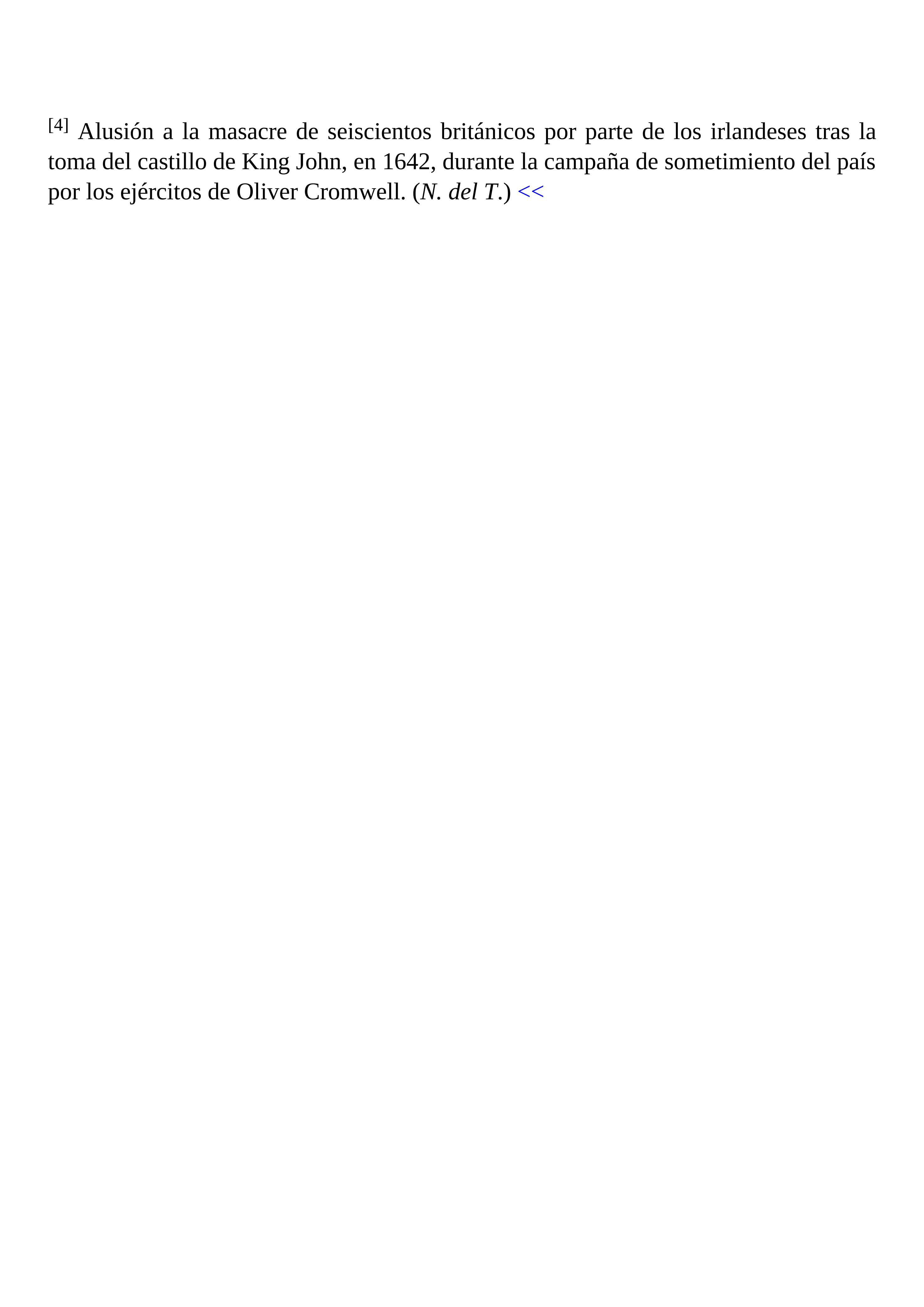


[1] Juego de palabras intraducibie, basado en la nomografía y homofonía de las palabras «perca» y «percha» (perch) en inglés. (*N. del T.*) <<



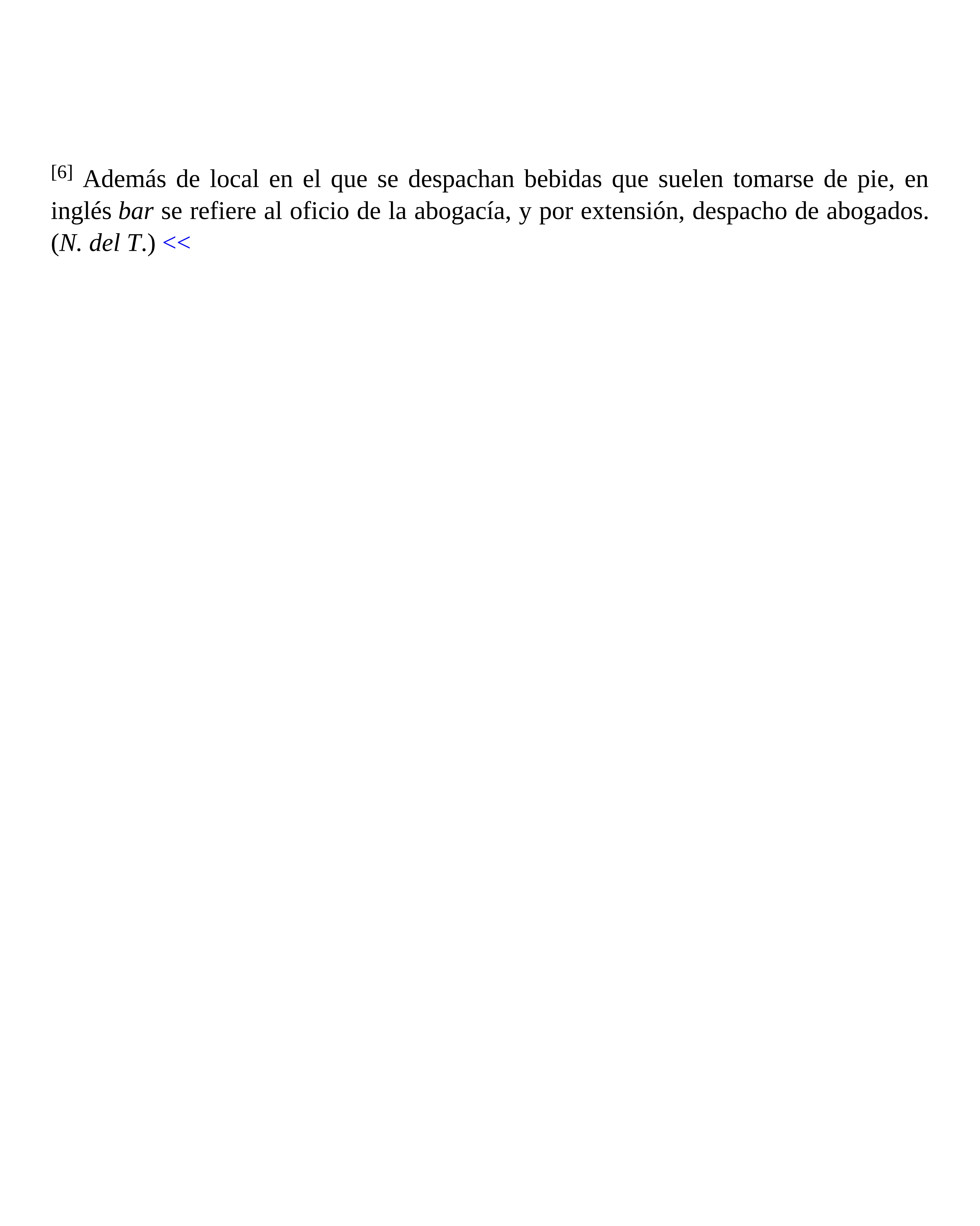
[2] Siglas de Capital City Service, *casuals* seguidores del Hibernian Football Club. (*N. del T.*) <<

[3] Juego de palabras entre el inglés americano *ass* («culo») y el británico *arse* («posaderas»). En realidad, ambos términos tienen prácticamente el mismo significado, pero Skinner les atribuye de forma un tanto arbitraria connotaciones distintas. (*N. del T.*) <<



[4] Alusión a la masacre de seiscientos británicos por parte de los irlandeses tras la toma del castillo de King John, en 1642, durante la campaña de sometimiento del país por los ejércitos de Oliver Cromwell. (*N. del T*.) <<

[5] «Ya no volverá a oír el canto de la gaviota sobre las burbujeantes aguas del río Shannon.» Fragmento de la letra de «Sean South of Garryowen», canción independentista irlandesa. (*N. del T.*) <<



[6] Además de local en el que se despachan bebidas que suelen tomarse de pie, en inglés *bar* se refiere al oficio de la abogacía, y por extensión, despacho de abogados. (*N. del T.*) <<

[7] «¡Qué maravillosa es la Muerte, la Muerte y su hermano, el Sueño!» (*N. del T.*) <<

[8] «¡Vivan los CCS!» (*N. del T.*) <<

[9] En holandés en el original: «abrir y cerrar de ojos». (*N. del T.*) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<



[11] «Ha llegado el puñetero finde, nena, / voy a divertirme un poco, /dándole un poco a la bocina, / dándole un poco al claxon» («Ignition»). (*N. del T.*) <<

[12] Denominación coloquial de uno de los barrios de Lakeview, municipio lindante con Chicago, que alberga el primer barrio gay de los Estados Unidos. Todos los meses de junio se celebra allí uno de los mayores desfiles de orgullo gay del país. (*N. del T*.) <<

[13] «Hace mucho tiempo fuimos amigos / pero últimamente no pienso nunca en ti / Si alguna vez te envío recuerdos / sólo quiero que sean dulces y breves…» (*N. del T.*) <<

[14] «No se pueden fabricar milagros, el silencio fue lamentable ese día… un amor demasiado cínico, últimamente la pasión es sólo física… pero no te equivoques, el amor es cruel, todas las noches admites tu derrota y lloras hasta más no poder… Si no puedes despertarte por las mañanas, porque tu cama está vacía por las noches… si te sientes perdido, cansado y solitario incapaz de controlarlo por más que lo intentes… ojalá encuentres ese amor que no te abandone, ojalá lo encuentres por fin, no te sentirás perdido, cansado ni solitario, algo bello se cruzará en tu camino…» «You can’t manufacture a miracle», tema de Robbie Williams. (*N. del T.*) <<



[15] Traducción aproximada: «¡Este verano me vuelvo otra vez pa’ Ibiza y pienso pasármelo teta!» (*N. del T.*) <<



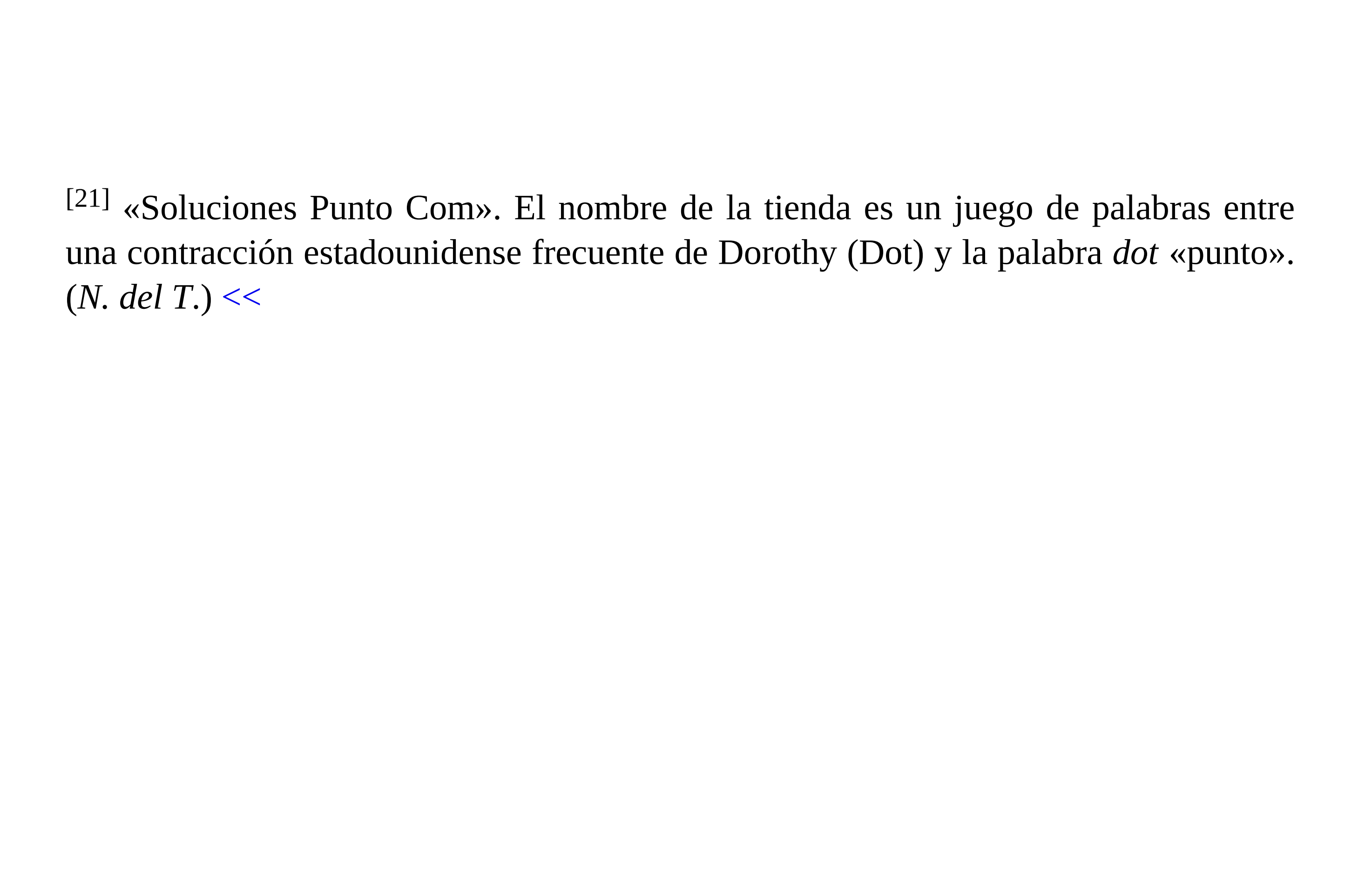
[16] *Brummie Balearics* en el original. *Brummie* es una denominación coloquial para el acento y los habitantes de Birmingham. (*N. del T*.) <<

[17] Lord Byron, *And ThouArtDead, As Young andFair*: «La flor, sin par, en el momento de abrirse. / Es la primera presa en caer; / aun sin haber sido arrancadas antes de tiempo por mano alguna. / Las hojas han de caer.» (*N. del T.*) <<

[18] Nombre que se da en Escocia a la festividad de Año Nuevo (*N. del T.*) <<

[19] WASP: siglas de *White Anglo-Saxon Protestant* (Blanco, anglosajón y protestante). (*N. del T.*) <<

[20] Juego de palabras intraducibie. *I like Bush* puede entenderse en su sentido literal («A mí Bush me gusta») o en sentido figurado y vulgar, en cuyo caso podría traducirse como «Me gustan los felpudos». También *cunt*, que es como denomina Skinner al inquilino de la Casa Blanca, tiene el doble sentido de «cabrón» por un lado, pero también el de «coño». (*N. del T*.) <<



[21] «Soluciones Punto Com». El nombre de la tienda es un juego de palabras entre una contracción estadounidense frecuente de Dorothy (Dot) y la palabra *dot* «punto». (*N. del T.*) <<

[22] Contracción del argot rimado *Septic Tanks* («pozo séptico») por *Yanks* («yanquis»). Asimismo, distinción entre el inglés británico *queue* y el estadounidense *Une*. (*N. del T*.) <<

[23] Denominación coloquial de las boinas a cuadros con mechones pelirrojos incorporados vendidas como souvenires *kitsch* de Escocia. Por extensión, alude a todos los tópicos y lugares comunes imaginables sobre el país y sus habitantes, en particular la mezcla de afabilidad y belicosidad que les sería innata. (*N. del T.*) <<

[24] Literalmente, «bruja de maricones». (*N. del T*.) <<

[25] Denominación despectiva para los seguidores del Hearts of Midlothian F. C, que deriva de una denominación de argot rimado (*Jam Tarts*, «galletitas de mermelada de fresa») basada en los colores rojos de la elástica de dicho equipo. (*N. del T*.) <<



[26] «Nadie se molesta en mencionar que tu día puede ser triunfal o ruinoso en función del tiempo que haga.» (*N. del T.*) <<



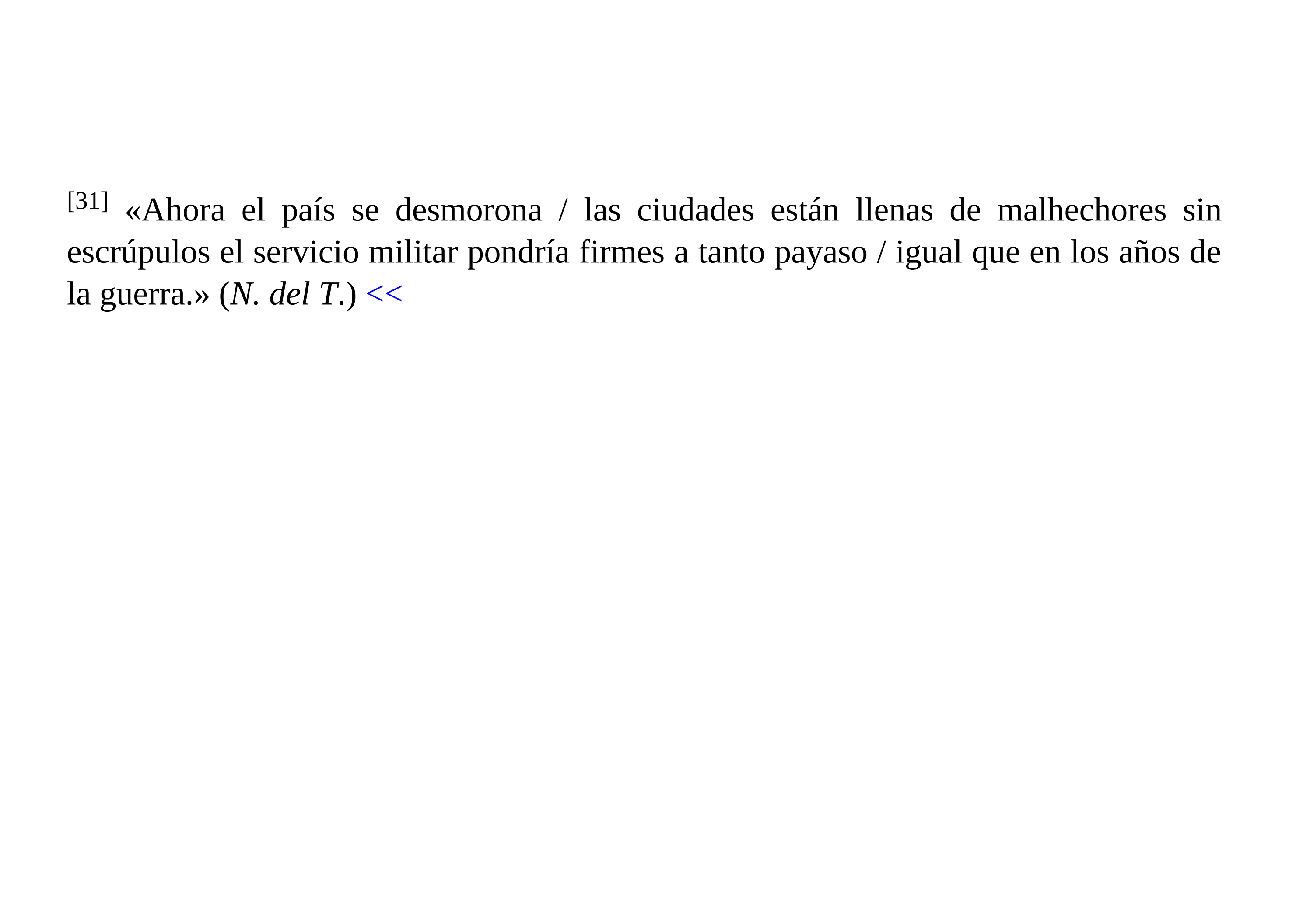
[27] «No espero que nada bueno me suceda ya jamás, / así que me reservo para otro día triste.» (*N. del T.*) <<

[28] Letras del tema de Queen/David Bowie «Under Pressure»: «La locura se ríe bajo presión nos quebramos, ¿por qué no le damos otra oportunidad al amor…? ¿Por qué no…?» (*N. del T.*) <<

[29] «Días de gloria y de esperanza / días sin porno ni maría / de disciplina con vara y cuerda / así fueron los años de la guerra / Días en los que vivimos sin temor / a vándalos alcoholizados arrasándolo todo a su paso / el bobby del barrio te habría sacudido un bofetón./En los años de la guerra». (*N. del T.*) <<



[30] «Gran Bretaña hizo frente sola al enemigo / y la gente vertía lágrimas / por los que cayeron en aquellos años.» (*N. del T.*) <<



[31] «Ahora el país se desmorona / las ciudades están llenas de malhechores sin escrúpulos el servicio militar pondría firmes a tanto payaso / igual que en los años de la guerra.» (*N. del T.*) <<

[32] *Hun*: Denominación despectiva referida a los seguidores del Glasgow Rangers. Posiblemente derivada del mote germanófobo acuñado por los británicos durante la Primera Guerra Mundial, aunque el himno independentista irlandés «The Foggy Dew», compuesto para conmemorar la insurrección de Pascua de 1916, hace referencia a las fuerzas que se encargaron de reprimir la misma como «Brittania's Huns». (*N. del T.*) <<

[33] *The Devil's Walk*, Percy Bysshe Shelley: «El demonio salió un día de paseo / cansado ya de permanecer en el infierno / se vistió de galas dominicales / y el motivo de tanta alegría indumentaria / era averiguar con tino, si bajo el cielo / iban bien los asuntos del mundo.» (*N. del T.*) <<

[34] Juego de palabras intraducibie, basado en la sustitución de *better* («mejor») por *wetter* («más húmedo»). La frase significa, pues, «Los Hyp Hykers lo hacen más húmedo», por oposición a «Los Hyp Hykers lo hacen mejor… (*N. del T*.) <<

[35] Juego de palabras utilizando la polisemia de las palabras *cook* y *cunt*. (*N. del T.*)
<<

[36] Véase la nota número 16. *Brummie* es una denominación coloquial para el acento y los habitantes de Birmingham. Aquí la grafía inglesa imita dicho acento. (*N. del T.*) <<